
ALBA CARGOL
LEGADO II
MEMORIAS DE SOMBRA
CROSS BOOKS

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Primera parte. Fragmentos de verdades inventadas**

Prólogo
Capítulo I. Elara
Capítulo II. Elara
Capítulo III. Elara
Capítulo IV. Callum
Capítulo V. Elara
Capítulo VI. Elara
Capítulo VII. Elara
Capítulo VIII. Callum
Capítulo IX. Callum
Capítulo X. Elara
Capítulo XI. Elara
Capítulo XII. Elara
Capítulo XIII. Elara
Capítulo XIV. Elara
Capítulo XV. Callum

Capítulo XVI. Callum
Capítulo XVII. Elara

**Segunda parte. Trozos de pesadillas olvidadas**

Capítulo XVIII. Elara
Capítulo XIX. Elara
Capítulo XX. Elara
Capítulo XXI. Callum
Capítulo XXII. Callum
Capítulo XXIII. Elara
Capítulo XXIV. Elara
Capítulo XXV. Elara
Capítulo XXVI. Elara
Capítulo XXVII. Elara
Capítulo XXVIII. Callum
Capítulo XXIX. Elara
Capítulo XXX. Callum
Capítulo XXXI. Elara
Capítulo XXXII. Elara
Capítulo XXXIII. Callum
Capítulo XXXIV. Elara
Capítulo XXXV. Elara
Capítulo XXXVI. Callum

**Tercera parte. Memorias de sombra**

Capítulo XXXVII. Elara
Capítulo XXXVIII. Callum
Capítulo XXXIX. Callum
Capítulo XL. Elara

Capítulo XLI. Elara
Capítulo XLII. Callum
Capítulo XLIII. Elara
Capítulo XLIV. Elara
Capítulo XLV. Callum
Capítulo XLVI. Elara
Capítulo XLVII. Callum
Capítulo XLVIII. Callum
Capítulo XLXIX. Elara
Capítulo L. Elara

**Epílogo**
Un año más tarde

**Conoce más a fondo Lyssandria**

**Agradecimientos**

**Biografía**

**Créditos**

# LEGADO I

## MEMORIAS DE SOMBRA

Alba Cargol



*Para Santi*
*que se atrevió a soñar con mis historias*
*cuando yo no sabía hacerlo*

# PRIMERA PARTE

## Fragmentos de verdades inventadas

# PRÓLOGO

## Cien años antes
## El eco de una oscuridad familiar resonaría en sus huesos incluso después de su segunda muerte. ¿O era la tercera? La verdad era que había perdido la cuenta.

### *Callum*

Existían en el mundo tres tipos de duelo.

Tres tipos de dolor tan intenso y cierto que se convertían en tu única realidad.

El dolor de perder a alguien a quien amas.

El dolor de perderse a uno mismo.

Y el dolor de perder algo que nunca has tenido.

Una galaxia de medianoche y ocaso estrellado lo envolvía todo. No había nada más allá de aquel dolor visceral que arrasaba con todo mi ser.

Los insultos y las amenazas de mi creador resonaban contra el vacío de la noche. Eran promesas crueles que se habían instalado en mi cabeza y me atormentaban con sus ecos incluso cuando él no estaba presente.

Existían en el mundo tres tipos de miedo.

Tres miedos tan tangibles que se sentían en cada paso, en cada respiración.

El miedo a hacer algo irreparable.

El miedo a olvidar.

Y el miedo a no recordar lo que es tener miedo.

Riesgos medidos, asesinatos entre susurros, poder controlado. A eso había quedado reducida mi existencia desde que tenía uso de razón. Desde que la Verdeluna me vio nacer y el poder de las sombras anidó en lo más profundo de mi ser.

Esa voz cruel y maldita que me perseguía allá a donde fuera, y que resonaría el día de mi funeral, seguía gritando. Noté como su poder intentaba, en vano, frenar la avalancha de magia que emanaba de cada uno de los poros que conformaban mi cuerpo.

*Patético*.

La bilis de esa voz martilleó en mi mente como ondas expansivas de un pasado en bucle. Salvo que esta vez era mi voz la que escupía el insulto en lugar de apretar los dientes al escucharlo.

*Monstruo*.

No había nada más allá del recuerdo de unos ojos de Verdeluna perdida y la certeza de que yo había acabado con ellos. Yo la había matado. Mi poder lo había consumido todo sin darme opción a reaccionar.

Durante demasiado tiempo me había convencido a mí mismo de que tenía algo de control sobre mi vida. Pero, al final, había resultado que sus garras controlaban partes de mi mente que ni siquiera yo conocía.

El quejido estrangulado de mi hermana me devolvió a la realidad. La oscuridad cedió lo suficiente para distinguir la escena que se erguía a mi alrededor. Mi madre lloraba fuera de sí, mientras dos guardias la sujetaban contra el suelo.

Ellos serían los siguientes en morir.

A pocos metros de distancia el Guardián de las Sombras apretaba con desdén la hoja afilada de una espada curva contra el cuello de Lía. Los destellos amarillos de sus ojos azules me miraban suplicantes. Dos lágrimas silenciosas recorrieron el rostro de mi hermana hasta juntarse con el pequeño reguero de sangre que la espada pintaba sobre su piel.

—¿Dónde está la sangre que te pedí, chico? Este numerito ha sido más que suficiente. Si sabes lo que te conviene, te tranquilizarás y me darás lo que te he pedido.

—¿Sangre? —Mi voz no me pertenecía.

Al escucharme, no me reconocí. ¿Por qué sonaba tan tranquilo? Como si aquello no fuera conmigo. Como si no acabara de cometer la mayor atrocidad que cualquier Fae pudiera llevar a cabo.

Una oleada de náuseas tomó posesión de mi cuerpo. Me vi forzado a doblarme por la mitad. Vacié todo el contenido de mi estómago en aquellas estúpidas baldosas de mármol pulido cuyo coste podría alimentar a una ciudad entera.

Me incorporé limpiando mi boca con el dorso de una mano teñida de agujeros negros.

—¿Qué cojones te pasa, chico? —El Guardián de las Sombras hizo desvanecer el vómito con un gesto de la mano—. No tengo paciencia para estupideces, algo que sabes de sobra. ¿Están muertas?

—Están muertas. —La confirmación supo a veneno en mi garganta.

—Dame su sangre.

—No.

—¿No?

La voz del Guardián de las Sombras sonó tan sorprendida que quise sonreír. Más de cien años a su servicio y jamás había pronunciado esas dos letras en su presencia.

—No —repetí simplemente porque podía y porque una parte malvada y retorcida dentro de mi cabeza se moría del gusto al ver esa mueca fea y confusa en la cara del cabrón que me había dado la vida solo para condenarme.

Desmond me lanzó una sonrisa que rebosaba placer retorcido y estalló en carcajadas.

—Parece que al fin ha ocurrido. ¿Qué pasa chico, por fin tienes las agallas de enfrentarte a mí? ¿Es eso?

Con cada sacudida de su cuerpo, el filo de su espada arañaba más el cuello de Lía.

La oscuridad se tornó roja tras mis ojos.

—Creo que no entiendes que es lo que va a ocurrir ahora. Como consecuencia de tu patética insolencia voy a matar a tu hermana. Solo porque puedo. Para que comprendas de una vez que no te he estado mintiendo todos estos años. Después vas a dejar este absurdo intento de rebeldía y vas a volver a por la sangre que te pedí. De lo contrario, mataré a tu madre. Si eso no es suficiente, mataré uno a uno a todos los habitantes de esta corte mientras te obligo a mirar. Me aseguraré de que todos sepan quién es el culpable de su sufrimiento. —Tiró de Lía hasta que gritó. Ella nunca gritaba—. Vamos a empezar, a ver si esto es suficiente para que...

No dejé que terminara la frase. O tal vez fue mi oscuridad la que lo decidió. No estoy seguro. Un rugido inhumano surgió de mi pecho, mis manos se tiñeron de noche y el poder asoló con todo.

En mis fantasías recurrentes la muerte de Desmond siempre era algo lento, algo que disfrutaba y alargaba lo máximo posible. Me tomaba mi tiempo y le hacía sufrir hasta que experimentara todo lo que nos había hecho pasar en sus propias carnes.

La realidad fue diferente. Todo sucedió muy rápido. Tanto que terminó antes de que pudiera saborearlo.

Un poder desconocido, el mismo que me había consumido al ver los ojos de aquella tiniebla de esperanza se apoderó de mi ser. Fui vagamente consciente de cómo me llenaba por completo, llegando hasta la última fibra de mi cuerpo y estallando contra el Guardián.

Contra mi padre.

Aquel estallido de magia latía fuerte y sin medida. Un poder que nacía en lo más profundo de mi alma, sin control, como si hubiera estado esperando varias vidas a ser liberado.

El cuerpo de Desmond convulsionó, soltando a mi hermana en el acto y dejando caer la espada, que rebotó como el objeto inútil que era contra el suelo de mármol.

Después vi cómo sus ojos comprendían, horrorizados, la certeza de su muerte. Durante un segundo me olvidé de las consecuencias. Observé con una sonrisa retorcida como el cuerpo de mi padre estallaba en una bruma de polvo y sangre.

No. Sentí. Nada.

Absolutamente nada.

Los guardias se arrodillaron frente a mí antes de que la última brizna de mi predecesor se hubiera desintegrado por completo.

—Mi señor Guardián —comenzó a decir uno de los que hacía apenas unos segundos estrujaba el cuerpo de mi madre sin piedad contra el suelo.

No le di tiempo a balbucear unas disculpas.

Todos y cada uno de ellos, todos los que habían presenciado y ayudado a mi padre en su crueldad se evaporaron en menos de medio segundo. Encontré las mentes de todos aquellos indeseables y las rompí con gusto mientras deshacía sus cuerpos en la negrura del universo. No me costó esfuerzo, ni siquiera medio pensamiento.

—Callum. —La voz de mi madre hizo que otro trozo de mi condenado corazón se rompiera para siempre.

Mis rodillas impactaron contra el suelo y tuve que apoyarme con ambas manos para no desplomarme mientras vomitaba hasta la última gota de bilis, otra vez.

Aquellos ojos verdes y el horror de lo que yo había hecho me perseguirían hasta el día en el que los dioses olvidados me condenaran al fuego eterno.

Existían tres tipos de duelo y tres tipos de miedo.

El dolor de perder a alguien a quien amas. El miedo a hacer algo irreparable.

El dolor de perderse a uno mismo. El miedo a olvidar.

El dolor de perder algo que nunca has tenido. Y el miedo a no recordar lo que es tener miedo.

Mientras el resto de la Corte de las Sombras daba la bienvenida a su nuevo Guardián comprendí que, en mi caso, todo ese miedo, todo ese dolor y todo ese sufrimiento se reducía a una única palabra. *Tiniebla*.

# CAPÍTULO I

## Elara

**Solo entendía su vida de dos maneras. Antes y después de ella.**

## *100 años después*

La cicatriz de mi garganta palpitó con fuerza, como el eco de mi corazón o el recuerdo de una amalgama de sueños olvidados. No supe el motivo.

Una bocanada fresca con olor a jazmín me inundó el pecho al coger aliento. En mis costillas el fantasma de una herida abierta hizo que me recorriera un escalofrío. Mientras me centraba en calmar el latido desbocado de mi corazón y las réplicas de un dolor ausente en mis entrañas, caí en la cuenta de que la muerte era sorprendentemente parecida a la vida.

Algo brillante y estridente intentó perturbar mi descanso. Fruncí el ceño, ofendida, y con los ojos todavía cerrados. Se suponía que una de las pocas ventajas de estar muerta era que por fin podría descansar sin nada ni nadie que me interrumpiera.

Algo liviano y suave descendió sobre mi cuerpo conforme me retorcía en busca de aquella oscuridad familiar que me había arrullado en mis últimos momentos. Quería volver con ella. Añoraba

la sensación de tranquilidad que me había invadido a su lado. La certeza de que, mientras fuéramos de la mano, todo estaría bien.

En su lugar, encontré la chispa del poder que siempre me acompañaba y la oscuridad insistente que había dedicado mi vida a mantener a raya.

Pero ambos eran ahora muy diferentes.

Tan solo rocé el poder cuando un estallido de gloria y estrellas me recorrió de pies a cabeza. La oscuridad bailaba a mi alrededor, feliz y libre de ataduras. Se onduló sobre mi cuerpo, llenando todos los lugares de mi alma que creía yermos y haciendo que mi respiración se entrecortara. Jamás había sentido un poder igual. No tenía fin, era simplemente eterno, real y mío. ¿Cómo podía ser mío?

No entendí qué estaba ocurriendo. Tal vez en la muerte una tenía acceso a cosas imposibles.

Precisamente por eso me permití abrazar esa oscuridad. Necesitaba experimentar, al menos una vez, cómo era sentir aquello que me había estado llamando desde que alcanzaba mi memoria.

¿Acaso era tan terrible?

—Tan solo un segundo —me dije mientras llamaba a la oscuridad.

La noche respondió gustosa a mi llamada. Y, por primera vez en mi vida, la abracé sin reparos. Un torrente de pensamientos, respiraciones y latidos me asoló. Intenté soltarlo, pues era demasiado.

Demasiadas voces, demasiado dolor, demasiado sufrimiento.

—Mierda, se está despertando —susurró una voz brillante como la Verdeluna.

La muerte, al parecer, no estaba preparada para que yo tomara conciencia. ¡Qué maleducada!

—Ve a buscarlo o montará en cólera si ella despierta y no está aquí —apremió una segunda voz tan profunda como el mar.

—¿Podrás con esto? ¿Igual sería mejor que me quedará yo y tú fueses a por él? Los dos sabemos que el tacto no es uno de tus puntos fuertes —reprochó la primera voz.

Alguien emitió un bufido indignado.

Sumida en el caos del poder que me arrasaba, me pregunte qué clase de demonios discutían a la propia muerte. La clase con la que yo me llevaría bien, eso seguro.

—Precisamente, si salgo ahí fuera voy a cargarme a todos y cada uno de los cabrones responsables de cada rasguño de Levi.

Ese nombre tiró de mí con fuerza. Aun así, no conseguí deshacerme de las voces y los latidos que lo inundaban todo.

—Tal vez tengas razón. Aunque no me faltan ganas de arrasar con todos, no sería prudente ahora mismo. Podemos dejar las matanzas colectivas para más tarde.

—Por algo eres una de mis personas favoritas, Lía.

Un recuerdo partido rozó mi mente.

Un edificio desplomándose, cientos de almas gritando de dolor. Los susurros, las miradas, la sensación pegajosa y angosta del olor metálico y putrefacto que se pegaba a mí. Todo me llegó como una avalancha furiosa.

Desperté de un sobresalto, incorporándome tan rápido que apenas tuve tiempo de frenar mi ascenso. Me doblé sobre mí misma, mientras me sujetaba la cabeza con las manos en un intento a la desesperada de acallar las voces.

El poder era tan fuerte que apenas podía controlarlo. Todo a mi alrededor estaba teñido de un filtro que potenciaba todos y cada uno de mis sentidos. Los claroscuros eran más intensos, los aromas más penetrantes. El dolor más fuerte. Poder, vida y muerte se unían en una danza infinita que podía deshacer con tan solo un roce de mis manos. ¿Cómo podía estar tan segura de aquello? ¿Cómo sabía

a ciencia cierta que medio pensamiento mío alteraría el orden del universo?

Dejé de escuchar las voces que parecían venir desde el otro lado de un espejo roto y olvidado. Al parecer, ni siquiera los carceleros del infierno estaban interesados en ver cómo me descomponía.

Si me concentraba lo suficiente, podía escuchar el latido de cada ser vivo y el crujir de cada puñetero árbol del bosque. Podía sentir cómo las gotas de un río cercano se revolcaban unas contra otras formando un torrente tranquilo y continuo. Podía escuchar una respiración acelerada muy cerca de mí y un murmullo constante en lo más profundo del edificio que contenía mis restos mortales.

Porque no había otra explicación posible.

Había muerto y el infierno había diseñado una tortura solo para mí. Los dioses olvidados, sabedores de mis pecados, habían decidido no redimir mi alma. En el fondo lo esperaba. Ni siquiera el mayor de los sacrificios, ni siquiera la propia vida ofrecida en bandeja de plata era suficiente para borrar todo el mal que había hecho.

La sangre de Artio y de todos los demás teñiría mis respiraciones por el resto de mis vidas.

Era imposible parar las imágenes. Se sucedían en un bucle continuo imposible de contener.

La magia de Brann atravesando mis costillas.

El dolor de una traición esperada.

El hermoso rostro de Oraz cubierto de sangre.

La vida abandonando mi cuerpo en el mismo momento en el que mi daga atravesaba el pecho de la única familia que había conocido.

Abrí los ojos, luchando por comprender a qué escalón del infierno había ido a parar mi alma. Me recibió la imagen de unas manos negras y brillantes. Mis manos. El poder las cubría tiñéndolas de una noche cuajada de estrellas y yo no lograba entender qué era lo que

me estaba pasando. Las agité en un intento de que volvieran a la normalidad.

Todo a mi alrededor vibraba y se tambaleaba. Los quejidos de piedra y ladrillo reverberaban en mis oídos junto con los lamentos de miles de almas inmortales. Era como si mi cuerpo se cerrara sobre sí mismo, haciéndome sentir pequeña y atrapada. Mi corazón latía con demasiada fuerza y los pensamientos corrían veloces y ávidos de sangre como pesadillas recién paridas. No podía parar, no podía pensar. Lo único que me quedaba era esperar y dejarme ahogar en aquella marea de sensaciones crueles.

Algo se movió a mi lado.

Antes de que tuviera tiempo de registrar lo ocurrido, un par de manos me sujetaron las muñecas con delicadeza, pero con la firmeza suficiente para que mis pensamientos pararan en seco.

—Elara, cierra los ojos —ordenó una voz grave que me parecía haber escuchado en otra vida.

Tuve la certeza de que no era la primera vez que me lo pedía. Sonaba preocupado, como si llevara un buen rato intentando llamar mi atención.

Por algún motivo, decidí confiar en aquel extraño. Cualquier cosa con tal de hacer que aquello parara.

—Sé que sabes cómo construir un escudo mental. De hecho, me consta porque tú y yo tuvimos el mismo profesor. Así que vamos a hacer esto juntos antes de que acabes de tirar el castillo abajo. ¿Entendido?

Todavía temblando logré asentir una única vez.

—Busca el centro de tu poder. Entre el resto de las voces y estímulos. Te estará llamando. Ignora todo los demás y dirígete hacia tu poder. Con él estarás a salvo.

Hice lo que aquel extraño me pidió.

Al principio pensé que no sería capaz, había demasiado ruido y demasiadas interferencias.

—Duele —conseguí decir con los dientes apretados.

—Ya lo sé. Y lo siento, pero no puedo hacer nada para mitigarlo. Vas a tener que navegar con el dolor. Es una mierda, pero es la única manera. Te prometo que las próximas veces no dolerá. Conoces tu poder, Elara. Lleva contigo toda la vida. Busca el hilo que os conecta, agárrate con fuerza y no te sueltes.

La voz de aquel hombre continuó animándome, guiándome. Poco a poco, enterrado entre todo lo demás, logré distinguir la vibración de mi poder, como un hilo negro y brillante que se mezclaba con mi oscuridad, tirando de mí de vuelta a la superficie.

Fui consciente de cómo mis manos dejaban de temblar y mis respiraciones se ralentizaban. Aun así, todavía podía notar las estrellas recorriendo mi piel.

—Eso es, Elara, lo estás haciendo muy bien. Ahora vamos a levantar juntos el muro de tu escudo. Piedra a piedra, si es necesario. ¿Sigues conmigo?

Otro asentimiento escueto fue todo lo que necesitó para continuar guiándome.

—Tenemos que canalizar todo el poder. Tienes que conseguir recobrar el control. Ya has hecho lo difícil que es retomar las riendas. Ahora vamos a usar toda esa energía desmedida en nuestro beneficio. Toma aire y aguanta durante unos segundos. Eso es. Ahora vamos a soltarlo despacio y, mientras tanto, quiero que pongas las primeras piedras canalizando un poco de ese dolor. ¿De qué color es tu escudo, Elara?

Medité la pregunta.

—De noche y galaxia —dije mientras apilaba las primeras piedras en mi mente. Me pareció escuchar como aquel hombre profería una

maldición atragantada en un susurro.

—El mío es azul. Vas muy bien. Vamos a por las siguientes.

Poco a poco, durante lo que pareció una eternidad, aquel extraño me ayudó a reconstruir el muro de ónice brillante que protegía mi mente. Con cada respiración me hacía una pregunta insustancial: ¿a qué huele el verano, Elara? ¿Cuál es tu postre favorito? ¿Alguna vez has visto un unicornio?

Yo apenas era capaz de contestar con gruñidos y monosílabos, pero aquel desconocido continuaba haciendo preguntas, y, con cada una de mis respuestas, él ofrecía las suyas: a fresas y lluvia, el pudín de menta y coco, ¿me creerías si te digo que he montado en uno?

Con cada pregunta y cada ladrillo las voces se volvían más débiles y yo sentía que recobraba el control sobre mi cuerpo. Cuando coloqué la última piedra, una fina capa de sudor cubría todo mi cuerpo. Los brazos y las piernas me temblaban, la cicatriz de mi garganta palpitaba y estaba segura de que apenas sería capaz de caminar.

Pero lo había logrado.

—Ya puedes volver a abrir los ojos, Elara.

Lo intenté, de verdad que lo intenté. Pero la luz era demasiado clara, los colores demasiado vívidos y el recuerdo de la noche bañando mis manos me fascinaba y aterraba a partes iguales.

Tardé mucho más de lo que admitiría jamás en atreverme a abrir de nuevo la mirada. Aquel extraño no me metió prisa. No. Simplemente esperó paciente a mi lado. Respetó mis tiempos y mi fragilidad.

Poco a poco mis ojos se abrieron, preparados para recibir el inferno, en su lugar, una habitación en penumbra me dio la bienvenida.

Una habitación que conocía demasiado bien.

El peso de mil piedras se instauró en mi estómago y sentí que el aire me faltaba de nuevo; como si una mano invisible apretara mi garganta. ¿Qué demonios estaba haciendo allí otra vez?

El cuarto en el que había pasado las semanas del torneo estaba prácticamente igual que en mi último recuerdo. Mi última vez entre aquellas paredes había sido minutos antes de la fiesta que había dado inicio a la última prueba de la Dama de la Noche.

Levi y yo habíamos estado bromeando frente al espejo. Un rato después, mi amigo y compañero me había revelado la traición de Finnian y los demás. La imagen del Campeón de las Sombras bañado en sangre y convertido en una criatura supuestamente irreal cruzó mi mente como una flecha envenenada, atravesando mi corazón y devolviéndome parte de la ansiedad que había logrado calmar.

—¿Levi? —gemí mientras buscaba las sombras de mi habitación como si Levi fuera a aparecer en cualquier momento—. Está herido. Él intentaba ayudarme, pero Brann...

—Levi está bien, Elara. Gracias a ti. Está de vuelta en la Corte de las Sombras y prácticamente recuperado. Estaré en deuda contigo eternamente por salvarlo.

Respiré aliviada, aunque todavía confusa. Se suponía que tenía que estar muerta, ese había sido el trato para ganar el torneo. ¿Qué demonios hacía de vuelta en el castillo de la Dama?

—Seguramente todo resulta algo confuso. La verdad es que no estoy seguro. ¿Quieres primero las noticias buenas, las regulares o las malas?

Me giré hacia aquella voz. Un hombre alto y robusto me miraba con gesto serio. Sus facciones eran marcadas, acompañadas por una barba corta arreglada a la perfección. Su tez olivácea era oscura y

estaba plagada de pequeñas cicatrices junto con una más grande sobre la ceja izquierda.

Era hermoso. Hermoso como lo era la cumbre de una montaña imposible de alcanzar o la espuma de una ola gigante. Hermoso de manera brutal. Llevaba el pelo negro muy corto y vestía ropa similar a la que había visto en Levi. Ropa de batalla negra y repleta de armas. Sus ojos color verde oscuro me estudiaban con curiosidad. Levantó la ceja derecha, que estaba rapada con varias líneas verticales, ante mi evidente inspección.

—Si necesitas un cuadro puedo proporcionártelo. Así no se te olvidará nada.

—¿Quién eres? —pregunté mientras me incorporaba.

Las sábanas resbalaron conforme me sentaba con las piernas fuera de la cama. Alguien me había vestido con un conjunto corto y simple de lino. Me habían quitado la mugre y la sangre que había acumulado en lo que, en teoría, debía haber sido mi último día con vida.

Estudié mis piernas descubiertas con los ojos abiertos. No había ni rastro de las heridas. Pasé con cuidado las manos sobre mis costillas, pero la piel allí también estaba lisa. Ni siquiera dolía. Era como si nunca hubiera sufrido las heridas que me habían hecho sucumbir.

—Puedes llamarme Nox.

Nox dio un paso atrás, en un intento de darme algo de privacidad mientras inspeccionaba mi cuerpo. Sin embargo, no apartó esa mirada seria de mí. Sus ojos estudiaron cada uno de mis movimientos. No sabría decir si estaba esperando que volviera a sufrir un ataque de pánico o que me abalanzara sobre él para escapar.

Lo cierto es que ni yo misma lo tenía muy claro.

—Decías que tenías buenas y malas noticias.

—Directa al grano. Me gusta. Las noticias regulares son que estás viva.

—¿Eso es lo regular? —pregunté con desconfianza.

Tal vez había malinterpretado la ayuda de Nox como algo que no era. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de él?

—Teniendo en cuenta que tu última acción consciente fue pedir morir para salvar la magia de Lyssandria, diría que sobrevivir es un resultado que puede resultarte decepcionante.

—Me parece que tenemos conceptos distintos de decepción.

—Mejor para ti, supongo —respondió Nox levantando los hombros con indiferencia—. La buena noticia es que lograste salvar a Levi, romper la maldición y liberar los poderes secuestrados. Enhorabuena, eres prácticamente una leyenda. —Su tono parecía más de burla que de júbilo, pero decidí ignorarlo.

—¿Y la mala?

—La mala es que hay un montón de gente que está bastante acojonada con el hecho de que sigas viva. Y la gente, cuando tiene miedo, puede ser bastante...

—¿Peligrosa?

Nox entrecerró los ojos al reírse.

—Iba a decir tocapelotas, pero eso también sirve.

—¿Por qué temen que esté viva?

—Digamos que los cambios que se han destapado con tu supervivencia no han dejado indiferente a nadie.

Me levanté de un salto, todavía algo inestable. Nox hizo ademán de ayudarme a andar, pero la mirada con la que lo fulminé hizo que parara en seco.

Con piernas más fuertes de lo que esperaba me dirigí hacia el baño. Nox me siguió de cerca unos pasos por detrás, como si

temiera que me fuera a descomponer en cualquier momento.

Mientras andaba inspeccioné mis manos, pero no había rastro alguno de la oscuridad magnética que las había cubierto minutos atrás. Sin embargo, el corazón me dio un vuelco. Otra cosa más había desaparecido.

No había ni rastro de la cicatriz plateada que había marcado mi trato con Finnian. Intenté buscar el peso de nuestro trato, ese zumbido incesante que me había acompañado durante los últimos meses. Pero no encontré nada: era libre.

Lejos de calmarme, esa revelación hizo que se me revolviera el estómago. Inspiré para tragarme los nervios y centré mi atención en el espejo del baño.

No vi nada extraño en el reflejo que me devolvía la mirada. Tenía el pelo alborotado y mis ojos tenían un brillo febril como a medio camino entre despertar y estar soñando. Por lo demás, todo seguía igual.

Los mismos ojos verdes, la misma nariz afilada, la misma melena negra imposible de domar, las mismas piernas fuertes de cadera ancha y muslos generosos.

Acaricié distraída la cicatriz de mi cuello mientras me giraba para inspeccionar todo mejor. Las orejas seguían terminando en punta, las pecas estaban todas en su sitio.

—Los cambios no se ven en un espejo, Elara. Tú misma los has notado al despertar. Ese poder al que has accedido al tomar conciencia. Esa magia es diferente. Desde luego no es Hadaës, aunque si te soy sincero tampoco es Alta Fae. Nadie sabe qué es, ni la potencial amenaza que puede representar. La gente suele temer lo que no conoce o aquello que no puede tener. Especialmente lo segundo.

Quise decirle que mi poder no se sentía diferente. Al despertar había pensado que sí, pero en realidad era el mismo. Lo que era diferente era mi acceso a él y a la oscuridad. Ambos se habían comportado siempre como elementos en guerra que había tenido que controlar y apaciguar. Pero ahora... Ahora se sentían como dos partes de un mismo todo. Dos partes que eran tan mías como el verde de mis ojos.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Diez días.

—¡Mierda!

—En efecto, mierda.

La crudeza de su asentimiento hizo que volviera a inspeccionar a Nox con más cuidado. ¿Dónde estaban Cían, Orla o incluso Finnian? ¿Por qué había un guerrero de la Corte de las Sombras velando mi cuerpo diez días después de la finalización del torneo?

Una memoria difusa me trajo consigo la imagen de una bola de luz surcando el cielo, las vibraciones de los gritos de Finnian y el recuerdo de mi desesperación al saber que había fallado.

Intenté recordar con detalle, pero la cabeza me daba vueltas y unas motitas negras empañaron mi vista. Cerré los ojos con fuerza, apretando con los dedos por debajo de las cejas en un intento de recobrar el equilibrio.

—No eres de mi corte —dije, cuando recobré la capacidad de abrir los ojos sin tambalearme.

—Sí que soy de tu corte, Elara.

—No, tu magia no pertenece a las Tormentas. Tus ropas son claramente de...

—Las Sombras. Mi magia y mis ropajes pertenecen a la Corte de las Sombras. Como tú —repitió.

—Eso es imposible.

A mi lado, Nox hizo una mueca de circunstancias mientras desviaba la mirada por encima de mi hombro. Un escalofrío hizo que todo el vello de mi cuerpo se erizara y que el corazón comenzará a latirme desbocado.

La oscuridad dio varias vueltas de campana en mi interior. Y otra oscuridad, igual de profunda y brillante, envolvió mi mente con reverencia. Una mano pintada de galaxias se apoyó contra el escudo de mi cabeza. Supe, sin lugar a duda, de qué color eran los ojos que me observaban con intensidad a mis espaldas.

Noté su mirada como una caricia y una pregunta sobre mi cuerpo.

—*Tiniebla*.

Esa voz de noche y pesadilla sonó como sonaban los rezos susurrados y las memorias atesoradas. Mi nombre, ese nombre que solo él usaba, reverberó con fuerza en todo mi ser, amenazando con romper mis escudos en un solo suspiro.

No sé cómo me di la vuelta, lo único que sé es que mi verde impacto con su negro y se me olvidó respirar.

Fragmentos difusos del Guardián de las Sombras arrodillado en el suelo y rugiendo mi nombre me nublaron la vista.

No quedaba ni rastro del Alto Fae destrozado y fuera de sí que había gritado conmigo en la noche de mi muerte. Ante mí, solo estaba la imagen fría y calculadora del ser más letal de Lyssandria.

El Oscuro.

—Callum —susurré sin saber muy bien qué otra cosa decir mientras sentía que una pequeña eternidad se estrechaba entre nosotros.

Tan lejos y a la vez tan cerca.

—Veo que ya has conocido a mi otro general. No tenemos demasiado tiempo. El resto de los Guardianes nos esperan. —Callum

dejó de observarme para dirigir una mirada que parecía más bien una orden en dirección a Nox.

—Dejaremos que te vistas, Elara, no hay tiempo que perder —dijo Nox mientras pasaba a mi lado.

Vi cómo Nox palmeaba con familiaridad el hombro de su Guardián antes de desaparecer por el otro lado de la puerta. Mis ojos seguían atrapados en los de Callum. Estos me observaban fríos, distantes. No fui capaz de reconocerlos y, aun así, ¡resultaban tan familiares! No podía deshacerme del recuerdo de aquellos mismos ojos mirándome con hambre y deseo mientras sus labios asaltaban mi garganta en una pantomima que ambos habíamos llevado demasiado lejos.

Intenté, en vano, reconocer algo de aquella extraña alianza que habíamos formado durante las semanas del torneo. Una alianza que ni yo misma había sido capaz de comprender. Callum me atraía hacia su órbita como atraen las cosas peligrosas: lenta, pero devastadoramente.

Él desvió la mirada y, sin mediar palabra, comenzó a salir del baño.

—¿No vas a explicarme lo que está pasando? Me merezco al menos eso.

—Mereces todo lo que te propongas, Tiniebla —respondió suavizando la mirada y regalándome una sonrisa torcida.

—Por favor, no seas condescendiente. Una vez dijiste que nunca me mentirías.

—Lo mantengo.

—Omitir es solo un sinónimo de mentir, Callum.

Entre la preocupación de su rostro asomó una sonrisa torcida.

—Como he echado de menos lo retorcida y cruel que puede ser tu boca.

—Responde a la pregunta.

El Guardián de las Sombras me miró con un gesto imposible de descifrar. Sentí que había un millón de cosas que quería decirme y un millón de razones por las que decidió contenerse.

Al final, Callum cuadró los hombros y me respondió con gesto serio, pero sin apartar la mirada. Porque el Oscuro sería muchas cosas, pero cobarde no era una de ellas.

—El Cónclave se ha convocado. Tu juicio es inminente. Los Guardianes tienen sed de sangre y es tu vida lo que está en juego.

# CAPÍTULO II

## Elara

**La muerte era algo que lo atormentaba a menudo. Las muertes que él mismo había propiciado. Las que no había podido evitar. Las que sabía que tendría que volver a provocar.**

Destellos de plata y jade danzaban por los pasillos de piedra y cristal. Un baile ejecutado con abandono y pasión, interrumpido solo por susurros de Verdeluna y el movimiento de los árboles. Los espíritus, como siempre, permanecían escondidos entre las sombras. Sabedores de su fuerza, ávidos por ser testigos de los trocitos de Historia que nacían y morían entre las paredes de su fortaleza.

Yo me sentía como uno de esos espíritus, una mera espectadora de una vida extraña que ya no me pertenecía. ¿Qué hacía tan llena de un poder tan extraño como familiar?

Con cada paso, la trenza me rebotaba contra la espalda. Cada golpe contra mi cuerpo era como un latido regalado. Un latido dispuesto a mantenerme anclada en aquel universo. Mi trenza seguía moviéndose como el volteo de las campanas al ritmo de una marcha fúnebre el día de mi funeral. Sentí que cada paso me acercaba más a un pasado que no sería capaz de enfrentar.

Iba vestida para la batalla y una parte de mí estaba convencida de que eso era justamente hacia donde los pasos de Nox y Callum me dirigían.

Los dos Altos Fae caminaban a mi lado con gesto serio y armados hasta los dientes. El poder que ambos desprendían era ensordecedor. La oscuridad de Callum bailaba a su alrededor, pintando sus manos a cada paso que daba. Si antes de acabar con la maldición su poder ya había sido escalofriante, ahora estaba tan presente que era imposible mirar al Guardián y no ser consciente de la cantidad de magia que irradiaba.

Mi propia oscuridad se arremolinó en mi pecho, en un pulso constante. Por alguna extraña razón, su presencia me reconfortó.

La vestimenta de cuero que había aparecido en mi habitación se amoldaba a la perfección a mi cuerpo. Una réplica perfecta y mejorada de mi ropa favorita. Unos pantalones de un cuero negro y suave que acariciaba mis piernas con cada una de mis zancadas. Un par de botas altas que me llegaban casi hasta las rodillas. Un jersey fino de lana gris que, aunque parecía usado, olía a algo profundo y cálido que me hacía sentir como en casa. La prenda tenía las mangas anchas y adornadas con bordados de un hilo brillante que dibujaba constelaciones, a juego con un arnés de cuero oscuro con espacio para guardar varias armas. Además, llevaba unos guantes sin dedos y refuerzos de piel perfectos para pelear.

Y, sin embargo, nadie me había proporcionado un arma.

Las palmas enguantadas de las manos me picaban sin la presencia de una empuñadura a la que aferrarme. Retorcí los dedos incómoda, como si me faltara un apéndice. Con el rabillo del ojo vi como Nox ponía los ojos en blanco.

—Quieres hacer el favor de dejar las manos quietas. Parece que estás intentando sacudirte un *knorgüe* de encima —bufó sin

miramientos mientras torcíamos una nueva esquina que dio paso a una larga escalinata.

El silencio del Palacio de la Dama era tan abrumador que sentí que me faltaba el aire. ¿Dónde diablos estaba todo el mundo? Con cada paso mi tensión aumentaba. La cabeza me daba vueltas contemplando todos los escenarios posibles que explicaran por qué era escoltada por la Corte de las Sombras y no por mi propia corte.

—¿Qué demonios es un *knorguë*?

—Créeme, no te apetece saberlo —murmuró Callum, conforme sus largas piernas comenzaban el ascenso.

—Lo que me apetece saber es quién me ha quitado mis armas y por qué no se me han devuelto —repetí por decimocuarta vez desde que habíamos abandonado mis aposentos.

Sin ellas, me sentía totalmente desamparada. Mi poder y la oscuridad gruñeron en mi pecho, como si se sintieran ofendidos. Lo cierto es que el poder que había experimentado al despertarme sería suficiente para enfrentarme a cualquier amenaza, pero el recuerdo de las voces y el descontrol que lo acompañaba eran incentivo suficiente para evitar que quisiera volver a tocarlo.

Sentí como la oscuridad aprovechaba mis dudas para salir a la superficie. Estrujé mis manos en dos puños cerrados, clavándome las uñas en las palmas hasta que sentí cómo penetraban en mi carne a pesar de las protecciones. Cualquier cosa con tal de evitar volver a ver ese negro infinito tatuando mi piel.

—Nosotros no te hemos quitado las dagas, Elara. —Nox sonaba tan cansado de repetirme lo mismo que una parte de mí se compadeció de él.

Por otro lado, había clasificado mi supervivencia como una noticia *regular* y tenía cara de saber exactamente qué era lo que había ocurrido con mis dagas.

—Alguien lo ha hecho —murmuré demasiado alto, pisando cada escalón con más fuerza de la necesaria.

—¡Por todos los espíritus! Es peor de lo que Levi decía —murmuró Nox, parando en seco en mitad de la escalera y encarándome con cara de pocos amigos.

—¿Y qué se supone que significa eso? —exclamé mientras avanzaba un par de escalones para situarme a su nivel.

—Significa que tengo dolor de cabeza, Elara —respondió él con un tono de burla que era solo aceptable si uno tenía menos de diez años. Desde luego no para un general de la Corte de las Sombras.

—Eres tú él que ha sacado el tema, Nox —respondí en el mismo tono y con una sonrisa dulce.

—Créeme, ya me estoy arrepintiendo.

—En realidad, tienes suerte de que no tenga mis dagas. Porque tengo unas ganas tremendas de practicar puntería y tú tienes cara de diana.

El gritó de asombro que profirió Nox fue tan genuinamente real que tuve que luchar con todas mis fuerzas para aguantarme la risa. ¿Cómo era posible que todos los Fae que pertenecían a la corte de Callum tuvieran la increíble capacidad de sacarme de mis casillas y distraerme en mis peores momentos?

El recuerdo de mis primeras interacciones con Levi se precipitó como un jarro de agua fría sobre mi consciencia.

—¿Cómo te atreves? Mi cara es preciosa. Levi gritaría *ultraje* si te escuchara hablar así.

—¿Lo de la arrogancia es un requisito indispensable para formar parte de la Corte de las Sombras? —dije en un intento poco elegante de centrarme en mi cabreo y no en la creciente preocupación por mi amigo.

—No lo sé, dímelo tú.

Abrí la boca para rebatir aquella afirmación absurda. Era la segunda vez que Nox insinuaba algo parecido. A nuestro lado, Callum se aclaró la garganta.

El Guardián de las Sombras nos observaba con la espalda apoyada en un inmenso ventanal que adornaba una pequeña alcoba lateral que daba descanso a la ingente cantidad de escalones. En serio, ¿quién había diseñado semejante escalera?

Callum nos miraba con un brillo distinto en la mirada. Había algo en sus ojos negros que hizo que se me acelerase el corazón. Era una de las veces que más relajado y en paz había visto al Guardián.

Sentí como una de sus manos estrelladas acariciaba con cuidado las paredes de mi escudo mental. Escudo que me había asegurado de mantener reforzado desde que Nox me había ayudado a levantarlo. El contacto hizo que toda mi piel se erizara y no pude reprimir un escalofrío. Suspiré en un esfuerzo por recomponerme.

La suavidad abandonó las facciones del Guardián tan pronto como había llegado. Sustituida por una mirada tan oscura como la magia que emanaba de sus poros. Una mirada que me hizo ponerme a temblar. Mi cabeza se esforzó por convencerme de que era miedo, mi cuerpo no opinaba igual. Y, aunque Callum no apartaba sus ojos de mí, supe que se estaba comunicando mentalmente con Nox.

A mi lado, Nox me dirigió un último asentimiento mientras desaparecía escaleras arriba.

—Iré a asegurarme de que todo está listo —dijo por encima del hombro mientras apresuraba el paso subiendo los escalones de dos en dos.

—¿Te diviertes, Tiniebla?

Callum me miraba con esa sonrisa torcida y ese gesto endiablado al que me había acostumbrado durante las últimas semanas. Sin embargo, si algo había aprendido es que, en cuanto a Callum se

refería, mi sentido de la preservación y la seguridad eran inexistentes.

Avancé con paso firme hasta situarme a escasos metros del Alto Fae más sanguinario de Lyssandria.

—Tus generales son todos insufribles. —Él levantó una ceja al mismo tiempo que amagaba una sonrisa sincera.

—No te falta razón. Sin embargo, a mí me parece que Nox ha hecho exactamente lo que necesitabas.

—¿Sacarme de mis casillas?

—Distraerte. No tienes tu poder bajo control y los nervios no ayudan. Pero desde que habéis empezado a discutir es la vez que más estable lo percibo. La vez que más centrada te siento.

Me molestaba admitirlo, pero tenía razón. Había estado nerviosa y preocupada desde el momento en que había vuelto a la vida en mitad de un ataque de pánico por controlar un poder desconocido.

El recuerdo de la sangre de Artio cubriendo mis manos amenazaba con hacerme caer en la espiral de nuevo. La perspectiva de enfrentarme a un Cónclave de Guardianes que me quería muerta no ayudaba en absoluto. Eran pocas las ocasiones en las que el Cónclave se reunía de manera oficial. Y todas ellas, al menos las que yo conocía gracias a los libros de historia, terminaban con alguien muerto.

Como si pudiera sentir lo cerca que estaba de otro ataque de pánico, Callum sacó algo de uno de los cintos de cuero y metal que cubrían su pecho y me lo tendió.

Las dos dagas más bonitas que había visto en mi vida aguardaban suspendidas sobre las palmas de Callum. Eran del tamaño perfecto y con dos hojas tan afiladas que podía sentir la facilidad con la que serían capaces de desgarrar cualquier superficie. Las empuñaduras eran de plata y estaban talladas en una serie de motivos que

imitaban las distintas fases de la Verdeluna, salpicadas de pequeñas estrellas. Las hojas tenían grabadas runas en el lenguaje antiguo que no fui capaz de descifrar.

—¿Qué es esto?

—Nox decía la verdad. Aquella noche el poder que liberaste arrasó con muchas cosas. Me temó que tus dagas quedaron irrecuperables.

Era ridículo lo mucho que me dolió escuchar eso. Esas dagas eran mi posesión más preciada. Mi única posesión.

—¿Y me das las tuyas? ¿Cuál es el precio? ¿Están envenenadas o algo así? —pregunté, incrédula, mientras dejaba que mi dedo índice acariciara los hermosos diseños que adornaban las armas.

Estaba claro que pertenecían a la Corte de las Sombras. Todos los motivos y símbolos que las cubrían hacían referencias a la misteriosa corte. Pequeñas lunas en distintas fases como en el escudo de la corte, constelaciones extrañas que había observado bordadas en los ropajes de Levi o Callum, extrañas criaturas aladas de ensueño y un sinfín de elementos que no fui capaz de reconocer.

—Considéralas un préstamo. No deberías entrar en el Cónclave desarmada. Tu poder es demasiado inestable y peligroso ahora mismo para usarlo. Mi consejo es que intentes evitarlo por el momento, hasta que puedas entrenarlo.

No tenía por costumbre obedecer órdenes de hombres. Por muchas dagas que me regalaran. Pero, en aquella ocasión, no pude evitar estar de acuerdo.

—Lo que es peligroso es entrar a esa sala sin ningún tipo de información. ¿Dónde está mi corte, Callum? Agradezco todo lo que has hecho por mí. De verdad que sí. No voy a pretender que lo entiendo o que me fío de ti. Probablemente esta sea tu manera de darme las gracias por ayudar a Levi durante el torneo. Aunque sinceramente las gracias se las debería dar yo a él. ¿Quién sabe?

Quizá es que solo quieres cabrear a los demás. En cualquier caso, estoy demasiado cansada de ser vuestro peón. —Conforme más hablaba, más tomaba consciencia de mi cabreo—. He sobrevivido al torneo. He liberado vuestro estúpido poder de la maldición. Enhorabuena, habéis creado otro monstruo. Pero este monstruo se ha cansado de jugar y va a empezar a morder. Quiero hablar con Finnian, Cían y Orla. Quiero volver a casa.

La palabra *casa* supo a ceniza en mi boca.

Vi como algo contenido y frío cruzaba la mirada de Callum, pero se recompuso enseguida.

—Soy consciente. Te dije hace mucho tiempo que yo no soy tu enemigo. Sigo sin serlo, Tiniebla.

—También dijiste que no debería fiarme de ti —le recordé, mientras reseguía el dibujo de las dagas con mi dedo.

Callum se estremeció como si mis caricias estuvieran recorriendo su piel y no el arma que mantenía suspendida entre nosotros.

—Creo que mis palabras exactas fueron que los demás te dirían que yo soy la última persona de la que deberías fiarte —rectificó mientras me agarraba con suavidad una de las manos interrumpiendo mi inspección de la empuñadura para posarla con cuidado al lado de mi costado.

Me miró con ambas cejas levantadas mientras sujetaba las armas con su mano libre cerca de mí. Una pregunta sin palabras. Su presencia era como un bálsamo que me calmaba y me volvía loca al mismo tiempo.

Sentí su poder en las puertas de mi mente acariciando cada recoveco, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Asentí, sin saber muy bien a qué estaba accediendo, pero con la necesidad imperiosa de no perder su cercanía.

Callum dio un paso acortando la poca distancia que nos separaba. Dos tentáculos de poder negro recogieron el testigo de las dagas, dejándolas suspendidas en el aire. Apuntaban a su cuello, no al mío. No estaba segura de si aquello era un acto de buena fe o la trampa más tentadora del mundo.

La oscuridad ronroneó curiosa dentro de mi pecho. Él se permitió ensanchar su sonrisa.

Con las manos libres, agarró las tiras de cuero preparadas para sostener armas en mi arnés y tiró con suavidad hacia él. Me dejé llevar con el corazón rebotando sin control contra mis costillas y segura de que el Guardián de las Sombras podía oler todas y cada una de mis emociones.

—¿Qué recuerdas de esa noche? —preguntó mientras ataba una de las cuchillas en el arnés.

Sus pasos eran metódicos. Las manos de un guerrero acostumbradas a prepararse para la batalla. Aun así, cada roce de sus dedos contra mi cuerpo me hacía perder un poco más el control. Estúpido, estúpido corazón.

Pese a todo, su pregunta me trajo de vuelta a la realidad. No hizo falta que explicara a qué noche se estaba refiriendo. Sentí como un nudo apretaba mi garganta. Tragué saliva, obligándome a mantener la compostura e inspirando su aroma en un intento de centrarme. Aquellas paredes no se merecían que yo derramara una sola lágrima más. Hasta donde yo sabía, los monstruos no derramaban lágrimas, las provocaban.

A pesar de todo, mi voz sonó afectada.

Un monstruo con sentimientos. Qué ironía tan poco práctica.

—Recuerdo que dolía mucho. —Cuando comencé a hablar, los recuerdos de la última prueba me avasallaron sin piedad—. Recuerdo el cuerpo roto de Levi. Recuerdo las manos de Artio sobre

las mías terminando lo que yo fui incapaz de empezar. Recuerdo que todos miraban. Sin hacer nada. —Tragué saliva antes de continuar con voz temblorosa—. Recuerdo morir. Recuerdo la oscuridad envolviéndome para llevarme de vuelta a casa.

Las manos de Callum no abandonaron mi cuerpo mientras se ponía de rodillas, pero casi pude jurar que temblaban ligeramente. El contacto con él fue lo único que evitó que otro ataque de pánico me atravesara.

No sé cómo fui capaz de continuar hablando sin que las lágrimas me sobrecogieran. Tal vez fue la visión de Callum hincando rodilla frente a mí para poder acceder mejor a las ligas de alrededor de mis muslos o sus dedos conforme aseguraban la segunda daga en el exterior de mi cadera derecha. Lo único que sé es que continué hablando, perdida en el embrujo de sus movimientos.

—Te recuerdo a ti, tirado en el suelo, atrapado por la magia de la Dama. Recuerdo tus suplicas. Recuerdo cómo me imploraste que no lo hiciera. Recuerdo que gritabas mi nombre. El real. No ese apodo insufrible con el que te empeñas en llamarme.

—Tiniebla mentirosa, los dos sabemos que lo adoras.

Ignoré su intento de bromear. En parte porque el dolor era inmenso, pero también porque tenía razón y yo no lograba entenderlo. La verdad es que hacía bastante tiempo que había dejado de intentar comprender muchas cosas en lo referente a nosotros.

—Recuerdo no entender nada. —Las últimas palabras las admití en apenas un susurro.

Eso hizo que Callum pausara sus acciones y me mirara con gesto indescifrable. Agachado frente a mí y con sus manos sobre mi cuerpo, parecía un dios sacado de mis mejores pesadillas.

—A pesar de lo que pueda parecer nunca te he mentido —explicó con gesto serio y una voz tan rasgada que parecía hecha solo para mí—. Hoy tampoco te miento cuando te digo que todo lo que haga en el Cónclave, todo lo que me vea obligado a ser, será para que sobrevivas.

Callum se enderezó sin apartarse ni un milímetro y me sujetó la barbilla con una delicadeza que jamás habría sospechado posible en un ser como él.

—Soy consciente de que no confías en mí y sé que no te va a gustar lo que vas a ver. ¡Espíritus! Probablemente detestes cómo me voy a comportar. No te mentiré, todos los rumores que has oído sobre las cosas horribles que he hecho sean probablemente ciertos. Pero, Oscuro o no, yo protejo a los miembros de mi corte.

Abrí la boca para repetir que yo no era parte de la Corte de las Sombras, pero él continuó hablando.

—Me hubiera gustado tener más tiempo para prepararte, para que pudieras tomar una decisión sin presiones. Lo único que tienes que tener claro es que no le perteneces a nadie y que voy a defender tu libertad con uñas y dientes.

—¿Por qué?

—¿Me creerías si te digo que lo hago porque es lo correcto?

—Me cuesta mucho creer que esto no forme parte de un plan que te beneficie de alguna manera.

Callum me dedicó una mueca fanfarrona.

—Nadie ha dicho que lo correcto no me beneficie. —Yo puse los ojos en blanco, lo que solo pareció animarlo—. Si quieres salir de esa sala con vida, necesito que hagas una cosa: juega con ellos. Juega el papel de la Campeona del Torneo de la Dama. Haz lo que haga falta para que no te vean dudar. Te dije una vez que sobrevivirías al torneo y lo has hecho. ¿Recuerdas que otra cosa te dije ese día?

Recordaba muchas cosas de aquella noche en los pasillos del Palacio de la Dama, incluido el sabor de sus labios, pero me negaba en rotundo a admitir aquello.

—Enséñales a qué sabe la sangre de una superviviente —susurré.

El rostro de Callum se iluminó con una sonrisa arrebatadoramente malvada.

—Enseñémosles a qué sabe el infierno, Tiniebla.

# CAPÍTULO III

## Elara

**Ser un monstruo tenía sus partes positivas. Ver cómo el miedo se apoderaba de sus enemigos era una de ellas. Que Elara fuera capaz de inspirar semejantes reacciones, era como música para sus oídos.**

Comencé a oír los susurros mucho antes de que llegáramos a la puerta. Inspiré con fuerza, buscando el centro de mi poder y dejando que la esencia del Palacio de la Dama me inundara. La magia de la Corte de las Tormentas revoloteó a mi alrededor, flexible y familiar. Cada mota de polvo, cada átomo de oxígeno, cada partícula de aire entró en sintonía conmigo y con mi magia.

Había algo distinto en nuestra conexión. Algo más preciso y poderoso. La oscuridad me abrazó por dentro, como un pulso constante, lejos del torrente desbocado al que estaba acostumbrada.

Las escaleras dieron lugar a dos imponentes puertas de plata oscura. Una plata tan brillante que me recordó al agua de un lago en calma una noche de luna llena. La luz crepuscular del dominio de la Dama se reflejaba contra los recatados relieves.

Una elegancia sobria y fría que me hizo sentir incómoda.

Nadie debería entrar a su juicio final a través de una puerta tan irremediablemente muerta. Hermosa, pero muerta.

Nox estaba de pie con el semblante serio. Cualquier rastro de burla había abandonado su rostro. Desde el otro lado, pude sentir el movimiento de los Altos Fae mientras aguardaban ansiosos nuestra llegada. Nox se hizo a un lado, situándose a mi izquierda. El poder que ambos Fae desprendían era abrumador. Dejaba claro que, hasta entonces, tan solo había sentido un esbozo de su potencial.

La presencia de Callum se hizo más fuerte contra mi escudo mental, pidiendo entrar. Una parte de mí sospechaba que el Guardián de las Sombras era más que capaz de infiltrarse en mi cabeza sin mi consentimiento.

Aun así, abrí una pequeña puerta solo para él.

*—¿Qué quieres? —pregunté fingiendo hastío.*

*—Recuerda, no dejes que nadie se meta en tu cabeza. Mantén tus escudos cerrados todo el tiempo y no utilices tu poder a no ser que sea inevitable.*

Asentí, al tiempo que Nox empujaba las pesadas puertas. La luz de la Verdeluna me cegó la visión durante unos segundos. Cuadré los hombros y me empapé de ese brillo esmeralda, dispuesta a proporcionar la actuación de mi vida. No era la primera vez que entraba en una habitación repleta de seres dispuestos a matarme. Algo me decía que, si salía con vida de aquello, tampoco sería la última.

Pinté una mueca aburrida en mi rostro y adopté esa versión de mí que parecía haber muerto junto a Artio. Fue como si el tiempo se congelara. Dejé atrás los trozos frágiles y descompuestos de una mujer a la que apenas reconocía y me obligué a fingir que sabía exactamente quién era.

La sala era amplia, casi tan grande como el salón de baile en el que había tenido lugar la fiesta antes de la última prueba. Las paredes estaban cubiertas de la misma orfebrería que adornaba las puertas de entrada, solo que las del interior de la sala estaban salpicadas de gemas y piedras de jade y diamante.

No había ni una sola ventana, aunque tampoco eran necesarias. El techo estaba dispuesto en una enorme bóveda de cristal, por lo que supe al instante que nos encontrábamos en una de las cúspides acristaladas del palacio. Una mesa de mármol negro cubría gran parte de la superficie y estaba rodeada de sillas que parecían hechas de plata líquida y madera. Sobre ellas, aguardaban los seres más poderosos de todo el continente.

Sentí todos y cada uno de sus ojos clavados en mí. Al instante, distintas ramas de poder se lanzaron, tentativas, hacia mi mente. Fuego de Verdenoche, susurros de tierra y barro, ventiscas de una tormenta de verano. Mi escudo apenas tembló ante sus ataques.

Uno a uno, los retazos de magia resbalaron como agua contra un espejo. La mirada incrédula de varios de los Guardianes y sus acompañantes hizo que una furia que había mantenido enterrada bajo la confusión y el dolor comenzara a aflorar.

—Menudo recibimiento —ronroneé, perdida en el personaje de ladrona indomable.

Sentí como Callum clavaba sus ojos en los responsables. Su oscuridad acarició mi mente mientras sus palabras se colaban por la puerta que solo él podía abrir.

*—Buena chica.*

Definitivamente iba a matarle.

Aiden, el Guardián de las Llamas, me dedicó un breve asentimiento. Aunque detrás de ese pequeño gesto de bienvenida había recelo. A su lado, Nuada me miraba con una sonrisa divertida

y una llama verde danzando entre las yemas de sus dedos. La Campeona ladeó la cabeza y levantó una de sus afiladas cejas como invitándome a jugar.

—Cambias más rápido de compañía que de moratones, Hadaës —rio en un intento de provocarme.

La ignoré.

A pocos metros de distancia, Selene, la Guardiana de las Olas, observaba la escena con gesto serio. Los anillos dorados que le cubrían brazos y manos resplandecían como una armadura de luz frente a lo oscuro del momento. Cuando nuestras miradas chocaron, sus facciones se suavizaron y me obsequió con una sonrisa sincera.

A su lado, dos Altos Fae armados de pies a cabeza, un hombre y una mujer, custodiaban la seguridad de su Guardiana. Sus armaduras estaban hechas de un material acuoso que se movía con cada una de sus respiraciones. Los destellos de espuma verde y arrecife centellaban, orgullosos, bajo el silencio de la sala. Los ojos del hombre me estudiaron con curiosidad.

Umbra me observaba con tanto odio que esbocé una sonrisa de suficiencia solo para ella. La Guardiana del Bosque entrecerró los ojos al tiempo que lanzaba otro ataque, esta vez más fuerte, hacia mis barreras mentales. Una avalancha de lodo, roca y fango arremetió contra mi mente. No fue un ataque especialmente cuidado, su intención era clara: destruir. Sonreí encantada cuando este volvió a rebotar como si tan solo hubiera lanzado una bola de papel contra un muro de piedra.

—No toleraré más ataques contra Elara —intervino Callum con una calma que ponía los pelos de punta—. El próximo que se atreva a intentarlo acabará sin sangre que derramar.

Si las miradas matasen, la que Umbra le dirigió a Callum habría sido suficiente para aniquilar un reino. A su lado, el pequeño

hombrecillo que siempre la acompañaba susurró algo en el oído de la Guardiana que hizo que esta abandonara sus ataques.

Un bufido incrédulo captó mi atención y me obligó a centrarme en el único Guardián al que todavía no había sido capaz de enfrentar.

—¿Y por qué habrías de intervenir tú, Callum? —escupió Finnian con ambos puños aferrando con fuerza los reposabrazos de su silla —. Hasta donde yo sé, esa es mi campeona.

No sé qué fue más doloroso, que Finnian evitara mi mirada o que hablara de mí como si fuera una propiedad y no una persona con autonomía.

Las súplicas de Finnian implorando que sacrificara mi vida todavía resonaban en mi cabeza. En su momento, la atrocidad que había supuesto matar a Artio había sido suficiente para confirmar lo que las palabras de Finnian escondían: el mundo sería un lugar mejor sin mi presencia para ensuciarlo.

A su lado, Cían buscó mi mirada. Me dirigió una sonrisa triste mientras con la boca me preguntaba en silencio.

*—¿Estás bien?*

Asentí con un nudo en la garganta al ver que al menos uno de mis amigos seguía de mi lado. Giré la mirada, en busca de Orla, pero no se encontraba en la sala. Cían entendió mi mirada y negó con la cabeza. Escogí pensar que su negación significaba que Orla no había podido acudir por una decisión externa y no porque el mal que la afligía hubiese empeorado.

—La última vez que lo comprobé, la esclavitud fue prohibida hace cientos de años. De modo que Elara es totalmente libre de hacer lo que ella considere. Creo recordar que tu corte se resistió a desprenderse de los esclavos. Aun así, ahórrate las pataletas, Finnian, los adultos tenemos temas más importantes que tratar. —La máscara de Callum era la frialdad personalizada.

Finnian gruñó y su magia hizo temblar la bóveda de cristal. Cían posó una mano sobre su hombro en un intento de rebajar la tensión. Él lo ignoró, sacudiéndose la mano de su amigo de malas maneras. Fui testigo de cómo Cían suspiraba impotente.

A mi lado, Nox apartó una silla para que me sentara, mientras Callum ocupaba el asiento de al lado. Nox se mantuvo de pie detrás de nosotros.

—Me gustaría hacer una llamada a la calma. El objetivo de un Cónclave no es enjuiciar ni matar a nadie, sino tomar una decisión por el bien común y la estabilidad de Lyssandria —declaró Selene elevando la voz.

Pasó su mirada penetrante por todos y cada uno de los asistentes al Cónclave, como si con eso fuera suficiente para calmar la tensión. Agradecí el intento, pero tenía la certeza de que, en algún momento entre mi muerte y mi resurrección, mi destino ya había sido escogido.

—Elara, tres de los cinco Guardianes han llamado a reunión a este Cónclave —continuó Selene—. Como representan una mayoría, estamos obligados a llevarlo a cabo. A saber, la Corte de las Llamas, la Corte del Bosque y la Corte de las Tormentas precisan de una demostración de que tu poder no representa una amenaza para el continente. Además, también exigen saber la naturaleza del trato que te devolvió la vida. Si la decisión final indica que no eres capaz de controlar tu poder, deberemos decidir por unanimidad qué corte será la encargada de tu custodia.

La oscuridad y mi poder vibraron en las puntas de mis dedos. Ladeé la cabeza con el tipo de determinación y desapego que sabía que me haría parecer peligrosa. En aquellos momentos solo había una cosa clara: no volvería a tener un carcelero.

—El edificio sigue en pie y yo todavía no he explotado. No sé qué más pruebas son necesarias para indicar que no soy un riesgo para nadie —dije mientras jugueteaba con el final de mi trenza como si la cosa no fuera conmigo—. Además, el trato que me unía al torneo está disuelto. Gané. Soy libre de hacer con mi tiempo y mi vida lo que me apetezca.

Miré a cada uno de los Guardianes a los ojos dejando que mi poder brillar a través de ellos antes de continuar.

—Tal vez sea la edad que os tiene despistados. Soy consciente de que entre todos sumáis unos tres mil años y es lógico que el cerebro tenga sus lagunas. Este Cónclave debería ser para darme las gracias por salvaros al romper la maldición y ponerle mi nombre a una maldita plaza o a un castillo. No sé a quién se le ha ocurrido la feliz idea de que necesito supervisión, pero permitidme declinar amistosamente vuestro ofrecimiento y mandaros a todos a tomar por culo.

A mi espalda, Nox estalló en carcajadas mientras el resto de los Altos Fae me miraban como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente. A mi lado, Callum cruzó los brazos sobre su pecho jaspeado de armas y se reclinó con pereza sobre el asiento. Una sonrisa torcida apareció en su boca. Estaba claro que disfrutaba con el espectáculo.

*—Ahí está mi Tiniebla.*

—¡Cómo te atreves, escoria Hadaës! Dirigirte así a tus soberanos, debería darte vergüenza —escupió Tej.

—Insúltala otra vez. —Las palabras de Callum fueron apenas un susurro, pero había algo mortal detrás de cada una de las sílabas.

Aquel hombrecillo que acompañaba a Umbra dejó de hablar de inmediato mirando al Guardián de las Sombras con los ojos grandes como platos.

Callum se incorporó lentamente del respaldo. Alrededor de sus dedos bailaba el inicio de una galaxia llena de estrellas. Sin dejar de mirarme, posó una mano en mi cuello, acariciando con el dedo índice y pulgar mi cicatriz mientras su poder teñía mi piel.

Tragué saliva mientras intentaba mantener la calma. En mi pecho, mi oscuridad bailaba encantada pidiendo a gritos salir a encontrarse con su magia.

La retuve como pude.

—Al final yo tenía razón. Era la única explicación posible para que alguien como tú participara en el torneo. Me equivoqué de Guardián, eso sí —exclamó Nuada entre risas.

Me giré lentamente hacia ella, sin dejar que mi rostro reflejara ningún cambio de emoción. La miré de arriba abajo, como ella había hecho semanas atrás en nuestro primer encuentro.

—La última vez que nos vimos no respirabas. —Torcí la cabeza y me tomé unos segundos para inspeccionarla abiertamente—. Creo que estabas más guapa así.

Nuada entrecerró los ojos, pero la sonrisa no abandonó su rostro. Sentí que la mano de Callum me apretaba ligeramente, como para decirme que lo estaba haciendo bien.

Umbra se aclaró la garganta y habló con una voz dulce y pegajosa:

—Querido, no te preocupes, dejaremos de insultar a tu capricho. Lo que está claro es que necesita supervisión. Entiendo que quieras ser tú quien se encargue de ella, Callum, pero mi corte es la única con suficiente mano dura para controlar semejante...

Finnian golpeó la mesa con el puño antes de que Umbra terminara lo que sin duda iba a ser un insulto de lo más colorido.

—¡Por el amor de la Verdeluna! Está claro qué corte debería encargarse de la custodia de Elara. *Su corte*. La Corte de las

Tormentas. No entiendo el motivo de que eso sea parte de esta discusión.

—Finnian, todos podemos notar su poder. Todos vimos lo que ocurrió al final de la tercera prueba. Está claro que no pertenece a las Tormentas —intervino Aiden con calma.

Algo en mi interior se preparó para romperse tras las palabras del Guardián de las Llamas. Sin embargo, no sentí nada y eso fue aún más frustrante.

—Nadie entiende qué vimos al final de la tercera prueba, Aiden —rebatió Selene.

—Eso fue *su culpa* —escupió Finnian, señalando con un dedo acusador a Callum—. ¿Qué más pruebas necesitáis? Su trato con la Dama tiene la culpa de todo.

Aquel Finnian, enfadado y fuera de sí, era una versión del Guardián que no fui capaz de reconocer. Una parte de mí quería conseguir que me mirara. Estaba segura de que, si hablábamos, yo podría calmarlo. Porque, detrás de toda esa frustración, podía ver que lo que hablaba era el miedo por Orla.

—Aunque así fuera, eso no explica el hecho de que el favor de la Dama fuera a parar con Callum y no contigo. La maldición era clara: el poder de la Dama iría a parar a la corte del Campeón o la Campeona que consiguiera liberarlo. No hay nada que Callum pueda modificar en la cabeza de alguien que haga que su magia cambie de corte. Es poderoso, pero no es un dios —explicó Aiden.

—Me gustaría que quedara constancia de que sí me considero un dios —intervino Callum, con una sonrisa tan peligrosa como arrebatadora.

—Además —prosiguió Aiden, tras fulminarlo con la mirada—, su trato con la Dama fue después de todo eso. Por no hablar del hecho de que todos podemos sentir la oscuridad dentro de ella. Su magia

pertenece a las Sombras, es obvio que algo lo ha estado bloqueando y se liberó al entregar el orbe.

Nadie osó rebatir la explicación de Aiden. Intenté darle sentido a las palabras que habían abandonado la boca del Guardián. Sentía los recuerdos de aquella noche como trozos fragmentados de una pesadilla que me acechaba y no lograba comprender. Las heridas de Levi cubiertas por la magia de las Olas que yo misma había creado, aunque fuera imposible. Ese halo de poder brillante posándose sobre Callum. Todas aquellas imágenes se sucedían sin sentido y sin que yo lograra conectarlas.

*—¿Me lo vas a explicar en algún momento? —pregunté, sabiendo que él lo escucharía.*

*—Sí, Tiniebla. Al menos las partes que conozco —juró él—. Pero primero tenemos que salir de esta.*

—También siento la magia de las Tormentas en ella. ¿O acaso lo vais a negar? —rugió Finnian. Sus ojos seguían el camino de la mano de Callum mientras este dibujaba constelaciones sobre mi cuello.

—No, no podemos negarlo, Finnian. Al igual que no puedo negar que, si me concentro lo suficiente, siento una brizna de todas y cada una de las cortes en su interior. La magia de las Olas está presente, como también lo están la de las Llamas y la del Bosque. Todos pudimos sentirlo en el momento en el que acabó con la maldición. Eso no cambia el hecho de que la oscuridad es lo que emana de su esencia. —Selene me miró con los ojos entornados y, en ese momento, sentí que la Guardiana podía ver todas y cada una de mis acciones por lo que de verdad eran: mentiras.

Por mucho que quisiera aparentar normalidad, lo cierto es que había una profundidad nueva en mi poder. Aunque, extrañamente, no se sentía nueva o ajena. Era más bien como si, hasta ese

momento, una venda hubiera estado cubriendo mis ojos. La venda se había caído y el poder que me devolvía la mirada no tenía fin.

—Sea como fuere, está claro que la ganadora del torneo ya no es Hadaës. Probablemente nunca lo fue, lo que quiere decir que alguien se ha tomado muchas molestias en ocultar su naturaleza. La cuestión es ¿era ella consciente?

—Tampoco es Alta Fae, Aiden —aclaró Umbra—. Y, en todo caso, si ella lo sabía, eso solo refuerza la necesidad de tenerla controlada hasta que sepamos de qué es capaz y por qué ha ocultado su naturaleza.

—Yo no he ocultado nada —dije entre dientes.

Tej soltó un bufido repleto de odio.

—Está claro que su trato con la Dama ha creado una aberración. Una aberración peligrosa y singular que debe ser controlada.

Abrí la boca para dejarle muy claro a aquel hombre lo que pensaba de sus opiniones, cuando las puertas de la sala se abrieron de par en par. Unos pasos seguros rebotaron contra las paredes de plata.

—La *aberración*, como tú la llamas, no está sola, Tej. Por no hablar de que esa *aberración* es la que os ha salvado a todos. Así que piénsate mejor cómo te diriges a Elara antes de abrir la bocaza o lo que va a ser una aberración será tu cara después de que impacte con mi puño.

Levi irrumpió en el Cónclave como un ciclón, arrasando con todo y atrayendo hasta la última de las miradas. Ver a mi amigo con vida, sano y fuerte, hizo que se me empañara la visión. La última vez que nos habíamos visto Levi me había salvado la vida. Su imagen inmóvil en un charco de su propia sangre no sería algo que olvidaría con facilidad.

—¡Oh, por la Verdeluna! Otro *iluminado* que se arrastra desde las sombras para honrarnos con su presencia —murmuró Nuada con exasperación.

—*Detesto ese mote* —suspiró Levi en mi cabeza—*. Es muy poco original.*

Pude sentir cómo Callum y Nox se tensaban junto a mí. Aunque, para cualquier otra persona, ambos Altos Fae permanecieron con el gesto imperturbable y sereno. Mi amigo acortó los pasos que nos separaban con una sonrisa burlona y las manos en los bolsillos. Una vez que estuvo detrás de mi silla, se inclinó para darme un sonoro beso en la mejilla mientras me apretaba el hombro con cariño.

*—¿Y lo bonita que quedaría una de tus dagas en la cara de este imbécil?*

La voz de Levi sonó en mi mente a través del canal que mantenía abierto para Callum. No pude evitar sonreír. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, sabía que podía confiar en él.

*—Me han aconsejado que mantenga un perfil discreto.*

*—Qué aburrimiento, la discreción está sobrevalorada* —me dijo en un suspiro exagerado.

*—Y, técnicamente, estas dagas son un préstamo.*

Levi dejó escapar una risa incrédula.

*—¿Desde cuándo eso ha frenado a la mejor ladrona del Archipiélago?* —preguntó fingiendo indignación.

*—¿Dónde te has dejado las alas?*

*—Sabía que te gustarían.* —Sentí el guiño de su ojo aun estando de espaldas.

Fuera de nuestra pequeña burbuja el resto de los Altos Fae y Guardianes seguían discutiendo sobre mi supuesta nueva naturaleza.

*—¿Qué demonios haces aquí, Levi?* —siseó Nox a través de la extraña red de pensamientos que podía escuchar gracias a mi

conexión con Callum.

*—Estoy donde debo estar. Si os pensabais que iba a dejar a Elara sola contra esta jauría, es que no me conocéis.*

*—Levi, todavía te estás recuperando. No puedes correr riesgos.*

La voz de Nox era suave. Genuinamente preocupada. Tan suave que al principio pensé que era otra persona la que había dicho esas palabras. Había tanta verdad y tanto cariño en ellas que me sentí como una intrusa en medio de su conversación.

Levi, sin embargo, estaba la mar de a gusto.

*—Me encanta cuando te preocupas por mí, amor. Pero no es el momento. Luego en casa puedes ocuparte de lamerme las heridas. Se me ocurre que...*

*—Luego. Esto todavía no ha terminado* —ordenó Callum.

Tanto Nox como Levi cesaron de inmediato su conversación mental. Frente a nosotros, Tej y uno de los consejeros de Aiden seguían discutiendo como si yo no estuviera delante.

—Siento interrumpir lo que sin duda sería una discusión apasionante, pero a diferencia de los demás, me gustaría regresar a mi corte en algún momento. ¿Elara es poderosa? Sí. ¿Volvió a la vida gracias al poder de la Dama? Sí. Pero que tenga acceso a un poder que nosotros no tenemos no la convierte necesariamente en un peligro. Al menos no más que cualquiera de los aquí presentes. Como tampoco la convierte en una mascota que deba estar vigilada. De hecho, yo diría que ahora mismo está mucho más estable que cualquiera de vosotros —intervino Callum con gesto aburrido.

—Es fácil de decir cuando eres tú quien sostiene su correa —gritó Finnian.

Algo afilado y punzante me atravesó el corazón.

A estas alturas era más que consciente de que Finnian había intentado manipularme desde el principio para salvar a su hermana.

Podía entender su desesperación, pero, aun así, comprobar que para él no había sido más que una herramienta dolía demasiado.

A su lado, Cían torció la boca en una mueca incómoda mientras sus ojos me pedían perdón.

Un rugido animal abandonó los labios de Levi mientras unas sombras llenas de llamas azules emanaban del Campeón de las Sombras.

—Yo me andaría con cuidado. No me hago responsable de cómo reaccione un Dracano si sigues insultando lo que es suyo —susurró Callum.

Su voz era tan tranquila y profunda como siempre, pero sentí que su mano se ponía rígida sobre mi cuello. A través de nuestra conexión mental, pude notar como la misma furia que emanaba de Levi inundaba también su cabeza.

—Elara no es de tu *bestia* —presionó Finnian, quien al parecer tenía un deseo terrible por implosionar la situación o era incapaz de reconocer el peligro ante el que se encontraba—. Bestia cuya naturaleza, por cierto, has mantenido oculta todo este tiempo. ¡Qué coincidencia!

—Elara es de la Sombras. Por lo tanto, Elara es *mía*. Su protección es mi responsabilidad. Por lo tanto, te guste o no, Elara está bajo la protección de Levi también. Por no mencionar que me pareces el menos indicado para hablar de secretos. En mi corte protegemos a los nuestros, Finnian. Entiendo que sea un concepto difícil de comprender para alguien como tú. Pero no me hago responsable de lo que ocurra si sigues diciendo sandeces. —Callum se rio entre dientes antes de continuar—. De hecho, lo retiro. Sigue hablando, tal vez disfrute con el resultado.

Me tambaleé ante las palabras del Guardián de las Sombras, negándome a asimilar la realidad que escondían.

—Tu lagartija necesita que le dé más el sol, querido —rio Umbra.

*—Si eso ha sido un eufemismo entonces, muy a mi pesar, concuerdo con Umbra* —dijo Levi entre arcadas fingidas.

Esa vez fue Nox quien rugió haciendo callar a todos.

—La *lagartija* tiene nombre, y yo, una espada demasiado limpia. Habla con respeto o una de mis dos frases anteriores dejará de ser cierta.

Umbra emitió un quejido indignado ante la amenaza de Nox.

—Si bien es cierto que la Hadaës parece estar bajo control, es difícil predecir el alcance de sus poderes —insistió Tej, ignorando todo lo demás.

—No es la primera vez que oímos rumores y leyendas de una criatura similar. Los dioses olvidados ya nos advirtieron sobre esto. Un poder tan inmenso sin controlar solo traerá desgracia. Sus profecías nunca mienten. Lo más prudente sería ejecutarla.

Tanto Levi como Nox gruñeron en dirección al Guardián de las Llamas. Las sombras de Callum comenzaron a bajar hacia sus brazos. Mi propio poder se activó ante las amenazas. Bajo la mesa, apreté los puños mientras intentaba no perder el control.

—No vamos a ejecutar a nadie por un puñado antiguas leyendas sin confirmar algo que ni siquiera entendemos, Aiden —dijo Selene con gesto severo.

—¿Cómo lo hiciste? Está claro que esto estaba planeado desde el principio —interrumpió Finnian.

Por primera vez desde mi llegada Finnian clavó sus ojos en mí. Su color ocre, sereno y familiar me miraba como si yo fuera la culpable de todo. Como si yo hubiera escogido aquella situación.

—Finnian, yo no... —mascullé dolida.

—Confié en ti, Elara. Orla confió en ti.

La mención de la princesa de las Tormentas rompió el poco control que tenía sobre mis emociones. Tristeza, enfado, dolor y resignación. Todo se mezcló en mi interior mientras la presión subía y subía, llevándome cada vez más cerca al punto de estallar.

—Finnian —imploró esta vez Cían con una mueca similar a la mía.

—Yo no he hecho nada —logré decir a pesar de lo seca que sentía la garganta—. Entiendo tan poco de esto como todos los aquí presentes. No sé qué hago con vida. Como tampoco comprendo qué es este poder. Solo sé que lo siento mío. Encontraremos la manera de ayudar a Orla. Lo prometo.

—Bonito discurso. ¿Lo ha escrito él? Está claro que estabais compinchados desde el inicio. Eres una actriz excelente, te concedo eso. ¿Te ayudó él con el hueso de Addanac también?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —siseó Callum.

—Lo cierto es que no. Aunque sé que no soy el único al que le gustaría saber en qué consiste tu trato con la Dama. —Finnian se levantó empujando la silla con tanta fuerza que cayó despedida hacia el suelo.

A su lado, Cían se incorporó, intentando hacer entrar en razón a su amigo.

—Por suerte no tengo obligación ni intención alguna de revelarlo. —Callum continuaba sentado en su silla con su mano tocando mi piel.

—¡Ella debía morir! —gritó Finnian, y golpeó la mesa con ambas manos, dejando que su poder alcanzara la bóveda de cristal.

Tuve que luchar por cada respiración. Un pitido sonaba en mis oídos y, poco a poco, las voces volvieron a mi cabeza.

*Asesina.*

*Monstruo.*

*Aberración.*

Un coro de voces me lanzaba insultos acusándome de la realidad que ninguna sonrisa fingida podría ocultar. Artio estaba muerto por mi culpa y ahora Orla también sufriría el mismo destino.

—El poder de la Dama me pertenece a mí y a mi corte. La muerte de mi hermana será vuestra culpa.

Mis manos comenzaron a temblar y solo podía sentir como todo a mi alrededor vibraba. Sentía cada respiración, cada brizna de magia, cada latido. Mi propio corazón rebotaba con fuerza contra mi pecho, hasta el punto de que estuve segura de que todos podían oírlo.

—*Respira, Elara* —dijo Nox en mi cabeza intentando calmarme—. *No le des la satisfacción de que sus palabras te afecten. Respira y recupera tu centro.*

—Vigila el tono, Finnian —advirtió Callum.

—¿O si no qué, Callum? ¿Por qué no le dices a todo el mundo el motivo real de que hicieras un trato con la Dama para salvar su vida? ¿No te apetecía perder a tu espía, no es así? Preferías poder *jugar* con ella un poco más.

La bruma negra del poder de las sombras estalló en la enorme sala, cubriéndolo todo con su oscuridad. Vi como unos tentáculos negros rodeaban el cuello de Finnian elevándolo lejos del suelo. El poder de las tormentas salió a su encuentro, ávido por una confrontación. El resto de los Altos Fae y Guardianes se pusieron en pie.

Sobre nuestras cabezas una explosión de Verdeluna y plata iluminó la sala, mientras una voz armoniosa que acechaba todas mis pesadillas susurraba en nuestras cabezas.

—No derrames sangre esta noche, joven Guardián. Aún tenemos muchas cosas de las que hablar y un cadáver solo nos retrasaría.

# CAPÍTULO IV

## Callum

## Sus recuerdos estaban manchados de sangre y no paraban de gotear.

Miedo.

Miedo gris y pegajoso.

Miedo al que por fin podía ponerle nombre.

Un miedo constante que me había acompañado desde la primera vez que la Dama de la Noche se había materializado ante mí. Una visión tan real y certera que siempre había sabido que un día acabaría conmigo. El tiempo desde ese primer encuentro hasta el día que abandonaría este mundo no era más que un puñado de alientos contenidos y respiraciones prestadas mientras aguardaba su llegada.

La Dama de la Noche adoptaba una forma distinta delante de cada persona. Una forma caprichosa y cruel, deseosa de jugar con el destino de los seres inferiores. Una crueldad que, en mi caso, era merecida. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia había entre el espíritu y yo?

Yo había disfrutado al aterrorizar las mentes de aquellos a quienes fulminaba. Encontrar aquello que más miedo infundía en sus podridos corazones y obligarlos a revivirlo sin descanso para multiplicar su dolor.

Justicia poética, lo había llamado mi consciencia, o al menos lo poco que quedaba de ella. La Dama de la Noche traía consigo pesadillas partidas y fragmentos de verdades olvidadas. Esquirlas de una vida en carne viva que atravesaban piel y alma al mismo tiempo.

En mi caso, la forma que adoptaba la Dama era siempre la misma. Sus rasgos, su aroma, sus ojos, su voz no eran más que partes de un sueño envenenado que no me dejaba en paz. La misma herida cubierta de miel. Una visión que no me permitía olvidar.

Los mismos ojos de Verdeluna que me perseguían en pesadillas me miraban ahora desde el centro de la sala del Cónclave. El resto de los Guardianes observaban a la Dama de la Noche con el gesto fruncido, no necesitaba meterme en sus cabezas para saber que, fuera lo que fuese lo que veían, no compartíamos el mismo tormento.

Mi pesadilla tenía la melena negra, salpicada de sangre y tierra. Un cuerpo fuerte, pero roto por los restos de una batalla. El costado sangrante y con el eco de una espada de raíces atravesando sus costillas. Una cara hermosa, pero manchada de lágrimas, retorcida en unas facciones que me dejaban sin aliento. Y una sonrisa cómplice y antigua que no le pertenecía.

Una visión que llevaba más de cien años presagiando el final de algo que nunca tendría. Un final que me había obligado a revivir, esta vez de verdad, hacía tan solo unas noches.

—Mi hogar no es lugar para peleas innecesarias, queridos Guardianes. Este palacio ha permanecido imparcial y en paz durante milenios. Reunámonos una vez más en calma. La sangre derramada no ha de caer en vano. Debe ser un instrumento de unión y súplica. Debe ser el motivo, no la excusa —sentenció la Dama usando la voz y el rostro de Elara.

—*Estoy hasta las narices de los puñeteros acertijos* —dijo Levi con un suspiro apesadumbrado.

—*No es que me importe lo que le pase a Finnian. Pero me parece que lo dice por ti, Callum* —añadió Nox.

Miré a Finnian, que gruñía entre los tentáculos de mi poder, intentando, sin demasiado éxito, zafarse. A regañadientes, dejé caer al Guardián de las Tormentas al suelo. Chocó contra el mármol con un sonido hueco y apagado que me hizo sonreír. Mis sombras, sin embargo, no lo abandonaron del todo. Me aseguré de que siguieran revoloteando a su alrededor dispuestas a terminar lo que la Dama había interrumpido.

Desde que Elara había roto la maldición, mi poder rugía suplicando que lo usara. Ávido de estirarse y de arrasar con todo lo que se nos pusiera por delante. Habíamos pasado demasiado tiempo contenidos.

A mi lado, Elara miraba a la Dama de la Noche con los ojos entrecerrados y las manos apretadas. Destellos inconexos de una mujer de pelo plateado y rasgos suaves centellearon tras mis ojos. Inspiré hondo.

No quería desvincularme del pequeño canal que Elara había abierto para mí, pero tampoco quería ser testigo de sus pensamientos sin su consentimiento. La mente de Elara era un torbellino de emociones. La breve calma que había logrado alcanzar se estaba deshaciendo conforme aquella mujer rubia que vestía la Dama sonreía en su dirección.

No era la primera vez que aquel rostro surcaba mi mente, aunque hacía ya muchos años de la primera y única vez que la había visto en persona.

Una calma fría acompañó al horror que me sobrevino al comprender qué era lo que estaba viendo ella cuando miraba a la

Dama. Apreté las manos contra la madera de la silla. Con los nudillos blancos, sentí como el material se partía bajo mis dedos mientras las sombras se espesaban más y más.

—*Callum* —me advirtió Nox con un deje de ansiedad en su voz.

—*Lo sé, estoy bien. Todo bajo control.*

Detesté como, aun en nuestra conversación mental, mi voz sonaba de todo menos calmada. Odié ver la preocupación en el rostro de mis hermanos. Sin embargo, no fui capaz de arrepentirme. Por encima de todo, odié tener que contenerme. Odié no poder dejar que mi poder hiciera lo necesario para acabar con su sufrimiento.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —siseó Elara mientras se levantaba de la silla.

El poder que emanaba de su cuerpo era intenso y amenazaba con descontrolarse. Arremoliné la oscuridad a su alrededor, en un intento de apaciguar la batalla interna que sabía que estaba luchando.

—Me parece que esa es una pregunta para la que, en el fondo, ya tienes la respuesta Susurro de la Noche.

Me permití un momento de debilidad para apretar los ojos mientras intentaba separar la imagen que perseguía mis pesadillas de la realidad. Ante mí, Elara discutía con un reflejo de su propio cuerpo en la noche de su muerte. Un reflejo que hablaba con una voz que conocía bien pero que, a la vez, sonaba ajena.

—Ahórrate los acertijos. ¿En qué me has convertido? —gruñó Elara, sin miramiento alguno.

La oscuridad palpitaba con fuerza en su interior y era evidente que estaba perdiendo el control. La magia del castillo de la Dama vibró con una intensidad extraña. Su cadencia siempre era particular, pero había algo en el ambiente que hizo que se dispararan todas mis alarmas.

*—Estad preparados para salir en cuanto sea necesario.*

Levi y Nox asintieron.

Vi como mi general miraba de reojo a Levi con el ceño fruncido. Yo sabía que seguiría mis órdenes hasta el fin del mundo, pero también era consciente de la preocupación que ambos compartíamos. Levi había estado a punto de dejarnos tan solo unos días atrás. Aunque yo era el primero que deseaba que se hubiera quedado en la Corte de las Sombras, lo cierto es que entendía que no lo hubiera hecho. Maldita sea, de hecho, solo me hacía respetarlo más.

*—¿Y Elara? Está demasiado inestable para hacer un Salto Irisado* —apuntó Nox.

*—Eso no será problema. Yo me encargo*. —La rotundidad de Levi no daba lugar a críticas, por mucho que Nox tuviera decenas de ellas.

*—No sabemos si Elara vendrá con nosotros. Esperaremos lo que podamos, pero después os quiero de vuelta en casa.*

*—Callum, no podemos dejarla aquí. Tiene que venir a casa* —rugió Levi.

Pude ver como apretaba los puños alrededor del asiento frente al que Elara discutía con la Dama.

*—No puedo obligarla, Levi. Ya le han robado la capacidad de decisión demasiadas veces.*

*—Vendrá.*

Quise creer la certeza de Nox.

A escasos metros de distancia, la Dama ladeó la cabeza con un gesto divertido. Sobre nosotros, la bóveda de cristal empezó a crujir. Los delicados paneles de vidrio amenazaban con romperse en cualquier momento. Varios de los Guardianes y sus acompañantes comenzaron a levantarse de sus asientos.

La ansiedad de la sala era tan fuerte que se podía oler en el ambiente. Varios tipos de poder vibraban en el aire, como cogiendo impulso. Sin duda, el resultado de todos los Guardianes preparándose para un ataque.

—No te he convertido en nada. Eres lo que siempre debiste ser. Aquello para lo que estabas destinada desde tu nacimiento. El Destino puede parecer azaroso, pero ten por seguro que no lo es. Te lo dije una vez, hace no demasiado tiempo. Esta partida lleva en marcha desde tiempos que apenas yo recuerdo.

—No soy un peón que mover a tu antojo.

—¿Quién ha dicho que yo sea la dueña de esta partida, querida? ¿Quién ha dicho que una ficha no pueda escoger su siguiente movimiento?

La plata que cubría las paredes comenzó a emitir un silbido cortante. Después estalló el caos. Una a una, las diferentes gemas y diamantes que lustraban los revestimientos se precipitaron hacia el suelo. Una lluvia afilada y brillante que adornó la explosión con su estridente tintineo.

—Va a tirar el maldito castillo —gritó el hombrecillo que acompañaba a Umbra como su pequeña sombra—. ¡Está descontrolada!

Bajé la mirada cuando algo oscuro y brillante se movió a mi lado. Las manos de Elara estaban teñidas de la misma galaxia de tinieblas que cubría las mías y sujetaban una de las dagas que yo mismo le había proporcionado mientras apuntaba a la Dama de la Noche.

Tuve que forzarme por contener el ruido que emanó por mi garganta a medio camino entre un rugido posesivo y un gemido frustrado.

—*Callum* —inquirió Nox con tono tentativo.

—*Lo sé, joder. Lo sé, Nox. ¡Por todos los espíritus!*

Desde nuestra conexión intenté calmar la furia que crecía en el interior de Elara. Pero el dolor era tan grande, tan espeso, que no estaba seguro de que ella pudiera escucharme.

*—Respira, Tiniebla. Por mucho que no me importase ver lapidado a más de uno en esta sala, no queremos que el edificio se caiga sobre tu bonita cabeza.*

Elara no me respondió. En su lugar hizo algo imposible, algo que solo confirmaba que su naturaleza era distinta a lo que ninguno de nosotros conocía. Su esencia se coló hasta en el último recoveco de mi alma. Me inundó por completo hasta echarme de su mente con una facilidad asombrosa. Era el equivalente mental a hacerme un corte de mangas.

Y malditos fueran los espíritus si no acababa de dejarme sin aliento.

¿Cómo era posible que consiguiera sacarme de mis casillas y ponérmela dura al mismo tiempo?

El recuerdo de su sabor dulce y embriagador hizo que se me hiciera la boca a agua. Tanto que mis propias manos comenzaron a teñirse de estrellas.

*—Amigo, estás bien jodido.*

*—Cállate, Nox.*

La carcajada mental de Levi sonaba de acuerdo con Nox y yo no tuve fuerzas para rebatirla. ¿Qué sentido tenía mentir?

—¿Hiciste un trato con él? ¿Sí o no? —exigió saber Elara mientras me apuntaba con un dedo teñido de negro.

—Otra pregunta para la que tienes respuesta. Creía que habíamos acordado que lo importante no eran las preguntas, sino el porqué de estas. Se avecinan tiempos oscuros, una guerra que lleva eones consumiendo este mundo llega a su fin. La sangre derramada exige

venganza. Sangre de tu sangre, futuro de tu pasado. De ti depende el resultado.

—No sé de qué infiernos me estás hablando —escupió Elara, apretando con fuerza la daga.

En un abrir y cerrar de ojos, la Dama de la Noche se disolvió en polvo de Verdeluna solo para reaparecer enfrente de Elara. No me dio tiempo a reaccionar, sus movimientos fueron demasiado rápidos incluso para mí. La Dama agarró una de sus muñecas, obligándole a extender la palma, mientras que con la otra le robó la daga que sostenía. Antes de que ninguno pudiésemos reaccionar, hizo un corte fino en su palma.

Devolvió la daga a su lugar y recogió una de las pequeñas gotas de sangre con el dedo índice. Lo posó en dos rápidos movimientos sobre las mejillas de Elara, dejando dos gotas rojas de su propia sangre en el camino.

Dos lágrimas color carmesí surcaron su rostro confuso.

La visión de su sangre hizo que mi oscuridad rugiera como loca. Me había jurado a mí mismo que no permitiría que nadie volviera a ponerle un solo dedo encima.

Otra promesa que había fallado.

—Esto ha sido siempre lo mismo —murmuró la Dama mientras lamía los restos de la sangre de Elara de su dedo—. Esta sangre corría y correrá por tus venas sin que nada ni nadie pueda cambiarlo. Esta sangre llorará el olvidó de un reino y el comienzo de una nueva era. Artio conocía su valor, dio la vida por ello. Cuando llegue el momento, confía solo en aquello que ha estado siempre contigo. Confía en la oscuridad que te acompaña.

Elara miraba a la Dama de la Noche conteniendo el aliento y con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas que se mezclaron con las dos

gotas de sangre que cubrían sus mejillas, creando un reguero de dolor escarlata que caía despacio sobre su rostro.

Pude oír como su rabia se rompía en mil pedazos dando lugar a un pozo de dolor sin fondo que yo conocía bien. Supe que aquella imagen me perseguiría sin descanso.

—Fuiste elegida por una razón, pero la decisión siempre será tuya. Solo espero que escojas la adecuada y puedas vivir con las consecuencias.

Quise matarla allí mismo.

Desatar toda mi oscuridad y acabar con la vida de aquel espíritu caprichoso capaz de seguir destrozando a alguien que lo había perdido todo. Pero no tuve tiempo. La Dama volvió a desaparecer en una bruma verde y plateada y, esta vez, no volvió a materializarse.

El caos estalló al mismo tiempo que la Dama abandonó la sala. Todos y cada uno de los Guardianes comenzaron a ladrar órdenes a sus subordinados mientras varias ondas de poder se lanzaban directas hacia Elara. Las extinguí en medio pensamiento evitando que llegaran a rozarla.

—¡Está claro! No puede quedar libre. Lo que acaba de hacer la Dama es una clara declaración de intenciones. La Hadaës es peligrosa. Debe ser controlada o eliminada —graznó Umbra mientras una raíz atravesaba el suelo de mármol en dirección a Elara.

—¡Qué alguien la atrape! —gritó otra persona por encima de los quejidos del edificio, que comenzó a temblar de manera descontrolada, seguido de una lluvia de diamantes que rebotó contra las baldosas de mármol.

—Tócale un solo pelo y arrasaré tu corte en menos de lo que tardo en pestañear.

Umbra me miró sorprendida, pero su raíz frenó en seco su avance contra Elara.

—La oscuridad acecha. Todos lo hemos percibido estos meses. Los ataques de las criaturas solo aumentan. Es culpa suya. Algo las está azuzando —arremetió Tej, con un dedo acusador apuntando a Elara.

—Si sale de aquí con vida y sin un Guardián sensato a su cargo será una declaración de guerra —sentenció Finnian.

—¡Finnian! —exclamó Cían.

—Ha habido un desequilibrio en la magia. Ella es la fuente. Eso es innegable —añadió Aiden con gesto triste—. La paz de Lyssandria está en peligro. Estamos en el precipicio de una guerra.

—Te marchas con uno de nosotros o no te marchas con vida, Hadaës. Si crees que tienes alguna posibilidad ahí fuera por tu cuenta, estás muy equivocada. Te cazaremos. Mataremos a cualquiera que te dé asilo. Declararemos la guerra a cualquier corte que te asista —siseó Umbra.

En medio de la confusión, Cían había conseguido llegar hasta Elara e imploraba con ella con una mano extendida. Ella se abrazaba el pecho con ambos brazos en un intento de sofocar las sombras que se arremolinaban en sus manos.

—Aunque me niegue a reconocerlo, tal vez Umbra tenga razón, Elara. Igual nuestros ingenieros pueden averiguar en qué te has convertido. Hallaremos la manera de que aprendas a manejar esto. Ahora mismo estás descontrolada —dijo el general señalando las paredes del castillo—. Vuelve a casa y lo arreglaremos.

Elara negaba con la cabeza. Yo solo podía ver el temblor de esas manos hermosas capaces de bailar con las dagas como una tormenta de verano. Antes de que ella pudiera responder, otro trozo de la bóveda estalló y se rompió en mil pedazos. Segundos después, el palacio comenzó a desmoronarse.

Hice que mis sombras crearan un escudo a nuestro alrededor, tiñéndolo todo de negro. En mitad de la penumbra, sentí que Nox y

Levi se ponían manos a la obra. Yo los seguí de cerca. A nuestro alrededor todo era caos, órdenes ahogadas por los estruendos del edificio que se desplomaba sobre nosotros y latigazos de los poderes de las cinco cortes. Percibí cómo el poder de Elara repelía los ataques sin problemas. No estaba seguro de que fuera consciente de lo que estaba haciendo, pero tuve la certeza de que no la alcanzarían. Al menos por el momento.

Mis hermanos se aseguraron de que siguiera avanzando. Mis pasos me alejaban cada vez más de lo que quedaba de la sala, mientras mi corazón y la oscuridad suplicaban que volviera a por ella. Levi tenía razón, tenía que venir a casa.

Busqué la mente de Elara en mitad del caos.

—*Ven con nosotros* —supliqué.

—*¿De qué serviría? Ya los has oído, no hay decisión correcta. No dejarán de perseguirme. No estaré a salvo en ninguna parte.*

—*Siempre estarás a salvo en tu corte, Tiniebla.*

Pese a que todos mis instintos me gritaban lo contrario, abandoné aquella sala dejándola atrás.

# CAPÍTULO V

## Elara

**Él contó cada una de sus lágrimas. Cada uno de sus sollozos. Por cada lágrima derramada, se juró, una y otra vez, que los mataría a todos.**

Las paredes de jade caían a mi alrededor como los restos de un sollozo atormentado.

—Ven con nosotros, Elara. Finnian no sabe lo que dice. Está demasiado preocupado por Orla, pero podemos arreglarlo juntos.

El techo de cristal se había derrumbado apenas unos segundos antes. Con la ayuda de Cían y las sombras de Callum había conseguido salir de la sala del Cónclave esquivando los ataques de los Guardianes.

Más allá del brazo de Cían sobre mis hombros, no fui capaz de distinguir nada, salvo el vaivén del edificio y el estruendo de sus paredes viniéndose abajo. La oscuridad de Callum, fresca y familiar, flotaba en el ambiente empañando cada esquina.

Me dejé llevar por Cían. Los gritos desordenados de los Guardianes y el resto de los seres que habitaban el castillo inundaban cada silencio entre el caer de las rocas. Las palabras de la Dama se arremolinaban en mi cabeza. Mientras tanto, unas briznas

de poderes desconocidos atravesaban las piedras que se descolgaban de las paredes.

La presión de la magia en mi mente era intensa. Mi poder luchaba por salir y unirse al caos que él mismo había provocado.

Me dejé llevar, como tantas veces antes en los últimos meses. Las manos de Cían no se despegaron de mí. Mi amigo me ayudó a salir de la sala del Cónclave y me sostuvo con determinación mientras corríamos escaleras abajo. Puse un pie delante del otro por inercia. Hasta que no pude hacerlo más.

En mitad de las escaleras, con el corazón en la boca del estómago, frené en seco. Me separé de Cían con cuidado y di un par de pasos hacia atrás. Sin saberlo, me había detenido en una alcoba similar a la que, tan solo minutos antes, Callum me había preparado para el Cónclave. Salvo que esta vez la ventana estaba hecha añicos.

Los cimientos del castillo temblaban agitando las lámparas de aceite que iluminaban la escalinata. El movimiento dibujaba sombras difusas sobre las paredes.

Cían me miró con el ceño fruncido y la preocupación cubriendo su rostro. Antes de que comenzara a hablar me alejé.

—No voy a volver, Cían. No después de la última prueba. Duele demasiado. —No me atreví a decir más.

Pero no hizo falta, Cían bajó la mirada, avergonzado, mientras suspiraba con fuerza. Aunque él no había estado allí, estaba segura de que se lo habían contado. Finnian me había suplicado que entregara mi vida.

Mi vida a cambio de la de miles.

Mi vida a cambio de la de Orla.

En su momento, la decisión había sido sencilla. Pero, aun así, seguía doliendo. Dolía porque en realidad no podía culparle. Si yo hubiera sido el Guardián, ¿acaso no habría hecho lo mismo? Al fin y

al cabo, yo no era nadie. Mi existencia era remplazable; mi legado, inexistente. Estaba sola, de eso no había duda. Y, si en algún momento había tenido la posibilidad de un futuro en el que no lo estuviera, yo misma me había encargado de destrozarlo. ¿Quién no sacrificaría la vida de alguien como yo?

—*Callum te suplicó de rodillas que no lo hicieras* —repitió una voz que se parecía demasiado a la mía.

Deseché la imagen del Guardián, arrodillado y gritando mi nombre, al mismo tiempo que el recuerdo de sus palabras se colaba en mi mente.

—*Ven con nosotros.*

El castillo seguía cayendo y yo era consciente de que no duraría en pie mucho más tiempo. Tal vez aquella era mi señal para parar y esperar que el peso de mis decisiones se derrumbara sobre mí. ¿Sobreviviría mi nuevo cuerpo a esta muerte? ¿Me abandonaría mi oscuridad como lo habían hecho el resto de las cosas?

La tentación era grande.

—Elara, confía en mí. Te juro que lo arreglaremos. —Cían volvió a regalarme una sonrisa tranquilizadora mientras extendía de nuevo su mano para que yo la tomara.

—Él no me quiere allí. Solo quiere el poder de la Dama y yo no puedo dárselo. Ya no. No me queda nada más que sacrificar.

Aunque mi poder palpitaba con una fuerza que jamás había experimentado, lo cierto es que me sentía hueca. Llena solo por el recuerdo de las atrocidades que había cometido y los gritos de todos aquellos a quienes había herido.

—No pasa nada. Lo arreglaremos, ¿vale? Te juro que haré que entre en razón. En cuanto vuelvas a casa solucionaremos todo este lío. Entre Orla y yo haremos que recupere la cordura. Vuelve a casa, por favor.

Allí estaba otra vez esa palabra.

Pero a mí ya no me quedaban fuerzas para seguir fingiendo que la Corte de las Tormentas había sido alguna vez mi hogar. Mi hogar habían sido las noches de historias junto al fuego y el aroma de las hierbas curativas de mi mentor. Mi hogar había quedado reducido a escombros hacía meses por *su* culpa.

—Ese nunca ha sido mi hogar. No de verdad. A Finnian y a mí solo nos unía el trato. Un trato al que él sabía desde el principio que no sobreviviría. Yo he sido su último recurso. Una herramienta más. Está claro que siempre supo que moriría en esas pruebas.

Levanté la mano en la que Finnian había sellado nuestro trato y Cían se encogió como si le hubiera golpeado. No quedaba ya nada de aquella cicatriz plateada. Y, aunque lo hubiera habido, la oscuridad que cubría mis manos no habría permitido verlo.

—Estás viva, Elara. Todavía puedes volver. Sé que podemos arreglarlo. No fuimos justos contigo. Ninguno de los tres. Danos la oportunidad de rectificar. Confía en mí —suplicó.

—Confío en ti, Cían. Los espíritus saben que no debería, pero confío en ti y en Orla. Pero te equivocas. Ya no estoy viva. Morí esa noche a la vez que Artio. Ahora no soy más que la cáscara rota del monstruo que habéis creado.

El palacio volvió a crujir. Resultaba casi imposible mantener el equilibrio. No sabía si el poder que azotaba el castillo emanaba del hueco vacío detrás de mis costillas o si era la propia Dama de la Noche quien había decido acabar con su construcción.

En cualquier caso, no importó.

No me quedaba nada más allá de la certeza de que aquel momento se convertiría en otro recuerdo que volvería para morderme en mis pesadillas. Un eco estridente que seguiría conmigo

allá a donde fuese. El infierno o el limbo. Lo que fuera que hubiera al otro lado cuando las paredes del castillo se derrumbaran sobre mí.

La imagen de mi primer amigo en la Corte de las Tormentas, roto, suplicando y con las manos extendidas en mi dirección, se quedaría para siempre grabada en mi memoria.

—Deberías marcharte. No tenemos que morir los dos.

—No sin ti, Elara.

Dos manos oscuras acariciaron mis escudos mentales. Cerré los ojos sintiendo como más lágrimas brotaban de ellos. Quise arrancarme todas y cada una de ellas. Estaba cansada de llorar. Llorar no servía de nada. No traería de vuelta a Oraz. Llorar no haría que los gritos de aquella noche, tantos años atrás, perdieran intensidad.

Las manos volvieron a conectar con mi escudo. Esta vez golpearon con algo más de fuerza. Sentí su intención, esa rabia contenida, ese fuego interno que me exigía sobrevivir.

—*Enséñales a que sabe la sangre de una superviviente.*

Sus palabras volvieron a mi cabeza como si él mismo las estuviera susurrando en mi mente. Estaba segura de que a esas alturas mi sangre sabía a viento y discordia, pero las manos arremetieron de nuevo y casi pude sentir el rugido que las acompañaba. Había una exigencia en los golpes, algo profundo que se tejía con mi pecho y era capaz de hilar hebras fuertes que hacían temblar mis convicciones.

No me detuve a pensar. Busqué el hilo que todavía se mantenía atado en lo más profundo de mi ser e hice algo que jamás habría creído posible.

—No me hagas volver, Cían. Si de verdad te importo, me dejarás ir.

—¿Qué vas a hacer? No tienes a dónde ir. No es seguro. Todos los Guardianes te buscan. Ya oíste las palabras de la Dama. Están asustados, Elara. Todos ellos. Si creen que la clave de entender qué narices es lo que está ocurriendo en Lyssandria eres tú, no dudarán en degollarte.

Sonreí, triste.

—Eso incluye a Finnian.

—No dejaré que vuelva a hacerte daño.

No fui capaz de dejar de negar con la cabeza, tampoco de detener las lágrimas. El final sabía a sal y metal y olía a destellos de jazmín y aguamarina.

Caminé de espaldas hasta el hueco en el que, escasos minutos antes, había estado una ventana. El viento rugía con ferocidad y desde la base del palacio me llegaron gritos inconexos.

—Cuida de Orla. Juro que encontraré la manera de ayudarla antes de volver con Artio.

No le di tiempo a alcanzarme.

Antes de que pudiera arrepentirme me dejé caer de espaldas. El viento me abrazó sin cuidado, rugió en mis oídos mientras me precipitaba hacia el vacío.

—¡Elara!

El grito de Cían me llegó desde lo lejos, perdido en la inmensidad de aquella noche perpetua y el estruendo de un palacio que se desmoronaba a la vez que lo hacía mi alma.

Las sombras encontraron mi cuerpo al mismo tiempo que un proyectil escamoso surcaba el cielo pintado de Verdeluna. Sentí como aquellos tentáculos frenaban mi caída hasta depositarme entre unos brazos fuertes que se aferraron a mí.

La forma dracana de Levi rugió triunfal, el eco de su sonido reverberó entre las copas del bosque de plata. Escondí la cabeza en

un pecho cubierto de armas, dejando que su aroma me calmara. Callum había acudido a mi llamada. Con una mano se sujetaba al plumaje escamado de Levi, mientras que con la otra cubría mi cuerpo, como si con ello pudiera protegerme de cualquier cosa.

—*Te tengo, Tiniebla* —susurró en mi cabeza.

—*Haz que pare* —supliqué.

—*Haré que todo el maldito mundo se quede en silencio, si tú me lo pides.*

Me atreví a creerme el espejismo. Me atreví a sentirme segura entre los brazos de un asesino y dejé que el Oscuro me alejara de todo lo que conocía rumbo a la Corte de las Sombras o a mi muerte.

En el fondo, me daba igual.

# CAPÍTULO VI

## Elara

**Escogió ver la belleza en sus claroscuros.**
**Escogió agarrar su dolor y hacerlo suyo.**
**Escogió rugir con ella a la Verdeluna.**

*Intenté que parara.*

*Siempre lo intentaba.*

*Y siempre fracasaba.*

*Las voces, o lo que quedaba de ellas, continuaban llorando. Con cada segundo se tornaban más agonizantes. Más desesperadas. Lo poco que quedaba del orfanato ardía, humeante, oscuro y muerto a mis pies. Sobre mi cabeza y entre mi cuerpo.*

*La oscuridad no dejaba que nadie se acercara, envolviéndome en una crisálida de noche sin fin. El final del ocaso estaba cerca. Los primeros destellos de la Verdeluna se filtraban entre mis dedos mientras estos cubrían mi cara enterrada entre mis rodillas y mis brazos delgaduchos.*

*La sangre empapaba el suelo, pero no era mía. Se hundía en los harapos que cubrían mi cuerpo, pegándose a mi piel. Dispuesta a no abandonarme. Obcecada con que no me olvidara de lo que había hecho.*

*—Ha sido la cría. Esa niñata es la responsable —susurró una voz que se acercaba con cada paso y a la que había aprendido a temer.*

*—¡No digas estupideces! Una Hadaës no podría hacer esto y menos una mocosa que apenas sabe caminar. Tienes una fijación enfermiza con ella.*

*—Ya sabes cómo me gustan. Si puedo romperlas, mejor todavía.*

*—Por la Dama, no digas barbaridades.*

*Temblaba tanto que temí que aquellas voces crueles pudieran encontrarme entre las sombras y los escombros solo por el ruido de mis dientes castañeando entre sollozos entrecortados.*

*—Te digo que ha sido la puñetera cría de la cicatriz en la garganta. ¿Dónde demonios se han metido? Estaba aquí antes de que el edificio se derrumbara. Yo mismo la arrastré de los pelos hace una hora para que Rolo la castigara por no traer ni una mísera moneda después de estar todo el día pidiendo.*

*—Si estaba dentro del edificio, está tan muerta como el resto —afirmó la segunda voz.*

*Lo cierto es que me sentía muerta. Vacía y cansada.*

*La oscuridad me pellizcó, provocándome, para que siguiera despierta. Intenté ignorarla, intenté dormir con la esperanza de que los gritos terminaran. Recé para que los dioses olvidados me regalaran unos minutos de descanso, pero por algo la gente decía que los dioses antiguos se habían marchado.*

*Dioses olvidados o dioses ignorantes. Tal vez eran lo mismo. Ninguno de ellos escuchó mis suplicas. Al cerrar los ojos, los gritos me acompañaron.*

—Tiniebla, despierta. —Unos brazos me agitaron con delicadeza mientras los últimos coletazos de la pesadilla se aferraban a mi

mente con fuerza en un intento de mantenerme atrapada un poco más.

—*Es solo una pesadilla. Estás a salvo* —insistió aquella voz, esta vez en mi cabeza.

Abrí los ojos desorientada.

Un cielo azul marino cubierto de estrellas me dio la bienvenida. A pesar de la velocidad con la que surcábamos el cielo, el viento apenas acariciaba mi cuerpo. Un escudo de sombras bailaba alrededor del enorme cuerpo de Levi. Se amoldaba a cada uno de sus movimientos como si de una segunda piel se tratara.

El plumaje escamado de la forma dracana de Levi brillaba con intensidad entre las sombras. Los tatuajes que adornaban su piel en su forma humana se habían transformado en patrones de tonos blancos y grises sobre su cuerpo de un azul tan profundo como el cielo nocturno. Podía sentir el poder de aquella criatura legendaria vibrando en cada batida de sus alas y en el modo en el que su cola serpenteaba virando nuestro rumbo.

Su cuerpo era suave en el lugar en el que Callum y yo nos encontrábamos, pero las plumas se tornaban letales, duras como escamas, en el resto de su superficie. Cuatro cuernos verdes y descomunales sobresalían de su cabeza. Estaban adornados con espinas plateadas y grandes anillos dorados cuajados de gemas.

El Dracano giró la cabeza como si se hubiera percatado de que me había despertado. Dos ojos color aguamarina me miraron con intensidad. En algún lugar entre la pesadilla y el despertar me pareció que Levi me guiñaba un ojo gigante antes de ajustar el rumbo.

Intenté incorporarme, pero estuve a punto de perder el equilibrio. Los brazos de Callum se tensaron ligeramente para evitar que me precipitara al vacío. Con cuidado me ayudó a deshacerme de su

agarre mientras me sentaba a horcajadas sobre los lomos de Levi, como si estuviera montando un caballo.

Un caballo imposiblemente grande y que escupía llamas de sombras.

¿En qué se había convertido mi vida? Primero el Kelpie y ahora un Dracano. Había pasado de no saber montar a caballo a viajar a lomos de dos criaturas tan legendarias como peligrosas. En otro momento de mi vida ese pensamiento me habría hecho reír, pero esa parte de mí se sentía tan olvidada que no parecía mía.

Callum me agarró de las caderas y tiró de mí con suavidad hasta que mi espalda conectó con su pecho. Me rodeó con sus brazos volviendo a agarrar las plumas de Levi a modo de estribo y se inclinó para susurrar en mi oído.

—Levi va a comenzar el descenso. No queda mucho viaje, pero necesita un pequeño descanso. —Sus labios rozaron mi oreja al hablar. Su aliento acarició mi piel y yo contuve un escalofrío.

Una presencia limpia y ligera apoyó una garra enorme contra mi escudo mental pidiendo entrar. Conocería esa esencia en cualquier parte.

*—Me gustaría puntualizar que soy perfectamente capaz de seguir hasta Galamh sin ningún problema.* —La voz de Levi sonaba más profunda, pero seguía siendo él.

*Galamh*, no reconocí aquel nombre. Aunque no era mucho lo que se sabía de la Corte de las Sombras, supuse que sería la capital. Las leyendas eran claras, todo el que entraba en la Corte de las Sombras lo hacía con la certeza de que no saldría con vida.

*—Buen intento, hermano, pero no me lo creo. Puedo sentir tu poder flaqueando desde hace horas. Vamos a parar y vas a descansar un rato, si no quieres que Nox nos mate a los dos* —respondió Callum.

La única respuesta de Levi fue un bufido sonoro acompañado de unas sombras humeantes que abandonaron sus fauces. Aun así, sentí como descendía entre las pocas nubes que nos acompañaban en dirección al suelo.

Bajo nuestros pies, se extendía una marabunta de bosque oscuro y picos helados, interrumpida por grandes lagos de agua casi transparente. Levi maniobró con delicadeza mientras nos dirigía hacia un pequeño claro envuelto en árboles tan grandes que hacían palidecer a los del Remolino.

—¿Dónde está Nox? —pregunté, permitiéndome girar la cabeza para mirar a Callum.

Él me observaba con intensidad, pero no apartó la mirada. Nunca la apartaba.

—Nox está en casa. Realizó un Salto Irisado desde el Palacio de la Dama para poder llegar antes y preparar tu llegada.

El suelo se aproximaba a una velocidad espeluznante, pero Callum no parecía preocupado por nuestro inminente impacto o por la posibilidad de quedar espachurrados contra el bosque. Solo tenía ojos para mí.

—¿Sabías que aceptaría tu oferta? —dije, forzándome a volver la vista al frente y agarrando las plumas de Levi con más fuerza.

—Tenía la esperanza de que lo hicieras —susurró de nuevo en mi oído.

Esta vez, cuando me estremecí, no tuvo nada que ver con nuestra velocidad. El Guardián se rio con sus labios todavía pegados a mi cuerpo. Sentí su risa profunda vibrando contra mi espalda.

Levi aterrizó con suavidad. Desde el suelo, el claro era mucho más extenso de lo que me había parecido en un primer momento. No fue hasta que me dispuse a bajar que me percaté de lo mucho que me

dolía todo el cuerpo. Era como si un terremoto hubiera asolado hasta el último de mis músculos.

Mi incomodidad debió de ser más evidente de lo que me hubiera gustado porque las sombras de Callum me cogieron con cuidado, elevándome lejos del cuerpo de Levi y depositándome sana y salva sobre la hierba crecida del prado.

Callum bajó de un salto, con movimientos elegantes y calculados, asistido por sus sombras. El recuerdo de nuestro primer encuentro pasó fugazmente por mi cabeza. Él suspendido entre tentáculos de sombra y un Puka agonizante a su merced.

—Tu cuerpo está agotado por el uso sin control de tu nuevo poder. Es normal que te sientas cansada —explicó Callum mientras se situaba a mi lado.

Asentí sin saber muy bien qué decir a eso. La forma Dracana de Levi desapareció envuelta en una bruma espesa. Me percaté de que Callum se quitaba la chaqueta negra que vestía mientras miraba a Levi expectante.

—¿Por qué no hemos saltado nosotros también? —dije observando maravillada como Levi recuperaba su forma de Fae.

Callum no me respondió de inmediato. Una vez que Levi se hubo materializado delante de nosotros, le tendió la prenda para cubrir su cuerpo desnudo.

—Tu poder es demasiado inestable y la distancia es demasiado grande. No queríamos arriesgarnos a que hicieras un Salto Irisado, podría ser peligroso. Además, yo soy perfectamente capaz de llevarte de un sitio a otro —dijo mi amigo, aceptando la ayuda de su Guardián para resguardar su cuerpo del frío.

Cuando Callum estuvo convencido de que Levi no sufriría una hipotermia, le dio algo de espacio. Espacio que yo le negué de

inmediato al abalanzarme sobre él para fundirme en un abrazo. Levi soltó un soplido de sorpresa, pero me estrechó con fuerza.

—Al final voy a pensar que te gusta verme desnudo.

—Cállate, Levi —dijimos Callum y yo al mismo tiempo.

Aun así, alargué el abrazo todo lo que pude. No había conseguido salvar a los demás, pero él estaba sano y salvo. Una parte de mí no se había permitido creérselo hasta ese momento.

—Estoy bien, Elara. Los dos estaremos bien —susurró antes de que yo me separara ligeramente.

Entre Callum y yo ayudamos a Levi, que estaba más débil de lo que había dejado ver, a llegar hasta el abrigo del bosque. Aun así, él charlaba animadamente apoyado en nuestros hombros mientras caminaba medio desnudo.

Aunque el nudo de mi garganta continuaba apretando con fuerza, sentí que mi oscuridad por fin respiraba con normalidad. Había algo en el ambiente, algo ligero y dulce, una brizna de magia que calmaba mi centro como un bálsamo inesperado.

—¿Estamos ya en la Corte de las Sombras?

—Acabamos de cruzar la frontera. El bosque se extiende bastantes kilómetros. Estas son tierras vacías, en su mayoría. Hace demasiado frío comparado con el resto de las zonas de la corte, pero es una excelente barrera natural —explicó Levi.

Recorrí la membrana de árboles que configuraba el bosque. Un conjunto de hayas gigantescas de troncos de corteza negra y hojas de un verde tan oscuro que parecía desaparecer. El bosque estaba en calma.

Demasiado.

—¿Y los espíritus?

—Los espíritus habitan entre las sombras en esta corte. No dejan notar su presencia con tanta facilidad —susurró Callum, mirando con

recelo hacia los árboles.

Entre los dos dejamos que Levi se recostara contra uno de los enormes troncos. Las sombras de Callum se dispersaron y formaron una membrana transparente de protección en aquel pequeño espacio.

—He visto un arroyo aquí cerca. Levi, quiero que descanses y no protestes. Nosotros volveremos enseguida.

—Algo podré hacer —refunfuñó el aludido. Aunque los ojos ya habían comenzado a cerrársele.

—Échate una siesta y no te metas en líos. De lo demás me ocupo yo. Retomaremos el viaje en un par de horas. ¿Vienes, Tiniebla? Estamos cubiertos de escombros.

Me giré para mirar a Levi, no del todo cómoda con dejarlo solo y dormido en mitad de un bosque sin espíritus. Mi amigo levantó un pulgar hacia arriba de entre las dobleces de la chaqueta mientras bostezaba con ganas y con los ojos todavía cerrados.

Apresuré el paso hasta situarme junto al Guardián. Al menos todavía llevaba conmigo las dagas que me había prestado.

—¿Vamos a dejar que se quede solo? No le hemos hecho ni siquiera un fuego.

—Nada de fuegos en la frontera. No queremos que la criatura equivocada se fije en nosotros. Y por Levi no te preocupes, el río está cerca y mis sombras se ocuparán de que no le pase nada.

Caminamos en silencio durante unos minutos hasta que un pequeño riachuelo se cruzó en nuestro camino. El caudal era tranquilo, y el río, estrecho. No había suficiente profundidad para bañarse, aunque el ambiente helado del bosque tampoco invitaba a ello.

Callum sacó una pequeña daga del interior de una de sus botas y, por un segundo, mi instinto fue salir corriendo. ¿Para eso había sido

todo? ¿Para matarme en mitad de un bosque perdido de la mano de los dioses y los espíritus?

Él levantó una ceja, sorprendido, al ver el pánico en mis ojos. Vi como tragaba saliva mientras daba un paso hacia atrás para darme espacio. Levantó la daga muy despacio hasta dirigirla hacia su propio antebrazo, donde la usó para cortar un pedazo de tela de su manga.

—¿Por qué no hacemos el Salto Irisado ahora? Estoy mucho más estable —pregunté para aliviar mi metedura de pata.

Callum guardó la daga y avanzó hacia el río con el pedazo de tela en su mano. Me dio la espalda para ponerse de cuclillas y empapar el paño improvisado en agua mientras respondía a mi pregunta.

—Aunque ese fuera el caso, que no lo es, la primera vez que alguien pisa Galamh no puede ser con un Salto Irisado. Las protecciones del palacio no lo permiten. Aunque hubieras podido saltar, lo habríamos hecho hasta una zona cercana y después Levi tendría que habernos llevado volando el último tramo. Digamos que Galamh decide quién es digno de usar ese tipo de magia entre fronteras. Ni siquiera un Guardián puede alterar su voluntad. Créeme, muchos lo han intentado y han fallado.

—¿Y si yo no soy digna?

—Eres digna.

Callum avanzó hasta situarse a unos pocos centímetros de donde yo me encontraba.

—¿Puedo? —dijo mientras levantaba el paño en mi dirección.

Algo en mí se partió en mil trocitos atormentados ante su petición. No estaba segura de poder confiar en él. Nada me aseguraba que, como los otros Guardianes, Callum no estuviera ayudándome para cumplir con sus propios planes. Aun así, mi cuerpo tomó las riendas, asintiendo una sola vez.

—Cierra los ojos —susurró.

Sentí que deshacía la distancia que nos separaban. Al notar el contacto del paño húmedo contra mi frente no fui capaz de evitar dar un respingo acompañado de un gemido de sorpresa. Callum paró sus movimientos durante unos segundos. Sentí como cogía aire con fuerza antes de soltarlo en una exhalación larga. Volvió a su tarea de quitar la ceniza y los escombros de mi piel. Limpió con delicadeza cada parte expuesta. Mi cara, mi cuello, mis dedos. Con cada pasada del trapo nuestra piel entraba en contacto.

Me puse a temblar.

—*El agua está fría. Es por el fríO...* —me repetí una y otra vez tras asegurarme de que mis escudos seguían intactos.

—¿No se supone que tener más poder me permitiría saltar con más seguridad? —pregunté con los ojos cerrados mientras él continuaba limpiándome.

Su aroma sabía a noche abierta y recuerdos de pergamino y lo envolvía todo.

—Cuando el poder está descontrolado puede ser igual de peligroso que la falta de este. Creo que, si aprendes a controlarlo y canalizarlo, tú misma podrías saltar.

—La mayoría de los Hadaës no pueden hacer Saltos Irisados —dije como un reflejo.

—Creo que ha quedado bastante claro que tú no eres Hadaës.

Apartó los mechones de mi melena, situando todo mi pelo sobre un hombro. Acto seguido, pasó el paño por mi nuca provocándome un escalofrío.

—Tu trato con la Dama se aseguró de ello. —repliqué.

—Mi trato con la Dama no tuvo nada que ver con eso. Si mis suposiciones son ciertas, tú nunca has sido una Hadaës de la Corte de las Tormentas.

—¿Piensa compartir sus suposiciones, Guardián?

Abrí los ojos, pese a que él me había pedido que los mantuviera cerrados. Los movimientos de Callum quedaron suspendidos en el aire, pero no apartó sus manos de mi piel.

Levanté la barbilla.

Busqué, en vano, esa chispa inconsciente que me pedía que pusiera a prueba al Guardián. Que me suplicaba a gritos sacarle alguna reacción. Pero la chispa se había consumido y tan solo fui capaz de seguir adelante por pura cabezonería.

Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía? La cura de Orla era lo único que me hacía seguir. ¿Después de eso? Después de eso no había nada.

—Sí, pero no aquí. No mientras todavía desconfías de mí. No mientras todavía no sabes si quieres seguir adelante. Si quieres vivir un día más.

—Prometiste que no te meterías en mi cabeza.

—No me hace falta estar en tu cabeza para ver cómo te sientes. Solo necesito mirarme en un espejo.

Los ojos de Callum eran todo negro, dolor y odio. Un odio tan profundo, tan antiguo que me dejó sin palabras. Todo él cambió. La máscara del Oscuro cubrió su rostro. Sentí como todo su cuerpo se tensaba.

—Iré a ver cómo está Levi para que puedas estar unos minutos sola. No te alejes demasiado.

Se apartó de mí con rapidez y caminó con paso seguro hacia el lugar donde sus sombras cuidaban de Levi. Sentí como dejaba otro reguero de sombras brillantes conmigo para protegerme.

—¿Es cierto lo que dijiste en el Cónclave? ¿Pertenezco a la Corte de las Sombras? —pregunté cuando casi hubo desaparecido entre los árboles.

Callum frenó su avance y se giró en mi dirección. Asintió una sola vez antes de dejarme sola en el arroyo. Ese asentimiento selló la verdad que llevaba horas negándome a procesar.

Me negué a aceptar la sensación de vacío que me asoló cuando dejé de sentir su presencia. Callum era como todos los demás. Un Guardián sediento de poder que me había utilizado a su antojo y seguiría haciéndolo. Sin importar a qué corte perteneciera.

Avancé para inclinarme sobre la corriente de agua y beber para calmar mis nervios. Si lo pensaba con detenimiento, no se me ocurría una sola vez en la que Callum me hubiera utilizado para ganar algo solo para él. Pero ¿qué otra explicación había? No había ningún motivo para que continuara ayudándome. No sabría decir cuánto tiempo pasó. Un minuto, tal vez veinte. Pero me quedé allí, viendo mi reflejo sin reconocer la imagen que me devolvía la mirada. Después, todo ocurrió demasiado rápido.

No los vi venir. Mi poder no me alertó. En un instante estaba de rodillas frente al río y al siguiente estaba volando por los aires e impactando contra uno de los árboles. Me golpeé la cabeza y algo crujió en mi espalda. Unas fauces afiladas se agarraron a mi tobillo, sacudiéndome.

Cerca, demasiado cerca, oí varios aullidos estridentes que surgían de la garganta de media docena de criaturas. Agarré mis armas por instinto mientras mi oscuridad estallaba en todas las direcciones. Lo cubrió todo a mi alrededor, encerrando a las criaturas con su presa.

El golpe me dejó algo aturdida, pero, aun con la visión desenfocada, alcancé a distinguir los cuerpos esbeltos de una jauría de Sith. Los enormes felinos de pelaje rojizo envuelto en humo silbaron y gruñeron en mi dirección.

Con un grito ahogado arremetí contra el cuerpo de la criatura que clavaba sus colmillos en mi bota. El Sith chilló e hizo ademán de

alejarse, pero no se lo permití. Hundí la hoja afilada contra su cuello tantas veces como me fue posible. Su sangre empapó mis manos y el olor metálico se metió en mi nariz, transportándome a otro momento en el que mis manos habían terminado teñidas de rojo.

La bestia que me había atacado hacía rato que había dejado de moverse. Levanté la mirada en busca de sus compañeros. Cinco felinos gigantes, cuyos cuerpos estaban hechos de llamas me observaban con las espaldas enraizadas, mostrando los colmillos.

Los Sith eran conocidos por jugar con sus presas. Eran considerados unos depredadores excepcionales, además de altamente inteligentes. Y yo acababa de matar a uno de los suyos. Otra maravillosa decisión para mi historial.

Lo lógico habría sido sentir miedo, pedir auxilio o alertar a Callum y a Levi. Pero algo oscuro me nublaba la vista. No pensé, solo dejé que el dolor se apoderara de mí y me abalancé sobre las criaturas.

Grité, chillé y aullé a la misma Verdeluna convirtiéndome en una de las mismas bestias que me habían atacado. Fui vagamente consciente de las dos figuras que corrían en mi dirección. Oí como Levi profería una ristra imposible de improperios y que Callum llamaba mi nombre.

Aun así, no paré. No fui capaz.

Porque eso era todo a lo que había quedado reducida. Un animal descontrolado.

Cuando estuve segura de que ya no quedaba ninguno con vida, me dejé caer de rodillas. Clavé mis armas en el suelo y, sin soltaras, dejé que la oscuridad me consumiera. Mi poder atravesó todo mi ser, quemando mi esencia. No podía parar de chillar. Unas llamas verdes lo consumían todo a mi alrededor. Su calor era apabullante, pero no fui capaz de hacer que pararan. Solo quería arder con ellas.

—*Tiniebla* —murmuró Callum en mi cabeza—. *No es tu culpa. Vuelve a la superficie. Vuelve conmigo.*

Yo no quería hacer otra cosa que no fuera consumirme. Pero, por algún motivo, mi oscuridad obedeció sus palabras. Las llamas cesaron y Callum se arrodilló frente a mí en silencio, pero no me tocó.

—¿Por qué sigo viva? —pregunté sin poder controlar los espasmos ni las ganas terribles de dejar que mi poder volviera para consumirme—. No debería estar viva. Ese no era el trato. No puedo parar de oírlos a todos. Están muertos y es mi culpa.

—Suelta las dagas, Elara. Suéltalas y dame la mano. Haré que paren.

Negué con la cabeza, una y otra vez, incapaz de asimilar lo mucho que todo dolía. Los ojos de Callum buscaban algo en los míos que yo sabía que no podría encontrar. No había nada que mereciera la pena salvar.

—Duele mucho. Duele. Duele. Duele. No sé cómo parar. Nunca se cómo parar, y ellos siguen muriendo.

Callum no se apartó ni un milímetro.

—Dame tu dolor. Déjame ayudarte. No tienes que hacerlo sola. Dame tu dolor y lo hare mío. Lo juro. Seamos monstruos juntos. No hay nada en tu oscuridad que pueda apartarme.

No sé qué me llevó a soltar las armas. Solo sé que los brazos y la oscuridad de Callum me atraparon y, de algún modo, supe que ya no estaría sola.

# CAPÍTULO VII

## Elara

## El peso de su trato era como una losa sobre su garganta.

Un mar negro de estrellas se extendía sobre nuestras cabezas mientras sobrevolábamos la Corte de las Sombras. A nuestros pies, se adivinaban trocitos de un prado de hierba oscura salpicado de lagunas de Verdeluna. Cada cierto tiempo, el silencio de la noche se veía interrumpido por bandadas de luciérnagas violetas que surcaban el cielo creando dibujos imposibles.

Con cada minuto que pasaba, sentía que me descomponía un poco más. Tanto que por momentos parecía que los brazos de Callum y las respiraciones de Levi eran lo único que me anclaba a la realidad, impidiendo que me disolviera en la nada.

Surcamos el cielo en silencio. Apenas recordaba nada después del ataque de los Sith, pero su sangre me cubría de pies a cabeza y, aunque el dolor había disminuido, el vacío que sentía por dentro se hacía cada vez más grande.

Sentí, de manera lejana, cómo la oscuridad se revolvía junto al poder de mi pecho. Sabía que, si lo permitía, mi poder saltaría libre para revolotear entre las briznas de hierba a la misma velocidad que las luciérnagas. Había algo distinto en el aire de la Corte de las

Sombras, algo que llamaba mi nombre. La oscuridad lo sabía. Al igual que yo sabía que dejarla volar sería la confirmación, el principio de algo nuevo para lo que no estaba preparada.

Mi único atisbo de redención era averiguar qué poder había adquirido Callum gracias a la Dama y rezar para que accediera a usarlo para curar a Orla.

Levi nos condujo a través de un sistema montañoso cerrado. Sus picos estaban nevados y las montañas se retorcían unas sobre otras. Creaban canales estrechos y cañones que Levi atravesaba con precisión. La cordillera llegó a su fin y el cielo se abrió para dar lugar a una de las vistas más sobrecogedoras que había presenciado en mi vida.

Frente a mis ojos se perfilaban las siluetas de decenas de montañas suspendidas en el aire que flotaban entre las brumas nocturnas. Grandes e imposibles trozos de tierra dibujaban cordilleras que desafiaban todas las leyes de la lógica. Las montañas se agrupaban en pequeños conglomerados, salpicando la quietud de la noche con su movimiento. Conforme nos acercábamos me percaté de que estaban habitadas. Todas ellas tenían casas, pueblos enteros. Tenían vida propia, bosques, lagunas, cascadas que caían al vacío.

Era como si pedazos aleatorios del suelo se hubieran elevado buscando estar más cerca de la Verdeluna, buscando alcanzar a los dioses que nos habían olvidado.

En el centro de la cordillera en el cielo un peñasco brillaba con una intensidad diferente. A lo lejos, pude ver con claridad cómo un palacio de ladrillo antiguo y cubierto en enredaderas tintineaba reflejando la luz verde de la noche. A su alrededor se extendían unos jardines inmensos que daban lugar a un enorme bosque que se perdía junto con la negrura. La imagen me robó el aliento y, durante

unos segundos, sentí que aquello no era real y solo podía estar pasando en un sueño.

—Bienvenida a Galamh, Tiniebla. Mi hogar y uno de los secretos mejor guardados de la Corte de las Sombras —dijo Callum a mi espalda.

Aunque estaba sobrecogida por la vista, todavía sentía que no tenía tan siquiera fuerzas para hablar sin volver a sucumbir otra vez a un estallido de gritos y rabia. Por lo que me limité a responderle a través de ese canal que unía nuestras mentes. La suya, como siempre, se abrió a mi llamada.

*—¿Cómo es posible?* —susurré sin apartar la vista de la imposible cordillera flotante.

*—Sinceramente, ni siquiera yo lo sé. Hasta donde tengo entendido mis antepasados colonizaron estas montañas con la ayuda de los Dracanos hace miles de años cuando ya se encontraban suspendidas en el aire. Nadie sabe exactamente cuál fue el proceso. Lo que está claro es que la cordillera tiene una personalidad particular desde el inicio de los tiempos. La primera vez que alguien la visita debe hacer el viaje físicamente, no hay Salto Irisado posible. Si Galamh te considera digno, entonces puedes saltar sin problemas la segunda vez.*

La voz de Callum era capaz de dibujar imágenes en mi mente como si sus recuerdos se estuvieran proyectando en mi cabeza. Trozos de lagunas oscuras de Verdeluna, destellos de risas infantiles, lágrimas derramadas sobre un campo de violetas. Pestañeé varias veces, pero las imágenes siguieron llegando.

*—¿Y si no eres digno?*

*—Entonces Galamh se encarga de sacarte de sus dominios de manera inmediata.* —Sentí su sonrisa oscura contra mi cuello.

Aquello sonaba violento y despiadado. Sin embargo, ¿qué otra cosa se podía esperar de la peor de las cortes?

*—¿Qué pasa con los Bajos Fae sin alas y la mayoría de los Hadaës? Si no pueden hacer Saltos Irisados. ¿Galamh está cerrado para ellos?*

La indignación creció exponencialmente en mi pecho. Al final todas las cortes eran iguales. Ciudadanos de segunda, mestizos usados como mano de obra y sirvientes, eso era lo que éramos para ellos. Esa realidad había sido cristalina en las Islas y se había afianzado en la Corte de las Tormentas.

*—Durante mucho tiempo fue así* —admitió él, confirmando mis miedos—. *Había gente que nacía en estas montañas y no salía de ellas jamás. Otra que era trasladada a sus cumbres para servir y no volvía a pisar el continente. Al igual que había gente que jamás llegaba a visitarlas.*

Solté una risa ajada y él se tensó a mi espalda. Sus siguientes palabras, incluso en mi mente, sonaron como si las estuviera susurrando.

*—Pero cuando me convertí en Guardián, fue una de las primeras cosas que cambié. Galamh fue, durante muchos años, el único refugio que tuve en mi juventud. La posibilidad de negarle eso a otra persona no entraba en mi cabeza. Si Galamh considera que alguien es digno, ¿quién soy yo para ir en contra de sus deseos?*

Una punzada de culpabilidad se hundió entre mis costillas. Traté de ignorarla. ¿Desde cuándo sentía compasión por el Guardián de las Sombras?

Él continuó hablando, ajeno a mis batallas internas, y mientras lo hacía las imágenes continuaron llegando a mi cabeza. Noches de verano y tormenta, carreras a caballo entre los riscos nevados, unas manos suaves amasando una masa de pan de canela.

*—Una vez cada dos meses existe la posibilidad de subir a Galamh por primera vez para aquellos que así lo deseen. Si la montaña los considera dignos, pueden usar los portales que conectan el suelo con la cordillera siempre que quieran. Y aquellos capaces de saltar o volar pueden subir de manera independiente cuando lo deseen.*

*—¿Cómo sube la gente la primera vez? ¿Con Dracanos?*

Una carcajada profunda invadió mi mente. Era asombrosa la diferencia entre todas las veces que lo había visto reír con anterioridad y la risa que resonaba en mi cabeza. En el torneo, su risa había sido fría, calculada y con dientes apretados. Pero en ese momento era real, sincera y ronca. Me pregunté cuántas veces se habría reído así en su vida. Una parte de mí deseó haber sido testigo de todas ellas.

*—Puede que sea el Guardián de las Sombras, pero ni siquiera yo soy capaz de convencer a un Dracano de algo así. Por no mencionar que Levi es único en su especie.*

*—Entonces, ¿cómo?*

Antes de que pudiera responderme, un graznido musical llamó mi atención. Una bestia enorme surcó el cielo con una pirueta elegante. Era casi tan grande como Levi en su forma dracana y su cuerpo estaba a medio camino entre un ave y un caballo. Sus alas negras y membranosas eran tan finas que podía ver las estrellas a través de ellas. Lenguas de sombra y humo negro brotaban de sus cuatro extremidades acabadas en garras. Su cabeza era más esqueleto que carne y estaba coronada con dos enormes ojos negros y un imponente pico plateado.

El animal dio varias volteretas a nuestro alrededor. Levi rugió de manera familiar. Sonó más como una bienvenida que como una amenaza, como si ambos se estuvieran saludando.

*—¿Qué es eso?* —pregunté maravillada mientras aquella hermosa criatura se alejaba.

*—Eso es un Astram. Son increíblemente dóciles y amigables, pese a lo que su aspecto pueda dar a entender. Anidan en algunas de las colinas deshabitadas de la cordillera y son los encargados de ayudar a transportar a los primerizos.*

*—Son preciosos.*

*—Lo son* —susurró él.

Sin embargo, cuando me giré para observarlo, los ojos de Callum no miraban al Astram. Me miraban a mí. Me revolví incómoda en el sitio hasta que Levi comenzó a aminorar la velocidad. El batir de sus alas creó un ruido sordo y constante mientras aterrizábamos en el patio principal que precedía al palacio de la montaña más grande. Pude ver a varias personas arremolinadas en las puertas del edificio a la espera de que llegáramos.

Mi corazón comenzó a latir como loco. La perspectiva de tener que enfrentarme al juicio de otro grupo de Altos Fae hizo que comenzara a hiperventilar.

*—¿Esta es tu corte?*

*—Esta es mi casa y la del Priorato de Sombras* —respondió Callum con un susurro repleto de cariño—. *La corte oficial está en la capital y, sinceramente, tiene demasiadas memorias horribles asociadas. Por lo que intento ir lo menos posible, a pesar de que es un sitio precioso y en paz.*

*—¿El Priorato de las Sombras?*

*—Ya conoces a la mayoría. Son mi familia, además de las mejores personas que conozco. Son también los únicos capaces de mantenerme cuerdo y los principales responsables de que la Corte de las Sombras funcione y sea un hogar para todos.*

No supe qué decir, así que esperé a que continuara.

*—Estas montañas son especiales, Elara. Solo aquellos que pertenecen a la Corte de las Sombras saben de su existencia. No es el único lugar que la magia de la corte protege. Pronto descubrirás que nuestra corte es muy celosa de sus tesoros y no nos permite hablar de ellos con nadie a no ser que sean súbditos de esta corte. Las sombras esconden estrellas, pero solo para aquellos que consiguen aceptar su oscuridad.*

*—Levi mencionó a Galamh antes sin ningún problema en mi presencia.*

*—Como te dije, esta es tu corte por derecho propio. Ya oíste a los demás en el Cónclave.*

*—¿Cómo es eso posible?*

*—Entiendo que tienes miles de preguntas y yo quiero darte todas las respuestas que conozco. O, en su defecto, ayudarte a encontrar aquellas que no. Pero, por ahora, creo que necesitas descansar. Descansar de verdad. Tómate la noche, una semana, lo que necesites para poner en orden tus ideas.*

*—¿Qué sacas tú de todo esto?*

Levi aterrizó en el suelo con suavidad.

*—Estás a salvo con todas las personas que esperan allí abajo. Es mi familia, Elara, tienes mi palabra de que no te harán daño* —dijo sin responder a mi pregunta.

Emití un bufido. A esas alturas, ¿qué significaba la palabra de un Guardián? Sin embargo, asentí una sola vez y me mordí la lengua. Las sombras de Callum me depositaron con extremo cuidado en el suelo. Sentí su presencia inmediatamente después a mi lado. El eco de una de sus manos rozó mi espalda.

El patio estaba rodeado de árboles de largas ramas colgantes similares a un sauce, pero con unas hojas de distintas tonalidades violetas. Decenas de las luciérnagas que había visto apenas minutos

antes revoloteaban entre sus hojas creando ráfagas de luz morada que se fundían con la noche.

El edificio se asemejaba más a un enorme caserón antiguo lleno de vida y recuerdos que a un castillo. La casa tenía dos alas bien diferenciadas y tres niveles distintos. Grandes ventanales dejaban intuir un interior acogedor e iluminado por velas y chimeneas. Pese a la altura, me sorprendió lo agradable que era la temperatura.

En la base de las escaleras que daban paso a la puerta principal aguardaban tres figuras. Reconocí a Nox de inmediato, aunque él no me estaba mirando a mí. Tenía la vista fija en algún punto detrás de mis hombros. No me hizo falta girarme para saber que no apartaba los ojos de Levi conforme este se transformaba de vuelta a su forma Fae.

A su lado, dos mujeres de facciones similares lo observaban todo con ojos abiertos. Unos ojos iguales y de un azul tan oscuro que me transportó de inmediato a las tardes de mar en calma del Archipiélago.

Una de ellas tenía los rasgos más marcados y su melena negra estaba salpicada de algún mechón con reflejos plateados. Su miraba era amable, pero estaba llena de ansiedad cada vez que se posaba sobre Callum. Aunque estaba segura de que tendría cientos de años, su apariencia apenas mostraba tener cuarenta años mortales.

Era la primera vez que veía a aquella mujer, pero la habría reconocido en cualquier parte. La madre de Callum sonrió clavando sus ojos en mí durante unos segundos, antes de susurrar algo en dirección a la otra Alta Fae que la acompañaba. Esta poseía unos rasgos más delicados, pero igualmente hermosos, que se contrajeron en una sonrisa adornada por un hueco adorable entre sus palas. Compartía la misma mirada sincera y profunda que su

madre y su hermano, aunque envuelta en un aire rebelde repleto de picardía.

La joven echó a correr escaleras abajo, con una mata de pelo negro oscuro y rizado rebotando tras ella. Impactó en un abrazo sonoro contra el cuerpo de Callum.

—Por fin estás en casa, hermano —oí que susurraba contra su cuello.

Él la estrechó durante unos segundos mientras su madre bajaba las escaleras cogida del brazo de Nox con los ojos llenos de lágrimas contenidas. Callum soltó a su hermana con una delicadeza que ella no correspondió. En cuanto se separaron, le propinó un sonoro puñetazo en el brazo, que acompañó de un dedo acusador apuntando a su nariz.

—¡Y esto por no haberme dejado atar a Levi a la cama! ¡Te dije que iría a por vosotros en cuanto se despertara!

Observé con los ojos como platos a la espera de que la oscuridad de Callum lo invadiera todo. Pero la reacción nunca llegó. Él se limitó a revolver el pelo a su hermana mientras ella luchaba por quitárselo de encima fingiendo indignación. Cuando por fin consiguió liberarse, la Alta Fae me encaró.

—Tú debes de ser Elara. Es un placer conocerte por fin —me dijo con una sonrisa divertida—. Yo soy Lía, mi hermano no para de hablar de ti.

A nuestro lado, Callum emitió un improperio susurrado. No tuve tiempo de presentarme o de preguntarle a qué se refería. Lía me envolvió en un abrazo fuerte, y yo, atónita, me limité a darle un par de palmaditas torpes en la espalda sin saber qué otra cosa hacer. Ella no parecía ofendida, se limitó a estrecharme una última vez antes de separarse con suavidad.

Nox y la madre de Callum llegaron hasta donde nos encontrábamos. En los ojos de la Alta Fae vi un mar de estrellas saladas y cientos de frases sin pronunciar. El cariño que desprendían era tal que tuve que dejar de observarla. La certeza de saber que ese tipo de amor existía y que yo jamás lo experimentaría me hizo sentir tremendamente sola.

Hice ademán de hacerme a un lado para que Callum pudiera saludar a su madre, pero él no me dejó marchar. Como si supiera que, a pesar de todo, su mano en mi espalda y su presencia en mi cabeza eran las únicas cosas manteniéndome en pie en aquellos momentos.

—Hijo. —Él depositó un suave beso en la mejilla de su madre sin cortar la conexión que nos unía.

Su madre acarició su mejilla con devoción. Después clavó sus ojos azules en mí, con una sonrisa radiante.

—Elara, esta es Lark, mi madre.

—Bienvenida, Elara —respondió ella con verdadero cariño—. Estamos encantados de conocerte. Por favor, siéntete como en casa.

—Mi hermana ya se ha presentado —continuó Callum—. Como verás, los buenos modales me los quedé todos yo. Tendrás que perdonar sus excentricidades.

Lía puso los ojos en blanco, pero una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—Estamos encantados de que estés aquí, Elara. Y, como sospechábamos, Galamh también parece satisfecha. Así que se podría decir que, pese a todo, mi plan ha funcionado a la perfección.

Miré a Lía confusa, sin tener ni la menor idea de a qué se refería. Pero antes de que pudiera preguntar, las manos de Lark me acariciaron el mentón y sentí como sus ojos reparaban por primera vez en mi aspecto.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber mientras sus manos apartaban un mechón rebelde de mi rostro y lo depositaban tras mi oreja.

—Sith —anunció Levi con un suspiro mientras avanzaba completamente en cueros hasta situarse a mi lado—. Una puñetera jauría de Sith rabiosos y con una extraña obsesión por merendarse a Elara.

Lark arrugó la cara. La madre de Callum se quitó la capa que vestía y la depositó con cuidado alrededor de mis hombros. Yo fui incapaz de hablar, incapaz de dejar de temblar.

—No te preocupes. Haremos que entres en calor enseguida —murmuró mientras frotaba mis hombros con cariño.

—Yo no tengo este recibimiento cada vez que vuelvo. ¿Debería sentirme ofendido? —pregunto Levi haciendo un mohín que resultó del todo absurdo estando en pelota picada delante de todo el mundo.

—¡Levi, cierra el pico! —gritaron Lía y Nox a la vez.

—Oye, estáis cogiendo una costumbre que no me gusta nada. ¿Qué va a pensar Elara de mí? Vais a echar por tierra mi reputación.

Nox negó poniendo los ojos en blanco y envolvió a Levi en una capa gruesa de terciopelo oscuro. Levi se dejó tapar encantado, batiendo los ojos como loco. Vi que se ponía de puntillas y susurraba al oído de Nox.

—¿Me has echado de menos?

—Todavía estoy enfadado contigo —gruñó Nox. Sin embargo, no se alejó. Se aseguró de cerrar bien la capa de Levi mientras negaba con la cabeza.

—Eso no es un no —ronroneó Levi, y depositó un beso detrás de la oreja del general—. Además, ver a Nox cabreado es una de mis visiones favoritas.

—Levi, no es el momento —se quejó Lía.

—Yo también te he echado de menos, Lía —dijo Levi, lanzándose a atraparla en un abrazo.

Ella chilló, pero se dejó abrazar mientras Nox negaba divertido con la cabeza. Todo era demasiado. Sentí que me había infiltrado en un momento íntimo al que no pertenecía.

—Elara —llamó Callum, haciéndome volver a la realidad—. Mi madre te enseñará tu habitación y se asegurará de que te curen las heridas. Después podrás descansar todo el tiempo que necesites. Eres libre de explorar cualquier parte de la casa o los exteriores. Ven a buscarme cuando estés lista.

—No necesito un sanador. Estoy bien.

—¿No me vas a poner las cosas fáciles, verdad?

Con cuidado, desenvainé las dagas que me había regalado para devolvérselas. Estaba claro que no dejaría que fuera armada en su casa y prefería no tener que esperar a que las pidiera de vuelta o a que uno de sus soldados me registrara. Él negó con la cabeza sin aceptarlas. Sus sombras las devolvieron a mis cintos.

—Quédatelas.

—¿No te preocupa lo que pueda hacer con ellas?

—Sé exactamente lo que puedes hacer con ellas. Por eso te las di.

—Sabes que no es eso a lo que me refiero.

—No eres mi prisionera. Sé que no atacaras a nadie que no te dé motivos y también sé que aquí estarás segura —respondió.

—No puedes asegurarlo. Nadie puede. Está claro que los Guardianes me consideran una amenaza. Hasta las criaturas lo hacen. Todos los Guardianes quieren algo de mí. ¿Quién me dice que los habitantes de tu corte actuarán de manera diferente? No estoy segura en ningún sitio.

Callum tomó mi mano izquierda y entrelazó sus dedos con los míos. Un conjunto de volutas negras envolvió su mano. Sin respirar,

observé cómo sus sombras cruzaban hasta mis dedos. Un tentáculo de bruma estrellada se arremolinó alrededor de mi brazo derecho. Una sombra viva y brillante, similar a las que me habían acompañado dentro del espejo en la tercera prueba.

—Callum —susurró su madre con los ojos como platos mientras todos los demás enmudecían, perplejos.

Callum no se inmutó ante las reacciones de su familia.

—¿Qué demonios es esto? —exigí entre dientes.

Mis dedos recorrieron el perfil de las brumas que se enroscaban sobre mi piel, la figura se movía al compás de mis respiraciones, cambiando constantemente de forma.

—Protección.

—¿Te importaría ser más específico?

—Mientras lleves esta sombra en tu piel, nadie te hará daño en mi corte. Te marcan como mi posesión, por lo que te otorgarán protección en todos mis territorios —dijo él, ignorando las miradas atónitas de los demás.

—¿Tu posesión?

—Estás aquí porque no tenías más alternativas. No voy a fingir que creo que confías en mí, ambos sabemos que no es cierto. Ahora mismo soy el menor de tus males. ¿Cómo era el dicho? Mejor malo conocido que bueno por conocer. No te fías de mi palabra, lo respeto. Esta es la solución —dijo señalando al tatuaje de sombras —. Mientras mi gente piense que eres mía, estarás a salvo.

—No soy de nadie y mucho menos tuya. Yo soy la única a cargo de mi destino.

—Lo creeré, cuando tú te lo creas, Tiniebla. Hasta entonces, estas son tus opciones. Enfréntate a Lyssandria y a sus Guardianes sola o acepta mi ayuda para recuperarte y decidir cuál es tu siguiente paso bajo la seguridad de mi protección.

—¿Por qué?
—Como tú has dicho, todos los Guardianes queremos algo.

# CAPÍTULO VIII

## Callum

## Solo había pesadillas. Pesadillas y los restos de lo que había sido.

Elara apenas abandonó sus aposentos durante una semana. La pared que compartían nuestras habitaciones era la tortura más cruel. El muro de ónix oscuro que dividía nuestras mentes era una frontera infranqueable.

Mi madre ni siquiera había levantado una ceja cuando pedí que prepararan la habitación contigua a la mía para ella. Tampoco cuando pedí que quitaran el sello que cerraba la puerta que unía ambas estancias. Puerta que Elara ni siquiera había intentado abrir.

Hice todo lo posible por mantener las distancias y darle algo de espacio. Me aseguraba de entrar y salir de mi habitación sin que ella se percatara. Delegué en mi madre y en Levi sus visitas y salidas.

Y esperé.

Me obligué a tener paciencia. Ella necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden y a mí solo me quedaba rezarles a los dioses olvidados para que acudiera a mí cuando estuviera preparada. Si algo tenía por seguro es que era una superviviente.

Elara dormía poco y comía menos, a menudo tenía pesadillas que hacían que se despertara gritando y lloraba siempre que creía que

nadie podía verla. Por las noches, la pared que nos separaba parecía un abismo desde el que me llegaban sus gritos desconsolados. Cada uno de esos sollozos era una flecha directa a mi alma.

En mitad de la noche me obligaba a permanecer tumbado en mi cama, pero mi oscuridad tenía vida propia. Envolvía a Elara en sombras cálidas y rodeaba su mente de noches estrelladas para recordarle que no estaba sola.

Después de una semana encerrada empecé a perder la esperanza y a quedarme sin excusas y motivos para darle espacio. Convencí a Lía y a Levi de que obligaran a Elara a salir de la casa. Ella se dejó llevar como un autómata. Pasaba las mañanas sentada en la orilla de una de las varias lagunas de Verdeluna que salpicaban la montaña.

Mi corazón respiró aliviado cuando el Kelpie que le había ayudado emergió de una de ellas el primer día que pisó el exterior del palacio. Echo, era como Elara lo había bautizado.

Se pasaba horas a su lado, con su enorme cabeza de ojos blancos apoyada en sus piernas mientras Elara observaba el horizonte con la mirada perdida. No hacía nada, tan solo utilizaba su poder para crear pequeñas figurillas de agua que saltaban y se hundían entre las profundidades de la laguna. Figuras que habían hecho que los ojos de Levi se empañaran al verlas.

El resto del tiempo lo pasaba junto a mi hermana, quien había insistido en enseñarle a meditar para ayudar a controlar su poder o en la biblioteca del palacio buscando respuestas para las preguntas que aún no se había atrevido a hacernos. Aunque sospechaba que estaban relacionadas con cómo salvar a Orla.

Cuando Echo no estaba con ella, se pasaba horas sentada con las rodillas recogidas contra su pecho y sus brazos abrazándolas. Mirando a la nada y sin apenas moverse. Y yo, como el cobarde que

era, me pasaba el mismo número de horas observándola sin saber qué hacer o qué decir. Porque, en realidad, yo estaba tan asustado como ella.

Y así, casi dos semanas tras su llegada, me encontraba de nuevo observando a Elara entre las sombras. Echo nadaba a sus pies, mientras pequeñas versiones acuáticas de Astrams de distintos tamaños sobrevolaban la superficie de la laguna. Yo observaba con la espalda apoyada en un árbol, maravillado de que ella no se diera cuenta de lo que era capaz de hacer, acojonado por no saber cómo hacer que volviera en sí.

Elara había recogido en varias vueltas los pantalones de cuero para no mojarlos y escondía la nariz entre los pliegues suaves del enorme jersey de lana que la envolvía. No pude evitar sonreír al ver como inspiraba con fuerza el aroma de la tela cerrando los ojos.

La primera vez que Levi la había visto con uno de mis jerséis había meneado la cabeza como si yo no tuviera remedio. Y lo cierto es que no lo tenía. Cada noche dejaba uno nuevo en su cómoda con la esperanza de que lo usara. Esa parte primitiva y animal que habitaba en mi interior se deleitaba con la imagen cada vez que lo hacía.

Mi sonrisa se ensanchó cuando vi que al menos todavía llevaba puestas las cintas que amarraban las dagas que le había regalado. Aquello era una buena señal. Tenía que serlo.

Me aterraba la idea de no saber ayudarla. Me aterraba todo aquello que quería decirle y no podía. Pero sobre todo me aterraban más todas aquellas preguntas que sabía que ella terminaría haciendo, y para las que sí tenía respuestas. Respuestas que no podía darle.

—Mucha gente diría que observar a una joven indefensa entre las sombras es perturbador —me provocó mi hermana mientras se aproximaba.

—No es una joven indefensa pero no me llaman el Oscuro por nada. Tengo una reputación que mantener, hermanita.

Ella se limitó a hacer un pequeño ruido de asentimiento y a apoyar su espalda junto al mismo árbol que yo. Su presencia era siempre un bálsamo de tranquilidad, por mucho que se esforzara en sacarme de quicio. Verla entera, viva y a salvo, después de tantos años con el miedo de no hacerlo, era una realidad por la que daría las gracias a los dioses antiguos todos los días de mi vida. Si mi familia estaba bien, entonces todo habría merecido la pena.

—¿Crees que es consciente de lo que está haciendo? —preguntó Lía, señalando con el mentón a Elara mientras sus figurillas de agua bailaban distraídas.

—No lo creo —respondí con sinceridad.

No era la primera vez que notaba como Elara usaba el poder de las Olas. La primera ocasión había sido durante la primera prueba donde el poder curativo de la Corte de las Olas había frenado el sangrado de sus heridas. Aunque aquella tampoco había sido la primera ocasión en la que había visto como Elara usaba un poder que en teoría no le pertenecía.

—Nox y Levi acaban de llegar. Te esperan en tu estudio, tenemos mucho de lo que hablar.

Nox me había avisado de su llegada apenas unos segundos antes. Él y Levi llevaban varios días investigando los movimientos del resto de las cortes y los patrones de los Sith. Aunque eran bestias letales no solían ser especialmente violentas contra los Fae y, desde luego, jamás cazaban en mi territorio. Eran seres solitarios y, en su mayoría, carroñeros. Acechaban a presas heridas o se alimentaban de los restos de las víctimas de depredadores superiores.

El ataque contra Elara no tenía sentido. Muchas cosas no tenían sentido, empezando por las palabras de la Dama.

—No has venido aquí para decirme algo que ya sabía, Lía. —Mi familia tenía siempre la vía de comunicación abierta con mi mente. Solo tenían que hablar y yo los escucharía en cualquier lugar de Lyssandria. Lo que quería decir que Lía tramaba algo.

—No, tienes razón. He venido hasta aquí para decirte que espabiles.

Eso hizo que apartara la mirada de Elara y me centrara en mi hermana. Lía era la mejor de los dos. Inteligente a más no poder, buena en todos los sentidos y sin pelos en la lengua. Aunque lo cierto es que los dos compartíamos esa última característica.

—¿Perdón?

—Llevamos dos semanas intentándolo a tu manera y claramente no funciona —dijo con un dedo acusador apuntando a Elara y sus figuras—. Así que ahora me vas a hacer caso. Elara no necesita que la trates con cuidado. Necesita que la despierten, Callum.

Mi hermana me miraba con determinación. Cuando algo se le metía en la cabeza era difícil no hacerle caso. Tampoco ayudaba que casi siempre tuviera razón.

—Lía, no puedo.

—Sí que puedes. ¡Vaya que si puedes! Esta es tu especialidad. Ha tenido dos semanas para hundirse en su desgracia y regodearse en su tristeza. Si le sigues dejando espacio, no va a ser capaz de salir. Si le sigues dejando espacio, esos cabrones ganan. No necesita delicadeza, Callum, necesita un puñetero terremoto. Necesita que la traigan de vuelta. Así que esto se acaba aquí.

En el fondo sabía que Lía tenía razón. Llevaba semanas resistiendo mis impulsos, aquello que me surgía de manera natural cuando estaba junto a Elara: provocarla, retarla, deleitarme cuando ella me devolvía cada una de mis palabras sin asustarse. Pero, como en un

pasado que me era imposible olvidar, el miedo volvía a ganarme la batalla.

—Lía...

—¿Hace cuánto que nos conocemos? —interrumpió sin dejar que acabara la excusa que había empezado a formular.

Me agarró ambos hombros con las manos para obligarme a mirarla a los ojos.

—Eres mi hermana pequeña, así que desde que naciste —respondí, sin evitar poner los ojos en blanco.

—Responde a la pregunta —insistió ella, imitando mi mueca.

—Casi doscientos años.

—Ciento noventa y tres, imbécil.

—¿Has venido aquí solo para insultarme? —pregunté exasperado.

—Y en esos *ciento noventa y tres* años —continúo ella, ignorándome—, ¿alguna vez me he equivocado en algo como esto?

—No es tan sencillo.

—Esa es la cosa, Callum. Sí que lo es. Yo confío en ti, siempre. Ahora solo tienes que confiar en ti mismo. Sé que estás asustado y sé que es doloroso. Pero puedes hacerlo. Todos estos años no lo he dudado ni un segundo. Tu instinto. Tu magia. Nunca se equivocan. ¿Por qué te empeñas en hacer lo contrario de lo que te están pidiendo a gritos? Tu instinto nos salvó. Nos ha traído hasta aquí, hermano. Deja que siga guiándote.

Fue cuestión de medio segundo. Con esas palabras yo volvía a estar en aquella sala. Lía volvía a estar con un cuchillo en su garganta y los sollozos de mi madre eran lo único que rompía el silencio.

—¿Y qué pasa si solo consigo empujarla más lejos? Siento que cada paso que doy solo hace que se me escape más y más de entre los dedos —me atreví a preguntar, porque entre Lía y yo no había

secretos, tampoco juicios. El destino había sido inmensamente generoso al dejar que Lía y yo camináramos juntos esta vida.

Mi hermana me apretó los hombros con cariño y me contestó con una sonrisa sincera.

—No necesita que la retengan, ni que la contengan. Necesita encontrar su camino, y tú eres la única persona que puede ayudarla. ¡Así que mueve el culo! Os espero a los dos en cinco minutos.

Lía se inclinó para posar un beso en mi mejilla, seguido de sus dedos revolviendo mi pelo de esa manera que sabía que yo tanto detestaba. Después, desapareció en un Salto Irisado, la única magia que se permitía usar.

Suspiré, porque, en el fondo, sabía que mi hermana tenía razón. Elara necesitaba volver a la realidad, salir de su propia burbuja. Y, si yo era experto en algo, era en provocar tinieblas.

Con una sonrisa hecha solo para ella, llamé a las sombras y me materialicé a su lado sin darle tiempo a sentir mi presencia. Ella apenas se sobresaltó. Se limitó a girar la cabeza con los ojos entornados.

—Buenos días, Tiniebla —dije, esperando que mi tono hubiera salido tan desenfadado como pretendía.

—Guardián —murmuró ella, volviendo la vista al frente.

*—¿Me estás ignorando?* —pregunté directamente en su cabeza.

*—No demasiado bien, si todavía estás aquí* —respondió ella.

No me molesté en esconder la sonrisa que sus palabras me provocaron. Caminé hasta situarme frente a ella e hice que mis sombras giraran su cabeza para que me mirara. Sus ojos me lanzaron dagas invisibles, pero sentí que su corazón se aceleraba, como cada vez que nuestras magias se encontraban o nuestros cuerpos entraban en contacto.

—Levanta, tenemos trabajo que hacer. —Le tendí una mano para que se levantara, aunque sabía que la rechazaría.

—¿Tenemos?

—Eso he dicho.

Elara se levantó ignorando mi mano. Sus figuritas, lejos de desvanecerse, comenzaron a volar con más velocidad a nuestro alrededor. Sentí que su enfado iba en aumento y di las gracias por ver que todavía era capaz de sentir algo. Aunque ese algo fuera rabia.

Y aunque esa rabia fuera dirigida hacia mí.

—¿A ti qué demonios te pasa? ¿Llevas dos semanas ignorándome y ahora de repente tenemos trabajo que hacer?

Me obligué a mirarla a los ojos y a dar un paso al frente.

Mi parte animal rugió encantada al ver cómo se le entrecortaba la respiración con nuestra cercanía. Elara cruzó los brazos sobre su pecho de manera protectora, pero no cedió terreno.

—*Buena chica* —susurré en su mente.

Solo porque podía y porque sabía que la cabrearía. Si antes me había lanzado dagas mentales, en ese momento sus ojos parecían cañones. Lamentablemente, eso solo hizo que mi sonrisa se ensanchara.

Juega conmigo, Tiniebla. Despierta.

Elara comenzó a respirar con dificultad y yo decidí presionar un poco más. Total, ya sabía que el infierno me esperaba. Me percaté de que apretaba los puños con fuerza luchando por contener su poder. La bestia posesiva dentro de mí se volvió loca al ver mis sombras danzando sobre su brazo izquierdo.

Tuve que inspirar con fuerza para evitar descontrolarme.

—Llevo dos semanas dándote espacio. Dos semanas esperando que acudas a mí cuando estés lista, pero me he cansado de esperar.

—Me importa una mierda que te hayas cansado —siseó.

No estaba dispuesto a perder la batalla y, a estas alturas, mi cuerpo actuaba por cuenta propia. Acorté los pocos centímetros que nos separaban y agarré su mentón. Nuestra piel entró en contacto y me sacudió una descarga eléctrica que hizo que yo tampoco pudiera respirar con normalidad.

Ella inspiró con fuerza e intentó liberarse de mi agarre. No la dejé marchar. Apreté con más fuerza, pero sin llegar a hacerle daño. Eso jamás.

—Pues a mí sí que me importa una mierda ver cómo dejas que la vida te pase por encima. Sí que me importa una mierda despertarme todas las noches con tus pesadillas. Y desde luego sí que me importa una mierda ver cómo te has rendido. —Cada una de mis palabras impactó contra su precioso rostro conforme sus ojos se volvían vidriosos.

Fui testigo de cómo luchaba por contener las lágrimas y me sentí una mierda por ser quien las provocara. Pero Lía tenía razón. No volvería a ignorar mi instinto y en ese momento mi poder, mi cuerpo y mi corazón pedían a gritos que la presionara un poco más.

—Puedes dejar de preocuparte por mí. Yo no te lo he pedido y puedo cuidarme solita —murmuró, cerrando los ojos mientras una lágrima solitaria bajaba por su rostro dibujando el contorno de su comisura.

Supe en ese instante que Elara sentiría esa lágrima como una derrota, pero no podía estar más equivocada. Esa lágrima era la prueba de que seguía con vida. De que todavía podía sentir.

Me permití caer en la tentación y atrapé la lágrima con mi dedo pulgar libre rozando sus labios. Elara abrió los ojos ante mi caricia. No aparté la mirada, ni tampoco el agarre en su barbilla. Llevé mi

dedo hasta mis labios y dejé que mi lengua recogiera su pena. Tuve que suprimir un gemido cuando su sabor impactó en mi boca.

No estoy seguro de que lo consiguiera.

Sus ojos se abrieron como platos y yo fui incapaz de seguir conteniéndome.

—Siento comunicarte que no me voy a ninguna parte. Te lo dije en el bosque y te lo repito ahora. Quieres gritar. Grita. Quieres quemar el mundo. Dilo y yo mismo te daré la cerilla. No huyas del dolor. Cuando sea demasiado, dámelo, y yo lo haré mío. Pero esta actitud se termina hoy. Juraste que rugirías con la sangre de tus enemigos, no que te ahogarías en ella. Demuéstrame que esa Elara sigue aquí.

Me agaché para recoger sus botas y volví a tenderle la mano que escasos segundos atrás agarraba su mentón. Elara me miró cabreada.

—Vamos, los demás nos esperan.

—¿Y por qué iba a ir contigo a ningún sitio, Callum?

Cada vez que mi nombre abandonaba sus labios, yo sentía que iba a estallar. La manera en la que lo decía parecía estar creada para hacerme enloquecer. Y sospechaba que ella sabía exactamente lo que hacía al pronunciarlo.

—Porque en el fondo tú y yo queremos respuestas. Vienen a por ti, Tiniebla. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó derrotada a la vez que daba un paso en mi dirección.

Tomé aquello como la señal para dejar que una verdad, o al menos parte de ella, escapara de entre mis labios.

—Quiero todo lo que estés dispuesta a darme, pero hoy me conformo con que vengas conmigo a la reunión y luches un día más.

Elara asintió una sola vez y aceptó mi mano. Rodeé sus dedos con los míos y tiré de ella hasta pegarla contra mi pecho y rodearle la cintura con un brazo. Decidí que aquello era suficiente y que no estaba todo perdido. Dejé que las sombras nos llevarán de vuelta al palacio.

Su cabreo sabía a esperanza; sus lágrimas, a futuro.

# CAPÍTULO IX

## Callum

## Iban tras ella. La pregunta era: ¿seguir corriendo o dejarse atrapar?

—Ya estamos aquí. Siento el retraso.

El Priorato de las Sombras esperaba paciente. Levi, Nox y Lía estaban sentados alrededor de la gran mesa de madera ubicada en el centro de mi despacho. La estancia estaba iluminada por los rayos suaves del sol de las últimas horas de la tarde.

A mi lado, Elara continuaba agarrada a mi brazo. Estaba seguro de que no era consciente de que todavía se aferraba con fuerza a mí. Tampoco iba a ser yo quien le metiera prisa por separarse.

Pude sentir como giraba ligeramente mientras observaba la estancia con esos ojos de ladrona que le habían hecho sobrevivir tanto tiempo.

—*Has tardado más de cinco minutos* —rio mi hermana—.

—*Eres imposible, Lía.*

—*Puede ser. Aunque también tengo razón.*

Nox nos observaba desde la silla más alejada, con el gesto torcido y los brazos cruzados sobre el pecho. Lo conocía lo suficiente para saber que no traía buenas noticias.

—Cuando te convertiste en Guardián juraste hacer las cosas de manera diferente, Callum. Pero es así como empieza, ¿verdad? Llegando tarde a las reuniones. Cien años ha durado el buen rollo, amigos. Pronto nos obligará a tratarle de usted —gimió Levi con un gesto exagerado.

Mi amigo se levantó con soltura y me lanzó un guiño muy poco disimulado, que me dio ganas de matarlo y abrazarlo al mismo tiempo. Anduvo hasta una de las sillas más cercanas a Elara y la separó con una floritura.

—Ven, Elara, siéntate a mi lado. Callum ha decidido ponerse sus pantalones de Guardián y se vuelve insoportable cuando los lleva. Conviene estar lo más lejos posible.

Las palabras de mi amigo surtieron su magia y Elara volvió en sí. Se liberó de mi cuerpo sin apenas dirigirme una mirada. Caminó rápido hasta donde Levi esperaba y se sentó en la silla que él había preparado para ella.

El nudo de mi garganta se aflojó ligeramente al ver que ella veía en Levi un lugar seguro. Me bebí su enfado con entusiasmo. Era mejor verla cabreada que sin sentir nada. Levi me guiñó un ojo de nuevo y yo solo pude mandarle una oleada de agradecimiento mental.

—Nox, procede —pedí mientras caminaba hacia mi silla en la cabecera de la mesa.

Mi general se incorporó. Lía lo observaba de cerca, pluma en mano para apuntar hasta el último detalle. Un gran mapa de Lyssandria estaba apoyado sobre la mesa. Cada pequeña marca negra representaba un ataque reciente. Las marcas moradas figuraban otro tipo de movimientos que no eran mucho más esperanzadores. Me resistí a mirar los alfileres verdes.

—Con respecto al tema de las criaturas, la situación está muy revuelta. Los Sith están actuando de manera extraña. Nos han llegado ya varias noticias de pueblos que se han visto afectados. Hemos recibido hasta un par de avisos de incursiones de pequeñas jaurías en algunas de las ciudades principales. De momento, no hay víctimas, solo daños materiales. Es extraño. Se limitan a destrozar y asustar.

—Es casi como si estuvieran buscando algo —intervino Levi.

—No son las únicas criaturas que se comportan de manera extraña. Y tampoco somos la única corte con estos problemas —dijo Nox.

—¿Dónde más? —pregunté.

Llevábamos meses observando ataques en distintos lugares de nuestra corte y del resto de Lyssandria. Los otros Guardianes no habían compartido sus respectivos ataques, pero yo sabía de primera mano que los estaban sufriendo. También sospechaba cuál era el factor común entre todos los ataques.

—Nuestros espías hablan de un par de Addancs que están sembrando el caos en la región este de la Corte de las Llamas. Selene mencionó que llevan meses con Selkies e incluso con Mukas creando más de un problema en las zonas más cercanas a la capital de la Corte de las Olas. Umbra no ha dicho nada, pero sinceramente no creo que eso sea indicativo de que no estén teniendo problemas similares. Y todos sabemos los altercados que han tenido en la Corte de las Tormentas con los...

—Puka —susurró Elara terminando la frase de Nox.

Todos guardamos silencio durante varios segundos hasta que Lía se atrevió a decir lo que toda la habitación sabía o sospechaba.

—Pese a lo arbitrario de los ataques, lo cierto es que siguen un patrón bastante claro. Estas marcas negras representan ataques en

los últimos meses —explicó, señalando el mapa.

—¿Qué representan los marcadores verdes aislados? —preguntó Elara, indicando con la cabeza un puñado de alfileres verdes solitarios desperdigados en distintos puntos muy reconocibles del mapa: Nébula, la Corte de las Tormentas, el Bosque de la Dama, nuestra corte...

Lía asintió sin dejar de mirar a Elara. Sabía que sospechaba la respuesta y, si algo admiraba mi hermana, era la rapidez mental.

—Los alfileres verdes te representan a ti, Elara. Como podrás ver, los ataques aumentan en las zonas más cercanas a las que te encuentras en cada momento. Los ataques más alejados se mueven contigo, como si estuvieran intentando llegar hasta ti.

Elara observó el mapa con el gesto serio. Supe lo que veía sobre la tela: una marabunta de criaturas oscuras arrasando el continente para llegar a ella. Decenas de heridos a los que les pondría su nombre. Supe sin lugar a duda que se sentiría responsable de cualquier daño ocasionado.

—¿Quién tiene el poder para controlar a tantas criaturas? Por no hablar de que la mayoría de ellas llevan cientos de años desaparecidas...

La misma pregunta que Levi planteaba llevaba semanas comiéndome la cabeza.

—No debería haber nadie capaz de controlarlas así. Estamos hablando de seres extremadamente inteligentes. Y, por lo general, no responden a ningún amo —respondí.

Elara se masajeaba las sienes con las manos enguantadas mientras negaba con la cabeza.

—La mitad de las criaturas que has mencionado han intentado matarme. Y tengo la sensación de que la otra mitad no lo han hecho porque no han tenido la oportunidad. Esto está conectado con lo

que la Dama dijo en el Cónclave. Hay algo oscuro detrás de todo esto y, por algún motivo, me quiere a mí. Me quiere desde antes de tu trato con la Dama.

Elara había lanzado la reflexión al vacío, pero sus ojos me miraban esperando algo. Sabía que había una pregunta detrás.

—Eso creemos, sí —confirmé.

—¿Qué soy?

—No estoy seguro. No eres Hadaës, pero tampoco eres Alta Fae.

Quería darle más, pero no tenía las respuestas que ella buscaba.

—Tu esencia es claramente de la Corte de las Sombras, Elara. Todos podemos notarlo. Creo que seguramente tú misma puedas notarlo —explicó Lía—. Pero también podemos sentir las otras cortes en tu interior. Todos sus poderes y sus magias emanan de ti y lo hacen desde antes del trato de Callum con la Dama.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó ella, repasando cada una de nuestras caras en busca de respuestas.

—Esa es la cuestión, técnicamente no es posible. Incluso los Fae mestizos entre varias cortes solo presentan poderes de una de ellas. Solo un grupo muy específico de Bajos Fae tiene acceso a dos tipos de poder: los Dracanos. Levi puede usar el poder de su parte dracana y el de las sombras de nuestra corte.

El aludido inclinó la cabeza orgulloso.

Elara escuchaba a mi hermana absorbiendo hasta el último resquicio de información, pero podía ver como cada dato solo aumentaba la lista de preguntas en su cabeza.

—Lo que no tiene sentido es que te criaras pensando que pertenecías a la Corte de las Tormentas sin sentir el resto de las magias en tu interior. Es casi como si algo, o alguien, hubiera estado reprimiendo tus poderes reales todo este tiempo.

Pude ver cómo Elara se tensaba, pero no dijo nada durante un largo rato.

—Yo nunca he...

—Yo mismo te he visto usar poderes de otras cortes en innumerables ocasiones —ofrecí—. Lo he visto muchas veces en estos meses.

—Eso es imposible —respondió ella, negando una verdad que sabía que sospechaba.

—Tus heridas, durante la primera prueba del torneo. La escarcha que te salvó no fue cosa de Oraz, ni de ningún otro súbdito de las Olas. Fuiste tú —añadió Nox—. Al igual que en la prueba final. Levi solo sobrevivió por la escarcha que creaste para él.

—O el fuego que usaste contra los Sith —completó Levi a su lado apretando ligeramente su mano.

Elara observaba el mapa de Lyssandria buscando respuestas.

—¿Qué significan las marcas moradas? —preguntó.

—Las marcas moradas son los movimientos de las otras cortes. Selene se mantiene más o menos estable. Han reforzado las fronteras de la Corte de las Olas, pero por lo demás no han hecho grandes movimientos. Finnian ha mandado varias tropas de apoyo a la frontera con la Corte del Bosque. Umbra tiene brigadas repartidas por la Corte de las Llamas y la de las Tormentas. Ha mandado varios equipos reducidos a nuestras fronteras, pero han sido neutralizados. Aiden no ha hecho nada. *Todavía*. —Conforme hablaba, Nox iba señalando las marcas del mapa para que Elara pudiera situar las cosas a las que se refería—. Callum y yo llevamos dos semanas intentando aplacar a las distintas delegaciones y representantes de las cortes. Nadie quiere una guerra, pero Umbra y Finnian no lo están poniendo fácil y sospechan que te estamos protegiendo. Las tensiones están por las nubes. Esto es un polvorín a punto de

explotar y los ataques de las criaturas solo están poniendo más nervioso a todo el mundo.

Mi hermana me lanzó una mirada compungida. Sabía que yo quería proteger a Elara de toda la tensión política hasta que se viera con fuerzas de tomar una decisión. Pero tenía razón. No era mi responsabilidad decidir para qué estaba preparada. Elara debía ser consciente de las amenazas. Los Guardianes, al menos varios de ellos, estaban dispuestos a declarar la guerra, si no podían contenerla.

—Umbra y Finnian ya han enviado varias amenazas directas —expliqué—. El único motivo de que no nos estén atacando abiertamente es que ahora mismo están en minoría. Selene no los apoyará, pero están haciendo todo lo posible por convencer a Aiden. Las palabras de la Dama en el Cónclave no han ayudado.

Elara volvió a centrar toda su atención en mí. Su mirada brillaba iluminada por una rabia profunda que emanaba de todas las fibras de su ser. Aun a través de su escudo, podía sentir su indignación. Su poder bullía, amenazando con explotar descontrolado.

—Umbra sabe más de lo que aparenta. Tú misma lo escuchaste aquella noche.

—Esa noche pasaron muchas cosas, Callum. Sinceramente no sé qué o a quién creer.

Con el poder de Elara a punto de estallar, las ventanas comenzaron a repiquetear contra los marcos. Mi oscuridad se arremolinó a su alrededor para calmarla.

—¿Alguien más tiene la sensación de que nos hemos perdido algo? —susurró Levi.

Elara se levantó haciendo arrastrar la silla contra la madera y apoyó ambas manos sobre la mesa, mirándome desafiante. Estaba

enfadada. Muy enfadada. Mi oscuridad ronroneo encantada, saboreando su fuerza y su poder.

—No me interesa seguir alimentando vuestras rencillas. Si queréis mataros, adelante. Podéis hacerlo perfectamente sin ponerme a mí como excusa. No le pertenezco a nadie. Lo único que quiero hacer es encontrar la manera de ayudar a Orla y vivir en paz.

Imité su postura. Lo cierto es que compartía su cabreo. Más de lo que ella podía llegar a comprender.

—Me pediste respuestas y te estoy dando la información que tengo. Tu corte está aquí para ayudarte. No puedo hacer que dejes de estar en el centro del conflicto, pero estamos dispuestos a luchar contigo. Todos nosotros.

Elara ignoró mi promesa.

—Dime qué le prometiste a la Dama.

Tragué saliva. ¡Por todos los espíritus, necesitaba gritar o destrozar algo!

—Eso es lo único que *no* puedo decirte —respondí entre dientes, notando como el trato aguijoneaba mis cuerdas vocales.

—Qué conveniente —escupió ella.

El Priorato de Sombras nos observaba en un silencio tenso y repleto de medias verdades.

Unos golpes suaves en la puerta cortaron ligeramente el momento. Mi madre abrió la entrada del despacho con una sonrisa suave.

—Siento interrumpir. Ha llegado la delegación de la capital.

Elara me fulminó una última vez con la mirada antes de girarse.

—Yo ya me iba —murmuró a nadie en concreto y acto seguido desapareció por la puerta.

Quise llamarla. Quise decirle que su frustración y sus miedos eran los míos. Pero no hice nada de eso. Cerré los ojos un segundo hasta

que estuve seguro de que mi voz no reflejaría mi frustración. Cuando volví a hablar, no estuve seguro de haberlo logrado.

—Levi, por favor, antes de volver a la frontera, ¿puedes asegurarte de que Elara está...?

Levi me ahorró el dolor de tener que terminar la frase.

—No tienes ni que pedirlo.

Se despidió de Nox con un beso suave y me dio un abrazo rápido antes de salir a la carrera en busca de Elara. Apreté los dientes antes de continuar:

—Lía, confirma que la delegación está cómoda y que no se pasan de la raya, por favor. Estaré allí en unos minutos. —Ella asintió antes de salir del despacho con paso firme.

—Nox, quiero que nuestros espías desplazados cambien sus comunicaciones de semanales a días alternos. Su seguridad es nuestra prioridad —añadí.

Nox inclinó la cabeza antes de desaparecer por la puerta que mi madre mantenía abierta. Una vez que estuvimos solos, dejé caer la cabeza entre los brazos que todavía tenía estirados sobre la mesa. El peso de mi cuerpo recayó sobre mis palmas y temí no ser capaz de levantarme.

—Querido —murmuró mi madre al tiempo que posaba una mano sobre mi espalda.

—Me odia —dije en un gemido que no me permití dejar salir por completo. No podía romperme. En ese momento no.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

Apreté los ojos todavía más. La oscuridad que latía en mi pecho olía a ella y tiraba de mí hacia el hilo que compartíamos.

—Se merece respuestas y yo no puedo dárselas.

—Tú *quieres* dárselas, Callum. La verdad reside en esa diferencia. Acabará encontrando las respuestas, hijo mío. Es solo cuestión de

tiempo. Es lista y valiente. Cuando lo descubra, lo entenderá.

Quería creerla. Más que nada en el mundo quería creerla.

—No puedes estar segura —murmuré.

—Y, aun así, lo estoy.

Cuando por fin tuve fuerzas para abrir los ojos me encontré con la mirada serena de mi madre. A menudo me sorprendía con su facilidad de continuar teniendo esperanza. Con su capacidad de seguir soñando pese a todo.

—Todo lo que he hecho estos meses ha sido para mantenerla a salvo. Tiene motivos para destetarme, pero no puedo hacerlo de otra manera. No sé cómo hacerlo de otra manera —me tembló la voz hasta que se rompió.

Mi madre posó su mano en mi mejilla y prometió como solo pueden hacerlo las personas que quieren de verdad.

—Ella sabrá verlo. Lleva el peso del mundo sobre los hombros. Ha pasado por cosas por las que nadie debería pasar. Pero es fuerte y no está sola. Solo necesita tiempo.

—Tiempo —suspiré.

Tiempo era precisamente lo que se nos estaba agotando.

# CAPÍTULO X

## Elara

**En algún lugar perdido entre el sueño y el despertar, él se atrevió a tener esperanza.**

Echo apoyó la cabeza en mi regazo mientras la laguna bailaba a nuestro alrededor. Acaricié su crin de hebras azabache y color Verdeluna dejando que la suavidad me transportara a otro lugar, uno donde las preguntas no me asaltaban constantemente y donde los Guardianes de Lyssandria no se peleaban por mi cabeza.

Me concentré en respirar con los ojos cerrados hasta que el poder dejara de vibrar descontrolado en mi pecho. Durante las últimas dos semanas Lía me había enseñado a meditar de tal manera que recuperar el control era cada vez más sencillo. Pero, aun así, manejar toda aquella magia era demasiado similar a intentar montar un Addanac.

Inestable, peligroso y francamente agotador.

Sentía que me quemaba por dentro con cada latigazo. Lejos de mejorar, todo se volvía más complejo.

Hundí los pies en la laguna y me concentré en el frescor del agua entre los dedos. En la textura de las algas contra mi piel. En las poderosas respiraciones de Echo contra mi cuerpo. Los retazos de la discusión con Callum minutos atrás todavía me abrasaban la

garganta. Mis ojos, aun cerrados, solo podían ver los alfileres sobre el mapa del continente y lo que significaban.

Cientos de ataques indiscriminados por toda Lyssandria que llevaban escritos mi nombre. Decenas de heridos, casas destruidas y una horda de soldados esperando impacientes para darme caza. Y, en mi interior, un poder desconocido y salvaje que derruía edificios ante el primer contratiempo.

En la soledad de mi mente no pude evitar estar de acuerdo con Umbra. Tal vez yo era demasiado peligrosa, demasiado inestable como para seguir viva. El recuerdo de Orla y mi promesa me hicieron dudar. Lo cierto es que por más que había leído e investigado el material de la biblioteca de Galamh no encontraba nada que pudiera ayudar a mi amiga.

Cían conseguiría ayudarla sin mí, me repetí por millonésima vez. Tal vez Umbra tenía razón y lo mejor para solucionar el problema era quitarme de la ecuación.

—Te oigo pensar desde aquí, Elara. Y por la cara que pones no es nada bueno —dijo Levi al tiempo que se sentaba a mi lado con un sonoro chapoteo.

Se sentó sobre una roca contigua a la mía, sin importarle que sus botas se empaparan en el acto. Echo levantó la cabeza como ofendido por la intrusión de mi amigo. Con un resoplido indignado, se zambulló en la laguna y desapareció entre las profundidades.

—Estoy empezando a sospechar que no le caigo bien a tu Kelpie.

—Echo no es de nadie. Y lo que no le gusta es que te empeñes en sugerir una carrera contra tu forma dracana cada vez que lo ves.

Levi se rio con ganas haciendo que nuestros hombros chocaran.

—Yo creo que tiene miedo de que le gane, sinceramente.

—¿Qué haces aquí, Levi? ¿Te ha mandado él?

Me estaba comportando como una desagradecida, era consciente. Por muchas verdades que ocultara, lo cierto es que Callum solo había demostrado que, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, le interesaba mi bienestar.

Mi instinto me decía que podía confiar en el Guardián de las Sombras y en su familia. Sin embargo, mi instinto se había equivocado antes. Mi cabeza gritaba que había mucho que no sabía. Muchas cosas que Callum no podía decirme. Empezando por su trato con la Dama de la Noche.

¿Qué interés tenía el Oscuro en tenerme a su lado? Al fin y al cabo, todos los Guardianes me querían controlar. ¿Qué hacía que él fuera diferente?

El miedo chillaba que era como todos los demás. Tal vez peor. Mi oscuridad me pedía a gritos que confiara en él. Mi mente era un torbellino de indecisión y dudas.

—¿Sería tan horrible? ¿Que alguien que se preocupa por ti hubiera mandado a una persona con la que tienes confianza para asegurarse de que estás bien? Sobre todo, teniendo en cuenta toda la información que has escuchado en la última hora. —Levi puso un pie sobre la roca y se apoyó en su rodilla para enfrentarme.

—No sé por qué le importa —respondí en un murmullo.

—¿Y necesitas saber el motivo para creerlo?

Levi me miraba con calma, realmente interesado en mi respuesta. Me forcé a contemplar su pregunta, a entender qué era lo que realmente me cabreaba tanto.

Callum me había dado la oportunidad de escuchar, de obtener la información. En el Cónclave, junto con Selene, había priorizado mi libertad y mi capacidad de escoger cuando nadie más lo había hecho. Pero la realidad de quién era, de lo que había hecho seguía allí. No había nadie en Lyssandria que no conociera sus atrocidades.

¿Por qué iba alguien así a hacer nada sin esperar algo a cambio?

—Entiendo que hasta ahora ha intentado decir la verdad siempre que ha sido posible. Agradezco que reconozca que hay cosas que no puede decir, aunque quiera. Pero no ayuda a que confíe en él. Todo el torneo pareció un juego absurdo para Callum. En privado se comportaba de una manera, frente a los demás de otra. Y luego, en la tercera prueba y en el Cónclave...

Levi asintió entendiendo a qué me refería.

—A estas alturas no sé en qué confiar. ¿En lo que ven mis ojos? ¿En lo que me dice mi instinto? ¿En lo que gritan los demás? —me desinflé sin pretenderlo—. Estoy cansada, Levi. No hace mucho me creí unas mentiras muy similares. Ya me han traicionado más veces. Siempre que confío en alguien, sale mal. No necesito a nadie.

Pese a mis palabras, yo sabía que parte de mí anhelaría siempre la idea de una familia. Un grupo de personas que me hicieran sentir en casa, como lo había hecho Artio.

—Todos aquí sabemos que eres más que capaz de sobrevivir por tu cuenta. No conozco a nadie más capaz que tú, Elara. Pero eso no quiere decir que tengas que enfrentarte a todo esto sola. Tampoco que debas rendirte —dijo Levi despacio.

Había algo precavido en su mirada. Aseguré mis escudos mentales, pero no había ninguna fisura. Era imposible que Levi hubiera escuchado mis pensamientos y, aun así, algo en sus ojos tristes me dijo que tenía la derrota pintada en la cara.

—Y, respecto a Callum, solo puedo decirte que su máscara es necesaria. Esa fachada es la que mantiene a la Corte de las Sombras en paz y a salvo. La que hace que este sea el lugar más seguro del continente. Callum ha hecho muchas cosas de las que se arrepiente. Pero créeme cuando te digo que todas las ha hecho por y para su gente. Desde que es Guardián nuestra Corte es un lugar seguro para

todo tipo de Fae, sin importar su procedencia. El precio ha sido su reputación. Y, por mucho que le duela, te aseguro que no dudaría en volver a hacerlo. Callum protege a los suyos.

No pude decir nada en contra de lo que Levi argumentó. En las semanas que llevaba en la Corte de las Sombras no había visto ni rastro de la corte de pesadillas y dolor que el resto de Lyssandria dibujaba.

Galamh era atendido por Altos y Bajos Fae por igual. Callum tenía a Fae de todos los tipos entre sus guardias y soldados, así como entre sus consejos y distintos puestos de importancia. Todos trataban a su Guardián con afecto y respeto, sin ningún tipo de miedo.

Levi me había llevado a visitar varios de los pueblos y ciudades más cercanas en un intento de distraerme durante mis primeros días. Todos eran lugares que desprendían una sensación de hogar y seguridad. Altos y Bajos Fae vivían juntos y sin jerarquías.

Al principio había llegado a pensar que todo era parte de la artimaña de Callum, pero lo cierto es que esa posibilidad perdía fuerza cuanto más tiempo pasaba en la corte.

—¿Sabes dónde están el resto de los Dracanos, Elara? —preguntó Levi de repente.

—La verdad es que no —respondí con sinceridad—. Por lo que tenía entendido, os habíais extinguido.

Levi cerró los ojos durante un segundo haciendo que la cicatriz que le atravesaba la cara se arrugara con el gesto. Sus tatuajes brillaban con descaro reflejando el movimiento de la laguna. Su pelo azul y negro se arremolinó contra su frente. Se lo apartó con cuidado.

—Solíamos ser los protectores de la Corte de las Sombras. Mis antepasados gobernaban mano a mano con los Guardianes. Durante

miles de años cada nuevo Guardián nombraba a un Dracano para ser su mano derecha. Sus ojos en el cielo. El protector de la corte. Somos seres territoriales y muy leales. El vínculo entre Dracano y Guardián era algo sagrado, venerado. Los Dracanos y los Fae se protegían mutuamente y se consideraban familia.

Levi hablaba con una nota de amargura en su voz. Tanto que supe que no hablaba por experiencia, sino desde el anhelo. El mismo que yo experimentaba. El mismo que te hacía echar de menos lo desconocido.

—Todo cambió bastante antes de que yo naciera. Cientos de años antes para ser exactos. Cuando el padre de Callum tomó el relevo de su predecesor, decidió que no éramos sus aliados, sino una amenaza. ¿Te has preguntado alguna vez cómo se elige al nuevo Guardián o Guardiana?

Asentí sin atreverme a responder con palabras.

—Si un Guardián tiene descendencia, el más poderoso de sus hijos suele ser quien toma el cargo. Son raras las ocasiones en las que un Guardián no se afana por tener herederos. Pero, en el caso de no tenerlos, pueden nombrar a un sucesor a su antojo, siempre que sea poderoso. Como sabes, las vidas de los Fae son largas, más aún las de los Guardianes. El padre de Callum, Desmond, se cansó de esperar.

Podía imaginarme cómo acabaría la historia. No estaba segura de querer confirmar mis sospechas.

—El tío de Desmond no había tenido hijos. Su pareja era también su mano derecha y Dracano. Ambos vivían felices a sabiendas de que un día deberían nombrar un sucesor entre los miembros de su familia. Desmond era el descendiente más cercano y poderoso, aunque no había sido nombrado heredero oficialmente. Su tío gozaba de buena salud y de un reinado estable, faltaban muchos

años para su nombramiento oficial por lo que Desmond decidió acelerar el proceso. Aprovechó la confianza de su tío y de sus Dracanos y atacó cuando eran más vulnerables. —Levi hizo una pausa con lágrimas en los ojos—. Primero mató a su tío y después al amor de su vida mientras dormía junto a él.

Se me encogió el corazón al entender sus palabras.

—Después, usó sus recién heredados poderes de Guardián para acabar con todos los Dracanos que pudo. A los que consiguieron escapar, los acusó del asesinato del antiguo Guardián. Envenenó a la corte con sus mentiras. Durante las siguientes décadas se dedicó a perseguir y cazar a los supervivientes en nombre de la justicia.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque sabía que no podía controlarnos y los hombres pequeños suelen temer aquello que no comprenden.

Busqué su mano dentro del agua y la estreché con fuerza. Levi me devolvió el apretón y no me soltó. Un pacto de agua dulce y espuma.

—Yo nací más de doscientos años después en el seno de un pequeño clan de supervivientes que vivía escondido. El último de nuestra especie. Habíamos conseguido sobrevivir reprimiendo nuestra naturaleza para no ser detectados. Al menos hasta que Desmond nos encontró. —Los ojos de Levi se llenaron de pesadilla —. Yo tenía once años. Mi madre estaba embarazada.

Me vi transportada de nuevo a la tercera prueba. El recuerdo de la imagen de Levi arrodillado junto a la hermana, que nunca conoció, entre brazos me cortó como un cuchillo.

—Mi padre y mis tíos lucharon como pudieron. Pero la mayoría llevaban años sin transformarse y muchos nunca había tenido el privilegio de hacerlo. Jamás tuvieron ni la más mínima posibilidad. Yo me quedé atrás con mis primas y mi madre. En mitad de la

confusión algo me estalló en la cara y me dejó este bonito recuerdo —explicó con una mueca triste mientras sus dedos repasaban la cicatriz de su rostro.

—Siempre he pensado que te da un aire enigmático —ofrecí con una sonrisa torpe, intentado devolverle el humor que él regalaba con tanta generosidad.

Levi emitió una carcajada llena de recuerdos tristes y se llevó mi mano a la boca para besarla con suavidad.

—Ya decía yo que no me había equivocado contigo —murmuró.

Dejé que unos segundos se extendieran entre nosotros antes de preguntar.

—¿Qué pasó después?

—Mi madre nos pidió que nos escondiéramos. Al final, solo yo fui capaz de hacerlo. No recuerdo mucho más después de eso. Tan solo la risa de Desmond y los gritos de súplica de mi madre y el resto de mi familia. Eso y la mirada horrorizada de un joven Alto Fae que no podía tener más que un par de años más que yo.

*Callum*, comprendí con horror.

—El padre de Callum, le obligó a mirar hasta que no quedó nadie con vida. Nadie salvo yo. Dejaron solo a Callum en medio de tanta sangre y tanta muerte. Su padre estaba enfadado con él. No había participado en la matanza y eso le hacía débil ante sus ojos. Como castigo le obligaron a deshacerse de los cuerpos.

Tragué saliva sin poder llegar a imaginar el horror que aquello habría supuesto siendo tan joven.

—Durante un día entero me mantuve escondido entre los tablones del suelo del que había sido mi hogar. La sangre de mi familia lo cubría todo, incluso a mí. Callum no paró hasta que enterró a todos y cada uno de ellos. Era ya de noche cuando entró en la casa por última vez. Jamás olvidaré el sonido de sus pasos conforme

avanzaba hacia mi escondite. Tampoco olvidaré el color de sus ojos cuando encontró mi mirada entre las tablas de madera y me habló.

Yo apenas podía respirar, atrapada en una historia que, por algún motivo, sentía como si fuera mía.

—«He cavado una tumba para ti y ya está cerrada. Puedes salir. No te buscarán», me susurró. —Levi sonrió meneando la cabeza—. Le costó un buen rato convencerme de que aquello no era una trampa. Tampoco olvidaré las palabras que me dijo cuando acepté su mano en mi primer Salto Irisado: «Cuando sea mayor seré Guardián y no dejaré que esto vuelva a ocurrir. Lo más seguro es que yo solo no pueda hacerlo. Me vendría bien un Dracano a mi lado. Un hermano». —Levi saboreó aquel recuerdo con cariño—. Nos hizo aparecer justo debajo de esta misma montaña. Se quedó conmigo toda la noche hasta que logré transformarme por primera vez. Cuando conseguí llegar a Galamh, Lía me esperaba junto a Callum con una manta caliente y los brazos abiertos. Callum arriesgó la vida todos los días hasta que su padre murió para guardar el secreto de mi existencia. Esa noche perdí a mi familia, pero gané un par de hermanos. Supongo que el resto es historia.

—¿Dónde están los demás?

—Yo soy el último —admitió—. Pasé muchos años buscando a otros sin ningún resultado. El peso de evitar que nuestra raza se perdiera fue algo que me paralizó durante mucho tiempo. Hacen falta dos Dracanos para engendrar uno. En mi raza no existen mestizos. Hice las paces con la idea de encontrar a otros como yo hace mucho tiempo, Elara. La familia no solo es de sangre, también es aquella que eliges. Estoy en paz. Nox es mi futuro. El Priorato de las Sombras es mi familia.

—Gracias por compartirlo conmigo.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos cuando me estrechó entre sus brazos.

—No te cuento todo esto para que sientas pena, Elara. Tampoco para que te compadezcas. Te lo cuento para que entiendas que Callum sigue siendo ese mismo niño que, pese a todo, arriesgaría su vida por lo que es justo.

Las palabras de Levi se quedaron conmigo durante días. Pasé las siguientes semanas en una burbuja extraña. Callum volvió a darme espacio y yo fui incapaz de acortarlo. Intenté reunir el valor para hacerlo, pero las palabras siempre me fallaban.

# CAPÍTULO XI

## Elara

**En sus pesadillas, el monstruo del que huía siempre vestía su cara. La misma cara que imitaba sus gestos en el espejo.**

*El dolor subía y subía hasta colarse en el límite de mi consciencia y arrasar con todo lo que hubiera en mi cabeza. El dolor sabía a metal y ceniza.*

*El edificio se desmoronó a mi alrededor. Esas manos, que segundos atrás habían intentado quitarme la ropa, quedaron perdidas tras un rugido infernal. Ya no podían alcanzarme.*

*Me había asegurado de ello.*

*Se esfumaron junto a todo lo demás en una nube de polvo y piedra verde. Un reguero de sangre cubría el suelo sobre el que yo intentaba desaparecer. Un reguero que siempre llevaba mi nombre.*

*A lo lejos, alguien chillaba.*

*Todo sonaba extraño y lejano al otro lado de la oscuridad que se esmeraba en arroparme.*

*Pero, por algún motivo, era mi garganta la que ardía y eran mis manos las que temblaban cubiertas de sangre. Cuando levanté la vista, ya no estaba hecha un ovillo en el suelo de aquel infernal orfanato. Estaba en un lugar peor.*

*La noche eterna de la Verdeluna bañaba la escena. Frente a mí, los ojos de Artio me miraban desencajados, perdidos en algún lugar entre el dolor y la traición. Un grito inhumano escapó de mis labios al bajar la vista. Mis manos sujetaban una daga ensangrentada.*

*—Lo siento, lo siento, lo siento.*

*Repetí aquellas palabras una y otra vez. Tanto que al final dejaron de tener sentido. Unas voces flotaban en el aire, intentando llegar a mí. Voces que yo conocía de otras vidas, de otras pesadillas.*

*Cerré los ojos con fuerza. Sabía lo que dirían, si prestaba atención.*

*—Tu vida por la de mi hermana, Elara. Es lo justo —suplicó un rugido de tormentas.*

*—Es una abominación —murmuró una voz sin rostro, pero con garras.*

*Garras que me había atravesado innumerables veces.*

*—No dejaré que te pase nada —juró la única voz que siempre conseguía que me rompiera.*

*Enterré la cabeza entre las rodillas y deseé morir. Deseé que todo llegara a su fin, pero algo oscuro y familiar acarició mi mente y llamó mi nombre.*

*Desesperado.*

—Elara, despierta. Estás a salvo.

Mi poder vibraba descontrolado, haciendo que todo temblara a mi alrededor. Esa voz de galaxias repitió mi nombre varias veces, luchando por arrancarme de las pesadillas. Reconocí en su timbre el eco de algo que me pareció familiar. Por algún motivo que todavía no alcanzaba a entender, mi cuerpo le hizo caso.

Desperté con un sobresaltó. Mis pies tocaron el suelo y estuve a punto de caer hacia delante, pero dos brazos fuertes me

mantuvieron estable. En contra de todo lo que había aprendido, permití que me sostuvieran.

El corazón me iba a mil por hora. Podía sentirlo en cada rincón de mi ser. Era demasiado alto, demasiado rápido. El aire de mi respiración entraba y salía en quejidos ahogados desde mi garganta.

Intenté deshacerme de las mantas que se habían quedado enredadas alrededor de mi cuerpo, pero los dedos me temblaban demasiado y los restos de la pesadilla todavía nublaban mi juicio.

Dos manos grandes me sujetaron los hombros con infinito cuidado. Deshicieron el amasijo de mantas que me atrapaba y comenzaron a acariciar mis hombros descubiertos. Las manos trazaban pequeños círculos con las yemas de los dedos sobre mi piel.

Me pareció que temblaban tanto como yo.

Bajaron con cuidado por mis extremidades hasta situarse encima de mis muslos, repitiendo los mismos movimientos suaves y tranquilizadores. Mi cuerpo se relajó poco a poco, inundado por un olor que reconocería en cualquier parte.

—Estás a salvo —murmuró Callum—. Era una pesadilla.

Sus labios se movieron en algún lugar cercano a mi cuello, pero sin tocarme.

—No era una pesadilla —suspiré con la voz temblorosa y los ojos cerrados—. Nunca es una pesadilla.

Me dolió la garganta al responder, lo que me confirmó que mis gritos habían traspasado mi sueño. *Fantástico.* Me tensé sin pretenderlo, lo que hizo que Callum pausara sus caricias, pero no se apartó.

Cuando por fin me atreví a enfrentarme a la situación, lo encontré arrodillado frente a mí, situado en el hueco entre mis piernas abiertas. Me miraba con recelo, como si no estuviera seguro de cuál

iba a ser mi siguiente movimiento. Supuse que lo más probable era que mi rostro fuera un reflejo del suyo.

Mis ojos se posaron en el lugar en el que sus manos me acariciaban. Él las apartó de inmediato, como si nuestro contacto le quemara. Sin embargo, sus manos continuaron sobrevolando mi piel sin llegar a tocarme, como si estuviera librando una batalla interna que le impedía alejarse del todo. Nos quedamos unos segundos suspendidos en un silencio repleto de posibilidades.

Tenía el pecho descubierto y vestía un simple pantalón de algodón. Distintas cicatrices cubrían la piel de su torso en una amalgama desoladora que pintaba en su cuerpo los restos de una vida de violencia. Una violencia escogida que le precedía y que yo quería evitar.

Su pelo negro estaba alborotado, como si acabara de despertarse. Pasó una mano distraída por los mechones revueltos e inspiró profundamente. Después me sostuvo la mirada sin mediar palabra mientras bajaba lentamente la mano, como pidiendo permiso. En un instante de locura que nos sorprendió a ambos, asentí una única vez antes de arrepentirme. Él soltó el aire en un suspiro entrecortado antes de volver a tocar mi piel.

Una mano cubierta de oscuridad brillante que parecía gotear de sus dedos me acarició despacio. La bruma de sombras con la que me había marcado salió a su encuentro.

Sentí el poder que irradiaba desde Callum. Su oscuridad nos cubría en un velo fresco y estrellado que, de algún modo, consiguió calmarme. A su espalda vislumbré la puerta que unía nuestros aposentos abierta de par en par.

Mis respiraciones agitadas eran lo único que rellenaba el silencio. Sentí como las sombras se hacían un poco más espesas mientras él

aguardaba a que me calmara, cubriendo mi piel con sus caricias. Al cabo de varios minutos fui capaz de respirar con tranquilidad.

Llevábamos más de una semana sin hablar desde la discusión en su despacho. Para ser justos, yo había hecho todo lo posible por evitarlo. Después de la historia de Levi, sentía que había sido injusta con Callum. Decidí que había sido tiempo suficiente. Había llegado la hora de ser valiente.

—Lo siento —murmuré en el cobijo de la noche.

Sus pupilas se dilataron y mi corazón se saltó un latido.

—¿Por qué habrías de sentirlo? —respondió con el ceño fruncido.

De rodillas frente a mí, iluminado por el brillo de la Verdeluna y con su oscuridad bailando sobre nosotros, Callum parecía un ángel caído. Un ángel caído que me sacaba de mis casillas.

—¿Tanto te cuesta decir *gracias*? ¿O acepto tus disculpas?

—¿Por qué me estás pidiendo perdón exactamente? —preguntó mientras las yemas de sus dedos bajaban despacio por mis gemelos.

Recé a todos los dioses olvidados para que el calor que sentía en las mejillas no fuera evidente dentro de la penumbra de la habitación.

—Te he sacado de la cama por culpa de una pesadilla que casi hace que mi poder se descontrole, *otra vez.* Imagino que tenías mejores cosas que hacer a estas horas de la noche que calmarme. Disculpa por intentar ser considerada.

La sonrisa volvió a su rostro y ladeó la cabeza mirándome con gesto divertido y algo peligroso brillando en sus ojos. Sus caricias levantaron escalofríos a lo largo de mi piel mientras retomaba los pequeños dibujos que pintaba sobre mis piernas. Apreté los nudillos mientras me debatía entre apartarlo de un manotazo o pedirle que no parara nunca.

—*Maldita sea.*

De nuevo, volví a rezar a unos dioses que sospechaba sordos para que Callum no hubiera escuchado mi maldición y que mis escudos estuvieran en su sitio. La risa ronca que resonó en mi cabeza confirmó lo contrario.

Con una sonrisa que no paraba de crecer, acortó el poco espacio que nos separaba y posó sus labios tan cerca de mi oreja que me vi obligada a contener la respiración, como si aquello fuera a ayudarme.

—¿Qué otra cosa mejor podría tener que hacer ahora mismo? No se me ocurre nada más divertido que ver cómo te sonrojas, Tiniebla —susurró.

No sé qué me poseyó en los siguientes segundos. Pero, antes de que pudiera pensar con claridad, mi poder salió disparado y tomó el control de lo primero que vio. En este caso, la jarra de agua que descansaba en la mesa auxiliar cerca de mi cama. El poder de las Olas me invadió, en una corriente fina y maleable que se amoldaba a cada uno de los pensamientos.

Un segundo, la jarra estaba llena de agua; al siguiente, el agua impactó contra el pecho y la cara de Callum, quien perdió el equilibrio y cayó de culo sobre la suave alfombra que descansaba bajo mi cama.

Soltó una palabrota, pero su tono estaba lejos del enfado. Una risa limpia y honesta reverberó en su pecho. Me observaba con una sonrisa clara, una que yo jamás había visto fuera de las paredes de este castillo.

—En primer lugar, retiro mis disculpas.

—Estupendo, no eran necesarias y no las acepto —respondió, cruzándose de brazos desde el suelo.

—Y, en segundo lugar —dije, mandando otro chorro de agua en su dirección—, se me ocurre que una ducha fría para bajarte los humos

es una actividad perfecta ahora que te has desvelado y andas diciendo tonterías.

Callum dejó que mis ataques impactaran contra su cuerpo. Acto seguido se puso en pie y se sacudió el pelo mojado salpicándome en el proceso. Mis quejas solo fueron un aliciente para sus risas. Al cabo de unos segundos, sus sombras nos envolvieron, secando cualquier resto de agua.

—Has dicho que no eran pesadillas —murmuró devolviéndonos a ambos a la realidad.

Me observaba a escasos centímetros de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto extraño. Me sentí expuesta, como si fuera capaz de leerme aun sin meterse en mi cabeza.

—Son pesadillas, pero también son recuerdos. Trozos de cosas que no alcanzo a ver con claridad. Algunos son momentos que jamás olvidaré y que vuelven para atormentarme. Para recordarme todo el daño que he hecho y todas las vidas que he quitado —confesé—. Otras cosas son difusas. Apenas soy capaz de recordarlas, pero sé que son reales. Lo intento, siempre lo intento. Pero las caras se me escapan y solo quedan voces. Voces que no me dejan respirar.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Nada que tenga sentido —decidí compartir un pedazo de una de mis pesadillas recurrentes. Una en la que no sabía a ciencia cierta si yo era el monstruo o huía de uno—. Una noche oscura. Un bosque negro y sin fin. Unos brazos que me arropan y una cara sin rostro que me jura que estaré a salvo. Es extraño, durante la pesadilla la veo con claridad, pero al despertar, no consigo recordarla.

En ese instante lo intenté de nuevo, como tantas otras noches en vela. Me fue imposible. Tampoco conseguí sacarme de encima la sensación de que su nombre vivía en la punta de mi lengua.

—Recuerdo sentir miedo, mucho miedo. Aunque nunca me queda claro si me pertenece a mí o la cara que no recuerdo —continué—. Al final siempre hay un destello de poder infinito que me ciega por completo.

La noche me debía estar pasando malas jugadas, porque, entre la penumbra verde, casi me pareció ver que Callum palidecía y tragaba con dificultad. Sus ojos se clavaron en la cicatriz de mi cuello.

—Lo siento mucho, Elara —susurró él, cerrando los ojos.

Mi corazón se aceleró al escuchar mi nombre en sus labios.

—Has dicho mi nombre —dije sin saber muy bien por qué—. Últimamente lo dices mucho.

Callum ahogó una risa corta y sorprendida. Avanzó hacia mí, negando con la cabeza. Con una mano estrellada acunó una de mis mejillas, y yo luché por mantener mis escudos en pie y mi corazón latiendo a un ritmo normal. Aun así, mis manos encontraron su muñeca y se aferraron a ella con fuerza. En ese momento me permití no analizar nuestras acciones y dejé que mi cuerpo tomara las riendas.

—Ya no pueden hacerte daño —juró, y me acarició el rostro suavemente con su pulgar, obligándome a cerrar los ojos para no cometer una locura.

A veces las verdades eran más sencillas a oscuras. La noche permitía susurrar confesiones que ni yo misma admitiría en la soledad de mi mente.

—Me temo que el daño ya está hecho —confesé.

Sentí que Callum temblaba ligeramente contra mi piel. Después inclinó la cabeza hasta que nuestras frentes entraron en contacto y su aroma lo cubrió todo.

—Siempre podemos matarlos a todos. Pesadillas, reales o no. Dame una lista y está hecho.

Una risa escapó de mis labios. Aun con los ojos cerrados, sentí como sus comisuras se elevaban satisfechas. Y a pesar de que sabía que solo pretendía aligerar la tensión, sentí sus palabras como un juramento. Uno que, de algún modo, estaba segura de que volvería a hacer aun lejos del cobijo de la noche y del anonimato que brindaban las frases susurradas entre pesadillas.

—Dejaré que descanses —murmuró mientras se alejaba.

Agarré su mano antes de que nuestro contacto se rompiera. No pensé, solo actué. No quería que se marchara, no quería seguir haciéndolo todo sola. Al menos mientras durara aquella noche y pudiéramos echarle la culpa a la Verdeluna.

No encontré las palabras para explicar lo que necesitaba, pero tampoco hicieron falta. Callum no dudó. Con un movimiento fluido sentí que me elevaba sin esfuerzo. El Guardián me acogió con cuidado entre sus brazos. Pegada a su pecho desnudo, la turba de sentimientos, poder y emociones que se había afianzado en mi corazón se silenció de inmediato.

Nos tumbó sobre la cama. Él estaba boca arriba, de tal manera que yo quedé sobre su lado izquierdo con la cabeza apoyada en el hueco entre su hombro y su cabeza. Me rodeó con fuerza, como si también necesitara la cercanía para mantener las pesadillas a raya.

—Yo también tengo pesadillas —murmuró al cabo de unos minutos.

Yo había comenzado a dormirme. Estaba agotada, física y mentalmente y su presencia era como una energía que calmaba todo dentro de mi ser. En algún lugar entre el sueño y aquella noche, conseguí preguntarle.

—¿De las que son de verdad?

Asintió en silencio. Sentí el movimiento contra mi cuerpo.

—Por eso estabas despierto.

Otro asentimiento en silencio.

—¿Qué pasa en las tuyas?

El pecho de Callum se hinchó en un suspiro profundo. Por unos segundos temí haber preguntado de más. Cuando estaba segura de que no iba a responder, comenzó a hablar. Mientras lo hacía, su pulgar recorrió mi brazo, dejando un reguero de pelos erizados a su paso.

—En algunas aparece mi padre. Suelen empezar con sus entrenamientos. —Pausó para escupir una risa amarga—. Aunque palizas sería un término más apropiado.

Me pegué más a su cuerpo esperando que continuara.

—En la mayoría solo oigo sus amenazas y humillaciones. Hace tiempo que ya no siento el dolor. A veces era tanto que mi mente y mi cuerpo se desconectaban. Veía lo que me hacía, pero me obligaba a no sentirlo. Si gritaba o lloraba siempre era peor.

Abrí la boca para decir ¿qué? La verdad es que no lo sabía. La idea de que alguien, en algún momento, hubiera sido capaz de herir a Callum me pareció impensable. No era capaz de imaginar un Callum que no fuera invencible. Aun así, algo se rompió en mi interior al pensar en todas las heridas y cicatrices que había visto al despertar de la pesadilla. Los restos de una vida de violencia. Al parecer, no una escogida.

—Aunque lo verdaderamente malo suele ser cuando sueño con lo que le hacía a mi hermana y a mi madre. Con todas las veces que sufrieron por mi culpa. Todas las veces que las defraudé. Mi padre era un cabrón. Pero un cabrón inteligente, a fin de cuentas. No tardó en darse cuenta de que los latigazos, los cortes, las quemaduras, las palizas..., en realidad nada de todo eso podía hacerme daño. No como él quería. Tampoco tardó en darse cuenta de que, para conseguirlo, solo tenía que utilizar a Lía y a mi madre. Hasta hace un

tiempo, esos sueños eran los peores. Lo sueños que hacían que sacudiera castillos.

Durante unos segundos no supe qué responder. Callum había jurado que no me mentiría. Aun así, siempre era consciente de que vestía una máscara fría y de indiferencia necesaria para su reputación. Aquella era la primera vez que sonaba como alguien de carne y hueso. Alguien que sangraba y lloraba. Alguien roto y perseguido por sus propios monstruos. *Alguien como yo.*

Conforme más tiempo pasaba con él y con los suyos, más partes de la máscara caían.

—¿Y ahora? —pregunté.

Sus caricias titubearon y supe que se estaba debatiendo entre contestar la verdad o una ironía. Cuando liberó una risa amarga, comprendí que había decidido ser sincero. E, inexplicablemente, supe que Callum siempre escogería esa opción conmigo.

—Ahora las peores pesadillas son en las que te veo tirada en el suelo en medio de un charco de tu propia sangre y no llego a tiempo.

La bruma de noche y estelas se hizo más oscura sobre nosotros, arropando aquel encuentro imposible entre la luz de la Verdeluna.

—No lo pienses, Tiniebla. Solo cierra los ojos y duérmete. Estoy contigo.

# CAPÍTULO XII

## Elara

**Su única misión en la vida era acabar con él. Despertarse entre sus sábanas con su aroma en la lengua era una prueba irrefutable.**

Destellos de la noche anterior volvieron a mí como gotas del rocío en la mañana. Sentí un calor agradable a mi alrededor y una respiración profunda en mi espalda. Pestañeé confusa, intentando recordar dónde me encontraba.

Todo volvió de golpe, los restos de las pesadillas, el palacio temblando, las voces, las caricias de Callum y sus confesiones. *Callum.* El susodicho me estrechó con fuerza contra su pecho desnudo. Su olor lo envolvía todo y yo solo quería perderme en él, aunque jamás lo admitiría en voz alta. Una de sus manos descansaba sobre mi vientre, sus dedos peligrosamente cerca de mi entrepierna. Su otro brazo me abrazaba por encima del pecho y una de sus piernas se había colado entre las mías.

La tela del pijama que había seleccionado la noche anterior hacía poco por separar el contacto de nuestra piel. Mi vientre había quedado expuesto, de modo que sus manos descansaban directamente sobre mí.

Aprovechando que seguía dormido, cerré los ojos dejándome llenar por su aroma. Un lujo que disfruté durante el tiempo que dura un poema. Después de permitirme habitar en aquel sueño durante unos gloriosos minutos decidí que lo mejor sería levantarme. Mi poder y mi oscuridad revolotearon ofendidos en mi pecho, como si ellos también sintieran ese dolor agudo que me atravesaba al separarme de Callum.

Aun así, me obligué a hacerlo.

No llegué demasiado lejos. Mis caderas giraron para impulsarme hacia delante lo que solo hizo que los brazos de Callum me atrajeran hacia su cuerpo con más intensidad. El cambio de ángulo provocó que algo duro presionara contra mi trasero. Me quedé inmóvil. El recuerdo de la fiesta antes de la última prueba y del sabor de sus labios me inundó por completo.

Una parte de mí sabía que aquella era una línea peligrosa que no debía cruzar. Otra parte, más inconsciente y claramente enajenada, me pedía a gritos que moviera las caderas. Solo una vez. Solo para volver a notar su cuerpo contra el mío.

Al final, a pesar de lo cansada que estaba de sentir que cada una de mis respiraciones era una lucha por mantener el control sobre mi vida, no cedí ante el impulso. Aquello no era real, cuanto antes me lo metiera en la cabeza, mejor. Fuera lo que fuera, era una parte más de un plan que no entendía. Callum me necesitaba para algo, mantenerme cuerda y con vida eran actos necesarios para un fin.

Los brazos de Callum se tensaron a mi alrededor y me dejaron totalmente atrapada. Murmuró algo en sueños, algo que sonaba peligrosamente parecido a mi nombre. Después, giró las caderas haciendo que su erección se presionara de manera perfecta contra mi cuerpo. Un gruñido profundo vibró contra mi espalda.

Ahogué un grito de sorpresa.

Él se quedó inmóvil.

Supe entonces que se había despertado, pero no hizo ademán de separarse. La magia de Callum se intensificó en el ambiente. Sus sombras se arremolinaron sobre nosotros, tanto que taparon el suave sol de la mañana sumiendo el momento en penumbra. Tal vez fuera mejor así. Ser temerario siempre era más sencillo a oscuras.

—Tiniebla. —Su voz fue un susurro de advertencia.

No había rastro alguno del Fae amable que había acariciado mi piel para borrar las pesadillas apenas unas horas atrás.

—Buenos días —respondí más segura de lo que esperaba.

Porque ¿qué otra cosa podía decirle?

—Quieres matarme —gruñó él directamente contra mi cuello.

Sus manos nos mantuvieron a ambos inmóviles pero sus labios encontraron el camino hasta la parte de detrás de mi oreja. Depositó un único beso sobre mi piel. ¿Cómo podía un beso hacer que fuera incapaz de pensar?

Cerré los ojos y escarbé en lo más profundo de mi ser hasta encontrar toda esa energía borde y desafiante que sabía que conseguiría sacarlo de quicio. Llegados a ese punto, tenía dos opciones. Ser honesta y hablar de la noche anterior y de lo que acababa de pasar. O, hacer como si nada y escapar hacia delante.

Escogí la segunda, lógicamente.

—Hasta donde tengo entendido, los Guardianes sois inmortales.

—Por suerte para ti, somos muy difíciles de matar, pero no inmortales. Estoy convencido de que los dioses te han puesto en mi camino para ser mi perdición. Así que no desesperes, Tiniebla. Si alguien puede acabar conmigo, esa eres tú.

Me mordí la lengua, pero las palabras no tardaron en ganar la batalla.

—Tomo nota. Por suerte para *ti,* no intento matarte, Callum. Al menos no todavía.

Él apoyó la frente contra mi nuca suspirando profundamente, como si tratara de beberse mi olor.

—Me considero afortunado. ¿Qué intentas hacer conmigo, entonces? Además de confirmar que eres un peligro.

—Intento que te despegues para poder levantarme.

Para enfatizar mis palabras me sacudí entre sus brazos. No ayudó nada, ya que solo provoqué que su miembro, todavía duro como una piedra, rozara de nuevo mi trasero. Callum profirió una serie de palabras en un idioma que no fui capaz de reconocer, aunque estaba segura de que eran maldiciones.

—*Sigues estando preciosa cuando mientes* —murmuró en mi cabeza.

Su presencia en mi mente hizo que pusiera los ojos en blanco antes de retomar mi esfuerzo por liberarme de su agarre. Fue entonces cuando él decidió tomar el control de la situación. Sentí como giraba mi cuerpo con determinación. Antes de que pudiera darme cuenta, un conjunto de sombras atrapó mis muñecas hasta situarlas por encima de mi cabeza y contra el cabecero. Otro grupo se cernió sobre mis tobillos, pegándolos al colchón para que no pudiera moverme. Callum quedó sentado a horcajas sobre mí.

Sonrió encantado y con los ojos tan oscuros que no fui capaz de distinguir sus pupilas de ese negro que me perseguía en mis mejores sueños. Me recorrió el cuerpo con determinación, admirándome. Luché contra las ataduras, pero fue en vano.

La verdad es que no luché con demasiadas ganas.

—Me gustaría levantarme, Callum.

—A mí me gustaría que empezaras a entrenar, Elara.

De todas las cosas que podría haber dicho, aquella era la última que me hubiera imaginado.

—En primer lugar, no necesito entrenar. En segundo lugar, que tú quieras algo no quiere decir que yo tenga que hacerlo.

Él continuó observándome con gesto sereno. Poco a poco bajó su torso y apoyó ambos brazos a los lados de mi cabeza hasta que nuestros rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Necesitas. Entrenar —repitió despacio y vocalizando en exceso.

—Y. Tú. Necesitas. Meterte. En. Tus. Asuntos —respondí imitando su tono y acentuando cada palabra con una ráfaga del poder de las Tormentas dirigida contra su pecho.

Sus sombras se tragaron mis ataques sin pestañear.

—Si estuvieras entrenando, ahora podrías usar el poder de las sombras para liberarte —replicó triunfal.

Mi oscuridad gritó de acuerdo. Intentó salir a jugar con sus sombras, pero me obligué a mantenerla encerrada. No era seguro usarla.

—¡No es asunto tuyo! —exclamé.

Callum inclinó la cabeza hacia un lado. El muy cabrón acercó su boca a mi oreja para susurrar.

—Hace uno momento parecía que te interesaban mucho mis *asuntos*.

—Estás mal de la cabeza —musité, revolviéndome—. No quiero estar ni remotamente cerca de tus asuntos. De hecho, cuanta más distancia haya entre mis asuntos y los tuyos mejor.

Como única respuesta el Guardián de las Sombras inspiró con fuerza contra mi piel.

—Mi olfato me dice lo contrario, Tiniebla.

—Tu olfato está defectuoso —respondí dispuesta a no pensar, ni siquiera por un segundo, en lo raros que eran los Altos Fae con el

tema de los olores.

Me negué en rotundo a aceptar la creciente humedad de mi entrepierna o en la manera en la que mi voz sonaba acelerada. Recuerdos inconexos de la fiesta antes de la tercera prueba del torneo atravesaron mi mente.

—*Mentirosa* —murmuró de nuevo en mi cabeza.

Depositó un único beso contra mi cuello. Como si con ello pretendiera confirmar que también él estaba pensando en la fiesta.

—Hagamos una cosa, yo me mantendré al margen, si lo prefieres, pero deja que Nox y Levi practiquen contigo. Espíritus, deja que Lía practique contigo. Personalmente no te lo recomiendo, mi hermana está como una puñetera cabra —explicó rascándose la nuca todavía sobre mí—. Cosas como un Salto Irisado podrían salvarte la vida. No tienes que entrenar conmigo, pero necesitas ayuda para explorar la magia de las otras cortes. Aunque los dos sabemos que no encontrarás mejor profesor que yo. Tus escudos mentales son prueba de ello.

—Mis poderes son un peligro. A las pruebas me remito. Paso.

—¿Desde cuándo eres de las que se rinden a la primera?

Toda la rabia que había estado acumulando explotó, incapaz de enfrentarse a las verdades con las que me retaba. El poder vino a mí como una ola creciente volviendo a hundirse en la marea. Lo usé para romper las sombras de Callum y para impulsar mi cuerpo lejos de su agarre.

Lo pillé desprevenido. Relajado.

Al menos eso me dije para creérmelo.

Usando la fuerza del aire que nos rodeaba, empujé su cuerpo sobre la cama y me abalancé sobre su pecho. Sentada sobre su abdomen una de las dagas que él me había regalado acudió a mi llamada, aterrizando en mi mano expectante.

—Desde que entrenar significa que quiero participar en vuestros juegos —dije con los dientes apretados.

Apoyé la hoja de la cuchilla contra su garganta, pero él ni siquiera se inmutó. En una muestra de arrogancia que llevaba escrita su nombre tuvo la audacia de cruzar ambos brazos detrás de la cabeza. Después, inclinó el rostro hacia delante, exponiendo todavía más el cuello. Hice todo lo posible por ignorar el hecho de que su erección continuaba presionando contra mi cuerpo.

—Entrenar significa que quieres seguir con vida. —Sus ojos buscaron algo en los míos antes de regalarme una nueva confesión —. Y necesito que quieras seguir con vida, Elara.

La vulnerabilidad de sus palabras me pilló desprevenida, pero supe ver lo que ofrecían: una oportunidad de cumplir mi última promesa.

—Si entreno, no significa nada. No quiere decir que quiera participar en vuestra guerra, ni que me fie de ti. Simplemente será para evitar que tengas que volver a calmarme cuando una pesadilla amenace con derruir otro palacio.

Callum asintió de inmediato.

—Y tengo condiciones.

—Lo que sea —prometió.

—Me ayudarás a encontrar una cura para Orla. Finnian estaba convencido de que el poder de la Dama es la única opción para salvar a su hermana. Se suponía que, al ganar, ellos debían recibirlo. —Tragué saliva—. Obviamente las cosas no salieron como planeaba.

Él asintió de nuevo.

—Lía y yo ya hemos comenzado a investigar al respecto. Todavía no sé en qué consiste su poder. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Asentí para sellar el trato. Si entrenar para controlar mis poderes era el precio para ayudar a Orla, lo pagaría con ganas.

—Iré a por mi otra daga.

—Querrás decir *midaga* —respondió él, uniendo su cuello contra el filo que aún sujetaba.

Apreté con más fuerza contra su piel como única respuesta, dos podían jugar al mismo juego. Dejó escapar un ruido estrangulado muy similar a los gemidos que había pintado sobre mi cuerpo en el torneo. Sonreí fingiendo inocencia.

Me aseguré de que *mi daga* arañara su cuello antes de bajar de la cama.

# CAPÍTULO XIII

## Elara

**Sus verdades tenían garras. Y esa era, quizá, la realidad más difícil de abrazar de todas.**

La Corte de las Sombras vibraba a nuestro alrededor. Decenas de cascadas color turquesa con aroma a espuma y coral borboteaban a escasos metros. Mantuve los ojos cerrados intentando, por enésima vez, seguir las instrucciones de Nox.

—Estás demasiado tensa.

Busqué el centro de mi poder y me centré en el latido familiar de su cadencia, en la manera en la que aguardaba paciente en mi pecho. A su lado, mi oscuridad brillaba más fuerte que nunca. Plácida y calmada.

Pero mi poder ya no era solo aire y tormenta. Tal vez nunca lo hubiera sido.

No, mi poder estaba compuesto de multitudes. Pequeñas fracciones de magia y posibilidad que cambiaban de manera indistinta en un torbellino de musgo, fuego, huracán y aguamarina. No estaba descontrolado, sin embargo, cada vez que me acercaba sentía la inmensidad de lo que había detrás de su aparente calma. Un poder sobre el que yo no tenía control.

Nox continuó con sus instrucciones. Eran buenas. El problema no era mi profesor. El problema era yo.

—Recuerda, tienes que localizar la fuente de tu poder. Debe estar en calma. Controlada. Métete dentro, deja que te inunde por completo. Imagina que es un lago y que te sumerges en él. Cuando nades hacia la superficie visualiza en tu mente el lugar al que quieres llegar.

—En este caso es el otro lado del claro —añadió Levi a gritos desde *el otro lado del claro* mientras gesticulaba como loco.

—Levi, se trata de que se concentre.

—Nox, lleva concentrándose una hora. Se me ha ocurrido que tal vez se había olvidado dónde debía ir.

Como si pudiera olvidarlo. Llevábamos una hora practicando y mi mayor logro había sido, en palabras de Levi, «desaparecer un poco durante un segundo o así».

Nox y Levi empezaron a discutir. Una discusión de mentira que sonaba más como los preliminares antes de una noche apasionada. Yo hice todo lo posible por bloquearlos. Me centré en el ruido de las cascadas. En la manera que tenía la tierra de crujir bajo las suelas de mis botas. Dejé que el aroma de la montaña me invadiera.

Tras casi dos semanas de entrenamiento, había comenzado a sentir que volvía a tener algo de control sobre mi cuerpo. Nox y Levi eran dos grandes profesores. La sabiduría de Nox era admirable, jamás había visto a nadie capaz de pensar de la manera en que él lo hacía durante una pelea.

Levi conseguía arrancarme una sonrisa todos los días, siempre a regañadientes, pero lo conseguía. Y yo daba gracias a los espíritus por su compañía. Siempre que podía se convertía en Dracano y me llevaba a explorar los diferentes recovecos de las cordilleras flotantes.

Mientras Nox se centraba en el cuerpo a cuerpo, con Levi practicaba con mis dagas o con cualquier arma que se le antojara. Según él, su objetivo era terminar con mi obsesión «nada sana» con mis dagas. Pobre diablo, ¿quién iba a decirle que eso jamás ocurriría?

Lía me ayudaba con mi magia. Me enseñaba a meditar y a controlarla. Tal vez una explicación más adecuada sería «domarla». Se sentaba conmigo en las puertas abiertas del invernadero de su madre y me guiaba por los pasos de la meditación. Para mi sorpresa, nunca usaba su propia magia. Aun así, su conocimiento sobre el poder de otras cortes era espectacular. Jamás había conocido a una persona tan inteligente y dispuesta a compartir, enseñar y tener paciencia.

Aunque, para ser justos, los avances con mi poder habían sido casi inexistentes. Me limitaba a meditar y a practicar con la única magia con la que me sentía cómoda: el poder de la Corte de las Tormentas. Aun así, apenas era capaz de usarla durante más de unos minutos antes de entrar en pánico y perder el control. ¿Cómo era posible que algo tan mío se hubiera convertido en algo suyo? Algo a lo que temer.

Para mi desgracia, la cabezonería era difícil de desaprender. En mitad de un claro con los ojos cerrados y los gritos de mis profesores de fondo, la idea de poder transportarme a cualquier sitio lejos de la absurda discusión entre los que se suponía que eran dos de los seres más temidos de Lyssandria era cada vez más atractiva.

Por enésima vez, llevé mi esencia al centro de mi poder. Me dejé envolver por aquella energía suculenta, familiar y, a la vez, desconocida. Sentí que me ahogaba, que me envolvía una ola fuerte y descontrolada. Busqué la superficie, visualicé lo que encontraría al otro lado y me lancé de lleno hacia esa imagen.

Empecé a vibrar y apareció en mi estómago esa sensación de mareo que precedía a los Saltos. Salí en busca de esa sensación. Durante unos segundos me pareció flotar, dejar de existir. Mi cuerpo se retorció perdido en el tiempo y en el espacio.

En mi cabeza imaginé el otro lado del claro. Imaginé la cara que pondría Levi cuando apareciera a su lado. Mi poder comenzó a latir con fuerza. Demasiada fuerza. Justo cuando estaba llegando a la superficie, supe que no lo conseguiría.

Al abrir los ojos, me encontraba prácticamente en la misma posición que al cerrarlos.

—¡Joder!

—¡Elara, lo has conseguido!

Levi corrió hacia mí con los brazos extendidos y una sonrisa triunfal.

Nox me observaba con gesto satisfecho y los brazos detrás de la espalda. Levi me levantó en el aire saltando como loco de contento. Sus tatuajes azules brillaban con intensidad bajo el sol de media tarde. Vi como Nox sonreía con ternura mientras admiraba la felicidad de Levi.

—No he hecho nada —conseguí decir cuando por fin me dejó en el suelo.

—Claro que sí. Los dos lo hemos visto. Has desaparecido y has vuelto a aparecer un par de metros a la derecha.

Apreté las uñas contra las palmas de mis manos al cerrarlas en un puño. Presioné hasta notar como la carne se abría ligeramente.

—Se suponía que tenía que aparecer al otro lado del claro.

Nox se situó junto a Levi. Cada vez que el general de Callum me observaba sentía como si pudiera verlo absolutamente todo. Todas las mentiras, mis inseguridades, pero sobre todo mis verdades, aquellas que ni yo misma estaba dispuesta a admitir.

—Levi tiene razón, Elara. Puede que no hayas llegado hasta donde querías ir, pero te has desplazado. ¿En qué estabas pensando cuando has intentado cruzar la distancia?

—En nada. —Mi respuesta fue demasiado rápida.

Maldito error de principiante. Las verdades no se apuran, salen de manera natural, más lentas. Eso era de primero de ladrona. Nox se cruzó de brazos y me miró con gesto serio. Se mantuvo en silencio, decidido a no ponerme las cosas fáciles. Sabía lo que quería de mí. También sabía que no me lo preguntaría dos veces.

—En que no lo conseguiría —admití, bajando la mirada y apretando las manos con más fuerza.

Era absurdo. En el fondo no tenía a nadie a quien impresionar, nada que robar, ningún torneo que ganar. Se trataba de aprender únicamente para mi propio beneficio.

Nox me observó durante unos segundos sin decir nada. A mi lado, Levi también se quedó en silencio, pero mantuvo su brazo sobre mis hombros, estrujándome con cariño. Me pregunté si tal vez estaban teniendo algún tipo de conversación privada.

—¿Qué solías robar? —preguntó Nox finalmente dejándome descolocada.

El brazo de Levi se tensó ligeramente sobre mis hombros. Sentí que algo eléctrico recorría el ambiente.

—¿Perdón?

—¿Qué solías robar en Nébula? —aclaró—. No es una pregunta con trampa.

—Lo es, si estás intentando arrestarme.

Levi estalló en carcajadas a mi lado y Nox lo fulminó con la mirada.

—No te voy a arrestar. Primero porque no es mi jurisdicción. Segundo porque Callum me colgaría de las pelotas de la torre más

alta. Y tercero porque estoy seguro de que no le robabas el pan a ancianos desvalidos.

A mi lado, Levi había conseguido calmarse lo suficiente como para esconder su sonrisa entre muecas exageradas y espasmos repentinos.

No es que me importara demasiado hablar de mi pasado. Era tan reciente que no se sentía como tal. Aunque al mismo tiempo también parecía otra vida. Hablar de Nébula era lo mismo que recordar a Artio. Y eso daba paso a una retahíla de preguntas cuyas respuestas no estaba preparada para encontrar. Aun así, me obligué a responder.

—Al principio robaba comida. Viví unos años en la calle y hay pocas cosas que una niña pueda hacer en Nébula para ganar dinero. Los burdeles no eran una opción que contemplara, por lo que me tocaba robar en mercados y similares para sobrevivir. Después de que Artio me encontrara, intentó mantenerme un tiempo fuera de las calles. Solo lo consiguió durante un puñado de años. En cuanto fui lo suficientemente mayor para entender por qué Artio no cenaba por las noches, volví a las andadas. Sinceramente mis opciones eran eso, una casa de placer o las minas subacuáticas. Escogí la que me pareció que me permitiría seguir con vida más tiempo. Y la única que se me daba bien. Nébula es un puerto de mercancías. En su mayoría los encargos eran joyas, artefactos, drogas, incluso piezas de arte.

Esperé en silencio, sintiendo el peso de las miradas de Nox y Levi, incapaz de enfrentar sus caras. ¿Qué vería en ellas? ¿Asco, incomprensión, peligro?

—¿Qué es lo más importante a la hora de robar algo? —preguntó Nox.

—Uh, uh, uh —gritó Levi levantando la mano para responder—. Esta me la sé. Que no te pillen es esencial.

—Cierto, pero para conseguir aquello que quieres robar, ¿qué es lo que nunca puedes olvidar? —volvió a preguntar Nox, mirándome con insistencia.

Sopesé su pregunta durante unos segundos. La respuesta era sencilla. Quizá demasiado. Antes de que pudiera hablar, el torbellino que era Levi comenzó a responder.

—¿Una ganzúa? Bueno, según tu poder no te haría falta. ¿Un antifaz negro que te cubra la cara? No, no, no, eso es una tontería. ¡Espera, lo tengo! Una bolsa para meter lo que robes.

—Levi, ¡por la Verdeluna, te lo ruego! La pregunta es para Elara, no para ti.

—Lo siento, me ha poseído mi espíritu de alumno estrella —admitió Levi, acompañando su confesión con un guiño descarado.

—Precisión. —La palabra escapó de mi boca con una sonrisa nostálgica.

Nox me miró con un brillo en los ojos que reconocería en cualquier parte.

—Exacto. Un buen ladrón piensa largo y tendido sobre su próximo golpe. Lo complicado no es llevarlo a cabo. Al fin y al cabo, eso es memoria muscular. Los mismos movimientos en un escenario diferente. Lo esencial es saber qué, cómo y cuándo. Estoy seguro de que pasabas varios días observando tu objetivo, aprendiendo los patrones de vigilancia, buscando rutas alternativas de salida y entrada. Lo indispensable es tener en cuenta todas y cada una de las variables.

Todas y cada una de sus palabras eran ciertas. La gran mayoría del trabajo era la preparación que te permitía controlar la situación cuando las cosas se torcían. Y siempre se torcían.

—Ese es tu problema ahora mismo. La precisión no es siempre una línea recta. De hecho, rara vez lo es. La precisión es saber seguir adelante cuando aparece una piedra en tu camino. La precisión es saber adaptarse y es en lo que estás fallando.

—No lo entiendo.

Nox me cogió ambos hombros con sus enormes manazas para asegurarse de que le estuviera mirando.

—Estás siendo demasiado literal, Elara. Y tienes miedo. De hecho, estás cagada.

—No lo niego.

—Solo te tienes miedo a ti misma. Tu poder, nuevo o no, desbloqueado o no, es tuyo —añadió Levi, esta vez más serio.

—No quiero volver a perder el control. Cada vez que uso mi poder, cada vez que lo rozo, siento que estoy a medio segundo de volver a descontrolarme. Cuando eso pasa, la gente muere. La última vez que ocurrió tiré un castillo abajo y casi incendio un bosque entero.

Los ojos de Levi eran todo comprensión, ni un rastro de pena o lástima.

—Elara, no es tu culpa. Yo también derrumbaría un castillo con tal de hacer callar a la Dama de la Noche. Por no mencionar que esos Sith te atacaron primero. Solo te estabas defendiendo. Artio y Oraz tampoco fueron tu culpa, ya que estamos.

—Sí que fue mi culpa. Puede que mi intención no fuera hacer daño, pero lo hice igualmente. De todos modos, no estaba hablando de ellos. He perdido el control antes, muchas veces. Antes de todo esto —admití, evitando sus miradas.

—Control no es lo mismo que negación, Elara. Control es saber qué, cómo y cuándo. Control es aprender a improvisar siendo preciso. Algo que sabes hacer de sobra. Ya sabes lo que pasa cuando te quedas sin rutas de escape. Te conoces a la perfección.

Las palabras de Nox tenían sentido. Más del que estaba dispuesta a admitir en ese momento.

—Suenas como si lo hubieras vivido —observé cuando por fin me atreví a mirar en su dirección.

—Yo también solía ser un ladrón —admitió el general, devolviendo los brazos a su espalda.

—Nox, no tienes que compartirlo si no quieres —murmuró Levi, avanzó hacia él y acarició su brazo con infinito cariño.

Nox le sonrió con tristeza antes de depositar un beso suave y casto sobre sus labios. Levi asintió con recelo, pero no se alejó de él.

Nox respiró hondo antes de comenzar a hablar.

—Me crie en la capital de la Corte de las Sombras. Mi padre murió antes de que yo naciera y mi madre se quedó a cargo de la casa, del negocio familiar y de mí.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—A crear mentiras. —Su sonrisa era amarga, casi tanto como el sabor que aquellas palabras parecía dejar en su garganta.

Conocía el sentimiento.

—Mi padre era un Alto Fae venido a menos que había desperdiciado todo su dinero en aparentar ser lo que no era. Pero era bueno con sus habilidades mentales. O, al menos, eso me contaba mi madre. Lo suficientemente bueno para escoger víctimas e implantar memorias falsas en su mente. Creaba negocios y ventas inexistentes para cobrar por cosas que no había hecho. Manipulaba la mente de sus víctimas para distraerlas mientras robaba lo que quería. El problema era que se dejaba la mayor parte de sus ganancias en sustancias que le hacían olvidar o vivir, según cómo se mire. Al final, sus mentiras acabaron por atraparlo y nos dejó a mi madre y a mí con una casa que se caía a trozos y una fortuna de deudas por pagar. No te voy a engañar, mi madre no era mucho

mejor. En cuanto descubrió que yo había heredado el mismo talento que mi padre, me puso a trabajar, pero con un enfoque un poco diferente.

Su voz tembló y yo sentí que el cielo se caía. Levi estaba serio. Tanto que no parecía él mismo.

—Nox, no tienes que seguir, amor.

—Estoy bien —contestó Nox con una sonrisa triste antes de continuar—. Mi madre se dio cuenta de que podía usar mis habilidades para distraer a cierto tipo de gente. El tipo de gente que, cuando se dieran cuenta de que habían sido robados, no podrían denunciar. No podrían quejarse, ya que lo que creían haber estado haciendo mientras les robaban no era algo que quisieran anunciar en voz alta. Ella me explicaba qué era lo que tenía que implantar, qué debía hacerles creer que estaba pasando. Al principio ni siquiera entendía lo que me pedía. Pero, cuando implantaba la idea en sus cabezas, era casi como si esas personas solo necesitaran un empujón, el resto de la mentira era casi siempre de su propia invención.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté en un susurro, comprendiendo al momento el horror de lo que estaba insinuando.

—Empezó cuando tenía once años. Conforme más crecía, más ambiciosa se volvía mi madre. Cuando tuve la suficiente edad, sus objetivos comenzaron a cambiar. Ya no se limitaba a depravados de bajos fondos. Yo era capaz de meterme en casi cualquier cabeza sin ser detectado e introducir cualquier mentira que nos proporcionara acceso a su dinero. Cuando estaba en la cabeza de otros, no estaba dentro de la mía. Sé que no tiene mucho sentido. Me ayudaba a fingir que mi vida no era real, que mis recuerdos también eran mentiras. Aunque se sintieran de verdad. —Nox pausó durante unos segundos—. Pero, conforme crecía, también comencé a hacer

preguntas. Las respuestas de mi madre siempre eran las mismas: debíamos pagar las deudas de mi padre. Durante un tiempo me creí sus mentiras. Cuando me di cuenta de que me estaba utilizando, y de que malgastaba el dinero en las mismas adicciones que mi padre, estábamos de mierda hasta las cejas y no sabía cómo salir.

Conocía esa angustia a la perfección. La angustia de saber que no había otra salida.

—Esta es la parte en la que entramos nosotros —susurró Levi con cariño.

Nox le sonrió con el mismo cariño.

—Una tarde, todavía hoy sigo sin saber cómo, mi madre me llevó a una audiencia con el Guardián de la Corte de las Sombras y con su hijo. Todavía recuerdo la primera vez que vi a Callum. —Nox meneó la cabeza con una risa triste—. Estaba callado, con ojeras profundas y una mirada a la que no se le escapaba nada. Ya entonces su poder era indescriptible. Fue lo primero que sentí al entrar en el palacio. Poder como nunca había experimentado. Supe entonces que aquella era una misión suicida, pero seguí adelante de todos modos.

Traté de imaginar a un Callum adolescente. Cientos de años atrás. Pintar en mi mente a un Callum perdido, que no fuera el Guardián fuerte y letal que conocía, se me hizo casi imposible.

—El plan era fácil. Mientras ella conversaba con su padre, yo introduciría unas apuestas perdidas entre Callum y yo para que el heredero nos pagara. Por aquel entonces teníamos más o menos la misma edad y mi madre asumió que un joven de quince años sería un blanco fácil que haría cualquier cosa con tal de no desatar la conocida ira del Guardián. No podía estar más equivocada. Intenté penetrar la mente de Callum durante casi una hora, pero me fue del todo imposible. Sin embargo, él apenas se inmutó. No me acusó, no avisó a su padre. No dijo *nada*.

Casi podía ver en los ojos de Nox los recuerdos tomando forma.

—Volví a casa con la certeza de que era Fae muerto, porque sabía que Callum había sentido lo que intentaba hacer. Durante las siguientes semanas seguí con mi vida, a la espera de que me mataran en cualquier momento. Una noche, al llegar a casa después de haber hecho un encargo de mi madre, él me estaba esperando. No me dio tiempo a reaccionar. En cuanto entré por la puerta su mente invadió la mía y, en cuestión de segundos, lo leyó todo. Absolutamente todo.

—¿Qué te dijo? —pregunté con la sensación de que ya sabía la respuesta.

—Estaba furioso —confirmó Nox con una risa amarga—. Pero no conmigo, con mi madre. Me tendió la mano y me dijo la primera frase amable que había escuchado en mi vida: «No tiene ningún derecho a utilizarte. Tu potencial es solo tuyo. Solo tú decides qué hacer con él». No dijo nada más. Y, por algún motivo, no hizo falta. Cogí su mano, y me dejé llevar. El resto es historia. Aparecí a los pies de una montaña suspendida en el cielo, vomité hasta el desayuno y no volví a mirar atrás.

—¿Qué paso después? —pregunté, perdida en la historia.

Levi avanzó hasta situarse detrás de Nox y abrazó su cuerpo con familiaridad, apoyando su cabeza en su hombro. Ambos ofrecían una imagen mágica, como sacada de un sueño.

—Después un apuesto Dracano le subió a la montaña voladora y fueron felices para siempre.

Nox sonrió con cariño y depositó un beso suave en los labios de Levi.

—Callum me dio dos opciones. Me ofreció dinero suficiente para viajar a donde deseara y poder comenzar una vida nueva. Una vida que fuera mía. Y después me propuso quedarme con él. Se ofreció a

trabajar conmigo, enseñarme a luchar y usar mi poder para algo bueno. Supongo que mi elección es obvia. Él fue quien me enseñó a Saltar, quien me enseñó a controlar mi poder y a proteger mi mente. Empecé a crecer de verdad con catorce años, entre estas montañas y rodeado de Callum, Levi, Lía y Lark. Callum me regaló una vida que jamás soñé con merecer. Se lo debo todo.

—Todos le debemos todo —dijo Levi, solemne.

¿Cómo era posible? La imagen que ambos dibujaban de Callum era totalmente contraria a lo que el resto de Lyssandria sabía de él. Conocía las atrocidades que había cometido, había oído las historias sobre la masacre de Astrella. Había visto la crueldad del Guardián en primera persona.

Fue entonces cuando comprendí que todos en el círculo más cercano de Callum, tal vez incluso el propio Guardián, habían sufrido de alguna manera imperdonable, injusta y totalmente evitable. Callum había hecho por ellos lo que no había sido capaz de hacer por él mismo: les había dado un hogar y espacio para sanar.

Había creado una corte de proscritos y abandonados, de personas con un pasado gris e injusto en el que no habían sido libres de escoger. Libres de tomar la decisión correcta. Él había proporcionado esa libertad. Sin embargo, lo que el resto de Lyssandria veía era una corte gobernada por monstruos sin escrúpulos, en la que las sombras estrangulaban sin piedad, en lugar de ofrecer cobijo y espacio para ser uno mismo.

—Créeme, Elara, sé lo que es tenerle miedo a tu poder. Sé lo que es cerrar los ojos y ver todo el mal que ha hecho. Todo el mal que me he hecho a mí mismo. Pero también sé que, para salir de ese bucle, no tienes que hacerlo sola. No puedes.

—Nox, no sé qué decir. Gracias de verdad... —No logré terminar la frase.

El centro de mi poder comenzó a vibrar. La oscuridad se tornó un torbellino descontrolado que luchaba por salir. Dejé de oír el rugido de las cascadas y el latido de mi propio corazón. Percibí de manera difusa dos sombras oscuras que avanzaban en nuestra dirección.

Mis manos volaron hacia mis dagas en anticipación.

Levi y Nox notaron mi cambio al instante. Nox desenfundó su espada, al tiempo que varios tentáculos de una oscuridad con tintes azules comenzaban a brotar de su pecho. Los tatuajes de Levi comenzaron a brillar. Mi amigo se separó de un salto y estalló en una bruma azul y un rugido antiguo, comenzando su transformación.

Todo mi cuello se erizó y supe al instante qué eran aquellas sombras que se avecinaban entre la maleza. Era la misma sombra que me había perseguido hacía meses en el Remolino. La misma bestia que había conseguido que me quedara paralizada: un Puka.

# CAPÍTULO XIV

## Elara

**Quiso doblar el mundo y el universo para llegar hasta ella.**

Una pareja de Puka aterrizó frente a nosotros como un revoltijo de alas y garras con un único propósito: matar. Sus cuerpos angulosos y cubiertos de plumas pardas se movían con la misma velocidad que recordaba de mis pesadillas.

Medio hombres, medio pájaros, sus picos aguileños emitían chirridos agudos y desesperados. Graznidos que se mezclaban con la apacible tranquilidad de la que habíamos estado disfrutando apenas unos segundos atrás.

La cascada y el ligero silbido del viento ya no eran la canción de fondo tranquila que había arrullado mi entrenamiento. Eran apenas notas olvidadas que seguirían sonando al final de la batalla. La forma dracana de Levi respondió con un rugido profundo y cargado de poder, al mismo tiempo que se lanzaba al aire con las fauces abiertas.

Durante una fracción de segundo me sentí transportada en el tiempo. A un momento en el que una bestia similar había conseguido mantenerme paralizada. Un momento en el que se me había olvidado cómo luchar.

El recuerdo me abandonó tan pronto como apareció.

No le permití clavar sus uñas en mi consciencia.

Muchas cosas habían muerto en los últimos meses. Entre ellas se hallaba mi capacidad de fingir que algo me importaba. Aunque ese algo fuera mi propia vida. Empuñé ambas dagas y observé que uno de los monstruos se lanzaba sin reparos hacia Nox.

El general de las Sombras estalló en una vorágine de metal, sombras azuladas y un poder tan estridente que estuvo a punto de hacerme saltar por los aires. Su espada atravesó el aire que segundos atrás ocupaba el Puka. La bestia arremetió con fuerza y ambos se enzarzaron en una danza imposible.

Levi lanzaba llamaradas de fuego oscuro hecho de tinieblas centelleantes, pero ambas bestias sorteaban sus ataques con una facilidad asombrosa. Jamás había visto algo igual. Los dos guerreros se movían como pez en el agua. Sus cuerpos eran capaces de anticipar los ataques de los Puka mientras su poder recorría el ambiente.

Sin embargo, las pesadillas no se quedaban atrás. Los Puka eran capaces de hacer lo mismo, con la seguridad de que ni Nox ni Levi atacarían a matar. Había muy pocos seres en este mundo lo suficientemente poderosos, o inconscientes, como para intentar matar a un Puka. La energía necesaria para hacerlo era tal que solo unos pocos Guardianes podían matarlos y salir con vida para contarlo. Los Puka lo sabían. Quedaba claro en sus movimientos, en la manera en la que parecían jugar con Levi y Nox. Su objetivo era cansarlos lo suficiente para aprovechar un despiste y atestar el golpe de gracia.

No podía permitirlo.

Consentí que la oscuridad tomara las riendas. Me dejé llevar por el recuerdo de los tentáculos negros de Callum sujetando al Puka, y mi

poder salió disparado hacia los monstruos con el único objetivo de reducirlos a polvo y cenizas. El instante en el que cedí a su control, fue el instante en el que esa fuente inagotable a la que tanto temía se encendió: consumiéndolo todo.

Mi primer instinto fue cerrarme a ese poder pero me obligué a respirar de manera pausada y concentrada. Abrí mi mente al tsunami de poder que luchaba por liberarse de las ataduras que yo misma había impuesto, recordando las palabras de Lía durante nuestras meditaciones. El poder era parte de mí, no mi enemigo.

Uno de los Puka consiguió hundir una de sus garras arrugadas en el hombro de Nox. El Alto Fae emitió un grito de dolor y luchó para deshacerse del agarre. Observé, impotente, mientras pelaba las capas que me mantenían atada. Una a una. Me deshice de la ansiedad, de la claustrofobia y me concentré en el miedo. No el miedo a perder el control, sino el miedo a dejar que otra persona muriera por mi culpa.

Usé ese miedo como un ancla.

En mi interior la oscuridad emitió un rugido triunfal que casi pude sentir que reverberaba entre los árboles de una montaña. ¿Tal vez sí lo hizo? Sin darme cuenta me percaté de que yo también estaba gritando. Mi voz y la de la oscuridad se convirtieron en una sola y fue como si el universo pasara a moverse a la mitad de velocidad.

Sentí el instante en el que algo encajaba en mi pecho y la oscuridad y yo nos convertíamos en un mismo ser: aquello que siempre habíamos sido.

Varios tentáculos estrellados salieron de mi cuerpo y surcaron el claro hasta apresar al Puka que se cernía sobre Nox. En el momento en el que mi poder entró en contacto con su cuerpo esquelético sentí la magia corrosiva que emanaba de él. Pese a su sabor amargo supe, sin lugar a duda, que yo podía neutralizarlo.

Las garras del Puka liberaron a Nox y la bestia centró toda su atención en mí. No pude evitar sonreír. Mi oscuridad también tenía garras, por primera vez en mucho tiempo, nada me impedía usarlas. La oscuridad teñía mis manos, cubrió mis ojos volviéndolos solo de negro, envolviendo el verde por completo.

Nox cayó hacia atrás y se quedó tendido en la hierba alta. Desde mi posición podía ver que respiraba con dificultad. Estaba vivo pero necesitaba alejar a aquellas bestias el tiempo suficiente para que Levi se asegurara de que estaba bien.

Hice que los tentáculos penetraran la carne del Puka y me aseguré de que doliera. El Puka gritó. Un grito muy similar al que había rasgado los árboles del Remolino meses atrás.

—*Hija de la no Luna* —graznó con una voz que parecía hecha de huesos chirriantes.

Aquel nombre me hizo recordar otro encuentro en el mismo bosque. Arranqué esas memorias de mi camino y me concentré en el presente. Me percaté de que el otro monstruo había dejado su pelea con Levi y observaba nuestra interacción con atención.

—Te estábamos buscando, hija de la no Luna. Él te está esperando —susurró la segunda bestia—. Anhela tu sangre.

No entendí sus palabras, pero algo en ellas me hizo perder la concentración. Fue solo un segundo, pero mi oscuridad flaqueo y el Puka se liberó. La mirada negra y sin vida de ambas pesadillas estaba anclada a mi persona. Se lanzaron contra mí en un ataque indiscriminado y no pude hacer nada para evitar que nuestros cuerpos colisionaran.

Fui lo suficientemente rápida para quitármelo de encima con un empujón de viento y marea. Sin embargo, la bestia consiguió rasgar la carne de mi antebrazo en una herida fea y profunda. Su compañero chocó con mi costado, pero esta vez estaba preparada.

Usé la fuerza del aire para evitar que me tirara de nuevo al suelo y giré sobre mí misma para que su pico infecto no desgarrara mi cuello. Después, clavé una de mis dagas sin miramientos contra una de sus alas, deleitándome con su graznido de dolor.

Aproveché la distracción para ponerme de pie y echar a correr. Permití que la magia de las Tormentas impulsara mis zancadas.

—¡Elara! —gritó Nox todavía tirado en el suelo.

Un poco más allá, Levi se hizo eco de sus gritos.

—*Asegúrate de poner a Nox a salvo. Yo me encargo de alejarlos de aquí y mantenerlos ocupados* —le pedí a Levi, encontrando su mente.

Cerré nuestra conexión en un muro impenetrable. No tenía tiempo de escuchar sus protestas. Solo podía concentrarme en correr más y más rápido para alejar a los Puka.

Una presencia diferente se infiltró en mi mente a pesar de mis esfuerzos.

—*¿Dónde estás?* —demandó una voz de terciopelo en mi cabeza.

La voz de Callum sonaba lejos. Demasiado lejos. Había abandonado Galamh hacía dos días en un viaje para atender varios asuntos importantes en la capital y las zonas más alejadas de la cordillera. La presión del resto de los Guardianes cada vez era mayor. Él y su hermana habían partido para apaciguar las aguas con la promesa de regresar en menos de una semana, una vez que hubieran apagado la tormenta política que arrasaba la frontera.

Supuse que Levi o Nox habían informado a Callum de lo que estaba pasando.

—*Estoy ocupada* —siseé sin aliento.

—*Tiniebla, no los mates. Espera a que llegue* —suplicó él, también sin aliento.

Sabía por qué me lo pedía. Sin embargo, también tenía la certeza de que Callum no llegaría a tiempo. Él entendió lo que yo pretendía hacer aun sin palabras.

*—No lo hagas, Tiniebla.*

No llegaría a tiempo, ambos lo sabíamos. La decisión estaba tomada. Sabía que ocurriría si usaba el poder necesario para acabar con ambos Puka. Estaba dispuesta a asumir las consecuencias. Podíamos morir los tres mientras esperábamos la llegada del Guardián o podía utilizar mi poder para salvar dos vidas.

Dos vidas buenas y mejores que la mía.

*—¡Elara, por favor!*

No me permití contestar.

Cerré la puerta que siempre mantenía abierta solo para él. Cortar esa conexión me dejó vacía, pero me obligué a ignorar la incómoda sensación y agarré las armas con más fuerza. Al otro lado de mi escudo sentí como Callum aporreaba mis muros. El Guardián intentó romperlos. Lo intentó de verdad. Trató de colarse en mi mente por todos los medios posibles y yo temí que lo consiguiera. Su poder era descomunal.

Aun así, inexplicablemente, mis muros se mantuvieron intactos.

—Huyes de nuevo, hija de la no Luna. Huyes porque eres débil, incapaz de pelear —graznó una de las bestias.

Corrí todavía más deprisa.

Disfruté cada pinchazo de dolor, cada respiración agitada. Solo me permití sentir como mi trenza rebotaba contra mi espalda con cada zancada, como el poder se acumulaba más y más debajo de mis pulmones. Una sonrisa oscura volvió a mi rostro porque esta vez no estaba huyendo.

Estaba cazando.

En ese momento correr no significaba ser cobarde. Significaba que tenía a mis presas justo donde yo quería. Me giré antes de que pudieran adivinar mis movimientos. Su velocidad era tal que tuve apenas unos segundos para reaccionar. Busqué aquel lago eterno en mi interior y dejé que me consumiera. Visualicé mi oscuridad estrangulando a ambas bestias y cerré los ojos. Mi cuerpo estalló en un destello de Verdeluna.

Cuando abrí los ojos, me encontraba varios metros detrás de los Puka y mi oscuridad sujetaba a los dos seres en un agarre irrompible.

Lo había conseguido.

Había hecho un Salto Irisado.

No había tiempo para celebrarlo. Mi oscuridad se hundió en los Puka, infiltrándose en su carne, en sus venas, en sus huesos. Los tentáculos de mi poder recorrieron su organismo sin prestar atención a sus gritos o a la manera en la que mi corazón latía desbocado.

Mi poder no tenía final.

Busqué sin control aquello que sabía que encontraría allí. El centro de su poder en sus oscuros corazones. Cuando por fin lo encontré, las sombras, *mis sombras*, rugieron extasiadas. La magia tomó las riendas y pude sentir cómo consumía la esencia del poder de los monstruos. Fui testigo de cómo ambos Puka quedaban reducidos a una masa deforme de plumas y muerte.

Antes de que pudiera procesarlos, una constelación de puntos negros comenzó a nublarme la vista y me di cuenta de que mis piernas apenas eran capaces de sostenerme. Con gran dificultad fui capaz de registrar como mis manos se elevaban para dirigir una ola de fuego oscuro contra los restos de las bestias. Un fuego de una corte a la que no pertenecía, pero cuyo poder también recorría mis venas.

Me desplomé en el suelo con el olor a ceniza inundando mis sentidos y la canción apacible del claro acunándome.

Algo frío rozó mi frente. Un paño fresco y aromático que hizo que todo mi cuerpo se relajase de inmediato. La esencia a mentol y limón penetró en mi piel, calmando mi mente. Tomé consciencia de dónde me encontraba antes de abrir los ojos. La suavidad de la cama se había convertido en algo familiar en las últimas semanas.

El sol de mediodía se colaba por el enorme ventanal de mi habitación. Alguien me había limpiado y me había cambiado de ropa antes de tumbarme en la enorme cama de madera.

El paño abandonó mi rostro y yo me giré con cuidado, intentando incorporarme. Unas manos suaves y firmes me ayudaron a descansar la espalda contra el cabecero.

—Bienvenida de vuelta.

Lark me sonrió con calidez. Estaba sentada en el borde de mi cama. Su larga melena negra estaba recogida en una trenza simple que le caía con elegancia sobre uno de sus hombros. Vestía un conjunto sencillo de pantalón y blusa hecho de una tela sedosa en distintos tonos de color violeta.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —Mi voz sonaba ronca.

—Menos de un día. Nox y Levi te trajeron ayer pocas horas antes del atardecer.

—¿Están bien? ¿Nox está bien?

Lark me sonrió con cariño mientras escurría el paño que había estado usando sobre una vasija de porcelana a los pies de mi cama.

—¿Físicamente? Sí, gracias a ti. Aunque no te voy a mentir, siguen algo conmocionados por lo de ayer. Hace siglos que un Puka no camina por estas tierras. Mucho menos dos. Hace tanto tiempo que ni siquiera yo había nacido la última vez que fueron registrados en la

Corte de las Sombras —explicó—. Nox y Levi llegaron muy preocupados por ti.

Cerré los ojos obligándome a inspirar con fuerza.

Hacía menos de veinticuatro horas que había matado a los Puka. Intenté recordar qué era lo que me había dicho Orla. Acabar con las bestias tenía un precio. Un precio lento y silencioso que tardaba horas en llegar.

¿Cuánto tiempo me quedaba?

Abrí los ojos y examiné mi cuerpo. Alguien me había vestido en un conjunto de lino sencillo de camisa y pantalón del mismo color que el cielo un día de tormenta. La camisa era de manga corta y ofrecía una vista clara de mis antebrazos. Las sombras de Callum dibujaban círculos lentos sobre mi piel.

Me sorprendí al ver que no había ni rastro de la herida que había dejado mi piel hecha girones y que mi poder latía de manera constante y serena en mi pecho. Mi oscuridad ronroneaba plácidamente junto al centro de mi magia. Aunque estaba algo cansada, no parecía que se hubiera agotado. Rocé el núcleo solo un instante, lo suficiente como para cerciorarme de que seguía conmigo.

El recuerdo de un olor a humo y ceniza me despejó la mente. Imágenes inconexas de los restos calcinados de las bestias se mezclaron con los gritos de Levi y los brazos de Nox sosteniéndome mientras me imploraba que aguantara un poco más.

Los había quemado. De eso estaba segura.

Recordé aquellos instantes antes de matarlos. La certeza de que estaba haciendo lo correcto y de que estaba preparada para las consecuencias. ¡Espíritus! Incluso había abrazado la idea de mi muerte. Sin embargo, ahora me parecía ridícula.

—Vas a estar bien, Elara. Tus heridas ya se han curado por completo. Tu cuerpo solo necesita descansar —me prometió Lark, leyendo el pánico en mi expresión.

—No lo entiendo. Se supone que solo un Guardián tiene el poder para acabar con un Puka. Después de haberlos matado su energía debería estar comiéndome por dentro o algo así, ¿no?

Lark sonrió y apoyó su mano en la mía.

—Eso sería así para la mayor parte de los Fae y los Hadaës. Pero me parece que ha quedado bastante claro que tú no eres ninguna de esas dos criaturas —respondió Lark para calmarme—. Vas a estar bien, Elara. Mi hijo ha hecho venir a cuatro sanadores diferentes para confirmar lo que todos podemos sentir. Lo que estoy segura de que tú también puedes sentir. Tu poder está bien. Está más que bien, diría yo.

Me obligué a repetir varias veces en mi cabeza que iba a estar bien. Las pruebas de que yo era algo nuevo, algo diferente, no hacían más que sucederse. Si no era Hadaës, entonces, ¿qué era? Las palabras del Puka pitaron en mis oídos. Se mezclaban con aquellas que había susurrado el *derrigan* en mi mente a la llegada al castillo de la Dama o las que había pronunciado el *whisp* en la laguna del Remolino.

—Lark, ¿sabes qué significa ser hija de la no Luna?

La Alta Fae tardó unos segundos en contestar. Su bonito rostro se arrugó ligeramente, intentando hacer memoria. Mientras tanto sus manos no abandonaron la mía.

—El término me resulta familiar. —Volvió a arrugar la nariz y se encogió de hombros—. Supongo que todos somos hijos de la Verdeluna si tenemos en cuenta las leyendas sobre los dioses olvidados. Eran todos hijos de la Verdeluna, creadores del mundo y sus criaturas. La Verdeluna es el origen de todo el universo de

acuerdo con sus enseñanzas, al menos eso era lo que los libros cuentan, antes de que nos abandonaran. Supongo que una hija de la no Luna sería un descendiente de algo previo o de algo perteneciente a otro universo.

—Es la tercera vez que un ser ancestral me llama así.

—Entonces tal vez no deberíamos esperar a ver qué ser viene a buscarte por cuarta ocasión —dijo ella con una sonrisa divertida—. Voy a consultar la biblioteca personal de Galamh, a ver qué puedo encontrar. Le pediré ayuda a Lía. Los espíritus saben que esta hija mía es feliz entre libros. Mientras tanto, estoy segura de que Callum estaría encantado de llevarte a los Archivos de la corte. Si hay información al respecto, seguro que está allí.

—No estoy segura de querer saber qué significa.

Sabía que al otro lado de esas preguntas se hallaba un mar de respuestas difíciles. Un mar que no estaba convencida de que fuera lo suficientemente fuerte para cruzar sin ahogarme.

—La vida te ha encomendado una tarea injusta y difícil, Elara. No me puedo ni imaginar lo que debes de estar sintiendo. Y, desde luego, no soy nadie para decirte qué debes hacer. Lo que sí puedo hacer es hablarte desde mi experiencia. Por desgracia no eres la primera persona joven y perdida a la que observo, con impotencia, mientras intenta mantenerse a flote y seguir adelante. Cuando es tu propio hijo no puedes evitar enfadarte con los dioses y con la Verdeluna. —Me apretó la mano con cariño—. Observé durante años como Callum se resignaba, como dejaba de luchar por él mismo. Solo luchaba si eso significaba salvar a otros. Pero le daba igual lo que le ocurriera a él. Por desgracia, no escogemos nuestro papel en el destino. Los dioses juegan y nosotros sufrimos las consecuencias. No podemos cambiar lo que te ha ocurrido, pero sí la manera en la que lo enfrentamos. No tengas miedo de la verdad. Solo puede

hacerte más fuerte. El conocimiento nos hace libres. No busques respuestas Elara, *exígelas*.

# CAPÍTULO XV

## Callum

**Sus verdades no eran hermosas. Eran cosas sangrantes que se esforzaba en ocultar.**

La noche era cerrada, distinta a las noches cuajadas de estrellas que la corte acostumbraba a disfrutar. Las malas lenguas dirían que toda la Corte de las Sombras estaba plagada de nubes oscuras por mi culpa. A fin de cuentas, el poder del Guardián podía influenciar tales cosas.

Por mucho que me jodiera admitirlo, tenían razón. ¡Espíritus! A lo mejor la única lengua realmente mala era la mía y las suyas tan solo decían obviedades.

Desde el balcón que unía ambas habitaciones todo parecía más pequeño. Más sencillo. Aquel balcón me había visto crecer, había sido testigo de todos mis errores, de todos mis pecados.

La Verdeluna intentaba traspasar los nubarrones espesos que cubrían el cielo nocturno. Casi pude sentir como el astro se burlaba de mí con cada pequeño rayo que era capaz de colarse por entre los huecos de mi escudo. En algún lugar del mundo, la Dama y sus espíritus brindaban a mi costa, sabedores de los retazos amargos que cubrían mi alma.

En fin, se podían ir todos a la mierda. El monstruo que habitaba en mi interior amaba los retos. Le ponían. ¿Qué podía hacer yo?

No había llegado hasta aquí para dejarme amedrentar con facilidad. Podían intentar cabrearme, asustarme, lo que se les ocurriera. Pero la realidad era que con aquellos patéticos intentos solo conseguían aumentar mis ganas de proporcionarles una muerte lenta y dolorosa.

Unos pasos casi imperceptibles me sacaron de mis fantasías asesinas.

Solo había una persona en el universo capaz de pillarme por sorpresa. Por no hablar de que solo había una persona a la que permitiría acercarse por la espalda sin acabar con mis sombras alrededor de su garganta. Una paradoja interesante, ya que mi cuerpo y mi poder parecían ser siempre conscientes de su presencia en una habitación.

En algún lugar de mi mente, uno de mis instintos más problemáticos gritaba que no permitiera que se acercara más de la cuenta. No podía dejar que viera lo que había detrás del humo y los espejos. Lo ignoré sin miramientos.

—Este es mi balcón, por si te has perdido —comentó Elara como si nada, mientras avanzaba hasta situarse a mi lado.

Apoyó sus antebrazos contra la barandilla de piedra y miró sin reparos hacia el firmamento. Su voz sonaba algo rasgada, como si acabara de despertarse. Lo cual tenía sentido porque había estado sumida en un sueño profundo cuando por fin regresé a nuestros aposentos.

*Sus aposentos,* me obligué a corregir.

Su voz era algo parecido a un suspiro, de la manera en la que las voces necesitan ser suaves y secretas en la noche. Como si las conversaciones iluminadas por la Verdeluna solo pudieran

mantenerse entre susurros. Tuve que obligarme a no mirar, por miedo a ser incapaz de apartar la vista.

Por supuesto, fallé estrepitosamente.

Bebí su imagen sin reparos. El pelo negro caía de manera desordena alrededor de su cuerpo. Libre, salvaje y mecido por la pequeña brisa que acompañaba a la noche. Todo su cuerpo estaba cubierto por un enorme jersey de lana gris. Un jersey que conocía bastante bien, ya que yo mismo lo había metido en su cómoda.

—Técnicamente es nuestro balcón. Las habitaciones lo comparten —me esforcé por mantener el tono que acompañaba a mi máscara de Guardián.

De nuevo, fallé colosalmente.

—Si tú lo dices —murmuró ella, escondiendo el mentón dentro del cuello del jersey e inspirando profundamente.

El gesto fue acompañado de un pequeño suspiro de satisfacción.

Yo debía de ser el mayor capullo del universo porque el sonido viajó directo a mi entrepierna. Carraspeé mientras buscaba algo que decir que no me hiciera quedar como un completo idiota. Aquella mujer, aquella mujer endiabladamente hermosa, fuerte e inteligente, conseguía lo imposible cuando se encontraba a menos de un metro de distancia de mi persona.

¿A quién pretendía engañar?

Podría estar a kilómetros de distancia y aun así también lo conseguiría.

—No pretendía despertarte, Tiniebla. Vuelve a la cama, necesitas descansar.

Y yo necesitaba algo de espacio antes de cometer una locura.

La presencia de Elara, como rayos de Verdeluna y suspiros de tiniebla, acarició mi mente. Sentí como volvía a abrir la puerta que nos unía con una facilidad tan asombrosa como escalofriante. Nadie

debería ser capaz de meterse en mi cabeza de aquel modo. Nadie excepto ella.

¿Era consciente de lo que estaba haciendo?

¿Tenía idea alguna de lo que aquello significaba?

Cerré los ojos para calmarme, pero su presencia lo invadía todo. Siempre estaba allí. Mi parte salvaje y más animal quería beber esa esencia a grandes tragos. Quería gritar a la Verdeluna y hacerle un corte de mangas a la Dama y sus compinches, pero el trato no lo permitía.

—¿Cómo de cabreado estás?

—¿Cabreado? — pregunté, esta vez me giré para mirarla de frente.

Elara titubeó durante unos segundos. Me miró confusa, como si la respuesta fuera tan obvia que le sorprendía que yo estuviera planteándola.

—Desobedecí tus órdenes. Te cerré el paso a mi mente y maté a los Puka. Sé que no quieres hablar conmigo, ni verme. Entiendo que desobedecí tu autoridad, pero es que solo podía pensar en aquel día en el Remolino. Sabía que tenía que hacer algo y no lo pensé. Todavía no entiendo exactamente cómo funcionan las cosas por aquí, aunque asumo que la palabra del Guardián es ley.

La sangre me hervía. A lo lejos, un trueno resonó contra el silencio de la noche mientras un rayo iluminaba la montaña con un destello repentino. Di un paso hacia ella. Elara no se acobardó. No, ella cuadró los hombros y se mantuvo firme.

Fui vagamente consciente de que la lluvia comenzaba a caer. Los rayos seguían iluminando el verde tenue de la noche y ella levantó una ceja inquisidora como si supiera exactamente quién era el responsable de aquella tormenta.

Lo más apropiado habría sido volver al cobijo de la habitación, pero mis ojos ya habían caído en la trampa de ese verde infinito que reflejaban los suyos. Avancé hasta que solo nos separó un suspiro. Hasta que su espalda impactó con la barandilla. Posé mis brazos a ambos lados de su cuerpo y agarré la piedra con fuerza. De lo contrario, mis manos acabarían en su cuerpo y no era el momento.

No mientras ella todavía no confiara en mí.

Hice que una de mis sombras le sujetara el mentón para que no apartara la vista. Porque, aunque no era el momento, mi esencia anhelaba el contacto. Y, a fin de cuentas, se suponía que yo era un cabrón egoísta.

Cuando vi que un escalofrío recorría su piel estuve a punto de perder el control.

Sobre nosotros, la lluvia seguía cayendo.

—Vamos a dejar un par de cosas claras. En primer lugar, el hecho de que sea el Guardián de las Sombras no implica que me debas sumisión ciega. Eres libre de tomar tus propias decisiones, de contradecirme si crees que estoy equivocado y de mandarme a la mierda si no te escucho cuando debería hacerlo, ¿entendido?

Elara abrió mucho los ojos, sorprendida. Vi como se mordía el labio inferior mientras sus pulsaciones aumentaban y me regalaba un breve asentimiento en silencio. Y tal vez yo era un idiota iluso, pero me pareció que, como yo, se estaba conteniendo.

—En segundo lugar, puedes bloquearme siempre que lo necesites. De hecho, estoy impresionado. No podía llegar a ti. Me cerraste el acceso por completo. No me pidas perdón por ser excepcional.

Un brillo de orgullo pintó su mirada y una parte de mí perdió el control. La quería descontrolada, valiente y poderosa.

Dejé que mis sombras acariciaran su cuerpo, permitiendo que rozaran suavemente el contorno de sus piernas. Elara dejó escapar

un jadeo sorprendido y no pude evitar sonreír descaradamente. Sobre todo, porque lo que quería decir a continuación le dejaría ver mucho más de lo que me había permitido mostrar hasta ese momento.

—En tercer lugar, ¿cabreado? No estoy cabreado. Estoy acojonado. Acojonado y tremendamente orgulloso. Orgulloso de que hayas conseguido hacer tu primer Salto Irisado. Orgulloso de que protegieras a mi familia. Orgulloso de que lo hicieras a pesar del miedo.

Elara cogió aire y me dio la impresión de que, si seguía hablando, jamás lo soltaría.

—Pero al mismo tiempo, sentí lo que estaba ocurriendo unos segundos antes de que Levi me advirtiera. Sentí tu pánico, pero también sentí tu determinación. Sabía que no llegaría a tiempo para impedir lo que tú ya habías decidido. Nunca he odiado tanto una distancia. Nunca he tenido tanto miedo. Sabía que los matarías, pasase lo que pasase. Sabía que no dejarías que Nox y Levi lo hicieran. Y también sabía que no te importaban las consecuencias. Y eso, Elara, es lo que más miedo me dio.

El recuerdo de su tranquilidad, de su templanza ante la perspectiva de morir conseguía romperme en mil pedazos cada vez que volvía a mi mente. Solo la certeza de tenerla allí, respirando entre mis brazos, era suficiente para evitar que dejara que mi oscuridad lo consumiera todo.

Elara tragó saliva y, por primera vez, intentó bajar la mirada. Mis sombras no dejaron que lo hiciera por lo que se limitó a cerrar los ojos mientras una lágrima solitaria recorría su mejilla. Estaba a punto de romperse así que hice lo único que sabía que funcionaría.

Incliné la cabeza para que nuestras respiraciones se convirtieran en una sola. Me preocupé por estar lo suficientemente cerca para

que mis palabras acariciaran su piel, pero asegurándome de que nuestros cuerpos se mantenían separados. Aunque fuera solo por unos milímetros.

—Por último, estuve contigo durante horas mientras mis sanadores se aseguraban de curarte. Mi madre tuvo que obligarme a abandonar la habitación. Por lo visto no es apropiado amenazar con arrancarle la cabeza a alguien por muy Guardián que seas. No me ha dejado volver hasta que he conseguido calmarme. No te estaba castigando con mi silencio. Estaba intentando recobrar el control.

Una risa rasgada escapó de entre sus labios y yo sentí que había ganado el mejor regalo del universo.

—¿Por qué ibas a querer arrancarle la cabeza a un sanador que estaba intentando ayudar?

—No me gustó su actitud. Tenía las manos sucias y no te trató con la delicadeza que creí oportuna.

Elara se rio contra mi pecho y yo dejé que ese sonido me envolviera. Ese sonido hacía que todo lo demás mereciera la pena.

—¿Qué has estado haciendo para calmarte? —preguntó en un susurro.

—Cazando —le respondí sin apartarme ni un milímetro y dejando que mi oscuridad tiñera de muerte y verdad la palabra.

—¿Ha habido suerte? —dijo ella con el mismo tono letal que solo hizo que mi erección aumentara.

—Por desgracia, no. No hay ni rastro de otros Puka. Te encargaste de asustarlos lo suficiente como para que ninguno más se atreva a volver por aquí. Yo mismo me encargué de esparcir los restos y las cenizas en la frontera para que sirvan como advertencia.

—Bien —respondió ella con el mismo tono asesino que solo hizo que me perdiera un poco más en la locura que era el milagro que sostenía entre mis brazos.

Las manos de Elara encontraron mi pecho. Presionó ligeramente. No era una petición para que le diera espacio, sino para que volviera a mirarla a los ojos. Hice lo que me pedía, pero sus manos no abandonaron mi cuerpo. Mi piel ardía bajo su contacto, aun con las capas de ropa separando sus dedos de mi piel.

—Creo que sí me importan las consecuencias, Callum. En el fondo sabía que podía hacerlo. Que podía matarlos. Al despertar dudé durante unos segundos. Pensé que no sobreviviría y sentí miedo. Sentí que no estaba preparada. Así que sí, creo que me importan las consecuencias.

Esta vez fui yo el que tuvo que cerrar los ojos.

Elara, ajena a la tempestad que acaba de provocar, siguió hablando.

—¿Por qué me ayudaste en el torneo?

—¿El hecho de que no quisiera ver morir a una inocente que formaba parte de mi corte no es suficiente? —contrataqué.

Sentí que algo cálido me acariciaba la mejilla, como rogando que abriera los ojos. Al hacerlo, vi como Elara había dejado que su propia oscuridad me acariciara. Su poder y el mío bailaban a nuestro alrededor. Era difícil distinguir dónde acababan mis sombras y donde empezaban las suyas.

—Supongo que sí. Pero creo que no es el único motivo —insistió —. ¿Por qué, Callum?

La lluvia seguía cayendo, y el pequeño techo del balcón no conseguía mantenernos secos. Aun así, los escalofríos que me recorrían poco tenían que ver con el agua que comenzaba a empaparme.

—No podía quedarme quieto mientras veía cómo te rompías en mil pedazos. Mientras veía cómo te sacrificabas una y otra vez.

—Parece que eso es algo común con el resto de tu familia.

—Veo que mis amigos han estado hablando.

—No eres un monstruo. ¿Por qué ocultarlo? —volvió a preguntar buscando la verdad en mis ojos, como si estuviera convencida de que intentaría evadir la respuesta.

El problema era que el resto del mundo tenía razón. Un puñado de buenas acciones no eran suficientes para borrar mi pasado. Para borrar todo el daño que, sin duda, seguiría haciendo para proteger aquello que era mío.

—Porque lo soy, Tiniebla. La mayor parte de los rumores que has escuchado, la mayor parte de las historias son reales. Asesino de Fae, el Oscuro. Son todo términos que me he ganado a conciencia.

Elara negó, agitando la cabeza con vehemencia. Sus manos atraparon en dos puños el jersey negro y empapado que cubría mi cuerpo.

—No te creo. Un asesino no habría suplicado por mi vida. No habría hecho un trato con la Dama para salvar a una simple Hadaës. Aunque fuera de su corte.

—Tiniebla. —Necesitaba que parara, aunque una parte de mí también suplicaba para que siguiera hablando.

Esa parte oscura deseaba ser lo que ella quería ver, deseaba que sus palabras tuvieran parte de razón. Aunque en el fondo supiera que no era cierto.

—Sé que hay cosas que no me dices. Prometiste que no me mentirías y quiero creer que eso es cierto. Quiero creer que todo lo que me has dicho hasta ahora es la verdad. O al menos la verdad que puedes darme.

Asentí una sola vez, presa del pánico. Aquella era una línea delicada. Una línea que no me podía permitir cruzar bajo ningún concepto.

—Sabías que podía acceder al poder de otras cortes durante el torneo. Supiste que era de tu corte mucho antes que el resto.

Otro asentimiento.

—Pero no me puedes decir el motivo. Al igual que no me dirás el trato que hiciste con la Dama.

—Quiero hacerlo. Créeme, no hay nada que desee más.

—Pero no puedes porque el trato te lo impide.

Mi corazón latía desbocado. Tanto y tan fuerte que estaba seguro de que Elara podía sentirlo contra sus manos. Por todos los dioses, estaba seguro de que un granjero en las tierras bajas podría sentirlo retumbar contra el suelo.

No confiaba en mi voz para responder, por lo que me limité a volver a asentir como un idiota, incapaz de articular dos palabras. Elara esbozó una sonrisa, su propia respiración, un reflejo de la mía. Sus siguientes palabras fueron apenas un susurro.

—¿Y si yo lo averiguara por mi cuenta? ¿Podrías decírmelo entonces?

Dudé.

—Podría confirmarlo. Pero seguiría sin poder decirlo. —Aquella fue, quizá, la verdad más dolorosa que admitiría jamás.

Elara asintió una última vez. Vi como sus ojos se perdían en algún lugar de su mente. Casi pude ver un plan tomando forma en su cabeza.

—Quiero ir a los Archivos, Callum. Estoy cansada de temer las respuestas. Está claro que no hay manera de evitar el conflicto. Los Guardianes vienen a por mí. Las criaturas, los acertijos de la Dama. Algo oscuro ha llegado a Lyssandria. Todo está conectado y, por algún maldito motivo, yo estoy en el centro. Los demás no van a parar, así que ha llegado el momento de coger el destino por los

cuernos y darle una patada en el culo. Si quieren mi sangre la van a tener.

—*Enséñales a qué sabe la sangre de una superviviente* —dije contra su mente como si de un rezo se tratase. Porque lo era.

Al menos para nosotros.

Elara me respondió con una sonrisa repleta de malas intenciones.

# CAPÍTULO XVI

## Callum

**Hacía tiempo que no sabía distinguir si aquello era el comienzo de una memoria o el final de una pesadilla.**

El sol brillaba con descaro mientras sus rayos rebotaban contra los Archivos y el lago que los resguardada. La mañana era fría, y el aire parecía guardar secretos envueltos en copos de nieve y gotas de rocío. A pesar de lo increíble del paraje, yo hubiera deseado estar en cualquier otro lugar de Lyssandria.

Había pocos sitios que detestara tanto como aquella construcción fantasmagórica repleta de espejos y malas decisiones. Tan solo acudía a los Archivos cuando no quedaba otro remedio. Por un lado, porque el lugar se sentía como de otro mundo, envuelto en un halo de magia que fluía de manera diferente. Y, en parte, porque siempre que ponía un pie sobre sus transparentes suelos, algo malo terminaba pasando.

No sabía cuál de las mentes maquiavélicas de mis antepasados había sido la culpable de crear aquel lugar. Mis sospechas están puestas en uno de mis antepasados más lejanos, famoso por organizar cacerías de Kelpies. Fuera quien fuera, los Archivos

dejaban bastante claro que el sadismo y la maldad eran fuertes legados familiares.

Una herencia que me había esforzado en evitar.

Muchos dirían que sin éxito.

Habían sido construidos en la rivera de uno de los lagos más grandes de la corte. Si el lago había tenido nombre alguna vez, hacía cientos de años que había caído en el olvido. Para los habitantes de la corte el lago era conocido como «el nido de los espejos». Un nombre poco original, pero que le iba como anillo al dedo.

Tan grande que parecía un pequeño mar, el lago se extendía a través de un páramo de hielo flanqueado en un extremo por los Archivos, y en el otro, por un bosque oscuro, en el que decenas de especies de árboles y arbustos rudos con moras tan rojas como la sangre se abrían camino entre las toscas montañas. La fauna era abundante, compuesta principalmente por pequeños roedores de pelaje morado y dientes afilados, ciervos de tres cuernos que se alimentaban de manera apacible de los escasos pastos y bandadas de cuervos que sobrevolaban la quietud del cielo helado. Era una visión inesperada, pero no por ello menos hermosa.

Sin importar la estación, el lago se mantenía oscuro y apacible. Tan en calma, tan profundo, que parecía un espejo. Además del cielo despejado, el lago reflejaba los Archivos haciendo que aquella extraña construcción pareciera no terminar nunca.

El edificio en el que residían se había creado con una magia antigua, tanto que ni yo mismo podía ejercer control sobre ellos. A simple vista parecía un espejismo. Se trataba de una construcción modesta y que estaba en constante movimiento. Sus paredes estaban compuestas de humo y espejos. Ambos componentes se mecían con descaro, creando sombras e ilusiones que intentaban,

como cantos de sirena, atraer almas solitarias susceptibles de caer en sus engaños.

—Recuerda, pase lo que pase, no fijes la mirada en los espejos. Los Archivos son traicioneros y harán cualquier cosa con tal de conseguir información nueva que almacenar. Mientras estemos dentro, mantén tus escudos cerrados. Incluso para mí.

A mi lado, Elara contemplaba la construcción con recelo. Podía sentir sus ojos de ladrona analizando cada recoveco de la extraña construcción. Intentando adelantarse a cualquier posible escenario que pudiéramos encontrar una vez dentro.

Su poder vibraba con fuerza sobre cada centímetro de su piel expuesta. Aun así, lo tenía bajo control. La única señal de su nerviosismo eran las pasadas habituales que sus manos enguantadas hacían sobre las dagas que yo le había dado.

No debería gustarme tanto lo posesiva que era con mi regalo. Pero no podía evitarlo. Y, aunque podía sentir su inquietud, también sabía que no tenía miedo. O, si lo tenía, estaba dispuesta a seguir adelante a pesar de ello. Seguí el viaje de sus dedos que frotaron de manera inconsciente la cicatriz que descansaba en la base de su garganta.

Como tantas otras veces, la visión de aquella vieja herida amenazó con hacerme perder el control.

—Supongo que sería mucho pedir que los Archivos fuesen en realidad una biblioteca —murmuró a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué puedo decir? A mis antepasados les gustaba hacer las cosas a lo grande y con estilo. Y, si además podían aterrorizar a un par de Fae y criaturas varias, mejor que mejor.

—Lo dices como si no fuera algo que tú hayas heredado.

—Cuidado, Tiniebla, eso casi ha sonado como un cumplido —susurré, y me incliné para guiñarle un ojo.

—Eres insoportable —bufó ella, intentando ocultar una sonrisa.

Cogí su mano y comencé a andar hacia la entrada. Elara permitió el contacto, ya que era algo que había hablado con ella antes de partir. Los rumores sobre nuestra relación durante el torneo y mi supuesta manipulación se habían extendido como la pólvora entre las cinco cortes, lo mejor que podíamos hacer era alimentarlos. La mayoría sospechaban lo mismo que ella, que yo tramaba algo y la estaba utilizando. Sinceramente, me traía sin cuidado lo que pensaran. Mientras el resto creyera que Elara estaba bajo mi protección, sería más fácil protegerla.

Los Archivos estaban a disposición de cualquiera que fuera capaz de encontrarlos y de atreverse a sobrepasar su umbral. Al fin y al cabo, toda persona que entraba en los Archivos era registrada por el ser que los habitaba y protegía. Un ser que mataría a cualquiera antes incluso de dejar que sacara un libro de los límites de los Archivos.

Un ser que me detestaba especialmente.

—Recuerda lo que hablamos esta mañana, no me sueltes la mano. No conviene separarnos hasta que nos indique el camino. Tú sígueme la corriente y deja que hable yo.

—¿Sabes que he apuñalado a hombres por menos, verdad?

—Después de que acabemos aquí, me gustaría una lista completa con sus nombres para asegurarme de que siguen sin respirar. Pero, hasta entonces, ¿lo tienes todo claro?

—Cristalino, *mi Guardián*.

Pese al retintín de sus palabras y su sonrisa exagerada sabía que entendía los riesgos a los que estaba a punto de exponerse. Habíamos estado hablando largo y tendido sobre la exposición que

suponía visitar los Archivos, donde cualquiera de los habitantes de la corte podría verla.

Los ciudadanos de a pie no solían frecuentarlos. El lugar no era sencillo de encontrar ni mucho menos de acceder. Yo era la única persona en toda la corte capaz de hacer un Salto Irisado hasta sus mismas puertas. El resto de las personas debían hacer a pie la larga caminata que atravesaba el bosque helado si querían acceder a los Archivos.

Solo un puñado de Altos Fae podían hacer Saltos hasta el portal más cercano que se encontraba en el lado contrario del edificio y que daba directamente a un acantilado. El portal te permitía acceso a través de una puerta secundaria y requería de un permiso especial hereditario sobre el que yo no tenía control alguno.

Los Archivos, aunque residían en mi corte, funcionaban con una magia independiente que se regulaba por sí misma. Una magia que ni siquiera yo podía cambiar.

Nuestros pasos resonaron contra los espejos envejecidos que cubrían los escalones de la entrada. Las sombras a nuestro alrededor se hicieron más espesas. Tanto que, como siempre, tuve que reprimir mi poder. Mis propias sombras escocían bajo mi piel, pidiendo salir a deshacerse de aquellas odiosas brumas.

Sin embargo, aquella era una de las primeras normas que aprendí de joven cuando empecé a visitar los Archivos. Nunca, bajo ningún concepto, podías dejar que tu magia se mezclara con la de los Archivos. El edificio anhelaba tener más, saber más. Cualquier cosa que regalaras allí dentro dejaba de ser solo tuya y pasaba a convertirse en un nuevo papiro. En una historia que contar y consultar.

Una norma que me había encargado de recalcar hasta la saciedad durante la noche mientras Elara y yo planeábamos nuestra visita.

Las sombras eran tan intensas que, durante unos segundos mientras cruzábamos el umbral, fui incapaz de ver nada. Elara se acercó más a mí y apretó con fuerza mi mano. Apreté de vuelta, para confirmarle que estaba allí.

O tal vez para asegurarme de que ella seguía conmigo.

—Vaya, vaya, joven Guardián. No esperaba verte por aquí. Y mucho menos en compañía. Pensé que estarías muerto a estas alturas.

La voz áspera y estridente del protector de los Archivos llegó antes que la luz del recibidor principal. La niebla se diluyó en los siguientes estantes y dio paso a una breve estancia iluminada por un puñado de velas y rodeada por miles de espejos que desembocaban en cientos de pasillos diferentes.

La magia que había creado aquel lugar era, cuanto menos, admirable. Los Archivos se extendían de manera imposible durante kilómetros interminables. Alcé la vista y comprobé como cientos de imágenes reflejaban mi figura y la de Elara. Cada una un poco más distinta que la anterior.

Cada una un poco más mentira, un poco más distorsión.

Aparté la vista con rapidez y me centré en la figura oscura que flotaba a escasa distancia. Nadie sabía con certeza qué o quién era Airum. Su morfología era similar a la de un *derrigan*. Su cuerpo era más grande y de un color violeta tan oscuro que se confundía con las sombras. Airum era el único ser que no proyectaba un reflejo en los espejos de los Archivos. También era el único capaz de orientarse en sus laberínticos pasillos sin perderse.

De pequeño mi madre me había contado que Airum había sido condenado a servir en los Archivos por algo tan horrible y despiadado que el propio tiempo se había encargado de borrarlo. Lo

cierto es que el espíritu era de naturaleza caprichosa e intentaba crear conflictos siempre que tenía la oportunidad.

—Me llamas joven, pero ¿te sorprendes de que siga respirando, Airum? Desconocía que fueras capaz de caer en contradicciones.

—Una mera observación mi *joven* Callum. La vida de las criaturas de Lyssandria es débil y efímera. A menudo olvido si vivís más de unos segundos dentro del plano total de mi amigo el tiempo —suspiró con pereza—. Culpa mía por vender la piel del Sith antes de cazarlo. Parece que me toca esperar un poco más antes de deleitarme con tu muerte.

Me hubiera gustado decirle que podía ponerse a la cola, pero no había tiempo que perder. Un insulto para Airum era siempre el inicio de un monólogo.

—¿Es esa forma de dirigirse al Guardián de tu corte?

—Querido chico, no conozco corte alguna que soporte mi nombre, ni Guardián capaz de hacerme hincar la rodilla. No sois más que criaturas frágiles y perecederas, todos vosotros. Ninguna lo suficientemente sustancial como para gobernar Lyssandria. Yo tan solo me arrodillo antes dioses, querido mío.

Junto a mí, Elara se aclaró la garganta con un gesto aburrido.

La había preparado para aquello. Airum me detestaba, aunque sospechaba que su desdén iba dirigido a cualquier criatura que perturbara su descanso, Guardián o no. Sin embargo, el espíritu no podía evitar la conversación. Casi parecía ávido de compañía. Insultarme era uno de sus pasatiempos favoritos. Además de un requerimiento obligado antes de pedirle indicaciones hacia la información que necesitábamos.

La criatura posó sus ojos sobre Elara, como si hasta aquel momento no hubiese reparado en su presencia. Pude sentir el momento en el que se dio cuenta de que ella era distinta. Pese a

que sus ojos eran todo negros, no me pasó desapercibida la manera en la que parecían hacerse más grandes.

—Vaya. Tal vez, haya hablado demasiado pronto de nuevo. Sí que podría arrodillarme ante ti, criatura. Y algo me dice que ni siquiera eres consciente de por qué. ¡Qué curioso!

—Cuidado, Airum. —No me preocupé en disimular la amenaza en mi voz.

—¡Por todos los dioses, chico! Veo que las sombras no mentían cuando susurraban que algo oscuro se avecina. Tu habilidad para encontrarte en el centro de todas las polémicas no tiene límites. Aunque, en este caso, ¿quién podría juzgarte?

—Puedes ahorrártelo. Necesitamos que nos indiques cómo...

—No tan deprisa, *Guardián*. Como bien sabes, solo el ser de mayor poder puede exigir respuestas cuando se entra acompañado a esta morada. Para mi deleite, por primera vez en mucho tiempo, ese no eres tú. Así que, dime, querida, ¿qué deseas encontrar?

Elara me miró con gesto desconcertado. Había sorpresa en su rostro, pero también vi que estaba analizando cada una de las palabras que Airum acababa de decir a la vez que intentaba diseccionar su significado. Sin saberlo, o tal vez sabiéndolo, Airum acababa de regalarnos mucha información relacionada precisamente con lo que veníamos a buscar.

Apreté su mano con decisión. Animándola a tomar las riendas de la conversación.

—Sabes lo que soy.

No era una pregunta y no fui capaz de contener la sonrisa que me sobrevino. Airum era un ser diferente. Un ser arcano y experimentado. Sin embargo, su ego era quizá su facultad más mortal.

—Yo lo sé todo.

Y era cierto, Airum conocía todos y cada uno de los libros y textos que conformaban los Archivos. Él mismo los había escrito y clasificado. Sin embargo, como parte de su condena, Airum no podía hablar libremente de su conocimiento. Un ser que vivía por y para la Historia obligado a vivir rodeado de ella sin poder relatarla a su antojo.

Lo cierto es que no se me ocurría condena más cruel.

—Pero no puedes decírmelo. ¿No es así? ¡Qué lástima! —respondió Elara con una voz dulce y peligrosa que hizo que Airum brillara con más intensidad.

Todos sabíamos que aquello era un juego. Una danza para conseguir la información.

—Los dioses y su sentido del humor. ¿Qué le vamos a hacer? Tú mejor que nadie deberías entenderme.

Elara no permitió que el comentario resquebrajara su fachada. Su sonrisa se hizo más dulce, sus ojos más violentos. Si en aquel momento hubiera podido utilizar su poder, estoy seguro de que sus manos habrían estado teñidas de noche.

—Quiero información sobre lo que soy.

—Bonito intento. Pero los dos sabemos que esto no funciona así. Si te indicara qué pasillo escoger basándome en esa pregunta habría demasiadas opciones. Al fin y al cabo, ¿qué eres? Nadie es solo una única cosa. Eres mujer, eres hija, eres una ladrona, una amante. Demasiadas posibilidades, demasiados pasillos, demasiado espacio para que los espejos jueguen contigo.

—¿Cómo sabes que soy una ladrona?

—A riesgo de repetirme, yo lo sé *todo*. Si quieres información tendrás que ser más específica. Necesito un término en concreto con el que precises ayuda. Pero eso ya lo sabes, veo que has tenido un

buen profesor —añadió Airum con hastío—. Uno que disfruta haciéndome perder el tiempo.

No lo pude evitar, incliné la cabeza en una reverencia con sabor a burla.

—Quiero información sobre lo que significa la «no luna» y ser hija de esta —respondió Elara de inmediato—. Por favor.

—¡Y encima tiene modales! No se te ocurra volver a aparecer por aquí sin ella. Me niego a seguir atendiendo tu barbarie. Ahora bien, volviendo al tema que nos atañe. La información que buscas ya no está disponible entre estas paredes.

Resoplé con descaro antes de encarar al espíritu.

—Nadie puede sacar un texto de los Archivos. No hay Fae, mestizo o criatura de Lyssandria capaz de algo así —cité con aburrimiento. Si se había pensado que podía tomarnos el pelo, es que no me conocía.

—Tú mismo lo has dicho, joven Guardián. Cualquier criatura capaz de robar algo de mis archivos no es de Lyssandria —dijo con tono de burla—. Ahora bien, la información que buscáis fue vilmente robada hace varios miles de años. Sin embargo, sí puedo deciros dónde encontrarla.

Airum flotó con descaro hacia el lado opuesto de la estancia. En su estela, dos pasillos se iluminaron. Sabía lo que venía a continuación. Elara también, pues se lo había explicado. La decisión sería suya.

—El pasillo de la izquierda te llevará únicamente hacia la información que deseas. El pasillo de la derecha hará lo mismo. Aunque, por el camino, tal vez obtengas la respuesta a preguntas que tu mente lleva tiempo evitando.

—¿Cómo sé que estás diciendo la verdad?

—No lo sabes, querida. Pero ¿acaso no es esa la parte más divertida de todo esto? —Y, con eso, Airum desapareció, dejándonos a solas con la decisión.

Elara no lo dudó y tomó el pasillo de la izquierda, arrastrándome con ella sin soltar mi mano. Me dejé llevar y me concentré en el vaivén de su pelo oscuro recogido en una trenza conforme avanzábamos a través del sendero de espejos. Junto al sonido de nuestras pisadas, distintos susurros intentaban llamar nuestra atención desde los espejos.

—¿Has asumido que decía la verdad o que mentía? —quise saber.

—¿Sinceramente? Lo he echado a suertes. Algo me dice que, escogiera el que escogiera, Airum se habría encargado de que llegáramos a la opción que más le gustaba a él.

El pasillo se extendió durante una eternidad, iluminado únicamente por pequeñas velas que flotaban suspendidas en el aire cada pocos metros. A lo lejos algo llamó mi atención. Un extraño brillo verde iluminaba una particular viñeta.

Elara apremió el paso. Encontrar información en los Archivos siempre era una sorpresa. Una sorpresa de uñas largas y dientes afilados. Airum se encargaba de que fuera una experiencia imposible de olvidar.

En mitad del pasillo descansaba una pequeña mesa de madera. En el techo, un tragaluz dejaba entrar la tenue luz verde del astro nocturno. Era, sin duda, una ilusión, ya que todavía quedaban varias horas hasta el anochecer. Sobre la mesa un pequeño libro de encuadernación gastada y solapas de cuero oscuro esperaba paciente.

—¿Es eso? —preguntó Elara en voz baja.

—Yo diría que sí.

Cogió el pequeño libro con sumo cuidado y lo inspeccionó como si fuera a explotar en cualquier momento. Sinceramente, conociendo a Airum no podíamos descartar esa opción.

—Es un libro de leyendas relacionadas con el mar, los ríos y el océano. *Mareas arcanas, criaturas y leyendas acuáticas* —leyó en voz alta, y me enseñó la cubierta—. ¿Esto te dice algo?

—No a simple vista. Pero con Airum las cosas nunca son lo que parecen. Le gusta jugar. Aun así, su condena le obliga a proporcionar la información adecuada. Si nos ha dado este libro es porque tiene los datos que necesitamos. El título me suena. De hecho, juraría que tenemos una copia en nuestra biblioteca. No es un libro especialmente raro. Aun así, tal vez deberíamos echarle un vistazo. A veces estos textos tienen marcas o anotaciones que pueden ser útiles. Algo que lo distinga del resto de ediciones a las que podamos tener acceso.

Le tendí una mano abierta para que me dejara revisar el libro, pero me di cuenta de que apenas me escuchaba. Elara lo sostenía con fuerza entre sus manos, pero su mirada estaba perdida en algún lugar por encima de mi hombro. Su rostro era pura confusión y miedo.

—¿Elara?

Me giré de inmediato, dispuesto a acabar con lo que fuera que se encontrara a mis espaldas. Encima de la mesa, sobre la pared de espejos, un cuadro enorme y con un marco de mármol presidía el silencio del pasillo. Era un retrato sencillo que dejaba ver únicamente a una Alta Fae sentada sobre un sofá de terciopelo gris. El cuadro parecía a medio terminar, pero el rostro de la mujer era inolvidable.

Mi estómago se hundió al reconocer aquel rostro. Una cara que había visto en persona una única vez, cien años atrás, pero que

había presenciado en múltiples ocasiones en los últimos meses a través de la mente de Elara.

—No lo entiendo.

—Tiniebla.

—Es la Dama de la Noche —musitó, confusa.

Antes de que pudiera explicar qué era lo que estaba viendo. La voz de un hombre retumbó contra los espejos marchitos.

—Supongo que esa zorra tiene un humor peculiar. En este caso, he decir que me gusta el toque de crueldad que ha escogido contigo. Ni siquiera a mí se me habría ocurrido algo así. Me da envidia en realidad —escupió entre graznidos roncos aquella voz que había venido para destruir cualquier brizna de confianza que Elara y yo hubiéramos conseguido crear las últimas semanas.

Hacía muchos años que no escuchaba su tono chirriante. Yo mismo me había encargado de desterrarlo de la Corte de las Sombras la misma noche en que me convertí en Guardián. La noche en la que aprendí que, a veces, también te podías arrepentir de no quitar una vida.

—Al final tu padre tenía razón y eres incapaz de cumplir órdenes, Callum. No puedo decir que me sorprenda. Siempre tuviste debilidad por las abominaciones —me espetó el recién llegado antes de centrar de nueva su veneno en Elara—. A ti, en cambio, no te esperaba así.

Elara se congeló a mi lado.

—Aunque una cosa es cierta, sigues teniendo los mismos ojos que mi mujer —espetó con desprecio—. Los mismos ojos que la débil de tu madre.

# CAPÍTULO XVII

## Elara

### Si aquello era romperse, él necesitaba sucumbir una y otra vez a su locura.

Escuché la voz, de verdad que sí.

Sus palabras impactaron una a una con la esencia de mi cuerpo. Rompieron algo dentro de mí que ni siquiera sabía que se mantenía intacto. Aquella voz de sirope amargo y crujir de dientes rechinó contra el espacio vacío de los Archivos.

Él seguía hablando, pero mi mundo había dejado de girar.

La encuadernación endeble del misterioso cuento se clavaba contra la palma de mi mano, a pesar de la protección de mis guantes. Mi oscuridad hervía dentro de mis venas. Aullaba como un animal enjaulado y rabioso, pidiendo a gritos volver a ver la Verdeluna y volver a sentir la tierra bajo las patas al correr. La mantuve a raya, evitando que prendiera la mecha de ese poder infinito que formaba parte de mí.

Escuché su voz, escuché las verdades espinadas que escupía sin reparos. Aun así, no logré apartar la mirada de aquel rostro tranquilo que me contemplaba con una sonrisa amarga desde el lienzo. Un rostro que hizo brotar lágrimas de mis ojos entrecerrados. Lágrimas de rabia. Todos y cada uno de sus rasgos eran idénticos a los de la

Dama de la Noche. El mismo cabello de oro y plata. El mismo porte elegante y ligeramente triste. Las mismas manos gráciles cuyo tacto era como un recuerdo entretejido entre sueños y aromas.

*Los mismos ojos que la débil de tu madre.*

Tragué saliva, incapaz de evitar que esa frase se atrincherara en mi cabeza de forma permanente. Sin embargo, poco pude hacer, esa frase y la cruel realidad que representaba se clavaron un poco más hondo. Mordiendo con fuerza para no soltarse. Deshilachando los retales que cubrían de sombras mis recuerdos. Por primera vez, las pesadillas cobraron sentido. Al fin y al cabo, mis verdades no eran más que mentiras con dientes.

Eran los mismos ojos que, noche tras noche, me miraban con miedo y angustia. Los mismos ojos teñidos de lágrimas color escarlata que me juraban que se quedarían conmigo. Los mismos ojos que olvidaba cada mañana al despertar.

Al menos, hasta ese momento.

—Orión, tal vez no fui lo suficientemente claro hace cien años. Pero tu destierro de *mi* corte incluye también los Archivos. Tienes exactamente diez segundos para desaparecer de mi vista, si no quieres que la expulsión sea de este plano vital y no solo de la corte.

Callum había desaparecido. Aquel ser que había interpuesto su cuerpo entre el mío y el de mi supuesto padre no era el Alto Fae que había comenzado a descubrir. Tampoco el del hombre con el que había compartido temores mientras calmaba mis pesadillas.

No, aquel era el Oscuro.

Su poder contenido latía al mismo ritmo desbocado que el mío. ¿Por qué podía sentirlo, si sabía que se estaba esforzando por no utilizarlo? Tal vez había llegado el momento de aceptar que había demasiadas cosas imposibles de explicar cuando se trataba de Callum y mis sombras.

La carcajada seca de Orión, llena de disfrute y truenos, me hizo apartar la mirada del cuadro de la Dama de la Noche. No, *del cuadro de mi madre.*

Por qué motivo el espíritu había decidido torturarme con su cara era un acertijo que no me atrevía a resolver.

Contemplé con ojos entornados la figura de Orión. Me permití estudiarlo sin reparos y sin levantar demasiado la mirada por encima del cuerpo de Callum. Aunque estaba segura de que tenía cientos de años, tal vez miles, aparentaba estar en la treintena. Su pelo, tan oscuro como el mío, estaba rapado a los lados. Sus ojos de un verde apagado pero familiar me observaban sin pestañear. Su mirada fija en mi cicatriz. Era apuesto, pero había algo enfermizo en su esencia.

El Guardián se había interpuesto entre nosotros, como si estuviera dispuesto a acabar con Orión usando sus propias manos antes de permitir que este llegase a mí. En otro momento de mi vida, habría dado un paso al frente. Yo era perfectamente capaz de librar mis propias batallas y de protegerme a mí misma. Sin embargo, esto era algo que Callum sabía. No se interponía entre nosotros porque pensara que yo no fuera capaz, sino porque no tenía que enfrentarme a todo sola.

Cuando miré a Orión lo hice con miedo. No miedo hacia él, sino miedo a verme personificada en alguna de sus partes. Miedo a ver que mi oscuridad no era sino un reflejo de la suya.

Sus ojos tenían un brillo grisáceo, empañados por el odio con el que me miraba. Tenía la nariz torcida, como si se la hubiera roto hace años. Vestía casi por completo de rojo, con telas forradas de un pelaje gris.

Era apuesto, de la manera en la que todos los Altos Fae lo eran. Sin embargo, era una belleza fría y venenosa. Una belleza vacía en la que, gracias a los espíritus, no vi rastro de mí.

—Los dos sabemos que no utilizarás tus poderes dentro de los Archivos, chico. Lugar del que, por otro lado, no tienes potestad para echarme o expulsarme.

Callum se ajustó una de las mangas de la chaqueta de cuero oscuro que vestía, como si aquella conversación no fuera con él.

—Si crees que necesito magia para arrancarte la piel a tiras, es que eres más estúpido de lo que imaginaba —respondió con un tono letal.

Ajeno al peligro inminente, o tal vez precisamente por eso, Orión siguió sonriendo de aquella manera tan inquietante.

—Tu padre estaría avergonzado. Dedicó su vida a una causa más grande que Lyssandria. Una causa que solo un dios sabría entender. —Orión sacó una espada del cinto y dio un paso en mi dirección—. He venido con una misión clara. Entrega a la chica. Esto te queda grande. A fin de cuentas, ¿con quién va a estar mejor que con su...?

—No te atrevas a terminar esa frase —lo cortó Callum.

—Puede que ella fuera un accidente, pero los mejores descubrimientos lo son. Tu destino nunca fue vivir, criatura. Tu sangre tiene un papel fundamental en el futuro de Lyssandria. Eso es todo lo que siempre debiste haber sido. Un contenedor efímero de algo que cambiará el mundo —dijo Orión, mirándome a los ojos por primera vez desde su llegada.

—No le dirijas la palabra. No te atrevas siquiera a mirarla. —El tono de Callum fue suficiente para hacer que se me erizara la piel.

Orión solo ensanchó su sonrisa.

—Haré lo que crea conveniente. A fin de cuentas, yo ayudé a crearla. Es mía.

—Ella. No. Es. Tuya —respondió el Guardián de las Sombras transportándome a nuestro primer encuentro.

Orión soltó una carcajada podrida.

—Puede que mataras a tu padre para ocupar su puesto, pero su legado continuó, Callum. Sus aliados nos mantenemos fuertes y unidos. Esta historia ya está escrita. Mucho antes de que nacieras. Sus raíces son demasiado fuertes. Sabes que, de una manera u otra, conseguiremos a la chica. Llevamos mucho tiempo esperando.

Orión lo estaba disfrutando. Sabía que no usaríamos nuestros poderes dentro de los Archivos. Hacerlo era lo mismo que perderlos.

Callum emitió un rugido animal. Las paredes y hasta el suelo cubierto de espejos parecieron vibrar. En el centro de mi pecho, el poder y la oscuridad se hicieron eco de su gruñido.

—La chica tiene nombre y no iré a ninguna parte contigo —siseé.

El poder me rozaba las yemas de los dedos. No podría contenerlo mucho más tiempo. Cada minuto que pasaba me era más difícil. El esfuerzo me hizo comenzar a temblar, aunque tal vez también fuera por el efecto de las palabras de Orión.

—¡Qué curioso! Siempre pensé que esa cicatriz te impediría hablar. Lástima. Prefiero a mis bestias calladas, *hija*.

Su tono fue una combinación aberrante ente malicia y diversión, y no pude soportarlo más. Algo estalló en mi pecho. No fue el poder, tampoco la oscuridad. En ese momento solo recuerdo ver blanco. Una furia blanca y abrasadora que lo cubrió todo.

Con una velocidad que ni yo misma sabría explicar, atravesé la distancia que nos separaba. El movimiento fue rápido. Tanto que ni Callum ni Orión tuvieron tiempo de reaccionar.

Estampé mi bota derecha contra el estómago de Orión, que salió disparado contra el suelo. Aproveché el impulso para golpear con un puñetazo la cara interna del codo del brazo que sostenía la espada. Orión emitió un alarido de dolor y dejó caer el arma. Antes de que tocara el suelo, la cacé al vuelo. Sin pensarlo, clavé la espada en su

hombro derecho. Al oír como la hoja rasgaba piel y tejido hasta clavarse en el suelo mi instinto animal quiso rugir para celebrarlo.

Los Archivos comenzaron a temblar de manera descontrolada. A nuestro alrededor, la escena se reflejaba en imágenes infinitas en los espejos del pasillo. Orión mirándome con ojos desorbitados, yo clavando su propia espada con más fuerza entre su carne. Estuve a punto de perderme en aquella imagen. Algo me dijo que si miraba más de dos segundos los cientos de posibilidades que ofrecían los reflejos de los Archivos acabarían con mi alma. O con lo poco que quedaba de ella.

Retiré la mirada.

—Esta bestia no se quedará callada. Si querías un monstruo, lo has conseguido.

Hice que mi bota impactara contra su rostro hasta dejarlo inconsciente. Mi oscuridad gritaba para que la dejara salir. Quería acabar con él, acabar con todo. No duraría mucho más tiempo manteniéndola controlada. Antes de entender que estaba haciendo, eché a correr hacia la salida.

A mi espalda, alcancé a oír como la espada de Orión rompía los espejos al chocar contra el suelo. Callum gritó mi nombre, pero yo seguí corriendo.

Salí de los Archivos como una exhalación y no me detuve. Corrí tan lejos como mis piernas se atrevieron a llevarme. A mi alrededor solo había nieve y árboles negros. El frío del mediodía ardía en mi garganta, tanto que me costaba respirar.

El aire zumbaba con esa gentileza serena de los lugares nevados. Fui consciente de cada partícula que rozaba mi piel, de cada átomo que existía en ese lugar, en ese momento.

—¡Tiniebla! —Callum se materializó a escasos metros de distancia.

Jamás lo había visto de ese modo, tan visiblemente preocupado. Tan profundamente enfadado. ¿Conmigo? ¿Con mi reacción? ¿Con el Alto Fae que había dejado sangrando en un lugar sagrado? Probablemente era alguna de las dos primeras opciones.

Aquello me rompió todavía más. ¿Cómo se atrevía?

Sin apenas pensarlo, realicé un Saltó Irisado hasta donde él se encontraba. Antes de materializarme por completo dirigí un puño hacia su costado. El Guardián lo esquivó, bloqueando mi ataque. Pero no paré.

Callum se limitó a dejarme seguir golpeando. Con cada una de mis embestidas perdía un poco más el control de mí misma. Me agaché, pasando una pierna por debajo de sus pies para hacerle perder el equilibrio. Callum cayó de espaldas. Estaba segura de que, de haberlo querido, habría sido capaz de evitarlo. Eso hizo que mi enfado creciera todavía más. No quería luchar conmigo.

En cuanto su cabeza impactó con la nieve lo clavé al suelo apoyando una de mis botas contra su pecho. Mis manos centellaban con noches infinitas y por cómo se quedó sin aliento supe que mis ojos se habían vuelto negros, teñidos de la misma esencia que tanto me esforzaba en ocultar.

—¿Sabías que ese era mi padre antes de lo que ha pasado hace un momento?

—Elara —gruñó él con un hilo de voz que suplicaba con cada letra de mi nombre. Sus ojos eran dos pozos negros que luchaban por controlar el poder eterno que podía sentir crepitar a nuestro alrededor. Una parte de mí quería que lo hiciera. Que perdiera el control. Yo no podía ser la única en aquella vorágine de pérdida y destrucción.

—¡No digas mi nombre ahora! ¡Maldita sea! Lo sabías, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste? Tenía derecho a saberlo —exigí haciendo

más presión con mi bota, pese a que sabía que el Guardián podría librarse de mi peso sin apenas esfuerzo.

—Sabes la respuesta a esa pregunta, Tiniebla —respondió desesperado, mirándome desde el suelo.

El trato.

El maldito trato con la Dama de la Noche.

No había manera de escapar de sus juegos. De escapar de los tratos y los secretos que dictaban cada segundo de mi existencia. Al parecer, desde mucho antes de mi primer trato consciente con el Guardián de las Tormentas.

Su cara volvió a mi mente y tuve que reprimir un sollozo. Era la cara de mi madre, la misma que me perseguía en sueños. La misma que no recordaba más allá de las pesadillas.

El espíritu se había adueñado sin derecho de la cara de mi madre y la había usado para torturarme durante semanas. Me alejé de Callum con tan solo un par de zancadas. El dolor en el pecho era abrumador. Sentía que no podía respirar. La cicatriz de mi garganta ardía como si de una venganza se tratara y el núcleo de mi poder consiguió ganar la batalla. Explotó como una supernova y yo no tuve más remedio que rendirme a él.

Sentí muchas cosas a la vez.

El gritó lejano de Callum.

El crujir de mis rodillas contra el suelo frío.

El retumbar de la magia abandonando mi cuerpo y arrasando con todo.

Los golpes sordos de decenas de pájaros cayendo al suelo, inertes y sin vida.

Los ecos de aquella noche más de veinte años atrás y las voces que me llamaban asesina, ya entonces.

Todo mi ser parecía querer fragmentarse en mil pedazos, dejarse llevar por aquella sensación de euforia y pánico. Pero la oscuridad salió a mi encuentro. Después de unos segundos que pesaron como mil vidas, un manto estrellado lo cubrió todo. Una oscuridad profunda y familiar bajo la cual me atreví a volver a abrir los ojos.

La luz del sol se antojaba como un recuerdo roto a través del manto oscuro que rodeaba mi perímetro varios cientos de metros a la redonda.

El suelo blanco estaba salpicado de pequeñas criaturas inmóviles y cubiertas de sangre que habían sido arrasadas por la onda expansiva de mi poder. Con manos temblorosas y teñidas de noche me levanté del suelo. Me giré despacio, preparada para ver el horror reflejado en el rostro del Guardián. Lo que vi fue mucho peor.

Callum estaba tirado en el suelo y no se movía.

—No, no, no, no, no —repetí una y otra vez hasta llegar hasta él.

Me arrodillé a su lado. No tenía heridas aparentes y su pecho subía y bajaba de manera pausada pero estable. Busqué desesperada la hebra de galaxias que unía nuestras consciencias. La presencia de Callum seguía allí, al otro lado. Entrelacé una de mis manos con las suyas y apreté con fuerza. Callum emitió un pequeño ruido grave desde la garganta y yo me permití respirar aliviada. Estaba vivo.

*—El Guardián de las Sombras estará bien, hija de la no Luna. Tan solo necesita unos instantes para recuperarse. Espero sinceramente que no me hayas llamado para que te diga cómo salvarlo. Eso sería una perdida considerable de mi tiempo y de mi talento. Por no hablar de que sería demasiado repetitivo.*

Sin apartarme de su cuerpo, me giré hacia aquella voz sin labios que resonó en mi cabeza. Era una voz imposible de olvidar.

El *whisp* que me había ayudado a salvar la vida de Orla flotaba en medio de mi burbuja de oscuridad. Sus grandes ojos resplandecían con un brillo intenso mientras observaba la escena con curiosidad.

—Yo no te he llamado esta vez.

—*Sí lo has hecho* —dijo como quien reprendía a un niño—. *O al menos tu poder y su ofrecimiento lo han hecho.*

—Eso no ha sido un ofrecimiento de mi poder. Ha sido una pérdida de control —musité—. Y una estupidez.

El cuerpo de Callum se movió bajo mis manos. Cuando me volví para mirarlo, ya había vuelto en sí y se estaba incorporando. Me dispuse a apartarme para que tuviera más espacio, pero él atrapó mi mano contra su pecho y no me soltó hasta sentarse junto a mí.

Su corazón latía con fuerza debajo de las capas oscuras que cubrían su cuerpo. El ritmo de su martilleo consiguió relajarme. Callum mantuvo nuestras manos allí, como si supiera que yo necesitaba algo que me anclara a la realidad.

—¿Estás bien?

—Eso debería preguntártelo yo a ti. Lo siento muchísimo, no pretendía hacerlo.

—No me pidas perdón. Creía que ya habíamos dejado claro que no es necesario.

—*Es una estampa enternecedora* —graznó el *whisp*—. *Pero tengo cosas que hacer. Sitios en los que estar que no sean este agujero helado y perdido de la mano de los dioses. Tienes la mala costumbre de hacerme venir a los lugares menos apetecibles. Primero aquella laguna apestosa y ahora esto.*

La voz del *whisp* hizo que Callum reparara en su presencia por primera vez. Se mantuvo cerca de mí, sin romper nuestra conexión.

—¿Os conocéis? —preguntó con un deje de asombro en su voz.

*—Tu criatura tiene la manía de hacerme llamar para tonterías, Guardián.*

—Ya te he dicho que yo no te he llamado.

*—Y, aun así, aquí estoy* —resopló—. *Haz tu pregunta, hija de la no Luna.*

¿Cuál sería el castigo cósmico por cargarte a un *whisp?* Estaba empezando a plantearme que, fuese lo que fuese, merecería la pena. Pero la realidad es que, aunque no la hubiera buscado, aquella era una oportunidad que no podía dejar escapar.

—¿A qué te refieres cuando me llamas *hija de la no Luna*?

*—Es una pregunta interesante con una respuesta todavía más interesante. Aunque por algún motivo decepcionante. Pensaba que habías venido hasta aquí precisamente para averiguarlo. El libro que has robado de los Archivos podría llevarte a su respuesta. ¿Estás segura de que no quieres preguntar otra cosa?*

—¿Alguna vez respondes a la primera? ¿O es que te gusta el sonido de tu voz?

*—¿Son esas tus preguntas, criatura?*

—Sabes que no.

*—Oh, vamos, ¿no me digas que no tienes curiosidad? Podría decirte cuál es el trato de tu Guardián con la Dama, tal vez la manera de curar de manera definitiva a tu amiga, incluso podría decirte qué le pasó a tu madre o el día exacto en el que morirás.*

—Cuidado, espíritu —gruñó Callum, cuyas manos habían comenzado a teñirse de noches y pesadillas.

*—No hay por qué ponerse así, Guardián. Al fin y al cabo, a ti te encantaría poder decírselo.*

Ignoré sus provocaciones.

—Mi pregunta sigue siendo la misma. Respóndela.

—*Como prefieras. Eres una* Changeling*. La última de tu especie. Parte de su origen proviene de un mundo sin Luna. De ahí tu otro nombre. Los* Changeling *se creían extintos. Aunque erradicados es un término más adecuado. O al menos eso les hicieron creer a los Altos Fae. Lo que solo demuestra que son unas criaturas obtusas fáciles de manipular, en mi opinión. A fin de cuentas, la profecía lleva augurando tu destino desde hace más de un milenio. Pero ya sabes cómo son los Fae. El tiempo les hace olvidar. Y solo el tiempo y el destino dirán si superas los pecados de tu antecesor o te unes a ellos.*

—¿Qué profecía*?*

—*Eso es otra pregunta, criatura.*

—¿Qué quieres a cambio?

—No le des nada más —pidió Callum.

El *whisp* sonrió con los ojos. De haber tenido dientes y boca, los habríamos visto todos.

—*¡Qué caballeroso! Pero tiene razón. Yo solo quiero poder y el tuyo sabe especialmente dulce. Hacía miles de años que no lo probaba. Sin embargo, no estás en condiciones de darme más ahora mismo, hija de la no Luna.*

—Tiene que haber alguna otra cosa.

—*Comparte conmigo una de tus pesadillas. No te podré dar la respuesta completa, pero sí algo que te ayudará a encontrarla.*

Le di lo que pedía. Hablar de mis pesadillas era como romperme una y mil veces. Pero ¿cuántas veces se podía romper un alma a fin de cuentas?

—Muchas noches sueño que estoy huyendo. No yo, precisamente, sino alguien conmigo. Alguien que me lleva en brazos. Aunque la realidad es que no es un sueño. Creo que es un recuerdo. Sé que no tiene sentido. De ser cierto, yo no podría ser más que un bebé, pero

sé que es real. —Aquel recuerdo imposible me acompañaba todas las noches desde que tenía uso de razón. No fue difícil zambullirme en él—. Siempre pasa lo mismo. Me duele el cuerpo, sobre todo la garganta. Si es por llorar o porque estoy herida no sé distinguirlo. Aunque, al despertar, la cicatriz siempre me abrasa. En el sueño una mujer me lleva en brazos y corre sin descanso, me susurra una y otra vez que no dejará que me hagan daño. Me promete que estaremos bien. Y yo sé que es una mentira. Una mentira que quiere creerse porque algo nos persigue. Algo que, sin lugar a duda, ambas sabemos que nos alcanzará. Pero siempre me despierto antes de saber qué ocurre después. Hasta hace unos minutos la cara y la voz de esa mujer eran un misterio. Dentro del sueño, del recuerdo, siento que sé quién es. Pero, al despertar, soy incapaz de recordarlo.

*—Pero ahora ya sabes quién es. Ya sabes por qué la Dama viste su cuerpo cuando la miras.*

—Es mi madre, sí —admití por primera vez en voz alta—. Pero desconozco el origen de la crueldad de la Dama.

*—No es crueldad, criatura.*

Los espíritus tenían una percepción curiosa del bien y el mal si aquello no era crueldad.

—He cumplido mi parte. Cumple la tuya.

*—Solo hay un ser en este mundo que te pueda decir la verdad sobre la profecía. Al fin y al cabo, fue él mismo quien la creo. Mientras sus hermanas abandonaron Lyssandria, él no pudo resistir quedarse. Está en su naturaleza. Mientras haya vida, habrá muerte. Y, mientras haya muerte, Lyssandria tendrá al menos la presencia de uno de los dioses olvidados.*

—Hunt —murmuró Callum.

*—Exacto, joven Guardián. Algo oscuro se avecina por el Bosque. Algo que anhela la sangre de tu igual. Algo que lleva milenios en*

*marcha y que ahora es imposible de parar.* —El *whisp* se giró para mirarme—. *No es solo tu destino el que está en juego, criatura, sino el de toda Lyssandria. Estas fuerzas oscuras ya intentaron hacerse con el control antes, milenios atrás. Ahora regresan con más fuerza que nunca y solo tu sangre puede sellar su destino. Para bien o para mal. Las respuestas que buscáis las hallaréis siguiendo la estela del único dios olvidado que habita Lyssandria. Hunt, hijo de la Verdeluna y dios de la Muerte.*

# SEGUNDA PARTE

## Trozos de pesadillas olvidadas

# CAPÍTULO XVIII

## Elara

**La realidad de lo que acababa de hacer cayó de golpe. Como lo hacen siempre las cosas inevitables.**

Las llamas se movían llenas de vida y pausa. Se doblaban unas sobre otras en un eterno baile de fuego y brasa. Si me concentraba lo suficiente, podía sentir ese mismo baile en la punta de mis dedos. La ceniza subía, incombustible, hasta el centro de mi pecho. Pero no llegaba a calentarme.

Aun así, el poder estaba allí. Esperándome.

Me pregunté si tocar el fuego sería tan natural como el aire o el agua, o tan adictivo como las sombras. Pero la valentía me había abandonado y los restos de adrenalina en mi sistema se limitaron a hacerme temblar.

Después de horas repasando la confusa información que habíamos descubierto, el Priorato de Sombras había trazado un plan. Uno repleto de interrogantes y riesgos, pero no había más opciones. Hacía casi una hora que todos habían abandonado la biblioteca. Yo me había quedado sola con los libros y el sonido de la lluvia.

El crepitar de la chimenea de la biblioteca de Galamh rellenaba los silencios mientras la Corte de las Sombras rugía en el exterior con

una tormenta inmensa. Rayos de luz oscura iluminaban la Verdenoche. La lluvia caía sin descanso. En lo alto de las montañas voladoras los truenos rasgaban el silencio como centellas atormentadas.

Nadie había hecho ningún comentario, pero las miradas furtivas que Lía y Nox habían lanzado a Callum me dijeron lo suficiente. No era la única que pensaba que el repentino huracán estaba directamente conectado con el humor del Guardián.

Lía había repasado hasta la saciedad el libro que los Archivos nos habían proporcionado. Se trataba de una pequeña compilación de leyendas y cuentos infantiles. Todos ellos en referencia a una única corte: la Corte de las Olas.

Nadie dijo nada sobre el hecho de que yo hubiera podido sacar un libro de los Archivos. Algo a todas luces imposible. La verdad era que, después de apuñalar a mi padre, no había sido capaz de pensar con claridad.

¡Espíritus! Llamarlo así me daba ganas de volverlo a apuñalar y, esta vez, en el pecho.

Simplemente había echado a correr y el libro se había venido conmigo. Airum había dicho que nadie de Lyssandria podía robar nada de los Archivos. Sin embargo, las palabras del *whisp* habían comenzado a dibujar ideas peligrosas en mi cabeza.

*El mundo del que proviene una de sus partes es un mundo sin Luna*.

Por el momento decidí ignorar aquella semilla que se había plantado en mi consciencia. Esa noche había decidido ignorar muchas cosas.

Había decidido ignorar una profecía que desconocía, pero que dictaba mi futuro.

Había decidido ignorar la existencia de un dios olvidado.

Había decidido ignorar una guerra inminente.

Y todas y cada una de ellas se agolpaban contra mi cabeza en forma de migraña.

El frío del bosque de los Archivos se había instalado en mi cuerpo junto con las palabras del *whisp*. A pesar de la magia del castillo, y de estar sentada en la butaca más cercana al fuego, no podía parar de temblar. Hundí todavía más la nariz dentro de la manta de ganchillo con la que Levi me había cubierto hacía unos minutos.

Repasé de nuevo la carta que había escrito para Selene. Mis dedos manchados de tinta y sombras recorrían las líneas luchando por encontrar palabras mejores. Pese a llevar una eternidad buscándolas, no acudieron a mí. La petición era simple: necesitábamos su ayuda.

Nox había expresado su preocupación con respecto a la neutralidad de la Corte de las Olas. Por lo general, era una corte pacífica y temía que no quisieran tomar parte en el conflicto. Sin embargo, yo confiaba en que la Guardiana atendiera a mi petición. Ella misma había jurado su apoyo en la víspera de la última prueba del torneo. Su actitud en el Cónclave también me hacía tener esperanza.

La esperanza era un sentimiento peligroso que no acostumbraba a alimentar. Llegados a ese punto, tampoco me quedaban más opciones. La aparición de Orión y su abierta declaración hostil contra mí había acelerado el conflicto. El secreto de mi esencia era la clave de todo y las respuestas se encontraban en la Corte de las Olas. Lía estaba segura de ello y yo confiaba en su criterio.

Habíamos llegado de los Archivos con una tormenta respirando en nuestra nuca. Yo cubierta de sangre y Callum con el gesto serio. Lía se había convertido en la voz al mando de la operación. Entre ella y su hermano habían organizado un plan de ataque rápido y efectivo.

Levi debía continuar con la vigilancia de las fronteras y la monitorización de las criaturas. Lía había puesto rumbo a la capital de la corte para investigar todo lo que pudiera encontrar acerca de Hunt, dios de la Muerte y único ser capaz de explicar una profecía desconocida. Si había alguien en Lyssandria capaz de encontrar a un dios olvidado esa persona era ella.

Nox usaría sus habilidades y la red de espías de la corte para conseguir más información. Ninguno de ellos había oído jamás el término *Changeling,* pero eso no quería decir que otros no lo hubieran hecho. Callum y Lía sospechaban que Orión no trabajaba solo. Por sus insinuaciones quedaba bastante claro que quizá su padre había estado involucrado en el pasado.

No conseguía sacudirme las últimas palabras del *whisp.*

*Algo oscuro se avecina por el Bosque. Algo que anhela la sangre de tu igual.*

Si el comportamiento de Umbra en el Cónclave y en el torneo no habían sido indicadores suficientes, la sutil referencia del espíritu lo dejaba bastante claro. La Guardiana del Bosque estaba más involucrada de lo que pensábamos.

Decenas de velas encantadas iluminaban la noche dentro de la habitación. La estancia era enorme y estaba dispuesta en dos pisos. El segundo estaba rodeado por una barandilla a modo de balcón que conectaba ambas habitaciones creando un efecto de cascada que cubría las paredes de libros.

Las estanterías eran de una madera clara y desgastada. Todo el suelo estaba cubierto por gruesas alfombras de colores en tonos argentados y distintas mesas de trabajo. Había multitud de rinconcitos de lectura que salpicaban los recovecos más oscuros. Un mar de sillones acolchados y cojines en los que perderse en una historia.

Visiones de sangre y muerte perseguían mi vigilia. Las aparté, pero, para mi desgracia, fueron sustituidas por el recuerdo de la horrible sonrisa de Orión. Por mucho que quisiera creer lo contrario, no había sido capaz de matarlo a sangre fría. Sus palabras de odio todavía se repetían en mi mente. El cuadro de mi madre viviría para siempre en mi retina.

¿Había sido demasiado cobarde al no matarlo?

La presencia de Callum me hizo volver a la realidad. No necesité oír sus pasos para saber que había vuelto a la biblioteca. Como cada vez que entraba en una habitación, mi oscuridad lo encontraba antes que a nadie. Con la mirada perdida en el fuego, le tendí la carta para Selene. Él la aceptó en silencio.

Con un dedo bañado en sombras, selló el sobre con su marca e hizo desaparecer la carta. Solo quedaba esperar a la respuesta de la Guardiana.

—Debería haberlo matado —confesé entre truenos lejanos.

Callum se puso rígido a mi lado. Mientras yo contemplaba las llamas en busca de calor, él miraba la tormenta sin apenas pestañear. Permaneció de pie a escasos centímetros. No lo había visto sentarse desde que habíamos llegado.

—No, eso es algo que yo mismo tendría que haber hecho hace cien años. —Sus ojos repasaban la tormenta como si entre los nubarrones pudieran encontrar la manera de volver atrás—. No estará con vida mucho más tiempo. Orión ha hecho una declaración directa contra ti. El muy estúpido ha firmado su sentencia de muerte. —Sentí su oscuridad palpitar con la lluvia—. Ya no son insinuaciones ni ataques velados tras criaturas oscuras. Vienen a por ti y no pararán hasta conseguirlo.

Me enderecé, dejando caer la manta. El momento de huir había llegado a su fin.

—No pienso dejar que nadie me vuelva a poner una mano encima —susurré, sorprendiéndome a mí misma.

Porque era la verdad.

Si Orión volvía a atacarme, o si lo hacía alguien más, no dudaría. Dagas primero, preguntas después. No había sobrevivido en Nébula regodeándome en el dolor. No, el dolor había sido mi combustible. Puede que estuviera rota, pero eso solo me daba más cantos imperfectos con los que cortar.

—Música para mis oídos. Nada me pone más que la idea de cazar monstruos contigo —ronroneó él.

Callum me lanzó una sonrisa torcida y sentí que parte del hielo que había anidado en mi interior se derretía. Sabía que solo intentaba provocarme, distraerme. Mi oscuridad no hizo ni caso y siguió latiendo descontrolada.

—Estoy bastante segura de que, para ellos, nosotros somos los monstruos.

—Me importa una mierda. Seré el monstruo más horrible, si eso quiere decir que mi familia está a salvo.

Por la manera salvaje en la que el Guardián me miraba sentí que eso me incluía a mí.

Esperanza, maldito veneno.

—Sé un monstruo conmigo, Tiniebla —susurró.

Callum tenía razón. A su lado ser un monstruo no parecía tan terrible.

Llevaba demasiado tiempo preocupada por controlarme, preocupaba por no ser el monstruo que todo el mundo temía. El monstruo que sabía que podía ser. Pero lo que le había dicho a Orión en los Archivos era la única verdad de la que estaba segura.

Tal vez fuera un monstruo de su creación.

Tal vez eso me hacía imperdonable.

Pero las garras ya formaban parte de mi esencia. Y, si pensaban que me iba a quedar quieta, sin utilizarlas, es que eran unos ilusos.

Como si mi pensamiento se hubiera hecho carne, la sonrisa de Callum se volvió oscura. En sus ojos había una chispa que sentí crepitar en todo mi cuerpo.

—*Pues vamos a cazar* —declaré en su mente.

Como respuesta, los truenos de su tormenta corearon mis amenazas.

# CAPÍTULO XIX

## Elara

## Debió matarlo. Debió matarlo una y mil veces.

La respuesta de Selene fue rápida. Tan solo tres días después de enviar mi carta, la Guardiana había aceptado hospedarnos durante unos días. Faltaban apenas unas horas para viajar a la Corte de las Olas cuando unos golpes suaves sonaron en la puerta del invernadero. Me giré a tiempo de ver como Lark asomaba la cabeza por el hueco que descansaba entre los portones de hierro tallado que enmarcaban la entrada.

La Alta Fae me sonrió con cariño, con esos ojos que compartía con su hija, pero que, en su persona, tenían un matiz distinto. Un brillo añejo que dejaba adivinar los años detrás de su rostro inmaculado y un sinfín de vida a sus espaldas.

Lark estaba envuelta en una capa de terciopelo color borgoña que caía en delicados pliegues a sus pies. Su pelo, como casi siempre, estaba recogido en una trenza simple y adornado con pequeñas cuentas iridiscentes. Cuando el sol chocaba con ellas, la luz creaba pequeñas galaxias a su alrededor.

—¿Se puede? —preguntó.

Traía consigo una pequeña cesta con herramientas de jardinería, un par de guantes y una almohada para descansar las rodillas. Me

limité a asentir. A fin de cuentas, aquel era su invernadero y la intrusa era yo.

Las paredes acristaladas estaban compuestas por mosaicos de distintas tonalidades claras. En cada ventana, el cristal había sido ornamentado con cuentas similares a las que Lark llevaba en el pelo. Su disposición no era aleatoria. Lía me había explicado que sus antepasados habían dibujado las diferentes constelaciones de manera estratégica.

En la Corte de las Sombras muchas plantas crecían con la luz de la Verdeluna en lugar de con la luz del sol. Las ventanas ayudaban a distinguir la mejor época del año para cultivar, en función de la posición del astro y la cantidad de luz.

El resultado era un caleidoscopio crepuscular que teñía de matices las noches del invernadero y protegía sus cultivos de la luz excesiva del sol.

—He pensado que podría darte un pequeño obsequio antes del viaje. Uno que estoy segura de que Selene interpretará como un gesto de buena fe —explicó Lark.

Dejó la cesta sobre una de las amplias mesas de madera envejecida que descansaban en el patio central del invernadero.

—Ya habéis hecho suficiente.

—Mi niña, curar tus heridas y darte la bienvenida no son regalos. Es lo mínimo que podemos hacer —respondió ella apretando mi hombro con cariño al pasar junto a la banqueta en la que me encontraba sentada.

Lark continuó andando hasta perderse un poco entre una de las jardineras más cercanas al patio exterior del invernadero. Con unas tijeras doradas comenzó a cortar brotes de una planta en forma de arbusto. La planta estaba salpicada de pequeñas flores de un color imposible de describir. Una tonalidad entre el violeta más mágico y el

azul más delicado. Con manos seguras, Lark cortó pequeños tallos repletos de aquella flor de pétalos cortos y color indescifrable. Sus manos se movían en una danza aprendida. Cortaban, guardaban y volvían a empezar.

—La Corte de las Olas es un lugar que parece sacado de un cuento o de un sueño. Supongo que es lo mismo —dijo concentrada en su tarea—. En mi juventud era un lugar que siempre deseé visitar. Cuando por fin lo hice, no fue en las mejores circunstancias. Ni en la mejor compañía.

Su sonrisa se empañó de tristeza, pero era una tristeza valiente. Una tristeza que se permitía asomar de vez en cuando, sin avergonzarse de existir.

Lo poco que me había contado Callum lo dejaba más que claro. El antiguo Guardián no había sido un buen hombre. Pero cuando su madre sonreía de aquella manera, yo no podía evitar sentirme asombrada. Lark sonreía a las cosas tristes de igual manera que sonreía a todo lo demás. Con una fiereza extraordinaria y una capacidad asombrosa de mirar al futuro sin olvidar el pasado, pero sin permitir que este dictara su presente.

—Por la noche, en mi opinión el mejor momento para contemplar la capital, la luz de la Verdeluna se filtra a través del agua e ilumina estas flores. Su nombre coloquial es *luciérnagas del crepúsculo.* Cuando la luz impacta sobre ellas es como si las estrellas inundaran las cúpulas de Seuqadac. Es realmente hermoso. Hasta tal punto que, en mi primera visita, me quedé prendada de aquella visión. Por aquel entonces, las noches eran un momento complicado y aquella vista me trajo paz. —Lark sonrió. Sus ojos bañados en nostalgia—. Selene debió de darse cuenta. Hacía poco que ella era Guardiana y nuestra visita no le puso las cosas fáciles. La verdad es que la presencia del antiguo Guardián de las Sombras nunca hacía las

cosas sencillas. Yo era joven, demasiado. No sé qué la empujó a hacer lo que hizo. Aunque sospecho que tuvo algo que ver con que me pillara allí parada, en mitad de la noche, con un camisón arrugado y la cara llena de lágrimas.

No quise preguntar.

Ella tampoco especificó, pero el dolor de sus ojos era un dolor compartido entre las mujeres. Un dolor resignado que sabíamos reconocer entre nosotras. Un dolor sobre el que no es necesario preguntar o presionar, pues, tristemente, todas lo habíamos sufrido en nuestras propias carnes. O en las de una hermana, una amiga, una madre.

Lark avanzó hasta sentarse junto a mí en el pequeño banco. Con un dedo delicado recogió una de las lágrimas que había escapado de mis ojos y me acarició la mejilla con una sonrisa sincera. Dejé que siguiera hablando, al tiempo que comenzaba a tejer las pequeñas flores entre los mechones de las dos trenzas que recogían la parte superior de mi melena antes de que esta bajara en ondas desordenadas por mi espalda.

—Selene me visitó una última vez en mi habitación antes de despedirnos oficialmente. Me trajo una maceta rebosante de *luciérnagas del crepúsculo.* Me dijo algo que me ha acompañado durante muchos años: «Para que iluminen tus noches más oscuras y espanten las pesadillas. No las trasplantes hasta que no encuentres un lugar que te traiga paz y sea refugio. Un lugar al que llamar hogar. Esta maceta las mantendrá a salvo. Algo me dice que todavía te quedan varias noches en penumbra. Deja que estas luciérnagas te acompañen hasta entonces».

—Y las plantaste aquí —comprendí.

—Así es.

Durante unos minutos se instaló entre nosotras un silencio apacible. Cerré los ojos mientras Lark tejía flores en mi pelo y cosía historias en el universo. No me había atrevido a preguntar hasta entonces, pero el rostro del retrato de los Archivos me perseguía en pesadillas que ahora recordaba al despertar. Sabía que Callum me lo contaría si preguntaba. Lo había intentado, pero nunca era capaz de encontrar las palabras.

Hasta entonces.

—¿Cómo se llamaba? —No hizo falta que explicara a quién me refería.

Los dedos de Lark no pararon de pintar mi pelo de flores y recuerdos.

—Lunaris.

Era extraño, como un nombre era capaz de decir tantas cosas sin haber conocido jamás a su dueña. El rostro de mi madre volvió a mi memoria.

—Lunaris —repetí, solo para saber cuál era la forma de aquel nombre en mis labios. Decirlo en voz alta supo agridulce—. —¿La conocías?

Lark negó despacio.

—No personalmente, pero coincidimos en varias ocasiones. Orión y el antiguo Guardián de las Sombras eran amigos. —Emitió una risa resignada—. Tal para cual. Pero no eran proclives a dejar que pasáramos tiempo a solas con otras Altas Fae. Supongo que temían que, si hablábamos, nos daríamos cuenta de que había otras pasando por lo mismo.

El canto de un pájaro extraño tintineó contra las paredes del invernadero. Mientras veía como el ave trazaba una pirueta en el cielo, me pregunté si mi madre habría crecido con su canción de

fondo. Igual que yo había crecido con el arrullo de las olas en Nébula.

—Tu madre era la única descendiente que quedaba con vida de una familia adinerada del sur, en el condado sobre el que Orión gobernaba. Creo que él quería sus tierras, además de un heredero. No sé con detalle qué sucedió. Lo que sí que puedo decirte es que no le dieron opción de elegir. Por aquel entonces ninguna teníamos esa opción. —Lo dijo con cuidado, con una paciencia que reflejaba años de trabajo—. Tardó mucho tiempo en quedarse embarazada. Ya sabes lo escasos que son los niños entre los Fae. Varias décadas no es una cantidad desorbitada de tiempo, pero Lunaris tardó mucho más. Sus ojos tenían siempre un tinte triste. Supongo que como los míos por aquel entonces. Pero, cuando acariciaba su vientre, la tristeza y el miedo desaparecían durante unos instantes. Sé que te quería con todo su ser, una madre sabe esas cosas. Y sé que estaría muy orgullosa de la persona en la que te has convertido.

Me negué a llorar. Tragué saliva forzándome a existir más allá del nudo de mi garganta y respiré con profundidad hasta calmar el rugido de mi poder.

—¿Qué le sucedió?

Lark me miró durante unos segundos interminables.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que puedas averiguarlo, Elara. Pero debes saber que tu madre hizo lo imposible por mantenerte a salvo.

Pude ver en sus ojos que buscaba las palabras para explicarse. Supe que, si hubiera podido, me hubiese dado las respuestas que buscaba. Algo se lo impedía. Así que, otra vez, las respuestas me ganaron la carrera.

# CAPÍTULO XX

## Elara

**Había pocos momentos en los que se sintiera más poderoso que cuando conseguía hacer que aquel sonido brotara de sus labios.**

Las volutas de sombra y nebulosa se arremolinaron contra nosotros. El aire era eléctrico, casi translucido. Me dejé acariciar por el torrente de magia oscura que Callum transmitía. La presencia de su mano aferrándose a mi cadera y el suspiro de su aliento en mi oído me mantuvieron alerta. Algo en mi interior rugió liberado, como si sospechara que una parte de mi poder volvía a casa al fin.

—Respira, Tiniebla —susurró contra mi cuello antes de realizar el Salto Irisado.

Puede que la ansiedad por visitar el hogar de Oraz tuviera algo que ver con el nudo de nervios que asolaba mi estómago. Estaba segura de que la cercanía de Callum no tenía nada que ver. Las nubes de polvo de estrella dieron paso a la danza pausada de aguamarina y a una explosión violeta. Luciérnagas del crepúsculo. Su luz iridiscente era débil bajo el sol aguado, pero sus destellos morados fueron lo primero en darnos la bienvenida. Las flores de mi pelo brillaron por respuesta. Me sentí un poco más en casa.

Mis pies se posaron en una superficie adoquinada. Un intenso aroma a sal y alhelí inundó mis sentidos. Seuqadac, la capital sumergida de la Corte de las Olas apareció ante mis ojos. Una urbe inmersa entre marismas de un turquesa intenso y criaturas marinas de las que solo había oído hablar en cuentos. Una amalgama de burbujas y bóvedas transparentes se hundían en la inmensidad del fondo marino. En su interior, una ciudad de paredes blancas hechas de roca y caliza se extendía más allá de donde alcanzaba la vista.

Los edificios estaban construidos en la base del arrecife, creando cordilleras blancas, salpicadas de luces violeta y bancos de peces que navegaban entre las esferas. Todas y cada una de las cúpulas estaban conectadas por largos túneles transparentes que se antojaban de cristal. Resplandecían, desafiantes ante el oleaje.

La ciudad brillaba con color y música. Desde la lejanía adiviné decenas de pequeños comercios: mercados, tiendas de flores, estudios de pintura y restaurantes con terrazas tranquilas. La ciudad respiraba libertad sumida en un mundo alejado de la superficie.

Los rayos del sol de la tarde llegaban en pequeños estruendos filtrados a través de la profundidad del océano. Creaban prismas de color desordenados que acariciaban en agua con delicadeza. Sin embargo, las bóvedas contenían multitudes, pequeños mundos encantados que se estiraban hasta límites insospechados.

Habíamos aparecido en una pequeña plaza. Miré hacia arriba, maravillada con cómo la cúpula de cristal se movía con las olas. La placita estaba rodeada por diferentes fuentes con motivos animales. Kelpies, delfines, tiburones y carpas. Toda clase de criaturas talladas en marfil creaban un juego de agua y luz que hacía las delicias de la vista.

Al otro lado de la plaza, un impresionante castillo de piedra blanca se erguía tan alto como la cúpula. Cada una de sus paredes estaba

tallada de manera similar a la de las fuentes. Motivos florales y marinos cubrían toda su superficie. Las ventanas estaban encastradas entre perlas y piedras de aguamarina haciendo que el palacio brillara con aura propia.

—Impresionante, ¿verdad? —susurró Callum a mi espalda conforme tres figuras salían de la puerta principal andando en nuestra dirección.

Distinguí a Selene y a uno de los soldados que había estado con ella en el Cónclave.

—Este es el patio de visitas del castillo de Seuqadac. El simple hecho de que nos hayan recibido aquí y no en la Perla de Bienvenida es buena señal. Es un símbolo de respeto.

Asentí en silencio. Nuestros cuerpos todavía estaban en contacto. Y, a pesar de que nos separaban varias capas de tela, toda mi piel ardía por la cercanía.

Lía había insistido mucho en que lleváramos vestidos vaporosos en nuestro equipaje. Telas suaves y ligeras para soportar el calor y la humedad de la Corte de las Olas. Aunque solo llevábamos unos segundos allí, yo ya le estaba agradecida. Aun así, el vestido cubría todo mi cuerpo a excepción de los hombros y el cuello. La tela era de un gris perlado lleno de matices, que caía en suntuosas ondas de seda. Un corsé violeta y engarzado con motivos de la Corte de las Sombras ceñía el vestido a mi cintura y acentuaba el escote. Las mangas transparentes partían desde la base de los hombros y cubrían mis brazos sin ajustarse. Tanto que el movimiento de las sombras que Callum me había regalado se intuía entre las capas de tela.

Lía se había negado en rotundo a que viajara con mi ropa de lucha, pero había accedido a dejarme llevar dos de mis dagas en

sendas cintas en la cara externa de los muslos. Saber que las tenía conmigo me daba seguridad.

Por su parte, Callum vestía una versión más ligera de su habitual indumentaria negra. Un traje negro de lino fresco bordado con hilo violeta a juego con mi corsé.

*—¿Perla de Bienvenida?* —pregunté a través de nuestra conexión mental por miedo a que los avanzados sentidos de los Altos Fae les permitieran escuchar nuestra conversación a pesar de la distancia.

*—Así es como llaman a cada una de las cúpulas que conforman la ciudad. La Perla de Bienvenida es una pequeña bóveda en la zona más alejada del castillo. Obliga a los visitantes a andar durante casi una hora antes de una audiencia con Selene. Los Saltos Irisados no están bien vistos entre los habitantes de Seuqadac, a no ser que sea estrictamente necesario.*

*—¿Así que simplemente andan?*

*—No exactamente* —respondió Callum con una risa ronca que me puso los pelos de punta.

Todavía con su pecho en contacto con mi espalda y una de sus manos en mi cadera, posó su otra mano en la base de mi cuello. Dejé escapar un jadeo de sorpresa que acallé al instante obligándome a morder mi labio inferior.

Había algo indecente en el hecho de que estuviera tocando la única zona expuesta de mi cuerpo mientras el grupo de bienvenida se aproximaba cada vez más. El contacto hizo que se me acelerará el pulso. Sentí los ojos negros de Callum clavados en mis labios mientras extendía los dedos índice y pulgar y presionaba ligeramente mi mandíbula para que mirase hacia arriba.

Fue entonces cuando me percaté.

Varias figuras se movían con gracia entre las perlas. Altos y Bajos Fae surcaban el manto marino rodeados de burbujas que cubrían sus

rostros y acompañados de diferentes criaturas. Entre las sombras, me pareció distinguir varios tiburones, un Selkie y hasta lo que parecía un calamar enorme.

*—Como respirar bajo el agua no es un problema, los habitantes de la corte prefieren navegar el mar entre las perlas a nado. La mayoría de ellos cuentan con un Eólach que suele acompañarlos en sus desplazamientos.*

*—¿Eólach?*

*—Los habitantes de la Corte de las Olas pueden crear vínculos muy estrechos con criaturas del mar. A estos se les conoce como Eólachs. Algo me dice que cierto Kelpie que conocemos es precisamente eso para ti.*

Callum presionó ligeramente mi garganta antes de romper nuestro contacto. Un calor delicioso se instaló en la parte baja de mi estómago y entre mis piernas. Parpadeé varias veces en un intento de recobrar algo de control. Me esforcé por recordar que aquello no era real, que todo era parte de nuestra puesta en escena.

Selene y los dos hombres que la acompañaban nos estudiaban con curiosidad mientras avanzaban a nuestro encuentro. Todos vestían indumentarias similares. La piel oscura de Selene contrastaba de manera exquisita contra el blanco del vestido vaporoso de espalda descubierta y escote de vértigo que lucía. En esta ocasión sus rastas habían sido peinadas en un moño simple adornado con decenas de aros dorados a juego con sus brazaletes y un enorme collar que cubría por completo su cuello.

Los otros dos hombres vestían trajes parecidos. Mientras uno de ellos llevaba un vestido similar al de la Guardiana, pero sin tirantes, el otro Fae llevaba puesta una versión casi idéntica, pero con unos pantalones fluidos que se ceñían a sus tobillos.

La piel de los dos Fae tenía un tinte azulado parecido al turquesa del romper de las olas. A ambos lados de su cabeza había dos orejas delicadas y membranosas, como finas aletas de pez, enmarcando su rostro.

El corazón me dio un vuelco.

*—Callum no quiero fingir con Selene. No quiero comportarme como lo hice en el Cónclave.* —No tenía fuerzas para hacerlo, era lo que en realidad debería haber dicho—. *Aquí no. Ella está de nuestro lado. No puedo mentirle*.

El negro de su mirada me estudió durante unos segundos. ¿Qué estaría viendo? A veces creía que solo quedaban fragmentos inservibles en mi interior. Los restos inútiles de una espada que seguían cortando pese a no tener forma. Pero pese a todo, pese a saber las atrocidades que había cometido, pese a saber que había cosas que no podía decirme, la paciencia de Callum jamás se agotaba. Lo cierto es que hacía tiempo que había dejado de pensar que era paciencia lo que el Guardián sentía al verme. Tampoco era compasión. No, lo que sus ojos parecían gritar sabía peligrosamente a respeto.

*—Estoy de acuerdo. Seremos lo más sinceros posible. Selene es de las pocas personas fuera de mi círculo que me inspiran confianza.*

Selene y sus dos acompañantes se detuvieron a escasos metros de nosotros. Los dos Fae inclinaron la cabeza a modo de saludo. Callum fue a su encuentro. Extendió un brazo hacia Selene y ella lo cogió por el antebrazo sin dudar. Ambos se estrecharon durante unos segundos.

—Muchas gracias por acogernos con tanta rapidez, Selene. Estamos en deuda contigo. —Después de varias semanas en la Corte de las Sombras yo estaba acostumbrada a ese tono profundo y

sincero, pero no se me escapó la sorpresa fugaz en las facciones de Selene.

—Como prometí, la Corte de las Olas siempre recibirá a Elara y a sus allegados con los brazos abiertos —respondió con gesto solemne.

—Muchísimas gracias, Guardiana. Es un placer volver a vernos en circunstancias menos...

—¿Sangrientas? —ofreció uno de los Fae con una mueca divertida.

Su rostro era hermoso, provisto de unos ojos azules que me observaban con un interés inusual y enmarcado por rastas violetas que le caían sobre las cejas.

—*Yo iba a decir apocalípticas* —murmuré a través de nuestra hebra.

—*No le digas eso, Tiniebla, o jamás te lo quitarás de encima* —respondió Callum con sequedad.

—*¿Qué diablos significa eso?*

—*Que no soy el único que siente debilidad por las maldades que obra tu lengua.*

Recé por que el calor de mis mejillas pasara desapercibido por culpa de la humedad y las altas temperaturas. Me obligué a ignorar el traqueteo de mi corazón.

Selene avanzó entre risas suaves hasta posar sus manos en mis hombros y besar mis mejillas. Lía me había advertido de la costumbre de los Fae de las Olas en cuanto a sus saludos. Aun así, el gesto me pilló desprevenida.

—Vitrio querido, creo que Elara no habría escogido ese término. Aunque no estás del todo desencaminado. Y Elara, por favor, llámame Selene. Guardiana era mi tía abuela, que la Verdeluna la tenga en su gloria. Cada vez que alguien me llama así siento que me suman mil años de vida. —Selene entrelazó su brazo con el mío y

tiró con suavidad. Comenzamos a andar hacia la entrada del palacio con los tres hombres siguiendo nuestra estela.

—Entremos, dentro el calor no es tan sofocante. Tengo entendido que puede ser difícil para los recién llegados —añadió con un guiño.

Me dejé llevar y no me permití mirar hacia atrás. La presencia de Callum acarició mi escudo: era constante y segura. Mis siguientes pasos fueron más firmes.

La antesala del palacio estaba sumida en una penumbra reconfortante que alivió el calor de inmediato. El interior era tan lujoso y ornamentado como el exterior del edificio.

—Disculpad la premura. Algunas conversaciones no están a salvo en la intemperie. Ni siquiera en mi casa. Las garras de las otras cortes se estrechan hasta límites insospechados.

Selene habló por encima del hombro para dirigirse también a Callum mientras recorríamos a paso ligero un pasillo amplio bordeado por retratos familiares. No estaba preparada para ver la sonrisa de Oraz entre las pinturas, así que me obligué a mirar al frente.

—Solo en la última semana hemos interceptado siete intentos de espionaje por parte de Mukas ni más ni menos —añadió el otro Fae, que, hasta el momento, había permanecido callado—. Alguien los está usando para llegar a nosotros.

Sus ojos eran del mismo azul que el de su acompañante, pero llevaba la cabeza completamente rapada.

—Nosotros hemos experimentado movimientos similares por parte de jaurías de Sith y un enjambre de Puka —compartió Callum.

—¿Puka? —respondió Vitrio, atónito.

Selene paró en seco y se volvió para mirar a Callum. Pese a la intensidad del momento, él mantuvo la vista serena y abierta, esperando para responder más preguntas.

—Por desgracia no es la primera vez que muestran su interés por Elara. Tampoco son las primeras criaturas en hacerlo. Supongo que recordarás el afán de los Selkies por ahogarla en la segunda prueba. Me gustaría ponerte en contacto con la persona al mando de mis ejércitos, Vitrio. Estoy seguro de que podréis poner muchos puntos en común y encontrar patrones con más facilidad. Tal vez eso ayude a esclarecer quién está detrás de estos ataques.

El aludido inclinó la cabeza, agradecido, y yo respiré aliviada. La colaboración era posible. Aquel breve intercambio era prueba suficiente.

—¿Quién acabó con ellos? —preguntó la Guardiana de las Olas.

—Elara —respondió Callum.

Mi nombre en sus labios siempre era una dosis letal de adrenalina, incluso cuando lo decía con la mandíbula tensa y el recuerdo de aquellas horas ensombreciendo su mirada.

Sentí como tres pares de ojos se clavaban en mí, pero me forcé a mantener la cabeza alta. No era ningún secreto que era poderosa. Era el mismo motivo por el que medio continente me quería muerta. No tenía sentido alguno continuar escondiéndose.

Selene y el Fae de cabeza rapada me observaban con admiración y algo de recelo, como intentando descifrar el enigma de mi existencia.

—Al final nuestro hermano tenía razón —murmuró Vitrio, mirándome con algo más que curiosidad.

—¿Hermano? —pregunté temiendo la respuesta.

Selene se llevó la mano al pecho.

—He olvidado por completo las presentaciones, Elara. Discúlpame. Te presento a Vitrio y Onem. Vitrio es el general al mando de mis ejércitos. Onem es uno de mis consejeros más cercanos. Ambos son hermanos de Oraz —explicó Selene.

La similitud era asombrosa. No había querido verlo al principio, pero la realidad era que eran como tres gotas de agua. El nudo en mi garganta comenzó a crecer y tuve que forzarme a pronunciar mis siguientes palabras con la esperanza de que no sonaran demasiado temblorosas.

—Vuestro hermano es el único motivo de que yo siga con vida. Siento muchísimo no haber podido hacer nada para salvarlo. Nuestro tiempo juntos fue breve, pero él y Levi son las razones de que me mantuviera cuerda durante el torneo. De que no me sintiera tan sola y perdida. Todavía no entiendo por qué decidieron ayudarme, pero solo puedo expresar mi gratitud. Jamás he estado en presencia de un alma tan hermosa como la de Oraz y por eso estaré siempre en deuda con él.

Callum rodeó hasta el último recoveco de mi mente. Me inundó con una marea de calor y orgullo. Me dio fuerza y dejó que apoyara algo de la carga sobre sus hombros.

Vitrio y Onem asintieron con solemnidad.

—Oraz era la persona más valiente y desinteresada que conozco. Sabía ver el potencial en los demás, pero sobre todo tenía un sexto sentido que le ayudaba a estar siempre en el lugar adecuado en el momento adecuado —recordó Onem con cariño—. Los espíritus quisieron que vuestros caminos se encontrasen. Oraz se saltó todas nuestras peticiones para acudir al torneo en mi lugar. Decía que sentía que era lo correcto. Su destino. Ahora creo que Oraz tenía razón.

Incapaz de hablar, me limité a asentir agradecida. Aquella era la familia por la que Oraz había sacrificado su vida. Mantenerlos a salvo era ahora mi responsabilidad.

—¿Erais amantes también? —quiso saber Vitrio.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Perdón? —conseguí decir entre toses.

Selene y los demás se rieron con ganas.

—Disculpa a Vitrio, Elara. Se niega a visitar otros lugares fuera de nuestra corte y a menudo olvida que no todo el mundo entiende el amor y el sexo como nosotros.

—No comprendo —balbuceé, todavía confusa.

—La Corte de las Olas es un lugar mucho más flexible en cuanto a las ataduras sentimentales. La mayoría de las relaciones son abiertas o plurales. No es extraño que una persona tenga dos o más parejas o que dentro de vínculos estables se acepte la actividad sexual con terceros de manera esporádica —explicó Callum con gesto divertido.

—*Podrías haberme avisado*. —Le fulminé con la mirada.

*—¿Y perderme esta reacción? No lo creo. Me gusta demasiado verte sonrojada.*

Cerré la puerta que conectaba nuestras mentes con fuerza. Aun así, pude oír su risa ronca a través de la hebra de medianoche que nos unía. Había tenido mi buena dosis de relaciones esporádicas durante los años anteriores. Después del mayor fracaso sentimental en la historia de Lyssandria, tampoco me había animado a darle de nuevo ese poder sobre mí a nadie. Por no hablar de que Nébula era una isla con *candidatos* limitados.

—Yo mismo estoy unido a un hombre y a una mujer. Juntos tenemos dos hijos —añadió Onem, ajeno a mi torbellino mental.

Sonreí más decidida. Si lo pensaba con detenimiento estaba segura de que Artio había mencionado algo sobre aquello durante una de las muchas historias sobre su juventud. Si la memoria no me fallaba, mi mentor había pasado una semana encerrado en una fiesta desenfrenada en un pequeño pueblo costero de la Corte de las Olas para celebrar su cincuenta cumpleaños. Aquella era, probablemente, una de las historietas que más me hacían chillar

avergonzada cuando la contaba, a pesar de que nunca entraba en detalles. También era una de las que más le hacía reír a él. Yo sospechaba que era mi reacción lo que provocaba sus carcajadas.

—Entiendo —dije con una sonrisa, algo avergonzada—. Oraz y yo éramos simplemente amigos.

Vitrio asintió despacio y me pareció que le había dado exactamente la respuesta que anhelaba. Callum acortó la distancia que nos separaba y se situó a mi espalda. Giré la cabeza con curiosidad, pero sus ojos no perdían de vista a Vitrio.

Selene volvió a mirar las sombras que bailaban en mi antebrazo. Sus ojos recorrieron mi cuerpo hasta llegar a las flores que Lark había cosido en mi cabello. Al verlas, su mirada se suavizó.

—Oraz era una persona maravillosa y su sacrificio no será en vano. Esta es una causa que todavía no ha terminado, y tú, querida, estás en el centro de ella.

—No por elección propia —respondí casi por inercia, pero ella no se ofendió.

—El destino rara vez nos permite escoger. La mayor parte de las veces irrumpe como la marea y arrasa con todo.

Callum asintió a su vez y, tras tomar aire, comenzó a hablar.

—Por eso necesitamos tu ayuda, Selene. En este caso no es solo el destino de Elara el que está en juego, sino el de toda Lyssandria. Al menos eso tememos.

Tras otra pausa cargada de tensión y anticipación Callum le contó todo lo que habíamos descubierto en las últimas semanas. Selene se cruzó de brazos y no habló durante varios minutos. Se limitó a escuchar nuestro relato sin interrumpir. Cuando lo hizo fue con la cabeza inclinada y una ceja levantada.

—Es peor de lo que imaginaba, entonces.

—Necesitamos tu ayuda, Selene —me atreví a presionar—. No sabemos a qué nos enfrentamos y todo apunta a que las respuestas están en vuestra corte. Por el momento, eso es todo lo que necesitamos: información.

Selene asintió en silencio, pero sus ojos volaron con rapidez de vuelta al Guardián de las Sombras.

—¿Cuál es tu papel en todo esto, Callum? Comprenderás que comparta la misma preocupación que el resto de los guardianes. Si bien yo no dirijo mi incertidumbre hacia Elara, no voy a mentir y decir que no me inquietan tus intereses. ¿Un trato con la Dama por una simple súbdita de tu corte? Asumo que entenderás que crea que hay muchas cosas que no nos estás diciendo.

Pude ver el momento exacto en el que Callum decidió rendirse y dejar de aparentar.

—No hay nada simple en Elara —suspiró—. Y, con todos mis respetos, esas explicaciones le pertenecen solo a ella. Tienes razón, hay cosas que no puedo decir, información que el trato me prohíbe compartir. Elara es consciente de ello. No puedo obligarte a confiar en mí, pero te doy mi palabra de que esa información no cambia mis motivos. Todo lo que hago, he hecho y haré es para asegurarme de que Elara está a salvo. Mataré a cualquiera que ose ponerle la mano encima y lo haré con una sonrisa. La vida de Elara está conectada con la paz de Lyssandria.

Las palabras del Guardián se entrelazaron con cada una de mis respiraciones.

—Tu reputación te precede, Oscuro, y no me gustan los juegos. Por todos es sabido lo poco que te importa la vida de otros Fae. La sombra de Astrella y la muerte de tu predecesor planean sobre tu cabeza.

Sentí el golpe como si fuera dirigido a mi garganta. Callum le sostuvo la mirada sin responder, pero el dolor en su rostro era evidente.

—Elara confía en ti y ese es el único motivo de que haya aceptado tu presencia. No sé de qué lado estás o cuáles son tus intereses. La Corte de las Olas no es otra ficha que mover como si de una marioneta se tratase.

Callum no se amedrentó, pero tampoco se escondió detrás de la postura fría que acostumbraba a usar como coraza en aquellas situaciones. En lugar de eso, continuó con una voz firme pero serena.

—Tienes razón, Selene. He hecho siempre todo lo necesario para asegurarme de que los míos estaban a salvo. Eso me ha llevado a hacer cosas cuestionables. Pero, desde que estoy al mando de mi Corte, he intentado actuar de manera diferente. No es ningún secreto que maté a mi padre. Para serte sincero, el mundo habría sido mejor si lo hubiera hecho antes. No espero que confíes en mí. Los dioses saben que no lo merezco. Sin embargo, Elara ha demostrado una y otra vez que es digna de confianza. Yo confío en ella con todo mi ser. Solo pido que tú hagas lo mismo.

Contuve la respiración mientras Selene rumiaba las palabras de Callum. Me dije a mí misma que era porque temía su reacción, pero mi poder vibró tozudo en mi pecho mientras la oscuridad ronroneaba, ávida de las palabras del Guardián.

—No acepto falsedades en mi Corte, Callum. Algo me dice que no estás acostumbrado a ser tú mismo fuera de los confines de las Sombras. Sin embargo, siempre he sentido que hay algo más detrás de tus acciones y puedo respetar tus motivos para mantener secretos con el fin de proteger a los tuyos. Siempre y cuando seáis sinceros, mi Corte estará dispuesta a ayudar.

Callum inclinó la cabeza en agradecimiento y ambos seguimos a Selene hasta su despacho. Había una guerra que evitar.

# CAPÍTULO XXI

## Callum

## Sus sombras serían su muerte. Tal vez su salvación.

Elara volvió a sonreír. Esa maldita sonrisa que iluminaba la noche en el fondo del océano. Una sonrisa que mataría por ver una y mil veces, aunque no fuera para mí.

Vitrio se inclinó de nuevo sobre su oído mientras le enseñaba los pasos de un baile tradicional de la Corte de las Olas. La música de la terraza sonaba despreocupada. La luz violeta de las flores teñía el espacio de un aire romántico y con sabor a primavera.

Elara volvió a reír.

Era imposible que aquel Fae fuera tan gracioso.

Apreté los puños calmando mi oscuridad. Selene llevaba horas encerrada con su consejo buscando la manera de proporcionarnos información. Vitrio había sido el encargado de enseñarnos las maravillas de Seuqadac.

Elara y Vitrio bailaban junto con un grupo de comensales mientras unos músicos callejeros tocaban melodías alegres que me resultaban vagamente familiares. Mientras tanto, yo llevaba una hora contando hasta un número ridículamente alto en un intento de no levantarme de la silla y arrancar a Elara de los brazos del general de las Olas.

—Mía —rugía mi oscuridad.

Las manos de Vitrio recorrían la espalda de Elara mientras guiaba sus movimientos. Mi Tiniebla me lanzaba miradas confusas entre risa y risa. Había intentado hablar conmigo a través de nuestra conexión en varias ocasiones, pero yo había mantenido la puerta cerrada: como un gilipollas.

No me fiaba de mí mismo o de lo que ella podría encontrar si se asomaba a mi mente.

Cuando la canción terminó y los vítores de los bailarines comenzaron a exigir una nueva melodía, mis pies actuaron por cuenta propia. No iba a ser capaz de ver aquello un segundo más. Comencé a andar de vuelta al palacio. Todo mi interior vibraba indagando, exigiendo que volviera a por ella, pero no estaba seguro de poder controlarme.

—Cobarde —susurraba una voz familiar en mi cabeza.

Elara era libre de bailar con el mundo entero si así lo deseaba. Era libre, por mucho que mis entrañas gritaran lo contrario. Yo solo quería que confiara en mí y no iba a conseguirlo comportándome como un animal.

Al llegar al palacio subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a los aposentos que nos habían asignado. Nuestras habitaciones estaban unidas por una increíble sala de estar. En extremos contrarios de la misma aguardaban nuestros respectivos dormitorios.

Me deshice de la camisa empapada en sudor y humedad. Ni siquiera había terminado de desvestirme antes de meterme en la ducha. La magia del palacio respondió a mi petición rociándome con un chorro constante de agua fría. Cerré los ojos y dejé que el agua congelada me trajera de vuelta. La tela de mi ropa interior de lino se pegó a mi cuerpo. No sé cuánto tiempo pasé dejando que el agua

me aclarara la mente. En algún momento dos golpes firmes y seguros sonaron en mi puerta.

Supe que era ella al instante.

Una buena persona habría ignorado la llamada. Pero ¿a quién quería engañar? Era un cabrón egoísta y ella era mi debilidad.

Caminé con paso seguro hasta la puerta mientras la brisa que entraba por las ventanas abiertas cubría mi piel mojada de escalofríos. Una buena persona se habría echado una toalla por encima. Era un puñetero masoquista.

Abrí la puerta del tirón. Elara me esperaba al otro lado con los ojos entornados. Al verme allí parado, prácticamente desnudo y empapado, sus ojos se abrieron como platos. Recorrió mi cuerpo sin reparos y mi parte más salvaje vibró encantada bajo su atenta mirada.

Podía beber del rojo de sus mejillas.

Podía oler el aroma dulce de su atracción.

Podía describir con exactitud el sonido errático de cada uno de sus latidos.

—¿Qué demonios te ha pasado? —dijo ella, cuando se hubo recuperado.

Caminó hacia la sala común que compartían nuestras habitaciones como un torbellino. Me quedé en el umbral de la puerta abierta goteando como un idiota.

—Tenía calor —murmuré en un alarde de sutileza.

—Has desaparecido sin decir nada —contratacó ella con tono acusador, cuando casi había conseguido convencer a mis piernas para volver a mi habitación antes de cometer una locura.

Me giré para observarla buscando la manera de terminar aquella conversación cuanto antes. Elara tenía las mejillas sonrosadas, como

si hubiera corrido para alcanzarme al darse cuenta de que había abandonado la fiesta.

—Estaba cansado.

—¿Y enfadado? —insistió ella, dando un paso peligroso en mi dirección.

Me apoyé contra el marco de la puerta y me crucé de brazos. La bestia que rugía su nombre estaba peligrosamente cerca de la superficie.

—¿Por qué iba a estar enfadado, Tiniebla?

Ella levantó una ceja, un gesto que hizo que me temblaran las piernas. Era un movimiento de capullo responder a su pregunta con más preguntas para desviar el foco de la conversación. Ambos éramos conscientes.

Elara recortó el espacio que nos separaba hecha una furia. Con un dedo cubierto de mis sombras me apuntó al pecho. Cuando empezó a hablar, acompañó cada frase con un golpe de su dedo contra mi cuerpo.

—Pues vamos a ver. Has estado callado prácticamente toda la noche. No has querido bailar con nosotros. Las veces que he intentado hablar contigo mentalmente lo has impedido. ¡A mí! —gritó indignada—. El pobre Vitrio solo intentaba ser un anfitrión amable y las veces que le has dirigido la palabra parecía que ibas a matarlo. Y para colmo te marchas sin decirme nada.

Ambos respirábamos con dificultad. Los esbozos de mi control se me escurrían por entre los dedos. Estaba demasiado cerca y a la vez demasiado lejos. Podía oler la esencia de Vitrio sobre su piel y me estaba volviendo loco. Lo único que deseaba hacer en ese momento era recorrer cada centímetro de su cuerpo con mi lengua hasta asegurarme de que cualquier Fae que la viera supiera exactamente de quién era.

—¿Amable? —pregunté con los dientes apretados.

—Ha bailado conmigo toda la noche. Ha hecho que pasara un buen rato.

—Soy consciente. —Cerré los ojos con fuerza.

Elara se acercó todavía más.

—¿También eres consciente de que te has pasado toda la noche cabreado en una esquina? ¿Eres consciente de que tenemos que llevarnos bien con ellos? ¿Eres consciente de que no nos van a ayudar, si gruñes por cada cosa que dicen?

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón, pero yo no estaba al mando de mi cuerpo ni de mis emociones. No cuando se trataba de ella.

—Soy consciente de que te ha estado tocando —gruñí al abrir los ojos—. Toda. La. Puñetera. Noche.

Elara se quedó sin palabras durante unos segundos. Sus ojos de color verde me escudriñaron sin reparos buscando una explicación.

—Es difícil bailar sin tocarse —balbuceó confusa.

—También te ha hecho reír.

A esas alturas ya no había nada ni nadie que controlara las cosas que salían por mi boca. Había perdido la batalla.

—¿Qué problema hay con que me ría? —preguntó ella, desafiante.

Sus dedos todavía estaban sobre mi pecho.

Fue entonces cuando terminé de perder el control. En un murmullo de sombras cambié nuestras posiciones. Elara dejó escapar un sonido de sorpresa cuando su espalda se encontró contra la pared. Con una sola mano sujeté las suyas sobre su cabeza. Con la otra apreté la madera del marco de la puerta. Agaché la cabeza hasta que los dos estuvimos a la misma altura. Cuando nuestras frentes estuvieron a un suspiro la una de la otra, comencé a hablar.

No era mi voz la que lo hacía, sino algo antiguo que solo ella podía controlar.

—No hay ningún problema. Quiero que te rías siempre. Quiero embotellar el sonido. Quiero metérmelo en las venas. Quiero ahogarme en él. Pero soy un egoísta, y también quiero ser el único que consiga sacarlo de tu boca.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Así que estás celoso.

Ser tan transparente debería haber dolido, pero lo cierto es que fue un alivio poder bajar los escudos, aunque fuera solo un segundo. Me alejé de ella un par de pasos. Enseguida sentí su ausencia. Ella permaneció apoyada en la pared. Su pecho subía y bajaba al mismo ritmo enloquecido que el mío mientras esperaba mi respuesta.

—Sí, puede que esté celoso —admití—. Aunque no tengo derecho a estarlo. Eres libre de hacer lo que quieras. Si estoy celoso, es solo por mi culpa. Lo que realmente ocurre es que estoy cabreado.

—¿Conmigo?

—Nunca contigo.

—¿Entonces? —insistió, dando un paso tentativo en mi dirección.

Levanté las manos para que detuviera su avance. Elara frenó en seco. Si dejaba que siguiéramos jugando a aquel juego, ambos acabaríamos quemados.

—Conmigo mismo.

—¿Por qué?

No pude evitar reírme. ¿Es que acaso no era obvio? ¿Es que acaso no podía ver cómo mis sombras anhelaban las suyas? ¿Cómo me volvía un poco más loco cada vez que ella aparecía?

Pasé una mano temblorosa por mi pelo empapado mientras buscaba las palabras. ¿Cuánto era demasiado? ¿Qué sería lo que la haría salir corriendo?

Al final la bestia tomó las riendas. Mi oscuridad salió disparada hacia su cuerpo en forma de tentáculos brillantes. Elara dejó de respirar cuando mis sombras entraron en contacto con su piel. La parte más ilusa de mi cerebro quiso creer que ahogó un gemido entre esos labios creados para torturarme.

—Porque deseo tocarte y no puedo. Porque tu sola presencia hace que se me olvide respirar. Porque desde que probé a qué sabías no puedo pensar en otra cosa. Porque desde que escuché tu voz en mi cabeza supe que significabas peligro. Y, maldita sea, Tiniebla, vivo por y para tu peligro.

Dejé que mis sombras recorrieran sus piernas, su cuello, su rostro. Me prometí que solo sería una vez. Rocé sus labios y ella los abrió, expectante. El movimiento de su lengua contra mis sombras amenazó con hacerme perder lo poco que retenía del control. La sensación fue directa a mi ya abultada entrepierna.

Emití un quejido ahogado. No había nada que yo deseara más en este mundo que volver a besarla. Los ojos de Elara estaban fijos en mí. Su color verde recorría mi cuerpo bebiendo cada temblor, cada movimiento. Yo seguía empapado de pies a cabeza y la tela mojada de mi ropa dejaba poco a la imaginación, amoldándose a cada centímetro de mi erección.

—Me estás tocando ahora mismo —suspiró ella, sin apartar la vista.

—No así —respondí, al tiempo que rodeaba uno de sus pezones con mis sombras y tiraba ligeramente.

Elara arqueó la espalda perdiéndose en la sensación. Yo maldije en voz alta. El resto de mis sombras continuaron su camino por la cara interna de sus muslos.

—Callum —suplicó, abriendo ligeramente las piernas.

Mis sombras recorrieron su humedad en un suspiro. Tuve que cerrar los ojos. Su suavidad era el inicio de mi perdición.

—Ven aquí ——pidió entre jadeos.

Aquella petición era la tortura más dulce, pero me obligué a llamar a las sombras de vuelta. Me obligué a recobrar la cordura.

—No puedo. No mientras siga sin poder hablar sin mentirte. No mientras sigas sin confiar por completo en mí —musité—. Y mucho menos mientras pienses que nunca fue real.

Antes de hacer algo más de lo que arrepentirme entré en mi habitación y cerré la puerta con llave.

Odié dejarla allí sola.

Odié haber perdido el control de aquella manera.

Por encima de todo, odié no poder dormir con ella entre mis brazos.

# CAPÍTULO XXII

## Callum

## Todo estaba negro a su alrededor. Negro, salado y en silencio.

El sonido de nuestras botas contra la superficie de coral era apenas un suspiro. El salpicar de las olas arrastrando su espuma marmoleada era un susurro de arrullo y sal. A mi lado, Onem caminaba con premura, acercándonos más y más a ambos hacia el sonido de aquella risa de Verdeluna que torturaba mis pesadillas y protagonizaba todos mis sueños.

El general me había recogido en mis aposentos de buena mañana para intercambiar datos y facilitar la comunicación directa con mi corte antes de nuestro encuentro con Selene. Al ir a recoger a Elara, un trabajador nos había informado de que se encontraba con la Guardiana.

El segundo de Selene mencionaba datos incesantes sobre los últimos ataques recibidos y la información de la que disponían. Algo por lo que estaba tremendamente agradecido, pero que ocupaba tan solo una minúscula parte de mi atención. Tal como Onem me daba la información, yo se la transmitía a Lía y a Nox a través de nuestra conexión mental. En aquel momento la información era más valiosa en sus manos que en las mías.

*—Deberías asentir de vez en cuando para que sepa que estás escuchando, hermano.*

Lía tenía razón, pero sus palabras me obligaron a enviarle el equivalente mental a un par de ojos en blanco y una mueca de hastío. Mi hermana respondió con lo más parecido a un corte de mangas que alguien podía hacer en la mente, lo que hizo que incluso Nox estallase en carcajadas.

*—Creo que podría hacer un Salto Irisado al otro lado de Lyssandria y Onem no se percataría de mi ausencia.*

*—Al menos la información es buena. Aunque no sé si estar agradecido o preocupado. El problema es mucho más grave de lo que sospechábamos. No puede ser coincidencia que las dos únicas cortes que han mostrado apoyo evidente a Elara sean las dos que están siendo más atacadas.*

Todos dentro del Priorato de Sombras estaban igual de aliviados al saberse con la ayuda y colaboración de la Corte de las Olas. La realidad era que compartir el peso de lo que estaba ocurriendo con otra corte era de gran ayuda.

*—En cuanto llegue Levi, me marchó de vuelta a la Corte del Bosque para contrastar un par de cosas —añadió Nox—. No debería tardar, partió esta mañana para enviar los mensajes que dejaste pendientes en la capital.*

Tuve que reprimir el impulso de pedirle que tuviera cuidado. Lo cierto es que Nox siempre lo tenía. Una parte importante de su trabajo era infiltrarse en lugares peligrosos, pasar desapercibido y obtener la información necesaria en cada momento. Él, Levi y Lía eran los Fae más capaces de todo el puñetero continente y juntos funcionábamos como una máquina bien engrasada.

La sincronización era tal, que muchas veces ni siquiera tenía que pedirles las cosas. Ellos eran capaces de tomar la iniciativa y

anticipar las necesidades de la corte sin que yo tuviera que decirlo. Esa confianza era en realidad nuestra mayor ventaja. Algo que yo había comprendido desde el inicio de nuestras andaduras juntos, mucho antes de convertirme en Guardián.

Antes de ser Guardián, su apoyo había sido mi único salvavidas, mi único recordatorio de que, pese a todo, no era un total y completo monstruo. Por su puesto, ese nivel de confianza también tenía sus cosas menos buenas. Cosas como que, incluso a miles de kilómetros de distancia, mi hermano y amigo supiera leer mi cara aun sin verla.

La risa limpia de Elara se hizo cada vez más fuerte, y mi corazón, que parecía revivir en su presencia a pesar de ser apenas un órgano inservible, se aceleró ignorante y desbocado.

*—Se te oye lloriquear desde aquí, Callum. Lleva día y medio nevando, no te digo más* —chinchó Nox.

*—Eres muy gracioso. Luego te pones como una fiera cuando alguien me pierde el respeto. La Verdeluna nos libre de que tengas las mismas miras contigo mismo, general* —contrataqué en el mismo tono.

*—Lo digo en serio, hermano. No puedes seguir así. Deja que alguno de nosotros hable con ella. Tal vez así haya alguna manera de sortear el trato o de darle algo de información para que la propia Elara pueda...*

Corté aquella línea de argumentación de un plumazo. Desde que mi familia había entendido la realidad detrás de mi trato no había parado de oír sugerencias similares cada cierto tiempo. Sugerencias que jamás podría contemplar pues el riesgo era demasiado alto.

*—La Dama fue clara, Nox. Ni yo, ni ningún Fae podrá decirle la verdad en mi nombre. Si alguien lo hace, todos sabemos las*

*consecuencias. Si alguien descubre esta debilidad, estamos perdidos. No hay más que hablar.*

Me sentí como el mayor cretino del mundo cuando levanté mis escudos para bloquear lo que fuera que Lía o Nox dirían en respuesta. Aun así, pude sentir la mano de Nox posándose sobre ellos durante unos segundos, acompañados por una palmadita suave por parte de mi hermana. No pedían entrada, simplemente me dejaban ver que lo entendían y que respetaban mi necesidad de espacio. Un cariño y una comprensión que yo no merecía.

Era la primera vez que visitaba la Perla hasta la que Onem me había traído. Para mi sorpresa no nos habíamos dirigido hacia los caminos de nácar y cristal que conectaban el enjambre subacuático que era la capital de la corte. En su lugar, Onem había comenzado un descenso a través de las entrañas del palacio. Sus pasos nos habían llevado hasta una escalinata de mármol verde que se ensartaba en las profundidades del edificio. Con cada escalón el ambiente se tornaba más frío y los ruidos de la corte más lejanos.

La escalinata moría a los pies de dos grandes puertas de cristal cuajado de diamantes de arena. Al otro lado, una Perla de paredes tan claras que parecían invisibles se enfrentaba, desafiante, a la oscura negrura del fondo oceánico.

Una única apertura dejaba entrar el agua en olas tranquilas. El resultado era una piscina de agua salada que ocupaba la mayor parte de la superficie de la Perla, dejando tan solo un tercio del suelo sin cubrir. El oleaje bañaba el suelo arenoso convirtiéndolo en una pequeña playa artificial. Suspendidas en el aire, decenas de esferas emitían una luz azulada y verde que iluminaba el silencio.

Dentro de aquella Perla era como si solo un sueño nos separara de la inmensidad del mar. Daba la sensación de que el mar había creado ese pequeño reducto donde tierra y agua se convertían en un

solo ente. Un lugar de reunión e intercambio, hecho a base de olas y vidrio.

Sentí en mi pecho como una magia antigua y poderosa operaba en aquel espacio oscuro pero acogedor, al mismo tiempo que la esencia de Elara y de su poder lo cubría todo. El recuerdo de su aroma y de aquella manera tan deliciosa que tenía de gemir y suspirar al mismo tiempo me catapultó de vuelta hasta la noche anterior. No podía permitirme volver a perder el control de aquella manera.

Selene y Elara charlaban animadamente ajenas al terremoto de contradicciones que surcaba mi pecho. La Guardiana parecía estar enseñándole distintas maneras de manipular el agua. Selene se encontraba sumergida hasta los tobillos. Si le molestaba el hecho de que los bajos de su amplio vestido estuviesen calados, lo disimulaba muy bien. Por su parte, Elara había acortado los pantalones fluidos que llevaba puestos dándoles varias vueltas para evitar que se empapasen.

Me centré en su voz que, después de muchas semanas, sonaba ligera y entusiasmada. Elara llevaba un corsé sencillo y ligero, a juego con sus pantalones y que dejaba a la vista la curva de sus caderas y de su estómago. Mis ojos se posaron en la cicatriz que serpenteaba la base de su garganta y, como siempre que aquella imagen llegaba a mi mente las voces volvieron.

Cientos de voces martilleaban contra mi cabeza. Cercanas, lejanas, deseadas o indeseadas. En días como aquel, poco importaba.

Giré el cuello a ambos lados en un intento de que el crujir de mis vertebras liberase algo de la tensión acumulada en los últimos días. Tras lo que pareció una eternidad, bloqueé sin demasiado esfuerzo el sinfín de mentes que se amontonaban a ambos lados de la Perla.

Podía oír y alcanzar, sin ningún tipo de esfuerzo, cualquier mente. Su incursión, aunque incesante, era siempre involuntaria. Aquellas mentes no eran ni siquiera conscientes de que había un depredador en su territorio, alguien que podía oír cada uno de sus pensamientos.

En realidad, esa era la parte sencilla. La mayor parte de los Fae no estaban entrenados en protección mental. Postulaban sus pensamientos de manera abierta y constante. Era el equivalente mental a gritar tus pensamientos desde un balcón. Filtrarlos y bloquearlos era ya una parte intrínseca de mi esencia. Introducirme dentro de sus cabezas y escarbar hasta encontrar la información necesaria era tan sencillo que podía hacerlo desde que no era más que un niño.

La Corte de las Sombras era el único lugar en el que era más común aprender a bloquear a gente como yo por la naturaleza de nuestros dones. Aun así, nadie era capaz de hacer lo que yo hacía. Nox tenía un dominio extraordinario. Y Lía, antes de todo lo ocurrido, había sido casi tan poderosa como yo.

Como siempre que aquel recuerdo volvía a mi cabeza, la culpa comenzó a estrangularme. Aparté aquella línea de pensamiento de un manotazo.

Elara era, sin duda, la única persona cuyos poderes parecían alcanzar los mismos límites casi inexistentes de los míos. Una realidad que me atormentaba e impresionaba a partes iguales. Ardía en deseos de poder ayudarla a alcanzar su máximo potencial. Pero también sabía el sacrificio que un poder como el nuestro conllevaba y la diana que pintaba sobre nuestra espalda.

Mientras que controlar mentes cercanas era algo tan natural como respirar, mantener la red secundaria de mentes que yo gestionaba activa y funcionando era un trabajo más arduo. Implicaba un poder

que llevaba años perfeccionando. Si bien no drenaba mi energía, sí que requería de atención constante e ininterrumpida. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que era ya tan natural como respirar. Y, en muchas ocasiones, tan cansado como convencerme de que la siguiente respiración merecería la pena.

Me adentré en la cueva. Mis botas hicieron resbalar varias piedras que chocaron con pequeños golpes dentro del agua. Esto hizo que ambas Fae levantaran la vista. Selene me recibió con una sonrisa amplia y unos ojos sabedores que me hacían dudar de mi capacidad de ocultarle cualquier cosa.

—¡Callum! Te estábamos esperando. Disculpa que nos hayamos adelantado. Me encontré con Elara esta mañana en los jardines y pensé que sería una buena idea que pasáramos un rato juntas. No me puedo ni imaginar la cantidad de preguntas que yo tendría si, de repente, tuviera acceso a más de un poder. Me pareció justo aprovechar un par de horas para darle algún consejo sobre el manejo de nuestra magia.

Elara, por su parte, se quedó inmóvil durante unos segundos. Incluso con el brillo azulado que iluminaba el espacio pude ver como un rubor dulce acariciaba sus mejillas. Un rubor que quería comerme a mordiscos.

No pude resistirme. Al fin y al cabo, era el malo de la historia.

*—¿Hace calor, Tiniebla?*

Esperé, paciente, su respuesta. Porque sabía que llegaría una.

Mientras Selene abandonaba la playa para intercambiar un par de palabras susurradas con Onem, Elara me sostuvo la mirada. Lejos de intentar ocultarse, levantó la cabeza, luciendo el rojo de sus mejillas como una medalla.

Observé, hipnotizado, como levantaba con una mano su cabello negro y dejaba al descubierto su cuello. Con la otra mano movió los

dedos en una danza calmada que hizo que un hilo delicado de agua acudiera a ella, obediente. Lo dirigió hasta su nuca para refrescarse. El agua cayó desde su clavícula, inundando cada milímetro de su piel.

Incapaz de moverme, con los puños apretados, observé cómo decenas de gotas recorrían su cuerpo. Las manos me picaban por la necesidad de tocarla.

Elara sonrió triunfal mientras salía del agua y volvía a dejar caer su larga melena.

—*Eres una criatura cruel* —murmuré, acariciando las hermosas paredes de su escudo.

—*No finjas que no te gusta mi maldad.* —Su voz se deslizó por mi cabeza como una tela de seda recorriéndome el cuerpo.

—*Jamás. Me gustas cruel, Tiniebla. Solo me da más ganas de devorarte.*

El hilo que unía nuestras mentes se tensó, vibrando con intensidad. La oscuridad de Elara atravesó la distancia que nos separaba, fundiéndose con la mía. Una manera de tocar sin tocar, que no estaba seguro de que ella hubiera sido siquiera consciente de hacer.

A nuestras espaldas, los pasos seguros de Selene rompieron aquel momento y nos trajeron de vuelta a la realidad.

—Espero que disculpéis el secretismo, pero, como os dije ayer, las olas tienen ojos y hay pocos lugares totalmente seguros. Este, gracias a la Verdeluna, es uno de ellos. Mis antepasados construyeron esta Perla que sirve de puente entre los Fae de la superficie y la vida marina de nuestra corte. Son muy pocos en Seuqadac los que saben de su existencia. Todavía menos en el resto de Lyssandria. Confío que continúe siendo un regalo que solo la

Corte de las Olas decide compartir —explicó mientras cerraba las grandes puertas acristaladas con un pequeño batir de su muñeca.

Yo era la primera persona que comprendía la necesidad y la santidad de proteger secretos con recelo. Y sabía, en mis huesos, que Elara lo entendía de igual manera.

Ambos asentimos solemnes.

—Este lugar es el sitio más seguro y a la vez más peligroso de nuestra corte. La magia de la Perla asegura que las palabras aquí compartidas sean sordas a oídos del resto del mundo. Sin embargo, es también el lugar en el que Fae y mar se unen de manera más íntima. Un lugar en el que el agua es dios y verdugo, siempre que sienta una amenaza para su corte.

El agua de la caverna rugió con fuerza, como si entendiera las palabras de su Guardiana.

—Trasladé al consejo vuestra petición —dijo—. Después de explicar lo que vosotros mismos me relatasteis, todos ven la necesidad de cooperación entre las cortes. Concuerdan también en la necesidad de proteger a Elara. Las acciones de las criaturas y las palabras de Orión son declaraciones de guerra. Descubrir quién está detrás de ellas es nuestra prioridad. Más aún después de la hostilidad directa que yo misma presencié hace semanas en el Cónclave. El consejo respalda mi decisión de prestar auxilio y soldados, en el caso de que estos fueran necesarios. Rezo al océano para que podamos evitarlo. He visto demasiada violencia y no anhelo derramar más sangre.

Tanto Elara como yo dejamos escapar el aliento que habíamos estado conteniendo. El Cónclave en el Palacio de la Dama había dejado muy claro donde residían las lealtades de cada corte. Estaba más que claro que la Corte de las Tormentas y la Corte del Bosque eran lugares en los que raramente podríamos encontrar apoyo. La

Corte de las Llamas, para mi sorpresa, se había presentado más hostil de lo esperado.

—Dicho esto, ninguno de ellos conoce o ha oído hablar de la palabra *Changeling.* Las leyendas con respecto al dios Hunt son más comunes, o al menos han sobrevivido suficientes generaciones como para llegar a nuestros oídos. He pedido que encapsulen toda la información que recuerden al respecto para que podáis llevarla con vosotros de vuelta a casa. Dos cabezas, o en este caso dos cortes, piensan mejor que una. Estoy segura de que tu hermana Lía podrá encontrar esa información útil. Dale mis más sinceros recuerdos y transmítele que esta corte siempre recibirá con brazos abiertos a otra alma ávida de conocimiento.

Incliné de nuevo la cabeza en agradecimiento.

A mi lado, Elara se estrujaba las manos. Como yo, estaba ansiosa por cualquier información que nos permitiera controlar de alguna manera la situación. En su muñeca y su antebrazo, las sombras que le había regalado acariciaban su piel en un intento de calmarla. No se me escaparon los ojos de Selene analizándolas.

Si sabía lo que significaban, no dijo nada.

Y por eso, la respeté todavía más.

—Todos coinciden en una cosa, hay un único ser en esta corte tan antiguo como la propia Lyssandria. Un único ser que, de existir respuestas, pueda procurarlas. Precede a casi cualquier cosa en este mundo y habita en las profundidades de estas aguas. Su sabiduría es casi tan legendaria como su violencia. —No fueron las palabras de la Guardiana las que hicieron que saltaran todas mis alarmas, sino la manera en la que sus ojos se posaron brevemente en Elara mientras una preocupación evidente empañaba su rostro sereno—. He buscado durante toda la noche una alternativa, pero no existe. Solo *ella* tiene las respuestas.

Allí estaba de nuevo, ese miedo tan profundo y real que se había instalado en mi pecho hacía apenas unos meses y que parecía dispuesto a no abandonarme.

—¿A quién te refieres? —preguntó Elara, sin entender la evidente preocupación de Selene y la furia estridente que había hecho que comenzase a temblar.

—Tiene que haber otra manera —dije con determinación.

Si *ella* era la única opción, eso significaba que no podría acompañar a Elara.

—Nimue es la única opción. Elara, sola, es la única que puede hacer el camino para encontrar las respuestas. —No había maldad en las palabras de Selene, tan solo una tranquilidad resignada.

*Nimue*.

Hacía tantos años que no escuchaba aquel nombre que ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad cuando los Archivos procuraron aquel librillo de mitos y leyendas del océano. La bruja sirena, la única en su especie, era uno de los seres más antiguos y poderosos de Lyssandria.

Eran muy pocas las personas que conseguían entrar en su cueva y salir de ella con vida. En mi larga existencia, yo solo había conocido a una de ellas. Los ojos vidriosos de Selene fueron suficientes para adivinar que también ella estaba pensando en Salem.

Como siempre, Elara no dejaba de sorprenderme. Lejos de asustarse por nuestra reacción, su determinación se volvió férrea. Eso era quizá lo que más miedo y admiración me provocaba. Saber que, pese a todo, no había nada que yo pudiera hacer para detenerla.

—¿Nimue? —preguntó—. Pensaba que no era más que la bruja que se usa para asustar a los niños cuando la marea es alta.

—Es real, me temo. Tan real como el peligro que representa —explicó Selene—. Su conocimiento sobre nuestro continente, nuestra historia y nuestra magia es indiscutible. Pero obtener ese conocimiento siempre tiene un precio. Nimue no acepta más de un visitante en la cueva que habita. Tan solo una persona, aquella que esté más vinculada a las respuestas ansiadas, puede hacer las preguntas. Lo que más anhela es información, ya que vive atrapada entre los corales que son su hogar como resultado de un castigo que la dejó allí encerrada.

Eran muchas las leyendas que hablaban del encierro de Nimue. Cada una de ellas tejía el mito de manera distinta. Pero, mientras que los motivos y las acciones podían variar de región a región, las historias siempre tenían algo en común. Nimue le había hecho algo tan terrible a uno de los dioses olvidados que su castigo, el castigo de una criatura que amaba viajar por los océanos haciendo las veces de trovadora de historias, había sido obligarla a permanecer anclada siempre al mismo arrecife. En un lugar donde ninguna memoria nueva llegaba a sus oídos y donde nadie alcanzaba a escuchar como su voz pintaba leyendas.

—¿Cómo llego hasta ella? —susurró Elara, rompiendo el silencio.

—*Tiniebla, tal vez deberíamos...* —intenté desesperado.

A la mierda con guardar las apariencias.

—*No hay tiempo.*

Fue entonces cuando escuché el ligero temblor de su voz. A través de esa puerta de lunas que ella había creado solo para nosotros, Elara me dejó sentir su miedo y su angustia. Era un miedo complejo, mezclado con la resignación tranquila de saber aceptar las cosas cuando no queda otra opción.

Pude sentir lo cansada que estaba, el peso imposible que cargaba sobre las espaldas. Al mismo tiempo, esa determinación testaruda lo

cubría todo. Elara llegaría hasta el final, costase lo que costase.

—¿Cómo llego hasta ella? —repitió con la voz más firme.

Aun así, decidí darle una última vía de escape. Durante tanto tiempo se le había negado la capacidad de elegir. Supe lo que escogería antes de hacerle de nuevo la pregunta. Pero necesitaba ofrecerle la salida que nunca nadie me brindó a mí.

*—Solo tienes que decirlo y te sacaré de aquí. Encontraremos otra manera de encontrar la información.*

Una ola de agradecimiento escapó de entre los confines de su mente.

*—¿Qué otra alternativa hay? Al menos esta vez es mi decisión. Y ambos sabemos que soy demasiado testaruda como para morir —* añadió con una sonrisa que sabía que no alcanzaría a sus ojos.

No sabría decir si lo hizo por mi bien o por el suyo. En cualquier caso, solo me hizo admirarla más.

Selene esperó unos segundos a responder. Tuve la certeza de que sabía que Elara y yo estábamos comunicándonos.

—No podrás llegar hasta allí sola —continuó—. Tus poderes te ayudarán a crear una burbuja alrededor del rostro que te ayude a respirar, pero no pueden llevarte hasta su cueva. El viaje hasta Nimue es un viaje que solo puede realizar alguien que contenga la esencia de las olas con la ayuda de un poderoso Eólach. Si me baso en lo que presencié en la segunda prueba del torneo, ese es tu caso, querida.

Selene tomó la mano de Elara entre las suyas y la condujo con cariño hasta la zona donde el agua se unía con la playa. Con delicadeza, ayudó a Elara a agacharse hasta que su mano quedó en contacto con el romper de las olas.

En el momento en que las yemas de sus dedos rozaron la superficie salada, el ambiente de la Perla cambió por completo. Tras

unos segundos teñidos de marea y salazón una criatura poderosa, rodeada de un halo de un aguamarina intenso y brillante, surgió de entre las profundidades.

Tanto Selene como yo dimos un par de pasos hacia atrás a medida que el Kelpie rompía la barrera de la superficie y nadaba hacia Elara. Ella abrió los brazos para recibir al caballo al mismo tiempo que la Guardiana de las Olas y yo inclinábamos la cabeza en señal de respeto hacia la criatura. En mi caso, esa reverencia no iba solo dirigida al Kelpie.

—Echo —dijo Elara, dándole la bienvenida a su Eólach con un suspiro de alivio.

Lo cierto es que yo mismo respiré algo más tranquilo. Saber que Echo acompañaría a Elara era una bendición de los dioses olvidados.

—Él te guiará hasta Nimue y te protegerá. Los Kelpies son criaturas veneradas en nuestra corte. Que uno te seleccione es un honor que no ocurre a menudo. Se dice que su lealtad es irrompible y que poseen el poder de anticiparse a Destino. Tú eres, de hecho, la segunda persona en la historia de Lyssandria en tener uno como Eólach.

Las palabras de Selene quedaron ahogadas por un susurro de nostalgia que hizo que Elara inclinará la cabeza con curiosidad.

—¿Quién fue la primera?

—Tal vez esa sea una historia para otro momento. —Sonrió Selene restándole importancia—. No te alejes de él y confía en tu instinto. Nimue hará todo los posible para retenerte con ella en su cueva, juega bien tus cartas.

Elara asintió una sola vez antes de subirse a lomos de Echo. Observé como comprobaba una última vez que sus dagas estaban bien aseguradas contra su cuerpo y como agarraba con fuerza la crin del animal antes de mirarme.

Echo resopló, liberando una nube de vapor cálido que se perdió en la inmensidad de la caverna. Los ojos blancos de la bestia y los míos se encontraron durante unos segundos. No me atreví a intentar penetrar en su mente. Sabía de sobra que Echo la protegería con su vida. Yo había sido testigo de su primer encuentro. Jamás había presenciado algo tan especial e imposible. Me limité a inclinar la cabeza una vez más, sin romper nuestra conexión. Echo me devolvió el saludo antes de comenzar a hundir su cuerpo y el de Elara en el agua.

*—Elara, déjame entrar por favor* —susurré contra su cabeza conforme el agua cubría su cuerpo.

*—¿Callum?* —preguntó ella, confusa, antes de desaparecer por completo en la inmensidad de la laguna.

*—¿Confías en mí?*

*—Sí.*

Su respuesta fue rotunda.

Dentro de su hermosa mente pude sentir la verdad detrás de aquella palabra. Pese a todo, Elara confiaba en mí. Una vez dentro, abrí los canales que reservaba para el resto del Priorato de Sombras. En apenas unos segundos, las conciencias de Levi, Lía y Nox ocuparon la mente de Elara, llenándola de palabras de aliento.

Puede que aquel fuera un viaje que tuviera que hacer por su cuenta, pero eso no significaba que estuviera sola.

*—Estaremos contigo todo el camino.*

Antes de que su rostro se perdiera en el agua, Elara me dirigió una sonrisa con los ojos llenos de agradecimiento. Su gratitud y su cariño nos rodearon con timidez, haciendo un poco más ligera su carga. Porque al final, eso era lo que hacíamos entre los miembros de nuestra familia. Puede que no pudiéramos protegernos contra la

crueldad del mundo, pero sí que podíamos proporcionar un lugar seguro donde procesarla.

—*Vuelve conmigo, Tiniebla* —le pedí una última vez, sin importar quien estuviera escuchando.

# CAPÍTULO XXIII

## Elara

## La mayoría de los días la oscuridad era lo único que le mantenía cuerdo.

El silencio del océano apretó sus garras contra mi garganta. Echo surcaba a toda velocidad la negrura marina. El Kelpie galopaba las corrientes, imperturbable, mientras yo me aferraba a su crin entrecerrando los ojos para discernir lo que aguardaba más adelante.

Un intento inservible ya que la burbuja que me ayudaba a respirar era lo único que mis ojos alcanzaban a distinguir con claridad. Si no fuera porque iba sentada a lomos de Echo y podía tocar su cuerpo cálido con las manos, no habría podido decir con seguridad si seguía o no a mi lado.

El poder hormigueaba en mi pecho y en las puntas de mis dedos. La oscuridad se acumulaba en mi interior, preparada para fundirse con el manto del océano y protegerme si fuera necesario.

—*Respira, Elara.*

La voz de Callum sonaba lejana, al igual que la presencia del resto del Priorato de Sombras. La locura se hallaba tan solo a un par de respiraciones de distancia y la compañía de sus presencias era lo único que la mantenía alejada.

Con la adrenalina por las nubes me esforcé por mantener la calma.

Inspiré con fuerza y me acurruqué todavía más sobre el pelaje de Echo, que, sorprendentemente, se sentía suave y mullido aun en las profundidades del océano. Su alma sosegada acarició mi mente como siempre lo hacía cuando venía a visitarme.

Tanto el mar como mi magia rugían embravecidos. En mitad de la tempestad, Echo permaneció estable y sereno. Me aferré a esa calma, dejando que me invadiera. Una luz sinuosa me hizo levantar la cabeza al mismo tiempo que Echo aminoraba la marcha. Perdida en la inmensidad del negro marino, la boca arrugada de una cueva brillaba, esperándonos.

Echo se adentró en la cueva antes de que me diera tiempo a arrepentirme. Luchando contra mis instintos decidí no sacar las dagas de sus cintos. Debía ganarme la confianza de Nimue para conseguir la información que buscaba y algo me decía que entrar daga en mano en su morada no sería una buena carta de presentación.

El agua se tornó cada vez más fría. Todo mi cuerpo temblaba, incapaz de controlar los escalofríos. Apreté los dientes con más fuerza cuando el túnel que atravesábamos comenzó a subir. A lo lejos, supe distinguir una suerte de caverna oscura.

Mi cabeza rompió la superficie y mis sentidos fueron asaltados por una melodía lastimera y una corriente de poder profundo y desconocido. Lo primero que percibí con claridad fue el eco de una voz de madera mojada y arena al sol. Un canto amargo más parecido a un llanto susurrado que a la canción de una sirena. La voz tenía el recuerdo de un timbre hermoso. Como una caja de música rota pero incapaz de dejar de sonar.

Deshice la burbuja de aire que cubría mi rostro e inhalé intentando no hacer ruido. En algún lugar de la cueva, aquella voz seguía cantando su melodía. Una canción sin palabras que expresaba el dolor de una traición y el color de las lágrimas.

*—Nimue te estaba esperando, criatura. Siempre espera, pobre Nimue*. —La canción dio paso a una risa ajada por el paso del tiempo.

Me giré, todavía dentro del agua, en busca de su portadora.

Echo y yo flotábamos en una pequeña laguna a los pies de una cueva compuesta por arrecife de coral. Me debatí entre abandonar el agua o quedarme como estaba. Pese a la temperatura helada, la perspectiva de congelarme no me pareció tan aterradora como la de acercarme más a aquella extraña voz.

*—Quédate con Echo, Elara* —pidió la voz de Lía desde las profundidades de mi mente.

Sin tener que pedirlo, el Guardián había sido capaz de ver la angustia en mi mirada y me había regalado la opción de no enfrentarme a aquello sola. Tal vez estuvieran a media vida de distancia y sus voces me llegaban entre susurros, pero no estaba sola.

Miré hacia arriba y mis ojos chocaron con un arcoíris marchito y afilado. Cientos de arrecifes de coral de múltiples colores se enredaban unos en torno a otros. Sus troncos y ramas variaban en espesura y tamaño y creaban formas imposibles, mezclándose entre ellos hasta conformar una pequeña cúpula semicircular que atrapaba el aire lejos del resto del mar.

Entre los huecos del arrecife alcancé a ver como el agua se movía. Una magia extraña hizo que mi poder y la oscuridad vibraran con más fuerza. Una magia que, de alguna manera, mantenía aquel aire respirable.

—No son muchos los que se atreven a adentrarse en mi hermosa cárcel. Aunque la última persona en visitarme también lo hizo acompañado por un Kelpie. —La voz se mezclaba con las entrañas del arrecife.

Echo emitió un bufido profundo que provocó que su cabellera negra resplandeciera con intensidad. Aquel ruido era una señal de advertencia que la bruja decidió ignorar con una risa melódica como única respuesta.

Seguí el sonido cuando un leve movimiento del coral atrapó mi atención. Entonces la vi.

El cuerpo de Nimue descansaba contra una de las paredes de coral. Aunque «ensartado» y «enredado», eran, probablemente, términos más correctos. Había sido hermosa en otro tiempo, pero sus facciones se habían congelado en una mueca. Cada parte de su cuerpo estaba atravesada por el arrecife. Una de las ramificaciones surgía directamente de su ojo izquierdo. El otro era de un verde muy claro, casi transparente.

La sirena me observaba con una curiosidad maliciosa.

*—No le hagas esperar, Elara. Cuanto menos tiempo pases allí abajo mejor.* —No podía estar más de acuerdo con el consejo de Nox.

La parte superior de la bruja era similar a la de una mujer, solo que su piel tenía un tono verdoso y estaba salpicada de pequeñas caracolas y cangrejos que poblaban cada superficie visible que el coral todavía no había reclamado. Su parte inferior consistía en una gran aleta grisácea repleta de escamas iridiscentes. Los arrecifes se cernían sobre ella impidiendo que se moviera. Solo sus brazos tenían suficiente libertad como para moverse ligeramente.

—Me han dicho que tú puedes responder a mis preguntas. Me han dicho que conoces todas las historias de Lyssandria. —Empezar

adulándola parecía la opción correcta. Aunque la opción de exigir la información con una de mis dagas contra su cuello también era tentadora.

—*Tenemos que mejorar tus habilidades sociales* —suspiró Levi entre risas leyendo mis intenciones.

Logré disimular el amago de una sonrisa.

—Estás en lo cierto, criatura. Nimue solo sabe contar historias ciertas. La voz de Nimue no alberga mentiras. Nimue conoce los secretos de este mundo y de otros tantos. ¡Ay, Nimue, encerrada y olvidada!

*—¿A alguien más le está dando un mal rollo terrible que hable en tercera persona?*

*—¡Cállate, Levi!* —los susurros de Lía y Nox se mezclaron en uno solo.

La voz de la extraña sirena oscilaba entre el canto y el llanto. Era una voz terriblemente triste y, al mismo tiempo, conservaba un cierto candor infantil. Echo resopló de nuevo. Sus ojos blancos la miraban sin pestañear, atentos a cada pequeño movimiento. Acaricié su cuello, lo que probablemente calmó más mi ansiedad que la suya.

—Entonces podrás responder a mi pregunta sin ningún problema.

—¡Oh, Nimue está segura! Nimue conoce todas las respuestas y adora cantarlas. Siempre y cuando se pague un precio adecuado por ellas. —La criatura sonrió con dulzura. Una mueca mecánica empapada por el olvido y el coral. Como si aquel gesto fuera tan solo el recuerdo de una sonrisa.

—¿Cuál es tu precio?

En aquella ocasión la sirena sonrió con abandono. Su ojo libre se estrechó con anticipación. Desprendía la misma energía que una araña cuando una mosca quedaba atrapada en su tela. Pese a que

ella era la que no podía moverse me dio la sensación de que era yo la que no tenía escapatoria.

—Nimue quiere lo que quieren todos, por supuesto. *Nimue hermosa, Nimue atrapada* —volvió a cantar—. Nimue anhela una buena historia. Y no hay historia mejor que aquella que se encierra en un secreto.

—¿Un secreto? ¿Ese es tu precio? —Por experiencia sabía que las palabras en los tratos tenían importancia, no podía permitirme dejar espacio para ambigüedades—. Si te regalo un secreto que nadie más que yo conozca, responderás en detalle a mi pregunta.

—Nimue responderá a una pregunta en profundidad a cambio de un bonito secreto. Siempre y cuando el secreto sea parte de una buena historia.

Así que esa era la trampa. No valían secretos superfluos, como el hecho de que odiara la humedad porque me encrespaba el pelo a pesar de haber vivido toda mi vida en una isla. Nimue requería un secreto de verdad.

No podía permitirme fallos. Estaba segura de que Nimue no me daría una segunda oportunidad. ¿De qué secreto estaba dispuesta a desprenderme? ¿Qué secreto podía regalar? A sabiendas que no solo iría a parar a oídos de Nimue, sino a los del Guardián de las Sombras y su familia.

Me sorprendió lo poco que aquella última parte me importaba realmente. Había pocas cosas que Callum y los demás no supieran de mí. Si a estas alturas no había conseguido espantarlos, algo me decía que no había secreto que lo hiciera.

Los mejores secretos eran aquellos que uno mismo convertía en mentiras. Mentiras para repetirse hasta que se transformaban en verdades disfrazadas. Porque ¿acaso había mejor secreto que el que me ocultaba a mí misma?

*—Puedo cortar la conexión durante unos minutos, Tiniebla.*

*—No. Quedaos* —susurré. Aunque en realidad quise decir *quédate*.

Antes de comenzar a hablar cerré los ojos. Una decisión estúpida a todas luces siendo el centro de atención de un monstruo milenario. Pero aquel secreto requería la valentía que no ver el mundo proporcionaba.

—Hay una oscuridad que me acompaña desde que tengo uso de razón. Un poder letal que ha terminado con más vidas de las que puedo recordar desde que soy una niña. Un poder que apenas controlo y que, aun así, siempre he intentado reprimir a toda costa pues me aterroriza. —Sentí la mano de galaxias de Callum temblar contra mi escudo. La sombra que me había regalado se apretó ligeramente sobre mi antebrazo—. O al menos eso es lo que me digo a mí misma. La realidad es otra. A veces la oscuridad en mi interior no me da miedo. Lo que realmente me asusta es lo perdida que me sentiría sin su presencia. Es como una parte de mí a estas alturas. Quizá siempre lo ha sido. Una parte sin la que no imagino existir. Es horrible, lo sé. No hace falta que nadie me diga que está mal sentirme segura en la oscuridad que tantas vidas ha robado. Pero es la verdad. La verdad que jamás me permito creer. A pesar de sentirla en cada fibra de mi ser.

Al abrir los ojos, Nimue estaba observando cómo alguien que acababa de probar el más delicioso de los vinos. Una lengua larga y morada recorrió su labio inferior con abandono.

—Nimue agradece tu secreto. Su sabor es exquisito —suspiró satisfecha—. Tu pregunta, criatura.

Respiré aliviada.

—Hace poco he descubierto que soy una *Changeling*. Necesito saber qué significa eso. Hay fuerzas externas que pretenden atraparme. Sospecho que intenta hacerse con el control de

Lyssandria. Necesito saber cómo se conecta todo. Necesito comprenderlo.

El aire en la cueva se volvió más cálido mientras la bruja se frotaba los dedos, atrapada entre el coral.

—*Es una historia triste. Una triste, triste historia* —cantó la bruja con voz rasgada—. Una que jamás he contado en voz alta, pero que repito a menudo en mi cabeza coralina. *En mi cabeza de coral.* Él habría querido que la olvidase ¿sabes?, pues su crueldad no conoce límites. Pensó que sus poderes eran infinitos, pero ¿qué es él, sino un hijo? Todos los hijos pueden errar. Incluso los de la Verdeluna.

No tenía ni la menor idea de quién estaba hablando. Estaba claro que, milenaria o no, Nimue era de aquellos seres que disfrutaban con el sonido de su propia voz. Durante mis años de ladrona aquel tipo de personas habían sido mis favoritas a la hora de trabajar. Si te mantenías callada el tiempo suficiente, siempre acababan revelando más información de la que pretendían.

—Al final, Nimue fue tonta. *¡Tonta e ingenua, Nimue! Pobre Nimue ciega por amor.* —Una lágrima negra recorrió su rostro—. Pero ni siquiera un hijo de la Verdeluna puede hacerme olvidar. No cuando la historia sigue sangrando bajo el mismo manto de estrellas. Algunas han muerto ya, el tiempo sobrevive a todo, incluso a ellas. *¡Estrellas pobres, pobre Nimue!* Puedes ver con tus propios ojos la hermosa cárcel que él pensó para mí. Una cárcel de pasado y Verdeluna donde nadie escucha la voz de Nimue. Donde él no se atreve a entrar. Donde coral y hueso son tumba.

—Yo estoy aquí y quiero escuchar la historia.

—¡Ah, sí! La joven *Changeling* ávida de su propia historia. ¡Y además la última según susurran las olas! Olas traicioneras y manipuladoras como los Fae que tergiversaron la verdad y enterraron tu pasado. Tu pasado y mi voz. Crueles, crueles Fae con

la pobre *Changeling* perdida. *Perdida y encerrada como la buena de Nimue.*

Con cada una de sus palabras el coral parecía recobrar algo de color y brillo. Una energía cargada recorrió el pequeño espacio de la cueva, alimentándose de las palabras de la sirena.

—Para escuchar esta historia debes prometer creerla. Durante tantos años las criaturas de Lyssandria han tejido sus mentiras, retorciendo la verdad hasta que no quedara nada de ella. Solo Nimue recuerda. Recuerda Nimue y aquel que ella amaba. Pues esta es una historia, no de dioses olvidados, sino de dioses huidos e hijos ejecutados. ¿Lo prometes, hija de la no Luna?

—Prometo creerte.

Ella me dedicó otra sonrisa repleta de dientes afilados antes de abandonarse por completo a la historia.

Mi cicatriz palpitó con los ecos de un dolor roto. En mi pecho, la oscuridad gruñó.

—La historia comienza con algo parecido a un dios. Un ente tan antiguo y poderoso que el nombre usado para nombrarlo fue olvidado hace tiempo. Pues la lengua que lo nombra ya no existe ni en recuerdos. Nimue supo el nombre en algún momento. Pero el tiempo pasa y, aunque Nimue no olvida, a veces no recuerda. *¡Pobre, pobre, bella Nimue!* —Fuera de la cueva, el océano parecía guardar silencio—. La Verdeluna, aunque en cada universo adoptaba un nombre distinto, decidió crear este mundo. Había habitado otros mundos en sus años más jóvenes, cuando crearlos todavía suponía un reto. Pero siempre había algo que faltaba. Algo que había visto crear a sus iguales. Aquellos que son más que dioses, pero con otro nombre. Así que la Verdeluna decidió dotar de vida a Lyssandria y para ello tuvo cuatro hijos. Cuatro dioses que se encargarían de cuidar de su creación.

Podía sentir con claridad el interés de Lía conforme la historia avanzaba. Si lo que Nimue contaba era cierto, y todas las leyendas coincidían en que no sabía mentir, nos estaba contando el origen de nuestro mundo.

—Titania, su primera hija, fue la encargada de crear a los Altos y Bajos Fae y a las criaturas y animales. Aunque por aquel entonces no había distinción entre Alto y Bajo Fae. Eso fue una invención posterior por parte de las engreídas criaturas. Titania los dotó de dones y poderes para que cuidaran la tierra y crearan arte. Y sus hijos, siguiendo sus poderes, se dividieron en cinco cortes hermanas. Cortes que tú conoces.

El coral se volvía más intenso y brillante con cada una de sus palabras.

—Después llegó Gaia, dulce y tierna Gaia. Curiosa como su madre y con alma aventurera. Gaia decidió viajar a través del resto de las creaciones de su madre y sus iguales. Pues Lyssandria tenía a sus propios hijos, pero todavía carecía del corazón que proviene de las cosas distintas —explicó la sirena con ojos soñadores—. Gaia viajó a otros mundos. Descubrió criaturas y animales de los que se enamoró. Explicó a todos las delicias de Lyssandria y trajo con ella a quienes quisieron visitarla. Algunos, como Nimue, decidieron quedarse. Otros regresaron a sus mundos.

*—¡Espíritus!*

*—¡Por la santa Verdeluna!*

Los ecos de asombro del Priorato me inundaron la cabeza. Nimue acababa de confirmar la existencia de otros mundos y la posibilidad de viajar entre ellos. Eso lo cambiaba todo.

—Hunt llegó más tarde, al final de la primera generación, cuando la Verdeluna se dio cuenta de su necesidad. Pues, aunque las vidas en Lyssandria eran largas, el tiempo acaba llegando para todos.

Y con él, la muerte. Una palabra que infunde un miedo absurdo. Hunt dedicó su vida a acompañar a las almas hasta su siguiente plano de existencia. Reservado y más solitario que sus hermanas, aprendió, con el tiempo, la importancia de su papel. Un papel hermoso que Nimue supo ver desde el inicio. ¿Quién mejor que la propia muerte para almacenar historias infinitas? El hijo de la Verdeluna y Nimue venían de universos distintos, pero compartían la misma esencia. Pero esa no es la parte de la historia que responde a tu pregunta.

Nimue suspiró con la garganta entrecortada mientras más lágrimas negras resbalaban por sus mejillas.

—Por último, llegó Oberón, el rey sobre todas las cosas. O al menos, esa fue la intención de la joven Verdeluna. Había visto otros mundos donde un dios piadoso cuidaba de la creación como una madre y un padre de un hijo. Tal vez ese fue su error, darle ese papel a un dios con alma de hombre. Pues los hombres, dioses o no, han demostrado en innumerables mundos su sed de violencia y control. Nimue lo sufrió en sus propias carnes. *¡Ay, Nimue, pobre y encerrada!*

Titania, Gaia, Hunt y Oberón: los cuatro dioses huidos y olvidados. Tan solo quedaban leyendas que contaban sus hazañas. Únicamente aquellos más ancianos veneraban su recuerdo mientras que el resto de Lyssandria hacía ya tiempo que había dejado de creer en su existencia. Saber que eran reales, que de verdad habían existido y nos habían abandonado hizo que se me cerrara el estómago. ¿Qué espíritus tenía que ver todo aquello conmigo?

—Durante un tiempo todo fue bien hasta que Gaia, en uno de sus viajes, trajo al primer humano: Herla. Gaia quedó prendada de su mundo y su hermana Titania quedó prendada de la belleza vinculada a su frágil existencia. Los humanos, aunque efímeros, vivían sus

vidas con intensidad y pasión, amando y creando como jamás las diosas habían presenciado. Varios humanos siguieron a Herla en esta nueva aventura. Como en toda historia de dolor, todo empezó con un enamoramiento. Titania y Herla se enamoraron. Él perdidamente con la intensidad que solo un humano posee. Ella de manera más comedida pero igual de real. Juntos tuvieron a un hijo: Absalon, el primer *Changeling.* El primer dios nacido con sangre en las venas.

La mención de ese nombre hizo que mi corazón comenzara a latir desbocado. Absalon era hijo de un dios y un humano. Eso era un *Changeling*.

—Absalon fue el primer y único hijo directo de un dios —continuó la sirena—. En apariencia era igual que un Alto Fae. Su vida era larga, y su poder, infinito. A diferencia de las creaciones de Titania, Absalon podía acceder al poder de todas las cortes por igual, pues por sus venas corría la sangre de un dios. Una sangre especial y con el potencial de ser terrible en las manos equivocadas. Al envejecer su padre, Absalon se puso al mando de los humanos y mestizos. Su madre creó para ellos la sexta corte. Una corte de humanos y Hadaës que acogía toda clase de poderes.

*Su vida larga y su poder infinito. Con acceso al poder de las seis cortes.*

Era imposible obviar las similitudes conmigo. Jamás había oído nada sobre la existencia de una sexta corte liderada por humanos y mestizos. Todas las historias de la última gran guerra hablaban de los humanos como una raza inferior. Una peste que pululaba entre las cortes, diluyendo su poder y parasitando su existencia.

—Pero los años y una voz terrible se adueñaron del corazón de Absalon. Un corazón que nació siendo retorcido y se alimentó de las palabras de otro dios —continuó Nimue—. Oberón estaba celoso de sus hermanas, pues él no había sido dotado con el don de la

creación. Aprovechando los viajes constantes de Gaia y los afanes de creación de Titania, Absalón quedó al cuidado de su sobrino y envenenó su mente predispuesta. Ambos comenzaron a llevar a cabo experimentos con la sangre del *Changeling.* Los humanos y los Fae que bebían su sangre eran invencibles. El resultado eran criaturas poderosas similares al *Changeling* original.

Nimue sonrió con maldad.

—El único problema era que enloquecían al poco tiempo de transformarse, pues sus cuerpos no estaban hechos para soportar la sangre de un dios. A Absalon no le importó. Absorbía su energía vital, haciéndose cada vez más poderoso. Incluso después de muertos, Absalon seguía siendo capaz de utilizar sus cuerpos. Los habitaba a su antojo, pasando de uno a otro. Además, aunque no podía viajar entre mundos como su tía, sí que podía invocar criaturas de otros universos. Se dedicó a traer a los seres más violentos y terribles. Con su ejército de incompletos, Absalon decidió cargar contra las cinco cortes. Al fin y al cabo, ¿qué era él, sino un dios? ¿Por qué habría de gobernar junto con seres inferiores? Absalon creía que era el legítimo gobernante de Lyssandria.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté con un hilo de voz.

Fui vagamente consciente de cómo los corales comenzaban a palpitar a nuestro alrededor, de cómo Echo resoplaba, inquieto.

—Lo que ocurre siempre: muerte, avaricia y destrucción. Titania y Gaia se vieron forzadas a intervenir. Acabaron con sus ejércitos y mataron a Absalon. O al menos lo intentaron. Era tal su poder en ese momento, tantas las almas que había consumido, que fue prácticamente imposible matarlo por completo. Destrozaron su cuerpo y su alma, y se llevaron consigo los restos lejos de Lyssandria, a otros mundos. En su huida a la desesperada por salvar su creación se llevaron también a Oberón, encerrado en un rayo de

Verdeluna para siempre. Ambas hermanas crearon a la Dama de la Noche antes de su partida y, con ella, el mundo de los espíritus. Una hija hecha de esencia de Verdeluna a la que se le encomendó la misión de proteger Lyssandria. Antes de partir, Titania brindó un último regalo a sus hijos, los Fae. Pues, si bien no habían nacido de su vientre como Absalon, seguían siendo su debilidad. Les regaló una brizna de su poder para cada corte. Un poder infinito que pasaría generación tras generación para asegurar la protección de sus súbditos, creando así los cinco primeros Guardianes.

—¿Y a la sexta corte no le regaló su poder?

—El poder de la sexta corte residía en las venas de Absalon, no era algo que la diosa pudiera regalar. —Negó con una risa melancólica—. Las diosas decidieron alejarse de su creación en un intento de salvarla. Y habría funcionado, de no ser por una mentira y un secreto. Dos historias terribles que deberían haberse quedado encerradas en el tiempo. Nimue lo sabe ahora, aunque no lo sabía entonces*. Joven Nimue, Nimue olvidada.*

Para mi sorpresa el dolor de la bruja parecía real. Tanto que los corales titilaron durante unos segundos, sumiendo la cueva en una fugaz oscuridad.

—Tú las sabías. Las sabías y se las contaste a alguien, ¿verdad? Por eso te encerraron aquí. Por contar una historia que jamás debería haber sido contada.

—Nimue vive para contar historias reales, criatura. Nimue pensó que estaba haciendo algo bueno. Aunque luego las historias se volvieron un arma horrible que casi acaba con Lyssandria.

—¿Qué mentira? —presioné.

La certeza de que la respuesta a esas dos preguntas era la clave de todo me llegó hasta la médula. No podía salir de allí sin averiguarlo.

—*La mentira ¡Canta Nimue, hermosa y desterrada!* Las diosas no se llevaron consigo todas las partes del alma de Absalon. Pues Herla, en su duelo, decidió guardar una parte de su hijo para no sentirse solo con la partida de su amada. Una parte escondida y enterrada que, llegado el momento, podría hacer revivir al monstruo.

Se me heló la sangre. Eso solo quería decir una cosa. Alguien o algo había sido capaz de encontrar aquel pedazo de Absalon.

—¿Y el secreto?

—*El secreto ¡Llora Nimue, escupe y canta!* Absalon tuvo un descendiente de sangre real. No una creación abominable, sino una hija de su propia carne. La madre, inocente de los pecados del otro progenitor, decidió esconder su identidad. El secreto de la verdad que corría por sus venas pasó de generación en generación. Pero aquello no fue suficiente para evitar las matanzas. No después de que Nimue contara la historia.

Nimue se atragantó en un sollozo.

Aquel secreto había originado siglos de matanza y persecución hacia los humanos.

—Un único dios permaneció en Lyssandria, incapaz de abandonar a su suerte las almas de las criaturas que había aprendido a amar en la distancia. Bendecido con el don de la premonición, Hunt pronunció su profecía con la finalidad de evitar muertes innecesarias. Anunció un cambio necesario a manos de un hijo de la Verdeluna y la no Luna. Pero los Fae no quisieron escucharlo. Retorcieron sus palabras hasta que se amoldaron a sus necesidades y sirvieron de estandartes en su guerra.

Nimue lloraba ahora de manera descontrolada mientras la cueva temblaba sobre nuestras cabezas. Echo relinchó, instándome a prestar atención, pero yo solo tenía ojos para la bruja.

*—Elara, sal de ahí. Ya tenemos la información necesaria. La cueva se va a venir abajo.*

*—Hay más, Callum, sé que hay más.*

—El hijo de la Verdeluna jamás perdonó a Nimue, sin importar las lágrimas que ella derramara. *¡Nimue triste, Nimue traicionada!* Durante miles de años, los Fae y los humanos estuvieron en guerra. Los Fae temían el retorno de otro *Changeling*, los humanos se negaban a extinguirse. Como era de esperar los humanos perdieron la batalla. Pese a los esfuerzos de los Fae, la sangre real de Absalon sobrevivió. Generación tras generación. Las madres escondieron a las hijas y guardaron el secreto. Durante mucho tiempo esto funcionó. Hasta ahora.

Las piezas del puzle llevaban mi nombre.

—Eso es lo que soy. Una descendiente de Absalon.

—La última después de la muerte de tu madre —confirmó—. Nimue no puede contar esa historia. La pobre Nimue solo sabe lo que susurran las olas. Olas sabias pero embusteras. Nimue no cuenta historias a medias.

Me dio la sensación de que los corales se movían como serpientes a la espera de que el veneno surgiera efecto en su presa antes de atacar. No me importó, necesitaba llegar hasta el final.

*—¡Elara, vete de ahí!*

—¿Cuál fue la profecía del dios Hunt? —pregunté, ignorando la petición de Callum.

—Nimue no puede repetir esas palabras. Él se encargó de ello. Nimue las sabe, las sabe de corazón, pero no puede repetirlas. Solo el dios de la Muerte y las llamas de su hogar conocen la profecía. El dios parido no tardará en retornar. Para hacerlo necesita su sangre perdida. Sangre de su sangre, ambos hijos de un mundo sin luna y una diosa olvidada.

Mi cabeza procesaba la información a toda velocidad.

Alguien había encontrado el trozo de alma escondida de Absalon y estaba tratando traerle de vuelta. Necesitaban mi sangre para completar el proceso. Por eso las criaturas me perseguían.

Necesitábamos conocer la profecía. No había otra opción.

—Pero ¿cómo derroto a un dios, cuando dos diosas juntas no lograron hacerlo? ¿Cómo evito que vuelva?

Nimue se encogió de hombros.

—Es tarde para evitar su retorno. Al fin y al cabo, estaba escrito en las estrellas. La sangre con sangre se paga. Solo un igual puede derrotar a otro. ¡Oh, pero Nimue ha hablado de más! Y la joven *Changeling* ha obtenido una respuesta no pagada. Nimue siempre requiere pago por adelantado.

—Puedo darte otro secreto —dije al notar como las paredes de la cueva se hacían más y más estrechas.

—Las historias robadas no se pagan con verdades. Se pagan con hueso y vida. Lo siento, pequeña *Changeling,* Nimue se siente muy sola, no tiene otra opción. La verdad es que Nimue y su cárcel se hicieron amigas. La cueva no permite que Nimue salga, pero le ayuda atrapar a los ladrones —susurró encantada—. Tus secretos saben dulces, criatura y Nimue tiene hambre. *¡Nimue envenenada, Nimue hambrienta!*

La voz de la bruja se volvió de roca y cuchilla.

De una sola vez, las enredaderas acuáticas se giraron en mi dirección, desenvolviendo las paredes de la cueva. Lo que antes era una pequeña burbuja de aire comenzó a inundarse mientras los arrecifes viajaban directos hacia mí.

Fue entonces cuando reparé en que las extrañas ramas de la cueva no eran raíces retorcidas del coral, sino huesos y dientes.

Mi oscuridad tomó el control.

Un estallido de noche y un aullido de tinieblas se liberaron al mismo tiempo que la magia de las Olas me inundaba. Como pude, cree una burbuja alrededor de mi rostro en el momento exacto en el que Echo dejó brotar su poder y se zambulló en el agua helada mientras un amasijo de agua salada y corales envenenados rugía a nuestras espaldas.

La magia del Kelpie y mi oscuridad se unieron contra las garras de la cueva. El resultado fue un estruendo desordenado que pulverizó las membranas del coral. Aun a través del agua, alcancé a oír los aullidos de dolor de la bruja.

No miré atrás.

Me aferré a Echo mientras dejaba que el poder siguiera fluyendo desde mi pecho.

La magia de las Olas brotaba desde mi interior, impulsando el avance del Kelpie y acortando nuestra distancia con la superficie. A su vez, mi oscuridad y la magia de Echo mantenían alejados los tentáculos de la cueva dispuestos a seguirnos en nuestra huida.

El estallido y su ataque habían provocado decenas de pequeños cortes a lo largo de mi piel y de la de Echo. Centré todas mis energías en no desmayarme y en seguir aligerando la densidad del agua para llegar lo más rápido posible a nuestro destino.

El poder brotaba a marcha fluida. Llevaba enjaulado demasiado tiempo. Pese al cansancio y al dolor, el sentimiento fue eufórico. Me obligué a recordar las lecciones de meditación con Lía. No podía permitir que aquel torrente de adrenalina y poder tomaran las riendas.

El cuerpo de Echo atravesó la entrada a la Perla justo cuando mi visión comenzaba a oscurecerse. Oí los chasquidos del agua conforme un par de figuras se acercaban corriendo hacia nosotros.

Su aroma de medianoche me encontró antes que sus brazos.

Echo dejó que Callum se acercara. Desmonté cubierta de sangre y de los restos de la cueva. Los gritos de Nimue aún resonaban en mis oídos. Callum frenó mi caída cuando me fallaron las piernas al tocar el suelo arenoso.

—Te tengo. —Me obligó a mirarlo con dedos temblorosos—. Haz que el poder vuelva a ti, Elara. Hazlo regresar.

Entre sus brazos, inspiré con fuerza, apaciguando el rugido del poder. Paso a paso, metro a metro, conseguí que el torrente de magia volviera a mi ser. Los últimos centímetros fueron tan agonizantes como una pequeña muerte.

—Esto lo cambia todo. —Por el hilo de voz de Selene supe que Callum le había informado a tiempo real de todo lo ocurrido en la cueva—. Es tarde para evitarlo. La guerra ya está aquí.

Echo inclinó la cabeza hasta que su nariz entró en contacto con mi cicatriz. Acaricié su cuello, dejando que la magia de las Olas recorriera su cuerpo, sanándolo. Lo último que vi antes de perder el conocimiento, fue la mano de Callum sosteniendo la mía contra el cuello de mi Eólach.

# CAPÍTULO XXIV

## Elara

## Estaban muertos. Él los había matado.

Los siguientes días pasaron como una exhalación. Galamh era un entrar y salir de gente constante. Con el descubrimiento de mi naturaleza todo se había acelerado.

Lía apenas salía de la biblioteca de la capital. Pasaba la mayor parte de su tiempo lejos de la cordillera buscando información sobre Hunt y todo lo que Nimue nos había revelado. Encontrar la manera de descubrir la profecía era la prioridad principal.

Selene había jurado su lealtad y ayuda. Aun así, nada parecía suficiente para calmar la ansiedad generalizada. Los ataques de las criaturas no hacían más que aumentar y los ejércitos de Umbra continuaban presionando las fronteras del resto de las cortes. Levi y Nox se centraron en reforzar la seguridad en toda la corte y preparar las tropas de las Sombras para un posible enfrentamiento.

Si las palabras de Nimue eran ciertas, algo que nadie dudaba, los ataques de las criaturas no habían sido más que intentos de hacerse conmigo o de conseguir mi sangre.

Mis días pasaban en una vorágine de entrenamientos. A veces sola, otras acompañada.

Aunque utilizar el poder de las Tormentas traía consigo una serie de recuerdos no bienvenidos, me obligaba a hacerlo. Los Saltos Irisados eran cada vez más sencillos. Levi y Nox me ayudaban con el poder de las Sombras y con el combate cuerpo a cuerpo.

Solo era capaz de mantener el control sobre ellas en situaciones de peligro o cuando Callum se encontraba cerca. Él había decidido mantenerse fiel a su palabra de no intervenir en mis entrenamientos a no ser que yo lo pidiera. Nox había intentado avanzar conmigo en el manejo de mis habilidades mentales. Pese a su paciencia, esa era otra área en la que avanzaba despacio.

Una parte de mí era consciente de que el miedo me estaba bloqueando. Asociaba aquel poder con la pérdida de control y unas consecuencias nefastas. Me resistía a aceptar la ayuda de Callum porque, en el fondo, sabía que me obligaría a enfrentar algo para lo que no me sentía preparada. Para mi desgracia, la guerra no esperaba a nadie, y mucho menos a mis traumas. Tenía que mejorar y *pronto*.

Siguiendo las indicaciones de Selene también reservaba tiempo para practicar la magia de las Olas. La fluidez del agua funcionaba como un bálsamo reparador. Mientras las Sombras eran fuente de miedo, la magia de las Olas era sencilla.

Aquella mañana sola en Galamh empezó como cualquier otra: sentada en el suelo del invernadero con los ojos cerrados. Gracias a Lía, meditar era el primer paso de todos mis entrenamientos. Era el único modo en el que conseguía no pensar en las palabras de Nimue. En lo que realmente significaban.

Pese a todo, usar los poderes de diferentes cortes había resultado mucho más natural de lo que esperaba. Con cada entrenamiento, el nudo de poder infinito de mi pecho se volvía más flexible y maleable.

Acceder a él siempre me dejaba exhausta, pero la transición era cada vez más sencilla.

Por su parte, la oscuridad se arremolinaba en mis entrañas. Esperando su momento. Gruñendo más y más con cada segundo que pasaba. Aunque su insistencia no era nueva, liberé un bufido exasperado mientras intentaba retenerla.

—Siempre podrías pedirme ayuda.

No me sorprendió la voz de Callum.

Tampoco sus palabras.

Algo en mi interior era capaz de presentir cuando se acercaba. Algo que jamás había ocurrido con Finnian. Supongo que aquella era la prueba definitiva de que la Corte de las Sombras era mi verdadero hogar.

—¿La estás ofreciendo? —me resistí a mirarlo porque sabía lo que encontraría.

—No me atrevería.

Abrí los ojos a tiempo de ver como su sonrisa se hacía más grande. Me observaba con las manos tras la espalda. Iba vestido de negro, con un pantalón sencillo y un jersey de cuello vuelto. Los bordados de la lana dibujaban sombras familiares. Los mechones negros de su pelo caían desordenados sobre su frente. Sus ojos, igual de negros, se oscurecieron al percatarse de que me había quedado mirando.

Me levanté sin apartar la vista, sonriendo para mí cuando sus ojos fueron incapaces de dejar de hacer lo mismo conmigo. Me recorrieron el cuerpo con descaro. Cada segundo que pasaban sobre mi piel se volvían más oscuros.

No había nada especial en el conjunto de lino que llevaba aquella mañana. El vestido era ligero y de un blanco roto jaspeado de pequeñas estrellas bordadas en un hilo plateado. Dos grandes

aberturas a ambos lados de mis muslos permitían que pudiera moverme sin complicaciones al entrenar y me daban fácil acceso a mis armas.

—Entonces debe de haber un motivo para tu presencia —suspiré —. Más allá de irritarme.

La mirada de Callum se volvió lobuna. Ya estaba otra vez azuzando a la bestia.

—Voy a ir a la capital a buscar a Lía. Lleva dos días sin volver a casa y me da miedo que haya muerto aplastada bajo una montaña de libros.

Amortigüé la risa que se atrevió a salir de mi boca mordiéndome el labio inferior. Pero no lo suficientemente rápido como para ocultarla. Los ojos de Callum se volvieron aún más negros, si es que eso era posible.

—Venía a proponerte que me acompañaras, pero si mi presencia va a hacer que vuelvas a reírte así, con gusto seré tu entretenimiento, Tiniebla.

—Eres un chulo y un engreído —le espeté, camuflando una sonrisa.

*—Y un descarado, añadiría yo. Pues me sigue encantando cómo suena tu voz cuando pierdes el control, ya sea con insultos o con otro tipo de ruidos* —me susurró sin ningún ápice de vergüenza.

Ninguno de los dos habíamos mencionado nada de lo ocurrido hacía ya una semana en la Corte de las Olas. No me había tocado con las manos, pero, de alguna manera, las caricias de sus sombras habían sido todavía más íntimas. Después de eso, Callum había puesto distancia entre nosotros. Al menos distancia física.

Su reticencia a tocarme me tenía confusa. En Seuqadac sus razones me habían parecido insuficientes, aunque tal vez el vino especiado y las miradas del Guardián durante la fiesta no hubiesen

ayudado. De alguna manera, hasta esa noche, todas las veces que Callum me había tocado habían sido mentira. Un beso convertido en escudo o una caricia como parte de una farsa. Sin embargo, la noche en la Corte de las Olas había sido diferente. La atracción entre nosotros era evidente y, aun así, había ciertos límites que él no estaba dispuesto a cruzar.

—¿Debería cambiarme?

—¿Cambiarte?

—No sé lo que es apropiado vestir en la capital de la corte.

El Guardián se rio en silencio, agitando los hombros despacio. En ese momento deseé que hubiera emitido una carcajada. Ávida de ser, también yo, quien lograra sonsacarle esos sonidos.

—No hay nada especial en la capital. Tan solo un palacio más grande que Galamh en el que recibo visitas y me peleo con aristócratas incompetentes. Así vas perfecta.

Callum habló al tiempo que me ofrecía una mano envuelta en sombras. Acepté sin reparos. Mientras desaparecíamos en una nube oscura me sorprendí pensando que confiar en él ya no me suponía un esfuerzo. Al contrario, era tan natural como respirar.

—*Escudos arriba, Tiniebla* —susurró en mi cabeza cuando nuestros cuerpos volvieron a materializarse en tierra firme.

La voz de Callum llegó antes que todo lo demás. Después, apareció la bruma. Todavía envuelta en el Salto me percaté de que el palacio de la capital de la Corte de las Sombras echaba humo.

O al menos eso parecía.

La imponente construcción de cristal nacarado y ladrillo negro desafiaba las leyes de la gravedad. Suspendido entre los resquicios de un acantilado y en el borde de una impresionante cascada, el castillo era la única construcción dentro de la extraña península que

se conectaba con la ciudad a través de un alargado estrecho de tierra.

La bruma rodeaba el acantilado, fundiéndose con el fulgor transparente de sus paredes y con la espuma de la gigantesca cascada. La niebla y sus sombras salían de entre todos los rincones, como si el propio castillo fuera la bestia a cargo de la humareda.

La cascada brotaba desde las entrañas del palacio, y caía, imparable, hasta el río que corría hacia la ciudad. A sus espaldas, el mar era tan negro que se perdía entre los espesos nubarrones que cubrían el horizonte. Pese a todo, el ruido del agua cayendo se perdía en los confines de la bruma.

El aire encerraba aquella sensación extraña de calma antes de la tempestead. Escondida entre cada lengua de sombras y bruma, se hallaba la sorpresa eterna de un escalofrío helado antes de un trueno y la certeza imparable de una tormenta de verano.

La capital, Sirtnale, se adivinaba entre el espesor únicamente por las puntas desdibujadas de sus edificios más altos. El resto de la urbe murmuraba los inicios de un despertar bajo el escurridizo sol de la mañana. Los rayos del astro difuminaban la ciudad entre la espesa niebla blanquecina que lo cubría todo. Un manto espeso de calma aparente y reflejos dorados.

Estábamos solos, recién aterrizados en medio de un jardín de vegetación salvaje y brumas estrelladas. Aun así, continué usando nuestra conexión mental por inercia, temerosa de que la niebla se llevara mis palabras donde yo no pudiera controlarlas.

*—Pensaba que Sirtnale era una ciudad pacífica. ¿Tienes miedo de que alguien intente un ataque aquí?*

*—Y lo es, pero fuera del Priorato de Sombras no me fío de nadie. La gente de esta ciudad es buena. Trabajadora y honesta. Me gusta pensar que los habitantes del castillo son iguales, pero hay raíces*

*difíciles de arrancar. No estoy dispuesto a correr riesgos. Menos aún en lo que se refiere a tu seguridad.*

*—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.*

*—Soy más que consciente de ello, Tiniebla. No dudo de tus habilidades, más bien de las mías. Si alguien se atreve a intentarlo, no podré evitar matarlo. Es demasiado temprano para estar limpiando sangre de debajo de las uñas, ¿no crees?*

Sin soltar mi mano, Callum echó a andar hacia el castillo. Aproveché la ocasión para esconder la sonrisa que sus amenazas habían creado. Al parecer las promesas de derramamientos de sangre en mi nombre eran mi tipo de piropo favorito.

*—¿Es siempre así? ¿El tiempo?*

Realmente me intrigaba saberlo, aunque la verdad es que preguntaría cualquier cosa con tal de despejar mi cabeza de ideas estúpidas. Ideas como sus manos en mis muslos y los susurros de sus ramalazos homicidas contra mi oído.

*—Sí y no. La bruma y las sombras jamás abandonan el castillo o su capital, pero en días soleados la vista es todo un espectáculo. El humo blanco recorre las calles y el castillo está cuajado de reflejos dorados. La gente navega los canales y el río en barcos impulsados por su magia. Por la noche es todavía más bello. Sirtnale es una ciudad que fue construida para vivir entre sombras. El problema no es la oscuridad, sino lo que mis predecesores hicieron con ella.*

Quise seguir preguntando, pero el tono de Callum fue suficiente para saber que no era el momento.

El jardín de alma salvaje dio paso a una amplia escalinata de mármol negro. Frente a las puertas varias figuras aguardaban la llegada del Guardián. Media docena de guardias vestidos con las túnicas negras similares a las que Levi y Nox llevaban estaban apostados a cada lado de los portones. Un par de trabajadores

aguardaban con los brazos recogidos en la espalda y una sonrisa servicial. A su lado, un Fae con cara de pocos amigos golpeaba un tacón delicado contra el suelo, impaciente.

Su piel era de un color violeta intenso tan oscuro como el mar sinuoso que respaldaba el castillo. Sus ojos rasgados eran azules y daban la sensación de poder ver más allá. Dos pequeños cuernos iridiscentes coronaban su cabeza rapada a juego con un par de alas grandes y elegantes que reposaban a su espalda.

La visión de esas alas me hizo pensar en Orla. El corazón me dio un vuelco, pero me obligué a hacer como si nada. Tiré ligeramente de mi brazo para separarme y dejar que Callum subiera por delante. Él aumentó su agarre para mantenernos unidos. Lo miré de reojo, pero no se inmutó.

—¿Cuántas veces te he dicho que me avises con antelación de tu llegada?

Aquel Fae habló entre susurros conforme se inclinaba en una reverencia sencilla frente a Callum. Su voz era apenas un hilo cristalino para los oídos del Guardián. Y, debido a nuestra cercanía, para los míos.

—Supongo que tantas como yo te he dicho que no es necesario que me hagas una reverencia ni que prepares un séquito de bienvenida cada vez que vengo, Falan.

Callum utilizó el mismo tono susurrado que el Fae, pero había un deje risueño en su voz. Un matiz distinto con aires divertidos. Me gustó escuchar aquel tono tan impropio del Guardián fuera del Priorato. Falan, sin embargo, parecía inmune a su actitud. Con una mueca severa pero cariñosa hizo un leve gesto con la mano antes de hablar.

—Tela, asegúrate de que el despacho del Guardián esté listo. El resto podéis dejarnos.

Uno de los trabajadores inclinó la cabeza antes de desaparecer a toda prisa dentro del castillo. Callum devolvió el gesto en agradecimiento.

—Falan esta es Elara. Elara te presento a Falan. Elle es regente de Sirtnale en mis ausencias y responsable de que la capital de la Corte de las Sombras no se desmorone. También tiene un alma romántica empedernida que adora las tradiciones y el protocolo. Se encarga de recordarme lo terrible que soy en ambos departamentos —completó con un guiño descarado.

La sorpresa en mi rostro debió ser evidente. Que une Baje Fae ostentara un puesto de tal envergadura era algo inaudito. Aquel tipo de cargos se reservaban para Altos Fae. Incliné ligeramente la cabeza al tiempo que extendía mi brazo libre.

Estaba segura de que Falan registró mi sorpresa, pero me respondió con una sonrisa amable y un apretón de mi antebrazo para devolverme el saludo.

—Es un placer, Falan. Como persona que sufre las impertinencias de nuestro querido Guardián a diario, mis condolencias. Tienes la Verdeluna ganada.

Falan dejó escapar una risa musical.

No me pasó inadvertido que sus ojos azules me estudiaban con detenimiento. Tampoco que se paraban más tiempo del necesario en las sombras negras que bailaban sobre mi piel.

—Bienvenida a casa, Elara. El sentimiento es mutuo —me dijo con calidez—. Aunque he de decir que el Guardián no deja de sorprenderme. Al parecer su respeto por las tradiciones no está tan olvidado como yo creía.

Callum comenzó a toser, como si se hubiera atragantado con su propia saliva. Lo miré confusa y con una pregunta en la punta de la

lengua, pero él tiró de mí hacia el castillo sin darme tiempo a hablar. Falan nos siguió de cerca con una sonrisa divertida.

—Tenía la sospecha de que os llevarías bien —murmuró Callum.

El interior del castillo no era como lo había imaginado. Las paredes y los techos transparentes dejaban pasar la luz tenue de la mañana y nuestros pasos resonaban contra un suelo de mármol negro. Entre los pasillos se oían risas y, desde la lejanía, las notas dulces de un piano pintaban de colores el silencio. El espacio era amplio y regio, pero había algo cálido que permeaba todo el ambiente. No daba la sensación de ser el hogar repleto de historias que era Galamh, pero tampoco se quedaba atrás.

—Supongo que sigue encerrada en la biblioteca.

Falan asintió con gesto grave a las palabras de Callum.

—Tela se ha encargado de que coma con frecuencia. Varias personas han intentado que pasee al menos una hora al día, pero ha sido imposible. Aguanta apenas quince minutos y luego encuentra alguna excusa para regresar con sus libros. Tu hermana es incorregible. Como bien sabes.

Esa vez la sonrisa de Callum fue genuina.

—Y por eso ella es tu favorita y los demás vivimos bajo su sombra.

—Querido Guardián, mi favorito es Nox. Lía es la segunda. Tú y tu incorregible Dracano os debatís el último puesto a temporadas. —Rio con ganas—. ¡Espíritus! Conozco a Elara desde hace cinco minutos y ya está por delante de vosotros dos.

Había algo familiar en el tono de Falan. Algo cálido que me recordó a Artio. Su recuerdo aún dolía mucho, pero saber que Callum y los demás tenían en su vida a personas como Lark y Falan me hacía tremendamente feliz.

*—Tenías razón. Me gusta mucho* —le confirmé.

Callum respondió con una mano acariciando mis escudos mentales mientras comenzaba a caminar tirando de mí.

—Ya la he avisado de que hemos llegado, pero me temo que está decidida a ignorar mi presencia —suspiró Callum de manera exagerada.

—Déjame adivinar. Quieres que vaya yo a por ella —respondió Falan elevando la voz a nuestras espaldas.

—Esa es una idea maravillosa, gracias, Falan. Estaremos en mi despacho. Dile que tiene media hora para salir por su propio pie o mandaré a Elara a por ella. Así verás en qué puesto de tu clasificación está en realidad.

—¡Oye! —me quejé.

Falan soltó una carcajada que se perdió al doblar la esquina del pasillo y que hizo que Callum se mordiera el interior de la mejilla intentando ocultar su propia risa.

—*Los dos sabemos que das mucho más miedo que yo, Tiniebla.*

Le propiné un codazo que solo consiguió hacerle reír más fuerte.

Callum me llevó a través de un pasillo amplio que desembocaba en una única puerta de madera. Me dejó entrar primero, manteniendo la puerta abierta. A diferencia del pasillo, las paredes de su despacho eran opacas y estaban cubiertas por varias estanterías de madera blanca. Dos sofás de lino crudo estaban enfrentados en el centro de la estancia. Entre ellos una mesita baja sufría bajo el peso de una cantidad ingente de libros. Un ventanal amplio dejaba entrar la luz desde un pequeño jardín privado, mientras que en la pared contraria las llamas bajas de una chimenea de ladrillo rojo crepitaban con sigilo.

—Si este es tu despacho, ¿por qué no tienes una mesa de escritorio para...?

Algo tiró de mí con un movimiento brusco hasta empotrarme de cara contra una de las estanterías. Tuve el tiempo justo de frenar el impacto con un brazo. Un rugido de sorpresa se perdió entre mi garganta y el choque con la madera.

Noté que dos sombras me recorrían las piernas hasta sujetarme con fuerza, mientras otras mantenían mi cabeza girada y apoyada contra el mueble. Mi poder acudió a mí sin apenas llamarlo. Sentí su carga inesperada en el pecho y en las yemas de los dedos.

—No tan rápido.

Percibí un movimiento con el rabillo del ojo antes de sentir su calor contra mi espalda. Nuestros cuerpos chocaron de esa manera deliciosa que mi piel había comenzado a añorar.

Aparté aquellos pensamientos y me concentré en el creciente cabreo que azuzaba a la oscuridad de mi interior.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dije con un siseo entrecortado.

Callum aumentó el agarre de su poder mientras me empujaba con más fuerza. No la suficiente para doler, pero sí para resultar molesto.

Su respiración era relajada, a pesar de que podía sentir su poder envolviéndolo todo. Cuando habló, lo hizo directamente contra mi oído. No hubo manera de disimular el escalofrío que me sobrevino al sentir sus labios en mi piel.

—Veamos, no tengo mesa de escritorio porque pienso mejor cuando ando o cuando estoy sentado en el suelo —respondió como si nada—. Y, para responder a tu segunda pregunta, Tiniebla, me he cansado de esperar a que me pidas ayuda.

Como si aquello fuera motivo suficiente, Callum dejó de hablar. Estaba a punto de pedir más explicaciones cuando su presencia de noche oscura impactó con fuerza contra mi escudo mental.

Mi reacción fue instintiva. Cerré cualquier grieta a cal y canto. Cerré incluso la puerta de la que solo Callum y yo teníamos la llave. Hacerlo no fue agradable, pero era la única manera de resistir sus impactos.

Él no cesó en sus esfuerzos. El recuerdo de la primera vez que me enseñó a crear escudos amenazó con hacerme reír. Ahora lo veía claro: entonces se había contenido. Por algún motivo, eso me cabreó todavía más. El muy bastardo se había estado conteniendo todo este tiempo, como si yo necesitara estar entre paños calientes.

Me encontré con cada una de las ráfagas de poder que arremetían contra mi escudo. Una vorágine de oscuridad y galaxias. Me obligué a enfrentarlas con el mismo nivel de fuerza y magia. Los dientes me rechinaban del esfuerzo y, de haber tenido las manos libres, las uñas se habrían clavado en mis palmas hasta sangrar.

Callum no volvió a hablar hasta que mi escudo se volvió impenetrable. Ningún ataque que mandara conseguiría traspasar mis barreras. Ambos lo sabíamos. Esa certeza me hizo sentir orgullosa.

—Muy bien. Has estado practicando.

—No gracias a ti —gruñí mientras forcejeaba, en vano, para liberarme de su agarre.

Sostuve el aguante de mi escudo que se resistía a ser tumbado por la fuerza implacable de sus acometidas. Ignoré las gotas de sudor que poblaban mi frente e intenté calmar el centro de mi poder.

—Si querías mi ayuda, solo tenías que pedirla, amor. Pensaba que lo había dejado claro.

Esa palabra en sus labios fue casi tan potente como una ráfaga de poder.

Callum hizo que su nariz recorriera el espacio entre mi oído y mi clavícula. Apenas fue un roce, lento y deliberado. Su única función, como la de sus palabras, era desconcentrarme.

—¡Quítate de encima!

—Quítame tú, Tiniebla —ronroneó—. Los dos sabemos que puedes hacerlo, pero te estás conteniendo.

Tenía razón, él no era el único que no había mostrado el potencial real de su poder. Aun así, me negué a usar las sombras. Dirigí mi concentración hacia las partículas de aire entre nuestros cuerpos llamando a la magia de las Tormentas en un intento de parar su agarré. Pero fui demasiado lenta y él se dio cuenta de mis intenciones. Solo conseguí darme la vuelta para enfrentarlo.

—No puedes usar el resto de los poderes. Tienes que usar solo tus sombras. Está claro que te sientes más cómoda con el manejo mental, pero tienes que aprender a usarlas en el exterior también. El proceso es el mismo. Son parte de ti, no una fuerza enemiga. No es un animal al que tengas que conseguir domar. Solo tienes que aceptarlas, ya lo hiciste con los Puka, pero no podemos depender siempre de que tu vida esté en peligro para que uses el poder de tu corte.

La presión de su magia aminoró ligeramente, dándome espacio para pensar.

—No es tan fácil. Las sombras se mezclan con la oscuridad y pierdo el control.

—Son lo mismo. Elara, has usado tus sombras antes conmigo y no perdiste el control.

Mis hombros se hundieron derrotados.

—Cuando tú estás cerca se vuelven más maleables —admití—. Pero eso solo pasa contigo. Supongo que sienten que eres el Guardián o algo así. En cualquier caso, el riesgo no merece la pena.

—No puedes hacerme daño con ellas, te lo prometo —me aseguró —. Intenta liberarte. Haz lo peor que sepas, yo estaré bien.

Su siguiente movimiento me dejó sin aliento. Inclinó su cabeza hasta rozar su nariz con la mía en una caricia casta e inocente. Una acción que, a pesar de que pretendía calmarme, consiguió todo lo contrario. La oscuridad no me dio tiempo a procesarlo. Lo cierto es que tanto ella como yo sabíamos que mentirse a una misma servía de bien poco.

Dejé que saliera a jugar. Callum tenía razón, si alguien podía controlar el resultado ese era él.

Aun así, cuando aquel poder de Verdeluna y estrellas lo inundó todo, el pánico me sobrevino. Intenté controlar la dirección de las sombras, pero solo podía pensar en los gritos y en el edificio desmoronándose.

Callum fue consciente del segundo en el que empecé a girar sin control. Su cuerpo se mantuvo contra el mío, presionando, dándome un lugar físico en el que descargar la intensidad de la oscuridad. Sin embargo, su presencia inundó mi mente en una oleada de confianza y apoyo.

Empujé las sombras contra su cuerpo, pero la mole que era el Guardián ni se inmutó. Sus tentáculos de bruma intensificaron la sujeción de mi cuerpo mientras cubrían todo el despacho, pero su presencia cálida nunca abandonó mi cabeza.

—Los dos sabemos que lo puedes hacer mejor. Ni siquiera me has movido un milímetro. Puedes hacerlo, Elara. Deja de luchar contra ti misma.

Las sombras de Callum encerraron a las mías y todo quedó en silencio. Fui consciente de varias cosas a la vez: el edificio no temblaba, la oscuridad no dolía y él estaba allí conmigo. A pesar de todo, estábamos a salvo.

Algo cambió en mi pecho, como si la respuesta a una pregunta que desconocía hubiera encontrado su hogar entre mis

respiraciones. Me sentí liviana, parte de la oscuridad. Callum también se percató del cambio.

Permití que la oscuridad, *mi oscuridad*, lo cubriera todo. Fue como soltar el timón de una embarcación a la deriva en mitad de un mar embravecido. Solo que aquella vez, en lugar de amarrarme al mástil en un intento inútil de no ahogarme, dejé que el agua me engullera.

La presencia constante de Callum en mi mente se convirtió en el centro de mi caos. Mi única cuerda de seguridad.

—Eso es —dijo él en un jadeo de felicidad.

Su voz fue el último empujón que necesité. La oscuridad estalló en mi interior. En lugar de contenerla, me dejé ir con ella. Durante años había luchado contra aquella fuerza como si fuera algo desconocido. Cuando las palabras que le había confesado a Nimue eran la verdad que más temía.

Cuando la oscuridad regresó a mí, no lo hizo para instalarse entre los huecos de mis costillas. No, esa vez caló hasta la última parte de mi esencia.

No fue necesario abrir los ojos para saber que mis manos resplandecían estrelladas y que mis ojos estaban negros. Con apenas medio pensamiento las sombras empujaron a Callum y a su magia lejos de mí. Sabía que no estaba haciendo nada para defenderse, pero no me importó. Aquello no se trataba de conseguir vencerlo, sino de vencer el miedo que me acompañaba desde hacía ya demasiados años.

Sin apenas esfuerzo, mis sombras agarraron su cuerpo y tiraron de él con fuerza. Escuché el crujir de madera. Desde el suelo y rodeado de los restos de una mesilla destrozada, él me observaba con una sonrisa radiante y orgullosa.

—Bienvenida de vuelta, Tiniebla.

Como respuesta solo pude devolverle la sonrisa. Incapaz de desviar la mirada de aquellos ojos negros que me observaban como si fuera el centro del universo. Mi sonrisa creció y quise quedarme para siempre en aquel momento. Con los ojos de Callum fijos en los míos. Con su sonrisa sincera eclipsando cualquier pensamiento. Si vivir en un instante fuera posible, aquel habría sido mi elección.

—¡Lo tengo! ¡Callum, Elara, lo tengo! —Lía irrumpió en el despacho como una exhalación—. No sé cómo espíritus se me había pasado hasta ahora. Ese cabrón pensaba que podía escaparse de mí. ¡Ja! Lo lleva claro.

Lía blandió unos papeles estrujados en el aire como si acabara de ganar una batalla. Callum me regaló una última sonrisa, una que dibujó solo para mí, antes de levantarse.

—¿Qué has encontrado? —Su voz sonó ronca y, aunque la pregunta era para su hermana, sus ojos no abandonaron los míos.

La habitación estaba cargada de una corriente extraña. Una electricidad deliciosa que me empujaba a acortar la distancia entre nosotros. Muy a mi pesar, me obligué a permanecer quieta.

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

Lía miró la habitación, confusa, reparando por primera vez en los restos de sombras oscuras y en los muebles que habían quedado reducidos a lumbre para la chimenea.

—Que tengo un nuevo profesor —dije con una risa—. ¿Qué has descubierto, Lía?

La sonrisa volvió al rostro desconcertado de Lía. Un rostro sellado por la determinación.

—Sé cómo encontrar a Hunt. Solo hace falta un mapa y Aiden sabe dónde está. Ha llegado la hora de visitar la Corte de las Llamas.

# CAPÍTULO XXV

## Elara

**Las heridas de los muertos gritaban su nuevo nombre haciéndose eco de las lágrimas negras que lloraba su propio corazón.**

Un alarido rompió el silencio de la noche.

Me desperté daga en mano, con los restos de una pesadilla nublando mis sentidos. Las noches se habían convertido en un lugar hostil que temía cada día. Un lugar plagado de fantasmas a los que podía poner cara.

Fantasmas con nombre.

Otro grito estrangulado me sacó de mis propias pesadillas. Me incorporé con el ceño fruncido. Mi cuarto estaba vacío y el palacio permanecía en calma. El descubrimiento de Lía había traído consigo días de expectación. Callum había solicitado a Aiden una audiencia privada. Ahora solo tocaba esperar la respuesta del Guardián de las Llamas.

Algo frío y familiar me acarició el tobillo.

Al mirar hacia abajo uno de los tentáculos de sombras de Callum se me enroscó en la pierna. No había hostilidad en el gesto, pero sí premura. Me levanté al tiempo que otro quejido, esta vez ahogado, se filtraba por la puerta que conectaba nuestras habitaciones.

Apretando el arma con fuerza corrí hasta abrir la puerta de un tirón. Preparada para atacar. Pero no había ninguna batalla campal en marcha. Ni tampoco ningún intento de asesinato. No, la imagen que me recibió era todavía más desoladora.

Callum se retorcía de dolor en el centro de una enorme cama con dosel. Tras las cortinas semitransparentes, jadeaba atrapado en una pesadilla. Su cuerpo estaba cubierto de las mismas sombras brillantes que pintaban sus manos en las ocasiones en las que usaba grandes cantidades de poder. Incluso en la oscuridad, pude ver la capa de sudor frío que cubría su cuerpo marcado de cicatrices.

Deposité la daga sobre una de las mesillas que había a cada lado de la imponente cama antes de aproximarme. Había pilas y pilas de libros en cada rincón libre de la habitación, a pesar de que una de las paredes estuviera cubierta por grandes estanterías a rebosar. Un sofá enorme de terciopelo descansaba frente a una chimenea que todavía ardía con los restos de un fuego. En la mesita había una partida de ajedrez a medio terminar. Una pequeña alcoba a la izquierda del amplio ventanal daba paso a un despacho desordenado pero acogedor.

Un despacho sin mesa.

La oscuridad volvió a tirar de mí, devolviendo mi atención hacia el dueño de la habitación. No quise tocarlo. En ese estado despertarle de golpe podía ser peligroso. Pero tampoco podía seguir allí plantada sin hacer nada mientras sufría.

La oscuridad me apretó el pecho, pidiendo salir. En otro momento habría asido con fuerza la correa que la mantenía atada a mí. Pero desde el entrenamiento improvisado de Callum en la capital nuestra relación había cambiado. La oscuridad ya no exigía, enrabietada. En su lugar, acariciaba mi consciencia con mimo de la misma manera que el resto de mis poderes.

Algo en mi interior actuó por instinto. Aparté una de las cortinas, arrodillándome sobre el colchón. Lo suficientemente cerca como para poder tocar a Callum, pero con cuidado de no hacerlo. Dejé que mi oscuridad fluyera hacia él. Empezó con la bruma que él me había regalado. Se desenroscó hasta acariciar mis dedos, extendiéndose poco a poco hasta entrar en contacto con la oscuridad de Callum.

El resultado fue inmediato.

Los temblores cesaron y los quejidos bajaron de intensidad. Aun así, todavía respiraba con fuerza. Desplegué mi poder sobre su cuerpo, intentando calmar su pesadilla con la manifestación física de la mía.

El miedo a perder el control estaba allí, en la parte de atrás de mi cabeza. Sin embargo, la oscuridad no se descontroló. Ver que conseguía calmar a Callum, ver que brillaba fundiéndose con su poder, hizo que un escalofrío agradable me recorriera. La sensación era similar a la de estirar un músculo agotado.

Sentí como si algo esencial, algo que no sabía que había perdido, volvía a su sitio.

—Elara. —Callum abrió los ojos despacio, murmurando mi nombre antes de localizarme en la penumbra de la habitación.

—No pretendía despertarte, pero estabas teniendo una pesadilla y no sabía que otra cosa hacer. ¿Estás bien?

Escuchar mi voz tuvo una reacción inesperada.

Callum se incorporó más rápido de lo que debería ser capaz de moverse nadie. Antes de volver a pestañear se encontraba frente a mí. Sus manos sujetaban mi rostro con una delicadeza imposible y sus ojos recorrían, desesperados, mi cuerpo.

Intenté no pensar demasiado en que me había vuelto a quedar dormida en nada más que ropa interior y uno de aquellos jerséis

imposiblemente suaves que continuaban apareciendo en mi cómoda.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho algo?

Callum buscaba, frenético, heridas inexistentes sobre mi piel. Atrapé su cara entre mis manos imitando su gesto, hasta que conseguí que me mirara a los ojos.

—Estoy bien, Callum. No me has hecho absolutamente nada.

Él dejó escapar una exhalación de alivio, pero sus manos no abandonaron mi cara. Algo en su rostro todavía andaba perdido en las últimas esquirlas de sus malos sueños.

—Normalmente cuando me despiertan las consecuencias no son agradables. Mandé poner una protección entre nuestras puertas para que no te molestaran mis pesadillas. Pediré que lo revisen por la mañana.

Mientras hablaba sus dedos acariciaban con delicadeza mis mejillas. Había una familiaridad dulce en ese gesto. Una familiaridad que ansiaba con cada caricia.

—No hace falta. Supongo que es lo justo. Si yo te despierto, tú también deberías poder hacerlo.

—Necesitas dormir —murmuró dejándose caer de vuelta a la cama.

Mientras Callum volvía a recostare me abstuve de decirle que él también necesitaba poder descansar en paz.

—En eso estamos de acuerdo, pero el sueño me rehúye desde hace tiempo.

Allí, tumbado, en el brillo de la Verdeluna y el cobijo de las cortinas de la cama, Callum parecía más joven. Tenía el pelo alborotado y los ojos brillantes. Enterré las manos debajo de mis muslos, aun sentada de rodillas, para evitar el impulso de apartarle el pelo de la frente. No había nada que quisiera más en aquel

instante que recorrer sus mechones con mis dedos e intentar aliviar algo del estrés con aquel simple gesto.

—¿Quieres hablar de la pesadilla?

Él me dedicó una sonrisa triste, apartando con una mano distraída un mechón que llevaba mi nombre.

—Si hablo de ellas, no volverás a mirarme igual. Y no sé si puedo soportar que me mires de nuevo con odio y desconfianza.

Como siempre, nuestras confesiones eran más sencillas entre sombras.

Avancé despacio hasta colocar mi espalda contra el cabecero. Me quedé allí sentada, abrazando mis rodillas mientras cavilaba sus palabras.

Aún tumbado, él se giró para seguir mirándome. Recé porque no me pidiera que regresara a mi cuarto. Cuando su mano rodeó mi tobillo, dejé escapar una respiración entrecortada.

—No creo que haya nada que puedas contarme que haga que vuelva a mirarte así, Callum. No después de los meses que he pasado aquí.

Su mano se mantuvo alrededor de mi tobillo mientras su dedo pulgar acariciaba la piel sensible del interior de mi pie.

—Te dije que era peligroso. Eso no ha cambiado.

—Por suerte para ti yo también soy peligrosa. No me da miedo tu oscuridad. No puede ser peor que la mía.

—Ahí es donde te equivocas.

El Guardián había dejado de mirarme y supe que su cabeza estaba de vuelta en la pesadilla. Me partí al verlo vulnerable. La tristeza y la severidad de su afirmación traspasó las fronteras de mi mente, aunque estaba segura de que no era cosa suya. Nuestra conexión a veces funcionaba de manera extraña.

En ese momento, habría hecho cualquier cosa con tal de aliviar su carga.

Recordando sus palabras el día del ataque de los Sith decidí ser valiente. Comencé a hablar antes de entender mi decisión. Al fin y al cabo, mis pesadillas también tenían cicatrices.

—Mi oscuridad ha matado.

—No tienes que contármelo —murmuró él volviendo a mis ojos.

Sonreí con una seguridad que en realidad no poseía.

—Yo te enseño mis fantasmas, si tú me enseñas los tuyos.

Decidí mirar al frente mientras me obligaba a hundirme en las garras de la pesadilla que era, al final, un recuerdo al que más temía. Me dejé guiar por el brillo de la Verdeluna y comencé a hablar.

—No recuerdo cómo empezó. ¿No es curioso? Como a veces los recuerdos que más nos atormentan están incompletos. Son apenas fragmentos inconexos cuyas aristas nos obligan a seguir sangrando. —Tragué saliva—. No tenía más de cinco años y, hasta ese momento, toda mi vida se había visto reducida a las paredes del orfanato y a las calles sucias de Nébula, donde otros muchos niños probaban suerte. No lo entendía, al principio, que decidieran vivir allí solos. Por mucho que dolieran las palizas, las calles no podían ser mejores que el orfanato. Esa noche lo entendí.

Callum se incorporó hasta sentarse a mi lado. Mientras yo miraba a la nada, él no dejó de observarme.

Tampoco de tocarme.

—Uno de los trabajadores solía castigarnos con frecuencia. Todos lo hacían, en realidad. Pero un par de ellos disfrutaban especialmente. No sabría decir qué hice aquella vez. Contestar de malas maneras o compartir mi comida eran mis ofensas más habituales. Pero no consigo recordar qué hice en esa ocasión. Y por

algún motivo eso me molesta. Debí hacer algo, algo que desencadenó todo lo demás, pero mi cabeza se niega a recordarlo. —No frené la lágrima que escapó de mis ojos. Era inútil, pues sabía que muchas otras le seguirían. En ocasiones los traumas robaban las lágrimas de sus víctimas. En mi caso, mis lágrimas se alimentaban de ellos—. Solo recuerdo las manos frías de ese hombre sobre mi cuerpo. Palabras cuyo significado desconocía, pero con una intención evidente.

Callum se tensó a mi lado.

—Me revolví con todas mis fuerzas, pero él era mucho más fuerte que yo. Cuando una de esas manos huesudas fue a parar al bajo de mi camiseta algo estalló en mi interior. Una oscuridad de la que no había sido consciente hasta ese momento. Lo arrasó todo. Las manos de mi atacante, su cuerpo, la estructura del edificio y las vidas de muchos de los que lo habitaban. No tenía fin. Seguía saliendo de mí, enfurecida. Podía sentir como arrasaba con todo. Personas, corazones, muros y ventanas. Y yo no hice nada para frenarla. Rogué que parara, intenté llamarla de vuelta. Nada funcionó.

Hacía demasiados años desde la última y única vez que había contado esa historia. Con perspectiva, si analizaba aquella primera ocasión, las reacciones de Nolan habían sido las esperadas. Sin embargo, tras su traición, los destellos confusos de aquella noche asaltaban a veces mi mente.

Palabras demasiado rápidas.

Juramentos de venganza vacíos.

Nada había sido real y, sin saberlo, al contárselo le había dado la manera de controlarme.

Me atreví a mirar a Callum entonces. A pesar del cambio de posición, sus caricias en mi pierna no cesaron. A diferencia de Nolan,

no me presionó para que continuara o para que detallara las partes más escabrosas.

Su furia se filtraba a través de nuestra conexión mental. Una furia abrasadora que hablaba sin necesidad de palabras.

Con cada palabra que narraba, las imágenes de uno de los peores días de mi vida me asaltaban. Sabía que Callum podía verlas a través de nuestra conexión. No hice nada por frenarlas.

—Pasé varios días hecha un ovillo debajo de los escombros que ni siquiera me habían rozado. No me atreví a salir hasta que oí que habían dejado de buscarme. Me daban por muerta. Una más de las decenas de cuerpos irreconocibles que habían sacado de entre los restos del derrumbamiento. —Mi voz comenzó a temblar—. Artio me encontró vagando por las calles de Nébula un par de semanas después. Hasta hace unos meses aquella había sido la mejor coincidencia de mi vida. El día que intenté robarle unas monedas a un trasgo despistado fue el día que dejé de estar sola. Supongo que eso fue mentira también.

Nos mantuvimos en silencio durante un rato largo. Las caricias del Guardián mitigaban el dolor. En algún momento dejé que mi cabeza cayera sobre su hombro.

Callum inspiró con fuerza. Supe antes de que comenzara a hablar que iba a abrirme las puertas de su pesadilla. El horror que siguió fue acompañado de imágenes que sabría que jamás lograría olvidar.

—¿Sabías que empezaron a llamarme Oscuro y Asesino de Fae mucho antes de la matanza de Astrella? La única diferencia era que hasta ese maldito día la gente lo susurraba a mis espaldas. Después de Astrella... —Callum dejó escapar una risa triste—. Después de Astrella esos nombres se convirtieron en algo que muchos escupían como insultos a mi cara. Algo que me vi forzado a llevar por bandera.

Yo misma había crecido escuchando las macabras historias de la masacre de la ciudad de Astrella. La masacre llevada a cabo por un monstruo capaz de arrasar con toda una población de un plumazo. Jamás pensé que el propio monstruo sería el encargado de contarme su historia. Mucho menos que lo haría con mi cabeza apoyada en su hombro y sus caricias en mi piel.

—A estas alturas ya sabes que mi padre no era un buen hombre. Especialmente con su familia. En cuanto se dio cuenta del alcance de mi poder hizo lo único que podía hacer para controlarme: dejarme sin aliados. Solo y temido, con la reputación por los suelos. El abuso físico pronto dejó de ser suficiente. No importaba lo que me hiciera, nunca conseguía doblegarme. No tardó en darse cuenta de que la única manera real de mantener su agarre en la correa que rodeaba mi cuello era amenazando a Lía y a mi madre. Excepto matarlas, infundió sobre ellas todos los horrores que te puedas imaginar. Muchas veces disfrutaba llevando a cabo sus torturas primero conmigo, para que supiera exactamente lo que ellas sentirían si yo desobedecía.

Maldije a los espíritus porque aquel hombre estuviera ya muerto. Me habría gustado tener la oportunidad de arrancarle la piel, trozo a trozo, con mis dagas.

¡Oh, cómo habría disfrutado!

—Tenía once años la primera vez que me ordenó matar a alguien. —No sabía que era capaz de sentir odio como aquel hasta que esas palabras abandonaron los labios del Alto Fae—. Durante los dos primeros años me limité a cumplir sus órdenes. Hice cualquier cosa con tal de evitar que les pusiera la mano encima a ellas. Normalmente me mandaba hacerlo cada pocos meses. Siempre era a rivales políticos o a personas que entorpecían sus intereses. Pero cuando cumplí catorce años, me encargó algo diferente. Esta vez

quería que matase a una familia entera. No sabía qué es lo que habían hecho. Rara vez me lo decía. Cuando llegué a su casa, me di cuenta de que el matrimonio y sus dos hijas se dedicaban a enseñar a usar sus poderes a personas del campo de manera que el manejo de los cultivos fuera más sencillo. Lo que quería decir que no necesitaban usar las máquinas encantadas con runas que alquilaba la corte. Era solo por dinero.

Callum meneó la cabeza varias veces y vi como estrujaba las sábanas de la cama con un puño de noche y sombra.

—No fui capaz de hacerlo. Esa noche marcó un antes y un después. No volví a matar sin averiguar antes cuáles eran los supuestos crímenes de mis víctimas. —Callum permaneció en silencio durante unos segundos y supe que estaba acordándose de todas y cada una de ellas—. Esa noche usé mi poder para hacerlos desaparecer. Borré mentes, modifiqué recuerdos. Hice todo lo posible para que nadie recordase a la familia. Después les busqué un lugar seguro donde vivir. A mi padre le dije que había destrozado sus cuerpos en el ataque y que solo quedaban algunos dedos como prueba de mi asesinato. Un puñado de falanges fueron suficientes para convencerlo. Un precio que pagaron gustosamente.

Me incorporé despacio, temiendo el rumbo que estaba tomando la historia. Callum tenía la mirada fija en un punto perdido de la habitación mientras su cuerpo temblaba con furia.

Comprendí que la furia no solo iba dirigida a su padre.

No, ese odio infinito que cubría todo su poder estaba dirigido a él mismo.

—Después de aquella noche, aunque lo intenté, no pude salvar a todos los que llegaron después. Mi poder no era lo suficientemente fuerte todavía y habría sido sospechoso. Las vidas que no pude salvar las acabé rápido y sin dolor. Con el resto, me aseguré de

meterme en las cabezas que fueran necesarias para ponerlas a salvo.

—Pero eso tuvieron que ser cientos de personas. Miles.

Callum asintió una única vez.

Mi mano encontró la suya en mi tobillo. Me sujeté a su muñeca y apreté ligeramente. Quería hacerle saber que no estaba solo. Que no había sido su culpa. Tan solo era un niño. Un niño solo y torturado en una posición imposible.

—Funcionó durante un tiempo, pero los recursos de un príncipe son limitados cuando él mismo es un esclavo en su propia corte. Especialmente, porque apenas tenía dieciséis años. Había pocos lugares donde pudiera mantener a tanta gente escondida. Fue una inconsciencia por mi parte. Ahora lo sé. Pero entonces era mi única opción. Todas las familias y personas reubicadas acabaron escondidas en la misma pequeña ciudad costera y en sus alrededores.

—Astrella —comprendí.

Callum no se molestó en asentir.

No hacía falta.

—Alguien se me escapó. Hoy en día todavía no sé quién fue. Pero alguien averiguó lo que estaba haciendo y se lo dijo a mi padre. Mis pesadillas, muchas, son de aquel día. Recuerdo hasta el último maldito segundo. Mi madre inconsciente en mitad de la plaza. Los Guardias arrancando la ropa de Lía a latigazos. Y la orden clara de mi padre: «Pensaste que podrías salvar a un puñado de miserables a mis espaldas. Esto te enseñará a no subestimarme. Mátalos a todos. La ciudad entera. Mátalos o yo las mataré a ellas».

La Verdeluna alumbró aquel recuerdo envenenado, sin darme tiempo a pedirle que volviera atrás en el tiempo y evitara tanto dolor.

—Así que lo hice. No fue difícil. Ni siquiera lo pensé. Matar a cientos de personas fue tan sencillo como parpadear —confesó con la voz vacía—. Y lo peor de todo es que lo volvería a hacer.

Sentir el odio que aquello le provocaba dolía demasiado. Aquella era una carga imposible que Callum arrastraba a diario.

—Me prohibió volver a la capital hasta que no me hubiera deshecho de todos y cada uno de los cuerpos sin magia. A lo largo de los tres días siguientes enterré seiscientos treinta y dos cuerpos. Cuando terminé, solo me quería morir. De no haber sido por Levi y Nox, no habría sobrevivido la noche del tercer día. Durante años fui tan solo una sombra. Su presencia fue lo único que me mantuvo con vida.

—¿Volvió a pedirte que mataras a alguien?

En el fondo ya sabía la respuesta.

—Durante varias décadas no hizo falta que matara a nadie más. El mero recuerdo de Astrella era suficiente para mantener a sus rivales inactivos. Pero después comenzó a volver a necesitar de mis servicios. Los Fae vivimos mucho y olvidamos pronto. Para entonces yo ya no era un crío asustado y sin recursos. Mi poder ya superaba cualquier otro y era capaz de mucho más que borrar memorias y sustituir recuerdos. Podía manipular a cualquier persona, convencerlo de cualquier cosa. A cualquiera menos a él. La mente del Guardián de las Sombras está protegida por una magia antigua. Aun así, jamás volví a matar en su nombre y me aseguré de que nadie lo averiguara.

La noche continuó brillando ajena, o indiferente, ante nuestras confesiones.

—¿Puedo quedarme?

Callum me miró por fin, durante unos segundos infinitos. Reconocí algo roto en el negro de sus ojos. Algo que me miraba desde cada

reflejo que me devolvía la mirada. Sin embargo, detrás de aquel dolor, había un pedazo de esperanza.

—¿Y dormir al lado de un asesino? —preguntó desafiante.

—Hace tiempo me dijiste que podíamos ser monstruos juntos. Que no había nada en mi oscuridad que no pudieras asumir. Me pediste que te diera mi oscuridad y mi dolor y los harías tuyos.

—Sí, eso dije.

—Dame tu oscuridad y yo te daré la mía. Deja que sostenga algo de la carga. Al menos por esta noche.

Callum no dijo nada más. Vi el momento en el que su cuerpo se contuvo para no abrazarme. Testarudo hasta el final con sus promesas. Se tumbó en silencio y separó las sábanas para que me acostase a su lado.

Me tumbé tan cerca como pude sin tocarnos. Lo suficiente para que su respiración se mezclara con la mía. Nuestras manos estaban tan cerca y a la vez tan lejos que sentí que me volvería loca.

Al final, el sueño ganó la batalla.

Entre las penumbras de la noche y los restos de nuestras pesadillas, creí distinguir la palabra *siempre* saliendo se sus labios. No me importó si fueron imaginaciones mías. Un para siempre al lado de Callum no parecía suficiente.

# CAPÍTULO XXVI

## Elara

## Las noches eran aterradoras. Y los días, sin ella, insoportables.

La montaña traía consigo un silencio tan dulce que parecía una memoria. Los ecos de una historia olvidada reverberaban en un sosiego pausado. Dejé que aquella nana guiara mis pasos. El brazo seguro de Lía enlazado con el mío era la cuerda que me anclaba a la realidad. Mientras tanto, las risas de los Fae un puñado de pasos por delante eran las alas que me impulsaban a tener esperanza.

*Esperanza*.

La palabra parecía sirope en mi garganta. Dulce, pero difícil de tragar. La sensación era ajena. Extraña. Como si de un corsé nuevo se tratase. Me forcé a sentirla. Con cada paso podía notar las tiranteces de aquel sentimiento iluso y suicida. Se hundían en mis costillas, arañando la piel y apretando mis pulmones.

Respirar era incómodo, pero con cada paso, la estrechez cedía, dejándome respirar con más facilidad.

—Yo solo digo que la última vez ganaste de manera totalmente ilegal, Callum. Te aprovechaste de que Lía no estaba presente para hacer trampas. Es la primera vez que Elara participa, así que más te vale comportarte.

Levi agitaba los brazos lanzando dedos acusadores y cejas arqueadas a diestro y siniestro. A su lado Nox y Callum intercambiaban miradas de hastío, divertidos. Levi, ajeno a todo lo demás, solo hacía aspavientos mientras sorteaba las gruesas raíces que recorrían las hierbas altas como venas en un organismo.

—¡A mí no me metas, Levi! —Lía me guiñó un ojo cómplice—. Además, sois los dos unos tramposos. Aquí el único que nunca hace trampas es Nox.

El general levantó un puño al aire seguido de una carcajada triunfal que arrancó una risa de los labios de Lía mientras Callum y Levi miraban con los ojos entrecerrados el intercambio.

Tras días encerrados en Galamh esperando la respuesta de Aiden, Levi había declarado el fin de las *tonterías pesimistas*, sus palabras no las mías, y había obligado al grupo a abandonar la casa al filo del atardecer.

Levi había anunciado la necesidad imperiosa de una *caza de ocasos*.

Fuera lo que fuera aquello, el campeón de las Sombras había conseguido darle un giro de ciento ochenta grados al ánimo del grupo. Sin entender el repentino cambio de humor me había dejado arrastrar en un Salto Irisado hasta una de las montañas exteriores de la cordillera en el cielo.

A lo lejos, el horizonte bailaba en una danza de naranjas y violetas que anunciaban la llegada de la noche. Seguí el camino que pintaban las raíces con la mirada. En el centro de la pradera, rodeado de una laguna en calma, un enorme sauce desafiaba lejanía.

—¿Levi, te das cuenta de que acabas de ordenar que me comporte? A mí, tu Guardián.

Callum se cruzó de brazos frenando su avance.

Levi continuó andando con paso decidido. Se giró para andar de espaldas antes de seguir desafiando a Callum. La situación era tan ridícula como tierna. Agarré con fuerza las riendas de mi desbocado corazón. No debería afectarme tanto que Callum se comportase de aquella manera. Y, desde luego, no estaba pensando en sus sombras en mi piel.

—¡Ja! Buen intento, pero no cuela. No engañas a nadie con la pose autoritaria, Callum. Los dos sabemos lo que pasó aquel día, no trates de negarlo. ¡Te voy a estar observando muy atentamente!

El aludido meneó la cabeza tras encogerse de hombros. Nox le dio un par de palmaditas en la espalda y juntos reanudaron la marcha.

—*Tenía que intentarlo* —ronroneó Callum en mi cabeza.

Me mordí la lengua para controlar el calor que me subía por el cuello cada vez que su voz se colaba en mi mente. Fingí escanear el horizonte en busca de la calma que me había abandonado.

—En cualquier otro momento sabes que daría mi vida para protegerte —continuó parloteando Levi—. Pero no existe honor ni rango en el campo de ocasos. Tú procura no volver a hacer movimientos sospechosos. Todos sabemos que los puntos de la última partida no fueron válidos.

Callum respondió con un saludo militar exagerado, que solo hizo que Levi bufara poniendo los ojos en blanco. A mi lado, Lía murmuró algo sobre que eran los dos unos críos, al tiempo que nos dirigía cada vez más cerca del árbol y la laguna que lo rodeaban.

El sauce era gigantesco. Sus ramas colgaban como lágrimas perladas de un color verde sabia. Se movían con una elegancia desordenada creando un pequeño universo de pasajes escondidos en el centro de la laguna.

Cuando estuvieron en el borde del agua, los tres Altos Fae comenzaron a desvestirse. Lía me arrastró con ella hasta una roca

cercana en la que sentarnos mientras yo intentaba mirar a cualquier sitio que no fuera el cuerpo cubierto de cicatrices o el pecho sólido contra el que había dormido un puñado de noches atrás.

Podía sentir la sonrisa de Callum en mi mente y sobre mi labio mordido. Me limité a deshacer con cuidado la trenza que había usado para contener mi melena durante el día buscando algo en lo que entretener mis manos.

—Amor, no puedes usar el plural cuando tú fuiste el único que se enfadó —le reprochó Nox a Levi mientras doblaba con precisión militar su camisa y sus pantalones sobre sus botas.

Detrás del enorme sauce, el horizonte se tiñó de un naranja fluorescente.

—Pero, bueno, ¿tú de qué lado estás? —gritó Levi, quitándose las botas con dos patadas frustradas sin importar donde cayeran.

Mientras Levi y Nox discutían, Callum se metió en la laguna. El agua apenas les llegaba a las pantorrillas. Como los otros dos Altos Fae, solo llevaba puesta la ropa interior y parecía totalmente feliz de desafiar el frío del final de la tarde con la mayoría de su cuerpo al descubierto.

Una punzada de ira me travesó el pecho al contemplar la extensión de las cicatrices plateadas que cubrían su torso. Líneas gemelas a la cicatriz que adornaba mi cuello.

—¿Cómo se supone que tengo que escoger entre mi pareja y mi Guardián?

Hasta yo podía ver las intenciones de Nox tras su sonrisa socarrona. Pero Levi se lanzó de cabeza contra sus provocaciones.

—¡La respuesta a esa pregunta es siempre tu pareja, Nox! No puedes ponerte del lado de un Fae manipulador y tramposo. ¡Siempre del lado de tu pareja, espíritus!

—Levi, pero si adoras a Callum. Es tu mejor amigo.

Levi se mojó el torso y los brazos con indiferencia.

—Puede ser mi mejor amigo, mi Guardián y un embustero malicioso que no respeta las sagradas reglas de *la caza de ocasos* todo al mismo tiempo.

Desde una zona poco profunda de la laguna Callum usó sus sombras para salpicar a Levi en la cara. El agua cogió desprevenido a mi amigo, tirando de él hacia atrás. Levi se hundió por completo en la laguna mientras las salpicaduras de su caída ahogaban un colorido insulto hacia su Guardián.

Nox rompió el silencio en un ataque de risa imposible de contener.

Callum sonrió satisfecho antes de sumergirse en el fondo azulado. Emergió agitando la cabeza. El pelo mojado se le pegaba a la frente y sus ojos negros parecían más en calma que nunca. Reflejaban el fondo aguamarina de la laguna lo que los convertía en dos pozos de galaxias de los que me fue imposible apartar la mirada.

—¿Cómo puede ser algo ilegal cuando yo inventé el juego? Por no hablar de que soy el Guardián. Nada de lo que yo haga es ilegal.

Levi estalló en un barullo de sombras y maldiciones en su dirección. Durante unos minutos solo pude distinguir chorros y oleadas seguidos de aguadillas y amenazas vacías pero muy originales. En algún momento del enfrentamiento, Nox acabó metido en la pelea.

—¿Esto es siempre así? —le pregunté a Lía.

—Sí, querida, este juego hace que se comporten como críos. Aunque también consigue hacerles sonreír cuando todo lo demás se desmorona.

Un zumbido profundo hizo que los tres Fae cesaran de inmediato.

—Ya empieza —graznó Levi con el entusiasmo de un niño.

Me giré hacia Lía sin entender a qué se refería.

Algo en el ambiente se volvió eléctrico. Conforme el sol se perdía tras el sauce, un murmullo de sombra lo cubrió todo. Una luz verdosa, como un suspiro de Verdeluna, comenzó a pulsar desde los confines del sauce.

Levi, Callum y Nox nadaron hacia puntos opuestos de la laguna. Cada uno de ellos llegó hasta la parte menos profunda, arrodillándose sobre el fondo. Fui testigo de cómo las manos de Callum se cubrían de noches. Dos látigos brillantes de sombras violetas emergieron de las palmas de Nox y Levi se giró hacia nosotras mientras un susurro de sombra azulada se arremolinaba a sus pies.

—¡Atenta, Elara! Estas son las normas. Solo está permitido utilizar el poder de las sombras. Nada de manipulación mental. No miro a nadie.

—Por última vez, te tropezaste tú solo, Levi.

Supe que Callum mentía al instante.

Esta vez no amagué la sonrisa.

—Como iba diciendo —continuó Levi, poniendo los ojos en blanco —. Solo se pueden usar las sombras. La partida total son tres rondas de cinco minutos. En cada ronda rotamos la posición de inicio para que sea justo. El Fae que más ocasos atrape, *o sea yo*, gana. Normalmente da tiempo a jugar tres partidas antes de que anochezca. Como es tu primera vez puedes observar la primera y te unes a la siguiente. Lía, ¿te parece bien llevar la cuenta?

—¿Acaso tengo alternativa?

Levi le mandó un beso sonoro como respuesta antes de agazaparse con la mirada fija en el sauce. Expectante. La vibración era cada vez más fuerte. Podía sentirla bajo la roca en la que estábamos sentadas, en las puntas de mis dedos y en el retumbar de mi pecho.

*—No hay marcha atrás, Tiniebla. Solo los miembros del Priorato de Sombras participan en la caza de ocasos. Después de esto serás oficialmente nuestra.*

«No me importaría ser tuya», quise decirle.

Pero no me atreví a ser tan valiente.

*—¿Es esta tu invitación formal?* —dije en su lugar.

El ritmo de mi corazón subió al tiempo que lo hacía la extraña vibración. Callum me sonrió como si lo supiese. Como si desde el otro lado de laguna pudiera contar mis latidos.

*—¿Acaso no lo he ofrecido antes? ¿En múltiples ocasiones? Algunos dirían que incluso he suplicado. Pero a ti te gusta verme sufrir. Al fin y al cabo, estás hecha de sombra y tormento. Los dos sabemos que me arrastraría sin dudarlo, si con eso me dices que sí.*

*—Como te dije en su momento, de rodillas es como mejor está un Guardián.*

Un chasquido vertiginoso cortó el raso del atardecer. Varias bolas de color anaranjado surcaron el silencio que se estrechaba a nuestro alrededor desde el centro del sauce, directas hacia el firmamento. Los tres Altos Fae entraron en acción. Impulsados por su poder salieron despedidos, envueltos en sombras de distintos colores a la caza de las extrañas esferas luminosas.

*—¿De rodillas y suplicando?*

Callum dirigió sus sombras hacia el árbol, usándolas de anclaje mientras se transportaba por el aire con las manos extendidas hacia la esfera que brillaba, a toda velocidad, en el clamor de la caza.

*—Haz la pregunta, Callum.*

Desde los extremos contrarios de la laguna Nox y Levi avanzaban con la misma rapidez hacia la esfera que ascendía cada vez más rápido hacia el firmamento. Callum llevaba la delantera. Su poder, incluso en aquel extraño juego, no tenía comparación.

*—Di que sí, Elara. Di que eres otra sombra del Priorato. Di que te quedas con nosotros.*

*—Sí* —dije, regalándole una sonrisa.

Ante mi afirmación, Callum se giró un segundo persiguiendo mi sonrisa en lugar del ocaso. La distracción fue suficiente para que Levi tomara la delantera y agarrara la esfera con ambas manos. Celebró la victoria con un aullido triunfal.

Levi se dejó caer, impactando en el agua con la esfera aún abrazada. Al entrar en contacto con la laguna la esfera se disolvió tiñendo de un brillo naranja el fondo. Sin previo aviso un chorro repleto de luz y atardeceres se impulsó desde el centro. El agua serpenteó alrededor del árbol cubriendo el cielo en un millón de motas brillantes con los restos del atardecer.

—¡En tu cara! —rugió Levi—. Uno a cero.

—¡Levi! —protestó Nox cuando la salpicadura triunfal de su pareja le cayó en los ojos.

—Perdón, amor.

Aún suspendido en el aire, Callum no apartó la mirada de mí. Sus ojos fijos en una sonrisa hecha solo para él. Había algo suave en su mirada. Algo que hizo que mi corazón comenzar a latir desacompasado. Al final, las burlas de Levi le obligaron a volver al juego conforme la vibración empezaba de nuevo y los tres se preparaban para otra ronda.

—Así que esto son los ocasos.

Lía me miraba con una sonrisa contenida. Si se había percatado del momento que su hermano y yo acabábamos de compartir, no dijo nada.

—Nadie sabe muy bien cuál es el motivo de que surjan. Son una mezcla de energía solar y brillo de la Verdeluna. El sauce almacena

energía durante el día y la libera siempre al atardecer. Si no las cazan, las esferas suben hasta el firmamento y estallan.

Desde el agua, las voces relajadas de Callum y los demás lo envolvían todo.

—¿Cuánto tiempo hace que jugáis a esto?

Lía se estremeció.

—Es una larga historia. Hace ya tanto tiempo que parece que forme parte de otra vida —suspiró—. Nuestro padre no solía dejarnos venir a Galamh. No soportaba que la cordillera no aceptara su presencia. Si estábamos aquí, no podía alcanzarnos y eso le volvía loco.

—¿Por qué no quedarse aquí siempre, entonces?

—No podíamos. Todo lo que ese hombre tenía de cruel también lo tenía de listo.

Lía tragó saliva. Yo decidí dejarle espacio.

A veces las historias complicadas solo necesitaban paciencia.

—Su poder no era nada en comparación con el de mi hermano. Pero, aun así, ser Guardián conlleva una serie de ventajas como el acceso a un tipo de magia imposible de comprender. Para manipular a Callum, nuestro padre instaló una especie de mecanismo de seguridad en mi mente y en la de mi madre. Era capaz de infringir dolor. Un dolor inimaginable. Si hubiera querido, incluso habría podido matarnos. Insistía en que su muerte también nos mataría. Un mecanismo de seguridad.

Lía retorció la tela de su vestido, perdida en algún lugar de su memoria.

—Durante muchos años nos creímos su mayor mentira. ¿Qué otra opción había?

—Por eso Callum aguantó tanto tiempo.

Ella asintió con ojos tristes.

—Con ochenta años los poderes de Callum ya habían madurado por completo. No había rival contra su magia. Aun así, nuestro adorado padre lo tenía cogido por las pelotas.

Tenía la pregunta en la punta de la lengua. Quería saber más. Necesitaba saber cómo había acabado Callum con su padre. ¿Qué le había llevado a arriesgar a las dos personas más importantes de su vida? Pero aquella pregunta sería injusta para Lía.

—Como Guardián de la Corte, nuestro padre se veía obligado a marcharse durante largos periodos varias veces al año para atender asuntos con el resto de los Guardianes. Aquellas eran las semanas más felices. Las únicas en las que podíamos respirar. Veníamos a la cordillera y pasábamos los días recuperando el tiempo perdido. Nox y Levi vivían aquí la mayor parte del tiempo. Mi padre no podía saber que Callum tenía algo parecido a una red de apoyo.

Se me revolvió el estómago.

Tanto Levi como Nox me habían contado los motivos que los habían llevado a Callum. La idea de alguien tan fuerte y poderoso como él a merced de la maldad de otra persona amenazaba con hacerme prender fuego al mundo.

—Mi madre nos dejaba correr por la cordillera durante todo el día. Ser niños, supongo. Un verano encontramos este árbol. Callum retó a esos dos locos y el resto es historia. Es el lugar al que venimos cuando todo lo demás parece demasiado complicado. Supongo que nos recuerda que, incluso en los peores momentos de nuestras vidas, fuimos capaces de encontrar felicidad en esta laguna.

—¿Tú nunca juegas?

Hacía tiempo que me había percatado de que Lía jamás usaba nada parecido a la magia, salvo los Saltos Irisados. Al principio había asumido que tal vez eran imaginaciones mías o fruto de una elección

propia que yo no alcanzaba a comprender. Pero con el paso de los días y las semanas cada vez veía más claro que aquel no era el caso.

—Sabía que te darías cuenta.

—No pretendía incomodarte.

Ella me apretó la rodilla con cariño a modo de respuesta.

—Eres observadora, Elara. Eso es algo que admiro. También sabes dejar espacio, algo que agradezco. No es un tema del que hable muy a menudo. Pero eres parte de la familia así que me gustaría compartirlo contigo. —Sus ojos se empañaron de lágrimas que apartó de un manotazo. Orgullosa y dura hasta el final, Lía no volvió a hablar hasta que cesaron—. Mi poder y yo estamos rotos. Él se encargó de rompernos.

Hundí las uñas en mis palmas. Callum había mencionado que su padre había torturado a su madre y a Lía sin descanso. Pero ¿hacerlo hasta el punto de romper la conexión entre ella y su poder? Aquello era una crueldad impensable.

—Yo era muy pequeña cuando nuestro padre comenzó a torturarnos para controlar a Callum. El abuso no tenía fin. Sabía que mi madre y yo sufríamos al ver que nuestro dolor afectaba a Callum. Las cosas que le obligaba a hacer rompían, día a día, su alma. Aun así, nunca era suficiente. Al principio, mi poder intentaba protegerme. Con el tiempo aprendí a controlarlo, porque él se enfadaba mucho más si me resistía. Era mucho peor para Callum cuando oponíamos resistencia, así que aprendimos a no hacerlo. Pero yo era muy joven y ciertas respuestas son difíciles de controlar. A veces me llevaba al extremo, hasta que conseguía que perdiera el control. Disfrutaba viendo cómo me rompía al ver las consecuencias. Nuestro poder es letal. Supongo que te imaginarás lo que sigue.

Incapaz de dejarla sola mientras caminaba por aquellos recuerdos cogí sus manos temblorosas entre las mías.

—Se llamaba Ava —admitió sin que le temblara la voz—. Se llamaba Ava y ella no tuvo ninguna culpa.

Una parte de mí sabía cómo empezaba y acababa esa historia. Había conocido a demasiados sádicos y torturadores en mis años como ladrona. Eran siempre los rivales más complejos. Muchas veces no les importaba ganar. Para ellos dañar a su oponente era también una victoria. En ocasiones, el olor del sufrimiento ajeno era suficiente.

Aun así, saberlo no hizo que las palabras de Lía dolieran menos.

—Era hija de uno de nuestros tutores. Vivía en la capital y, al tener nuestra edad, pasaba mucho tiempo con nosotros. Al principio solo éramos dos niñas enamoradas, pero con el tiempo lo nuestro se volvió más serio, más real. Ava era, a menudo, la única parte buena de mis días. Le encantaba cantar y tocar el violín. Tenía una voz preciosa capaz de atrapar la atención de cualquiera y escribía las canciones más delicadas que he escuchado jamás.

Lía sonrió con los ojos cerrados. Yo estaba segura de que, en esos instantes, una de las canciones de Ava bañaba sus recuerdos.

—Lo mantuvimos en secreto durante mucho tiempo para evitar que mi padre se enterara. Cada vez que descubría algo que nos hacía felices, se empeñaba en romperlo. Y funcionó, al menos durante un tiempo. Tanto que fui tan estúpida como para creer que podía tener algo así. Sin embargo, como todo lo bueno en esa época de nuestras vidas, no duró.

Las voces divertidas de Levi y los demás se perdieron con el atardecer.

—Cuando mi padre lo descubrió, no hubo vuelta atrás. En cuanto tuvo oportunidad, secuestró a Ava y la usó para torturarme. Cuando somos jóvenes, como sabes, controlar la magia es difícil y más bajo estados de presión o dolor. —Lía negó con la cabeza—. Hizo que uno

de sus soldados me torturara sin descanso durante horas delante de Ava, esperando que mi oscuridad explotase y lo consumiera todo, incluida ella. Intenté controlarme, pero ni siquiera tenía veinte años. Mi poder era una cosa inestable y torturada. —Lía cerró los ojos con más fuerza, como si aquello pudiera borrar sus recuerdos—. No sé cuánto tiempo estuvimos en aquella celda, solo sé que en algún momento ella me dijo que no era mi culpa. No paraba de repetirlo, mientras suplicaba que pararan de hacerme daño. Mi control desapareció y la oscuridad arrasó con todos. Después solo recuerdo dolor. Desde entonces, si uso mi poder, solo puedo oír el ruido que hizo su cuerpo al caer contra el suelo y la risa envenenada de mi padre.

—Lía, lo siento muchísimo.

Ella negó despacio.

—Mi poder trae consigo recuerdos de su sangre en mis manos, del olor de aquella maldita celda. No puedo usarlo sin sufrir un ataque de pánico. Meditar ayuda; de hecho, hay días que es lo único que me mantiene cuerda. Pero el lazo que me une a mi poder es algo roto, imposible de reparar.

—Yo no creo que estés rota, Lía. Eres una de las personas más inteligentes que conozco. Una persona rota no podría hacer ni una milésima de las cosas que tú haces.

Ella abrió los ojos. Unos ojos empañados por las lágrimas que se resistía a llorar. Tal vez se resistía porque las lágrimas no eran para Ava, sino para ella.

—Me recuerdas a alguien a quien extraño —admití.

Lía me miró contemplativa. Como intentando decidir cuánto decir.

—Callum me contó lo de Orla —dijo finalmente—. Debes saber que me pidió que investigara todo lo posible sobre su enfermedad.

Todavía no he encontrado nada demasiado útil, pero no pierdo la esperanza. Ya sabes que no dejo que nada se me escape.

A pesar del dolor que Finnian me había causado, no podía evitar acordarme de Orla a todas horas. No saber si se encontraba bien era algo que me estaba matando.

—Finnian estaba convencido de que el poder de la Dama sería suficiente para curarla.

La cara de Lía se endureció.

—Fue injusto por su parte poner ese tipo de presión en tu participación. Sobre todo, sin tener la seguridad de que ese poder serviría para ayudar a su hermana. Callum todavía no sabe lo que hace el poder. Hemos hecho pruebas y experimentos estos meses. Pero nada. El poder está ahí, pero no puede acceder a él. Es como si tuviera una función única que no logramos desbloquear. De verdad que lo está intentando.

—Lo sé.

Callum lo había mencionado en varias ocasiones.

—Puedes escribirles. Lo sabes, ¿verdad? ¡Por los dioses! Puedes incluso visitarlos, si así lo deseas. Todos aquí lo entenderíamos.

—Echo mucho de menos a Orla y a Cían, pero no sé si puedo perdonar a Finnian, y ellos siempre le serán leales a él. Muy a mi pesar, entiendo que hiciera todo lo posible por salvar a su hermana.

—Es extraño, ¿verdad? Los límites que estamos dispuestos a cruzar para proteger a quienes amamos. Las mentiras que somos capaces de decirnos con tal de mantener nuestra cordura. O, al menos, la idea de lo que se supone que somos. Todo sería más sencillo si nos limitásemos a decir la verdad.

—Algunas verdades tienen dientes —murmuré.

—Todavía más motivo para no huir de ellas. Al fin y al cabo, siempre acaban alcanzándonos. De nosotros depende que nos

muerdan.

# CAPÍTULO XXVII

## Elara

**Sus latidos bajo sus dedos. Aquella era la única canción que sabía tocar de memoria.**

Las palabras de Lía me persiguieron durante horas después de regresar al palacio.

El dosel de mi cama lanzaba sombras que se mezclaban con la luz de Verdeluna y el miedo a volver a las pesadillas que empañaba las sábanas. No quería despertar sobresaltada con la cara de mi madre grabada a fuego en la retina y la sensación de que había perdido algo importante atravesando mi garganta.

El sueño me evitaba. O, quizá, yo lo evadía a él.

Hacía días que no dormía sin que las pesadillas me encontrasen. De hecho, en los últimos meses, solo las dos noches que había pasado junto a Callum había conseguido dormir del tirón. Él había visto mis verdades y no había huido de ellas.

En su lado de la pared no escuché ningún ruido. Tampoco ningún grito. Tal vez aquella noche Callum dormía libre de monstruos.

Me levanté apartando las sábanas a patadas. Mis piernas anduvieron sin rumbo fijo dando vueltas por la habitación mientras mi cabeza trabajaba a toda velocidad. Ambas sabíamos que, a falta

de rumbo, lo que mis pies hacían eran evitar el destino que en realidad anhelaban.

La puerta que unía nuestras habitaciones se burlaba de mi batalla en la oscuridad. Tan cerca y a la vez tan lejos.

¿En qué espíritus estaba pensando?

No podía irrumpir en su cuarto sin invitación. Y, además, ¿para qué? No había pesadillas que espantar porque apenas lograba apagar el cerebro el tiempo suficiente como para dormir. Tampoco él necesitaba mi ayuda.

La idea era ridícula.

Aun así, antes de que me diera cuenta, mis pasos llegaron hasta la puerta y mi mano se alzó hacia el picaporte. Comencé a bajarla antes de cometer una locura.

Sin embargo, la puerta se abrió de repente. Con la mano todavía en el aire, los ojos de Callum encontraron los míos. Solo nuestras respiraciones sobresaltadas ocupaban el espacio. La sorpresa en su rostro debía ser un reflejo de la mía. Su mirada recayó en mis dedos extendidos. Sentí que pasaba una eternidad.

—Yo...

—Lo siento.

Los dos hablamos al mismo tiempo.

El inicio de una explicación murió en mis labios al tiempo que las disculpas de Callum se perdían en la noche.

—No puedo dormir —dijo él atropellado.

Verlo dubitativo y angustiado retorció una parte de mi corazón que creía perdida.

—Yo tampoco.

—No me refiero a esta noche, Tiniebla —dijo dando un paso en mi dirección—. No puedo dormir *nunca*. Las pesadillas siempre han sido

parte de mis noches. Pero ahora, desde que estás aquí, es insoportable.

Comencé a retroceder avergonzada.

Tal vez sin saberlo había estado proyectando mis pesadillas en la mente de Callum. Revisé mis escudos en busca de brechas. Si él acostumbraba a tener problemas para conciliar el sueño, lo último que necesitaba eran los míos infiltrándose en su descanso.

Callum atrapó mi mano entre las suyas y tiró de mí. Un suspiro de asombro escapó de mi pecho cuando nuestros cuerpos impactaron. Él me atrapó con naturalidad.

—No lo entiendes. Solo tu presencia las calma.

El problema era precisamente lo contrario.

Sí que lo entendía, lo entendía demasiado bien. Pero la línea sobre la que Callum y yo bailábamos era complicada.

—¿Cuánto me odias hoy? —susurró con una sonrisa cansada.

—Me parece que ambos sabemos que llevo un tiempo sin odiarte demasiado —me atreví a susurrar contra su pecho.

Callum hundió sus manos en mi cabello y me cogió en brazos. Enredé mis piernas alrededor de su cadera sin pensarlo. Echó a andar y yo me dejé llevar.

—Quédate. No solo esta noche, Elara. Quédate siempre.

—Callum.

—Tú en tu lado y yo en el mío, pero juntos. No puedo pasar una noche más sabiendo que tú estás sola al otro lado. No después de... —Callum vaciló un segundo—. Los dos necesitamos descansar. ¿Has tenido pesadillas cuando hemos dormido juntos?

Despegué la cabeza del hueco entre su hombro y su cuello al mismo tiempo que él se paraba frente a la cama. Con sus ojos en los míos negué despacio.

—Entonces quédate. Por favor.

Como respuesta me bajé de su cuerpo y me metí en la cama antes de poder analizar la situación a fondo. Antes de perder el impulso que había llevado mis pies hacia su puerta.

Callum me siguió de inmediato, cubriéndonos a ambos con un edredón suave y fresco. Bajo las mantas su mano encontró mi cuello. Noté como dudaba durante un segundo. Me acerqué más a él, hasta que sus dedos acariciaron mi garganta. Necesitaba notar su piel contra la mía. Necesitaba todo lo que estuviera dispuesto a darme.

Escuché como liberaba una exhalación entrecortada.

Su mano se expandió sobre la base de mi cuello. Tentativa. Noté como sus dedos temblaban. Su pulgar acarició mi cicatriz con suavidad, mientras su dedo índice tocaba con reverencia la zona donde mi pulso latía descontrolado. El toque era leve, apenas un roce, pero su presencia me envolvió con cuidado.

El sueño me encontró fundida en sus caricias.

La noche siguiente dejé la puerta entre nuestras habitaciones abierta. Callum se coló entre mis sábanas horas antes de la madrugada.

Aquella se convirtió en nuestra rutina.

Sus dedos en mi cuello eran el único roce permitido.

Nuestras oscuridades respiraban la misma noche, sirviendo de escudo contra nuestras pesadillas y guardando nuestros secretos bajo la Verdeluna.

# CAPÍTULO XXVIII

## Callum

## Las palabras de sus mentiras quemaban más que las llamas del desierto.

Los restos de lavanda y noche fresca se evaporaron suspendidos en los resquicios del Salto Irisado. Fueron sustituidos por el aroma tosco y chamuscado de la arena y el azufre. Respiré una bocanada árida en el mismo instante en el que nuestros pies rozaron el suelo. Una bocanada que dejó mi garganta reseca y provocó el inicio de una migraña.

Odiaba el puñetero desierto y su calor inútil.

El desierto era donde morían los sueños. Una de las pocas verdades que mi padre había dicho en toda su vida.

A nuestra espalda, la monstruosidad de arcilla blanca que era el palacio de Egros se mezclaba con la danza envenenada del horizonte rojizo. La Corte de las Llamas parecía sacada de otro mundo. Un mundo seco y en ascuas que contaba los segundos entre minutos desesperado por acercarse, más y más, al resguardo de la noche.

Alrededor del palacio se erguía un mar de construcciones de adobe claro y terracota. Una marabunta de toldos multicolores tejía un entramado de telas y sombras que resguardaban las pieles del

desierto. Desde la ciudad llegaban aromas a carne frita y tés especiados que se mezclaban con las brisas arenosas.

La ciudad de Egros bullía con júbilo ante la proximidad de Primfaya.

No me gustaba un pelo que Aiden hubiera aceptado nuestra petición de dialogar a tan solo un día del mayor festival de su corte. Las celebraciones de Primfaya eran conocidas por su peligrosidad para los extranjeros. Aun así, la recolección ancestral de las cenizas del volcán de la corte atraía a curiosos de todas las cortes. La capital se convertía en un hervidero de tensiones políticas, borrachos y fanáticos religiosos.

*—Bueno, que comience el espectáculo.*

Gruñí como única respuesta a la advertencia de Nox a través de la red mental que nos unía a todos. Él y Levi nos flanqueaban y vestían el uniforme oficial de la Corte de las Sombras, que rara vez llevaban puesto. Un uniforme negro, reforzado en el pecho, los hombros y las costillas con una aleación flexible de plata. Los paneles de metal estaban serigrafiados con las constelaciones más importantes de la corte y reflejaban la luz abrasadora del sol. A simple vista ninguno de los dos llevaba armas. Y, aunque yo sabía que escondían varias tras los ropajes, lo cierto es que ellos mismos eran máquinas de matar. Su poder, al igual que el mío, era más que suficiente.

Su reputación les precedía, aunque rara vez hacían apariciones públicas. Su cometido era proteger a Elara bajo cualquier circunstancia y servir como elemento disuasorio para cualquier inconsciente que intentara algo.

Mi hermana se había quedado con mi madre, pues siempre me gustaba dejar a alguien de confianza en la Corte de las Sombras. Sin embargo, Lía había insistido en que tanto Nox como Levi nos acompañasen.

—Callum, viejo amigo, bienvenidos. Es un placer contar con vuestra presencia en unas fechas tan señaladas.

—El placer es nuestro. Te agradezco, de nuevo, que nos dediques parte de tu valioso tiempo.

Los ojos del Guardián de las Llamas se posaron con el ceño fruncido sobre Elara. Su cuerpo enfundado en gasa descansaba sobre mi pecho. Dócil, provocador y *mío*.

Pese a que la idea de que los demás la vieran como una mascota me revolvía el estómago, aquella era la manera más sencilla de mantenerla a salvo. Aiden, Umbra y Finnian habían asumido que yo tenía el control sobre Elara. Lo habían dejado claro en el Cónclave.

Ambos lo habíamos acordado antes de partir de viaje. Elara jugaría el papel de la ladrona sin escrúpulos obsesionada bajo el embrujo de su Guardián. Yo solo tenía que mantener la careta del monstruo despiadado que los demás conocían fuera de mi círculo de confianza.

¡Por la Verdeluna! Tal vez tuvieran razón porque solo un monstruo disfrutaría tanto de una mentira. El peso de su cuerpo contra el mío y su aroma fresco y dulce envolviéndolo todo me estaban volviendo loco. Aunque nada era suficiente comparado con la satisfacción de ver la cara de asombro de Aiden y su séquito.

*Mía* gritaban mis manos al recorrer el cuerpo de Elara.

*Suyo* susurraba mi corazón a cada latido.

Decidí enfundarme en la piel del monstruo que me precedía. Estaba hambriento y con Elara tan cerca las mentiras sabían dulces.

*—No me cansaré de decirlo, tienes un problema* —me reprendió Nox.

*—Yo creo que es bastante sexy* —susurró Levi entre risas.

Hice caso omiso a las declaraciones de mis amigos y me centré en los Fae que estudiaban a Elara con detenimiento. Al lado de Aiden,

su campeona lo observaba todo con ojos entrecerrados. A su derecha, el joven Cailan bebía la escena con una mirada ávida y sonrisa socarrona. Su tez olivada contrastaba con su pelo blanco. La melena le caía en multitud de pequeñas trenzas adornadas con cuentas doradas hasta los hombros.

Poca gente sabía quién era Cailan en realidad. Por suerte, los secretos eran la especialidad de mi corte. Cailan bajó la mirada por el cuerpo de Elara sin remordimientos. Yo apreté las manos con más fuerza.

Elara llevaba un vestido vaporoso de tela gris oscura que recordaba a un susurro de cielo y luna antes de una tormenta. Las mangas abiertas caían en ondas suaves dejando a la vista sus hombros y la mayor parte de su espalda y garganta. El corpiño de aleación de plata, similar a las protecciones del uniforme militar, mantenía contra su cuerpo las dos dagas que había mandado hacer para ella. Aunque creía que nadie se percataba, la había pillado en más de una ocasión acariciando las armas como si fueran cachorros.

Definitivamente, era un monstruo, ya que, mentira o no, no estaba dispuesto a renunciar a su cercanía. Acaricié su cadera bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Media docena de amazonas del desierto, la guardia personal de la corte, rodeaban a su Guardián. Otra media docena estaba apostada en todos los puntos críticos de las entradas al palacio. De piel tan blanca que era casi translúcida y más altas que la mayor parte de Fae, las amazonas eran parte de un clan recluido y poderoso de Altas Fae dentro de la Corte de las Llamas. Sus melenas blancas, como la de Aiden, ondeaban como espejos bajo el cielo abrasador.

Las leyendas decían que la madre de Aiden había sido una amazona antes de casarse con su padre y dar a luz al siguiente Guardián. No había rastro alguno de la supuesta bravura y fiereza de

las amazonas en el Guardián de las Llamas. Aiden era un Alto Fae dado al estudio, que pasaba la mayor parte de sus días entre libros. Lejos del sol.

Y de su pueblo.

—¡Sin duda estos colores te sientan mucho mejor, Hadaës! Tus talentos homicidas estaban desperdiciados en la Corte de las Tormentas. Bueno, los homicidas y supongo que tus otros muchos talentos.

En el lado izquierdo de Aiden, la sonrisa de labios rojos de Nuada se ensanchó con malicia. Un contraste afilado y lleno de dientes contra su piel color ceniza. Cailan rio por lo bajo.

Me obligué a pasar una mirada aburrida sobre el intercambio.

No me pasó desapercibido que Levi se tensaba a la derecha de Elara, dejando que las llamas azules de su poder de Dracano brillaran en advertencia.

—Cuidado —se limitó a ronronear.

Un par de amazonas retrocedieron levemente. Al menos alguien en la corte tenía algo de sentido común.

Dejé caer una sonrisa cruel, satisfecho con su reacción. Pese a todas las bromas y las salidas de tono, Levi era mi campeón por algo. Era letal y el último de su especie. Nadie era tan tonto como para ofender a un Dracano, o a alguien bajo su protección. Las amazonas lo sabían.

Evidentemente, Nuada y Cailan, no. Sus sonrisas solo se ensancharon.

Entre mis brazos, Elara torció la cabeza con gesto intrigado. Como una bestia a punto de jugar con su presa. Su mano envuelta en mis sombras acariciaba distraída mi mano aferrada a su cintura. Mientras tanto, un susurro de su oscuridad viajó hasta Levi a modo de caricia. Como un amo aplacando a su bestia.

Siempre en control.

Levi se relajó de inmediato.

Era todo parte del teatro que habíamos venido a representar. Necesitaban temer a Elara y respetarla al mismo tiempo. Necesitaban ver su control.

Los ojos de todos los presentes se abrieron alarmados al presenciar el despliegue del poder de las Sombras por parte de la supuesta Campeona de las Tormentas. Acaricié con orgullo las paredes de su escudo. Tuve que reprimir un gruñido cuando sentí como se estremecía tras mi caricia.

Elara descansó con descaro todo su peso contra mi pecho y enredó sus dedos en los míos dirigiéndolos de manera sugerente hasta su cuello.

—Tu interés por mis talentos me halaga, Nuada. Si hubiera sabido que salvarte el culo de las garras de la muerte iba a convertirte en un perrito obsesionado conmigo yo misma te habría matado en la primera prueba. Por desgracia para ti, me gustan las manos que sujetan mi correa.

Elara aferró mi antebrazo cuando mis dedos se explayaron alrededor de su garganta. No pude evitarlo, apreté ligeramente. Sentí el gemido ahogado que dejó escapar en un suspiro contra mi pecho y en las yemas de mis dedos.

Espíritus, lo que me hacían esos ruidos.

Nuada abrió la boca con los ojos entrecerrados, a punto de contestar las insinuaciones de la ladrona. Sin embargo, la risa genuina que brotó desde lo más profundo de mi pecho frenó sus avances.

—Le gusta morder. ¿Qué puedo decir? —murmuré, disfrutando de cada motita roja que teñía la piel oscura de Aiden.

Sin embargo, parecía que Aiden había perdido la capacidad, o el interés, de hablar.

—Tenía entendido que en la Corte de las Sombras os gusta compartir —dijo Cailan con una sonrisa socarrona.

Elara fue más rápida y sensata que yo en su respuesta. De no haberse adelantado, la corriente de sombras que me inundó habría acabado con el palacio entero de un plumazo.

—¿Y tú eres? —preguntó con un susurro aburrido.

Elara sabía perfectamente quién era. Yo mismo me había encargado de ponerla al día sobre los secretos de Aiden, en caso de que fuera necesario usarlos.

—Cailan, consejero del Guardián de las Llamas. —El aludido alargó un brazo en dirección a Elara a modo de saludo.

Un brazo del que brotaban pequeñas lenguas de fuego.

Una prueba.

Ella sonrió dulcemente. Observó el brazo extendido de Cailan durante un par de segundos más de lo que era necesariamente educado.

—Cailan, un consejero debería informarse mejor antes de decir estupideces —dijo al tiempo que estrechaba su brazo con la mano libre. Esta vez, su mano estaba rodeada de llamas candentes.

Desde que Aiden había aceptado nuestra visita, Elara había pasado día y noche practicando el poder de las llamas. Apenas había descansado. Sin embargo, había merecido la pena con tal de ver la cara de asombro de nuestros anfitriones. La sonrisa de Cailan se esfumó de un plumazo. Su Guardián se repuso más rápido.

—¿Pasamos dentro? Estoy seguro de que tenemos muchas cosas de las que hablar y el calor puede acabar siendo incómodo para los Fae de otras cortes. Vuestros aposentos tardarán un poco más en estar listos, ya que los están preparando después de la salida de

nuestros huéspedes previos. Pero podemos ir a mi despacho y hablar con tranquilidad de las novedades urgentes que mencionabas en tu carta que debíamos tratar.

Asentí gesticulando con la mano para que Aiden liderara nuestro avance.

Conseguir la manera de llegar hasta el dios Hunt era esencial para saber a qué nos enfrentábamos. Los reportes de ataques de criaturas oscuras no hacían más que multiplicarse.

Aiden había sido el primero en sugerir acabar con la vida de Elara como medida preventiva. También había sido el primero en hablar de antiguas profecías. El Guardián era de los Fae más antiguos que todavía vivían y estaba claro que sabía mucho más de lo que dejaba entrever.

Las puertas del castillo se abrieron en silencio varios metros antes de que llegásemos a ellas. Sentí que Elara se ponía rígida al tiempo que la risa cruel de Nuada recorría el espacio.

—¡Oh, una reunión familiar! Menuda suerte la tuya, querida Elara. Y yo que pensaba que se irían antes de que llegaras.

—¿Elara? —exclamó una voz femenina.

Dos figuras emergieron del interior fresco del castillo. El tiempo se ralentizó. Sentí como el control de Elara se tambaleaba durante unos segundos conforme la princesa de las Tormentas y su general salían a la luz.

Lo cierto es que el aspecto de Orla era deplorable. Dos grandes surcos oscuros cubrían la parte inferior de sus ojos, y su piel, normalmente cálida, estaba teñida de una palidez enfermiza.

Elara frenó en seco y percibí el instante concreto en el que se tensaba. No podía soportar verla así. Mi parte oscura tomó las riendas.

—Cían, Orla, qué sorpresa tan inesperada. ¿Vosotros también habéis venido a disfrutar de Primfaya*?* No os tenía por unos fiesteros. Tenía entendido que el palo de escoba que Finnian lleva metido dentro se extiende a todo su círculo.

—Callum, como siempre, ojalá pudiera decir que es un placer.

La ansiedad era aparente tras las palabras del general de las Tormentas. A su lado, y apoyada ligeramente sobre su brazo, Orla estaba tan incómoda y rígida como Elara. Sus grandes ojos dorados se llenaron de palabras sin pronunciar.

La mano de Elara comenzó a temblar contra el hueco de mi codo donde estaba apoyada.

—Encantador. La dialéctica de vuestra corte jamás deja de sorprenderme. —Me esforcé en que mis palabras dolieran. Aunque sabía que ella las leería por lo que realmente eran. Una manera de ganar tiempo—. Tiniebla, tienes cinco minutos para rememorar viejos tiempos. Levi, asegúrate de que se porta bien. Te veré de vuelta en nuestros aposentos cuando terminemos la reunión. Sé buena.

Me despedí con un beso suave que deposité detrás de su oído.

Cada una de mis palabras se clavaron como aguijones en mi consciencia. Aparqué aquella sensación en la voluta de remordimiento que habitaba normalmente en mi garganta y continué andando. Me adentré en el palacio sin mirar atrás seguido de cerca por Nox.

*—Tómate el tiempo que necesites, Tiniebla.*

*—Gracias.*

Su voz sonó pequeña e insegura. Algo poco característico en ella. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para no girarme. Sabía que era capaz de enfrentarse a aquello, pero mi corazón sangraba sabiendo que tendría que hacerlo sola.

*—No está sola. Tiene a Levi* —me recordó Nox.

Seguimos los pasos de Aiden en silencio. La pequeña comitiva entró en un despacho amplio y sin ventanas. Las paredes estaban cubiertas por gruesos tapices que representaban grandes batallas de la historia de Lyssandria. Varias antorchas iluminaban el espacio flotando alrededor de la bóveda de piedra.

Aiden se sentó en la cabecera de la enorme mesa de piedra que cubría la mayoría de la superficie. Dos amazonas estaban apostadas a su espalda. Otras dos en la puerta. Nuada se sentó sin miramientos a su lado derecho, poniendo ambos pies sobre la mesa. Cailan tomó el izquierdo.

Un buen intentó de paripé.

Caminé sin prisa hasta la silla que descansaba, solitaria, en el lado opuesto al de Aiden. Nox no se sentó a mi lado, sino que permaneció de pie y alerta a mi espalda.

Antes de que alguien diera la reunión por comenzada, unos pasos resonaron en la entrada, al tiempo que las amazonas abrían las puertas.

—¡Ah, Orión! ¿A qué debemos tu visita? —preguntó Aiden con una sonrisa tensa—. Pensaba que tenías planeado regresar a la Corte del Bosque tras el almuerzo*.*

*—Tiene que estar de coña* —suspiró Nox—. *¿Era demasiado inocente pensar que había muerto después lo de los Archivos?*

Me mantuve recto. No era necesario girarse, el hedor que aquella escoria arrastraba era indicativo y confirmación suficiente de su presencia. Cada bocanada de aire que tomaba, cada segundo que su corazón latía era un recordatorio de que lo había dejado con vida. En su momento aquella había sido la decisión más inteligente.

Al menos la única que había sido capaz de tomar, por egoísta que fuera.

—Esa era la intención. Pero no he podido resistirme a pasar por aquí al enterarme de la noticia de la llegada de mi querido Guardián. Callum... —saludó desde la entrada—. Nox.

Ni siquiera me volví para reconocer su presencia.

—No soy tu Guardián, Orión —respondí sin levantar la vista.

*—¿Crees que dirá algo de Elara?* —quiso saber Nox.

*—No se atreverá. Mencionarla sería inculparse.*

Orión era un ser cobarde. Siempre lo había sido. La protección de mi padre, al que idolatraba, había sido lo único que le había permitido sobrevivir tantos años. Desde su pérdida y mi destierro, sospechaba que Orión había encontrado otro árbol retorcido y muerto al que arrimarse. El Alto Fae no tardó en confirmar mis peores sospechas.

—Tienes razón. Supongo que, a efectos prácticos, Umbra es ahora mi Guardiana. Al fin y al cabo, ha sido más que generosa permitiéndome servir en su corte estos últimos cien años desde que me desterraste.

No era un secreto que Umbra y mi padre eran amigos. O lo más parecido a un amigo que alguien vacío podía tener. No era descabellado que Orión hubiera acudido a su corte en busca de asilo.

—Tengo entendido que te espera un largo viaje, Orión. Deberías ponerte en marcha —dijo Nox cortante.

El Alto Fae hizo caso omiso de la advertencia de mi general y se adentró con paso firme en el despacho.

—Estoy en la Corte de las Llamas en representación de Umbra. Si esto es una reunión entre Guardianes, mi obligación es quedarme.

—No es una reunión oficial —intervino Aiden.

—Tan solo una conversación entre amigos —completé, mirándolo al fin—. Lo cual tú no eres. Vete antes de que te obligue a hacerlo.

Orión tuvo la osadía de hacerse el ofendido.

—Has traído a la abominación contigo, creo que Umbra estará interesada en lo que tengáis que hablar y en los motivos de vuestra visita.

Mi oscuridad estalló contra Orión. Pero fue mi mente la que llegó primero. Hinqué mis garras en la mente del Alto Fae y apreté con fuerza. Orión ahogó un grito de dolor mientras mis tentáculos de sombra lo estrellaban contra la pared. Mi poder resquebrajó su patético escudo en apenas unos segundos. Para mi sorpresa, dentro no había nada. Era como si su mente estuviera vacía. Sentí un poder extraño.

—Tú no hablas de ella.

Aiden debió de percibir la letalidad en mi tono porque su propio poder inundó la sala.

—Me temo que Callum tiene razón, viejo amigo. Esta conversación no atañe a la joven Elara y tampoco está destinada para los oídos de Umbra. Callum y su corte han venido como mis invitados personales a Primfaya. Mis amazonas te acompañarán a la salida. Transmítele mis respetos a Umbra.

—Por supuesto —gimió Orión cuando me digné a liberar su cuerpo y su mente.

No me pasó desapercibida la mirada de odio profundo que me dirigía antes de que dos amazonas le sacasen de la sala.

—Eres experto en hacer enemigos —dijo con una sonrisa Cailan.

—Este en concreto se lo ha ganado a pulso.

El joven Fae asintió lentamente, inclinándose sobre la mesa.

—¿Por qué no matarlo entonces? Tengo entendido que esa es tu especialidad.

Era la segunda vez que Cailan preguntaba algo que no debería preguntar. Para ser honestos, yo era la primera persona que

agradecía y aplaudía cierto grado de desafío juvenil. Para muchos, yo mismo era joven. Al menos dentro de los parámetros vitales de los Altos Fae.

Por desgracia para Cailan, estaba llegando a mi límite.

Dos podían jugar el mismo juego. A ser un cabrón sin escrúpulos no me ganaba nadie.

—Tu heredero es muy gracioso, Aiden. Gracioso, temerario o completamente estúpido. La verdad es que no me queda claro. Por tu bien espero que sea lo primero. ¿Tú qué opinas, Nox?

Escuché la malicia en la sonrisa de mi amigo al responder.

—Por desgracia yo huelo *estupidez*. Una pena.

Se hizo el silencio en el despacho. Todos, incluso Nuada, nos miraban con los ojos abiertos y la respiración entrecortada. Aquel era, al fin y al cabo, uno de los secretos mejor guardados de la Corte de las Llamas. Solo su círculo más íntimo sabía que Aiden había conseguido, sesenta años atrás, concebir un hijo. Todavía menos gente sabía la identidad de la madre. Esa era una información que yo también poseía. Aunque no estaba dispuesto a caer tan bajo como para usarla.

El poder del joven Fae era palpable. Aunque todavía estaba muy lejos de alcanzar al de su padre. Por el bien de Lyssandria, esperaba que Aiden permaneciera al cargo de su corte durante mucho más tiempo.

—¿Cómo...?

—No hay mente que se me resista y mis espías son los mejores de toda Lyssandria —corté antes de que terminara la pregunta.

—Callum, te lo suplico.

Había pánico real tras los ojos del Guardián de las Llamas.

No era necesario que un Guardián tuviera descendencia directa para que, al morir, sus poderes encontraran sustituto. La magia

siempre hallaba su lugar y nosotros podíamos designar herederos que fueran dignos. Raras veces nacía un primogénito o primogénita que no heredara el puesto de su padre o madre. Hacerlo era considerado un gran honor.

Sin embargo, la natalidad era complicada entre los Altos Fae. Por eso, en muchas ocasiones, los poderes se transferían a primos, hermanos o sobrinos. Ser heredero anunciado era una vida peligrosa. Pues no había nada más frágil que un heredero. Ni manera más certera de hacer daño a los intocables Guardianes.

Entendía los motivos de Aiden para ocultar su identidad. Los respetaba. Pero si Cailan quería sentarse en la mesa de los mayores, debía empezar por respetarlos y actuar como uno.

—No tengo intención ni ganas de hacer daño a tu familia, Aiden. Pero el joven Cailan debería aprender a mantener la boca cerrada en según qué situaciones. Habiendo aclarado esto, me gustaría volver al tema que nos atañe.

—Por supuesto. —Aiden miró a su hijo con gesto severo—. Cailan.

—Mis disculpas, Guardián de las Sombras. —Por primera vez desde nuestra llegada el chico aparentaba su juventud.

—¿Qué podemos hacer por ti? —preguntó su padre desviando la atención.

—En el Cónclave mencionaste unas profecías que relacionabas con Elara.

—Así es —confirmó Aiden.

—¿En qué consisten?

Aiden apoyó la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Tú, tan bien como yo, sabes los orígenes de la guerra que acabó con la vida de los humanos. Puede que ninguno de nosotros hubiera nacido, pero sí alguno de nuestros antepasados. Los humanos traían consigo la posibilidad del final de Lyssandria tal como lo conocemos.

Las cinco cortes se unieron para erradicar la profecía que anunciaba el fin de nuestro mundo.

Esa parte de la historia la conocía. Había crecido escuchándola como el resto de Lyssandria. Pero, gracias a Nimue, ahora sabíamos mucho más sobre la verdad detrás de aquel cruento exterminio.

Habíamos decidido no compartir con Aiden la información que la bruja nos había dado. Tampoco la identidad de Elara. Aiden era un Fae celoso de conocimiento. Mientras pensara que él llevaba la delantera, más sencillo sería obtener lo que necesitábamos.

—¿Y todo vino dado por una profecía?

—Así es. Una tan antigua y terrible que ya no queda rastro de ella.

—¿Tanto como para erradicar a una sola raza? ¿Un genocidio?

Aiden dio un manotazo cansado al aire.

—¡Oh, olvida ese tono de juicio, joven Guardián! Tus manos son las primeras que están manchadas de sangre. Nuestros antepasados hicieron lo que consideraron oportuno para mantener la paz. Se dice que las profecías venían de los propios Dioses Olvidados. A pesar de que nos hayan abandonado, no soy quién para juzgar su sabiduría.

—Sigo sin entender qué tiene que ver con Elara.

Nuada, como Cailan, escuchaba nuestro intercambio con suma atención.

—Algo que la mayoría de los libros de historia no cuentan es que varias de las cortes abogaron por eliminar también a los mestizos con sangre humana y a los Hadaës. No obtuvieron apoyos suficientes. Con los años, la sangre ha ido diluyendo más y más su presencia. Pero Elara es la muestra de que todavía existe sangre humana en el continente. Sangre corrupta con el potencial de acabar con Lyssandria.

Me alegré de que la mesa ocultara mis manos. De lo contrario, Aiden habría sido testigo de las sombras asesinas que las bañaban.

—Por eso querías matarla en el Cónclave. —Aquellas palabras sabían a ácido en mi garganta.

—La muchacha estaba descontrolada, Callum. Tú mismo fuiste testigo de lo que hizo con el palacio.

—¿Acaso tú no te defenderías, si más de un Guardián de Lyssandria amenazara con encerrarte? ¿Con ejecutarte?

Aiden me miraba con cara de circunstancias, como si esperara que yo fuera a empatizar con él.

—No es nada personal, amigo mío. Lo cierto es que la joven parece mucho más estable. Has hecho un buen trabajo con ella estos meses. Admiro a Elara, y mi corte le está eternamente agradecida por haber salvado a mi sobrina.

—Habla por ti, tío —escupió Nuada poniendo los ojos en blanco.

Su tío la fulminó con la mirada. Para mi sorpresa, la campeona de las Llamas parecía avergonzada.

—Elara tiene una naturaleza honrada. Todos vimos cómo se sacrificó por el bien de Lyssandria. Estoy seguro de que ella misma entiende el peligro que representa que alguien con su sangre tenga acceso a tanto poder. No tenemos nombre para explicar en qué se ha convertido. La razón dicta pensar que esto está relacionado con las profecías y, por ende, con los extraños ataques que asolan el continente.

—Puedo asegurarte que Elara no tiene ningún interés en volver a sacrificarse por ninguno de nosotros.

Mentí con tanto descaro que yo mismo me creí aquella patraña. La realidad era que nos había costado semanas sacar a Elara del pozo de autodestrucción en el que la última prueba del torneo la había sumido. Lo peor era que, conociéndola, sabía que no dudaría en sacrificarse por un bien común.

Pero ni la propia Verdeluna podía convencerme de que la supervivencia de todo un mundo dependía de la muerte de una persona. Y menos de Elara. Por encima de mi cadáver.

—Tengo entendido que no todos los dioses decidieron abandonarnos —me atreví a tentar a la suerte.

—Ah, ¿sí?

Para ser un Guardián, Aiden mentía muy mal. Tal vez eso era algo que su heredero sí que hacía mejor que él.

—Por favor, Aiden, prefiero que no nos hagamos los ingenuos. Si mi información es cierta, y sospecho que lo es, Hunt sigue en Lyssandria.

—¿De dónde has sacado esa información? —intervino Cailan.

—Técnicamente fueron mi hermana y Elara quienes la encontraron. Después de hablar con Nimue.

Se hizo el silencio.

Algo parecido a pánico pasó volando por entre las cejas del Guardián de las Llamas.

—Nadie habla con la bruja y sale con vida —sentenció.

—Elara lo hizo.

Aiden se levantó de la silla dejando que esta cayera hacia atrás. Había conseguido ponerlo nervioso.

Bien.

Me recosté con calma sobre la mía.

—¿Qué es lo que quieres, Callum? Toda esto es información que ya has confirmado, si habéis hablado con la sirena.

—Necesito hablar con Hunt y sé que tu corte tiene el mapa que muestra el camino hasta el lugar que mora.

—Eres un inconsciente —escupió el Guardián de las Llamas, meneando el cabeza indignado.

—Prefiero el término *soñador*.

—Tan solo la petición habría sido una ofensa imperdonable para mis predecesores. Te habrían matado aquí mismo.

—Puedes intentarlo —lo retó Nox—. No te lo recomiendo.

—Supongo que tengo suerte de que no seas ellos —añadí yo.

Ambos mantuvimos contacto visual durante unos segundos interminables. Aiden fue el primero en apartar la mirada. Cuando volvió a hablar, lo hizo con los ojos cerrados y las yemas de los dedos apretando sus párpados.

—Es una sentencia de muerte. No te lo aconsejo.

—De nuevo, no tengo interés alguno en morir. Si estoy pidiéndote esto es, precisamente, para evitar una guerra que asole Lyssandria. A estas alturas, sabes de sobra que no soy imbécil, Aiden. Orión no estaba aquí por casualidad. Al igual que sospecho que la visita de la princesa de las Tormentas y el general de Finnian no ha sido fortuita. El resto de las cortes están jugando sus cartas. Todos hemos experimentado el incremento de criaturas extintas retornando al continente para atacarlo. Todos podemos sentir el cambio en la magia. Algo oscuro se avecina. Sospecho de Umbra. Me atrevería a decir que su emisario estaba aquí para intentar convenceros a ti y a Finnian de tomar partido. Pues bien, yo he venido a hacer lo mismo. Ahora es cuestión de escoger un bando. Yo tengo claro el mío. Selene también. Tú puedes jugar a estar en el medio y permanecer neutral. Sinceramente, no me importa. Pero debes saber que no pararé hasta acabar con cualquier persona o cosa que represente una amenaza para Elara. Como bien sospechas, la profecía está vinculada con ella. Necesito escucharla para saber cómo contrarrestarla.

—No hay manera de parar una profecía —dijo, y yo atisbé tristeza en sus palabras.

—Siempre hay una manera.

Me negaba a creer que el destino de Elara estuviera vinculado a otra cosa que no fueran sus decisiones. Si para demostrarlo tenía que obligar a que un dios escupiera otra profecía, eso era exactamente lo que haría.

—Es una situación excepcional, por lo que quiero tomar la decisión con la aprobación de mis sabios. Estáis invitados a la cerebración de Primfaya, mañana. Os daré mi respuesta entonces.

# CAPÍTULO XXIX

## Elara

## ¿Podía uno hacer arder un mundo en llamas?

Los brazos de Orla me rodearon tan pronto como la comitiva desapareció tras las pesadas puertas. Notas de jazmín trajeron consigo recuerdos agridulces de un tiempo que no parecía real. Mis brazos se aferraron a la princesa siguiendo un automatismo.

—Elara, ¡te he echado tanto de menos!

Algo frágil se partió con sus palabras. A la vez que algo oscuro y con cuernos tomaba presencia en mi garganta.

Orla apretó un poco más fuerte y yo intenté tragar saliva. El calor del desierto bañaba mi espalda y sentí que un infierno me consumía por dentro.

—Orla, ¿qué hacéis aquí? ¿Cómo estás?

Me separé como pude, alternando mi mirada entre el ocre tan doloroso de los ojos de Orla y la mirada entornada de Cían. ¿Podía acaso el general ver a través de mí? ¿Tan evidente era que su presencia me dolía y aliviaba a partes iguales?

Orla sonrió con cariño. Aunque lo cierto es que su tez tenía un semblante grisáceo que no inspiraba confianza.

—Estoy mejor de lo que aparento. Cían y yo solo estábamos de paso en representación de mi hermano. Finnian tenía una reunión a

la que no podía faltar en Adhair, así que hemos venido en su representación para hablar con Aiden sobre...

—Orla.

Mi amiga y Cían intercambiaron una mirada incómoda. Los ojos del general se deslizaron hacia Levi en varias ocasiones. A mi espalda, Levi se cruzó de brazos.

—Puedes mirarme todo lo que quieras, general, pero no voy a dejar a Elara sola con vosotros.

Posé una mano agradecida en su escudo de escamas azules y sombras ardientes. Tras dejar atrás a Cían en el Cónclave, habían sido muchas las noches en las que la preocupación por Orla me había mantenido despierta. Pero el recuerdo de mis amigos siempre iba acompañado del recuerdo de su traición. Habían sido testigos de los sacrificios que Finnian me había exigido.

Sí, yo los había aceptado. Aunque, en realidad, ¿qué tipo de libertad había tenido? Ellos no habían hecho nada.

Orla me había pedido que me protegiese y que no pensara en nadie más. Al menos eso era cierto. Pero nadie le había parado los pies. No de maneras que realmente importaran.

—Ya veo cómo va esto —dijo Cían con una sonrisa amarga clavada en mí.

Levi avanzó hasta situarse a mi lado antes de hablar.

—La verdad es que creo que no tienes ni idea —le espetó.

La tensión era insoportable. Pese a todo lo que había pasado, aquellas eran las tres personas que me habían enseñado que podía confiar en otros.

—Suficiente, por favor —imploré—. Podéis confiar en Levi.

—No creo que eso sea cierto —dijo Cían—. ¿Qué hacéis vosotros aquí, Elara?

Miré a Levi, pero él se limitó a encogerse de hombros. La decisión era mía.

—Intentamos encontrar la manera de salvar Lyssandria.

—¿Ah? ¡Qué extraño! Nosotros estamos haciendo lo mismo. ¿Por qué entonces parece que estemos en lados opuestos en esta batalla?

—Cían, por favor —supliqué tras el sollozo de Orla.

Cían apartó la mano que Orla había posado en su hombro. Podía ver el dolor en su rostro. La rabia. La Verdeluna sabía que la merecía. Cían se encargó de recordármelo.

—¡Te supliqué que volvieras! Te dije que me aseguraría de que estuvieras a salvo. Tomaste tu decisión en aquel castillo desmoronándose. No sé qué quieres de mí ahora.

—Quiero que lo entiendas. No podía volver.

No me quedaban lágrimas que llorar y, lo cierto, es que ya no estaba triste. Estaba cabreada.

Cabreada por no haber sido más lista.

Cabreada por haber agarrado la primera muestra de cariño en años como si fuera mi última vía de escape.

Cabreada por no haber valorado más a Artio y nuestra vida.

—Orla y yo te necesitábamos.

—Yo también os necesité a vosotros.

Orla lloraba abiertamente.

—Cían, por favor. Es Elara.

—Sí, es Elara. Y ya no es nuestro problema.

Sus palabras dolieron. En parte porque vi la mueca que las acompañaba. Una mueca insegura que me dejó ver que incluso a él le costaba creerlo. Aun así, su deber hacia Finnian siempre sería mayor.

—Tienes razón. No soy vuestro problema. Aunque lo que está ocurriendo, la magia oscura que lleva meses acechando Lyssandria, está conectado a mí. Estamos haciendo lo posible por parar la vuelta de algo terrible. Por eso estamos aquí.

Cían solo negaba con la cabeza.

—Pues mientras juegas a ser la heroína, otra vez, nosotros estamos buscando la manera de salvar a Orla.

Orla ahogó un sollozo desconsolado. La princesa me miraba suplicando perdón, pero yo no podía verla. Había algo envenenado en cada sílaba que escapó de los labios de Cían. Mis ojos se quedaron clavados en algún lugar del cielo, incapaz de seguir mirándolo.

—El único motivo de que no te mate aquí mismo es que Elara me mataría si te hago daño. Solo te lo diré una vez, vigila tu tono cuando te dirijas a ella. No creo que haga falta que te recuerde que ella solo participó en el Torneo de la Dama por culpa del castigo desproporcionado de vuestro Guardián —dijo Levi, al tiempo que cubría una de mis temblorosas manos con la suya—. Respecto a la desafortunada condición de la princesa de las Tormentas, has de saber que, a petición de Elara, estamos haciendo todo lo posible para encontrar una cura. No hay nada que demuestre que el poder de la Dama sirva para revertir tu condición. Pero, si ese es el caso, la Corte de las Sombras no dudará en prestar ayuda.

—¿El Oscuro está dispuesto a compartir su poder? Permíteme que lo dude.

A mi derecha, Levi frunció el ceño mientras maldecía por lo bajo. Supe enseguida que no se trataba de esta conversación. Nox o Callum le habían avisado de algo. Algo urgente.

—Elara, tenemos que irnos.

Asentí, dejándome llevar.

—¡Cómo no! —bufó Cían.

Sentí como Levi se tensaba a mi lado. Tiré de él negando con la cabeza. No había nada más que hacer. Al menos no en esa ocasión.

—Seguiremos buscando la manera de ayudarte. Lo prometo. —Mis palabras fueron solo para Orla.

No dejé que mis ojos vagaran de vuelta a Cían. Una cosa era ver el odio que plagaba mi mirada en el espejo. Otra muy distinta era verlo reflejado en los ojos del que había considerado mi amigo.

# CAPÍTULO XXX

## Callum

## Sus ojos la seguían allí a donde fuera. Ella quería tatuarse su mirada.

El cielo ardía envuelto en ceniza.

El grito ancestral de la canción del desierto recorría las esquinas de la celebración. Los tambores hacían vibrar el suelo, acompañados por los pisotones rítmicos del medio centenar de personas que bailaban, cubiertos en ceniza, alrededor de una hoguera descomunal.

Los destellos naranjas del volcán se fundían con el brillo de la Verdeluna. La magia y el poder estaban presentes en cada palmada y en cada lengua de fuego que el volcán escupía. Primfaya celebraba la renovación de la magia de la Corte de las Llamas y los espíritus lo sabían. Su presencia era sobrecogedora. Podía sentir su mirada abierta. Su curiosidad infantil. Los espíritus bebían de la noche y del fuego. Ávidos de más.

Las sacerdotisas del Templo de la Dama dirigían, con aquellas miradas desprovistas de ojos, los ritos de la celebración. Sus túnicas rojas ondeaban en el viento de la noche cerrada como espectros afilados y en llamas al mando de una noche antigua como Lyssandria.

Los fieles subían, descalzos, hasta la cima del volcán para presentar sus ofrendas. Con cada presente ofrecido a la lava, los tambores tocaban con más fuerza y las sacerdotisas untaban una nueva frente en la ceniza sagrada. En la base del volcán, las carpas iluminadas bullían entre cantos y alabanzas.

Aiden y su comitiva habían sido los primeros en realizar la ofrenda. Elara y yo observábamos su avance con disimulo, a la espera de que llegaran a la pequeña carpa privada que nos habían proporcionado. Levi y Nox daban vueltas al perímetro de la fiesta, estudiando cada pisada y cada sombra.

A mi lado, Elara estaba callada. Lo había estado desde su encuentro con Cían y Orla. Observé con impotencia como jugueteaba con un racimo de uvas que alguien había colocado en nuestra mesa.

Ambos compartíamos asiento en un amplio sofá de lino. Sus piernas descansaban sobre las mías, mientras mi mano derecha recorría su espalda con patrones aleatorios. Elara llevaba puesto un corpiño de pedrería negra que dejaba al descubierto sus hombros y la mayor parte de su estómago. Sus piernas se movían entre las finas capas de gasa transparente de una falda abierta salpicada de diamantes negros.

La oscuridad borboteaba en mi pecho. Anhelaba tocar su cuerpo y borrar aquel ceño fruncido de su frente. Me permití el lujo de enredar mis dedos en la base de su trenza. Masajeé la base del cuello y sentí como la tensión se retiraba de su cuerpo. Elara se dejó caer con un suspiro y apoyó su cabeza en mi hombro.

*Mentiras, mentiras, mentiras.*

Aquello no era más que una mentira. Un espejismo con el que distraer a Aiden y a su corte. Pero entre los latidos de aquella pantomima que nos situaba a ambos demasiado cerca del precipicio,

también había una verdad que nos resistíamos a enfrentar. A pesar de que yo sabía que era un imposible, decidí disfrutar del engaño un poco más, mientras todavía supiera a verdad.

Mi piel quemaba contra la suya. Tanto que no entendí cómo era posible que la gente siguiera mirando el volcán cuando éramos nosotros quienes ardíamos descontrolados.

Cailan irrumpió en mi campo de visión. Su padre se aproximaba un par de pasos por detrás. El heredero inclinó la cabeza en mi dirección a modo de saludo antes de ofrecerle una mano a Elara. Esta vez sin llamas.

Tal vez no era tan inútil como parecía.

—¿Me harías el honor de bailar conmigo, Elara? Si a tu Guardián le parece bien, por supuesto.

*—Tiene buenas intenciones, pero debería clavarle una daga solo por eso. ¿Cómo que mi Guardián? ¿Desde cuándo necesito tu aprobación para bailar?*

*—Pobre chico. Está intentando ser educado. Puede que Nox y yo fuésemos algo capullos con él en la reunión* —respondí aguantando una risa cuando su única respuesta fue mandarme la imagen mental de ella misma sacándome la lengua.

—Por eso no te preocupes, Cailan. Soy incapaz de negarle nada —dije para aceptar en su nombre sabiendo que aquello solo la cabrearía más.

¿Qué podía decir? Me gustaban las tinieblas con dientes.

Elara esbozó una sonrisa amplia. Se inclinó para susurrar en mi oído, dejando que sus labios rozaran mi piel. Habló bajito. Tanto que estuve seguro de que solo yo pude escucharla.

—¡Qué curioso! Otra ocasión en la que declinas bailar conmigo y me mandas a los brazos de otro Fae —chistó con una decepción

exagerada—. ¿Esta vez también vas a pasarte toda la tarde enfurruñado en una esquina sin quitarme los ojos de encima?

Los ruidos de la celebración ahogaron mi jadeo de sorpresa. Agarré con fuerza la base de su trenza para obligarla a mirarme. Por primera vez en horas, Elara sonreía de verdad. Sus labios entreabiertos respiraban a apenas unos milímetros de mi boca.

¡Por todos los espíritus, cómo quería besar aquella boca!

El recuerdo de su sabor y de los ruidos que emitía llevaba meses persiguiéndome. Pero me había hecho una promesa a mí mismo. Una que dolía, pero que servía para mantenerla a salvo. El trato con la Dama dibujaba líneas peligrosas, líneas que no podía cruzar si quería mantenerla con vida. No podía volver a tocarla así, no mientras todavía le ocultaba cosas.

—Espero que sepas comportarte como es debido con una dama —dije a Cailan, pero sin mirarlo.

Elara me sostuvo la mirada durante unos segundos infinitos antes de aceptar la mano de Cailan y dejarse llevar hasta la zona en la que otras muchas parejas bailaban con abandono.

*—Tenía entendido que no soy una dama. Lo dejaste bastante claro en nuestro primer encuentro.*

Su voz estaba llena de algo oscuro que también gruñía en mis entrañas.

*—No quería asustar al joven heredero, Tiniebla. Confío en que tras un baile contigo comprenda él solito el peligro al que se expone.*

*—Estoy completamente bajo control* —respondió indignada.

*—¿Quién está hablando de control?* —reí—. *Yo me refería a sus pobres pies. La Verdeluna sabe que Nébula no es conocida por sus bailes.*

Un bufido a medio camino entre un grito exasperado y una carcajada ahogada inundó mi mente. Yo solo pude sonreír

satisfecho.

Elara y Cailan llegaron a la pista al mismo tiempo que comenzaba una nueva canción. Aiden se sentó en el sofá que había frente al que yo ocupaba.

—Espero que mi heredero se esté comportando —dijo el Guardián de las Llamas cuando la música comenzó de nuevo.

Cailan sujetaba a Elara de la cintura a una altura más que respetable. Me reí entre dientes. Se lo iba a comer vivo.

—Yo me preocuparía más por él que por Elara, la verdad —confesé.

El Guardián de las Llamas sonrió mirando a su hijo con cariño. En el centro de la pista, Cailan y Elara bailaban entre risas. Ella sonreía con descaro, imitando los pasos de baile del heredero y dejándose guiar, al menos por el momento.

—He tomado una decisión, Callum. —Supe que me iba a decir que no antes de que comenzara a hablar—. No me andaré con rodeos. Tras consultarlo con mis sabios y meditarlo detenidamente, debo denegar la petición de tu corte. Sé que esta no es la respuesta que esperabas. Pero créeme cuando te digo que lo hago por vuestra seguridad y por el bien de Lyssandria. Hay fuerzas que es mejor no perturbar.

Maldije para mis adentros. Todos sabíamos que convencer a Aiden sería complicado, pero una parte de mí había mantenido la esperanza.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de opinión?

Había pocas cosas que no le daría con tal de conseguir la información que necesitábamos. La sonrisa triste de Aiden me dijo que él también lo sabía. Comprendí que no había nada que yo pudiera darle que le hiciera cambiar de parecer.

—Lamento que esa sea tu decisión, y espero, por tu bien, que sepas lo que haces —le dije sosteniendo su mirada—. Aun así, agradezco tu tiempo y tu hospitalidad. Regresaremos a casa mañana.

Aiden se levantó lentamente. Lo imité.

Aquello complicaba las cosas, y mucho. Teníamos apenas un puñado de horas para intentar buscar algún indicio del dichoso mapa que nos llevara hasta Hunt. La alternativa era volver a casa con las manos vacías en busca de otra manera de obtener información sobre la profecía. Sin más opciones tendríamos que arriesgarnos a robar uno de los secretos mejor guardados de la Corte de las Llamas. La celebración de Primfaya complicaba las cosas, pues la seguridad estaba por todas partes y seguía patrones distintos a los habituales. Necesitaríamos una distracción. Una grande.

—Sé que piensas que estás en el lado adecuado de este conflicto, Callum. Desde luego posees mucha más información de la que yo tengo. Y sospecho que, pese a tu reputación, tus intenciones son buenas. Pero a veces la mejor manera de sobrevivir a algo es no enfrentándote a ello. Créeme, llevo vivo mucho tiempo y si algo he aprendido es que no siempre hay que luchar. Lyssandria sobrevive solo cuando dejamos nuestros deseos personales de lado y miramos por el bien común.

Estuve demasiado cerca de responder a su condescendencia con un cabezazo que impactara contra su nariz. Desde luego como distracción habría sido impecable.

—Con el debido respeto, Aiden. Lyssandria me importa una mierda. —Ver cómo se le hinchaban las fosas nasales con mi desplante me proporcionó algo de consuelo—. El único motivo de que no haya quemado ya este mundo podrido es porque sé que no es lo que Elara querría. Pero si tú o cualquiera de los otros

Guardianes sois tan ingenuos como para pensar que el *bien común* es un argumento de peso para mí, ya podéis desencantaros. El único motivo de que mi poder esté ligeramente bajo control es que ella sigue respirando. Si alguien amenaza esa realidad, estoy dispuesto a convertirme en lo que sea necesario para protegerla.

Las llamas bailaron sobre el rostro de Aiden. Su tez oscura palideció, pero no se acobardó.

—Precisamente por eso no puedo proporcionarte lo que pides, Callum. Puede que los demás Guardianes busquen controlarla para sus beneficios personales. Puede que, de no conseguirlo, matarla sea su solución. Intuyo lo que estás dispuesto a hacer para protegerla. —Me miró con semblante apenado—. Yo solo busco el bien de nuestro hogar. Algo oscuro la reclama, te guste o no. Si no estamos dispuestos a sacrificarnos, esto no terminará bien para nadie. Te insto a que lo reconsideres. La vida de una sola persona jamás será suficiente para condenar a millones.

Me reí con ganas.

¿Pensaban que yo era peligroso? No me habían visto peligroso todavía.

—Entonces espero que jamás te veas en mi situación. —Palmeé su hombro con más fuerza de las necesarias—. Buenas noches, Aiden.

No me quedé para escuchar su respuesta. Con paso decidido me fundí entre los cuerpos que bailaban al compás de los tambores en busca de Elara.

—*Pasamos al plan B* —declaré en las mentes del Priorato de Sombras.

—*¿Por qué no me sorprende que haya dicho que no?* —gruñó Nox.

—*¿Por qué propuso matarme en el Cónclave?*

—*Viejo supersticioso* —suspiró Levi.

Por mucho que Levi tuviera razón lo cierto es que siempre habíamos sabido que Aiden sería un hueso duro de roer.

*—Quiero que quede constancia de que yo propuse robar el mapa desde el principio* —canturreó Elara al son de la canción que guiaba sus pasos.

*—Solo quieres una excusa para robar algo y usar tus dagas.*

Elara respondió con un insulto que provocó que Levi se atragantara de la risa.

*—Elara no necesita excusas para usarlas* —sentenció Nox*—. ¡Pero si hasta duerme con ellas! A Levi le preocupa que te caigan mejor ellas que él.*

*—¡Cállate, Nox!* —farfulló el aludido.

*—Yo solo digo* —continuó Elara, ignorándonos a todos— *que el plan B hace aguas por todas partes. ¿Dónde se ha visto que teniendo una ladrona profesional en tu equipo la uses como distracción y no para robar? Sin ofender, pero estos dos no sirven ni para encontrar un Muka en un campo de flores.*

*—¡Oye!*

*—Como ladrón rehabilitado y espía de la Corte de las Tormentas, me ofendes profundamente* —se quejó Nox fingiendo seriedad.

Mientras ellos discutían sobre el arte del buen ladrón, yo me abrí camino entre la multitud. No necesitaba ver a Elara para saber exactamente dónde se encontraba, aun así, sus sonrisas amplias destelleaban cada varios segundos entre la amalgama de cuerpos. Sonrisas para Cailan.

A mi Tiniebla le gustaba jugar con fuego.

*—Si habéis terminado* —los interrumpí—. *Seguimos adelante con lo planeado.*

*—¿Cuánto tiempo tenemos?* —preguntó Nox.

*—Lo que dure esta noche. Partiremos cuando salga el sol.*

*—Entonces lo mejor será que nos pongamos en marcha.*

*—Necesitamos encontrar el mapa o la información necesaria para localizarlo. La mayor parte de la seguridad está concentrada en la celebración y lo estará durante gran parte de la noche, pero las amazonas del desierto son listas. Aiden se reunió ayer con su consejo. Es un maníaco de los registros por lo que estoy seguro de que toda su conversación fue debidamente catalogada y registrada. Empezad por ahí. Si en un par de horas no habéis encontrado nada, avisad. Nosotros nos aseguraremos de que nadie se percate de vuestra ausencia durante un par de horas.*

Ambos desaparecieron entre la negrura del desierto mientras Elara y yo nos preparábamos para el espectáculo. Con una mano enfundada en noche, di un par de golpes con el dedo contra la espada que bloqueaba a mi objetivo.

*—¿Preparada para ser una distracción, Tiniebla?*

# CAPÍTULO XXXI

## Elara

## Mentir sabía peligrosamente a verdad contra su boca.

Los trabajadores del palacio se escabullían entre los pasillos en cuanto nuestros gritos los alcanzaban. Yo forcejeaba contra su espalda mientras Callum caminaba conmigo sobre los hombros como si nada. Las miradas atónitas de los asistentes a la celebración todavía me quemaban.

Dejé que las ondas negras de su poder nos rodearan de manera exagerada. Si alguien se había creído lo bastante valiente como para intervenir, ahora se lo pensaría dos veces.

—¡He dicho que me bajes! —grité con ganas, golpeándole la espalda mientras me revolvía contra su agarre.

—Te bajaré cuando aprendas a comportarte —respondió con soltura antes de abrir la puerta del ala de palacio que nos habían asignado.

Cerró con un portazo sonoro y me depositó en el suelo junto a él. Dentro de la salita todo estaba a oscuras y en silencio. Los muebles de la Corte de las Llamas estaban hechos, en su mayoría, de piedra blanca por lo que la luz de la Verdeluna que se colaba por las ventanas se reflejaba en las superficies pulidas de la decoración.

Durante unos segundos solo se escucharon nuestras respiraciones aceleradas y los pasos de los moradores de la corte alejándose de nuestros cuartos.

Después ambos estallamos en carcajadas susurradas.

—¡No me puedo creer lo que acabas de hacer! —dije, apoyándome en la mesita del recibidor mientras los últimos coletazos del ataque de risa todavía me recorrían el cuerpo.

Vi como Callum deshacía los primeros botones de su camisa de lino antes de adentrarme en la habitación principal. Sentí como me miraba, pero no me giré. Necesitaba poner distancia. Su cercanía me nublaba el juicio y aquella risa ronca todavía más.

—Creo que eso los mantendrá ocupados durante un buen rato. Nox y Levi deberían tener un par de horas más de tranquilidad para investigar —suspiró a modo de respuesta.

Noté como me seguía al interior de mis aposentos meneando la cabeza. Entró en mi baño, pero dejó la puerta abierta. Entre las sombras vi como accionaba el mecanismo que encendía el lavabo y se llenaba las manos de agua fría con la que refrescarse.

La verdad es que el calor del desierto era insoportable. Aunque sospechaba que el calor de Callum venía del mismo sitio que el mío.

Esperé a que saliera con los brazos cruzados. Él se apoyó contra el marco de la puerta e imitó mi posición en el lado opuesto del dormitorio.

—Has dicho delante de todos que ibas a «follarme hasta que recobrara el sentido de la cordura» —insistí incrédula.

Él me regaló una sonrisa repleta de malas intenciones.

—Necesitábamos una distracción. Aiden esperaría verme cabreado tras su negativa. —Se encogió de hombros—. Un ataque de celos era tan buena excusa como cualquier otra.

Yo di un paso hacia delante. Llevábamos horas bailando sobre aquella línea difusa que el Guardián se empeñaba en dibujar entre nosotros. Cada mirada, cada roce, cada susurro eran como olas en la arena desdibujando un límite absurdo que estaba cerca de volverme loca.

—Le has pegado un puñetazo al heredero, Callum.

Tuvo la audacia de volver a encogerse de hombros.

—Apenas le he rozado —respondió con una sonrisa inocente hecha para el pecado.

Puse los ojos en blanco.

—Estaba sangrando. *Bastante.*

—También te estaba tocando *demasiado*.

Murmuró aquello último al tiempo que la distancia entre nosotros se volvía casi inexistente. Me quedé allí plantada. Él me miraba con los ojos entornados. Sabía que, a pesar de las distracciones, el Guardián estaba al límite.

Por desgracia para él, ya éramos dos.

—Tú eres quien ha decidido que no puedes tocarme. No de verdad, al menos. Aclárate, Callum, porque me estás volviendo loca. —Me sorprendió el volumen alterado de mi voz.

Abrió la boca para decir algo, pero yo me adelanté.

—Duermes todas las noches a mi lado, pero apenas me rozas —continué todavía más alto.

Al mencionarlo, los ojos de Callum volaron hasta la cicatriz en la base de mi cuello. El punto exacto en el que todas las noches descansaban sus dedos.

Di otro paso hacia él.

Callum no tuvo más remedio que dar un paso hacia atrás. Mi oscuridad ronroneo encantada.

—Repites una y otra vez que no me darás lo que ambos queremos mientras yo no confíe en ti. ¿Qué más tengo que hacer, Callum? Confío en ti. Estoy aquí contigo. Y tú solo te alejas como si fuera a romperme bajo tus dedos. Tal vez la pregunta adecuada sea si confías tú en mí. ¿Confías en que te creo cuando me dices que hay cosas que quieres decir, pero no puedes? ¿Confías en que sé que no me harías daño?

El Guardián tragó saliva.

—No entiendo nada y estoy cansada de darme contra la misma pared. No puedes seguir negando lo evidente al tiempo que dices cosas como «te estaba tocando demasiado».

Cacé el momento en el que sus ojos escudriñaron la habitación en busca de una salida, pero yo me había hartado de ese juego. Callum estaba al borde del acantilado y yo estaba dispuesta a hacer todo los posible para que saltara conmigo.

Aquella locura, aquella tensión incesante, aquella necesidad desmedida no podían ser cosas solo mías.

—No te culpo, Tiniebla. ¿Cómo puedo esperar que lo entiendas si soy incapaz de explicártelo todo?

Negué con vehemencia. Callum siempre me había dado la opción de escoger. Aquello no iba a ser diferente. Avancé hasta que su espalda chocó contra la pared.

—No es decisión tuya decidir a qué puedo enfrentarme.

Le agarré una mano y la deposité en mi cuello. En el lugar que ya sabía que le pertenecía. Cuando sus dedos rozaron mi piel, ambos nos sacudimos con un escalofrío.

—Sigo queriendo que me toques.

—Me odiarás —dijo él con una voz torturada—. Después. Cuando sepas la verdad.

Sus ojos negros parecían perdidos dentro de mi verde. Respiraba con dificultad con las manos teñidas de noche y los ojos rebosantes de deseo.

—Te he odiado antes. Puedo seguir haciéndolo mientras me tocas —susurré acercándome todavía más.

Con una mano tentativa recorrí su vientre. Subí lentamente hasta sus pectorales deleitándome en la fuerza que se adivinaba tras sus músculos. Callum dejó caer la cabeza contra la pared. Cuando agarré los mechones negros en la base de su cuello se estremeció y un gruñido escapó de sus labios.

—Estoy intentando ser un buen hombre, Tiniebla. Lo que estás haciendo es peligroso.

Me puse de puntillas hasta quedar a un suspiro de su boca.

Lo quería descontrolado y peligroso. Quería todo lo que estuviera dispuesto a darme.

—Yo también vivo para tu peligro —susurré haciéndome eco de sus confesiones.

Mis palabras rompieron los últimos retazos de su cordura. Callum abrió los ojos y lo que vi en ellos me dejó sin aliento. Estaban repletos de una necesidad que yo sentía hasta en la médula cada vez que notaba su presencia.

Callum cambió las tornas con un movimiento fluido. Su mano de galaxias amortiguó el golpe de mi cabeza contra la madera. Su otra mano sujetó mi mentón inclinando mi cara hacia la suya. Cuando habló, cada una de sus palabras hizo que el movimiento de sus labios rozara los míos.

—Di que es real, Elara. Di que es real, aunque solo sea por esta noche. Aunque me odies después. Dilo y sácanos de esta miseria —suplicó.

No solo quería que fuese real aquella noche. Lo que latía entre nosotros tenía que ser real siempre. Desde el primer momento en el que sus sombras me habían encontrado. Estaba cansada de negarlo. Estaba cansada de buscar otra explicación. Su oscuridad y la mía eran la misma cosa.

Tenía sentido que él fuera mi perdición.

—Es real —exhalé, liberándonos a ambos.

Callum se bebió el final de mi confesión. Sus labios impactaron con los míos y supe que viviría mil torturas para volver a sentirlos. Dejé escapar un gemido. Él mordió mi labio inferior con fuerza y después repasó la zona inflamada con la lengua. Yo solo supe perderme en la sensación.

Me sujetó la cara con ambas manos y me atrajo todavía más cerca. No existía espacio entre su cuerpo y el mío. Estaba en todas partes. Sus sombras no dejaron de acariciarme. Sus labios me besaron hasta dejarme en un estado de locura.

Era un beso desesperado y exigente. Sus labios demandaban, como si separarnos fuera el mayor castigo. Jamás había sentido algo parecido. Cuando su lengua pidió entrar, la recibí con entusiasmo. Nuestras lenguas chocaron en un baile necesitado. Fue un beso repleto de dientes, gruñidos y anhelo.

—Callum —gemí mientras él esparcía pequeños mordiscos y besos suaves sobre mi mandíbula, sobre mi cuello. En todas partes.

—Joder, pensaba que había quedado claro que no me hacía responsable de mis actos si dices así mi nombre.

Se separó unos centímetros. Sus ojos me bebían con avidez, y tenía el pelo alborotado y los labios hinchados. Decidí entonces que aquel era mi Callum favorito: uno descontrolado.

Sus sombras se arremolinaron alrededor de las telas arrugadas de mi ropa. Sentí un tirón repentino. La tela se deshizo a mi alrededor.

Sus ojos se volvieron de un negro imposible cuando me vio desnuda por primera vez.

—¡Joder! ¿Quieres matarme, Tiniebla? ¿Es eso? ¿Quieres ver cómo pierdo el control?

Asentí varias veces porque las palabras habían decidido abandonarme.

Cuando sonrió, había un peligro delicioso rozando la comisura de sus labios.

—Tan hermosa cuando eres cruel, Tiniebla... —susurró con adoración—. Tan jodidamente hermosa...

No sabría decir quién se movió primero. Impactamos a medio camino. Sus labios estaban en todas partes. Sus caricias eran el centro de mi universo. Con un solo brazo me levantó del suelo. Yo rodeé su cintura con las piernas mientras recorría su espalda ancha con las uñas. Moví la cadera. Mi centro rozó su abultada erección. Ambos gemimos. Una explosión de placer y sensación se acumuló en mi bajo vientre.

Mi oscuridad gritó triunfal cuando mis caricias consiguieron arrancar un gemido desesperado de sus labios. Callum caminó con paso seguro hasta la enorme cama de piedra blanca que coronaba la habitación.

Dejó caer nuestros cuerpos sobre el colchón. Yo jamás había sentido nada tan delicioso como el peso de su cuerpo contra el mío.

—Llevo demasiado tiempo pensando cómo será hundirme en tu interior. En cómo te estremecerás. En los ruidos que harás. En mi nombre sonando entre tus gemidos. Hoy no será esa noche, Elara. No pienso tenerte por primera vez en una cama que no sea la nuestra. En un lugar que no sean nuestras montañas.

¿Acaso estaba loco?

Lo necesitaba y lo necesitaba ahora.

Mis manos bajaron desesperadas hacia su entrepierna dispuestas a hacerle arrepentirse de sus palabras. Mis dedos apenas rozaron la tela de su pantalón cuando un puñado de sombras las envolvió, asegurándolas sobre mi cabeza.

La presión era firme. Lo suficiente como para que no me moviera. Pero Callum acarició mis escudos con su presencia, y supe que, si lo deseaba, se desharían sin resistencia.

—No, no, no, Elara. Me has pedido que te toque. Nadie ha dicho nada de que tú pudieras tocarme a mí.

Protesté con palabras incoherentes mientras su aliento acariciaba mi pecho. Callum se acomodó entre mis piernas. No aparté la mirada mientras su lengua repasaba el contorno de mi pezón. Me chupó despacio, sin apartar ojos de los míos. Aquella vez fui yo quien perdió nuestro duelo de miradas. Cuando su lengua recorrió mi pecho, mi cuerpo actuó por cuenta propia. Arqueé la espalda pidiendo más.

La sonrisa de Callum fue devastadora.

—¿Dónde quieres que te toque, Tiniebla? ¿Aquí? —preguntó al mismo tiempo que dejaba que sus dientes mordieran mi pezón, retorciéndolo.

Repitió la acción en el otro pecho hasta que quedé reducida a un manojo de sensaciones y gemidos descontrolados. Sus labios decidieron torturar mi cuello mientras sus manos recorrían la curva de mi estómago con caricias que tenían una dirección muy concreta.

Abrí las piernas suplicando que me tocara. Él emitió una risa grave y maliciosa contra mi cuello. Sin embargo, sus manos continuaron bajando. Sus dedos recorrieron mi humedad con caricias expertas. Con un toque suave, Callum trazó círculos deliciosos contra mi clítoris.

—Tal vez aquí —murmuró.

Su voz sonaba tan desesperada como la mía.

Sus dedos siguieron bajando. Volviéndonos locos a ambos. Introdujo solo una falange en mi interior. Yo sentí que podría arder únicamente con eso.

—Este también es un buen sitio.

Traté de mover las caderas. Necesitaba más. Callum negó con la cabeza. Sus ojos estaban fijos en el punto en el que su mano desaparecía dentro de mí.

—Usa tus palabras, Tiniebla. Dime cómo quieres que te toque. ¿Más adentro?

Yo temblaba desesperada. Sentí la garganta seca. Todo mi mundo había quedado reducido a la sensación de sus dedos en mi piel.

—Sí —logré contestar.

Callum tomó mi palabra como la canción más deseada. Sus dedos se hundieron en mi interior y sus labios se tragaron mis gritos de placer.

—Joder. Tan mojada... —gruñó, dejando que sus dedos entraran y salieran con lentitud.

Cada embestida era más fuerte que la anterior. Pero el ritmo era pausado, demoledor y yo sentía que me iba a morir de placer.

—¿Así, Tiniebla? Joder, puedo notar cada latido. Puedo sentirte apretando. Estás cerca, ¿verdad? Solo un poco más de presión y todo habrá acabado.

Su pulgar comenzó a acariciar aquel punto exquisito con un ritmo perfecto. Abrí más las piernas. De mi boca solo salían suplicas entrecortadas. El placer subía más y más, estaba a punto de estallar. Justo cuando mi perdición comenzó a hacer que mis piernas temblaran, Callum paró en seco.

—Te he hecho una pregunta, Elara. Si quieres que continúe, contesta. Querías mi peligro, ahora enfréntate a él.

—Sí —contesté de inmediato.

—Sí, ¿qué? —presionó él, regalándome una caricia efímera donde más lo necesitaba.

—Sí, te necesito *a ti.*

—Ahí estás, Tiniebla valiente —ronroneó.

Sin poder apartar la mirada vi cómo se llevaba los dedos empapados de mi esencia a su boca. El Guardián se relamió. Un gemido abandonó sus labios al tiempo que cerraba los ojos.

—Tan exquisita como recordaba.

Se inclinó sobre mí para besar de nuevo mi boca, dejando que notara mi sabor en su lengua. Duró apenas unos segundos. Después abandonó mi cuerpo. Sentí como se bajaba de la cama. Sus sombras agarraron mis tobillos y me arrastraron hasta el borde. Ahogué un grito de sorpresa. Con los ojos como platos vi cómo se arrodillaba frente a mí.

—*De rodillas y suplicando* —susurró en mi cabeza—*. Levanta las caderas para mí, Tiniebla. Déjame verte.*

Había algo íntimo e indecente en el hecho de que murmurara esas palabras directamente en mi consciencia. Hice lo que me pidió. Callum colocó una almohada suave para hacer que estuviera cómoda. Sus ojos no se apartaban de mí. Yo dejé que mis sombras salieran disparadas y deshicieran sus ropas en un susurro.

Su mirada se volvió animal.

—Preciosa —suspiró—. Deja que te oiga, Elara. Por favor.

Y entonces me devoró. Sus labios recorrieron los míos sensibles. Succionaban, lamían y besaban como si la vida les fuera en ello. Con cada segundo que pasaba sus toques se volvían más indecentes, más sonoros. Cada roce provocaba que me perdiera más y más en la locura.

Sus dedos volvieron a encontrar mi interior y esta vez no pararon. Se curvaron de una manera exquisita para acariciar una parte perfecta que conseguía arrancar ruidos irreales de mi garganta. Sus labios volvieron a mi centro y succionaron de manera experta. Callum gimió contra mi piel volviéndome loca. Las vibraciones de sus gemidos serían mi final.

—¡Espíritus! —grité.

—No pueden ayudarte.

—Callum, por favor.

—Te tengo —dijo él penetrándome con más fuerza.

—Necesito, necesito...

—Lo sé. Déjame hacer esto por ti, Tiniebla. Déjame llevarte al límite. Déjame sentir cómo te rompes. Te juro que estaré aquí para recomponerte.

Sus palabras fueron lo último que necesité para estallar en mil pedazos de sombra y estrellas. Un orgasmo increíble me recorrió el cuerpo entero. Aquello era sentirse infinita, sentirse libre. El placer me asoló con su nombre en mis labios. El Guardián siguió besando y acariciando. Continuó alabando mi alma con palabras suaves y profundas, mientras, poco a poco, yo bajaba de los cielos.

Apenas podía moverme.

Callum deshizo mis ataduras de sombras. Besó cada una de mis muñecas y mis tobillos. Besó mis muslos, mi cuello y mis ojos. Por último, besó mis labios, esta vez de manera imposiblemente dulce y tierna.

Había tanto que yo quería decirle... Pero la fuerza me había abandonado.

Callum me acomodó contra su pecho y me abrazó con fuerza.

—Nunca fue mentira, Tiniebla —murmuró contra mi pelo.

Me pareció escuchar que los labios de Callum pintaban *para siempres* en mi cuerpo. Me olvidé de cómo respirar. Pero no tuve tiempo de responder. Una figura envuelta en llamas estalló en nuestra habitación.

# CAPÍTULO XXXII

## Elara

## El cielo era un lugar escondido en los silencios entre sus gemidos.

Una figura envuelta en ceniza y llamas verdes se materializó en la habitación. Sentí como los brazos de Callum se tensaban a mi alrededor. Pestañeé desorientada antes de que la habitación estallara en sombras y rugidos. El espacio se tiñó de negro cuando la oscuridad de Callum explotó. La mía le siguió de cerca.

La voz áspera de Nuada rompió la pequeña burbuja de irrealidad que nos habíamos permitido crear. Callum se abalanzó sobre ella.

—Supongo que al final yo tenía razón y tus talentos estaban desaprovechados en la Corte de las Tormentas. Todos sabemos que Finnian es demasiado soso para lo que sea que esté pasando aquí.

Con una velocidad imposible, Callum estampó a Nuada contra la pared del fondo de la habitación. Sus tentáculos oscuros agarraron a la campeona de las Llamas por la garganta cortando su respiración. Nuada se aferró a las sombras en un intento de seguir respirando, mientras enseñaba dos colmillos ligeramente afilados sobre los bordes de una sonrisa desafiante.

Agarré la primera prenda de ropa que encontré, que resultó ser la camisa de Callum, y me la puse rápidamente. Usé el aire de las

tormentas para llamar a una de mis dagas, mientras envolvía mi oscuridad alrededor de Callum de manera protectora.

El hilo que nos unía se sentía más fuerte. Más palpable. Como si algo trascendental hubiera encajado entre nosotros.

Dos sombras oscuras se materializaron a ambos lados de Callum. Respiré aliviada al ver a Nox y a Levi a su lado. Los ojos del Dracano me encontraron y vi que él también exhalaba tranquilo al cerciorarse de que ambos estábamos bien. Al mismo tiempo, Levi reparó en el estado de la habitación, en lo que yo llevaba puesto y en la desnudez de Callum, a quien parecía importarle entre poco y nada que los demás le vieran sin ropa.

Levi no disimuló la sonrisa socarrona. Tuvo la desfachatez de guiñarme un ojo.

—Dime un solo motivo para no matarte aquí mismo —siseó Callum con una calma fría.

Nuestras sombras se fundían en una mezcla tan espesa y cargada de poder que la sentía en cada centímetro expuesto de mi piel.

—Personalmente voy a necesitar más de un motivo. Lo que has hecho se considera un ataque directo y una declaración de guerra —completó Nox con una voz demasiado serena. Tanto que daba miedo.

Desde el amplio ventanal la noche susurraba con los restos de la celebración. Tan solo quedaban unas pocas horas hasta el amanecer. Y, a juzgar por los rostros cansados de Levi y Nox, no habían encontrado lo que buscaban.

Nuada intentó hablar, pero el agarre de los tentáculos de Callum se lo impidió.

*—No puede hablar si la asfixias con tus sombras, Callum* —susurré tratando de calmarlo.

*—A ti no parecían importarte hace un momento.*

Agradecí la oscuridad de la noche cuando noté el calor en el cuello.

*—¿Es algo que acostumbras a hacer a todas las Fae que irrumpen en tus aposentos por la noche?* —dije para distraerlo.

*—Disfrutaría del sabor de los celos de no ser porque la idea de que pienses que me interesa remotamente alguien que no seas tú es absurda.*

Mi corazón se aceleró mientras mi cabeza intentaba comprender las palabras que Callum insistía en ofrecer tan abiertamente. Lejos de parecer afectado, él continuó mirando a Nuada. El agarre de sus sombras disminuyó lo suficiente como para que Nuada tragara un par de bocanadas desesperadas.

—Habla —ordenó Nox.

—Sé dónde está el mapa para localizar a Hunt —explicó Nuada con la voz ronca entre toses.

Levi se situó a mi lado mientras Nox se cruzaba de brazos junto a Callum.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Tu Guardián se ha negado a aceptar nuestra petición —escupió el general.

Nuada tuvo las agallas de sostenerle la mirada a Nox mientras respondía con los dientes cerrados fuertemente.

—Aiden está equivocado.

—¿Y esperas que creamos que vas a traicionar a tu tío y Guardián solo porque consideras que se equivoca? —Aunque la pregunta de Callum era legítima había curiosidad tras sus palabras.

—Sinceramente me importa una mierda lo que penséis. Si me importara la validación masculina, ahora mismo estaría casada como mi padre quería y muy lejos de todo este follón.

Avancé en silencio con Levi pisándome los talones. Una mano en su espalda fue todo lo que Callum necesitó para entenderme. Dio

varios pasos atrás, llevándose consigo sus sombras. Con el rabillo del ojo vi como Callum conjuraba unos pantalones y aceptaba la camisa que Levi le tendía.

Nox también retrocedió ligeramente, pero permaneció cerca de mí y alerta.

—¿Qué haces aquí, Nuada? —No disipé mis sombras por completo.

Dejé que remolonearan a nuestros pies. Un recordatorio de que estaban presentes en caso de que Nuada intentara cualquier cosa.

—Saldar una deuda. Me salvaste la vida en la segunda prueba. Te debo una, Hadaës. No me gusta estar en deuda con nadie y menos con alguien tan poco memorable como tú.

Esta vez fui yo la que se cruzó de brazos.

—No te salvé para que me debieras nada.

Nuada se atusó el pelo mientras reía con descaro como si yo acabase de decir la tontería más divertida.

—Lo peor de todo es que dices la verdad —suspiró—. En cualquier caso, tus intenciones en el momento no importan. Lo que importa es que estoy en deuda contigo. Aunque negaré que estas palabras hayan salido de mi boca y te quemaré el pelo si te atreves a repetirlas fuera de estas paredes.

—¿Qué propones? —quise saber.

Antes de que hablase me atreví a echar un vistazo en su mente, tal y como Callum me había enseñado días atrás. Era una falta de respeto por mi parte y se sentía como una violación de su intimidad. Por otro lado, ella había irrumpido en nuestra habitación sin ningún remordimiento. Mi instinto me decía que las intenciones de Nuada eran honestas. Pero no podía arriesgarme. No cuando no solo era mi vida la que estaba en juego.

Rocé su mente con cuidado, amoldando la vibración de mi poder a la cadencia ardiente de su esencia. Un escudo de ceniza esmeralda la protegía. Era una composición volátil y cambiante, que tenía tantas espinas como dientes. Ajusté mi poder buscando camuflarme entre sus sombras hasta que el escudo me aceptó.

Dejé la puerta abierta tras de mí, asegurando una vía de escape.

—Llevaros hasta Hunt y conseguiros el tiempo suficiente para que resolváis las dudas necesarias. Si aceptáis, lo haremos a mi manera. Y mi manera empieza porque os vistáis en dos minutos y cojáis mi mano. Después puedo daros un par de horas de margen, no mucho más. Si alguien nos descubre, negaré haberos ayudado y os acusaré de haberme obligado a colaborar a la fuerza.

Pese a lo escueto de la situación, no había engaño en sus palabras. Más bien una ansiedad pegajosa y real. Un miedo profundo a decepcionar a alguien enredado entre la convicción de que lo que estaba haciendo era lo correcto.

—No haremos un Salto a un lugar que no conocemos con alguien que ha intentado matar a Elara en varias ocasiones.

Nuada contempló las palabras de Levi durante unos segundos antes de contestar.

—Para ser justos solo le lancé una flecha para asegurarme de cruzar primero el portal. Estaba bastante segura de que sobreviviría.

Los tres Fae a mis espaldas emitieron bufidos similares.

—Por otro lado, no tenéis más opciones. Estas son mis condiciones y no son negociables. Vosotros decidís. Podéis seguir buscando el mapa como lleváis haciendo toda la noche, pero os aseguro que no lo encontraréis.

—¿Qué ganas con esto? —preguntó Callum, situándose junto a mí.

—¿Además de saldar mi deuda? Lo que gano es asunto mío.

La presencia de Callum inundó mi mente. Sabía que él también había penetrado las defensas de Nuada para asegurarse de que decía la verdad. Sentí la pregunta de Callum sin necesidad de palabras.

La decisión era mía. Él aceptaría los riesgos que yo decidiera tomar.

—Trato hecho —dije antes de empezar a vestirme—. Todo el mundo en marcha. Tenemos un dios al que interrogar.

# CAPÍTULO XXXIII

## Callum

## Morir, a su lado, daba menos miedo.

El Salto fue corto. En cuanto nuestros cuerpos comenzaron a materializarse, todos y cada uno de nosotros nos pusimos en marcha. Mis sombras observaron el lugar de una sola pasada mientras mi mente buscaba amenazas ocultas.

Levi desplegó su poder alrededor del edificio creando una barrera de protección y detección que alertaría de cualquier persona o criatura que se acercara a menos de un kilómetro a la redonda.

Sabía que Nox tenía cubiertas puertas y ventanas, además de varias rutas de escape en caso de necesitarlas. Tenía la certeza que ambos habían enlazado una parte de su poder tanto a mi cuerpo como al de Elara, para poder conocer nuestra posición en todo momento.

Elara no necesitaba su protección. ¡Espíritus! Yo tampoco.

Aun así, mis hermanos nos protegerían hasta las últimas consecuencias. Su lealtad hacia mí era algo que todavía no sentía que mereciera. Dudaba que llegara el momento en el que lo hiciera. Aun así, su protección era algo por lo que estaba tremendamente agradecido. El hecho de que extendieran esa lealtad hacia Elara, me llenaba el pecho de un orgullo y cariño infinitos hacia ambos.

Nuada agitó una mano, distraída, que hizo que varias velas iluminaran la habitación.

—¿Qué es este lugar? —Elara examinó el pequeño habitáculo con los dedos rozando sus armas y las sombras aguardando a sus pies.

—Una cabaña de caza a unos pocos kilómetros de la frontera con la Corte del Bosque. Pertenecía a mi bisabuelo. Es una de las únicas cosas que me legó cuando cumplí la mayoría de edad.

No parecía que nadie hubiera visitado la cabaña en mucho tiempo.

La estancia era sencilla y estaba compuesta únicamente por madera oscura y pizarra. Había un cocina pequeña y modesta en una de las esquinas. En el extremo contrario se encontraba una cama doble vestida con una manta de lana áspera que picaba con solo mirarla. El exterior se adivinaba a través de las cortinas de una ventana pequeña. El desierto se fundía con el inicio de un bosque repleto de enemigos.

—¿El mapa está en la Corte del Bosque? —preguntó Levi, observando con recelo el horizonte, todavía oscuro, que desaparecía tras la maraña de árboles que se espesaban en la lejanía.

—No, el mapa está en mi bolsillo.

Nuada metió la mano en uno de los amplios bolsillos que formaban parte del mono rojo y vaporoso que llevaba. Al sacar la mano, la Campeona de las Llamas sostuvo en el aire dos pequeños frascos de cristal que contenían una sustancia líquida plateada.

Elara entornó los ojos mirándola con recelo.

—Eso son dos viales. No un mapa —respondió con voz queda.

Cansado de juegos, me planté delante de ella.

—Explícate.

—Hunt es el dios de la Muerte. ¿Qué esperabais? ¿Que tuviera un modesto adosado en la capital? ¿Tal vez una cueva sinuosa en los confines del desierto? —bufó como si fuéramos todos tontos—. No,

Hunt no reside en este plano. Solo hay una manera de llegar hasta An Dorchadas, el hogar del dios de la Muerte: muriendo.

¿Morir? Aquello iba a ser un problema.

Nox y Levi entraron en acción, pero la mano levantada de Elara frenó sus amenazas. No había miedo en su rostro. Tan solo determinación y una pizca de curiosidad.

—No vamos a tomar un veneno, Nuada. Y supongo que sabes de sobra que no tenemos intención de morir.

—Esto no es un veneno. Es el *elixir de la muerte*.

—Con ese nombre resulta difícil creer que no sea un veneno —acusó Levi.

Nuada le dirigió una mirada asesina, pero sus ojos volvieron a Elara antes de seguir explicando. Chica lista. Al menos sabía quién estaba al mando. Por otro lado, su deuda era con ella, no con el resto.

—No es un veneno. El *elixir de la muerte* es un billete de ida a An Dorchadas, el reino de las almas donde habita el dios Hunt. No existe un mapa para llegar hasta allí, porque no existe en este plano terrenal. ¿Lo pilláis, *iluminados*?

—Otra vez con el maldito mote —murmuró Levi.

Nuada levantó una ceja verde y gris en su dirección como retándolo a que siguiera quejándose. Yo tuve el terrible presentimiento de que esos dos serían grandes amigos si se lo propusieran.

—La única manera de llegar hasta Hunt es muriendo o, en su defecto, con el *elixir de la muerte*. Este tónico fue creado por el propio Hunt. Su receta es uno de los secretos mejor guardados de mi corte. El tónico tiene el poder de mantener un cuerpo con vida mientras traslada el alma de su portador al reino de Hunt. Al menos durante un tiempo.

—Has dicho que es un billete de ida —apuntó Elara robando las palabras de mi boca.

Nuada asintió.

—Llegar hasta allí es la parte sencilla. Quien toma el elixir cae en un sueño profundo que traslada su alma a An Dorchadas. Volver solo depende de Hunt. Una vez que consigáis que responda a vuestras preguntas, también tendréis que convencerlo para que os mande de vuelta.

—¿Alguna vez lo has tomado? —quise saber—. ¿O conoces a alguien que lo haya hecho y haya vuelto con vida?

Nuada clavó sus ojos en los míos. Había algo en ella que me recordó a su tío. Una cautela disfrazada de temeridad, pero que desprendía sabiduría.

—Nadie ha sido tan estúpido o desesperado como para tomarlo en más de dos milenios. ¿Me ves cara de estúpida?

—Siento que la palabra adecuada debería ser valiente —puntualizó Nox.

—Sinceramente no veo la diferencia. La estupidez y la valentía suelen ir de la mano y ambos acaban con héroes muertos —respondió Nuada, encogiéndose de hombros antes de tenderle los tónicos a Elara—. Tengo dos frascos del elixir, por lo que solo dos de vosotros podréis ir hasta el reino de Hunt. Acabarán dándose cuenta de que los he robado, pero coger alguno más habría sido un suicidio. Doy por hecho que iréis tú y tu perrito.

Elara aceptó los frascos sin responder a su pregunta. Tampoco cayó en sus provocaciones. Levi se plantó delante de ella, dispuesto a arrancarle los frascos o hacerle vomitar si se los acercaba a los labios.

—De ninguna manera.

—Tengo que ser yo, Levi —respondió ella con determinación.

Los tres sabíamos que no había universo en el que Elara fuera a aceptar que alguien fuese en su lugar.

—Acabemos con esto. No hay tiempo que perder —dije mientras cogía uno de los frascos de los dedos de Elara y me dirigía hacia la cama—. Has dicho que puedes garantizarnos un par de horas hasta que se den cuenta de que los has robado, ¿no? Entiendo que después de ese tiempo, no tardarán en localizarnos.

Nuada asintió, segura, y yo decidí creerla. No teníamos más opciones. A su lado, Nox y Levi intercambiaron negaciones antes de abalanzarse en mi dirección.

—Callum, tú no puedes ir —argumentó Nox. Lo conocía lo suficiente como para saber que no se daría por vencido sin intentarlo —. No deberíais ir ninguno de los dos. Pero de ninguna manera podéis arriesgaros a la vez. ¿Qué pasa si ninguno regresáis? Callum, vosotros no...

Nox no terminó la frase.

No hacía falta.

Elara observó el intercambio, confusa. Yo sabía perfectamente lo que Nox intentaba decir. Las mismas dudas susurraban a mis espaldas. Haciendo caso omiso a sus palabras, decidí ignorarlas.

—Si Elara va, yo voy.

Así de simple.

Nox y Levi intercambiaron una mirada agónica. Ambos sabían que no había manera de hacerme cambiar de opinión. Aun así, Levi lo intentó.

—No vais ninguno de los dos. ¿Es que no habéis escuchado la parte en la que moriréis? Tiene que haber otra manera.

Elara se sentó en el otro lado de la cama y asintió en mi dirección.

—No la hay. Si necesitáis hablar con Hunt, esta es vuestra única opción —repitió Nuada.

Elara inspiró con fuerza.

—Levi, está bien.

Nox apoyó una mano en el hombro de su pareja que solo hizo que Levi frunciera todavía más el ceño.

—No me gusta un pelo —se quejó, apartándose ligeramente.

Nuada entró en acción. Atenuó las luces que había encendido hasta dejarnos prácticamente a oscuras, acto seguido nos tiró a ambos un par de almohadas que olían a tierra y calor que sacó de debajo de una cómoda.

—El tónico actúa durante una hora. Tenéis que estar de vuelta antes de que se agote el tiempo o vuestros cuerpos morirán y vuestras almas se quedarán atrapadas en el inframundo.

—¿Cómo demonios van a saber cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Nox.

—Lo sabrán —se limitó a decir ella—. Además, cuando regreséis, vuestros poderes tardarán en volver a funcionar con normalidad un par de horas. Estaréis extremadamente indefensos.

—Esto mejora por momentos —farfulló Levi.

Elara y yo nos recostamos contra el colchón. La superficie era dura y, como sospechaba, la manta picaba. Aun así, el olor de Elara lo envolvía todo. Durante unos segundos me permití imaginar que todavía estábamos envueltos el uno en el otro mientras mis caricias conseguían arrancarle sonidos suaves que me llevarían a la tumba.

Todavía me quedaban demasiadas verdades que confesarle. Me negaba a pensar que hubiera un universo en el que la noche pasada finalizara sin más. Acaricié el escudo de su mente con cuidado. Igual que había acariciado con mi lengua cada parte temblorosa de su cuerpo hacía menos de una hora.

Elara se estremeció a mi lado.

*—Si Elara vuelve y yo no, sabéis cuáles son mis deseos* —ordené directamente en las mentes de Nox y Levi, sin dejar que ella lo escuchara.

Nox asintió solemne. Levi volvió a negar, preocupado.

*—¿Preparada, Tiniebla?*

*—Callum, lo que ha pasado antes...* —vaciló—*. No quiero que te sientas en la obligación de...*

*—He pasado las mejores horas de mi vida a tu lado, Elara. No me arrepiento de nada.*

Supe que no se atrevería a creer mis palabras, al menos no todavía. Pero no me preocupó. Podía ser paciente. La esperaría mil vidas más si fuera necesario. No había dios ni profecía que pudiera impedirlo.

*—No tienes que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? Puedo ir yo sola. No es justo que te arriesgues así por mí. Ellos tienen razón. La Corte de las Sombras te necesita.*

*—Y yo te necesito a ti.*

Quité el corchó del frasco y brindé en dirección a una Elara que me miraba con los ojos muy abiertos.

—Por los giros inesperados y los Guardianes que suplican.

Ella me sonrió.

Aquella sonrisa radiante y honesta, que amenazaba con dejarme sin aliento siempre.

—Y por aquellos dispuestos a enfrentarlos —me coreó.

Ambos tragamos el líquido empalagosamente dulce al mismo tiempo. Después, los dos dejamos de respirar mientras la muerte robaba nuestras almas rumbo a lo desconocido.

# CAPÍTULO XXXIV

## Elara

## Morir se sintió tremendamente familiar.

Por segunda vez la muerte me pareció dulce.

Dulce e inesperadamente cálida.

Pestañeé varias veces mientras An Dorchadas se materializaba a mi alrededor. O quizá fuese yo quien lo hacía. Me costaba pensar con claridad.

Me pareció oír risas suaves, a lo lejos. Pero ¿quién iba a reírse en el infierno?

Mi poder parpadeó, molesto, casi acusador. Aunque tal vez fuera mi consciencia. El caso es que ambos coincidían en que yo, de entre todas las personas, era la menos indicada para hacer ese tipo de preguntas.

—Abre los ojos, Elara.

Entre el caos y la confusión que asolaban mi cabeza en aquel extraño remanso de paz esa voz rasgada logró traerme de vuelta. Lo primero que vi con claridad fueron sus ojos negros estudiándome con detenimiento.

—Hemos llegado.

El poder de Callum latía con fuerza. Seguro y estable, como un canto de sirena hecho solo para mí. Me aferré a esa hebra estrellada

que me traía siempre de vuelta a casa y me dejé envolver por su magia.

Callum relajó el ceño y atrapó una de mis manos con las suyas. Cuando sus dedos se cerraron con firmeza sobre los míos me sentí poderosa. Supe que no existía fuerza en el universo que pudiera alejarlo de mí.

El reino de la muerte me recibió con fuerza, y comprobé que, hasta en la muerte, una era capaz de perder la respiración.

Contuve el aliento, asolada por la belleza inesperada de un lugar de pesadilla. Un amanecer perpetuo teñía el mundo de naranjas y violetas. Las nubes tenían el mismo color suave y habitaban no solo en el cielo sino por todas partes.

Volutas brillantes y sedosas escondían una amplia cordillera que se adivinaba a duras penas. Las nubes pintaban el cielo y el suelo. Bajé la mirada, ensimismaba con el roce etéreo e inexplicable de los pequeños nimbos contra mis piernas.

El sonido de un borboteo constante era el único ruido que rompía la curiosa estampa. Mi mirada dio de lleno con un río tranquilo que avanzaba entre las nubes bajas, camino a las montañas.

—No recomiendo un chapuzón. Al menos no por ahora. —Se rio una voz profunda—. Al río le gusta quedarse con las almas de aquellos que se bañan en sus aguas.

Callum y yo nos giramos hacia el lugar del que provenía la voz. Entre las nubes, una figura extrañamente humana se abrió camino.

—Estaba empezando a pensar que no vendríais. Os he estado esperando.

Supe a quién pertenecía aquella voz sin necesidad de presentaciones. Hunt, el dios de la Muerte, sonrió sin enseñar los dientes. Su comisura derecha se levantó con descaro, acentuada por

un hoyuelo profundo que parecía fuera de lugar en el rostro de una divinidad. A simple vista parecía un hombre corriente. Un *humano*.

No había rastro de orejas puntiagudas ni de rasgos afilados. La piel del dios era bronceada, de tonos oscuros y tostados. No aparentaba tener más de treinta años humanos. Nada en su complexión o estatura dejaban adivinar que aquel era el cuerpo que contenía a un dios. Nada, salvo sus ojos.

Entre unas cejas oscuras y una barba poblada, los ojos del dios eran como dos esferas incandescentes. El color era imposible de describir. Aquellos ojos contenían universos. Con cada pestañeo su poder sibilino tomaba más y más fuerza, pero su sonrisa continuó siendo amable. Si acaso un poco descarada.

¿Era extraño estar delante de un dios y no sentir miedo?

Mi temeridad se había vuelto completamente en mi contra. No había otra explicación. Eso o había comenzado a perder la cabeza. Ambas opciones eran del todo posibles.

—No estás perdiendo la cabeza, sobrina. Pese a lo que la tradición popular pueda decir, la muerte no es un lugar temible. Es solo un intermedio. Un paso necesario que abrazar. Cuando llega el momento, claro. Y yo, como su sirviente, tan solo ayudo en el proceso. No me como a nadie. Al menos no desde hace mucho tiempo, y nunca sin que me lo pidan.

Añadió aquello último con un guiño y una carcajada que me hizo volver a cuestionar seriamente si no me estaba volviendo loca. Me obligué a cerrar la boca y recobrar la compostura. ¿Acaso podía leernos la mente? Juraría que mis escudos estaban intactos.

Busqué la mente de Callum entre las volutas y el poder iridiscente que emanaba Hunt, pero no encontré la puerta que siempre nos unía. Podía sentir su mente al otro lado del hilo de medianoche, pero

no logré acceder a él. Sus ojos encontraron los míos y supe que él estaba intentando lo mismo, sin éxito.

—Para responde a tu pregunta. Sí, puedo leer vuestra mente. Y no, no podéis comunicaros mentalmente —explicó Hunt—. Aquí, en An Dorchadas, las cosas no funcionan igual que en Lyssandria. Especialmente si llegáis estando vivos. Y menos todavía si habéis llegado hasta aquí tomando el elixir que regalé a vuestros antepasados. Ya era hora de que alguien lo usara, por cierto.

Callum se recuperó antes que yo del asombro.

—¿Sabes quiénes somos? —preguntó sin romper en ningún momento el punto en el que nuestras manos se enlazaban.

Hunt se cruzó de brazos. Sonreía divertido, como si fuera conocedor de una parte del chiste que nosotros no habíamos entendido.

—Pues claro que sé quiénes sois. Si estáis aquí, es porque así lo he querido. Por no hablar de que reconozco mi sangre en aquella a la que acompañas. La sangre de los dioses es una cosa curiosa e inesperada. Un poder que no todo el mundo sabe merecer. Al igual que el regalo de mi ahijada que corre por tus venas, Guardián de las Sombras. —Hunt levantó una comisura, intrigado—. Aunque igual debería decir *regalos*. El plural parece más adecuado cuando los dones de dos diosas te acompañan.

Sentí que Callum se ponía rígido a mi lado.

Había demasiadas preguntas y el tiempo corría en nuestra contra. Yo misma quería preguntar si Hunt se refería al regalo de la Dama. ¿Era la Dama de la Noche una diosa acaso?

Pero no había tiempo.

Necesitábamos información sobre la profecía. Información que nos ayudara a entender, y neutralizar, la amenaza que me perseguía.

—Entonces sabes por qué hemos venido —intervine—. Fuerzas oscuras están intentando despertar en Lyssandria. Fuerzas que buscan mi sangre, *vuestra sangre*, para tomar el control. Necesitamos saber cómo detenerlas. Se avecina una nueva guerra entre cortes. La última terminó aniquilando a toda una raza. Necesitamos tu ayuda.

La sonrisa de Hunt se tornó amarga.

—Me temo entonces que mi primera respuesta no será de tu agrado, joven *Changeling*. Las fuerzas oscuras que intentáis detener ya han regresado. No se trata de frenar su vuelta, sino de derrotarlas de una vez por todas.

Mi estómago se retorció. Sentí como una losa tomaba espacio entre mis pulmones. ¿Habíamos llegado demasiado tarde?

—Nimue dijo que necesitaban la sangre de Elara para que Absalon regresara. No tienen su sangre. ¿Cómo ha podido regresar? —respondió Callum, desafiante.

Hunt repasó con detenimiento al Guardián, reparando sin vergüenza en nuestras manos entrelazadas. Si el nombre de la que sospechaba que era su antiguo amor le afectó, en absoluto lo dejó ver.

—De eso se trata. Absalon nunca se fue. No del todo. No de la manera que importa. Vuestros antepasados llevan cientos de años nutriendo lo poco que quedó de él, buscando maneras de mantenerlo con vida. Aunque sea una vida parasitaria, ya ha regresado. Absalon nunca se fue de Lyssandria. La sangre de Elara solo le permitirá recuperar su cuerpo. La guerra ya ha empezado. Me temo, de hecho, que nunca terminó.

Lo sentí en el pecho antes que en cualquier otro sitio. Un pinchazo incómodo y cabreado que llevaba creciendo los últimos meses. La rabia aumentaba con cada palabra sin sentido, con cada frase a

medias. Cada vez que alguien zarandeaba mi vida y mi futuro en sus manos como si fuera un simple harapo con el que realizar una tarea.

Inconsecuente.

Sin importancia.

En el fondo, sabía que Hunt era el menos indicado contra el que explotar. Era un dios, al fin y al cabo. Pero mi frustración era algo vivo. Algo con dientes que no atendía a razones. Sentí la oscuridad rugiendo, haciendo los coros de una rabia fría que ya apenas podía contener.

No lo pensé.

Dejé que ambas tomaran posesión de mi ser. Estaba harta de sentir que no tenía el control. Harta de ver como seres con más poder tomaban y dejaban sin pensar en las consecuencias.

Abandoné la mano de Callum y avancé hasta acortar la distancia con el dios de la Muerte. Mi oscuridad se apoderó de mí. Las sombras oscuras lo abarcaron todo a varios metros a la redonda. Se fundieron con el naranja de las nubes creando un ocaso estrellado entre las nieblas del amanecer.

Callum no me frenó. Se limitó a cruzar las manos tras su espalda y sonreír con malicia. Sentí su orgullo recorriendo mi espalda mientras sus ojos no me quitaban la vista de encima.

Hunt, el último dios de Lyssandria, levantó ambas cejas, sorprendido.

La ausencia de mis dagas me picaba en las palmas de las manos como miembros fantasmas. Pero, a falta de mis compañeras, utilicé mis sombras para apuntar al dios en la garganta.

Definitivamente había perdido la cabeza.

—Habla claro de una maldita vez.

—¿Te atreves a amenazar a un dios? —preguntó él con curiosidad.

—No estoy amenazando. Esto es simplemente una técnica de negociación —me atreví a decir—. Ahora habla sin rodeos.

—No puedes matarme, pequeña diosa.

Algo en la manera en la que lo dijo me hizo pensar que el dios de la Muerte no estaba completamente convencido de sus palabras.

—No quiero matarte. Quiero que hables. Estoy cansada de que ninguno de vosotros hable claro. El *whisp,* la Dama de la Noche, Nimue, ahora tú. Todos decís verdades y mentiras a medias. Mentiras que no solo me afectan a mí directamente, sino a todo un puñetero mundo. Así que sí, me atrevo a amenazar a un dios y a los que haga falta. ¿Queréis que luche? Dadme las armas necesarias.

Hunt contempló mis palabras con calma. Había un brillo divertido en su mirada. Ante la ridiculez de mi osadía o la estupidez de mis actos. Sinceramente no me importaba una mierda mientras hicieran que hablara.

—Absalon no necesita revivir o retornar ya que nunca murió. Absalon es, a efectos prácticos, un dios. Y no hay manera sencilla de matar a un dios. Se puede hacer, pero requiere un precio a pagar muy alto. El padre de Absalon, lejos de respetar los deseos de mi hermana, preservó un pedazo del alma y el cuerpo de su hijo. Dedicó toda su vida a intentar traerlo de vuelta. Cuando él murió, sus discípulos hicieron lo mismo. Vuestros antepasados se han empleado a fondo durante generaciones bajo falsas promesas de convertirse en dioses ellos mismos. Un proceso cruel y complejo que se ha llevado demasiadas vidas por delante. Absalon camina entre vosotros. O al menos, su alma y su poder lo hacen ocultos en otros cuerpos.

Hice que mis sombras retrocedieran.

Hunt asintió brevemente.

—Si Absalon ya está vivo, ¿para qué necesitan mi sangre?

—Está vivo, pero no es una vida completa. Como hijo directo de una diosa, Absalon consiguió permutar y retorcer la brizna del poder de creación que heredó de su madre. Si bien no puede crear vida, puede manipularla. Absalon habita vuestro mundo como un parásito cambia pieles que se nutre de varios huéspedes durante un par de generaciones. Por lo que tengo entendido tiene en todo momento al menos dos cuerpos robados a su disposición que le permiten sobrevivir, escondido a simple vista.

A lo lejos, otra ristra de carcajadas musicales interrumpió el momento. Me pareció que la sonrisa del dios se volvió melancólica.

—Debéis entender que, para mantener esto, Absalon absorbe el poder de todo lo que encuentra a su paso. Tal vez habéis sido testigos de ello sin saberlo. Sus ondas moradas se filtran por todo Lyssandria, roban vida como ladronas corruptas y se alimentan de ella. Sostener dos cuerpos ajenos, dos cuerpos mágicos, requiere un gasto severo de energía y poder. Para mantenerlo atacará a cualquier persona, ser vivo o criatura que encuentre a su paso. Cuanto más poderoso, mejor.

La cabeza me iba a mil por hora.

El recuerdo del cuerpo de Orla rodeado de aquellas extrañas ondas violáceas me invadió. No era una extraña enfermedad lo que había atacado a Orla. Era la magia carroñera de Absalon robando su poder y su vida.

La mano de Callum me estrechó el hombro. Cuando me giré para mirarlo, vi que él también había llegado a la misma conclusión: matar a Absalon era la única manera de salvar a Orla.

—Su sangre, la sangre de un dios, es lo único que mis hermanas consiguieron llevarse por completo de Lyssandria. Por eso necesita la tuya, Elara. Es la única manera que le permitirá volver por completo. Sin embargo, no sirve con beberla sin más. Eso solo le daría fuerza

momentánea. No, para conseguir recuperar su cuerpo y su poder completos precisa de un ritual específico. Un ritual que debe realizarse en un momento concreto.

—¿Qué momento?

—Un instante de transición y cambio. Un momento en el que varias cosas sean ciertas al mismo tiempo.

—¿Y tu sangre no le sirve? Eres un dios, al fin y al cabo —pregunté, intentando comprender.

Hunt apretó las comisuras como luchando contra una sonrisa.

—Lo soy, criatura. Pero yo no sangro. Ni yo ni mis hermanos. Un dios está hecho de algo más que carne y huesos. Esta es solo la ilusión que escogemos presentar ante nuestra creación. El éter, lo infinito, no sangra —explicó—. Comprenderás nuestro asombro cuando mi hermana dio a luz a un niño de carne. Un niño portador de la única sangre de dios jamás conocida. Para recuperar su cuerpo y abandonar a aquellos a los que parasita, Absalon precisa únicamente de la sangre de uno de sus descendientes y de las condiciones adecuadas. Y me temo que tú eres la única que queda con vida.

—Entonces Absalon puede ser cualquier persona. —El tono de Callum era sereno, pero yo supe adivinar el pánico en su voz. Lo que Hunt acababa de revelar lo cambiaba todo. No había un lugar seguro.

No podíamos fiarnos de nadie.

—Sí y no. No puede cambiar de forma a su antojo. Contará con un par de huéspedes, siempre los mismos durante años. Necesita al menos dos o la influencia de su poder sería demasiado para los cuerpos que habita. Siempre intenta parasitar desde que son jóvenes para poder adueñarse por completo de su mente. De lo contrario, los huéspedes tienden a resistirse.

—¿Sabes quiénes son? —pregunté desesperada.

—Me temo que no. Absalon sabe cubrir bien sus pasos. Y no, Guardián, antes de que me preguntes, tú tampoco lo sabrás. El control sobre sus mentes es férreo e inexpugnable. Algo que ni siquiera tú puedes detectar.

Callum ahogó un gruñido de sorpresa y dolor. Me volví preocupada, buscando la fuente de su agonía, cuando una garrampa severa me apuñaló las entrañas. Hunt observó nuestras figuras retorcidas como quien contempla una obra abstracta. Con curiosidad contenida.

—Se os acaba el tiempo.

Callum respiró con fuerza por la nariz, recobrando la compostura. Respiré hondo, intentando ignorar el dolor para hablar entre dientes.

—Si evito que usen mi sangre, evitaré que vuelva a tener sus poderes completos.

Hunt asintió en silencio.

—¿Qué pasa si utilizan mi sangre en otras personas?

—Que esa persona morirá. Solo un *Changeling* puede sobrevivir a nuestra sangre. No importa lo que Absalon les haya prometido a los Fae que le asisten. No puede convertirlos en dioses con vuestra sangre. Un dios solo nace, no se hace. La sangre hará que enloquezcan. Su poder crecerá sin control y su cuerpo no será capaz de contenerlo. Al final siempre mueren.

El dolor se intensificó. A mi lado, Callum temblaba, conteniendo espasmos y maldiciones.

—Necesitamos saber la profecía.

—El destino es una cosa frágil y complicada que lleva más trabajo del que la mayor parte de la gente se imagina. Es un arte paciente. Casi tanto como el de pronunciar profecías.

Una de las rodillas de Callum chocó contra el suelo. Mi mano cazó la suya al vuelo. Sus ojos estaban nublados por el dolor, pero se resistía a caer.

—¿Qué le está pasando?

—Su alma necesita volver a su cuerpo. La tuya también. No podéis permanecer aquí mucho más tiempo.

—Dinos la profecía entonces y deja que nos marchemos. —La voz de Callum sonaba estrangulada.

—No os gustará.

—Por favor —supliqué.

—Solo sangre con sangre muere. Cuando la oscuridad maldita regrese a Lyssandria guiada por aquel que perturbó el equilibrio, no será el poder sino el reflejo quien lo derrote. Vida por vida. Uno ha de alzarse para que el eco se extinga. Ambos han de morir para que el ciclo termine. El primer *Changeling* no conocerá el fin, hasta que el último muera.

El tiempo paró en seco. Una podría pensar que el dolor también lo hizo, pero, pese a que el mundo había quedado suspendido en un *impasse*, el dolor seguía aguijonando mis costados.

Aquellas palabras deberían haberme roto. Si es que acaso era posible romper algo que ya estaba hecho añicos. Sin embargo, una risa seca escapó de mis labios. Creo que jamás había escuchado un sonido tan triste. Después de todo lo que había ocurrido, después de haberme dejado la garganta gritando al universo. Todo había sido inútil.

¿Era ese el momento en el que los héroes y las heroínas de las leyendas aceptaban su destino con resignación abnegada? Una vida a cambio de cientos de miles. Supongo que era una cuenta justa. Pero yo no era una heroína, era una ladrona.

¿Era injusto pensar que no me habían pillado por sorpresa? Algo en mi interior lo sospechaba desde hacía tiempo. Y, aun así, esa bola de furia seguía creciendo. Después de todo lo que el universo me había arrancado, ¿ahora pedía otro sacrificio?

Quería gritar, patalear, escupir en la cara de la Verdeluna.

Pero no lo hice.

Supongo que los espíritus y los dioses contaban con ello. Porque, al final, no importaba lo injusto que fuera. No importaba lo mucho que doliera. Se habían encargado de crear un soldado perfecto. Sabían que, de una manera u otra, yo cooperaría.

Una ladrona con corazón. Menuda suerte la mía.

—De ninguna manera. Tiene que haber otra forma —rugió Callum a mi lado.

Había encontrado el modo de levantarse. Su cuerpo seguía vibrando de dolor, pero también lo hacía su poder.

—Es prácticamente imposible hacer cambiar de opinión a Destino, joven Guardián —se limitó a decir Hunt—. Todo está escrito.

—¡La profecía la urdiste tú! —Esta vez fueron las sombras de Callum las que envolvieron al dios de la Muerte—. Cámbiala. Elara no va a morir para arreglar el destrozo que vosotros mismos provocasteis.

Solo había visto a Callum así una vez. La noche de la última prueba mientras luchaba contra las ataduras de la Dama. Estaba fuera de sí. Su poder vibraba haciendo que el suelo y el aire temblaran.

—No es algo que pueda o quiera cambiar. El destino está escrito, yo me limito a ser su intérprete.

Con una sola mano y ayudado de sus sombras, Callum agarró del cuello al dios. Hunt se dejó elevar, como si el agarre de Callum fuese

una mera caricia. Allí, con el cuerpo temblando por la furia y con el dios de la Muerte entre sus manos, Callum parecía una pesadilla.

—Me importa una mierda si eres un dios o el dueño del universo. Danos otra opción o yo mismo me encargaré de acabar con el mundo.

Sus palabras eran una promesa con más fuerza que cualquier profecía. Lo poco que quedaba de mi compostura se partió con ellas.

Quería más noches como la anterior.

Más horas entre sus brazos.

Más momentos en los que me confesara sus secretos.

Y no tendría nada de eso.

—¿Podemos irnos? —Mi voz sonó cansada. Cansada y pequeña.

—Elara...

Callum buscó mi mirada, desesperado. Descartó el cuerpo del dios sin miramientos y corrió a mi encuentro. Sus manos enmarcaron mi rostro. Yo solo podía mirar al suelo.

—Sí, podéis marchar —concedió Hunt—. Con una condición. El Guardián de las Sombras regresará primero. Preciso de un momento a solas contigo.

—Yo no me voy sin ella —prometió Callum, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Callum, por favor.

No sé qué vio en el color verde de mi mirada. Fuera lo que fuese, la voz de Callum se volvió desesperada. Suplicante.

—No me pidas esto, Tiniebla. No me obligues a dejarte atrás otra vez. ¡Lo has aceptado! No te atrevas a rendirte. ¿Me oyes? Esto no acaba así. Encontraremos otra solución.

Acaricié sus manos con cuidado mientras me despegaba de su agarre.

—Tienes que regresar —susurré—. Yo estaré de vuelta en unos minutos.

—Vuelve, Elara —murmuró contra mi cuello—. Prométeme que volverás. No existe rincón en este mundo donde no pueda encontrarte, al que no pueda llegar para recuperarte. ¿Me entiendes?

Una única lágrima recorrió mi mejilla.

—Te prometo que volveré.

Era una verdad a medias. Callum lo sabía también.

Mis labios encontraron los suyos. Me permití besarlo como si fuera la última vez, rezando a los dioses y a la Verdeluna para que no fuera así. Callum ahogó un gruñido de sorpresa antes de fundirse conmigo. Sus labios se volvieron suplicantes. Nuestro beso se convirtió en algo fiero. Callum me besó para traerme de vuelta. De manera exigente y sin medida. Su beso gritaba todo lo que yo temía escuchar. Todo lo que tantas veces me había prometido.

En la oscuridad de mi cuarto en la Corte de las Sombras.

En un bosque rodeada de fuego y bestias.

Sus labios siempre decían lo mismo: vuelve a casa, Tiniebla.

La figura de Callum se disolvió en un susurro de noche y estrellas. Nuestro beso perdido para siempre entre universos. Me quedé a solas con el dios de la Muerte y recordé que el amor era algo que hasta las deidades sufrían.

—¿La querías, no es así? Aún la quieres.

El recuerdo de Nimue encerrada en su cueva de hueso y coral todavía me erizaba el vello. Pero más lo hacía pensar que llevaba sola media eternidad, alejada de la mitad que completaba su alma.

Hunt supo sin necesidad de palabras a quién me refería y no negó mis insinuaciones.

—Nuestras almas son la misma —recordó cerrando los ojos—. Kindred, las llamó la Verdeluna. Destinadas a encontrarse en todas sus vidas. Destinadas a hacerse más fuertes. A no poder vivir una sin la otra. Como imanes perdidos en el cosmos.

—Deberías dejarla libre, entonces.

El dios de la Muerte tragó saliva.

—No es nuestro momento. Todavía no. El amor es algo complejo. La conexión entre almas todavía más. Las almas Kindred son algo curioso. Algo que, en nuestra creación, ni yo ni mis hermanos supimos prever. Tal vez por eso nuestra madre se encargó de nombrarlas. Es curioso cómo dos almas se encuentran a pesar de todo. Cómo se fortalecen y comparten poder cuando se reconocen como iguales. Ese tipo de conexión es tan peligrosa como poderosa. Puede acabar con universos enteros. También salvarlos.

—¿Encontró Absalon la suya?

—Me temo que, para eso, primero tendría que haber conservado su propia alma —dijo con una risa amarga—. Solo el alma Kindred de un *Changeling* puede soportar el poder de la sangre de su especie. Esa es la única información que la Verdeluna compartió con mis hermanas antes de partir. Una debilidad que Absalon jamás habría permitido. Si la hubiera tenido alguna vez, él mismo la habría matado.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿un alma Kindred sí podría convertirse en dios?

—No, eso no es posible. Como he dicho, los dioses solo nacen. Incluso yo y mis hermanos lo hicimos. Tal vez no de la manera que te imaginas. Pero todos fuimos, en algún momento, uno con nuestra madre. El alma Kindred de un *Changeling* es capaz de asimilar el poder de los dioses sin morir y usarlo durante un tiempo a su antojo.

El dolor volvió a mi pecho y supe que había llegado el momento de partir.

—¿Qué era lo que querías decirme?

—En realidad quería saber qué dirías tú, criatura.

—¿Satisfecho?

—Solo el tiempo lo dirá —murmuró con un leve asentimiento—. Te veré pronto, sobrina.

Con un delicado gesto de la mano, Hunt me mandó de vuelta hacia el reino de los vivos.

¿Por cuánto tiempo?

En el fondo, ambos sabíamos la respuesta.

# CAPÍTULO XXXV

## Elara

### No había espíritus en el bosque. Solo brillos plateados y retazos de su alma.

El mundo había entrado en erupción. Todo crujía y vibraba de manera descontrolada. ¿Acaso era así como se sentía nacer?

Descontrol.

Llanto.

Violencia.

Intenté mover el cuerpo, pero mis extremidades no respondían. Aun así, todo mi ser rebotaba y chocaba mientras corría, y una fuerza imperturbable se aferraba a mí. Luché por abrir los ojos, por decir algo. Pero mi cuerpo seguía sin responder y la magia me había abandonado.

—Agárrate, Elara. No te sueltes, no podemos...

Los ecos de una batalla ahogaron el resto de las palabras de Callum. Gritos ensangrentados y rugidos inconexos hicieron zumbar mis tímpanos. Las sombras de Callum se aferraban a mí, pero también podía sentirlas en el aire: rápidas, mortíferas y decididas.

—¡Levi, a tu izquierda! —La voz de Nox atravesó cortante los ruidos de la pelea.

Poco a poco mi poder comenzó a tomar consciencia. Pero la sensación era extraña, como si mi magia estuviera adormilada. Aun con los ojos cerrados sentí como el calor de las llamaradas y de una ventisca del desierto nos pisaba los talones.

—¡Sí! Nuada tenía razón, está justo allí. Un poco más adelante —gritó Nox por encima de las explosiones.

—¿Estamos seguros de que no cruzarán? —preguntó Levi.

Callum se dispuso a contestar, pero, incluso entre sus brazos, su respuesta se perdió entre ascuas y gritos enfurecidos. El crujir desesperado de las botas contra las dunas del desierto comenzó a menguar acompañado por una repentina sombra. Unos segundos después, las notas secas y tostadas del desierto fueron remplazadas por un olor profundo a musgo y rocío.

—¡Mierda! Serán... —El viento robó el final de la maldición de Levi —. ¡Agachaos!

Oí la explosión antes de que impactara contra nosotros. Se bebió los gritos de aviso de Levi como un monstruo de fauces abiertas y apetito voraz. El estruendo fue suficiente para que mis ojos se abrieran al fin, a tiempo de ver como salíamos disparados hacia delante envueltos en una maraña de bosque y desierto.

Callum me agarró con fuerza uniendo nuestros cuerpos mientras giraban descontrolados en el aire para que su espalda chocara primero contra el suelo enraizado. Su cuerpo absorbió la peor parte del impacto. Aun así, el aire escapó de mis pulmones con un crujido seco y doloroso.

El golpe funcionó como un jarró de agua fría. La sensación volvió de una vez a mis terminaciones nerviosas, acompañada de un dolor punzante. Cuando mi cuerpo se dignó a responder, me deshice con cuidado de su agarre, pero él no dejó que me levantara del todo.

Sus manos se aferraron a mis caderas manteniéndome a horcajadas sobre él.

—No te muevas.

Callum respiraba con dificultad y estaba cubierto de sangre, arena y ceniza. Aparté los mechones oscuros de su frente buscando la fuente de la hemorragia. Para mi alivio parecía que la mayor parte de la sangre no era suya. Su oscuridad crepitaba a nuestro alrededor y, aunque poderosa, había algo diferente e incompleto en ella. Mi propio poder parpadeaba exhausto en mi pecho.

Aun ensangrentado y cubierto de mugre, Callum sonrió con los ojos brillantes.

—Podría acostumbrarme a despertarme con tu cuerpo sobre el mío y tus manos acariciándome.

—Tú no eras el que estaba inconsciente, Callum.

Sus dedos se apretaron con más fuerza a mis caderas.

—Se supone que no debes decir mi nombre, Elara. Los dos sabemos lo que eso conlleva.

Pese al humo, el dolor y la desorientación, sus palabras fueron las que me dejaron sin aliento. El recuerdo de sus labios en mi oído y sus sombras en mi cuerpo me hizo temblar por motivos distintos. La manera en la que sus ojos se oscurecieron confirmó que se había percatado de mi reacción.

Me obligué a levantarme, teniéndole una mano.

Un bosque espeso cubría todo a nuestro alrededor. Entre los troncos retorcidos se adivinaba el final del desierto varios cientos de metros a nuestra espalda, los gritos enfurecidos de todo un batallón reverberaban entre las hojas y la maleza.

—Parece que Nuada no mentía —comentó Levi con un suspiró aliviado mientras se quitaba ramitas del pelo azulado—. Las amazonas de Aiden no cruzarán la frontera con la Corte del Bosque.

A su lado, Nox conjuró una voluta de sombras que nos ocultó de la vista del ejército del Guardián de las Llamas.

—¿Qué demonios ha pasado?

Los tres Altos Fae me miraron con preocupación.

Nox fue el primero en romper el silencio.

—Vamos a hablar mientras caminamos. Tenemos que seguir poniendo distancia entre nosotros y esas amazonas. Por mucho que Nuada tenga razón, no me fío de ellas. Necesitamos encontrar un lugar relativamente seguro para descansar durante un par de horas y ponernos en contacto con Lía.

Callum tomó la delantera. Sus manos estaban teñidas de noche, preparadas para cualquier ataque. Levi caminaba a su lado, unos metros más hacia la derecha cubriendo el perímetro frontal, mientras Nox se encargaba de la retaguardia, espada en mano. Yo misma desenvainé dos dagas. Después de comprobar que mis poderes seguían prácticamente inservibles, me resigné a sujetarlas en lugar de hacerlas flotar a mi alrededor.

Algo corrupto emanaba del bosque.

Al principio pensé que lo que sentía clavarse en mi espalda como un aguijón envenenado era la presión de los espíritus, pero aquella sensación era diferente. No había rastro alguno de su curiosidad osada, ni de su mirada curiosa. De hecho, no había ni una señal de que hubiera espíritus entre las ramas caídas y los troncos podridos.

Aun así, había una presencia amarga correteando dentro de la savia del bosque. Aunque no podía verla, estaba segura de que tenía forma de ondas violetas.

—Todo iba bien al principio —explicó Nox—. Pero cuando llevabais poco más de media hora las amazonas aparecieron y rodearon la cabaña. Las condenadas son rápidas, eso hay que admitirlo.

Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que el general de las Sombras parecía asombrado. No me cabía ninguna duda de que Nox había tomado más de una nota.

—Pero Nuada aseguró que teníamos dos horas —dije sin comprender mientras fijaba mi atención en el suelo que cada vez se volvía más embarrado y resbaladizo.

—Si te sirve de consuelo, ella parecía tan sorprendida como nosotros. Ya sabes que después de cómo se comportó en el torneo no soy su mayor fan. Pero creo que de verdad intentaba ayudarnos. La Verdeluna sabrá sus motivos, pero no creo que nos haya traicionado. De hecho, creo que se ha metido en un buen lío al colaborar con nosotros.

Coincidía del todo con las palabras de Levi. No había sentido ningún tipo de mala intención por parte de la Campeona de las Llamas. Detrás de todas sus pullas había una oposición real a las decisiones de su tío.

—Callum despertó antes que tú, pero sus poderes no funcionaban como es debido.

Con un gesto de la mano, Nox intercambió posiciones con Levi y comenzó a guiarnos a través de un bosque que se hacía más estrecho con cada metro que avanzábamos.

—Todavía los noto algo extraños —explicó el aludido sin girarse—. Están aquí, pero los siento adormilados. Como cuando se te duerme un brazo o una pierna. Conforme pasa el tiempo, toman más fuerza. Pero Nuada tenía razón, siento que tardarán un par de horas en recuperarse del todo.

Asentí, pues la sensación era completamente la que él había descrito.

—¿Qué os parece este lugar?

La voz de Nox se filtró a través de una serie de arbustos particularmente espesos y espinados que había atravesado. Una vez al otro lado, la visión que nos dio la bienvenida hizo que tanto Levi como yo bajásemos las armas, sorprendidos.

En medio de un claro invadido por una vegetación oscura y retorcida se encontraban los restos de unas extrañas ruinas. Lo que antes había sido sin duda un pueblo de tamaño considerable ahora estaba sepultado entre escombros y vainas salvajes. El paraje ofrecía gran cantidad de recovecos bajo los que resguardarse lejos de miradas indeseadas.

—A mí me sirve —respondió Levi con una exhalación exagerada mientras apoyaba su espalda contra los restos de un edificio antes de seguir con su explicación—. Cuando Callum despertó ya no podíamos esperar más. Nuada creó una distracción para permitirnos salir de la cabaña y nos dio indicaciones para atravesar la frontera. Juró que el ejército de Aiden no nos seguiría hasta aquí. Y, para sorpresa de todos, ha cumplido su palabra.

—¿Por qué no hemos hecho un Salto Irisado?

No me permití el lujo de dejarme caer contra el tronco más cercano para descansar. Cada uno de mis movimientos era puro dolor, como mover una losa de cientos de kilos, pero el batir enloquecido de mi corazón me instó a seguir de pie. A seguir observando el horizonte en busca de peligros.

—Nuada dijo que era peligroso saltar sin que tú te hubieras despertado. Tu alma y tu cuerpo seguían separados y no podíamos arriesgarnos a hacerlo hasta que volvieran a unirse. De hecho, insistió en que seguiría siendo peligroso hasta que ambos recuperarais los poderes por completo —aclaró Nox—. Sinceramente nos acojonamos bastante cuando Callum despertó sin ti.

Me limité a asentir y, por primera vez en meses, evité la mirada de Callum. Podía sentir sus ojos negros atravesándome. Y, si mi poder hubiera estado en plenas facultades, estaba segura de que habría sentido su presencia de ocasos contra mi mente, pidiéndome entrar.

Por la manera en la que Levi y Nox hablaban, comprendí que Callum no había compartido con ellos todavía lo que Hunt nos había revelado en el Reino de la Muerte. La realidad que yo sentía como inamovible en mi corazón, pero contra la que sabía que él lucharía sin descanso.

Yo tenía que morir para derrotar a Absalon.

Verbalizarlo, aunque fuera solo para mí misma, me hizo tragar saliva. Sin embargo, no sentí nada. Mi corazón, como mis poderes, estaba entumecido.

—Por no mencionar que Callum es el único con el poder suficiente como para hacer un Salto que nos lleve directos a casa —continuó Nox—. Levi y yo tendríamos que hacer varios Saltos intermedios con otras cortes hasta acercarnos lo suficiente y más teniendo en cuenta que habría que cargar con vosotros. Por no mencionar cuáles son las fronteras que nos rodean ahora mismo...

Me forcé a volver a la realidad. A pensar en los enemigos que nos rodeaban y en la necesidad imperiosa de volver *a casa*.

Quise llorar ante lo real y verdadera que se sentía esa palabra. Porque cuando pensaba en *casa* no solo pensaba en las cordilleras suspendidas en el cielo. No. Pensaba en unos ojos teñidos de noche y sombras, en las risas del Priorato y en un invernadero repleto de paz y posibilidades.

Sin embargo, mi mente seguía volviendo a la profecía. A las súplicas de Callum. A la única promesa que sabía que rompería.

Morir llegaría. Y llegaría pronto.

Hunt lo había dejado claro.

¿Podía evitar el destino? La intensidad de la mirada de Callum juraba a la Verdeluna que no había profecía o dios al que no desafiaría para mantenerme con vida. Debería haberme asustado saber que el sentimiento era mutuo. Que, de invertirse los papeles, yo haría lo mismo por él. ¿En qué momento había ocurrido aquello?

Pero lo cierto era que, si lo pensaba detenidamente, el Guardián de las Sombras llevaba meses demostrando que estaba de mi lado. Callum había estado ahí cada vez que yo me había caído. Me había dado espacio para romperme, pero me había obligado a recomponerme.

—¿Cuál es el plan? —escuché que preguntaba Levi, perdida en un estruendo de emociones que lo nublaba todo.

—Nos refugiaremos aquí durante un par de horas hasta que vuestros poderes se recuperen. Mientras tanto vamos a rezar a la Verdeluna y los dioses perdidos para que nada alerte de nuestra presencia a los habitantes del bosque.

La plegaria de Nox murió antes de llegar a oídos de ningún astro divino.

Murió en el temblor de las ruinas y en el hedor de la tierra al partirse en mil pedazos. Murió coreada por las palabras del Alto Fae que nos observaba con rabia desde la otra punta del claro.

—Me temo que es un poco tarde para eso. —La risa de Orión fue el único aviso que tuvimos. Después, todo pasó demasiado rápido.

La tierra estalló en mil pedazos al mismo tiempo que las sombras estrelladas de Callum nos cubrían para protegernos. El olor a muerte y descomposición fue insoportable, casi tanto como los chirridos estrangulados que brotaban de la tierra.

Alrededor de la figura del que era mi padre, decenas de formas humanoides se arrastraban, emergiendo desde los entresijos de las ruinas. Pese a que a primera vista parecían personas, los ángulos de

sus extremidades no me parecieron correctos. Había brazos, cuellos y piernas retorcidas en posiciones imposibles. Se movían a trompicones, pero al unísono, como un enjambre de miembros apuntados y cadáveres desenterrados.

—*Ionnsaigh* —gritó Orión en el idioma antiguo de la Corte del Bosque.

Las bestias fijaron su atención en nuesto pequeño grupo y, en menos de un segundo, se abalanzaron sobre nosotros. Conforme se acercaban, comprobé que no eran simples bestias. No, aquello eran los restos de los Fae de la corte del Bosque. Hombres, mujeres, niños y ancianos. Sus cuerpos, grandes y pequeños, se habían pervertido en una maraña de marionetas de ojos vacíos.

Desprovista todavía de mis poderes, agarré las dagas con fuerza. Mis compañeras pedían sangre y yo ya había escogido mi siguiente víctima.

El metal de noche y plata impactó contra la primera criatura que me abordó. Rajé su garganta con un movimiento fluido. Canalicé el poco poder del que disponía para aligerar mis pasos y aumentar la velocidad de mis golpes. Pero la criatura apenas se inmutó. Un líquido oscuro y viscoso brotó de la herida. Sin embargo, lejos de tambalearse, el extraño ser retomó su ataque.

—¡Tiniebla, son *Sluagh*! Para acabar con ellos hay que matar a su invocador.

Callum luchaba a apenas unos pocos metros de distancia. Aun con sus poderes amortiguados, el suelo temblaba a su alrededor. Sus sombras apartaban los cuerpos de los *Sluagh* envueltos en ondas oscuras con un matiz plateado que no había visto antes, mientras intentaba abrirme un camino claro hasta Orión.

—¿Cómo demonios es posible? Se supone que estas cosas solo existen en las historias de miedo. Nadie los ha visto desde hace más

de dos mil años —gritó Levi.

Los destellos azules del poder de Levi rugían a mi espalda mientras cortaba en pequeños trozos los cadáveres que habían vuelto a la vida. Me percaté, asqueada, de que aquellos eran los restos de los habitantes que habían poblado aquel lugar en el pasado. Por su estado de descomposición, algo me decía que, pese al aspecto de las ruinas, no habían muerto hacía mucho tiempo.

—Vienen a por ti, abominación y cuentan con el respaldo de todas las fuerzas oscuras que fueron injustamente desterradas. No hay lugar en el que puedas esconderte. Él reclamará lo que es suyo.

Orión hablaba desde una zona alta encima de un edificio medio derruido en la parte más alejada al ataque de los *Sluagh*. De sus manos emanaban unas sombras viscosas con un tinte morado que azuzaban a los cuerpos en nuestra dirección.

Nox y Levi se movían al unísono a nuestro alrededor creando un perímetro de sombras que arremetía sin descanso contra los cuerpos. Levi era ágil y certero, con pasos calculados y movimientos originales conseguía evadir todos los ataques. A su lado, Nox era una auténtica máquina de matar. Su poder era sibilino y esmerado. Se filtraba con sigilo entre los cuerpos para atacarlos en el último momento.

Y luego estaba Callum.

El Guardián de las Sombras era como la muerte encarnada. Era la verdadera representación del Oscuro. Aun con su poder a medio gas por culpa del elixir, los cuchillos de Callum cortaban sin piedad. Los movimientos del Alto Fae eran imposibles de seguir. Su cuerpo se movía a una velocidad de otro mundo. No fallaba un solo golpe.

—Elara, ¡a tu derecha!

El grito de Levi me sacó de mis pensamientos justo a tiempo de esquivar las uñas ensangrentadas de una de las bestias.

Aunque mi poder continuaba sin cooperar comencé a sentir que el bosque tiraba de mí. Un empuje férreo y cubierto de corteza que cantaba el nombre de una parte de mi magia que jamás había puesto en práctica. Sentí los árboles vibrar en las puntas de mis dedeos y me dejé llevar por la sensación.

El bosque estalló en mi interior y yo permití que las raíces se apoderaran de mi consciencia.

Arma en mano, corrí impulsada por un deseo irrefrenable de venganza. Con cada zancada en dirección a Orión, otra raíz manchada de tierra se unía a mi causa. El bosque giró, envuelto en un torbellino de madera y viento que obedecía a mis plegarias. El resto de mis poderes seguían dormidos, pero el bosque había despertado.

Las sombras de Callum acompañaron mi avance. Apartaban los cuerpos envolviéndolos en un brillo plateado que los dejaba aturdidos el tiempo suficiente como para que yo pasara sin dañarlos. En el fondo sabía que aquellas personas no volverían, no había manera de salvarlas. Pero ver cómo Orión las usaba de aquella manera era repugnante.

El control de la vegetación era la experiencia más física de la magia que había experimentado hasta el momento. Las llamas, el aire y el agua eran ligeros, volátiles. Las sombras tenían personalidad propia. Pero el bosque... El bosque era tosco, pesado, brutal.

Cuando por fin estuve lo suficientemente cerca, obligué al bosque a abalanzarse sobre la figura del Alto Fae que había contribuido a mi creación. Orión no intentó esquivar las raíces, se dejó atrapar. Ni siquiera se inmutó cuando una de ellas le atravesó el estómago.

Algo iba mal.

No podía ser tan fácil.

Avancé la distancia que nos separaba y dirigí una daga directamente a su garganta. La sonrisa de Orión solo creció.

—¿Qué haces aquí? —rugí.

—He venido a ver tu muerte, querida. Absalon te espera. El final está cerca. —Tosió con una sonrisa ensangrentada—. ¡Por fin! Después de tantos años, aquellos que permanecimos fieles al único dios verdadero obtendremos nuestra recompensa.

Colgado en el aire y rodeado de mis enredaderas, Orión no parecía más que un Fae delirante al borde de la muerte. Aun así, su sonrisa escondía deseos de destrucción y se comportaba como si los que estuviéramos atrapados fuésemos nosotros. Entonces sentí que algo más nos estaba observando desde las copas de los árboles.

—Abandona el control de los *Sluagh*. Este tipo de magia es repugnante. Incluso para ti —rugió Callum mientras su poder brillaba a nuestro alrededor frenando el ataque de las criaturas.

—No soy yo quien los controla. Deberías haberle hecho caso a tu padre, muchacho. Esa noche decidiste tu destino. Desmond se revolvería en su tumba si supiera de tu debilidad. Él siempre sospechó que serías demasiado cobarde para convertirte en un dios. Tenía razón —dijo con desdén—. La muerte te encontrará pronto. Tu padre se avergonzaría de ti. Dile a tu juguete que me suelte, antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse.

Callum hizo caso omiso de sus provocaciones.

—No le hables. No te atrevas a dirigirle la palabra —siseé apretando con más fuerza la daga que sostenía contra su cuello.

—¿Acaso no es el Guardián tu amo? —La sonrisa de Orión era pastosa y forzada. Envenenada de una terrible maldad.

Callum no abandonó su posición a mi espalda, pero sentí la sonrisa perezosa en sus palabras.

—Me parece que lo has entendido al revés, Orión. Aquí la única que sujeta las riendas es Elara. Una palabra suya basta para que acate todos y cada uno de sus deseos.

—Morirás siendo siervo de un monstruo entonces. Patético —escupió Orión.

—Él no es el que está ahogándose en su propia sangre con una daga apuntando a su garganta.

Me aseguré de apretar lo suficiente para que el filo le cortara el cuello ligeramente.

—Los dos sabemos que no me matarás, *hija mía*. Tan débil y asustada como tu estúpida madre. Solo servís para dos cosas, poneros de rodillas y contener la esencia que corre por vuestras venas. Pero no tienes agallas para matarme, ya lo habrías hecho, si las tuvieras. Matarme significaría que jamás sabrías la verdad de lo que ocurrió aquella noche.

Callum me apartó el pelo del rostro antes de situar su cabeza en el hueco de mi cuello sin dejar de mirar a mi padre.

—Déjame matarlo para ti, Tiniebla. Mis sombras lo anhelan desde hace demasiado tiempo.

—No, esto es asunto mío.

—He de admitir que adoro tu lado oscuro —dijo él, dando un paso hacia atrás.

Dejé que mis pies encontraran el camino hasta Orión y me incliné para asegurarme de que me escuchara bien.

—Te contaré un secreto, *padre*. Tienes razón, estoy aterrorizada —confesé—. Pero te equivocas al pensar que la fuente de mis miedos eres tú, o cualquiera de vosotros. Lo que me aterra profundamente es la calma fría y calculada que corre por mis venas. La quietud serena que me sobreviene cuando pienso en arrancar tu vida con mis propias manos. No te tengo miedo a ti, me tengo miedo a mí

misma y a lo que sé que soy capaz de hacer. Lo que ya he hecho y lo que haré.

Esta vez, cuando clavé una daga en su pecho y otra en su garganta, no me asolaron la culpa ni los remordimientos. Con cada uno de los burbujeos estrangulados que Orión emitía mi oscuridad rugió con más fuerza.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, me miró con los ojos desorbitados y la mirada teñida de sorpresa. Pero no había miedo. Mientras moría hice que mis enredaderas bajaran su cuerpo lo suficiente para poder susurrarle mientras dejaba de existir. Acerqué mis labios a su oído para que pudiera escuchar con claridad mis palabras.

—Querías convertirte en un dios, pero me temo que tendrás que conformarte con morir a manos del monstruo que lleva su sangre.

Capturé el momento en el que la vida abandonó sus ojos llenos de odio y lo grabé a fuego en mi memoria. Con su último aliento, algo afilado se clavó en mi hombro, pero no me importó.

Al parecer así era como nacían los monstruos.

Con las manos manchadas de la sangre de su creador.

# CAPÍTULO XXXVI

## Callum

**Ella siempre acababa matando lo que amaba.**
**Tal vez por eso seguía con vida.**

Orión exhaló su último aliento. Y yo sabía que, con aquella cuchillada, Elara acababa de renunciar a una parte de su verdad que yo no podría darle. El trato de la Dama cada vez pesaba más. No sabía si estar orgulloso o aterrorizado.

A nuestro alrededor los cuerpos se desplomaron.

El ruido de decenas de Fae chocando contra el suelo fue amortiguado únicamente por la lluvia que había comenzado a caer. Un estupor de agua dulce que parecía querer borrar todos los pecados acontecidos en la Corte del Bosque. Después, durante unos segundos, solo hubo silencio.

Mi poder parpadeaba exhausto. Los restos del elixir de la muerte me impedían pensar con claridad. Elara temblaba de pies a cabeza, y unos metros más abajo, Nox y Levi jadeaban con la ropa cubierta de sangre y mugre.

—Elara, mírame.

Ella, todavía de espaldas, negó con la cabeza. Busqué entre la neblina de nuestras mentes el cordón que nos mantenía unidos. Estaba allí, pero los efectos del elixir seguían sin dejarme acceder.

Mi mano encontró la suya alrededor de una daga. Acaricié sus nudillos ensangrentados con el pulgar. No dejé de tocarla hasta que su mano se abrió lo justo como para poder retirar el arma y guardarla en uno de mis cintos. Suspiré aliviado al ver que no se había cerrado en banda. Estaba dispuesto a aceptar todo el dolor que quisiera darme. Tal y como ella había hecho por mí.

Su mano se aferró a la mía.

Me juré a mí mismo que nunca la soltaría.

—Háblame, Tiniebla.

—No está bien —respondió ella, sin dejar de negar.

—Elara, no es la primera vez que intenta matarte. Has hecho lo correcto. No te atrevas a dudar de ello ni un segundo.

Pero cuando por fin se giró para mirarme no había lágrimas en sus ojos por lo que acababa de hacer, no vi pena ni arrepentimiento. Su ceño estaba fruncido de aquella manera que tanto adoraba cuando casi podía sentir como una idea capturaba su mente. Sus ojos buscaron los míos con preocupación. Esa vez no reprimí el instinto de alargar mi mano libre y acariciar su mejilla.

—Callum, mira —susurró ella—. Algo no va bien.

Sin dejar de tocarla me giré hacia el cuerpo sin vida de Orión, que yacía esparcido entre ramas y raíces en el suelo, cubierto de sangre. Pero era su sonrisa lo que Elara señalaba.

Orión había muerto con una sonrisa de satisfacción en el rostro y cubierto de una sangre que no era suya.

Rastreé el cuerpo de Elara en busca de algo que no quería encontrar. Allí, en su hombro izquierdo, encontré dos hendiduras gemelas. La mordedura que Orión había creado sangraba lentamente, pues la magia de Elara ya había comenzado a curarla. Aun así, una sensación incómoda me retorció el estómago.

—Tenemos que salir de aquí inmediatamente. Creo que esto solo era una... —La advertencia de Elara murió en sus labios.

Sus ojos se abrieron de par en par, aterrados. Sentí como sus manos empujaban mi pecho para apartarme del peligro. Mi poder salió a por ella en un intento de retenerla, pero estaba demasiado débil. Fue como si el bosque y las ruinas implosionaran desde dentro.

Elara gritó mi nombre.

Salí disparado y solo pude prepararme para la caída mientras las raíces cortaban el aire en mi dirección. No me permití procesar el dolor cuando mi piel se arrastró por el terreno cruel. Las heridas sanarían, ya habría tiempo de curarlas. Me levanté de inmediato oteando el horizonte en busca de los demás.

Una risa familiar se filtró entre el barullo de raíces que intentaban mantenerme alejado. Metros más atrás el chillido desgarrador de Nox, seguido de las súplicas de Levi, me hicieron temer lo peor.

—¡Nox! —gritó Levi—. Eh, sssh, no hables. Te vas a poner bien. Te vas a poner bien.

Escuché como repetía aquellas palabras sin descanso mientras trataba de alcanzarlos.

—¡Callum! —gritó mi hermano, implorando mi ayuda.

Cuando el bosque me dio un respiro, mi cerebro no alcanzó a procesar la escena que contemplaba. Una enorme lanza de madera descansaba en el suelo al lado del cuerpo de Nox. Levi presionaba con desesperación una herida demasiado grande en su costado derecho. Una herida que no dejaba de sangrar. Borbotones lentos y de un color demasiado oscuro. Durante unos segundos me invadió el pánico. No podía perderlos. En medio del caos, me obligué a mantener la calma.

Nox era fuerte. Saldría de esta.

Un grito ahogado hizo que volviera a girar la cabeza en busca de Elara. Entre el polvo que había levantado la explosión se adivinaban decenas de soldados de la Corte del Bosque con sus armas preparadas.

Estábamos rodeados.

En el centro de la marabunta tres figuras desafiaban los últimos rayos del sol de media tarde en medio de la lluvia. Elara estaba de rodillas. Una de las figuras le sujetaba el pelo con fuerza tirando de su cuello hacia arriba. El gesto arrancó otro grito de su garganta.

Mi magia no acudió a mí, pero eso no frenó la furia asesina que lo nubló todo. Acabaría con cualquier criatura que osara ponerle una mano encima. Desenvainé la daga que había cogido de sus manos apenas unos minutos atrás y comencé a levantarme. Con mi primera zancada, Elara emitió un alarido de dolor contenido. Eso hizo que frenara en seco.

—Ah, ah, ah. No tan rápido, querido. —La voz de Umbra acarició cada una de las sílabas de su advertencia como las manos de un amante.

Sus raíces se enredaron en mis pies. En otro momento deshacerme de ellas habría sido pan comido. Sin embargo, mi oscuridad se resistía a volver.

La figura que aguardaba a su otro lado rio con los brazos cruzados.

Apenas tuve tiempo de registrar quienes eran nuestros dos atacantes cuando mi mirada se percató de algo que brillaba contra la delicada piel del cuello de Elara. Un collar de clavos hechos de un material oscuro y brillante arañaban su garganta. Con cada pequeño movimiento las puntas afiladas rozaban su piel.

La visión de los pequeños hilos de sangre recorriendo su cuello me hizo rugir. Iba a matarlos a todos.

Elara me miraba con ojos suplicantes. Pero no eran por su vida por lo que suplicaban. Los ojos de Elara se movían frenéticamente entre donde yo me encontraba y donde Nox continuaba sangrando. A pesar de que no podía usar nuestra conexión mental, sabía lo que ella estaba intentando comunicarme: «Sácalos de aquí y márchate».

Umbra se agachó junto a Elara y le propinó una patada descomunal en el estómago que hizo que se doblara de dolor. Al hacerlo, sus heridas sangraron todavía más.

—¿Te gusta mi regalo? Las puntas están impregnadas con sangre de Puka. No dejarán que sus heridas se curen —suspiró Umbra con aire infantil—. Absalon, querido, al final tú tenías razón y ellos mismos han acudido a nuestra puerta.

El tiempo quedó suspendido en ese nombre. Los quejidos de Elara se volvieron violentos. Sus ojos me suplicaron de nuevo: «Ponlos a salvo, vete de aquí».

Absalon, enfundado en la piel de Tej, sonrió encantado. Me sentí como un idiota ingenuo al no haber sabido verlo antes. Por supuesto que era él. El consejero de Umbra jamás abandonaba su lado. Siempre había pensado que era un Alto Fae de poder insignificante y mentalidad antigua. Jamás había terminado de entender dónde residía su poder para la Guardiana.

Ahora estaba más que claro.

Absalon sonrió con una sonrisa llena de dientes torcidos.

—¿Sorprendida? —ronroneó acariciando la mejilla de Elara.

Ella se revolvió y le escupió en la cara.

—Asqueada.

Absalon se limpió con el dorso de la manga.

—Tienes agallas. No me sorprende. A fin de cuentas tienes mi sangre.

—No por mucho más tiempo —puntualizó Umbra, encantada.

Umbra volvió a soltar una serie de golpes demasiado fuertes sobre el cuerpo de Elara. Ella los recibió en silencio, mientras yo gritaba por los dos. A mis espaldas, Nox gemía de dolor mientras Levi lloraba en silencio repitiendo palabras de calma.

Necesitábamos salir de allí.

—No vuelvas a ponerle la mano encima —dije con una calma que no me pertenecía.

—No creo que estés en posición de exigir nada, querido. ¿Cómo están tus poderes? ¿Todavía dormidos? He de confesar que el mensaje de Aiden me pilló por sorpresa. No se lo tengas en cuenta. El pobre pensaba que nos estaba traicionando a ambos.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —respondí.

Tenía que conseguir que continuara hablando. Necesitaba distraerla para buscar una manera de sacarlos de allí con vida. Absalon levantó una mano para hacer callar a Umbra antes de que ella contestara. El semidios con cuerpo de Fae me observaba como si supiera exactamente lo que pretendía.

—Días antes de vuestra llegada a la Corte de las Llamas, le hice una visita a Aiden con la esperanza de que él, como Umbra y tu padre en el pasado, recibiera mi oferta con los brazos abiertos. Un Guardián sabio sabe lo que le conviene, si pretende ser capaz de proteger a los suyos.

Mis poderes seguían sin apenas reaccionar. Necesitaba ganar tiempo.

—Déjame adivinar, te rechazó.

La mandíbula de Absalon se tensó. Avanzó hasta Elara, que seguía tirada en el suelo, y le colocó una bota sobre la cabeza. Al ver como yo apretaba los puños su sonrisa creció.

—Aiden es un necio. Consideró que mi oferta era imposible. Como si yo no albergara el poder capaz de convertirle en un dios. —

Absalon negó con desdén—. Imagina nuestra sorpresa cuando hace dos noches fue él quien se puso en contacto con nosotros ya que había decidido cambiar de opinión. No solo eso, también había encontrado la manera de servirnos a Elara en bandeja de plata. ¡Siento lástima por vosotros! Acudisteis a él en busca de ayuda y os traicionó a la primera de cambio con tal de ser un dios. Aunque para ser justos, lo cierto es que el viejo Guardián tenía la intención de traicionarnos a nosotros también.

Umbra ahogó una risa cruel mientras Absalon chasqueaba la lengua.

—Al parecer, Aiden sabía que su sobrina no podría estarse quieta —continuó Absalon—. Su sentido del honor sorprendentemente es mayor que la lealtad hacia su corte. Nuada lleva varios meses tratando de convencer a Aiden de que os escuche. El Guardián de las Llamas supo que, en cuanto él os negara lo que habías solicitado, ella se encargaría de dároslo a sus espaldas y así nos lo comunicó. El muy ingenuo creyó que o bien morirías al beber el elixir de la muerte o bien os mataríamos nosotros una vez que cruzarais la frontera de vuelta.

Maldije internamente. Había subestimado a Aiden y lo que estaba dispuesto a hacer.

—Por supuesto, también supuso que utilizaría la sangre de mi descendiente en cuanto la atrapara. Como si no fuera conocedor de los rituales que yo mismo creé.

Mi magia retumbó contra mis costillas. Todavía estaba demasiado lejos.

—Aiden pensó que nos había engañado. —La risa de Umbra resonó contra el bosque—. No aceptó hace quinientos años cuando Desmond y yo le ofrecimos la oportunidad de servir a Absalon y convertirnos en dioses. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—¿Mi padre estaba metido en todo esto?

—¿Metido? —La Guardiana continuó riéndose—. Callum, tu padre fue el artífice de todo. Bajo las sabias direcciones de Absalon, por supuesto. Tu padre dedicó su vida entera a asegurar la vuelta del único dios que nunca nos abandonó. Soñaba con un mundo en el que todos los dignos de este honor nos convertiríamos en dioses. Hubo un tiempo en el que eso te incluía a ti también.

Elara se revolvió en el suelo.

—Mi sangre solo os matará —alcanzó a decir—. Hunt lo dejó claro.

Observé, impotente, como Absalon levantaba a Elara del suelo agarrada por la trenza. Llamé a mi poder, le supliqué. Pero no quedaba nada. Tan solo una brizna plateada y desconocida que se resistía a obedecerme.

Absalon se situó detrás de Elara.

—Mentiras de un dios solitario que no quiere que yo vuelva al poder. Solo yo conozco la verdad de mis habilidades. Sí, mi sangre mata. Pero solo si se toma a la ligera. Si se toma en el momento preciso, bajo el ritual adecuado, mi sangre crea dioses. Es capaz de hazañas que el vejestorio de mi tío tan solo puede soñar.

En ese momento, una daga se materializó en su mano. Antes de que pudiera reaccionar, Absalon clavó el filo en la muñeca de Elara y chupó hasta la última gota de sangre que salió de la herida. Ella gritaba y tiraba de su brazo. Yo mismo me retorcí contra las raíces en vano.

—Esta sangre me mantendrá fuerte hasta que llegue el momento de recuperar lo que es mío —dijo—. El momento en el que cree mi ejército de dioses y retorne a Lyssandria como su legítimo dios.

—¡Es mentira! —jadeó Elara.

—No pretendas entender la mente de un dios, criatura. Si vuelves a desafiarme, los mataré a todos.

Eso hizo que Elara frenara en seco su resistencia.

Absalon volvió a centrar toda su atención en mí.

—Si quieres que ella y tus subordinados sigan con vida, esto es lo que va a pasar, Guardián de las Sombras. —Una raíz agarró la daga de su mano y la trajo frente a mí—. Vas a chupar hasta la última gota de sangre del filo. Si lo haces, nos marcharemos sin matar a tus acompañantes y no mataré a Elara aquí mismo.

—¡Callum, no! —chilló ella desde el suelo—. No me matará, me necesita. Coge a Nox y Levi, y sal de aquí.

Absalon apretó el collar de clavos hasta que las palabras de Elara quedaron ahogadas.

—¡Silencio! Haz lo que te digo o la mato aquí mismo. Tus amigos van después —rugió Absalon—. Solo necesito su sangre. Con desollarla es suficiente.

Elara lloraba. Sus lágrimas se mezclaban con los jadeos ahogados que escapaban de su garganta. Ambos sabíamos lo que la petición de Absalon significaba. Lo que aquel momento representaba. Y yo no estaba dispuesto a correr el riesgo de no creer sus palabras.

—¿Qué va a ser, Guardián? —presionó el semidios.

No lo pensé. Agarré la daga con una mano firme.

Elara chilló mientras Absalon continuaba estrangulándola.

—Te encontraré —le prometí.

Mi lengua rozó la hoja del arma. Tragué despacio.

Todo se volvió borroso.

Umbra y Absalon desaparecieron con Elara en una voluta de rocío y montañas mientras ella gritaba mi nombre. Por segunda vez en cien años, Elara desapareció delante de mis ojos sin que yo no pudiera hacer nada.

Mi cuerpo se tambaleó, débil y febril. Oí los gritos de Levi al mismo tiempo que mi cabeza rebotaba contra la tierra.

—Tiniebla —gemí al impactar contra el suelo con su sangre pintando mi boca.

Sabía a Verdeluna y lluvia.

Levi y Nox gritaron mi nombre en los restos del bosque en llamas. Después, la oscuridad estalló a mi alrededor. Una oscuridad desprovista de estrellas y repleta de heridas. Tan profunda y ávida de venganza que no parecía real. Arrasó con todo y a mí me dio igual.

El bosque se consumía sobre mi cabeza, pero en mi mente solo existía una realidad.

*Se la han llevado.*

*Se la han llevado.*

*Se la han llevado.*

La muerte me pisaba los talones, a estas alturas éramos viejos amigos. Las palabras de Hunt reverberaron en algún lugar perdido de mi mente: nadie sobrevive a la sangre de un dios, excepto un *Changeling.*

*Mía.*

*Mía.*

*Mía.*

Se habían llevado lo que me había jurado proteger hasta las últimas consecuencias. Sentí que mi respiración se tornaba irregular, pesada. La certeza de la muerte no me importó.

Puede que mi destino fuera morir.

Pero estaba dispuesto a morir matando.

# TERCERA PARTE

## Memorias de sombra

# CAPÍTULO XXXVII

## Elara

## [...]

La cuchilla encontró mi carne en un delirio de ardor y dientes apretados. La hoja se hundió en mis costillas. El dolor volvió a encontrarme y todo explotó.

Solo había dolor, dolor, dolor.

Me resistí a llamar su nombre por miedo a que ellos descifraran su significado en mis labios. Por miedo a que confirmaran mis peores pesadillas. Pero mi mente lo llamaba sin permiso. Una plegaría inútil lanzada al vacío.

Había perdido la noción del tiempo. ¿Cuántas horas llevaba allí? ¿O eran días?

En mi cabeza solo había agonía. Solo existía el recuerdo de unos ojos negros, de una lengua manchada por mi sangre y de una risa perversa.

Otro grito agónico traicionó mis labios y rebotó contra las paredes mugrientas de la prisión. Una cueva subterránea hecha de raíces plateadas y diamantes se hizo eco de mis quejidos. Las venas de los árboles se extendían como un sistema vivo y pulsante. Se retorcían creando huecos inertes donde cometer atrocidades. Por encima, la Corte del Bosque miraba hacia otro lado, fingiéndose ignorante.

Jadeé, tragando lágrimas. El movimiento hizo que mi cabeza se precipitara hacia delante. Las puntas oxidadas de los tornillos envenenados se clavaron con saña en mi cuello. Reprimí otro quejido. No quería darles esa satisfacción. Al menos no de nuevo.

Pero, ¡espíritus!, dolía muchísimo.

Podía notar la sangre resbalando por mi pecho y espalda. Las heridas no se cerraban. El veneno trajo consigo un sabor amargo y metálico que no abandonaba mi boca. Ni siquiera tenía fuerzas para escupir.

Estaba vacía.

Vacía de fuerza.

Vacía de magia.

Vacía de *él.*

No conseguía encontrarlo en ningún rincón de mi mente.

Hacía tiempo que había dejado de sentir los brazos. Colgaban inertes por encima de mi cabeza, sosteniendo todo el peso de mi cuerpo. Una raíz espinada se arremolinaba alrededor de mis muñecas y me mantenía atada al techo. Luché, en vano y por enésima vez, por encontrar el suelo con los pies. Por aliviar algo de la horrible presión.

Había perdido la cuenta del número de veces que lo había intentado. También del número de veces que había fracasado. Por las risas difusas que oí a través del dolor, debían de ser muchas. Pero, entonces, la cuchilla fue sustituida por el látigo. No era la primera vez que el cuero encontraba mi piel. Sospechaba que no sería la última.

Una ráfaga de latigazos asoló mi espalda. El suplicio era tal que no fui capaz de retener las lágrimas que caían, silenciosas, mezclándose con la sangre que me habían robado. A mis pies, dos bajos Fae con

el rostro cubierto, almacenaban hasta la última gota que resbalaba por mi cuerpo.

El olor metálico era como un puñetazo en la boca. Con cada recipiente vacío que ponían frente a mí la rabia se hacía más fuerte.

En algún momento perdí el conocimiento.

Aquello tampoco era la primera vez que ocurría.

Desperté, sobresaltada, cuando un cubo de agua fría me caló hasta los huesos.

—Bienvenida de vuelta, criatura. ¿Debería llamarte nieta? ¿Tal vez incluso hija? La verdad es que las líneas familiares se vuelven borrosas con el tiempo. Como el aguante, por lo que veo. Había esperado más resistencia por parte de mi descendiente.

La figura de Absalon usurpando el cuerpo de Tej me sonrió entre las sombras. Su cuerpo enjuto estaba iluminado por una única vela solitaria que titilaba en la prisión. A su espalda, dos Fae observaban en silencio. La sonrisa torcida de la mujer hizo que me hirviera la sangre. El color dorado y ocre de los ojos del hombre asestó un golpe mortal a lo poco que quedaba de mi resistencia.

El poder y la oscuridad me habían abandonado. Había intentado, en vano, alcanzar con la mente el hilo de la Verdeluna que me unía a Callum, pero la hebra estaba apagada. No había nadie al otro lado.

La imagen de sus labios lamiendo mi sangre se repetía en mi mente sin descanso. Mi sangre era veneno. Hunt lo había dejado claro: nadie podría sobrevivir a ella.

Una voz en mi cabeza me gritaba que Callum ya estaba muerto.

La llama de mi corazón se resistía a aceptarlo.

El pozo negro de rabia que aguijonaba mi estómago exigía venganza.

—Veamos si la pequeña Hadaës ha aprendido la lección. Puede que Callum se hubiera desecho de la correa que deberías llevar

puesta, pero por suerte para nosotros el Guardián ya no es un problema. Lidiaremos con su sucesora cuando llegue el momento. Aunque todos sabemos que Lía no representa ninguna amenaza.

Me revolví contra las cadenas.

—No te atrevas a mencionarlos —gruñí a través del nudo que aprisionaba mi boca.

La mano de Umbra cruzó el espacio que la separaba de mi mejilla en un movimiento fluido. La fuerza de su bofetada consiguió hacerme callar. Aunque solo fuera por unos instantes. El hecho de que se hubiera atrevido a golpearme con una sonrisa dolía más que el corte que sus anillos habían pintado en mi mejilla.

—Aprenderás a respetar a tus superiores, aunque sea lo último que haga, Hadaës. Tu vida a partir de ahora será muy diferente. De ti depende la cantidad de dolor que haya en ella. Estás ante la presencia de dioses, compórtate como tal.

Umbra se limpió la mano con la que me había golpeado con un pañuelo impoluto que procuró de su escote. A su lado, Absalon observaba, encantado. Unos pasos más atrás, Finnian se mantenía callado con una mirada indescifrable. En la penumbra vi cómo se le tensaba la mandíbula. Sus ojos color ocre siguieron el recorrido del reguero de sangre de los cortes en mi rostro.

Lo reté a apartar la mirada. Él había escogido su bando, ahora debía ser testigo de las consecuencias.

*—¿Qué pensaría Orla?* —quería gritarle.

Sin embargo, mi rabia no me sacaría de allí. Nadie vendría a buscarme. Yo era la única persona capaz de salir de aquella ratonera. Pero ¿a qué coste? En realidad, solo necesitaba conseguir librarme de aquel collar infernal y matar a Absalon. Lo que pasara después, me traía sin cuidado.

Cuando hablé, lo hice sin dejar de mirar a Finnian.

—Si fui capaz de amenazar al dios de la Muerte, vuestro caso no será diferente. Absalon no es más que un parásito y vosotros nunca seréis dioses.

El bonito rostro de Umbra se retorció en una mueca de odio. Su poder sacudió las paredes de la prisión al tiempo que comenzaba a andar en mi dirección. Solo la mano de Absalon en su hombro frenó su ataque.

Quise gritarle que le dejara venir. Una parte retorcida de mi cabeza necesitaba los golpes para seguir alimentando la rabia.

—Dejadnos a solas. Todavía quedan muchos preparativos pendientes y necesitamos que todo esté en orden. Quiero el claro del Remolino despejado a tiempo. Ni una sola rama debe tapar la Verdeluna antes del eclipse —ordenó Absalon—. Encargaos de distribuir la sangre entre los primeros candidatos. Reservad el resto para las tropas de élite. Por el momento, yo mismo me ocuparé de que la joven y temeraria Elara entre en razón.

Absalon agitó una mano sin contemplaciones. El gestó provocó que el aire de la celda temblara y se estrechara. Tras un zumbido metálico un portal de pesadillas se abrió al otro lado de los barrotes de maleza.

Una marabunta de criaturas oscuras que conocía muy bien aullaba y graznaba en las inmediaciones de un claro rodeado de árboles a medio talar. Cientos de Fae trabajaban sin descanso moviendo troncos de aquí para allá.

—Mis criaturas te extrañan, Elara. Se han quedado con ganas de probarte —ronroneó Absalon—. Adoran la caza. Tal vez dejaré que vuelvan a divertirse contigo cuando todo esto termine. Aunque he de confesar que no disfruto compartiendo.

Umbra inclinó la cabeza con sumisión antes de entrar en el portal. El gesto fue tan repugnante como el olor estancado y húmedo que

lo impregnaba todo.

Finnian dudó. Fue solo medio segundo, pero no me pasó desapercibido. Antes de girarse para seguir a Umbra, sus ojos recorrieron mi cuerpo tomando nota de todas mis heridas.

Decidí volver a tirar una flecha a la desesperada.

¿Qué importaban las consecuencias?

—Te está mintiendo. Solo él puede volver a ser un dios. Mi sangre os matará a todos. Da igual lo que él haya prometido. Solo un *Changeling* puede sobrevivir a la esencia de un dios. Cualquier otra persona que la tome acabara muriendo.

Umbra ni siquiera pausó su avance hacia la salida. El roce de sus faldas contra los escalones fue lo único que oí como respuesta antes de que desapareciera por el portal. Eso y el movimiento lejano de un río a todo correr.

—Es su magia la que está matando a Orla. Tienes que saberlo, Finnian. Solo su muerte puede salvar a tu hermana —grité a la desesperada—. La profecía es clara: solo yo puedo matarlo. Todavía no es demasiado tarde. Por favor.

Finnian tampoco se giró para mirarme. Ni siquiera me respondió. Desapareció al mismo tiempo que se cerraba el portal. A esas alturas me sorprendió lo mucho que todavía me dolía su traición.

—Mi querido tío Hunt lleva demasiado tiempo encerrado en su limbo de humo y montañas. No deberías creer todo lo que dice, Elara. Los dioses mienten más que hablan. Son unos cobardes. Huyen o se esconden. Solo yo tuve la valentía de quedarme.

Me reí, incrédula, dejando escapar mi exasperación por la nariz.

—¿Debería creerte a ti, entonces?

Absalon se acercó con pasos perezosos, como una serpiente acechando a su presa. Su risa tosca se unió al aire enrarecido de la

prisión. Batió otra mano arrugada de uñas largas hasta que los dos Fae abandonaron la celda con pasos silenciosos.

—Entre tú y yo, estoy jodidamente cansado de esta existencia —me dijo en tono de conspiración—. Estos cuerpos apenas me sostienen. Aunque he de reconocer que tu sangre ha sido una dosis necesaria de energía. Pero estoy preparado para recuperar mi poder. Puede que, con un cuerpo nuevo y diferente... Pero ¿qué importa? Eso es lo que me distingue del resto. Tengo la capacidad de trascender, incluso a la muerte.

Mientras hablaba, el semidios se movía en círculos a mi alrededor. Por momentos su voz sonaba como susurros a mi espalda. Rebotaba contra las paredes creando ecos imposibles.

—Este mundo está muriendo. Todos los mundos necesitan un dios al mando. En el momento en el que mi madre y mis tíos lo abandonaron todo se vino abajo. Es mi destino gobernar Lyssandria y ellos intentaron negármelo, pero el destino es inevitable. Mi existencia no fue cosa del azar. Soy el primer dios nacido en carne y sangre. Estoy destinado a gobernar sobre criaturas inferiores. Podría ser tu destino también, Elara. Todo rey necesita una reina, a fin de cuentas.

Esperé hasta que su vuelta lo trajera de vuelta frente a mí para hablar.

—Me das asco. Tú eres quien destroza el mundo. Quien parasita su magia.

—¡LO HICE MEJOR! —Su grito se perdió en la oscuridad. Su cuerpo apareció apenas a unos centímetros del mío—. Los Altos Fae y los Guardianes gobernaban desde sus torres de marfil sobre todos. Sin contemplaciones, sin remordimientos. Los mestizos y Bajos Fae eran solo sus sirvientes. Nunca sus iguales. Los humanos, los hijos más débiles de mi padre, fueron lo único que me dieron como corte,

como si yo no mereciera más que migajas. Ellos y los renegados de las otras cinco. ¿Acaso me pueden culpar por intentar hacerlos más fuertes? El único motivo de que intentaran pararme es porque me tenían miedo. Sabían que yo era un dios real y que la sexta corte tenía el derecho legítimo de reinar sobre todos. Los Fae se aferran a un poder que no es suyo.

Le escupí en la cara.

Estaba segura de que la sonrisa que siguió a aquel impulso era una repleta de odio y mugre, pero no me importó. Si hubiera tenido fuerzas suficientes, le habría arrancado el egocentrismo de un mordisco.

Absalon no se limpió la cara. Se limitó a cogerme el pelo con fuerza y tirar de mi cabeza hacia atrás. El gesto provocó que los tornillos del collar volvieran a abrir nuevas heridas. El ángulo no me dejaba gritar, apenas podía respirar.

Cuando la lengua de Absalon comenzó a lamer los regueros de sangre, me zarandeé, desesperada por sacármelo de encima y apartar aquella sensación viscosa de mi piel. Mi resistencia solo consiguió incitarlo más. Con su mano libre me apretó el cuello a la vez que su boca encontraba mi oído.

—Te voy a contar un pequeño secreto, Elara. Técnicamente solo necesito mantenerte con vida hasta el eclipse de la Verdeluna que tendrá lugar en unos días. El ritual es muy específico. Me costó mucho tiempo crearlo. No basta con recolectar tu sangre y beberla. Tiene que ser directamente de tu vena. Una vez hecho, habré recuperado mi cuerpo y mis poderes. Después, no tengo intención alguna de matarte. Pienso utilizarte hasta las últimas consecuencias. Repetiré el ritual todas las lunas de eclipse para asegurarme de que perdura. Te espera algo peor que la muerte. Si no aprendes a respetarme, pasarás el resto de tus días en esta prisión sirviéndome

de alimento. He aprendido de mis errores. Esta vez no me pillarán desprevenido. Contigo bajo mi control tengo sangre de sobra para mantenerme protegido, además de la posibilidad de crear nuevos descendientes que posean nuestra esencia por parte de ambos progenitores. No existen límites para lo que puedo crear contigo bajo mi mando.

Su lengua se retorció alrededor de uno de los clavos como si estuviera lamiendo una golosina.

—¿Qué va a ser entonces, criatura? ¿Vas a aprender a comportarte? ¿O vas a continuar desafiándome? Una de esas opciones conlleva dolor. *Mucho dolor*. Te necesito viva, no coherente.

En mi cabeza volví a tirar desesperada de la hebra de medianoche y volutas oscuras. Solo obtuve silencio. Un silencio frío y atronador que sonaba a venganza.

«Lo mataré», me juré a mí misma.

Aproveché la nula distancia entre nosotros para hacer chocar con todas mis fuerzas mi frente contra la suya. Absalon gruñó. Aunque el quejido parecía más una risa endemoniada. Apretó su agarré contra mi pelo y tiró de los pocos girones de ropa que todavía me cubrían. Sus ojos se habían vuelto dos pozos negros llenos de satisfacción. Sus uñas se clavaron en mi costado y su boca encontró el punto en el que mi corazón latía desbocado contra mis costillas.

—Veo que has escogido —respondió con los labios repugnantes pegados a mi piel—. Bien, esperaba que te decantaras por esa opción. Aquí, entre nosotros, es mi favorita.

Acto seguido sus dientes se clavaron en mi carne y succionó. Después solo hubo dolor. Entre aquella agonía infinita, la oscuridad volvió a encontrarme. Mientras dejaba que mi cuerpo se perdiera en aquella nada reconfortante, me obligué a mandar todo lo que percibía a mi alrededor a través de la hebra dormida.

Le di todo lo que mi visión nublada podía contemplar:
*Una prisión bajo tierra hecha de raíces y piedras preciosas.*
*Un olor húmedo.*
*Un río huyendo de los horrores de mi celda.*
*El Remolino en una noche despejada.*
*Un claro reciente en mitad de un bosque asesinado.*
*Cientos de portales abriendo pesadillas en el cielo.*

# CAPÍTULO XXXVIII

## Callum

## Solo había dolor. Dolor y su sangre en la boca de un dios.

La nada era blanca y en ella solo había agonía.

Agonía blanca e infinita.

Dolía tanto que mis respiraciones no lograban llenar mi pecho. Tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. Los músculos rígidos de tanto retorcerme.

—Levi, sujétale los brazos —suplicó una voz jadeante.

—Lo intento —jadeó otra voz—. Este poder no es normal, es demasiado fuerte.

Varias figuras se movían sobre mí. Percibí pasos apresurados y respiraciones angustiadas. El tiempo se me escapaba entre los dedos. El espacio entre mi alma y la suya se convirtió en un abismo. La habilidad de gritar me había abandonado, perdida en un mar blanco del que era incapaz de salir.

Intenté hablar. Intenté decirles que tenía que llegar hasta ella.

Nadie me escuchó.

—Han pasado diez horas. Lleva así demasiado tiempo. No sé qué más hacer, Levi. No sé qué más hacer —susurró Lía—. No encuentro

información de ningún tipo sobre esto. Tenemos que hacer algo. ¿Cuánto tiempo más va a estar sufriendo?

Tanto su voz como sus manos temblaron al contemplarme, perdidas. Dos manos fuertes me aprisionaron contra el suelo duro. Al otro lado, el dolor se volvió insoportable. Las fuerzas volvieron a mi ser y dejé que un rugido de sombra y noche saliera liberado de mi garganta.

Los mataría a todos.

Mi cuello estaba en llamas, mi espalda ardía y podía sentir los jirones de piel descomponiéndose. Alguien clavó una cuchilla larga y afilada en mis costillas.

No, no eran mis costillas.

Eran las *suyas.*

Aun así, el dolor era real.

Era mío.

Nuestro.

Lo absorbí, dispuesto a quedarme con su sufrimiento si eso hacía que doliera menos para Elara. Imágenes desordenadas y difusas inundaron mi mente.

*Una prisión bajo tierra.*

*Un olor húmedo.*

*Un río huyendo de los horrores de una celda.*

*El Remolino en una noche despejada.*

*Un claro reciente en mitad de un bosque asesino.*

*Portales, portales repletos de monstruos.*

Nuestra conexión también me lanzaba unas ondas serenas y resignadas. Unas ondas solitarias que habían aceptado su destino, pero que estaban bañadas por la tristeza más profunda. No por ella, comprendí, sino por mí.

Elara pensaba que yo estaba muerto.

*—Estoy aquí, Tiniebla. Estoy contigo. Te voy a encontrar. Lo prometo.*

Lancé las palabras al vacío, pero nadie me respondió.

Una nueva ráfaga de dolor volvió a envolverme. En esta ocasión teñido de visiones de pesadilla. Lo acepté todo mientras luchaba por abrir los ojos, por hacerme oír.

—Lía, es la sangre de Elara. Lo está matando. —Había un luto resignado en las palabras de mi amigo.

Las manos de mi hermana recorrieron mi cuerpo de manera frenética en busca de una herida que no existía. Traté de decirle que no me moriría. No hasta que la trajera de vuelta.

El dolor que sentía era el de Elara, no el mío. Igual que sabía que la rabia y la sed de venganza nos pertenecían a ambos.

Mi poder rugía en mi pecho, más fuerte que nunca. Conseguí abrir los ojos después de varios intentos. Lía y Levi continuaban discutiendo entre susurros desesperados, tan angustiados que no se percataron del cambio.

—Los mataré a todos. —Fueron las primeras palabras que abandonaron mis labios resecos.

La discusión entre mi hermana y Levi quedó suspendida en el aire. Ambos me miraron con ojos como platos y las bocas abiertas. Sobre ellos, el techo de mi habitación reflejaba el brillo de la Verdeluna.

Con manos más estables de lo esperado, empujé mi cuerpo hacia delante y ellos se hicieron a un lado. Ignoré sus miradas atónitas. La cabeza me iba a mil por hora. Comencé a andar, despojándome de la ropa hecha girones. Mientras me vestía, repasaba mentalmente todas las posibles localizaciones dentro de la Corte del Bosque que encajaban con las pistas que Elara había conseguido adquirir.

—¿Callum? —Mi hermana se me acercó con cuidado, mientras yo sacaba armas de un cajón y las ataba a mi cuerpo.

Mis movimientos eran rápidos, tal vez demasiado. Sentía mis terminaciones nerviosas a punto de explotar. El poder se acumulaba en mi pecho como un río desbordando. ¿Era así como Elara sentía su poder?

Varios lugares encajaban con la descripción. Pero en mi cabeza una imagen se repetía de manera constante, la de un pequeño edificio militar cerca del límite de la frontera con la Corte de las Tormentas. Un edificio creado a partir de minerales y raíces. Umbra había alardeado de su seguridad en más de una ocasión en nuestras reuniones. Algo en mi interior tiraba en esa dirección.

No tenía demasiado tiempo. El dolor de Elara seguía llenando mi cuerpo. No habría oportunidad de analizar el lugar o de preparar un plan de ataque. Tenía que ser algo rápido. Algo que hiciera que la trajera de vuelta.

—¿Nox? —pregunté, una vez que estuve satisfecho con el número de armas que llevaba.

Levi y Lía intercambiaron una mirada confusa.

—Se recuperará —dijo Levi mientras me contemplaba como si fuera a desintegrarme en cualquier instante—. Tu madre está ahora con él. Solo necesita un par de horas para que su cuerpo procese el veneno de la lanza. Después estará bien.

Asentí aliviado.

—Estaré de vuelta lo antes posible.

Otra punzada de dolor aguijoneó mi costado. La oscuridad volvió a mí. Sentí mi cuerpo brillar y arder con el poder de las sombras. Jamás había sentido algo igual. El poder era infinito. Era demasiado.

Levi me agarró del brazo antes de que comenzara mi Salto Irisado hacia la destrucción.

—Callum, para un poco —dijo Lía—. ¿De qué narices estás hablando? —exigió saber mi hermana, que me miraba como si

hubiese visto un fantasma.

Me invadió una punzada de culpabilidad. Durante nuestros años juntos, Lía me había visto en mis peores momentos, pero jamás me había mirado con ese miedo. No hacia mí, eso nunca. *Miedo por mí.*

—¿Y cómo espíritus estás vivo? —añadió Levi, interponiendo su cuerpo entre el mío y la salida cuando intenté rodearlo.

Ellos no lo entendían. No podían sentir lo que le estaban haciendo.

Tenía que pararlo.

Ignoré la segunda pregunta porque lo cierto era que, aunque tenía varias conjeturas, no tenía tiempo para pensar en ellas. Tal vez sí que me estuviera muriendo, y aquellas solo fueran mis últimas horas antes de caer en la locura. Nadie había mencionado cuando tiempo tardaban en sucumbir aquellos que bebían la sangre de los dioses.

Tampoco me importaba. Siempre y cuando fuera tiempo suficiente para llegar hasta Elara.

Ni Levi ni Lía dieron su brazo a torcer.

Las palabras que abandonaron mis labios fueron afiladas. Una promesa sin necesidad de sangre hacia la Verdeluna. Estaba perdiendo el control. Todo mi cuerpo ardía con el frío de las sombras y el calor de las estrellas que lo cubrían. Podía notar como las esquinas de mis ojos ennegrecían de igual manera que lo hacían en el rostro de Elara cuando accedía a la totalidad de su poder.

—La están torturando. No paran de torturarla. Necesito traerla a casa. Tiene que volver a casa —jadeé.

—¿Puedes hablar con ella? —preguntó Levi, esta vez con los ojos más claros.

Me pasé las manos por el pelo sucio tratando de centrarme. El dolor era inmenso. Con cada nota amarga mi poder rugía más y más descontrolado.

—No. Pero puedo sentirlo —conseguí decir—. Me está mandando imágenes y cosas que percibe. No sé si de manera consciente o inconsciente. Aun así, creo saber dónde está.

La seriedad de Levi era una mueca extraña en su rostro jovial. Sin embargo, cuando posó sus manos, aún manchadas de sangre, sobre mis hombros vi reflejado en sus ojos aquella llama de determinación azul y antigua que revelaba su condición. Mi amigo y Dracano era fiel de una manera que yo no merecía.

—Puede que sea una trampa. Si han utilizado el mismo veneno que con Nox, y algo me dice que sí, Elara no debería poder acceder a sus poderes. Dudo mucho que le hayan quitado ese collar. Tenemos que pensar con cuidado cómo actuar. Te hicieron beber con un objetivo claro: te querían muerto. Y la realidad es, Callum, que deberías estarlo.

Levi habló con cuidado. Pude ver como sus ojos se percataban de todos y cada uno de mis movimientos. Como quien observa una bomba a punto de explotar.

—Aún respiro, ¿no?

—Callum, no sabemos cuánto tiempo puede tardar en hacer efecto la sangre de un dios, pero si lo que Hunt dijo es cierto... —dijo Lía.

Me zafé del agarre de Levi e ignoré las palabras de mi hermana.

Era un Fae poseído, desesperado por llegar a ella antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que tomara la decisión que sabía que nublaba su mente desde nuestra conversación con el dios de la Muerte.

—Me importa una mierda lo que dijo Hunt. Puedo sentir cada corte, cada latigazo, cada vez que ese jodido monstruo le clava los dientes en la piel. La están desangrando como a un maldito animal.

Siento cada puñetera lágrima y cada gota de sangre derramada. Necesito. Sacarla. De. Ahí.

Mi hermana tragó saliva angustiada.

Vi reflejado en sus ojos mi dolor. Nuestra angustia. Pero Lía era más fuerte que todo aquello. Más inteligente. Tras un suspiro profundo, la seguridad volvió a su rostro. Yo solo podía pensar en que los minutos pasaban y la sangre de Elara seguía cayendo.

—Necesitamos un plan —insistió Lía.

Me mordí el interior de los carrillos y apreté los puños hasta que el dolor me trajo de vuelta. Podía notar como los ojos se me llenaban de lágrimas, pero no tenía tiempo para derramarlas. No hasta que ella estuviera a salvo.

—No lo entendéis —dije derrotado—. Se va a rendir. Piensa que ha fallado. Que yo estoy muerto. Hunt consiguió meterse en su cabeza con la maldita profecía, no tengo tiempo para planes. Debo sacarla de allí antes de que cometa una locura irreversible.

Verbalizar mi peor miedo se llevó consigo toda mi energía.

Me sentía vacío sin ella.

—¿De qué estás hablando? —susurró Lía.

Con la mirada perdida en la Verdeluna y el calvario de Elara cortando mi alma, les conté todo lo que Hunt nos había dicho. No paré de hablar hasta haber terminado. Pero, cuando llegó el momento de compartir la profecía que anunciaba la muerte de Elara, mis palabras se volvieron huecas.

No pude frenar las lágrimas.

Las aparté de un manotazo.

—Tiene que haber otra manera de matarlo —suspiré derrotado—. Esto no puede acabar así. Ella no puede morir. No hemos tenido tiempo.

—Encontraremos otra manera —me prometió Levi.

A su lado, Lía asintió con firmeza.

—Hay que impedir que Absalon recupere sus poderes. Necesitamos más tiempo para investigar y encontrar una solución distinta.

—No pienso dejarla allí mientras investigamos.

—Y no se me ocurriría pedírtelo, hermano. Yo iré a avisar a Selene. Al final resulta que sus tropas sí que serán necesarias después de todo. Vosotros id a por Elara. No hay tiempo de planear nada más. Puede que tengas que entrar a ciegas, pero no tienes que ir solo. Tu poder, aunque no sabemos por cuanto tiempo, está operando a un nivel asombroso. Cuesta incluso estar a tu lado. —Lía caminaba de un lado para otro—. Ellos piensan que estás muerto, así que tenemos que aprovecharlo. El factor sorpresa está de nuestro lado. Tiene que ser algo rápido.

Con un plan en marcha, el color había vuelto a las mejillas de mi hermana.

—Yo voy contigo a por Elara. —Levi agarró un puñado de armas de mi alijo personal.

—Levi, voy a entrar a ciegas en la Corte del Bosque. Es demasiado peli...

—Como digas *peligroso* te pego un puñetazo. No puedes hacerlo solo. No *tienes* que hacerlo solo. Voy contigo. Todo Guardián necesita un Dracano, ¿recuerdas? —Me preguntó como si yo pudiera olvidarlo—. Tiene que ser algo rápido, necesitaremos una distracción. Yo me encargo de eso y tú la sacas de ahí. Pan comido. Entramos y salimos en cinco minutos.

—¿Y Nox?

—Nox va a estar bien. Por no hablar de que me cortará las pelotas si te dejo ir solo. Siendo justos también me las cortará cuando se

entere de lo que estamos a punto de hacer. Pero ambos sabemos que mi estilo se basa en pedir perdón, no permiso.

Asentí agradecido.

Lía tiró de las correas cuajadas de armas que cubrían mi cuerpo para que la mirara a los ojos.

—Sé que quieres matarlos, pero lo importante es que Elara vuelva a casa. Además, todos sabemos que ella misma querrá matarlos en cuanto se recupere. Sé un buen *lo que sea que seáis* y deja que tu chica tenga su momento de matanza. Tú céntrate en sacarla de allí con vida. Cuanto más rápido mejor.

Volví a asentir.

—No pienso volver sin ella.

Levi se aferró a mi hombro con manos estables y una mirada decidida.

—Nox va a matarnos —murmuró con una risa nerviosa.

—Os mataría igual si no fuerais a por ella —gritó mi hermana sin girarse mientras corría hacia los pasillos del castillo.

Agarré con fuerza el hilo de sombras que palpitaba en mi mente. Cuando inicié el Salto Irisado, no visualicé un lugar, solo a ella. Era la única tiniebla capaz de iluminar mis sombras. El hogar que me habían arrebatado.

Cuando el Salto tomó forma solo pensé en volver a casa y supe que mi magia me llevaría hasta ella.

—*Mía* —bramó mi alma.

—*Muerte* —exigieron mis sombras.

# CAPÍTULO XXXIX

## Callum

**El monstruo la encontró en el suelo frío de la prisión. Su corazón aleteó impulsado por su alivio.**

Me convertí en sombras y en todo aquello que había repudiado.

El Oscuro.

El monstruo que acechaba las pesadillas de toda Lyssandria.

Antes de que mi imagen se hubiera materializado por completo, dos cuerpos cayeron al suelo. Mis sombras los encontraron, se infiltraron en su mente y la destrozaron. No tuvieron tiempo de gritar. Ni siquiera fueron conscientes de lo que ocurría. Su sangre se derramó sobre la maleza, pero yo ya estaba lejos en busca de mi siguiente víctima.

Mi poder latía de una manera implacable. Si de normal era un pozo inagotable, se había transformado en un río eterno con aroma a su sangre.

La Corte del Bosque tembló a mi llegada. Cuando mis pies rozaron su tierra, fui consciente de que la cuenta atrás había comenzado. Umbra se habría percatado de mi presencia y no tardaría en llegar.

A mi derecha, Levi se perdió entre las sombras. Solo un grito ahogado a los pocos segundos y el resplandor de unas llamas

azuladas indicaron sus movimientos.

Salté de sombra en sombra. Recorriendo el campamento improvisado y acabando con la vida de todo aquel que se cruzaba en mi camino. No me paraba a ver sus caras, no me importaban. Solo pensaba en llegar hasta ella.

Una a una encontré las mentes de todos los soldados. Y una a una terminé con ellas. El calor de un fuego lejano y un coro de gritos me confirmó que Levi había puesto en marcha su distracción.

Cuatro minutos, ni uno más.

Mis sombras deshicieron la estructura de diamante que protegía la entrada a las celdas. La disolvieron en cuestión de segundos, como si en lugar de piedras preciosas estuvieran hechas de humo. Mi mente hizo añicos a los seis guardias que la protegían.

Los sonidos de alarma al grito de *fuego* movieron al resto de Altos y Bajos Fae hacia la parcela del bosque que Levi había sumido en llamas, transformado ya en Dracano.

El hilo de noche seguía tirando de mi pecho como un animal enloquecido guiando mis pasos a través del laberinto de raíces y rocas que conformaba la prisión. No me molesté en bajar los escalones. Sabía que ella se encontraba al otro lado y nada ni nadie me pararía hasta ponerla a salvo. Salté hacia la negrura de la prisión y me materialicé en la base de las escaleras.

Tentáculos de mi oscuridad lo cubrieron todo. Acabé con todas las vidas que encontré, por pequeñas que fueran, hasta que mis poderes impactaron con la presencia de la Verdeluna. Giré todo el cuerpo en su dirección dejando que la oscuridad tomara posesión de mi ser.

Eran pocas las veces en las que dejaba que todo mi poder se mostrara tan abiertamente, pues, por lo general, solía incomodar a

la gente. Pero en aquellos momentos me importaba muy poco lo que pensara nadie.

Quería dar miedo.

Quería asegurarme de que los dos cretinos que rodeaban a Elara apuntando sus ridículas espadas hacia su nuca recordarían mi imagen más allá de la muerte. Porque iban a morir.

—Nii, nnni, ni un paso más —tartamudeó uno de ellos.

El otro temblaba de pies a cabeza.

Mis tentáculos recorrieron el suelo sucio como víboras a la caza de su presa. Toda la celda rezumaba el olor de su sangre. A mi espalda formé una niebla de pesadilla que lo cubría todo. Cualquiera que osara pisarla acabaría muerto.

Tres minutos. El reloj seguía su curso.

Elara pestañeó confusa, perdida entre la realidad y la inconsciencia. Su cuerpo semidesnudo estaba cubierto de heridas. Las peores estaban en su cuello donde las puntas de aquel horrible collar le cortaban la piel y la envenenaban. Temblaba, suspendida en el aire por dos lianas espinadas. Grabé todas y cada una de sus heridas a fuego en mi mente. Las replicaría, una a una, en el cuerpo de aquel que las había originado.

Su mente continuaba apagada. Podía sentirla al otro lado, pero un humo viscoso nos mantenía alejados.

—Un paso más y me la cargo —volvió a titubear el Fae que menos temblaba mientras su compañero lo miraba con terror absoluto. Sus ojos bailaban entre su compañero y mis sombras, que estaban cada vez más cerca.

—No deberías haber dicho eso —contesté al mismo tiempo que mis sombras los encontraban.

Fue apenas un segundo. En un abrir y cerrar de ojos sus cuerpos estaban allí y después habían quedado reducidos a polvo.

Jamás, en toda mi existencia, había corrido más rápido. Atrapé a Elara entre mis brazos dando gracias a la Verdeluna por tenerla de nuevo junto a mí. Ella continuaba mirándome con ojos desenfocados, pero no se apartó.

—¿Tiniebla? Mírame por favor —supliqué mientras deshacía las ataduras de sus manos y la descolgaba del techo—. Estoy aquí.

Abrió la boca para contestarme, pero las lágrimas le impidieron hablar. Las sequé con delicadeza mientras le repetía una y otra vez que ya no estaba sola. Cargué con su peso y me arrodillé en el suelo con su cuerpo a buen recaudo contra el mío. Elara, siempre fuerte y valiente, parecía pequeña entre mis brazos. Pequeña y aterrorizada.

—Estás a salvo, amor. Te tengo. Nos vamos a casa.

Ella intentó levantar una mano para tocarme, pero le fallaron las fuerzas.

—¿Cómo estás aquí? —balbuceó— ¿Estoy muerta?

Agarré su mano con la mía y la posé sobre mi pecho en el lugar en el que el corazón latía a un ritmo frenético. Latía por y para ella. Ella abrió los ojos y sentí como sus yemas se apretaban con determinación, como si quisiera cerciorarse de que era cierto.

—Estoy vivo. Vamos a sacarte de aquí.

—Estás vivo —repitió ella, incrédula— Has venido.

Las lágrimas comenzaron a caer con más intensidad. Me afané por recogerlas todas. Primero con mis caricias, después con mis besos sobre sus mejillas.

—Sí, Tiniebla —murmuré con nuestras narices rozándose—. Te prometí que no habría lugar en el que no te encontraría.

—Estás vivo.

Un enorme estruendo se llevó las palabras de Elara. No quedaba apenas tiempo. Al otro lado de la niebla que había creado los ruidos

aumentaron. Desde lo alto de las escaleras, percibí una presencia de bosque oscuro sin necesidad de que hablara.

—¿Cómo demonios sigues en pie, querido? Su sangre ya debería haberte hecho enloquecer.

Umbra nos observaba con ojos entornados. Me planteé matarla en ese mismo instante. Pero matar a un Guardián requería mucha energía. Energía que no iba a gastar en nada que no fuera en llevar a Elara a casa. A pesar del subidón de poder que me había proporcionado su sangre, me di cuenta de que mi energía estaba cayendo. Y, con ella, mi magia y mi vida.

Se me acababa el tiempo.

Umbra tendría que esperar.

—Siento decepcionarte. Por lo visto es algo a lo que suelo acostumbrar. Según mi progenitor, al menos.

—Me gustaría quedarme a charlar contigo. Nuestras conversaciones siempre han sido de lo más estimulantes. Pero me temo que no tengo tiempo de esperar a ver cómo te descompones —ronroneó Umbra—. Has cometido una locura viniendo esta noche. Mis protecciones no te permitirán salir de aquí con un salto. Verás que el poder de Absalon nos permite crear escudos que ni siquiera tú puedes romper. Te acabas de quedar encerrado en una ratonera, Callum.

Umbra hizo un gesto con la cabeza para que varios de sus soldados se adentraran en la neblina oscura en nuestra dirección. No me molesté en decirle que sus hombres no saldrían con vida de aquella niebla. Simplemente esperé a que los gritos llegaran. Cuando los alaridos ocuparon el silencio de la celda, la mirada de Umbra se oscureció.

Un torbellino de bosque y roca brotó de todas partes en nuestra dirección. Iba directo a Elara. Mis sombras lo pulverizaron al

instante. Acto seguido encontraron la garganta de Umbra y apretaron con fuerza.

Puede que tuviéramos que salir de la corte a rastras. Pero iba a sacar de allí a Elara, aunque fuera lo último que hiciese.

—Si vuelves a intentar ponerle una mano encima, pierdes la mano y después la cabeza. Y, cuando ella haya terminado contigo, volveré a juntar los pedazos uno a uno, solo para despellejarte con mis sombras.

Umbra intentó hablar y yo apreté con más fuerza. Estaba cansado de juegos. Un estallido de tormenta y huracán rebotó en las profundidades de la prisión. El aire se volvió denso y nublado. Tapé mis vías respiratorias y las de Elara con lo poco que quedaba de mis sombras. Protegí su cuerpo con el mío mientras los escombros seguían desprendiéndose desde el techo.

Cuando todo paró, vi como el cuerpo de Umbra se retorcía en el suelo, inconsciente. Con Elara todavía entre mis brazos, me tope con los ojos del Guardián de las Tormentas.

—No estará inconsciente eternamente, Oscuro. He conseguido bajar las guardas que previenen los Saltos Irisados, pero deberíais marcharos. Las subirán de nuevo en apenas unos minutos cuando se den cuenta de lo que he hecho. Absalon ha llamado a sus criaturas. ¡Sácala de aquí ya!

Finnian miró hacia atrás por encima del hombro. Un sinfín de rugidos escaparon de entre las profundidades del Bosque.

—¿Por qué demonios debería fiarme de ti? —dije, poniéndome en pie con el cuerpo de Elara contra mi pecho.

Finnian puso cara de circunstancias y se encogió de hombros.

—No deberías. Igual que yo no me fio de ninguna palabra que sale de tu boca.

—¿Por qué nos ayudas, entonces?

—No te ayudo a ti.

Sus ojos se posaron en Elara.

—Ella solo quiere salvar a tu hermana.

—Ahora lo sé.

Sus ojos dorados abandonaron a la Fae que se debatía entre la vida y la muerte pegada a mi pecho y miraron hacia abajo avergonzados.

—¿Cuánto te va a costar esto?

—No pienso quedarme aquí para averiguarlo —respondió con una sonrisa torcida—. Y tú deberías hacer lo mismo.

Asentí al tiempo que buscaba a Levi entre el torbellino de mentes que asolaba el campamento. Finnian desapareció en un suspiro.

—*Aquí* —indiqué en la mente de Levi con una imagen de la celda.

Ya en su forma humana, Levi se materializó a nuestro lado tras lo que me parecieron unos segundos interminables. En el momento en el que sentí su mano en mi espalda, salté disolviendo nuestros cuerpos contra el firmamento.

Aterrizamos en el suelo de mi despacho a trompicones. El palacio en el cielo explotó en una nube de caos y voces. Más allá de las ventanas, oí que Nox organizaba a nuestros guerreros. Utilicé gran parte del poco poder que me quedaba para blindar los escudos y hechizos que protegían la Corte de las Sombras. No tenía duda alguna de que Umbra y Absalon vendrían a por nosotros.

El poder de mi madre y las respiraciones agitadas de Lía irrumpieron en la estancia. Su presencia me devolvió a la realidad.

—¡Por la Verdeluna y los dioses olvidados! —susurró mi madre al ver el estado de Elara.

En mis brazos ella no paraba de retorcerse. Gritaba, agonizante, presa del pánico más absoluto. La dejé sobre uno de los sofás del despacho y me arrodillé a su lado.

—Quítamelo. Quítamelo. Quítamelo. Quítamelo. —Sus manos ensangrentadas tiraban del collar con desesperación.

Con cada tirón las heridas se hacían más profundas. Había sangre por todas partes, lo cubría todo y yo sentí que el odio me consumía. Solo la necesidad de tenerla entre mis brazos fue capaz de retenerme cuando mi oscuridad tiró de cada fibra de mi ser, pidiendo venganza. Pidiendo volver a esa celda y matarlos a todos otra vez.

—Sssh, no te muevas, Elara. Te lo voy a quitar. Voy a hacer que pare.

La sostuve en mis brazos mientras ella lloraba en silencio. Mis sombras hicieron trizas el collar que se disolvió y quedó reducido a un polvo oscuro.

Una vez liberada, Elara dejó de retorcerse y su presencia volvió a mi mente. Fue como si alguien hubiera devuelto las estrellas al firmamento tras eones en tinieblas. Su esencia lo invadió todo.

A nuestro lado, Levi se dejó caer, exhausto. Nox se arrodilló junto a él y le sujetó el rostro con manos temblorosas. Los dos Fae juntaron las frentes permitiéndose un momento breve para liberar suspiros de alivio. Levi acarició el rostro de Nox, quien se inclinó para depositar un suave beso en sus labios antes de levantarse y retomar el control de la situación, dirigiendo el caos que gobernaba Galamh en aquellos momentos. Levi cerró los ojos y yo busqué su hombro con mi mano, apretando ligeramente para darle las gracias.

La magia serena de mi madre lo envolvió todo, mientras el poder del palacio se preparaba para protegernos. Mis ojos volvieron de nuevo a Elara, que me miraban con un millón de preguntas brillando en las retinas.

—Estás vivo —repitió.

Su voz estaba rota de tanto gritar. Volví a atrapar su mano entre las mías y la deposité sobre mi pecho con la esperanza de que mis

latidos la convencieran cuando a mí me faltaban las palabras.

—Estoy bien. Estoy contigo. No me voy a ninguna parte.

La acuné en mis brazos mientras esperaba a que los sanadores llegaran. Sin el veneno del collar, su cuerpo comenzó a dejar de sangrar y yo me permití tener esperanza. La mano de Elara encontró mi mejilla. La envolví con la mía. Supongo que al final yo también necesitaba sentir que ella era real. Que estaba a salvo entre mis brazos.

Sus ojos seguían observándome como si yo fuera un gran misterio por resolver. El siguiente gran golpe de la mejor ladrona del Archipiélago. Si tan solo ella supiera que ya me había robado por completo.

Comenzó a parpadear, con la fatiga inundando su ser. Su cuerpo necesitaba apagarse, dejar que la inconsciencia reparara el daño sufrido.

—Duérmete, Tiniebla. Estaré aquí cuando despiertes, lo juro.

Ella suspiró y fui testigo de cómo se resistía a dejarse llevar por el sueño. Arrullé mis sombras a nuestro alrededor. Un embrujo de noche y Verdeluna como el que unía nuestras mentes. Un lugar seguro y solo nuestro.

Antes de que el sueño se la llevara, Elara tuvo tiempo de decir tres palabras.

Tres palabras que frenaron mi mundo y aceleraron mi corazón.

Tres palabras que evocaron el miedo más profundo.

Y la esperanza más suicida.

—Sé quién eres.

# CAPÍTULO XL

## Elara

**Él utilizaba palabras secretas para nombrar lo innombrable, soñando con que, algún día, ella lograría entenderlas.**

Desperté con ambas manos sobre la piel sensible de mi garganta, buscando los restos de la tortura que me había acompañado en sueños. Sin embargo, solo encontré tejido sano junto a la cicatriz rugosa que siempre me acompañaba. Traté de sacudirme el recuerdo de dientes emponzoñados rasgando mi cuerpo, pero los ecos de mis propios gritos todavía se aferraban con fuerza a mis recuerdos sin dejarme olvidar que todo había sido real.

Al otro lado de la ventana, la noche aguardaba a medio camino entre la calma y una tormenta, como si el cielo, al igual que yo, se encontrara suspendido en un instante perdido entre dos realidades opuestas.

Supe inmediatamente que aquella encrucijada no era solo el reflejo de mis ansiedades. En algún lugar no muy lejano del castillo, Callum respiraba preocupado enfrentando el mismo firmamento que yo. Encontré su mente al otro lado de mi escudo, esperando pacientemente. Me limité a suspirar aliviada y muerta de miedo al

mismo tiempo, mientras me afanaba por asegurarme de que no se percatara de que yo había despertado.

A mi alrededor, su presencia lo inundaba todo, su aroma invadía cada rincón de la habitación y aquello solo intensificaba la realidad de lo que había descubierto al verlo aparecer en medio de la oscuridad de mi celda. Tragué saliva mientras intentaba poner en orden mis ideas. ¿Cómo espíritus no me había dado cuenta antes?

Me sorprendí abandonando la aparente seguridad de las sábanas con paso seguro. Tenía la necesidad imperiosa de borrar los restos de la mazmorra de mi organismo, a pesar de que era evidente que alguien se había esmerado en eliminar cualquier rastro de sangre de mi persona y de curar todas y cada una de mis heridas.

Cuando entré en el cuarto de baño, agradecí el frío del suelo de mármol negro bajo mis pies. Desde el espejo, mi reflejo me observaba con el ceño ligeramente fruncido. Desvié la mirada de inmediato, no estaba preparada para enfrentarme a mí misma. Me centré en la enorme y humeante bañera que aguardaba junto a la ventana, como si Galamh supiera exactamente qué era lo que necesitaba en aquel momento.

Al entrar en contacto con el agua, la tensión de mis músculos desapareció casi al instante. El contenido del baño desprendía un aroma intenso y limpio que me hizo suspirar arropada por un calor envolvente que prometía llevarse todas las pesadillas por el desagüe. Me sumergí bajo el agua por completo durante unos segundos y me permití gritar en un intento de deshacerme del nudo que se había instalado en mi pecho. Cuando me quedé sin aire, emergí sintiendo que todo pesaba un poco menos. Decidí posponer durante unos gloriosos minutos la realidad que sabía que debía enfrentar y me concentré únicamente en borrar el recuerdo de las manos de Absalon arañándome.

Froté cada parte de mi cuerpo hasta que mi piel se volvió roja. Agradecí el ligero escozor de la carne sensible contra las sales de baño, cualquier cosa con tal de borrar las últimas horas. Después, me lavé el cabello con fuerza hasta que estuve segura de que no quedaría rastro alguno de aquella mazmorra.

Solo cuando estuve satisfecha me atreví a salir de la bañera, esa vez con piernas algo temblorosas. Utilicé la magia de las tormentas para secarme por completo, decidida a no volver a temer nunca más ni una sola de mis partes. Aquel poder me pertenecía, al igual que todos los demás, y no iba a permitir que nadie más me hiciera creer lo contrario.

Me vestí con lo primero que encontré, una camisa ancha y unos pantalones suaves que olían como él. No me molesté en calzarme, pues me pareció que todavía necesitaba el frío del suelo bajo mis pisadas para ayudarme a mantener la cabeza serena. Sintiéndome un poquito más en control, me aventuré hacia los pasillos desiertos de la casa.

Desde fuera podía parecer que caminaba sin rumbo, pero la realidad es que mis piernas seguían solas el pulso constante de nuestra unión. Mis pasos se limitaron a acortar la distancia entre el lugar donde me encontraba y el lugar donde la oscuridad llamaba mi nombre. Una estela de voces susurradas rompió el silencio de la noche; con cada pisada, estas se volvieron más claras. Pensé que el corazón se me iba a salir por la garganta, pero, aun así, me obligué a seguir adelante.

No llamé a la puerta del despachó, simplemente entré. Los dos portones acristalados que daban al porche trasero estaban abiertos. Al principio nadie se percató de mi presencia, me encargué de ello manipulando el aire que me rodeaba. Con la tormenta de fondo, pude ver como cuatro Fae contemplaban el horizonte bajo el

resguardo del pequeño techo mientras intercambiaban susurros que se mezclaban con la música de la lluvia.

Aunque todavía no estaba del todo segura de lo que iba a descubrir, supe que había llegado el momento. Inspiré con fuerza antes de aclararme la garganta. Callum se giró de inmediato, con una frase a medias muriendo en sus labios. Al hacerlo, tres pares de ojos me encontraron en la penumbra. Pese a que era consciente de como Lía, Nox y Levi me miraban atónitos, yo solo podía observarlo a él.

Callum cogió aire en un suspiro parecido al inicio de una batalla o un sacrificio.

—Elara —dijo sin apenas moverse.

Mi nombre en sus labios era una mezcla muy particular entre juramento y tortura. En cualquier caso, consiguió que mi corazón se saltara un par de latidos. Los resquicios de mi nombre colorearon su tez con un brillo precavido y yo sentí que el movimiento de sus labios mientras lo pronunciaba me quemaba la piel.

Callum me miraba con los ojos abiertos y repletos de secretos que luchaban por ser liberados. Me miraba como si temiera que no fuera real y yo me sentí arder bajo su atención.

—Estás vivo —repetí por enésima vez al verlo.

Porque en aquellos momentos al verlo allí sentado todavía lo sentía irreal y decirlo en voz alta era mi manera de hacerlo cierto. Me mantuve quieta en el umbral que daba al patio, incapaz de dar un paso más pese a que todo mi ser me pedía a gritos que borrara la distancia que nos separaba. La verdad de lo que éramos resonaba en mi pecho.

—Estás despierta —concedió él, poniéndose de pie, igual de perdido que yo.

Cabría suponer que la suma de nuestras obviedades daría paso a las palabras que me quemaban los labios pero no fue así. Un silencio cargado se extendió entre nosotros y, durante unos instantes, estuve a punto de acobardarme. Pensé en esperar. ¿A qué? La verdad es que no lo sabía muy bien.

Las sílabas que componían mi descubrimiento llevaban horas atrapadas entre mis dientes, ansiosas de ser liberadas desde que había comprendido aquello que él no había podido decirme, pero que llevaba demostrando desde que nos habíamos conocido. Así que tomé aire y las dejé salir. Al fin y al cabo, aquella verdad no era solo mía, a pesar de que solo yo pudiera pronunciarla.

—Sé quién eres —murmuré con la voz temblando—. Sé qué somos.

Las palabras de Hunt no me habían abandonado desde que había visto aparecer a Callum, vivo, en la celda de la Corte del Bosque. Él había sobrevivido a mi sangre y, de acuerdo con el Dios de la Muerte, solo una clase de persona era capaz de sobrevivir a la sangre de un *Changeling.*

El pecho de Callum comenzó a subir y bajar de manera agitada. Aun así, mantuvo la distancia, pero yo fui testigo de la manera en la que apretaba los puños con ansiedad, en un esfuerzo por no tocarme. Sin embargo, su presencia abordó hasta el último confín de mi escudo. No pidió entrar y yo respiré agradecida, pues necesitaba mantener las distancias para tener aquella conversación.

—Necesito que lo digas, Elara. Yo *no puedo* hacerlo —gimió desesperado, dando un paso en mi dirección que se sintió como un salto al vacío.

Y es que, al fin y al cabo, lo era. Mis palabras eran como su red de seguridad, una cuerda a la que Callum se aferró, sin ni siquiera dudar.

—Kindred —susurré a la noche, pues al final era el único lugar que no juzgaba nuestros secretos—. Eres mi alma Kindred y yo la tuya.

Lía se llevó la mano al pecho. Nox y Levi emitieron maldiciones ahogadas al mismo tiempo.

—¡Bendita Verdeluna!

Yo solo podía mirar a Callum. Casi podía saborear la verdad que acababa de soltar al universo. La verdad que mi magia gritaba cada vez que él estaba cerca y que yo no había sabido ver antes. Callum respiraba con dificultad. Sus ojos eran dos pozos negros envueltos en un poder que vibraba al mismo tiempo que los rayos surcaban el horizonte oscuro.

—Todo el mundo fuera —murmuró con las manos pintadas de noche.

No hizo falta que lo pidiera dos veces. Nuestros amigos desaparecieron en un Salto Irisado, dejándonos solos. Di un par de pasos hacia el centro de la habitación, atraída por las volutas negras que emanaban de Callum. Oí que la puerta se cerraba a mis espaldas con un chasquido suave. Estábamos solos con la tormenta y rodeados de memorias de sombra.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por algo que dijo Hunt cuando estuvimos a solas después de que abandonaras An Dorchadas. Solo el alma Kindred de un *Changeling* puede sobrevivir a su sangre. —Lo señalé con un dedo firme, para puntualizar lo evidente—. Y tú estás vivo.

—Dilo otra vez —rogó, acortando la distancia que nos separaba.

Cada paso en mi dirección fue como un pequeño abismo, lo vi en su mirada. Me observaba como si fuera a desaparecer en cualquier momento y su cercanía aumentara el riesgo.

—Por favor, Elara —volvió a suplicar cuando apenas nos separaban unos centímetros—. Dilo otra vez.

—Somos almas Kindred —susurré de nuevo, esa vez solo para nosotros.

Las manos de Callum encontraron mis mejillas y las acunaron con delicadeza. Con la noche sobre mi piel mi oscuridad salió a su encuentro rodeando nuestras figuras. Permití que mis sombras acariciaran su piel, al tiempo que las suyas me rodeaban con reverencia.

Apoyó su frente contra la mía y dejó escapar una exhalación torturada con los ojos cerrados. Mantuve los míos abiertos en busca de respuestas. Tan solo encontré una única lágrima silenciosa recorriendo su mejilla derecha. Me puse de puntillas para borrarla con un beso y su sabor confirmó lo que yo sospechaba.

Sus ojos se abrieron de par en par, embravecidos.

—Lo siento mucho, Elara —dijo liberando un suspiro—. ¡Espíritus! Lo siento muchísimo.

Se alejó unos centímetros de mí y yo sentí su ausencia de inmediato. Temí sus disculpas casi más rápido. Observé confusa como sus manos repasaban su pelo, nervioso, tirando de los mechones negros con frustración.

—¿Sientes que seamos...?

Frenó en seco sus movimientos y sus ojos se tornaron desesperados por motivos totalmente diferentes. En un abrir y cerrar de ojos sus manos volvieron a mi cuerpo.

—No, eso jamás —respondió en un rugido—. No te merezco, no entiendo por qué la Verdeluna me ha obsequiado con este honor, pero no pienso tratar de darle sentido. No he ansiado algo tanto en toda mi existencia. Quiero esto. Te quiero *a ti*.

Sus palabras calmaron algo primario que rugía en mi interior. Era incapaz de explicarlo, pero la verdad es que llevaba demasiado tiempo negando lo que mis huesos habían sentido desde el principio.

—¿Entonces?

Una ráfaga de viento se aventuró bajo el techo, bañándonos a ambos con las gotas de la tormenta. Ignoré el agua que caía desde mi cuello, pero él maldijo por lo bajo mientras se inclinaba sobre mí sin separar nuestros cuerpos. Con manos temblorosas secó el pequeño reguero de agua que corría por mi garganta. Aquel pequeño roce fue suficiente para que mi ya acelerado corazón se desbordara. Me arqueé en busca de más y Callum volvió a maldecir, antes de separarse apenas unos centímetros para dejar de tocarme, lo suficiente como para poder mirarme a los ojos.

—Siento no poder hablar claro. Siento que estés atada a mí, que no hayas podido elegir. Sé que soy la última persona que tú habrías escogido.

Mientras hablaba algo triste se apoderó de sus facciones llevándoselo lejos de mí, hacia un lugar donde yo no podía alcanzarlo. Antes de perderlo por completo, atrapé una de sus manos y volví a depositarla sobre la base de mi cuello, no sin antes besar su palma. No me atreví a soltarla, así que me quedé con él, imitando sus caricias.

Callum emitió un gruñido desde algún lugar en lo más profundo de su pecho y cerró los ojos, volviendo a dibujar escalofríos sobre mi cuerpo con apenas el roce de sus dedos.

—Por todos los dioses —murmuró.

Su mano subió con caricias hasta mi mejilla, donde su pulgar repasó con sumo cuidado el contorno de mis labios antes de separarse mí y alejarse unos pasos.

—Lo siento. Apenas tengo el control. Escucharte decirlo... —dejó escapar una risa incrédula—. Estoy colgando de un hilo, Tiniebla.

Asentí, porque yo me sentía igual.

—Esto es a lo que te referías cuando dijiste que tu pacto con la Dama de la Noche te impedía decir la verdad. No puedes decir que somos almas Kindred. Ni tú ni los otros podéis decírmelo —aventuré —. Ese es el precio que pagaste por mi vida en la prueba final del torneo.

Callum se estremeció cuando volví a decir lo que éramos, pero fue capaz de emitir un ruido afirmativo.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿No es obvio? —me preguntó con una sonrisa triste.

—A pesar de todo, apenas nos conocíamos.

Él inclinó la cabeza hacia la tormenta, inspirando con fuerza como si tratase de encontrar las palabras adecuadas y fuera a encontrarlas entre las nubes.

—¿Qué pasa, si lo haces? ¿Qué pasa, si me dices la verdad?

Su mirada se volvió letal.

—El trato me impide decirlo. Si trato de hacerlo, duele. La magia de la Dama me agarra la garganta y me impide respirar o hablar. Pero, aunque pudiera hacerlo, jamás me atrevería. Si cruzo esa línea, el trato se rompe y no dejaré que se rompa, Elara. —Una serie de rayos iluminaron el cielo a su espalda—. Pero necesito explicarme, necesito contarte todo lo que pueda. Si tú quieres escucharlo, por supuesto.

Di un paso atrás y apoyé mi espalda en un reposabrazos de la butaca más cercana. Me abracé el cuerpo para compensar su ausencia.

—Adelante.

El Guardián dejó escapar una gran bocanada de aire, aliviado. Comenzó a hablar, y yo me perdí en su historia, al tiempo que la tormenta se desataba sobre nosotros.

—Supongo que el inicio ya lo conoces. Como te conté, mi padre me usaba como su asesino personal. A medida que crecía, los encargos aumentaban y las explicaciones se volvían inexistentes. —Callum negó en silencio—. Pensé en matarlo todas las noches, pero si lo hacía mi hermana y mi madre morirían con él. Al menos eso es lo que mi padre nos hizo creer. Así que, durante años, jamás fui lo bastante valiente para comprobarlo, ya que no podía arriesgar sus vidas.

Mi oscuridad palpitó agitada como todas las veces que él recordaba su pasado. Callum continuó con su historia mientras yo convencía a mi poder de que aquel monstruo ya estaba muerto y no había manera de que nosotras pudiéramos matarlo de nuevo.

—Una noche, hace un poco más de cien años, mi padre me mandó llamar en mitad de la madrugada. Él acababa de volver del torneo que nos maldijo a todos, aunque yo todavía no lo sabía —suspiró—. Esa noche sabía diferente. Yo llevaba horas en vela, incapaz de conciliar el sueño. Mi corazón martilleaba violento contra mi pecho y la oscuridad rugía en mis venas mientras yo percibía algo extraño en ella. Sentía que algo iba mal, pero no podía explicar el qué. A mi padre no le importó que yo estuviera al borde de un ataque de pánico por no decir que a esas alturas yo disimulaba demasiado bien. Tenía un encargo urgente que necesitaba que yo tratara de inmediato. La mujer de uno de sus más fieles consejeros había desaparecido y, con ella, el bebé al que acababa de dar a luz. Mi padre estaba fuera de sí y no paraba de repetir la urgencia de mi encargo.

Sentí como se me aceleraba el corazón. Callum no dejó de mirarme y yo me atreví a ser lo suficientemente valiente para no apartar la mirada y zambullirme en aquel recuerdo con él.

—Al principio no entendí qué quería de mí —confesó—. Yo mataba a gente, no la rescataba, así que lo que me estaba pidiendo no tenía ni pies ni cabeza. Eso fue hasta que consiguió calmarse y me explicó mi encargo con detenimiento. Fue entonces cuando comprendí que nadie había secuestrado a la mujer, era ella quien había huido después de que su marido hubiera intentado matarla a ella y al bebé, al descubrir una verdad escondida.

Me preparé para las palabras que sospechaba que seguirían.

—La Fae era mestiza, una Hadaës, y lo había estado ocultando durante cientos de años. Tanto que su marido no se había percatado del engaño. Sin embargo, cuando su hija nació, fue imposible ocultar su esencia. La de ambas. Al menos eso es lo que mi padre me dijo en su momento. Ahora, sabiendo lo que sé, está claro que tanto mi padre como su consejero sabían perfectamente que ni la mujer ni la bebé eran Hadaës, sino *Changeling.*

Yo cerré los ojos parar tratar de calmarme, pero el rostro de mi madre centelleó tras mis párpados.

—Mi misión era tan simple como cruel. Debía seguir el rastro de sangre que el marido había creado con una daga envenenada al intentar rajarle la garganta a la recién nacida hasta encontrarlas. Cuando lo consiguiera mi cometido era matarlas a ambas y traer de vuelta un frasco con su sangre como prueba.

La cicatriz de mi garganta ardía con cada palabra que salía de la boca de Callum.

—No fue difícil encontrarlas. Las heridas eran recientes y el rastro que dejaban a su paso abundante. Algo en el aroma de los restos que encontraba se me metió dentro de la cabeza. Era como un animal poseído, necesitaba hallar el origen de aquella sangre. Con cada gota que veía desperdigada por el bosque algo oscuro crecía en mi interior. Mi poder, que siempre había sido una parte sobre la

que tenía un control absoluto, se convirtió en un monstruo enfurecido que no conseguía domar. Algo extraño tiraba de mí con una fuerza imposible de ignorar. Al principio no le di importancia, tal vez por fin había llegado el momento en el que perdía la cabeza, después de todas las atrocidades que había cometido no me sorprendió. Pero entonces, las vi. —Sus ojos llenos de remordimientos se anclaron en los míos—. Entonces os vi, Tiniebla.

Me resultó irreal que el monstruo de mis pesadillas fuera quien estuviera frente a mí, contándome mis peores recuerdos. Dejé de respirar, transportada de nuevo a unos brazos que temblaban al sostenerme y a una voz que me repetía que estaríamos bien.

—Tu madre apenas se sostenía en pie. Sus heridas eran demasiado graves y había perdido mucha sangre. Se aferraba a un pequeño fardo como si la vida le fuera en ello. La manta que tapaba al bebé, que te tapaba *a ti* —continuó Callum con la voz rota—. Esa manta también estaba teñida de sangre. Tu madre sabía quién era yo, sabía lo que me habían mandado hacer, pero no se acobardó. Mi objetivo era explicarle la situación, como había hecho otras tantas veces antes desde que decidí no cumplir las órdenes de mi padre a ciegas, y poneros a salvo.

Durante unos instantes solo se oyó el sonido atronador de la tormenta y nuestras respiraciones entrecortadas. Las manos teñidas de sombras de Callum temblaban de rabia y dolor, mientras varias lágrimas cubrían su rostro.

—Pero por algún motivo que no logro entender, estaba perdiendo el control sobre mi poder. La oscuridad crecía y pedía ser liberada y yo apenas podía controlarla. Te juro que lo intenté, Tiniebla, pero todo pasó demasiado rápido. La manta que te cubría resbaló y entonces vi por primera vez la horrible herida en tu garganta. Al mismo tiempo, en mitad de aquella pesadilla, contemplé por primera

vez tus ojos verdes y supe lo que éramos de inmediato. —Callum cerró los ojos con fuerza, luchando contra los recuerdos—. Aquello no tenía sentido. Este tipo de conexiones necesitan madurez, jamás se presentan siendo infantes, ni siquiera adolescentes. No tenía ningún tipo de sentido. Aun así, no tuve tiempo de hacer preguntas, la oscuridad estalló desde mi pecho llevándoselo todo por delante. No podía moverme, no podía respirar, no podía gritar. Mi poder se convirtió en algo ajeno que yo no controlaba.

Un trueno interrumpió su historia durante unos segundos eternos.

—Tras una eternidad agónica se hizo el silencio. Cuando por fin pude abrir los ojos, habíais desaparecido y, con vosotras, un trozo de mi oscuridad. —Callum se miraba las manos con los ojos llenos de lágrimas—. Supe que mi poder os había matado. Supe que *yo* os había matado.

Jamás lo había visto tan roto. Tan perdido.

—¿Cómo pudo mi poder hacer algo así? Lo único que yo quería era poneros a salvo. ¿Como podía la Verdeluna ser tan cruel? —me preguntó atrapado en aquel instante como si fuera la primera vez—. Cuando volví al castillo solo había una cosa que ocupara mi mente: matarlo. Matarlo por convertirme en un monstruo incontrolable y luego matarme a mí. Así que lo hice. Al menos la primera parte. Lo segundo lo intenté una única vez y Lía me hizo jurar que no habría segunda.

Me costaba respirar.

—Cuando llegué al palacio me enfrenté a él por primera vez y él, simplemente, estalló en carcajadas y amenazas. Ver cómo golpeaban a mi familia por mi culpa, de nuevo, fue la gota que colmó el vaso. Me avergüenza decir que en aquel momento me importaron un carajo las consecuencias, solo necesitaba que todo parase. —Tragó saliva—. Mi padre se deshizo en una bruma de polvo

en el mismo instante en el que yo me convertí en Guardián. Y, pese a sus mentiras, mi madre y mi hermana salieron ilesas. Para sorpresa de nadie, nos había estado mintiendo todo ese tiempo.

Callum apretó los puños hasta tres veces, pero sus manos jamás dejaron de temblar.

—Pasé los primeros años de mi mandato recorriendo aquellos bosques sin descanso, buscando alguna pista que indicara que estaba equivocado y que yo no os había matado. Lía y los demás se encargaron de mantener la Corte a flote. Nunca le dije a ninguno de ellos qué estaba buscando. Tardé veinte años en darme por vencido y en aceptar que la atrocidad que había cometido era del todo real e irreversible.

Mi corazón se partió en mil pedazos. Uno por cada pesadilla a la que al fin había dado respuesta. Otros tantos por cada lágrima que brotaba de sus ojos.

—Fue en la víspera del primer torneo de la Dama de la Noche después de la maldición. Como siempre, dio la bienvenida a la comitiva para dar su bendición a nuestros campeones y fue entonces cuando la vi por primera vez. Todo lo demás se perdió en el barullo de la noche, ya que la Dama me observaba a través de tus ojos. Con un rostro que desconocía, pero que mi mente reclamaba como mío. Un rostro hermoso e imposible, pues tú habías muerto siendo un bebé y no podías haber crecido hasta convertirte en la mujer que me devolvía la mirada. Sin embargo, en la base de su garganta brillaba la cicatriz que había visto sangrar hacía veinte años.

¿Era posible morir de dolor ajeno?

—Durante los siguientes ochenta años tu rostro me dio la bienvenida a todos los torneos. Cada vez que ella clavaba sus ojos en mi dirección yo sentía que me moría. Después de un tiempo, acepté aquella tortura como un castigo merecido y me rendí a ella.

Mi descontrol y yo éramos los únicos culpables de que hubierais muerto. —Suspiró de nuevo—. Odiaba las visitas de la Dama. Y me odiaba todavía más a mí mismo por anhelarlas. Ya que verla usando tu cara era una tortura, pero también eran los únicos momentos en los que sabía que tú habías sido real.

No me permití cruzar la distancia que nos separaba. No cuando sabía que todavía quedaba una parte importante de nuestra historia. Pero mi presencia encontró su escudo de sombra y acaricié la pared con reverencia.

—*Mírame* —le pedí.

Callum volvió a abrir los ojos. Me miraba como si todavía estuviera viendo un fantasma.

—Aprendí a vivir con medio corazón y media alma. Al menos, hasta hace unos meses —me confesó con una sonrisa triste—. Iba de camino a una reunión con Finnian sobre unos tratados entre cortes que llevábamos un tiempo negociando. Íbamos a reunirnos en Adhair con Levi y sus consejeros, pero viajábamos separados pues él saltaba desde otra parte de Lyssandria donde había estado completando otro encargo. Al cruzar la frontera, una voz se coló en mi cabeza. No solo se coló, rompió todos y cada uno de mis escudos, algo que nadie debería haber sido capaz de hacer. Nadie excepto tú, Elara.

El recuerdo de mis rezos lanzados al infinito cuando el poder del Puka tomó control de mi ser volvió a mi cabeza en una estampida descontrolada. Había suplicado ayuda a las puertas de la muerte y la voz de Callum había sido suficiente para romper el embrujo de la bestia y para guiarme a través del Remolino.

—Me di cuenta enseguida de que no tenías ni idea de lo que estabas haciendo, pero al comprender qué criatura era la que te estaba persiguiendo, no me lo pensé dos veces. Salté sin rumbo

guiado por tu mente. Conforme más me acercaba a ti, más fuerza iba tomando el hilo de sombras que sentía entre nosotros. Y, cuando por fin te encontré, mis ojos no podían creérselo. Fue como si pudiera volver a respirar. Como si hubiera recuperado algo sin nombre que llevaba media vida buscando. Estaba tan cabreado con aquella criatura que habría sido capaz de arrasar con toda la corte. La bestia había atacado lo que era *mío*, algo que yo tenía el deber de proteger y cuidar. Porque, pese a la confusión, aquella era la única cosa que sabía sin lugar a duda. Yo era tuyo y tú eras mía. Aunque ni la criatura ni tú parecíais saberlo.

No podía sentir mi rostro. Tampoco mis manos. Los recuerdos de aquel día en el Remolino se amontonaron en mi cabeza.

—*No es tuya* —había rugido Callum antes de matar al Puka.

—Lo habías atrapado en una puñetera red de lianas —dijo Callum con una sonrisa incrédula—. Estaba tan orgulloso, tan fascinado, tan jodidamente atraído hacia ti que, después de matar al Puka, casi no sabía ni qué decir. Solo quería seguir allí, hablando contigo y tú solo querías alejarte. ¿Cómo diablos era aquello posible? ¿Qué hacías con vida? ¿Por qué tu magia rezumaba a tormentas y no a las sombras de dónde pertenecías? ¿Qué demonios hacías sola en el Remolino luchando contra un Puka? En ese momento las preguntas se amontonaban unas tras otras, pero había algo de lo que estaba seguro: eras la misma persona. La cicatriz estaba allí y habría reconocido tus ojos en cualquier lugar.

En esta ocasión fui yo la que elevó la mirada hacia la Verdeluna oculta en busca de respuestas, mientras repasaba con una mano ausente mi cicatriz.

—Aun así, nada tenía sentido. Apenas tenías treinta años, cuando deberías haber tenido al menos cien. Siendo totalmente sinceros,

Tiniebla, eso todavía sigo sin poder explicarlo —admitió en un susurro suave.

Yo sentía que la cabeza me iba a explotar.

—Aun así, mi poder supo que nos pertenecíamos nada más verte. Podía sentir mi propia magia mezclada con la tuya, escondida entre tus venas.

Sentí esa misma oscuridad ronronear bajo mi piel. Callum me había reconocido desde el primer momento. Todo ese tiempo en el que yo había pensado que éramos enemigos cobró un matiz totalmente distinto.

—Te amé tan pronto como te vi, Elara. Amé la manera en la que me retabas. Amé que no me tuvieras miedo. Que me desafiaras. Te amé sin ni siquiera saber tu nombre. Durante unos segundos mágicos pensé que tal vez la Verdeluna nos había regalado una segunda oportunidad, pero entonces Finnian y los demás llegaron y comprendí que los dioses no estaban de nuestro lado. Vi la manera en la que se comportaban contigo. Supe que eras su campeona y que, aun así, te estaban mintiendo. Estaba claro que no sabías nada acerca del torneo, de las pruebas o de la maldición de la Dama. —La risa hueca de Callum me transportó de vuelta al Remolino—. Por el amor de la Verdeluna, el muy cabrón te había obligado a participar con un trato de sangre. Así que forcé su mano.

Pasé el pulgar sobre la palma en la que había habitado la marca plateada de nuestro trato y solo encontré piel lisa. Callum siguió el movimiento de mis dedos, al tiempo que el pedazo que me había regalado de su poder en forma de sombras se expandía hasta abrazar mi mano.

—Levi supo que algo iba mal en cuanto me vio llegar a la reunión. Al llegar a casa me desplomé en el suelo. Nox y Lía no tardaron en llegar. Les conté absolutamente todo.

La idea de aquel Callum frío que yo había encontrado en el Remolino no era compatible con la del Guardián derrotado en el suelo susurrando sus pesadillas a su círculo más íntimo.

—Levi no iba a ser mi campeón aquel año, ya habíamos escogido un candidato de entre los voluntarios. Una de mis mejores generales. Pero, después de escuchar quién eras, Levi se negó a dejar que nadie más participara en el torneo. Era el único dentro del Priorato de las Sombras que podía hacerlo ya que el resto no somos Bajos Fae. Puso su vida en peligro sin pensarlo y, por ello, estaré siempre en deuda con él. Porque sí, Levi entró con la esperanza de romper la maldición, pero con el único propósito de protegerte. De proteger a mi...

Callum me miró con ojos llenos de dolor al no poder decir cuál era nuestro vínculo. Yo sentí que el mundo había dejado de girar. Levi había arriesgado su vida para mantener a salvo a la persona más importante para su mejor amigo y lo había hecho sin conocerme.

—Por mi parte hice todo lo que pude desde fuera. Esos idiotas apenas te habían preparado. Ni siquiera te habían enseñado a proteger tu mente. Me aseguré de que pudieras crear un escudo. Aquella noche junto a la laguna podía sentir tu odio hacia mí con cada paso, pero no me importó. No si ese odio te mantenía con vida. —Se encogió de hombros antes de continuar—. Con cada día que pasaba estaba más fascinado con tu personalidad y con tu poder. Un poder extraño de varias cortes que no tenía sentido y que no comprendía que nadie más pudiera percibir. Sin embargo, con cada día que pasaba tú me odiabas más y más. Me juré que te ayudaría en la distancia, pero no fui capaz de mantenerme alejado. No cuando veía las sombras que creía perdidas protegiendo tus pasos, o cuando presencié cómo domabas a un Kelpie o cómo quemabas la enredadera en la primera prueba. ¿Qué clase de maravilla eras?

Jamás había tenido tanto miedo como cuando te vi tendida en el suelo al final de la primera prueba. Aunque, al mismo tiempo, jamás había estado tan orgulloso de alguien. Jamás me había atrevido a querer tanto tener un futuro. Un futuro a tu lado.

Había una determinación fiera en su mirada.

—Así que hice lo que mejor se me da: actué como lo haría el Oscuro. Me aseguré de curar tus heridas tras la primera prueba. Levi casi me mata cuando me vio en tu habitación, pero no me importó. —Negó con la cabeza varias veces—. Jamás había sentido tanto odio como cuando Finnian te ordenó que te levantaras al final de la segunda prueba. Al menos no hasta que te suplicó morir para salvar a su hermana en la tercera.

Un rayo oscuro cortó el firmamento. La Corte de las Sombras rugía con su Guardián.

—Cada noche me repetía que te dejaría en paz, que me mantendría al margen. Pero me era imposible, y con cada beso robado, con cada caricia prohibida, fui perdiendo el control. Siempre había una excusa para esas situaciones: mantenerte a salvo a toda costa. Pero para ti esas interacciones eran mentira y solo te hacían odiarme más. Aunque te aseguro que no más de lo que yo me odiaba cada noche.

Quería echar marcha atrás en el tiempo y examinar cada una de nuestras conversaciones de nuevo.

—No tenías ni idea de lo que éramos. Era casi como si tu magia estuviera dormida, así que decidí aceptar aquellos momentos juntos, que para ti eran solo mentiras, en forma de regalos envenenados. Me juré a mí mismo que no dejaría que fuera a más. Y, entonces, llegó la tercera prueba y tuve que observar cómo te sacrificabas. Cómo morías delante de mis ojos. Otra vez.

Su voz volvió a romperse. Las lágrimas recorrían nuestros rostros. La sal y el dolor uniendo nuestro sufrimiento.

—Se me fue la cabeza, Elara, no podía quedarme allí parado. Grité tu nombre contra el bosque y en tu mente, pero no podías escucharme. La Dama no me dejaba moverme, no me permitía usar mi poder. Así que hice lo único que podía hacer. Lo único que sabía que ella no podría resistir. Le ofrecí un trato para salvarte. Ella sabía lo que eras para mí. Lo había sabido siempre, por eso me torturaba con tu rostro. Por eso me prohibió decírtelo como única condición, para seguir torturándonos. Acepté sin pensar y lo volvería a hacer una y mil veces. —Supe con certeza que no mentía—. Ella sabía que, si no podía decirlo, entonces nosotros jamás podríamos cerrar el vínculo que nos unía.

Había oído historias sobre aquello: para sellar el vínculo entre almas Kindred, ambas personas debían aceptarlo en intención, palabra y sangre. Sin la capacidad para hablar de Callum, él y yo jamás podríamos completar el vínculo. Por lo que tenía entendido, la ceremonia aumentaba tu poder y te conectaba de una manera primaria a tu alma Kindred.

—Solo respiré tranquilo cuando tu cuerpo comenzó a sanar después de sellar el trato. Fue como si al liberar el orbe, también se liberara tu verdadera naturaleza como *Changeling.* Mientras los otros observaban con horror y recelo cómo te transformabas en algo más, yo solo podía mirarte con admiración. Porque por supuesto que eras algo más —me dijo con adoración—. Levi y los demás querían que te trajera a casa antes de despertar. Querían asegurarte de que estuvieras a salvo, pero no podía hacerlo. No cuando tantas cosas hasta ese momento no habían sido decisión tuya. Juré a la Verdeluna que, si tú querías irte, te dejaría marchar. Nunca he

sentido tanto alivio como cuando tu mente encontró la mía y me pidió que volviera a por ti mientras el castillo se desmoronaba.

Recordé como en ese momento algo dentro de mí había tirado hacia el Guardián. Había estado tan perdida entonces que no me había parado a analizarlo.

—Por fin estabas en casa, aunque no a salvo. No solo te perseguían el resto de las cortes, sino también tus propios demonios. Supe que te habías rendido. Por las noches tuve que frenar mis pasos más veces de las que puedo contar para no cogerte en volandas y llevarte a mi cama, a nuestra cama, y ayudarte a espantar las pesadillas.

Callum me miró con el inicio de una disculpa en su sonrisa torcida. Cerré los ojos con fuerza. Callum no se había cansado de demostrarme con actos todo lo que el trato le había impedido decir.

—Con cada susurro compartido, con cada secreto dicho bajo la Verdeluna y cada pesadilla que ahuyentábamos juntos, yo solo podía seguir enamorándome más perdidamente de ti. Sabiendo, en todo momento, que jamás podría decirte lo que eras para mí. Que, aunque tú lo descubrieras, jamás podríamos cerrar nuestra unión. Mentirte me estaba matando, Elara. Pero decidí arriesgarme. Puedo vivir en un mundo en el que me odias por mentirte o en un mundo en el que te tengo a medias. Pero no quiero vivir en un mundo en el que no existas.

Escuché sus confesiones sin encontrar las palabras para explicar lo que me provocaban.

—¿Y estas sombras? —pregunté, alzando la mano que sus tentáculos oscuros acariciaban desde que me los había regalado.

Aún recordaba las caras de asombro de su madre y sus amigos el día que me las había dado. Callum sonrió, esta vez sin ningún rastro

de disculpa en su mirada. Sus ojos resplandecían llenos de un amor abierto.

—Normalmente cuando una pareja de Fae cierra el tipo de unión que tenemos se regalan una brizna visible de su poder el uno al otro como símbolo de respeto y protección. Es una costumbre antigua de Lyssandria que pocos recuerdan —explicó—. He podido sentir mis sombras en tu interior desde el primer momento en el que te vi en el Remolino, pero quería que tú las vieras también. Quería que tuvieras una representación física de lo que siento, aunque no pudiera decirlo.

Y lo había logrado. Durante los últimos meses, Callum se había convertido en mi lugar seguro. Avancé hacia él con paso seguro y abrí mi mente dejando que nuestras almas se tocaran. El hilo de ocasos estrellados brilló con fuerza, y me aferré a ese sentimiento.

—¿Tú quieres cerrar nuestra unión? —pregunté, deteniéndome frente a él.

—Más que cualquier cosa en este mundo —afirmó—. Pero no necesito el vínculo para saber lo que siento por ti. Quiero que seas mía de todas las maneras posibles. Quiero ser tuyo de tantas formas como me lo permitas. Solo estoy en calma cuando tú estás a mi lado, Elara. Quiero dedicar mi vida entera a comprobar cuántas sonrisas puedo provocarte. Quiero dormir cada noche contigo entre mis brazos y despertarme cada día adorando tu cuerpo. Arrancando suspiros que me vuelven loco y descubriendo mil maneras de hacerte gritar mi nombre. Quiero darte el cielo, el mar y las puñeteras estrellas. Quiero arrasar mil mundos si eso significa que estás a salvo. Quiero hacerte feliz cada día. Quiero una eternidad contigo, y mil más después de la primera. Te quiero a ti, Tiniebla. Te amo a ti, Elara. En esta vida, en las pasadas y siempre.

Quise encontrar las palabras para decirle que yo sentía exactamente lo mismo, pero todas se quedaban cortas. Necesitaba que entendiera que mi hogar era un lugar escondido en el hueco entre su hombro y su cuello. Que respirar solo era posible si era con su aroma, y que mi oscuridad y la suya, como nuestras almas, estaban hechas de lo mismo.

—Dame tu mano —pedí despacio.

Callum extendió su mano izquierda con ojos cautelosos. Respiraba con dificultad. La cogí y dejé que mi poder fluyera. El acto fue tan natural como respirar. Mi poder se arremolinó en mi pecho antes de brotar en unas sombras delicadas desde mi mano hasta la suya. Mi sombra tenía briznas de distintos colores que iluminaban la negrura como si se tratara de una pequeña galaxia contenida. Una sombra bañada por el brillo del poder de las cinco cortes.

Callum elevó el brazo para examinarlo de cerca, pero sus ojos abandonaron pronto su inspección. Se abalanzó sobre mí y me sostuvo en sus brazos mientras sus ojos buscaban mi mirada con desesperación.

—Elara. —Mi nombre fue un ruego en sus labios.

—Somos Kindred, Callum. Con y sin vínculo. Aunque nunca puedas decirlo. Tú eres mío y yo soy tuya. Te amo, te quiero y te escojo. En esta vida, en las anteriores y siempre.

—Tiniebla —susurró él.

No sabría decir quién de los dos se movió antes. Solo que nuestros labios impactaron al tiempo que los truenos rugían en el cielo. El beso se volvió un acto de supervivencia. Lo consumió todo. Solo existían los labios de Callum en los míos, sus manos en mi cuerpo, y la promesa de lo que éramos.

De lo que siempre habíamos sido.

# CAPÍTULO XLI

## Elara

**Moriría feliz enterrado en su centro, acunado por el ritmo de sus gemidos y marcado por los surcos de sus uñas contra su cuerpo.**

Las manos hábiles de Callum me sujetaron cuando me tambaleé hacia atrás al materializarnos sobre las alfombras de nuestra habitación. Me atrajo de nuevo a él y yo me dejé llevar directa a sus labios.

No sentí vergüenza, tampoco tuve miedo. Lo quería todo con él.

La necesidad de que siguiera tocándome, de que borrara con sus caricias las pesadillas que habían arrasado mi cuerpo hacía apenas unas horas era superior a todo. El fervor de sus besos me trajo de vuelta a la realidad, solo para sumirme en la locura más deliciosa cuando su mano oscura pintada por mis sombras acarició la base de mi garganta.

Callum apretó ligeramente y yo me deshice contra su boca en una maraña de jadeos y suspiros entrecortados. El Guardián sonrió en mi boca, yo le mordí un labio por respuesta y él profundizó nuestro beso, enloquecido.

Aquel era mi Callum favorito: descontrolado.

Ansiaba descubrir una y mil formas de hacer que perdiera el control. Envuelta en su abrazo me permití creer que aquella sería la primera de muchas noches juntos.

—No sabes cuánto tiempo he deseado esto —murmuró entre nuestros besos.

Con un único brazo, Callum me elevó sin esfuerzo y me pegó a su cuerpo. Yo rodeé su torso con las piernas. Con su mano libre tiró de la ropa que yo llevaba puesta y arrancó los botones haciendo que solo quedaran girones sobre mi cuerpo. Mi espalda quedó atrapada entre su cuerpo y una de sus múltiples estanterías mientras una de sus manos acunaba mi cabeza, amortiguando las esquinas de la madera. La otra se aferró a mi cadera con desesperación.

Su boca recorrió mi pecho descubierto chupando, besando y mordiendo. Sus caricias crearon un sendero de pelos de punta y escalofríos sobre mi piel desnuda conforme sus ojos me bebían ensimismados.

—Probablemente deberías decirme que pare ahora, Tiniebla —gimió con mi pechó entre sus dientes mientras yo me retorcía de placer—. No sé si seré capaz de parar esta vez. No, si seguimos así.

Atrapé su cabeza entre mis manos y recorrí su rostro, desconcertada. Enredé mis dedos en la profundidad de sus mechones oscuros y tiré de ellos arañando su cuero cabelludo. Él cerró los ojos e intentó reprimir un gemido que se asemejaba demasiado a un ronroneo.

—Te deseo tanto que siento que moriré si no te tengo —confesó jadeando—. Eres tan hermosa. No te merezco, Elara.

Sus caderas impactaron contra mi sexo descubierto. ¡Espíritus! ¿Cómo podía sentirse algo tan bien? Tan nuestro.

—Entonces no pares. No pares nunca —le supliqué, y besé sus párpados cerrados—. Somos Kindred con o sin tu capacidad de

verbalizarlo. Yo lo diré por los dos hasta quedarme sin voz. Por favor, no pares.

Cuando impactaron con los míos, sus ojos eran solo negro, consumidos por el poder de las sombras que había estallado en su interior y en el mío. Sus labios me consumieron en un beso que necesité más que respirar. Su sabor explotó en mi boca mientras sus manos recorrían mi cuerpo con una delicadeza deliberada.

Sus caderas impactaban sin descanso contra mí. El roce de nuestros cuerpos amenazaba con hacer que yo también perdiera el control. El placer era delirante, tanto que ninguno de los dos controlábamos los sonidos que salían de nuestras gargantas o las ondas de poder que sacudían las paredes del palacio.

*—Quiero que toda la corte te oiga gritar mi nombre, Tiniebla. Quiero que todos sepan que eres mía.* —Sus dedos sortearon el espacio hasta mi centro y se hundieron en mi carne arrancando su nombre de mis labios hinchados*—. Eres mía, Elara. Y yo soy tuyo para siempre.*

Asentí incapaz de articular palabra mientras sus dedos bombeaban en mi interior y su palma me rozaba de la manera perfecta. Recorrí su pecho con mis labios buscando curar a besos el mapa de cicatrices de su piel. Callum se estremeció bajo mis caricias. Su pecho cubierto de cicatrices era la marea más hermosa que yo hubiera contemplado jamás.

—Dilo —suplicó ralentizando la fuerza de sus dedos.

Y, aunque su petición era profunda y ronca, había algo desesperado en ella. Algo en su voz oscura me retaba a desobedecer, a llevarle la contraria. Su sonrisa torcida leyó mis intenciones antes de que fuera capaz de azuzar a la bestia. Sus dedos se torcieron en mi interior alcanzando una parte perfecta que

me hizo temblar. Las palabras abandonaron mis labios de inmediato y le di lo que pedía sin remordimientos.

—Soy tuya Callum y tú eres mío.

La sonrisa que me regaló era digna de una obra de arte.

Sus sombras me acariciaron el cuerpo y su boca se tragó mis gemidos mientras sus dedos me sumían en la locura más absoluta. Un orgasmo liberador me recorrió el cuerpo mientras me fundía con los truenos de la tormenta.

Un gemido satisfecho abandonó su pecho volviéndome loca. No se separó de mí en ningún momento. Mientras mi cuerpo y mis emociones sorteaban la cresta de la ola, sus palabras me acariciaban casi tanto como sus dedos, sin parar de repetirme lo hermosa que era, lo mucho que me quería o lo feliz que se sentía de estar a mi lado.

Su lengua repasó el contorno de mi cicatriz y sus dedos se hundieron en la carne de mi trasero. Supe que dejarían marca y quise que lo hicieran.

—Me voy a volver loco si tardo un segundo más en probarte —gimió sin dejar de mirarme mientras me bajaba de la estantería y me guiaba de espaldas en dirección a la enorme cama con dosel.

Me tiró sobre las mantas mullidas con un empujón suave. Yo no podía dejar de mirarlo. Tenía el pelo alborotado por mis dedos, los labios hinchados y los dedos relucientes empapados en mi esencia.

El Guardián avanzó hacia mí, despacio. Me observaba con admiración y reverencia mientras los truenos coreaban con la Verdeluna liberados por un desenfreno totalmente diferente al que los azuzaba hacía apenas una hora.

—No sabes la de veces que he imaginado este momento. La de veces que me he corrido pensando en follarte en nuestra cama —confesó con la mirada encendida—. Me preguntaba si me oirías por

las noches. A veces deseaba que lo hicieras. Vivo desesperado por probarte desde hace meses.

Los tentáculos de sus sombras llegaron hasta mi centro y me acariciaron despacio. La carne todavía estaba sensible, lo que hizo que yo perdiera cualquier sentido de la decencia y me arqueara sobre nuestra cama suplicando que no parase nunca.

—Callum, por favor.

—Qué bonito suplicas, Tiniebla.

Su paciencia expiraba al ritmo de mis gemidos. Sus sombras deshicieron nuestra ropa. Lo poco que quedaba de la mía y la totalidad de las telas oscuras de la suya. Gemí su nombre vacía de sus labios. Cuando me incorporé, lo vi allí parado observándome con los ojos entornados.

Callum desnudo era glorioso.

Un pecado hecho Fae.

—Quiero tocarte —dije en un susurro.

—Puedes tocar todo lo que quieras. Nada te lo impide.

Me puse de rodillas sobre la cama y alargué una mano hasta rozar su tronco. Recorrí su magnitud primero con manos delicadas y caricias superficiales. Me deleité en la manera con la que solo el roce de mis manos hacía que sus caderas se movieran en mi dirección y sus jadeos se volvieran desordenados.

Decidí torturarlo un poco más. Rodeé su envergadura con manos firmes y comencé a tocarlo de verdad. Mis ojos no podían apartarse de los suyos. Yo vivía por la manera en la que se mordía el labio para controlar los gruñidos que mis caricias le provocaban. Tal vez él tenía razón y yo era una criatura cruel, porque en aquel momento solo existía para descontrolarlo.

*—¡Espíritus! Definitivamente serás mi perdición* —gimió en mi cabeza—. *La más perfecta de las torturas.*

Envalentonada por sus palabras y deseosa de ver cómo continuaba deshaciéndose bajo mis caricias me dispuse a arrodillarme frente a él. Lo deseaba tanto. Mi sexo palpitaba con sus palabras mientras mi poder exigía más. Callum leyó mis intenciones y antes de que pudiera agacharme atrapó mi rostro entre sus manos y me arrastró de vuelta a su boca. Me devoró con un gruñido satisfecho.

—Ven aquí —dijo entre besos—. Por mucho que deseé ver las maldades que puede hacer tu boca necesito estar dentro de ti ahora mismo.

Me dio la vuelta y me depositó con cuidado bocabajo sobre las sábanas mientras me besaba la espalda. Sentí como sus manos elevaban mis caderas y separaban mis piernas. Sus labios dejaron tras de sí un reguero de besos sobre mis pantorrillas, pasando por los muslos hasta llegar al trasero. Sus dientes mordían la piel sensible para calmarla con decenas de besos y caricias en su camino a mi centro.

—Tu olor me vuelve loco —murmuró poseído antes de descender sobre mi sexo.

Sus besos se volvieron implacables.

Yo luchaba por mantenerme consciente, por no caer en el abismo de sensaciones que me provocaba. Callum consiguió reducirme a un cuerpo tembloroso que respondía solo a sus caricias. Él gemía contra mi piel mientras me recordaba lo mucho que me amaba, lo loco que le volvía.

—Mira lo que me provocas, Tiniebla —dijo separándose de mi cuerpo para que pudiera ver como su propia mano acariciaba, desesperada, su miembro—. Eres mi adicción. Jamás tendré suficiente.

Yo sentía exactamente lo mismo. No podía esperar más.

Me di la vuelta entre sus brazos ayudándome de nuestras sombras y busqué sus hombros hasta traerlo de vuelta a mi boca. Jamás lo había visto sonreír así, tan relajado, tan presente. Cubrió su cuerpo con el mío y me perdí en mil jadeos mientras todo mi ser latía al ritmo de nuestros besos desesperados. Perdí la cuenta de las veces que acaricié su espalda o del número de latidos que se saltó mi corazón. Solo existía su peso contra mí, su sabor profundo y la realidad de lo que éramos, aunque no pudiera decirlo.

Alma Kindred o no, Callum llevaba mucho tiempo demostrándome que su único objetivo era protegerme y asegurarse de que fuera libre. Lo había dado todo por verme respirar. A su lado, reír no parecía tan complicado y las pesadillas pesaban menos.

La punta de su miembro rozó mi entrada y yo sentí que no sobreviviría a aquello. Después de esa noche, nada volvería a ser lo mismo. Lejos de hundirse en mi interior, Callum apartó el pelo de mi cara con manos delicadas y dejó que su nariz rozara la mía.

—¿Estás bien? —me preguntó con suavidad.

—Hace mucho tiempo que no he podido ocuparme de... Callum yo no... —me costó encontrar las palabras, pero él pareció entenderlas de inmediato.

—Yo tomo el tónico anticonceptivo, Elara.

Suspiré aliviada.

Los niños eran una bendición que todo Fae anhelaba y, aunque yo todavía no había decidido si ser madre era uno de mis sueños, sí que sabía que jamás lo sería en mitad de una guerra.

—Podemos parar si lo necesitas —ofreció con ternura.

—¡No! —dije volviendo a atraerlo sobre mí—. No se te ocurra alejarte.

Callum ahogó una maldición cuando me penetró. Durante unos segundos ambos permanecimos inmóviles mientras su cuerpo

temblaba dándome tiempo para adaptarme a la sensación. Respiré con lágrimas en los ojos sintiéndome plena con él dentro. Él besó mis mejillas y me devolvió una sonrisa repleta de la misma emoción.

—Tiniebla —susurró, aunque yo sabía que sus labios querían llamarme otra cosa.

Después comenzó a moverse. Al principio lo hizo despacio hasta que vio que mis caderas se elevaban para encontrarse con él. Entonces comenzó a moverse de verdad.

—Eres perfecta —susurró al tiempo que sus embestidas aumentaban de fuerza—. Eres jodidamente perfecta.

Me perdí en las palabras jadeantes que susurraba en mi cabeza y en las caricias incesantes que sus manos y sus sombras me regalaban.

*—Eres mi diosa, Elara. Seré tuyo hasta el fin de mis días.*

Callum miraba con ojos fascinados el punto en el que nuestros cuerpos se convertían en uno. Con el paso de los minutos sus movimientos se volvieron descontrolados. Con cada embestida giraba ligeramente las caderas tocando el punto exacto en el que lo necesitaba.

Yo sentía que subía y subía hacia un precipicio imposiblemente alto del que solo podría saltar si era junto a él. Como siempre, él supo entender mis necesidades sin palabras.

—*Rómpete, Elara* —me pidió tan desesperado como yo me sentía —. *Rómpete conmigo.*

Así que eso hicimos. Nos rompimos juntos en un estallido de ruina y sombra que compitió con los rayos enfurecidos que asolaban la cordillera. A su lado, partirse en mil pedazos fue nuestra manera de encontrarnos. Él no dejó de moverse, de repetirme una y otra vez cuánto me amaba. Mientras que yo, suspendida en un instante infinito, comprendí que el abismo siempre sería un cielo junto a él.

Con o sin vínculo, nosotros éramos para siempre y nuestras promesas sabían a infinitos.

—Te amo, Kindred —conseguí decir minutos más tarde mientras sus brazos me abrazaban con cariño y sus sombras nos escudaban del mundo.

—Te amo, Tiniebla.

# CAPÍTULO XLII

## Callum

**Sus manos creaban heridas abiertas. Heridas destinadas a sangrar para siempre.**

La Corte de las Sombras oscilaba con calma en lo alto de la montaña. El día era claro, como si la tormenta se hubiera llevado consigo los horrores que habíamos vivido en las últimas horas. Lo último que quería hacer en aquel momento era levantarme de nuestra cama y separarme de Elara. Sin embargo, Levi y Lía llevaban casi una hora tratando de ponerse en contacto conmigo. Suspiré resignado e intenté alargar aquellos segundos todo lo posible. Sabía que el Priorato de las Sombras nos había regalado un tiempo precioso, pero la guerra no esperaba a nadie.

Elara respiraba con profundidad entre mis brazos, serena y a salvo. Decidí dejar que durmiera un poco más, seguro de que, como yo, necesitaba descansar. Antes de levantarme, deposité un beso suave en sus labios y abandoné la cama en silencio.

Ni siquiera había andado un par de pasos cuando sus sombras tiraron de mí.

—¿A dónde crees que vas, Kindred? —murmuró todavía medio dormida—. No te he dado permiso para levantarte.

Dejé brotar la risa ronca que sus palabras me provocaron y me tumbé de nuevo junto a ella. Elara se estiró en mi dirección envuelta en mi camisa y las sábanas. Acaricié su estómago por debajo de las telas levantando una oleada de pelos de punta a mi paso. Sin poder contenerme, decidí posponer las responsabilidades durante unos instantes más. ¿Qué eran un par de minutos al fin y al cabo? Agarré su cadera y la atraje hacia mi cuerpo hasta que mi pecho desnudo entró en contacto con su espalda. Su jadeo de sorpresa fue como música para mis oídos.

—Adoro cuando me mangoneas, Tiniebla —dije contra su cuello—. Solo me da más ganas de buscar castigos con los que conseguir dejarte sin palabras.

—Si tus castigos se parecen a lo que ha pasado esta noche, me parece que te vas a hartar de escuchar mis contestaciones —murmuró con un suspiró encantado.

Estiró el cuello para darme mejor acceso al tiempo que mis manos recorrían su cuerpo explorando cada una de sus curvas. Elara emitía jadeos suaves que sonaban como cantos de sirena diseñados solo para mí.

—No deberías tentar a la suerte, Elara. ¿No te has enterado? Soy un monstruo —dije con la boca llena de su aroma.

Mis manos descendieron hasta su centro. Elara abrió las piernas inmediatamente y mi oscuridad ronroneó como un cachorrito bien entrenado. Encontré el punto de su cuerpo que le hacía estremecerse de placer. Lo acaricié lentamente. Lo hice despacio y sin apenas presión. Solo lo suficiente para volverla loca.

Elara protestó con un bufido indignado y su cadera comenzó a moverse buscando más. El movimiento hizo que su culo se presionara con fuerza contra mi abultada erección. La deseaba tanto..., no podía saciarme de ella. Todo lo que hacía me llevaba a

quererla más. Nunca sería suficiente. Quería hundirme en su interior hasta arrancar mi nombre de sus labios y sentir como su cuerpo me apretaba en la mejor de las torturas. Quería pasar mis noches explorando su cuerpo, encerrarla en aquel cuarto y no salir jamás.

Pero una guerra nos pisaba los talones, y yo estaba decidido a que ella sobreviviera.

—Eres un maldito peligro, Tiniebla.

Su risa ahogada me la puso todavía más dura, si es que eso era posible. Apliqué algo más de presión con mis dedos y ella suspiró aliviada. Tracé una serie de círculos deliberados sobre su piel al mismo ritmo que sus caderas. No paré hasta que sus respiraciones se volvieron desesperadas y sus jadeos cantaron mi nombre.

Empujé contra su cuerpo una única vez, al mismo tiempo que introducía dos dedos en su interior. El placer estalló tras mis párpados cerrados, pero me obligué a levantarme y actuar como si nada. Elara se giró con las mejillas sonrojadas y la cara pintada de indignación.

Jamás había estado más hermosa.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tengo una reunión que atender —dije como si nada.

No disimulé la sonrisa satisfecha que invadió mi rostro cuando vi la mueca de cabreo que le sobrevino. Conjuré mi ropa habitual, al mismo tiempo que mi magia depositaba sobre la cama uno de mis jerséis gastados que ella tanto adoraba usar. Ninguno de los dos habló, pero vi que levantaba una ceja sorprendida a la vez que sus ojos brillaron de emoción.

Testaruda hasta el final no dijo nada al respecto.

Completamente vestido y con ella todavía desnuda en la cama me incliné ligeramente sobre el colchón. Sin cesar nuestro contacto visual, introduje los dos dedos que segundos antes habían estado en

su interior en mi boca. Succioné con gusto disfrutando de su sabor dulce. Sus mejillas se volvieron todavía más rojas y sus respiraciones laboriosas.

Elara abrió la boca para decir algo, pero le agarré la barbilla con la mano libre.

—¿Sabes cuál es mi manera favorita de castigarte? —susurré.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cuál? —me preguntó.

Me incliné sobre ella y la besé despacio. Recorrí su boca con mi lengua una sola vez.

—La satisfacción aplazada.

Rocé su cicatriz como despedida con un dedo teñido de su poder y me encaminé hacia la salida. Desaparecí en un Salto Irisado antes de que pudiera responderme.

*—Voy a pasarme todo el día con tu sabor en mi boca. Cada vez que te vea sabré lo que esconden tus piernas. Por la noche veremos si suplicas lo suficientemente bonito para disfrutar de la segunda parte de mi castigo.*

Su presencia estrellada me lanzó un corte de mangas a través de nuestra conexión mental y yo sonreí como un idiota, sabedor de que, al otro lado, ella sonreía tanto como yo.

Horas más tarde el aire de Galamh crujió, envenenado, rompiendo el puñado de horas de paz inventada en la que nos habíamos atrevido a existir. Desde el interior del palacio un zumbido atronador hizo que se tambalearan las ventanas. Percibí su presencia, la de cientos de aquellas retorcidas criaturas, rompiendo las guardas. Las barreras de protección cayeron como piezas de dominó.

Mi oscuridad agarró con fuerza los límites de los hechizos protectores tratando de mantenerlos unidos, pero una magia viscosa

y muerta lo corroía todo a su paso. Una magia extraña y poderosa que no fui capaz de frenar.

Y, entonces, comenzaron los gritos.

Gritos como jamás habían sonado en Galamh.

—*Callum.* —Podía escuchar el horror en la voz de Elara.

Mis sombras me llevaron hasta ella en un parpadeo. Me materialicé a su lado en la escalinata exterior del palacio. Junto a ella el resto de mi familia contemplaba el cielo con una mezcla de decisión y pánico. Mis ojos volaron hacia el horizonte.

Lo primero que vi fueron las sombras del Priorato trazando una barrera protectora entre la inminente amenaza y los habitantes del palacio. Después, los vi a ellos. Medio centenar de Puka sobrevolaban la montaña que había sido nuestro refugio. Atrapados entre sus garras otro medio centenar de Fae gritaban desesperados. Desesperados y oliendo a la sangre de Elara.

—Si atacamos, podríamos herir a los rehenes —jadeó Levi con frustración.

—Ya están muertos —respondió Elara con la voz vacía.

Sus manos borboteaban bañadas en sombras de múltiples colores. Desde su mente me llegaban las notas amargas de su dolor. La conocía lo suficiente para saber que la culpabilidad ya había anidado en su interior.

—Incluso sin los rehenes, matar a tantos Puka a la vez es demasiado arriesgado —cortó Lía mientras sus ojos escudriñaban el cielo en busca de una solución—. Tenemos que encontrar otra manera de echarlos de aquí.

—No tenemos otra opción —rugió Elara.

Su poder hizo temblar la base de la montaña.

—¿Cómo espíritus han encontrado este sitio? —murmuró mi madre desde lo alto de las escaleras.

Pese a que la persona en cuestión estaba muerta, yo tenía un par de hipótesis al respecto. A nuestras espaldas mi madre guiaba a los trabajadores del palacio, asegurándose de que todos estuvieran a salvo detrás de nuestras protecciones. Mientras los Puka no pisaran el suelo de la cordillera, la magia de Galamh no podría hacer nada contra ellos.

Nox, por su parte, aullaba órdenes a los soldados estableciendo un perímetro de seguridad nuevo.

—Lía saca a todos de aquí a través del portal —pedí sin dejar de mirar a la bandada de Puka—. ¡Levi, ya sabes qué hacer!

—Yo me encargo de los de la zona norte, Nox, tú ve hacia el lado contrario. Tú y Elara concentraros en matar todos los que Nox y yo os enviemos.

Levi comenzó a bajar los escalones de tres en tres para iniciar su transformación. Elara y yo le seguimos de cerca. Nuestras sombras vibraban repletas de poder contenido, preparadas para atacar. Sin embargo, en cuanto nuestras botas rozaron la hierba, las criaturas emitieron un chirrido estrepitoso que nos obligó a taparnos lo oídos. Me doblé por la mitad, luchando por no perder a los monstruos de vista. Elara y Levi se encogieron sobre sí mismos imitando mis movimientos. Acto seguido, los cuerpos comenzaron a caer.

Durante unos segundos la montaña guardó silencio mientras los únicos ruidos que se oían eran los alaridos de horror de los Fae y el crujir de sus huesos contra el suelo. Tras unos instantes infinitos, un cementerio aguardaba frente a nosotros.

Escudriñé el cielo a la espera de anticipar el siguiente movimiento de los Puka, que no tardó en llegar. Decenas de cuerpos mutilados y aplastados por la caída se levantaron al unísono. Sus extremidades se retorcían en ángulos imposibles que me recordaron a los horrores contra los que habíamos luchado en la Corte del Bosque apenas

unos días atrás. Sentí como las montañas trataban de expulsarlos, pero la magia corrupta de Absalon parecía no tener fin.

Uno a uno, comenzaron a avanzar hacia nosotros. Fae de todas las cortes y de todas las edades se movían como un único ser con sonrisas inexpresivas en sus rostros manchados de sangre. Con una sola voz hecha de pesadillas y guerra, empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Me habéis robado. Tenéis algo que me pertenece. Así que yo he decidido pagaros con la misma moneda —susurró la voz de Absalon a través de sus bocas—. Tienes hasta la medianoche de mañana para volver a mi lado, criatura. De lo contrario, estas serán solo tus primeras víctimas. Ven a mí antes del eclipse y cumple tu destino.

La voz de Absalon murió después de un millar de ecos. Cuando sus últimas palabras desaparecieron en el viento, los cuerpos de los Fae volvieron a actuar. Todos desenfundaron cuchillos similares de entre sus ropas enmarañadas. Después, uno a uno, se clavaron los cuchillos en el corazón.

—¡NO! —chilló Elara.

Salió disparada en su dirección y yo tuve el tiempo justo de atraparla entre mis brazos antes de que alcanzara la línea de fuego. Ella se revolvió y ambos caímos al suelo. Me negué a soltarla. Elara golpeaba la tierra con puños sangrientos mientras los cuerpos seguían cayendo. Todos y cada uno de ellos con la misma herida que ella había creado en el pecho de Artio al final del torneo.

Sentía su dolor, su desesperación e impotencia al ver los cuerpos morir y caer. Quemaba tanto que me concentré solo en absorberla y hacerla mía.

—¡Te mataré!, ¿me oyes? ¡Te mataré, aunque sea lo último que haga! —gritó al firmamento mientras temblaba de rabia.

Los Puka se alejaron y desaparecieron en el cielo nublado. Las guardas volvieron a vibrar, liberadas de aquella magia extraña. Volvíamos a estar a salvo, aunque, por primera vez en mucho tiempo, no supe decir hasta cuándo. Aún con Elara entre mis brazos, reforcé los escudos.

—Tengo que ir —me dijo temblando.

—De ninguna manera —rugí.

Hacía tan solo unas horas sus brazos me habían sujetado rogando que nunca me alejara. Ahora, veía en sus ojos la determinación de sacrificarse. No lo permitiría.

—¡Callum! —gritó mi hermana desde las escalinatas—. Hay alguien al pie de la montaña que pide entrar. Varios de los soldados que están evacuando a los demás han subido para avisar.

Elara aprovechó el momento para levantarse.

—No es urgente. Encárgate tú, por favor —respondí sin separarme de Elara—. Amor, encontraremos otra manera. No puedes hacer lo que pide.

—No hay otra manera. Esto es culpa mía y solo yo puedo pararlo, ya escuchaste a Hunt.

Se deshizo de mi agarre y me enfrentó con la mirada desprovista de opciones. Antes de que yo pudiera rebatirla, mi hermana se interpuso entre ambos.

—Callum, escúchame, sí que es urgente. ¡Los soldados aseguran que es un Guardián! —gritó Lía.

Las palabras de Lía hicieron que tanto Elara como yo parásemos en seco. Intercambiamos una mirada confusa.

—¿Quién? —exigí.

—Allí abajo es todo un caos. No se entendía nada. Solo sé que es un hombre, así que eso descarta a Umbra y a Selene.

Nox llegó corriendo hasta nosotros en mitad de la discusión. A nuestras espaldas, Levi se transformó con un rugido que hizo temblar el agua de las cascadas de las lagunas. La descripción de mi hermana solo dejaba dos opciones posibles, ninguna de las cuales era un aliado. La mano de Elara encontró la mía, lista para saltar. Desesperado, busqué en sus ojos alguna manera de convencerla.

Lía se plantó frente a nosotros.

—Voy con vosotros.

—Lía necesito que alguien se quede aquí —dije con sumo cuidado.

—Y yo necesito estar con mi familia —respondió desafiante.

Elara me apretó la mano con cariño. Yo suspiré derrotado. Desde la escalinata mi madre asintió en mi dirección. Sin palabras, supe que ella se encargaría de todo en nuestra ausencia.

—Vamos —sentenció Elara, agarrando a Lía con su mano libre.

Nos deshice en una voluta de estrellas que se perdió en el espesor del momento. Medio segundo después nuestros pies se posaron sobre el terreno que descansaba debajo de la cordillera flotante. Desde el cielo, Levi rugió cubriendo nuestra posición con las fauces abiertas.

—¡Elara! —gritó una voz que todos reconocimos al instante—. Se la han llevado. Se han llevado a Orla.

Ese nombre impactó en Elara como un proyectil. Percibí como contenía el aliento, como su corazón galopaba sin control.

El Guardián de las Tormentas corría hacia nosotros ignorando los rugidos del centenar de soldados de las Sombras que se arremolinaban alrededor del portal. Su general, con la cara pálida, avanzaba a su lado con el mismo gesto de desesperación.

Elara comenzó a andar en su dirección por delante de los demás. Mis sombras salieron disparadas. No tuve remordimientos cuando

apreté dos tentáculos alrededor de sus cuellos frenando su carrera de un plumazo.

Las nubes teñían el día de un gris enrarecido que había borrado la mañana clara y apacible en la que habíamos amanecido. La Corte de las Sombras se preparaba para la batalla y su cielo lo sabía.

—Ni un paso más, Finnian —dije en un siseo varios metros por detrás.

Puede que nos hubiera ayudado a salir de la prisión de Umbra, pero no me fiaba un pelo de nadie, y menos de él cuando se trataba de la seguridad de su hermana.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mi mitad, precavida.

Aun así, yo podía sentir la preocupación en su voz. Apreté de nuevo mis sombras en la garganta de Finnian a modo de advertencia. Al ver que aquello era precisamente lo que le impedía hablar, Cían tomó la delantera.

—Absalon tiene a Orla, Elara —explicó el general de las Tormentas —. Aparecieron de la nada, cientos de ellos. Fue hace apenas unas horas. Llevamos toda la noche buscando, pero no logramos encontrarla. Y entonces llegó la voz de esa... cosa. Es un castigo por nuestra traición. Un castigo por ayudarte. Te quiere a ti, necesitamos que...

Levi rugió desde algún lugar un puñado de metros sobre nuestras cabezas. Una llamarada impactó contra el suelo a los pies de los Fae de las Tormentas obligándolos a retroceder. Mis sombras se apretaron todavía más en su garganta. Lía y Nox cerraron filas interponiendo su cuerpo entre el de los habitantes de las Tormentas y Elara.

—Si habéis venido en busca de otro sacrificio, vamos a tener un problema —advirtió Nox con varios tentáculos de sombras azuladas listos para atacar.

—Elara no va a ir a ninguna parte con vosotros.

Mi hermana cogió a Elara de la mano y yo sentí que me explotaba el corazón al ver como todos ellos la protegían. Eran su familia, nuestra familia.

—No he venido a pedir ningún sacrificio —aseguró Finnian con un hilo de voz.

El Guardián de las Tormentas tenía un aspecto horrible. Su pelo estaba enmarañado y unas ojeras profundas delataban que llevaba días sin dormir. Lo liberé del agarre de mis tentáculos para que pudiera hablar con claridad.

—He venido a suplicar, Elara —continuó—. No hay palabras para expresar la vergüenza y el arrepentimiento que siento por mis acciones las dos últimas veces que nos hemos visto. Orla es y será siempre mi prioridad. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero, en mi inquietud por salvarla, te he hecho cosas horribles. Cían y mi hermana llevan meses tratando de hacerme entrar en razón. Y, aun así, no fue hasta que vi cómo te trataba *esa cosa* en la prisión de Umbra cuando desperté.

Cían observaba a su Guardián y amigo con un gesto indescifrable. Sus ojos volaban constantemente de vuelta a Elara teñidos por el arrepentimiento más profundo. El Alto Fae había sido el único que había tratado de frenar a Finnian en el Cónclave. Por eso tenía mis respetos.

Elara observaba a Finnian con la mirada seria. Abrió su mente para dejar que mi presencia se abrazara a su alrededor. No necesitaba que yo la sostuviera y, aun así, me permitió entrar para acompañarla.

—Soy consciente de que no merezco tu ayuda. Estás en tu derecho de negarte. No te pido que hagas esto por mí. Te suplico que lo hagas por Orla. —El Guardián de las Tormentas dejó caer

ambas rodillas contra el suelo—. En la prisión dijiste que solo tú podías matar a Absalon. Dijiste que solo su muerte salvaría a mi hermana.

Elara tragó saliva y asintió.

Al lado de su Guardián, Cían imitó su postura.

—Hemos venido a suplicar que nos ayudes, Elara —continuó Finnian—. Y ofrecer la ayuda de nuestra corte. Sé cuántos son. Sé dónde están preparándose para llevar a cabo el ritual. Conozco sus debilidades, porque yo mismo he trabajado con ellos cegado por el miedo más absoluto. Así que he venido a ofrecer mi corte, mis Fae y mi magia. Haré cualquier cosa con tal de recuperar a mi hermana. Por favor.

—¿Conoces esos datos porque estabas colaborando con ellos? —preguntó Elara—. ¿Quién me dice a mí que esto no es otro de tus trucos?

El Guardián de las Tormentas se encogió como si las palabras de Elara le hubiesen asestado un golpe terrible. Percibí que la mente de Elara recorría el escudo abierto de Finnian. El Guardián permitió que ambos nos adentrásemos en su cabeza. En su interior solo había un miedo desmedido por su hermana y una determinación férrea a hacer cualquier cosa con tal de salvarla.

—Todo lo que he hecho, aunque equivocado, ha sido para salvarla.

Elara avanzó hasta situarse frente a él y dejó que todo su poder la rodease. Bajo las nubes y con los ojos teñidos de negro parecía una gloriosa pesadilla. El ser más hermoso que yo hubiera contemplado jamás.

—*Podría devorarte ahora mismo, Tiniebla* —ronroneé en su mente.

—*Después* —prometió ella— *Satisfacción aplazada, ¿recuerdas?*

Se plantó frente a Finnian y le elevó la cara por el mentón con delicadeza hasta que no tuvo más opción que enfrentarse a su

mirada. Yo dejé que nuestras sombras los rodearan, en el caso de que Finnian decidiera hacer algo estúpido.

—Desde que nos conocemos solo me has mentido, Finnian. Me ocultaste información que podría haberme salvado la vida. Entiendo la necesidad de proteger a tu familia y respeto que hagas lo necesario para salvar a Orla. Pero esa necesidad es la misma de la que te aprovechaste al obligarme a firmar el trato de sangre para participar en el torneo. Maté a Artio por culpa de ese trato. Me sacrifiqué para salvar a Orla. —Elara tomó aliento—. Y, aun así, cuando a pesar de eso sobreviví, decidiste hacerme tu *enemiga*. Déjame ser perfectamente clara, no hago esto por ti. Agradezco que me ayudaras a salir de esa prisión, pero no cometas el error de pensar, ni por un segundo, que confío en ti. Hago esto por Orla. En el momento en el que vea algo remotamente sospechoso hacia cualquiera de los miembros de *mi familia,* yo misma me encargaré de matarte. ¿Entendido?

Finnian tragó saliva e inclinó la cabeza en un asentimiento.

*—No parece que mienta, pero podría ser una trampa* —dije abriendo nuestra comunicación a los demás.

*—Tengo que ir, Callum. No puedo dejar que muera más gente por mi culpa. Especialmente Orla.*

*—Entonces vamos contigo.*

Los demás mandaron ráfagas de asentimiento y apoyo a través de nuestra red mental. Retiré mis sombras del Guardián y de su general por completo. Finnian respiró aliviado. A su lado, Cían se mantuvo en el suelo. El Fae temblaba sin poder parar de negar.

—Elara, lo siento tantísimo. Lo que dije la última vez que nos vimos no...

Ella se arrodilló frente a su amigo y le tapó la boca para que dejara de hablar. Ella negó con la cabeza antes de fundirse en un

abrazo con el general.

—Siento haberte dejado solo en el Palacio de la Dama. Necesitaba espacio y tiempo, pero no fue justo para ti que me fuera de aquella manera —escuché que le susurraba—. Los dos hemos hecho cosas mal. Vamos a pasar página.

Él la estrechó con fuerza y dejó escapar un suspiro de alivio. El momento fue breve, pero yo sabía que ella necesitaba recuperar a su amigo, pese al daño que se habían hecho.

—No sé cómo enfrentarme a él —confesó Elara al separarse—. La profecía lo deja bastante claro, no tenemos otra opción, yo tengo que...

Mi hermana dio un paso al frente.

—Puede que lo hayamos estado enfocando mal. La profecía es un trato, al fin y al cabo. En los tratos, las palabras importan. Se menciona varias veces que ambos iguales debéis morir. Pero ¿y si no fuerais iguales? Al menos de momento. —Lía se giró para mirarnos —. Pensadlo. Absalon solo será igual que Elara una vez que recupere su cuerpo y su poder total. En teoría, tal vez haya una oportunidad de matarlo sin que Elara corra peligro. Siempre y cuando continúe siendo un parásito y no lleve a cabo el ritual. Si lo matamos antes del eclipse, antes de que pruebe tu sangre, deberías estar a salvo.

Aquello era demasiado *tal vez* para mi gusto, pero era lo único que teníamos.

—Hunt dijo que el destino no se puede cambiar —murmuró Nox.

Elara dejó escapar una risa clara mientras sus ojos buscaban las primeras luces de la Verdeluna en el cielo encapotado. Su sonrisa era algo fuera de este mundo y yo quería ahogarme en ella.

—No sé vosotros, pero yo me fío más de Lía que de la palabra de un dios —respondió Elara con determinación.

Levi rugió en un asentimiento feroz por encima de nuestras cabezas.

# CAPÍTULO XLIII

## Elara

### No podía moverse. No podía hablar. No podía evitarlo.

El olor era el mismo.

El vaivén del palacio era el mismo.

El respirar de los espíritus en el Remolino era el mismo.

¿Por qué entonces todo se sentía distinto?

¿Era la ausencia de Orla?

¿O era acaso el retorno de una ladrona con alma de sombras?

Inspiré con recelo el olor familiar que me transportaba a una vida lejana que no parecía mía. La Corte de las Tormentas vibraba con la misma magia ligera y volátil que respiraba al compás de la montaña. El mismo poder que serpenteaba entre mis venas desde que tenía conciencia.

Mi oscuridad se arremolinó con cariño a mi alrededor.

Mi oscuridad y la suya.

—*Nuestra* —murmuró su voz en mi cabeza.

Callum continuaba encerrado en un despacho con Finnian y Selene. Un despacho que yo había abandonado hacía un par de horas. Necesitaba unos instantes para pensar a solas, lejos del ruido, lejos de las discusiones de guerra.

Desde la pequeña terraza observé como el sol comenzaba a descender tras las copas del Remolino. Tan solo quedaban un puñado de horas hasta la medianoche. A los pies de Adhair las cortes se preparaban para la batalla.

Las tropas de Selene habían llegado hacía apenas unas horas. Sus soldados se arremolinaban alrededor de las diferentes lagunas de Verdeluna. Sus ropajes y armaduras eran tan blancas y ligeras que creaban la ilusión de un ejército fantasma aguardando en las puertas del Bosque.

Dentro de una de esas lagunas, Echo nadaba en círculos sin perderme de vista. Mi Eólach nos había seguido de vuelta a la Corte de las Tormentas y ninguna de mis súplicas le habían convencido de quedarse en casa.

Los Fae de la Corte de las Sombras esperaban, pacientes, al resguardo de las últimas luces del día. Sus uniformes negros ondeaban al ritmo de las sombras de su Guardián. La magia de Callum rodeaba todo el castillo en una niebla espesa y mortífera. Nox y Levi iban de aquí para allá dando órdenes y asegurándose de que todo estuviera a punto. Mientras tanto, los soldados de Finnian afilaban sus espadas en silencio a la espera de que el momento de cruzar el portal llegara.

Fae expertos de todas las cortes implicadas llevaban casi un día trabajando en la creación de un portal Irisado que pudiera sobrepasar la magia protectora que Absalon había creado alrededor del claro. Nadie podía realizar un Salto Irisado directo a la región del Remolino que pertenecía a la Corte del Bosque. Muchos lo habían intentado y los resultados eran catastróficos.

En teoría, la magia combinada del portal permitiría un salto conjunto a las inmediaciones del claro. Una llegada silenciosa y que no hiciera saltar todas las alarmas. Ya que, para que el plan de Lía

funcionara, sorprender a nuestros enemigos era esencial. Hasta entonces, la niebla de Callum aseguraba que el enemigo no pudiera ver los números con los que contábamos. Los Guardianes pretendían sorprender a Absalon y a sus criaturas. Atacaríamos una hora antes del eclipse que coincidía con la medianoche.

Yo debía actuar como cebo distrayendo a Absalon y Umbra mientras las tropas entraban en el claro desde distintas posiciones. A pesar de que los números parecían estar de nuestro lado, lo cierto es que no podíamos descartar las criaturas que el semidios traería para luchar a su lado, los muertos que usaría como marionetas o los Fae a los que hubiera infectado con mi sangre.

De acuerdo con la corazonada de Lía, lo esencial era matar a Absalon antes del eclipse y evitar a toda costa que tomara mi sangre. El tiempo era justo, pero los portales no se construían de la noche a la mañana. Apenas estarían preparados a tiempo para partir una hora antes del eclipse.

Varios pisos por debajo, Cían elevó la vista en mi dirección. El general me saludó con la mano y una sonrisa triste desde el patio. Le devolví el saludo. Traté de retornar la sonrisa también, pero en su lugar solo fui capaz de emitir una mueca extraña.

—La traeremos de vuelta —me dijo moviendo los labios sin emitir sonidos.

Quise creer que el plan saldría bien y que salvaríamos a Orla. Pronto todo habría terminado. Cían sonrió de nuevo, esta vez con más seguridad, antes de volver a centrarse en sus tareas.

Después, la oscuridad se volvió más espesa en el balcón, ocultando mi figura y creando una pantalla oscura que sumió la habitación en la penumbra. Los brazos de Callum se materializaron alrededor de mi cuerpo y su aliento fresco me acarició el cuello y su aroma lo envolvió todo.

—Pensaba que ibas a descansar —susurró contra mi piel.

Cerré los ojos con un suspiro profundo ante el alivio de su cercanía. Él besó mi cuello con detenimiento, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y no hubiera una guerra esperando al otro lado del bosque.

—No puedo dormir —susurré—. No puedo parar de pensar en Orla allí sola. No puedo borrar el recuerdo de todos esos Fae muriendo por mi culpa...

Callum me arrulló en sus brazos. Sus labios calmaban mi desesperación en forma de besos suaves y caricias sanadoras.

—Él es quien está matando a esas personas —me dijo con un tono que no albergaba lugar a discusión—. No tú, Elara. Esto no es tu culpa.

Me di la vuelta entre sus brazos para poder mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿por qué me siento como si lo fuera?

Callum abrió la boca para volver a rebatirme, pero yo lo acallé con un beso que él respondió de inmediato. No quería hablar, ya que aquello solo traía angustia y culpa. Quería perderme en su presencia y atesorar su cercanía mientras todavía estábamos juntos. Mientras la batalla todavía era cosa del futuro. Enredé mis manos detrás de su cuello, disfrutando de la suavidad del pelo que acariciaba su nuca. Él cerró los ojos con un ronroneo a causa de mis caricias y yo proveché el momento para atrapar su labio inferior entre mis dientes.

—No hablemos más. Ayúdame a no pensar. Haz que el ruido desaparezca —suspiré antes de perderme entre sus labios.

Callum respondió a mi beso con ganas. Su lengua rodeó la mía y tomó el control de la situación agarrando mi cadera y atrayendo mi cuerpo contra el suyo. Sentí como su magia nos atrapaba, haciéndonos aparecer sobre las mantas suaves de la cama.

—Adoro hablar contigo —murmuró contra mi piel—. No puedes pedirme que no lo haga. ¿Qué será de mí, si no puedo provocarte?

Su boca recorría cualquier superficie visible. Mi cuello, mi mandíbula, mis labios. Los suyos dibujaron el mapa de la cicatriz de mi garganta con reverencia. Me estremecí arqueando la espalda en una petición silenciosa para que no se detuviera. Lo desearía siempre. Las cosas que me provocaban no se podían explicar con palabras. Un puñado de noches juntos no era suficiente.

Mis sombras actuaron por su cuenta. Se deshicieron de nuestras ropas hasta dejarnos a ambos desnudos. Callum emitió un sonido de aprobación contra mi cuerpo, mientras hacía descender una mano con lentitud por mi cuerpo. Me pellizcó el pecho antes de acariciar mis costillas con sus manos rugosas, que quería que me marcasen para siempre. Arañé su espalda dejando mis propias marcas, dispuesta a sentirlo todo.

—Yo diría que adoras discutir conmigo, Kindred —respondí con la voz entrecortada—. A lo que tú llamas provocar, yo lo llamaría...

Callum clavó sus dientes en mi clavícula al tiempo que su mano me daba un golpe ligero pero sonoro en el trasero. Una risa sorprendida escapó de mis labios haciéndome olvidar lo que iba a decir. Cuando levanté la vista entre risas, él me observaba con ojos brillantes y rebosantes de cariño. Se bebió el final de mi carcajada mientras me besaba hasta dejarme sin aliento. Sus dedos se hundieron en mi carne y mi risa se transformó en un gemido. Giró la muñeca para poder acariciarme también con el pulgar, trazando círculos con una presión perfecta.

—Pórtate bien, Tiniebla, o encontraré otros usos más productivos para esa boca.

Sus palabras encendieron algo atrevido en mi interior. Nunca había deseado tanto saborear a alguien. Esa vez fui yo quien usó nuestras

sombras para mover su cuerpo lejos del mío. Me deslicé sobre él con un único pensamiento en la cabeza: desatar al Guardián.

Agarré su erección con determinación y, antes de que Callum dijese nada, esparcí un sinfín de besos sobre aquella piel suave y perfecta. Sin dejar de apretar y acariciar con la mano dejé que mi lengua recorriera su longitud.

—¡Maldita sea! —gimió él, dejando caer la cabeza contra las almohadas e inclinando las caderas—. Enséñame que otras maldades sabe hacer esa boca.

Con una sonrisa triunfal, lo introduje en mi boca. Callum profirió otra ristra de maldiciones y alabanzas. Con cada pasada de mis labios perdía un poco más el control. Sus caderas se movían desesperadas reclamando mi boca. Sus manos encontraron mi cara, acariciando mis pómulos y acunaron mis movimientos.

Yo me dejé engullir por las sensaciones, por su sabor profundo y los ruidos que emitía. Me sentí poderosa y libre. Sentí que aquel momento era solo nuestro. Con cada minuto que pasaba, sus movimientos se volvían más erráticos y mi necesidad más creciente.

—¡Serás mi perdición, Elara! —jadeó él en una última embestida —. Ven aquí.

Cuando me separé, pude ver cómo me miraba con los ojos enloquecidos por el deseo. Atrapó mi garganta con su mano y me atrajo hasta su boca. Después, me devoró. Su beso era promesa y castigo. Era el inicio de una caída infinita. Lo único que podía romperme en mil pedazos perfectos. Mil pedazos que le pertenecían solo a él, pues solo Callum sabía recomponerlos.

Volvió a tumbarme sobre la cama y entró en mi interior haciendo que ambos nos atragantásemos en un gemido. Sus movimientos eran lentos, como si no tuviéramos ninguna prisa. Y lo cierto es que allí, perdida junto a él, sentí que todo era correcto.

—Mira cómo encajamos, Tiniebla —susurró contra mi oreja—. ¿Sientes lo perfecta que eres? Espíritus, quiero vivir enterrado en tu cuerpo perfecto para siempre.

Solo pude besarlo, porque no tenía palabras para describir lo que sentía en ese momento. El hilo de medianoche que nos unía vibraba con fuerza.

—*Kindred. Kindred. Kindred* —cantaba mi magia.

Quería gritarlo a los cuatro vientos. Quería decirlo tantas veces como fuera posible, hasta que no importara que él no pudiera hacerlo. Así que lo hice. Cada vez que nuestros cuerpos se encontraban, yo le susurraba aquellas palabras. Aquella realidad que ambos sentíamos, aunque solo yo pudiera expresarla.

—Dime lo que necesitas y lo haré tuyo —me pidió él mientras su cuerpo temblaba contra el mío.

—Necesito que este momento dure para siempre —supliqué.

Me regaló una sonrisa radiante empañada de todo lo que no podía decirme con palabras. Aquella noche durante varias horas, Callum consiguió crear un *para siempre* sobre aquella cama. Adoró mi cuerpo sin descanso y sin prisa. Me repitió una y mil veces que me amaba al tiempo que me hacía descender en un torbellino de placer y sentimiento. En sus brazos un segundo prometía infinitos y su boca en mi piel consiguió acallar los tambores de guerra.

Después de unas horas que atesoraría el resto de mis días, comprendí que el tiempo se me echaba encima. Me levanté en silencio, procurando no despertar a Callum que todavía dormía abrazado a mi cuerpo. Me vestí en la penumbra, tratando de ignorar la punzada de dolor que aguijonaba mis costillas.

Callum se despertó cuando mis labios rozaron su cuello, en un beso que sabía a despedida. Él se incorporó despacio mientras sus

ojos repasaban mi cuerpo ya vestido para la inminente batalla. Se sentó en el borde de la cama y sus sombras me atrajeron con cuidado hasta que situó mi cuerpo entre sus piernas abiertas.

—Todavía es pronto, Elara —murmuró con sus manos recorriendo mi espalda—. Aún nos quedan un par de horas.

—¿Qué haremos cuando todo haya acabado? —pregunté, acariciando su mejilla con mis manos enguantadas—. ¿Cuáles son tus expectativas?

—¿Expectativas? —preguntó con una risa, enterrando su nariz en mi cuello.

Yo no encontré otra manera de articular mis demonios, mi cabeza era un mar de dudas que buscaba a ciegas algo a lo que agarrarse más allá de aquella noche.

—Mi única expectativa es que seamos felices juntos, Elara. Lo que yo haga depende de lo que tú hagas. Mi sitio está contigo, así que mis deseos son los tuyos. Mientras me quieras a tu lado, por supuesto. —Depositó un beso en mi mejilla y yo sentí que explotaba de emoción—. ¿Qué querrás hacer tú cuando volvamos a casa?

Mi pecho se encogió al pensar en Galamh y en sus montañas.

Me lancé a soñar. Aunque fuera una mentira envenenada de esperanza.

—Quiero descansar —suspiré con una risa que sonó más como un suspiro—. Y después creo que me gustaría verlo todo. Descubrir cada rincón de Lyssandria o incluso averiguar qué hay más allá del mar. Aprender de dónde vienen los artefactos que robé durante tantos años en Nébula y buscar nuevos lugares que conocer. También me gustaría ayudar a crear una sociedad donde Altos y Bajos Fae sean iguales. Me gustaría gritarle al mundo lo bueno que eres. Me gustaría enterrar a mi madre. Me gustaría volver con un millón de historias que compartir con Lía por las noches en la

biblioteca. Me gustaría salir a volar con Levi mientras escucho sus parloteos. Me gustaría ver cómo Nox os machaca a ambos cazando ocasos. Me gustaría cultivar nuevas flores con tu madre en el invernadero, flores que traigamos de nuestros viajes. Me gustaría seguir creando figuritas de agua y sal para Echo. Me gustaría discutir contigo hasta terminar comiéndonos a besos —respondí con lágrimas en los ojos—. Me gustaría dormir cada noche entre tus brazos y despertar todas las mañanas con tu aroma.

Callum atrapó una lágrima silenciosa con uno de esos besos.

—Pues entonces eso haremos —aseguró, con ojos igual de brillantes que los míos antes de volver a besarme.

Me permití disfrutar de aquel último momento un segundo más. Me obligué a recordarlo todo: su sabor en mi boca, el peso de sus brazos sobre mi cuerpo, su aroma en mis venas. Aquel beso quedaría tatuado para siempre en mi alma. Allá a donde fuera, ese instante sería infinito.

Una vez estuve segura de que lo recordaría todo, dejé que mi magia quedara libre. Mi poder salió despacio al principio, despacio y en silencio para que no lo detectara. Tenía solo una oportunidad y no podía permitir, bajo ningún concepto, que él se percatara de mis intenciones. La fuente era inagotable, tanto que dejar que saliera se sintió como un alivio. Aún perdida en nuestro beso, encontré su respiración, la suya y la de los miles de Fae que esperaban en el castillo.

La Corte de las Tormentas vibró a mi alrededor. Su magia cantó un llanto triste pero comprensivo. Me ayudó a hacer lo imposible. Con cuidado, extraje el aire de todos y cada uno de sus pulmones. Mi oscuridad se estrechó por toda la corte, amortiguando sus caídas y ayudando a sumirlos a todos en un sueño profundo.

Al mismo tiempo, una estela brillante de mi poder combinado encontró la magia del portal y se enredó a su alrededor. Mis ondas se entremezclaron con las hebras que tan cuidadosamente habían creado los orfebres de todas las cortes hasta que el portal quedó inutilizado.

Al comprender lo que estaba haciendo, Callum se tensó contra mi cuerpo. Pero era demasiado tarde. Despegó los labios de los míos e intentó hablar, pero mi magia no se lo permitió. Sostuve su cuerpo y lo deposité con extremo cuidado sobre las sábanas cuando sus fuerzas fallaron.

—Perdóname, por favor —murmuré cuando vi como una lágrima de impotencia descendía hasta su comisura—. Te quiero pase lo que pase y te amo más que a nada, aunque no regrese.

Callum perdió el conocimiento con el dolor de una traición pintado en su rostro. Yo me obligué a salir de allí sin mirar atrás. Empuñé las dagas que él me había regalado y me tragué los sollozos. Dejé que la oscuridad me cubriera y me sumí en la noche en una carrera a contrarreloj hacia el Remolino.

# CAPÍTULO XLIV

## Elara

**Existían en el mundo tres tipos de pesadillas. Aquellas en las que volvía a hacer algo irreparable. Aquellas en las que llegaba demasiado tarde. Y aquellas en las que la perdía de nuevo.**

Montar a Echo sobre la superficie angosta del Remolino era una experiencia completamente distinta de hacerlo bajo el agua. Sobre su lomo incliné la cabeza hacia el cielo en busca del brillo de la Verdeluna. La luz esmeralda del satélite iluminaba el camino, pero una esfera oscura había comenzado a cubrir la imagen clara del astro. Aquel planeta lejano continuaba su avance, ajeno al destino que ayudaba a consolidar en su movimiento. El eclipse estaba cada vez más cerca y el tiempo se agotaba.

Si los espíritus eran testigos de mi vigilia atropellada, no se hicieron notar. Aun así, sentía sus ojos en cada esquina oscura escondida entre las ramas. Por instantes quise gritarles, rogar que me acompañaran, pero aquel era un viaje que debía hacer sola.

Mentir a los demás había dejado heridas en mi garganta, pero era la única manera de salvarlos. Pese a todo lo demás, de eso estaba segura, sabía que Hunt no mentía. El destino era cruel. Según el

dios de la Muerte también era inamovible y algo en mi interior no podía evitar creerle.

Unos metros más adelante percibí el cambio de la magia al cruzar la frontera entre las cortes. La Corte del Bosque aguardaba paciente y, en uno de sus claros, esperaba mi verdugo. El plan era sencillo, sacar a Orla de allí y matar a Absalon. En esos momentos sencillo y escueto eran lo mismo en mi cabeza, pero no me permití pensar demasiado en eso.

Desmonté en el instante en el que cruzamos la linde entre territorios. El poder de las Tormentas obedeció mi petición y suspendió tres de las seis dagas que llevaba varios metros por delante, haciendo que se perdieran en la maleza. Usé esas mismas partículas de aire bajo mis pies para amortiguar mis pasos y los de Echo y me serví de las sombras para ocultar nuestro avance.

Al entrar en las inmediaciones del claro, la presencia de las criaturas oscuras, sus susurros y el olor de mi propia sangre se volvió insoportable. Había llegado el momento y, por algún motivo, solo sentí calma. Una calma impregnada en miedo, pero calma, al fin y al cabo.

—*No entres en el claro, Echo* —le pedí a mi Eólach para que solo él pudiera escucharme—. *Espera a que libere a Orla y sácala de aquí. Llévala con Callum y los demás.*

Echo resopló indignado. Estaba claro que no le agradaba mi plan. Si por él fuera, me habría acompañado hasta el final. Bajo mi insistencia finalmente el Kelpie inclinó la cabeza y me acarició la cicatriz con su nariz. Me abracé a su cuello, dándole las gracias en silencio, y le devolví el beso en la cicatriz con labios temblorosos.

¿Cómo algo nacido del dolor y la pérdida podía unir tanto a dos seres imperfectos?

Me aparté despacio y esperé a que su figura se perdiera en la noche. Después, comencé a andar hacia el claro. Rebusqué en las profundidades de mi ser, pero la máscara de la ladrona del Archipiélago se resistía a salir con naturalidad. Aun así, me obligué a ponérmela una última vez.

Cuando estuve preparada, permití que el suelo crujiera bajo mis botas para anunciar mi llegada. Se hizo el silencio, y miles de ojos se posaron sobre mí.

—Sabía que vendrías, criatura. —La voz de Absalon atravesó el claro y tuve que obligarme a no reaccionar.

Él y Umbra estaban de pie en el centro de la explanada artificial. Los restos de troncos y raíces arrancadas arañaban el suelo dejando una estela de cicatrices a su paso.

Cientos de Altos y Bajos Fae rodeaban el perímetro y los alrededores. Todos armados hasta los dientes y con las sonrisas coloreadas de color carmesí por los restos de mi sangre. Al verme, rugieron como alimañas hambrientas.

Bajo la menguante luz de la Verdeluna, Umbra sonreía orgullosa.

Desde las copas de los árboles, agazapados entre las sombras, alcancé a distinguir cientos de criaturas distintas. Puka*,* Sith*, Sluagh.* Ya solo los Puka y la presencia inmortal de los *Sluagh* eran suficientes para plantar cara al ejército de las tres cortes. Tragué saliva.

¡Malditos espíritus! Si aquello salía mal, estábamos condenados.

Mis ojos chocaron de lleno con el único árbol que se mantenía en pie en mitad del claro. Al comprender qué estaba viendo, se me heló la sangre.

Orla estaba encadenada al tronco de aquel árbol con decenas de lianas y ramas espinadas que se clavaban a su alrededor. Sus preciosas alas transparentes vibraban a duras penas entre la maleza.

Pese a todo, ella seguía consciente y, al verme aparecer, comenzó a gritar.

Varias lianas rodearon su boca y su garganta con fuerza para evitar que hablara. Se revolvió contra las ataduras tratando de decirme algo, pero sus advertencias murieron engullidas por el bosque. Unas ondas negras y moradas sobrevolaban su piel, drenando su energía. Apreté los puños para no cometer una locura antes de tiempo.

Debía mantener la calma el tiempo suficiente para que mis armas y mi poder estuvieran listos para atacar.

—Ya estoy aquí. —Abrí los brazos desarmados en señal de rendición—. Tienes lo que querías, ahora deja que Orla se vaya.

Encontré la mirada vacía que Absalon me dirigía desde los rasgos moribundos de Tej. Su sonrisa putrefacta se ensanchó. Parecía que, si bien mi sangre había conseguido aumentar su fuerza, el cuerpo que parasitaba estaba en las últimas.

—Tú y tus exigencias, Hadaës —escupió Umbra a su lado.

La ignoré por completo, de nada me serviría enfrentarme a ella.

—*Aguanta, Orla. Voy a sacarte de aquí* —dije encontrando la mente de mi amiga—. *Cuando te liberes, corre hacia el bosque, Echo te estará esperando.*

Los ojos de Orla se hicieron enormes y supe que me había entendido. Sentí que su presencia fresca trataba de comunicarse conmigo, pero algo se lo impedía. Algo viscoso y corrupto que provenía de Absalon.

—Agradezco que hayas tenido la sensatez de seguir mis órdenes. Sin embargo, la princesa de las Tormentas no se irá a ninguna parte hasta que nosotros hayamos terminado; al fin y al cabo, necesito un seguro que me garantice que vas a colaborar. Después, tienes mi palabra de que será liberada.

Absalon avanzó unos pasos en mi dirección. Se deslizaba sobre la maleza como un ente incorpóreo. Su piel era casi transparente con venas moradas y azules que se adivinaban incluso en la oscuridad.

—Tu palabra no vale absolutamente nada para mí.

Mi negativa solo aumentó su sonrisa.

—¿Has reconsiderado mi oferta? Todavía estamos a tiempo de hacer esto por las buenas —ofreció con una dulzura pastosa.

El hombrecillo con alma de dios me miró con una sonrisa estridente, una suerte de mueca infeliz que prometía exactamente qué tipo de bondades ofrecía.

—Preferiría arrancarme los ojos con las garras de una de tus bestias —respondí en el mismo tono.

—Eso se puede organizar. Los Puka te tienen ganas desde hace tiempo. Nada es más sabroso para ellos que tu sangre especiada con miedo.

En el límite del claro las bestias graznaron con insistencia haciéndose eco de las amenazadas de su dueño.

—Para eso primero debería tenerte miedo. A ti o a ellos —dije imitando su sonrisa falsa—. Siento decepcionarte, Absalon, pero no me asustas. Me das asco.

Umbra lanzó un grito indignando al tiempo que una marabunta de rocas acristaladas salía disparada en mi dirección. Mis sombras las deshicieron en una neblina de piedra y escarcha sin que yo tuviera que levantar un dedo. Desde que había aprendido a abrazar el caos, mi control de las sombras era cada vez mejor. La Guardiana del Bosque me miró con evidente sorpresa. Aproveché el momento para que mis sombras comenzaran a reptar hasta ella muy lentamente. Una advertencia de la que Callum estaría orgulloso.

Mi poder latía expectante bajo cada capilar de mi cuerpo. La oscuridad pedía salir a jugar sin ataduras y yo me forcé a contenerla

un poco más.

—Asombroso —susurró Absalon mientras el polvo del ataque de Umbra se perdía en la noche—. Imagina el poder que lograrías alcanzar bajo mi tutela. Es una pena que le pongas cadenas a la grandeza. Tal vez un par de décadas encadenada a mi servicio te hagan cambiar de opinión.

Casi lo tenía donde quería, solo necesitaba que continuara hablando con su mirada puesta en mí y no en la tormenta que me estaba encargando de crear a su espalda.

—Si tus enseñanzas consisten en lo que he visto hasta ahora, no estoy interesada, gracias.

—¿Y qué hay de los Fae a los que ayudas? Ellos no se quedan atrás. Mucho menos tu Kindred, ahora que lo pienso. Todos han cometido pecados imperdonables. —Absalon inclinó la cabeza—. El Oscuro lo llaman, ¿no es así? Un giro interesante. He de confesar que vuestro vínculo me pilló por sorpresa. Una lástima que siga con vida, aunque sea por poco tiempo.

Mi oscuridad se revolvió haciendo temblar el suelo. Él volvió a sonreír con mi reacción, esa vez de verdad.

—No te conviene hablar de él en mi presencia —amenacé mientras trataba de no caer en sus provocaciones y mantener la calma.

Absalon levantó una ceja prácticamente despoblada y realizó un movimiento rápido con la mano. Decenas de pequeños portales se abrieron ante mis ojos. Al otro lado, sus criaturas de pesadillas aguardaban en silencio. No parecía que quisieran entrar al claro. De hecho, las criaturas estaban de espaldas: observando.

Un pueblo dormido apaciblemente en mitad de una cumbre helada.

Una pequeña aldea cerca del mar.

Un asentamiento entre las dunas del desierto.

—Y a ti te conviene controlar tu genio. No te gustará lo que mis pesadillas les harán a los habitantes de Lyssandria si yo pierdo los nervios. Puedo ser muy bueno, siempre que colabores, pero no cometas el error de subestimar los límites a los que llegaré para castigarte —amenazó Absalon—. Volviendo a tu Kindred, su padre tenía grandes esperanzas puestas en él. Desmond entendía mi visión de este mundo, dedicó su vida a hacerla realidad. Veo que su heredero no comparte su inteligencia. Una lástima.

Continué avanzando con cuidado como si quisiera llegar hasta Orla. En el silencio sepulcral, mis dagas y las ondas de mi poder rodeaban el claro a la carrera.

—Lo que es una pena son tus delirios de grandeza.

—Lyssandria merece un dios —respondió él como si nada.

—¿Y supongo que tú eres el único candidato?

Absalon se encogió de hombros.

Yo continué acumulando poder y dirigiendo mis armas escondidas entre las tinieblas del Remolino.

—Los Altos Fae nos habían repudiado. Los *Changeling* somos una amenaza para ellos. Temen mi poder y el de mis descendientes. *Tu poder*, criatura. ¿Qué crees que harán contigo, si consiguieras matarme? Te perseguirán igual que a mí. Nos temen y no quieren compartir su poder. No merecen respirar. No después de lo que me hicieron.

—No fueron los Fae quienes te mataron. Fueron tu madre y tu tía. —Me planté delante de él apenas a unos metros de distancia—. Dos de las únicas diosas verdaderas de Lyssandria.

Absalon arrugó la cara en un gesto de furia y comenzó a gritar. Yo aproveché el momento para usar las dagas por primera vez.

—¡ME TRAICIONARON! ¡COBARDES! ¡ESCORIA! —bramó escupiendo en el proceso. Los portales parpadearon con su pérdida de control—. Y, aun así, fracasaron. No se puede matar a un *dios.*

Mientras continuaba gritando como un energúmeno, las tres dagas que había dirigido hacia el lado contrario del claro a mi llegada impactaron contra su cuerpo frágil por la espalda. Su discurso se vio interrumpido por un borbotón de sangre que escapó de su garganta, a través de la cuchilla que lo atravesaba.

Escuché cómo, a nuestro alrededor, las criaturas gritaban, enloquecidas, pero no me permití prestarles atención. Por primera vez en mucho tiempo, dejé que la oscuridad y el poder que siempre mantenía atados salieran despedidos hacia mi objetivo. Mi ataque le golpeó de lleno en el pecho, compuesto por una hebra brillante tejida con la magia de las cinco cortes. El rostro de Tej se quedó congelado en una mueca extraña que no me dio tiempo a descifrar antes de que todo él desapareciera en una explosión de hueso y polvo.

No me permití saborear la victoria, todavía incrédula, busqué a Orla entre el caos de gritos, preparada para liberarla. Cuando nuestras miradas se encontraron fui testigo de cómo me miraba con lágrimas en los ojos y el más terrible de los horrores pintando su semblante.

Algo no iba bien.

La risa estridente de Umbra rompió el momento. Una sensación fría y viscosa invadió mi corazón.

—¡Ay, Hadaës, tu torpeza es lamentable! —resopló Umbra entre carcajadas mientras los restos de Absalon sobrevolaban el aire nocturno—. ¿De verdad creías que sería tan fácil? ¿De verdad pensabas que Absalon dejaría su seguridad en manos de un cuerpo que se descomponía por momentos? Tej no era más que su señuelo.

El pobre Fae apenas distinguía arriba de abajo desde hace años. No era más que una mera marioneta a su servicio para proteger a su verdadero anfitrión.

A pocos metros, Orla continuaba gritando sin voz mientras sus ojos imploraban que me marchara de allí.

—El alma de Absalon está en otro cuerpo. Un cuerpo sano y capaz con el que se fusionó hace años. Un cuerpo poderoso que tú conoces muy bien.

El pánico debía de ser más que evidente en mi semblante, tanto que Umbra hizo un puchero exagerado para burlarse.

—Pobre Hadaës. Tan solita y traicionada como siempre. A estas alturas supongo que Absalon ya habrá deshecho el pequeño paripé que has organizado en Adhair. ¿No oyes las pisadas, querida? Tus amigos están de camino.

Orla lloraba en silencio y comprendí que aquello era lo que había estado intentando decirme desde el principio. Absalon, el de verdad, era alguien a quien yo conocía. Alguien que llegaría camuflado con el resto.

—Pensaste que podías salvarlos a todos. No podías estar más equivocada. Absalon es caos y destrucción. Su objetivo no es solo recuperar sus poderes, sino destruir a todos aquellos que amenacen su orden. Empezando por tu patética familia.

Un millar de pasos apresurados y gritos de guerra resonaron a mi espalda. En el cielo, un Dracano rugió como si pretendiera que devolviera mi atención a la Verdeluna. Mis ojos volaron al firmamento y, al contemplarlo, mi corazón se saltó varios latidos.

El eclipse era inminente.

—Escucha con atención, escoria —susurró Umbra—. Esta es la música de tu funeral.

No alcancé a oír nada más. El claro estalló en una vorágine de caos y guerra y yo comprendí que habíamos perdido antes de empezar.

# CAPÍTULO XLV

## Callum

**En el fondo lo que más le dolió no fue la traición. Lo que más le dolió fue saber que no todo había sido mentira.**

El claro era un caos, nuestros ejércitos colisionaron con el de Umbra en un estruendo de mar, tormenta y bosque envuelto en sombras. Cientos de criaturas que solo habitaban en las pesadillas descendieron desde los árboles y yo decidí que había llegado el momento de dejar de pensar. La magia estalló en mi pecho y lo invadió todo. A su lado, un pequeño brillo plateado titiló en las profundidades de mi ser. Lo ignoré.

No me importó nada perder el control, tampoco quién estuviera en medio de los tentáculos de poder negro que lanzaba hacia el embrollo de figuras peleando. Lo único en lo que podía pensar era en llegar hasta ella y en matar a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

*—¿Dónde estás?* —rugí.

Antes de que pudiera responder, me abrí paso entre la maraña de cuerpos. Mis sombras cortaban y deshacían en hilos de sangre y nubes de hueso a cualquiera que no luchara en nuestro bando. En mi flanco derecho, Nox comandaba a nuestro batallón, acabando

con las jaurías de Sith que no paraban de surgir desde las profundidades del bosque. Desde la linde del claro, mi hermana gritaba órdenes a los grupos de guerreros de largo alcance que utilizaban sus sombras para mantener a raya a los Puka y a las hordas de *Sluagh* que no cesaban de llegar. No quería ni pensar de dónde habían sacado Umbra y Absalon tantos cuerpos que manipular.

Era un total y completo infierno. Por cada cadáver que conseguíamos tumbar resurgían tres más. Ya fueran soldados caídos de su bando o del nuestro. La magia corrupta de Absalon utilizaba nuestras pérdidas y las suyas contra nosotros.

Busqué a Tej entre la marea de cuerpos y vísceras, pero el hombrecillo no se encontraba cerca de Umbra. De hecho, ni siquiera podía sentir su presencia en el claro.

Los soldados de Finnian se enfrentaban sin descanso a las tropas del Bosque dirigidos por su Guardián y su general. Los luchadores de Selene, con su Guardiana al mando, trataban de curar a los heridos y de contrarrestar las decenas de portales que flotaban suspendidos en el aire alimentando pesadillas sin cesar a la batalla.

Mi cabeza solo era capaz de repetir la despedida de Elara antes de dejarme inconsciente y la pena que había visto en su mirada. No sabía si sentir admiración ante su poder, o pánico al tener la confirmación de lo que ella estaba dispuesta a hacer con tal de salvarnos.

—*Tiniebla, respóndeme.*

Mis ojos la encontraron en el centro del claro.

Su poder era indescriptible. Sus sombras, cuajadas de briznas de la magia de todas las cortes, rodeaban un árbol hueco. En la base de su trono retorcido estaba atada Orla. El tiempo y el suelo temblaban con sus movimientos mientras, frente al árbol, Umbra

comandaba una agrupación de soldados que hacían lo que podían para contrarrestar las acometidas de Elara. Ella luchaba con todas sus fuerzas para liberar a la princesa, pero, por cada rama que cortaba, Umbra y sus secuaces creaban diez más.

Comprendí que se estaba conteniendo por miedo a hacerle daño a su amiga. Mis tentáculos de sombras atravesaron el claro en una exhalación. Me deshice de los soldados y del yugo de la princesa de un plumazo. Orla se desplomó, viva pero inconsciente y Elara aprovechó la oportunidad para crear un escudo protector sobre ella. Después, siguió el recorrido de mis sombras hasta encontrarme.

Corté la distancia que nos separaba en un Salto Irisado. Una vez en mis brazos recorrí su cuerpo en busca de heridas. Estaba cubierta de sangre, pero la mayoría no era suya. Adoré verla fuerte, letal y valiente, bañada en la sangre de nuestros enemigos.

No hubo tiempo para palabras de reproche o arrepentimiento, aunque lo hubiera habido, en aquel momento solo me importaba saber que estaba respirando. La mente de Elara envolvió la mía encerrándonos a ambos en una burbuja impenetrable. No dejó espacio para que entrara el resto del Priorato de las Sombras.

*—Callum, hay un traidor entre nosotros. He matado a Tej, pero no ha servido de nada* —susurró en mi mente para que solo yo pudiera oírla—. *Absalon tiene un segundo cuerpo y es alguien que conocemos.*

No tenía palabras para expresar lo orgulloso que me sentía y lo enfadado que estaba con ella. Tampoco existían palabras para describir el miedo feroz que aquella traición me provocaba.

*—¿Quién?* —No estaba seguro de querer saber la respuesta.

*—No sé quién es. Pero está aquí.* —Sus ojos volvieron al cielo que oscurecía por momentos—. *Hay que encontrar a Absalon antes del eclipse. Casi no queda tiempo.*

Un estallido nos devolvió a la batalla. A pesar de nuestra ventaja en número, estábamos perdiendo. Nuestras pérdidas eran sus ganancias. Allí donde estuviera, Absalon se servía de los muertos para arremeter contra nuestras tropas sin descanso. Una y otra vez.

—*Callum, no tenía otra opción* —murmuró en mi cabeza dejando atrás los ruidos de la batalla—. *No podía permitir que os hicieran daño. Hunt tenía razón, solo yo puedo matarlo. La profecía no miente, tienes que creerme.*

—*Si caemos, caemos juntos, Tiniebla* —dije, esquivando una garra negruzca que sobrevoló demasiado cerca de nuestras cabezas.

No había tiempo para detenernos a analizar sus acciones. Yo sabía que su única intención había sido protegernos y solo por eso la amaba todavía más. Ya me encargaría de demostrarle mi cabreo de mil maneras más placenteras cuando todo hubiera terminado.

Recorrí el claro con ojos expertos en busca de algo que pudiera ayudarnos.

—Los movimientos y los ataques de los *Sluagh* siempre siguen un patrón. Fíjate —señalé hacia la parte oeste del claro, desde donde en aquellos instantes se centraba la actividad de los monstruos—, Umbra está al otro lado del claro, no puede ser ella quién los esté creando. Solo hay que encontrar dónde está el origen y tendremos a Absalon. Hay que conseguir matar a un grupo grande a la vez. La siguiente horda que mande debería estar cerca de su posición. Conjurar *Sluagh* es costoso y precisa de contacto visual. Si matamos a suficientes de golpe, el siguiente grupo nos permitirá saber dónde se esconde.

Un rugido profundo atravesó la noche. En el cielo, Levi lanzaba llamaradas sin descanso a las distintas bandadas de Puka que arremetían contra él.

—Bebe —pidió Elara.

La miré confuso hasta que reparé en el brazo ensangrentado que me tendía. Se había abierto un corte que ya había comenzado a sanar.

—Elara no puedo hacer eso.

—Te dará fuerza y necesitamos toda la fuerza que podamos conseguir, Callum. Tú eres el único que puede usarla de manera segura.

—No puedo hacerlo, no está bien.

—Me gusta tan poco como a ti, pero nos estamos quedando sin opciones —insistió, y me acercó más el brazo sangrante—. No confío en nadie más, por favor.

Quise decirle que no tenía que suplicar, le daría todo mi mundo sin rechistar. No me permití darle demasiadas vueltas, su sangre era una ventaja que podíamos usar a nuestro favor. Si ella me pedía que la tomara, entonces así lo haría.

Besé su piel con cariño antes de repasar con la lengua el líquido que brotaba de sus venas. El sabor metálico se instaló en mi garganta, seguido de un torrente de energía y magia que se precipitó por mi organismo.

Al separarme, una fina capa de escharcha cubrió la herida, sanándola casi al instante.

—Mátalos a todos —deseó mi Tiniebla.

Quise devorarla allí mismo, pero un estruendo nos obligó a separarnos. Las raíces de Umbra estaban abriendo grandes socavones en el suelo e iban directas hacia nosotros. Antes de que nos alcanzaran, Elara desapareció impulsada por sus sombras y yo la imité.

Enterrado de nuevo en el caos de la batalla, volví a sentir aquel brillo plateado que palpitaba en mi interior. Era una magia extraña, ligera y cambiante. La había sentido por primera vez en la Corte del

Bosque antes de que se llevaran a Elara. Intrigado, busqué su núcleo mientras mis sombras acababan con media docena de Puka de un plumazo. Las llamas de Levi los incineraron al segundo. Con la sangre de Elara, mi fuerza no conocía límites.

Alcancé esa brizna plateada y tiré con suavidad. El mundo cambió de color a mi alrededor. En un instante, el claro se sumió en una amalgama de estelas plateadas que zumbaban de árbol en árbol. Tardé unos segundos en comprender qué estaba viendo, cuando lo hice, todo cobró sentido.

Eran espíritus.

Volví a tirar de la llama de plata hasta conseguir llevarla directa a la superficie. Cuando lo hice, el poder se contagió de mi fuerza, de mi intención. Los espíritus cesaron su baile indeciso y percibí todos sus ojos clavados en mí. Asombrado, comprendí el misterio que había detrás del poder que la Dama de la Noche me había brindado: podía comandar a los espíritus.

Solo tuve que pensarlo y estos se lanzaron a atacar. Bajo sus estelas de plata líquida, los *Sluagh* caían como moscas. Sus cabezas explotaban en oleadas plateadas a lo largo de todo el claro. Acompañados de mis sombras, inundaron la batalla como una ola imparable. Una marea de magia ancestral que lo consumía todo. Perdí la noción del tiempo, el espacio y la conciencia. El tsunami de espíritus se movía bajo mis órdenes al mismo tiempo que mis sombras se metían en todas las mentes enemigas que encontraban a su paso con un único objetivo: destruir, matar, aniquilar.

—¡Callum! —gritó Elara desde el otro lado del claro.

Sumido en la magia plateada de los espíritus ni siquiera percibí el ataque de la Guardiana del Bosque hasta que fue demasiado tarde. No vi venir las raíces espinadas y reforzadas con diamantes oscuros

hasta que la advertencia de Elara me obligó a girarme. Me preparé para recibir el impacto. Sin embargo, el dolor nunca llegó.

En su lugar, percibí la vibración de una magia que conocía bien, tanto que su cadencia encendió algo dormido en mi corazón pues llevaba más de ciento cincuenta años sin sentirla a mi lado. Me giré a tiempo de ver cómo unas sombras familiares de color escarlata que llevaba más de un siglo sin contemplar suspendían a Umbra en el aire.

La Guardiana gritó presa del pánico.

—No toques a mi hermano —rugió Lía a sus pies.

Su oscuridad atravesó el pecho de Umbra con un grito atronador que resonaría para siempre en el Remolino. Lía rugía con la misma rabia que palpitaba en mi interior. Su poder, que era de un color rojo sangre, cubría hasta el último centímetro de su piel. Lo poco que quedaba de mi corazón lloró por ella, orgulloso y, aun así, repleto de cólera. Sabía el dolor que aquella acción le provocaría y conocía de primera mano las imágenes que arrasarían su mente al hacerlo.

Y pese a todo, Lía elevó el mentón con orgullo y sonrió cuando la sangre de Umbra se mezcló con sus sombras. Sus ojos, los mismos que los de mi madre, eran un cielo teñido de rayos y rabia. Su poder, como el mío, era uno de los más fuertes en toda Lyssandria. Si alguien, además de uno de los cinco Guardianes o Elara, podía acabar con Umbra, esa era mi hermana.

El cuerpo sin vida de Umbra se precipitó al vacío y se perdió en los confines de una de las zanjas que ella misma había creado. La Corte del Bosque tembló en un tumulto de corteza y caliza. A lo lejos, en algún punto perdido de la corte pude sentir como un nuevo Guardián despertaba.

Al principio pensé que fue aquello lo que sumió al claro en un silencio atronador, pero no podía estar más equivocado. El tiempo se

detuvo en seco al tiempo que un Dracano rugía en el cielo a la inexistente Verdeluna. A mi espalda, alcancé a escuchar mi nombre estrangulado escapando de los labios de Elara.

—Callum.

No era una llamada de auxilio, era una petición desesperada para que saliéramos de allí.

Lo vi en el horror que reflejaba la cara de mi hermana antes de girarme. Lo supe en el momento en el que los escudos de Elara se cerraron con fuerza impidiéndome entrar.

En mitad del cielo oscuro la Verdeluna había desaparecido detrás de un planeta lejano, pero yo solo tenía ojos para la espada que amenazaba el cuello de mi Tiniebla y para la persona que la empuñaba.

Con un movimiento rápido su dueño realizó un corte superficial en su clavícula. Contemplé con pavor como unos labios contorsionados en una mueca de triunfo succionaban con ganas durante unos segundos interminables bebiendo su sangre. Encerrada entre sus brazos, Elara gritó de dolor.

Absalon levantó la cabeza con un bramido triunfal acompañado de un latido de poder viscoso que hizo temblar el bosque de nuevo. Su lengua repasó los restos de la sangre de Elara en sus labios con gusto. Los ojos que se enfrentaron al claro cuando terminó eran unos repletos de tormentas.

—Qué maravilla estar de vuelta —ronroneó Absalon a través de la boca de Cían.

# CAPÍTULO XLVI

## Elara

**No era demasiado tarde. Todavía les quedaban infinidad de «para siempres». Él mismo se encargaría de conjurarlos.**

En mitad de la batalla, el destino hincó sus colmillos en mi carne. Una mordedura que selló mi suerte y detuvo el tiempo. Absalon empuñó la espada contra mis costillas. Acto seguido, el veneno de Puka penetró lento, como lo había hecho en la prisión, y consiguió nublar el acceso a mis habilidades.

Comprendí que, a veces, un instante puede estar compuesto de mundos enteros. Con los dientes de Cían rasgando mi piel y el grito de Callum pintando muertes, fui consciente de muchas realidades a la vez.

El goteo constante de mi sangre.

La fuerza inamovible con la que un dios se aferraba a mí.

El suspiro de la luz fantasma de un eclipse.

El final de una profecía que, en el mejor de los casos, anunciaba mi muerte.

La oscuridad fue incapaz acudir a mi llamada y comprendí también que al destino le gustaban las ironías. Al parecer, se podía echar de menos algo que siempre habías temido.

—¿Por qué él? —jadeé cuando su mano volvió a mi cuello y apretó con fuerza.

Había estado concienciada para matar a un monstruo con piel de lobo. Pero matar a uno con la cara de un amigo, para eso no sabía si estaba preparada.

El agarré de Absalon —a través del cuerpo de *Cían*— era devastador. El semidios volvía a estar completo. Necesitaba distraerlo para ganar distancia. Aquella espada impregnada de veneno ardía sobre mi piel y debía encontrar la manera de librarme de ella.

—¿Es que tiene que haber un porqué, Elara?

Me estremecí al escuchar el desdén en aquella voz que tantos buenos momentos me había dado. Una voz con la que había compartido miedos y risas.

—Todo este tiempo sabías quién era yo —conseguí decir—. Has estado jugando conmigo.

A nuestro alrededor, todo era caos y muerte. A pesar de que una neblina espesa compuesta por las volutas envenenadas de Absalon nos ocultaba del fragor de la batalla, yo seguía oyendo sus gritos. Podía sentir cómo los cuerpos sucumbían solo para volver a levantarse. Los portales no cesaban de vomitar más y más monstruos, y, aunque los demás hacían lo que podían para mantenerlos a raya, solo había una manera de acabar con tanta muerte.

—Aunque me gustaría decir que lo supe desde el principio, lo cierto es que la Dama de la Noche ha hecho un buen trabajo escondiéndoos de mí todos estos años. Es incapaz de meterse en sus asuntos —murmuró contra mi cara como si se hubiera olvidado de que sus manazas todavía me estaban estrangulando—. En cualquier caso, lo sospeché cuando atrapaste al *whisp* y pude

confirmarlo después de la primera prueba. Solo una de mis descendientes podría utilizar la magia de más de una corte. La escarcha que curó tus heridas aquel día te delató.

En mi cabeza podía sentir de manera lejana cómo los puños de Callum luchaban para que le dejara entrar, pero el veneno había hecho efecto y apenas era capaz de percibirlo, mucho menos de comunicarme con él.

—¿Por qué él? —volví a preguntar mientras luchaba por zafarme —. ¿Fue algo real, acaso?

Aunque mis fuerzas comenzaban a flaquear no pude evitar repasar todos los momentos que habíamos pasado juntos. No alcanzaba a comprender cómo todo podía ser una simple mentira, su preocupación durante el Cónclave me había parecido genuina. Al igual que su dolor al dejarlo atrás mientras el castillo se derrumbaba.

Absalon retorció la hoja de su espada contra mi cuerpo hasta que consiguió arrancarme varios gritos de dolor. El veneno me quemaba por dentro.

—Llevo intentando recuperar lo que es mío varios milenios, Elara. Al principio, cuando mi padre rescató lo poco que quedaba de mi esencia, yo estaba demasiado débil. Él hizo lo impensable para traerme de vuelta, teniendo en cuenta que era un humano sin poderes. —Conforme hablaba, lenguas de su poder bebían de los regueros de sangre que él mismo había creado—. Al principio me servía de criaturas débiles y pequeñas. Las diosas, incluida mi madre, dejaron olvidado un pedazo de mi alma, pues no fueron capaces de matarme por completo al no ser mis iguales. El proceso de reconstruirla ha sido tedioso. Tardé más de mil años en conseguir poseer a mi primer Fae con éxito. Su cuerpo tan solo me sostuvo

durante una década. Un suspiro para un dios, pero el tiempo suficiente para comenzar a reconstruir mi legado.

Absalón me elevó con un solo brazo, y me volteó en el aire para mirarme a los ojos. Me agarré a su mano, arañando y golpeando. El rostro de Cían se retorció en una sonrisa demasiado familiar.

—Aunque te resistas a creerlo, los Fae son criaturas débiles y ávidas de poder que temen la inmensidad de lo que nosotros somos. No te merecen, Elara. Jamás lo harán —suspiró—. Fue demasiado fácil construir un ejército silencioso que se extendiera por Lyssandria bajo mi mando. Si algo he tenido durante todo este proceso es tiempo. Un dios puede permitirse ser paciente. Especialmente cuando todo lo que necesitaba para convencer a mis súbitos era la promesa de convertirse en dioses. —Absalon se rio sin ganas—. Menuda sorpresa, ¿verdad? Al final todos quieren ser dioses como nosotros. ¿Cómo es el dicho? Si no puedes con tu enemigo, únete a él. Generación tras generación me han ayudado, han obedecido mis órdenes. Algunos con más entusiasmo que otros. He de reconocer que la pérdida de Desmond fue un duro golpe para mi campaña. El descuido de tu padre nos costó llamar la atención de la Dama de la Noche y sus dichosos espíritus.

—Nunca tuviste intención de convertirlos en dioses —acusé hablando a duras penas a través de su agarre.

—¿Por qué crearía dioses, cuando lo único que deseo es aplastarlos como los seres insignificantes que son? —respondió escupiendo cada palabra.

—Cían jamás habría querido ayudarte.

—¡Oh, criatura! Cían nunca existió, al menos no sin mí. —Se quedó en silencio durante unos segundos disfrutando del dolor que sabía que mi rostro reflejaba—. Después de años teniendo que cambiar de cuerpo cada varias décadas, decidí probar algo diferente.

Acostumbraba a habitar un par de Fae adultos que fueran poderosos, pero sus mentes no dejaban de oponer resistencia. Un estorbo. Por lo que me aventuré a probar con el cuerpo de un infante. Ya sé lo que estás pensando, eso retrasaría mis planes medio siglo hasta que madurase por completo, pero mereció la pena. Su mente creció fusionada con la mía, haciendo que controlarlo fuera pan comido.

Con cada horrible palabra que pronunciaba, la neblina a nuestro alrededor se difuminaba más y la fuerza de su mano disminuía.

—Cuando uno de mis más fieles seguidores dio la bienvenida a su primer hijo, un niño fuerte y poderoso, supe que había encontrado al indicado. El general de las Tormentas cedió a su primogénito en un alarde de lealtad. Este cuerpo me ha servido bien durante estos años y continuará sirviéndome ahora hasta la eternidad. Gracias a ti, por fin, es mío por completo. Por fin puedo librarme de sus quejidos incesantes. Mi sangre corre por sus venas, mi poder late en su pecho. He sido hecho de nuevo.

—Entonces, ¿Cían sí que estaba presente?

Sabía que solo podía esperar mentiras de Absalon. Para mi sorpresa, los ojos del semidios vacilaron al mismo tiempo que un ligero temblor sacudió su agarre alrededor de mi cuello.

—Se resistió durante un tiempo, pero su vida siempre fue mía.

Absalon recogió una lágrima que no sabía que había derramado de mi rostro. La observó suspendida en la yema de su dedo.

—¿Qué pasa, criatura? ¿Te sorprende que todo este tiempo hayamos sido tú y yo? —ronroneó—. Tal vez quieras reconsiderar de qué lado estás. Siempre he sentido debilidad por otros mestizos. Somos hijos de dos mundos, seres perdidos para siempre en un intermedio. Mi corte y mi legado están hechos de metales compuestos pendientes de pulir. Todavía hay sitio para ti a mi lado.

—La libertad real no existe con un tirano al mando, por muy maltratado que haya sido —forcé con las pocas fuerzas que me quedaban.

El escudo de sombras vibró a nuestro alrededor. Al otro lado, la magia de Callum hizo temblar el suelo.

—Es insistente, lo reconozco —suspiró Absalon—. Una pena que vaya a morir.

Los tentáculos de Callum volvieron a arremeter contra la neblina, consiguiendo abrir una brecha en las defensas de Absalon. Como una centella, una sombra verde que sabría reconocer en cualquier parte atravesó el agujero en una exhalación.

Echo impactó al galope contra mi captor, envuelto en una serie de explosiones que quemaron su precioso pelaje. La fuerza del choque hizo que Absalon me soltara y que su escudo se viniera abajo. Aproveché el momento para arrancar la espada de mis costillas y cubrir la herida con una escarcha débil, que fue lo único que pude conjurar mientras mi cuerpo procesaba el veneno.

Desde el suelo fui testigo de cómo una ráfaga de poder viciado arremetía contra Echo en forma de espada. Absalon sonrió al abrir su cuello al mismo tiempo que mi Eólach emitía un último resoplido antes de desplomarse.

En su garganta, la cicatriz que nos había unido sangraba, abierta de nuevo. Sus grandes ojos blancos me encontraron segundos antes de apagarse para siempre.

—¡Echo, no! —chillé, presa del pánico, aunque ya era demasiado tarde.

Con el escudo de Absalon fuera de combate sus criaturas acudieron a mí como un enjambre enloquecido. Esquivé el ataque de un Sith en el último segundo a tiempo de ver cómo desde el otro lado del claro media docena de estacas de hielo atravesaban a la

criatura. Selene asintió en mi dirección. A su lado, Onem y Vitrio trabajaban espalda con espalda.

Me incorporé como pude, dispuesta a acabar con aquello de una vez por todas. Oteé el horizonte en busca de mi adversario. Entre los restos del arrasado terreno, Finnian sostenía a su hermana, que apenas podía moverse con una marabunta de ondas moradas recorriendo rabiosas todo su cuerpo.

—¡ELARA! —avisó Finnian, señalando a mi espalda.

Tuve el tiempo justo para girarme y bloquear la estocada de la espada de Absalon con una daga. Sin embargo, mi antepasado luchaba con unos movimientos que yo conocía a la perfección. Las lecciones de Cían volvieron a mí en forma de memoria muscular.

—¿Cómo has podido hacerle esto a Orla? —siseé.

—Hice lo necesario para sobrevivir —gruñó mientras trataba de controlar un tembleque violento que asolaba la parte derecha de su cuerpo.

Absalon arremetió con todas sus fuerzas, pero cuando chocó conmigo, yo estaba preparada. Relajé las rodillas y flexioné la espalda, esquivando su arma y haciendo que Absalon perdiera el equilibrio.

Golpeé su espalda con una patada contundente impulsada por la fuerza de las Tormentas. Después, invoqué dos raíces para tratar de contener sus brazos, pero sus sombras las hicieron pedazos. La oscuridad salió disparada desde mi pecho directa hacia el suyo. Absalon recibió el ataque sin miedo absorbiendo mis sombras sin esfuerzos.

Un dolor ácido me atravesó la pierna. Cuando bajé la mirada las garras de un Puka enorme se hundían alrededor de mi muslo izquierdo. La fuerza de sus sacudidas me tiró al suelo conforme su ponzoña volvía a entrar en mi sistema. Absalon aprovechó el

momento para dedicarme una sonrisa perversa. Una lanza de hielo y piedra tomó forma en su mano. Contemplé, incapaz de moverme, cómo avanzaba con paso seguro hacia mí.

—Tal vez una temporada larga con una lanza en el estómago te enseñará a comportarte.

Callum gritó mi nombre y con el rabillo del ojo vi que corría en mi dirección con las manos cubiertas de sombras. Cuando Absalon se percató, envió a una turba de monstruos para frenarlo. Eran demasiados, Callum no llegaría a tiempo.

Absalon preparó su lanza para darme el golpe de gracia, pero algo se interpuso entre nosotros. Sin aliento observé cómo un cuerpo cubría el mío y recibía la estocada en mi nombre.

Los ojos de Finnian se abrieron de par en par a causa del dolor. Con una última descarga de la magia de las Tormentas me quitó de encima a los Puka que me mantenían atrapada. Después observé, impotente, cómo liberaba su magia sin medida.

Su boca se llenó de sangre, mientras la totalidad de su poder brotaba desde su pecho directa contra el semidios. Lo supe en el instante en el que nuestros ojos se encontraron, Finnian pretendía alcanzar el Vacío para darme una oportunidad. Absalon gritó cayendo hacia atrás. Y yo, por segunda vez aquella noche, comprendí demasiado tarde el sacrificio que alguien acababa de hacer para salvarme.

—¿Qué has hecho?

Ante mi mirada atónita, el Guardián de las Tormentas comenzó a disolverse en el firmamento. A lo lejos, Orla llamó su nombre.

—Sálvala —me pidió Finnian— Y dile que lo siento.

Después desapareció bajo el brillo de la Verdeluna, que estaba de vuelta para acompañarlo una última vez. Fue entonces cuando tuve claro lo que tenía que hacer. Hunt tenía razón, mi sacrificio era

necesario. Absalon y yo éramos polos opuestos de la misma moneda.

—*Perdóname* —le pedí a Callum.

Y entonces estallé.

La oscuridad lo consumió todo. Esta vez, en lugar de dejar que viajara sola la impregné de todo lo que guardaba en mi interior. Porque, aunque me resistiera a admitirlo, yo era un ser compuesto de añicos de muchas cortes. Esquirlas afiladas con el potencial de cortar y proteger a partes iguales.

La magia abandonó mi pecho y colisionó con el de Absalon, juntos nos precipitamos hacia el Vacío. Volqué todas mis fuerzas en vaciarme y con cada parte de mi ser que perdía, sentía que una parte de Absalon desaparecía para siempre, conmigo. Sentí que mi cuerpo ardía en el aire cuando una presencia familiar que solo había conocido en sueños se arremolinó a mi alrededor.

—Susurro de la Noche. —Oí que suspiraba mi madre.

Seguí vertiendo mi magia y mi esencia en busca del Vacío. Absalon gritaba desesperado mientras su poder trataba de contener al mío. Ambos sabíamos que no lo lograría. Él no estaba dispuesto a sacrificar la vida a la que tan vilmente se había aferrado durante milenios, pero yo sí estaba dispuesta a morir una y mil veces por proteger a los míos.

—No te vayas —le supliqué a la presencia—. Tengo miedo de hacerlo sola.

—Ya no queda nada, Elara. Confía en los dioses que te respaldan. Solo un último esfuerzo y todo habrá terminado —arrulló ella con cariño—. Estoy contigo, siempre.

En medio del caos, el rostro de Cían me sonrió con un gesto sereno.

—Gracias —murmuró la voz del que había sido mi amigo.

Después, con una mano casi invisible, utilizó los últimos coletazos de su poder para cerrar los portales y detener a las criaturas. Supe que aquel último regalo era un obsequio del Cían de verdad.

Absalon se perdió en un hálito de tormenta y comprendí que yo le seguiría pronto. A lo lejos, los Fae gritaban vitoreando nuestra victoria. Todo comenzó a desdibujarse, incluidos mis latidos. El Vacío llamó mi nombre con un cariño impropio y Lyssandria suspiró conmigo al tiempo que yo me precipitaba hacia mi postrero aliento.

Mis últimos pensamientos fueron solo para Callum.

# CAPÍTULO XLVII

## Callum

**Lo escuchaba en cada beso. En cada reto. En cada caricia y en cada mirada. Lo escuchaba en sus propios huesos y en sus sombras. Nuestras, se recordó a sí misma, son nuestras.**

Cenizas contra viento, partículas perdidas en un mar de espíritus y sangre. Eso es a lo que quedó reducido el cuerpo de Absalon. Sin embargo, su muerte no hizo eco, sino que se disipó entre la maleza y los restos de la batalla. Pues la muerte de un monstruo siempre iba acompañada de un silencio solitario.

Liberé el poder que me había concedido la Dama y dejé que los espíritus abandonaran la pelea. Aun así, la mayoría se quedó a observar entre los troncos de árboles retorcidos y los huecos abiertos en las copas del bosque.

Los supervivientes de mis tropas, las de Finnian y las de Selene desarmaron a los soldados de la Corte del Bosque, que, sin su Guardiana y sin los monstruos de Absalon, cedían sus armas sin oponer resistencia. Los gritos de auxilio rebotaban desde extremos contrarios del claro. Selene y varios Fae de la Corte de las Olas comenzaron a atender a heridos de ambos bandos.

Con alivio, observé como Nox llegaba hasta donde Lía miraba con ojos desafiantes el cuerpo sin vida de Umbra y se fundía en un abrazo con ella. Levi, de vuelta en su forma Fae, estaba arrodillado junto a Echo. Mi amigo cubrió el cuerpo sin vida del Kelpie con una capa suave de sombras en señal de respeto.

A su lado, Orla contemplaba el firmamento con lágrimas en los ojos y el pulso de la magia de los Guardianes irradiando desde su centro. Sus alas brillaban orgullosas bajo la ya liberada Verdeluna. Desde las profundidades del Remolino, la Corte de las Tormentas dio la bienvenida a su nueva Guardiana, la primera Baja Fae en la historia en ostentar aquel título. Pese a todo, no había satisfacción en su mirada, solo una pena profunda y desamparada.

En mi cabeza, sin embargo, solo existía un pensamiento: llegar hasta Elara. Extendí mi mente en busca de la suya, esperando encontrarla por fin abierta. Lo estaba, pero al otro lado tan solo me respondió un leve parpadeo. Giré la vista de nuevo en su dirección y supe al instante que algo iba mal. Comprendí horrorizado que, a pesar de todo, el dios de la Muerte no había mentido. La profecía era cierta.

En el centro del claro, rodeada por un mar de cadáveres, Elara se tambaleó inestable. Fruncí el ceño mientras la celebración estallaba a nuestro alrededor. Me materialicé a su lado en un Salto Irisado que me costó las pocas fuerzas que me quedaban. La atrapé antes de que tocara el manto de maleza y dejé caer nuestros cuerpos con cuidado, manteniéndola segura contra mi pecho. Mis manos y mi poder la recorrieron en busca de aquello que la estaba matando, pero no encontraron nada. Aun así, sus latidos eran cada vez más débiles y apenas podía sentir su magia mientras se precipitaba hacia el Vacío.

Sus ojos de Verdeluna encontraron los míos en mitad de un parpadeo febril. Acuné su mente entre mis hebras de sombras, dispuesto a no dejarla ir, pero su vida se apagaba por momentos y yo sentía que se me escurría su alma entre los dedos.

—Elara, mi amor, mírame. Mírame por favor —repetí aquella frase, una y otra vez, mientras apartaba los mechones de su rostro.

—*Callum. Kindred* —respondió ella apenas sin voz.

Mi poder recorrió su cuerpo como loco buscando una manera de curarla, de evitar que se fuera a un lugar del que yo no pudiera traerla de vuelta. Pero su poder, ese pozo de magia infinito que emanaba siempre de ella, estaba prácticamente hueco.

El Vacío sabía amargo e infinito.

Sentí la presencia de los otros a nuestro alrededor. La presión de cientos de ojos observando con impotencia cómo me aferraba a algo que ya se había marchado. La mirada penetrante de los espíritus caló en mi piel conforme las pequeñas criaturas salían de entre las sombras para rodear a Elara. Una a una, se arrodillaron a lo largo del claro en señal de respeto. El golpe de otros cientos de rodillas contra el suelo llenó de rabia mis oídos. Cientos de Fae inclinaron la cabeza sobre una rodilla hincada contra el Remolino.

Se hizo el silencio, interrumpido únicamente por mis gruñidos de negación.

—No. ¡No! No te vas a rendir. ¿Me oyes? Te vas a poner bien, Elara. Vamos a curarte y te vas a poner bien.

Busqué entre la multitud el rostro de Selene o de cualquier otro sanador de su corte. ¿Dónde demonios estaban? Elara necesitaba ayuda. Apenas podía oír sus respiraciones y su cuerpo estaba cada vez más frío.

Me encontré con la mirada de Lía, que avanzaba con cuidado hacia mí mientras negaba despacio con la cabeza. Yo negué todavía

con más fuerza y dejé que nuestras sombras nos rodeasen. Aquel había sido siempre nuestro refugio, el lugar en el que hacíamos posible lo imposible.

—No pienso perderte, Elara. No puedes irte. Necesitamos más tiempo.

Hundí mis uñas en su mente, dispuesto a no soltarla. Si ella moría, yo iría detrás.

—Por favor Tiniebla, aguanta. Te necesito. No puedo hacerlo sin ti. No puedo. Te amo, Elara. Por favor, te amo, te amo, te amo.

Fundí su cuerpo contra el mío encerrándome en su olor. Distinguí un *te amo* silencioso en mi cabeza antes de que su pecho dejara de subir y bajar. Antes de que su corazón latiera por última vez.

Con su último aliento algo se rompió en mi interior.

Mis lágrimas lo empañaban todo, acompañadas solo por mis sollozos rotos rebotando entre los huecos oscuros del silencio. Me habían arrancado una parte vital. La mejor parte de mi existencia.

En medio del dolor, sentí que el peso del trato con la Dama de la Noche abandonaba mis hombros. Entonces, las palabras que el pacto me había robado durante meses cayeron de mis labios como deseos suicidas.

—Somos almas Kindred, Elara. Somos nuestros y para siempre.

Continué acunando su cuerpo sin vida, perdido y sin poder parar de repetir una verdad tan cruel que sabía a pesadilla.

—Mi Kindred, mi Kindred, mi Kindred...

# CAPÍTULO XLVIII

## Callum

**Cuando murió por segunda vez, no tuvo miedo. Solo la certeza de que su alma estaba a salvo. A salvo con él.**

### *Cinco meses antes*

El poder estalló en mi pecho. Mi oscuridad lo consumiría todo, si con eso conseguía que ella volviera a respirar. Me abrí paso hasta la mente de la Dama de la Noche, cuyo poder me retenía atado contra el suelo. Un poder del color de la plata que ninguna de mis acometidas conseguía hacer temblar.

—*Sálvala* —exigí en su cabeza.

La Dama de la Noche sonrió levantando ligeramente la comisura izquierda. Elara se desangraba a sus pies y ella sonreía como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

*—No estás en posición de pedir favores, Guardián de las Sombras —respondió en mi mente ante la atenta mirada del resto de los Guardianes, que observaban nuestro intercambio silencioso con recelo—. He pasado por alto suficientes infracciones durante el torneo. Pero ambos sabemos la verdad de lo que esta criatura es para ti.*

*—Si sabes lo que somos, ¿por qué eres tan cruel?*

Me arrepentí de la pregunta en cuanto terminé de decirla. Los espíritus no entendían de crueldad. Mucho menos la Dama de la Noche. El destino y sus desgracias les parecían graciosos.

*—Al contrario de lo que puedas pensar, el sufrimiento de tu Kindred no me reporta felicidad. Sin embargo, la muerte de la Hadaës es necesaria para el destino de Lyssandria.*

Volví a retorcerme bajo sus ataduras.

*—Me importa una mierda el destino del mundo. Solo me importa ella. Sálvala. Te daré cualquier cosa que quieras a cambio, si evitas que Elara muera. Te lo suplico, no dejes que muera. Yo mismo tomaré su lugar.*

La sonrisa de la Dama no hacía más que aumentar. Sin embargo, yo continúe suplicando por la vida de Elara. Contando sus latidos con dedos desesperados y muriendo cada vez que sus respiraciones se hacían más débiles.

*—¡Ah! La crueldad del amor que nos empuja a tomar decisiones imprudentes. Ese es un ofrecimiento muy descuidado, Guardián. Podría pedirte cualquier cosa y tú dirías que sí con tal de salvarla. ¿Tanto significa para ti?*

*—Haría cualquier cosa por ella. Por favor.*

La Dama de la Noche torció el rostro con el ceño fruncido.

*—Un Guardián suplicando. Jamás pensé que viviría semejante proeza.*

*—Suplicaré siempre por ella. Me arrastraré al fin del mundo de rodillas si con eso consigo que siga respirando.*

La Dama de la Noche estalló en carcajadas armoniosas y musicales. El resto de los Fae presentes intercambiaron miradas confusas, ajenos a nuestra conversación.

*—¡Qué romántico! De la boca de cualquier otro lo descartaría como palabras vacías, pero lo peor es que sé que lo dices de verdad.*

*—Deja de jugar conmigo. Sabías que este momento llegaría o no habrías decidido torturarme con su apariencia todos estos años. Nombra tu precio.*

Cuando su sonrisa cambió de dulce a ávida, supe que había conseguido convencerla. Una voz en mi cabeza gritaba que aquello era lo que ella quería. Gritaba que me estaba manipulando. Que era una trampa.

Sinceramente, me importaba bien poco.

*—No puedo evitar que alguien muera, Guardián. Ni siquiera yo tengo ese poder. Cuando los brazos de la muerte te abrazan, solo la propia alma tiene la capacidad de decidir. Eso es, por supuesto, si esa posibilidad es ofrecida. Puedo darle esa opción a Elara. Cuando muera, tendrá la oportunidad de decir si quiere pasar al siguiente plano de su existencia o regresar a la vida. No puedo controlar su decisión, pero al menos puedo asegurarme de que sepa que tiene opciones.*

Repasé sus palabras a toda velocidad en busca de trampas o dobles significados. Si había alguno, no lo encontré.

*—¿Sabrá ella que está decidiendo entre volver a la vida o morir?*

*—Sí*.

Elara había dejado de respirar. Bloqueé el pánico inminente. Podía arreglarlo. Podía traerla de vuelta.

*—Hazlo.*

*—¿No quieres saber qué quiero a cambio?*

Lo que quería era que Elara volviera a respirar. El precio me era indiferente.

*—Dímelo si te place, pero no cambiará mi respuesta. No me importa el precio.*

La Dama de la Noche se apartó la melena de los hombros en un gesto demasiado mundano para un espíritu.

*—Me aseguraré de que Elara pueda decidir volver a la vida cuando muera, si así lo desea. A cambio, desde hoy ni tú, ni ningún Fae en tu nombre podrá decirle a Elara la realidad de vuestra conexión. No podrás decirle que sois almas Kindred. No podréis pronunciar las palabras de unión que sellarán vuestro vínculo como un solo ente. Si, aun así, lo consigues, nuestro trato se anula automáticamente. Supongo que podrás imaginar las consecuencias. Serás libre de decir la verdad cuando ella muera.*

*—Hazlo* —supliqué contado los segundos que el pecho de Elara llevaba sin moverse.

*—¿Todo esto por una vida Hadaës?*

*—Cierra el puto trato.*

La Dama de la Noche sonrió encantada. El peso de nuestro trato se instaló en mi espina dorsal y supe que había caído en su trampa, pero no me importó. Por Elara caería en una y mil trampas. Por ella cometería todo tipo de locuras.

Todavía desde el suelo conté los segundos y el espacio entre ellos hasta que su pecho volvió a respirar. Cuando por fin volvió a latir supe que me esperaba una vida estrangulada por el peso de la única verdad que jamás podría darle. También supe que estaba dispuesto a vivir con las consecuencias, si eso la mantenía con vida.

*—Tiniebla* —murmuré en su mente para traerla de vuelta.

# CAPÍTULO XLXIX

## Elara

**Él decidió seguirla allí a donde fuera. Si aquello significaba morir, entonces recibiría al Vacío con una sonrisa.**

En el infierno, el amanecer todavía no había terminado. Lo primero que vi al abrir los ojos fue un ocaso anaranjado y violeta. Lo siguiente fue un rostro familiar que me observaba con una sonrisa precavida.

—Bienvenida de vuelta, sobrina.

Hunt inclinó la cabeza en una leve reverencia que me hizo sentir extraña. De cerca pude ver como pequeñas marcas pintaban la piel de sus antebrazos y su cuello. Señuelos de una vida más que violenta. Sus cicatrices me recordaron lo que había estado a punto de ocurrir. Lo que mi muerte había frenado.

—Como le dije a tu Kindred, el Destino no se puede cambiar. Pero he de confesar que esta es una de las pocas ocasiones en las que me hubiera gustado estar equivocado.

Hunt extendió una mano en mi dirección, que me incitó a mirar las mías. Me sorprendió ver mi cuerpo limpio y libre de heridas. Las sombras de mi Kindred todavía acariciaban mi piel. Suspiré aliviada. Al menos en la muerte esa parte de Callum todavía me acompañaría.

Me dolía el pecho al saber que él no estaría a mi lado para aquella nueva travesía. Me dolía tanto que me costaba respirar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Hunt mientras me guiaba a través de unas hierbas altas salpicadas de lavanda y margaritas silvestres.

A lo lejos, la cordillera que había visto en mi primera visita al infierno vibraba contra el amanecer.

—Me siento extraña.

Hunt sonrió.

—Extraña, ¿cómo?

—No siento dolor. Pero es como... —Me palpé el pecho buscando palabras para una ausencia que no podía describir—. Mis poderes se sienten extraños y él... Él no está del todo conmigo. No se ha ido, pero es como si nos separaran mil mundos. Me siento a medias. Incompleta.

Unos pasos amortiguados crujieron a nuestra espalda. Hunt levantó la cabeza con una sonrisa ladeada.

—Por favor, trata de no matar a nadie —me pidió con una risa rasgada.

—No todos los días muere un descendiente de un dios, menos aún dos. Es normal que tus poderes se sientan extraños, Elara. La magia busca el equilibrio.

Reconocería aquella voz en cualquier lugar.

Le di la espalda al dios de la Muerte antes de encarar a la Dama de la Noche. Se me encogió el corazón al observar su sonrisa triste. Una sonrisa que pintaba las facciones de mi madre bajo la luz violeta del cielo.

—Tú.

La Dama levantó ambas manos como si yo fuera una bestia a la que había que aplacar.

—Tu enfado está justificado, Susurro de la Noche. Aun así, te pido unos minutos. Hay mucho de lo que hablar y el tiempo, incluso aquí, no es infinito. ¿No es así Hunt?

El dios avanzó hasta situarse a mi lado mientras asentía despacio.

—Os daré todo el tiempo que pueda.

La Dama de la Noche se dirigió hasta un pequeño banco de metal forjado que descansaba debajo de un frondoso y solitario cedro.

—Siéntate conmigo, Elara.

No lo hice. Solo podía mirar su cara. Una cara que era más mía que suya. Una cara que me había susurrado en mil pesadillas y con la que se empeñaba en torturarme.

—¿Por qué su cara?

La Dama inspiró profundamente y, para mi sorpresa, desvió la mirada con una sonrisa amarga.

—Los mortales siempre han asumido que mi apariencia es una especie de burla cruel. Una manera de divertirme. Es una existencia extraña, la mía. Sobre todo, cuando nadie me ve, no realmente. Todos asumen que lo que ven cuando me miran es mi decisión. —Sus ojos se clavaron en los míos en un desafío desolador—. No controlo lo que veis, Elara. Mis apariencias no son fuente de saña, más bien de esperanza. Al menos, para aquellos que se atreven a buscarla.

—Entonces, ayúdame a encontrarla —supliqué con un sollozo que no sabía que estaba guardando solo para ella.

La Dama de la Noche abrió mucho los ojos. La vi tragar saliva y una parte de mí se compadeció de su existencia. Creada para proteger y sola para siempre. ¿Qué vería ella en el espejo?

Me mantuve de pie y en silencio, supuse que incluso los espíritus necesitaban tiempo para encontrar el inicio de una historia dolorosa y el valor para contarla.

—Destino a veces tiende a juntar cosas que deberían estar separadas. A la gente le gusta decir que somos los espíritus los que jugamos con las vidas ajenas. Lo que muchos no entienden es que ni Destino ni los espíritus controlamos las reglas del juego, tampoco el tablero. Somos solo un as en la manga. Una pieza azarosa e inesperada. Pero una pieza, a fin de cuentas. —Cerró los ojos con un suspiro—. Destino sigue su curso y, aunque no puedo cambiarlo, sí que puedo intentar ser creativa.

Hunt escuchaba nuestra conversación de espaldas a nosotras, con su mirada puesta en la cordillera.

—La noche que llegaste al mundo estuvo repleta de sucesos. Como supongo que has podido deducir. Esa noche tu padre descubrió el secreto que tu madre llevaba escondiendo desde su propio nacimiento. Así como su madre antes que ella. Sola en el mundo, Lunaris había aceptado su destino, hasta que llegaste tú. Un parto es una situación delicada y, por mucho que ella hubiera desarrollado maneras de ocultar lo que era, no hubo forma de esconder la verdad detrás de vuestra sangre. No cuando vuestra magia pretendía protegeros. Tu padre, que llevaba décadas bajo la influencia de Absalon, supo al instante lo que erais. Con su Guardián ausente por el torneo, actuó por impulso.

Con un nudo en la garganta comprendí que solo había una persona en el mundo que podría haberle contado aquella parte de la historia. *Mi madre.*

—Orión intentó usarte como chantaje para que tu madre obedeciera a sus exigencias. Pretendían usar vuestra sangre como medio para que Absalon regresara. Fuisteis un regalo inesperado caído del cielo. Algo que los seguidores de Absalon llevaban milenios buscando. Lunaris se resistió y, en el altercado, ambas terminasteis dañadas. Unas heridas mortales hechas con un arma terrible que no

debería haber estado en su poder. Aun así, tu madre consiguió huir, pero el daño ya estaba hecho. Lyssandria sintió tu llegada y el juego comenzó. La magia necesita equilibrio y esa noche ese equilibrio cambió.

Me di cuenta de que no hablaba únicamente de mi nacimiento.

—Esa fue la noche en la que lanzaste tu maldición en el torneo. La noche en la que limitaste el poder de los Guardianes.

Ella emitió un ruido afirmativo que se perdió entre el murmullo de la montaña y el vaivén de las ramas del cedro.

—Un mal necesario por varios motivos. Pero vayamos por orden, Susurro de la Noche. Cuando tu Kindred os encontró en el bosque sus poderes estaban descontrolados. El Guardián de las Sombras fue bendecido por los espíritus con un poder superior al de los demás. Supongo que el necesario para ser digno de estar a tu lado, como tu igual —añadió con una inclinación del mentón—. Su magia le estaba diciendo que algo iba mal. Cuando te vio por primera vez, su poder supo lo que erais antes de tiempo. Normalmente ambos individuos han de ser adultos para que un vínculo Kindred se haga visible. Pero la magia sintió que estabas en peligro y su poder actuó en consecuencia.

El recuerdo del temblor de las manos de Callum cuando me había contado aquella parte de la historia me recorrió el cuerpo como un escalofrío.

—El Guardián está equivocado —dijo ella leyendo mis pensamientos—. Aquella noche su poder no os mató. Su poder os trajo hasta mí, Elara. Os puso a salvo.

¿Era posible dejar de respirar en el infierno?

¿O que un corazón moribundo se saltara un latido?

—Me temo que no había nada que hacer por tu madre. Ella lo sabía. Como también supo al verme que tú eras de quién hablaba la

profecía que tan celosamente su linaje había protegido. Profecía que ella misma te habría transmitido de haber tenido la oportunidad, llegado el momento. Me hizo prometer que te protegería hasta que estuvieras lista.

Algo brilló en las esquinas de los ojos de la Dama.

Algo demasiado humano para ser real.

—¿Qué le pediste a cambio?

—Algunas promesas no necesitan precio —respondió casi salvaje —. Me ofrecí a curarte, para que pudiera sostenerte en sus brazos mientras dejaba Lyssandria atrás. Pero tu madre pidió hacerlo ella misma. Fue su manera de dejar una parte suya contigo para siempre. Murió sanando tu herida y con sus brazos protegiéndote. Jamás he visto nada tan devastadoramente hermoso. Al menos hasta que te vi a ti dispuesta a morir por los tuyos.

La admiración en sus palabras era tan real que casi pude sentirla.

—Yo cumplí mi promesa. Durante más de setenta años te mantuve escondida. Dormida en un hechizo que camuflaba tu cuerpo bajo el disfraz de una Hadaës hasta que llegara el momento. Cuando estuviste lista, te desperté y te dejé en el sitio más alejado del peligro que pude encontrar para que pudieras crecer lejos de las garras de Absalon y los suyos.

Mi cabeza procesaba todos los detalles que salían de sus labios. O, al menos, lo intentaba.

—¿Por qué no contigo? —Dolía reconocer lo mucho que necesitaba saberlo.

Casi sin darme cuenta había ido avanzando hasta sentarme a su lado. La Dama de la Noche recogió un mechón de pelo detrás de mi oreja. El gesto fue tan natural, tan maternal, que mi alma se rompió un poquito ante la perspectiva de lo que podría haber sido.

—Lo creas o no, me salté bastantes normas y equilibrios muy delicados haciendo todo lo que hice. Mantenerte dormida en un letargo mágico fue la gota que colmó el vaso. Como te he dicho, el destino puede hacerse flexible, pero también puede volverse en tu contra. Y créeme cuando te digo que Destino adora enfadarse conmigo —suspiró enojada—. Cuando me di cuenta de que no estabas segura en Nébula mandé a Artio a cuidar de ti.

Sonreí, una sonrisa triste y repleta de recuerdos. La idea de que Artio fuera un regalo de los espíritus para cuidar de mí era hermosa.

—¿El torneo, entonces? ¿Y mi participación?

—Aunque te parezca imposible, hemos tenido otras candidatas a lo largo de estos milenios. Otras *Changeling* descendientes de Absalon que pensábamos que serían las elegidas. Con el tiempo me di cuenta de que necesitaba una manera de prepararlas, de comprobar su valía. De ahí el torneo. No pretendo camuflar lo injusto de vuestra existencia. Muchas de tus antepasadas sacrificaron su vida a sabiendas de que tú llegarías.

Levanté una ceja indignada. ¡Espíritus!

—¿La mejor forma de ver si era la elegida era lanzarme a un torneo sin apenas preparación y sin la totalidad de mis poderes desarrollados?

La Dama se encogió de hombros, pero su voz delató lo cansada que estaba. Me percaté entonces de que el suyo también era un destino cruel y controlado por las acciones de otros. Había hecho lo que podía con tal de proteger a Lyssandria en una tarea tan imposible como injusta.

—Necesitaba una manera de retrasar la vuelta de Absalon hasta que estuvieras lista para enfrentarte a él. La maldición fue la única forma de frenar el avance de los Guardianes que le ayudaban. Y el torneo era el único medio para que te encontraras a ti misma y a los

tuyos. Para que liberaras tu verdadera esencia. Como te digo, mi ayuda ha sobrepasado muchos límites. Había cosas que debías hacer sola. Además, tus poderes siempre te han protegido, Elara. Y, cuando no han podido hacerlo, lo han hecho los que tu Kindred dejó contigo la noche que os conocisteis.

Llevaba un tiempo sospechando aquello, pero la confirmación de la Dama consiguió dejarme sin palabras durante unos segundos.

—¿Mi oscuridad? —me atreví a preguntar.

Aquella oscuridad que siempre me acompañaba latió despacio en mi pecho. Me calentó por dentro, recordándome que no estaba sola.

—Como miembro de la Corte de las Sombras y *Changeling,* tienes sombras propias. Pero, sin saberlo, él dejó una parte de su poder contigo aquella noche. Una parte que te ha protegido siempre que lo demás ha fallado.

Cerré los ojos mientras luchaba por entender todas las emociones que me embargaron. La noche del orfanato, tantas otras en las calles de Nébula..., la oscuridad de Callum me había protegido siempre. Aún seguía haciéndolo. Lo supe cuando su sombra se enroscó con fuerza en mi muñeca.

—Estoy orgullosa de ti, Elara. Sé que tu madre también lo estaría.

Recordé sus palabras de aliento en mis últimos momentos.

—¿Fue real? ¿La voz en mi cabeza?

La Dama de la Noche no me preguntó a quién me refería. No hizo falta.

—No veo por qué no —respondió con una sonrisa sincera.

Hunt se acercó a nosotras con las manos detrás de la espalda.

—Se acaba el tiempo —dijo con la mirada volviendo a la montaña.

Seguí sus ojos hasta un pequeño camino que atravesaba la base de la cordillera y se perdía entre los árboles.

—¿A dónde lleva el camino?

—A Elphane.

El nombre me resultaba familiar. Tanto como los ecos de un sueño o los restos de una canción olvidada.

—¿Está ella allí?

Hunt se giró de nuevo para responderme.

—Tu madre realizó el viaje en su momento. Después pasó al siguiente plano de existencia. Como todos los que encuentran aquello que andan buscando en la montaña.

—¿Es feliz? ¿Está a salvo?

Hunt tan solo me sonrió.

—No me vas a responder. —Comprendí mientras mis ojos repasaban la cordillera como si fueran a encontrar a mi madre entre la niebla y el amanecer.

—Hay algunas cosas que es mejor no saber hasta que llega el momento, sobrina. Pero eso no las hace malas. Tampoco peligrosas.

—¿Qué hay más allá? ¿A dónde lleva la montaña? —volví a intentar averiguar.

Hunt dejó escapar una risa sincera antes de decidirse a caminar hasta los pies del banco.

—Me temo que esa es otra pregunta que solo se responde transitando el camino, Elara. La pregunta correcta sería: ¿estás preparada para averiguarlo?

Los miré a ambos, confusa.

—Supongo que no me queda otro remedio —respondí con una sonrisa triste.

La Dama miró al dios de la Muerte con la barbilla elevada. Una conversación sin palabras se estrechó entre ellos hasta que Hunt rompió el silencio.

—¿Y si lo hubiera?

Las preguntas se amontonaban en mis labios, incapaces de salir.

La Dama se rio con ganas.

—Te hemos pedido muchas cosas durante estos años. Me gustaría decirte que no era nuestra intención. Pero, como has podido comprobar, era la única manera de salvar Lyssandria. Ha habido muchas descendientes de Absalon antes que tú y todas fracasaron. Todas excepto tú, Elara. No te lo hemos puesto fácil. Tu vida ha estado llena de dolor, prueba y sacrificio. Pero también de amor. Un amor tan grande y sincero que no dudó en sacrificarse para asegurarse de que, llegado el momento, pudieras volver a su lado. O al menos, que pudieras escoger.

—¿Callum?

La Dama de la Noche asintió dos veces, solemne.

—Pero su trato ya me salvó, al terminar la tercera prueba —respondí, confusa.

—No moriste en la tercera prueba, Elara. Aquí debo reconocer que mi naturaleza de espíritu se entremetió, una vez más. Como ya he explicado, Destino no acostumbra a cambiar de parecer, pero se le pueden dar algunos empujoncitos discretos para que sea más flexible.

Hunt emitió un ronquido incrédulo.

—Supongo que lo de discreto lo dices en broma.

—Tú tienes tus profecías y yo mis tratos —respondió la Dama sin inmutarse—. Como os dije en su momento a ambos, el día de la tercera prueba lo único que murió fue el encantamiento que puse en tu cuerpo para protegerte hace cien años. Tu cuerpo de Hadaës debía morir para que tu naturaleza *Changeling* volviera a ti. Pero tú no moriste en ningún momento, hasta ahora. Por lo tanto, el trato que el Guardián de las Sombras hizo para salvarte sigue en pie.

Me quedé congelada en el tiempo, perdida en el recuerdo de una frase a la que no le había dado mayor importancia en su momento.

—*Tu cuerpo de Hadaës no sobrevivirá a la pérdida de ese poder*. —Esas habían sido sus palabras.

—Como le prometí, si él y las personas de su alrededor no decían de palabra vuestra naturaleza Kindred yo te daría la opción de volver una vez que murieras. Porque me temo, Elara, que morir era algo de lo que no podía protegerte. El sacrificio para matar a Absalon debía ocurrir. No hay sacrificio, si no hay consecuencias. En otras palabras, tu muerte era inevitable.

Pese a todo, lo entendía. Y, aunque quise enfadarme, mi corazón latía emocionado. Latía pronunciando su nombre.

—Aun así, he de reconocer que el Guardián ha intentado sobrepasar mis límites desde el inicio, *Tiniebla.*

La miré confusa. Ese nombre sonaba extraño en unos labios que no fueran los de Callum.

—No comprendo.

—Cada corte tiene una manera única de referirse a las personas dentro de un vínculo Kindred. En la Corte de las Sombras es común referirse a aquellos pocos agraciados con esa bendición como *tinieblas.* Es un término bastante arcaico y en desuso, he de admitir. Son pocos los que recuerdan su existencia. Está claro que tu Kindred es uno de ellos.

Respiré a través de un sollozo. Escuchar aquello me transportó a nuestro primer encuentro.

—*Tiniebla* —había susurrado Callum nada más matar al Puka.

—*¿Qué haces tan lejos de tu corte, Tiniebla?* —me había preguntado después.

Desde el primer momento había utilizado una palabra que me decía todo lo que éramos.

—¿Cuáles son mis opciones? —pregunté con la emoción tiñendo mi voz.

—Puedes seguir adelante, subir la montaña y descubrir qué te espera en Elphane —explicó Hunt—. O puedes volver a Lyssandria con aquellos a los que amas.

—¿Puedo volver? —susurré sin atreverme a decirlo en voz alta por miedo a que el infierno se llevara mi deseo.

—Si así lo deseas, sí —completó la Dama.

—¿Qué seré?

—Lo que siempre has sido. Eso no cambiará. Absalon ya no puede hacerte daño. Destruiste su esencia por lo que no tiene manera de volver. Pero tu sangre sigue siendo la de un dios. Y, si decides tener descendencia, también lo será la suya. Eso, por desgracia, siempre implicará riesgos.

Asentí, entendiendo los peligros que eso representaba. Volver no estaría exento de dolor, pero una vida a su lado merecía arriesgarse.

—¡O por la Verdeluna y todo lo que es sagrado! ¡No me he olvidado! Estaba esperando a que tomara una decisión —murmuró la Dama, poniéndose en pie, exasperada.

Con un gesto elegante de la mano liberó un haz verde de luz que lo envolvió todo. Entre las sombras del resplandor, una voz que sonaba a especias y hogar me atravesó de un plumazo.

—Cuando elija apenas tendré tiempo, mi Dama.

—¿Artio?

—Mi niña —respondió él, abriendo los brazos—. Mi Ela.

Me tiré al suelo y dejé que Artio me envolviera en un abrazo que sabía a nostalgia y verdad.

—Artio, lo siento tanto —repetí una y otra vez, empapando de lágrimas su camisa.

Él se centró en acariciar mi pelo sin descanso mientras me repetía que todo estaba bien.

—Ssssh. Hiciste lo que te pedí.

—¿Cómo estás aquí? —pregunté cuando por fin reuní el valor para separarme y mirarlo a los ojos—. ¿Los espíritus pueden cruzar la montaña? ¿O los trasgos poseídos por espíritus?

Artio soltó una carcajada familiar, acostumbrado a mis preguntas.

—Por ahora su deidad me necesita aquí. Cruzaré cuando llegue el momento. Pero tú sabes lo que tienes que hacer. No pierdas más el tiempo, Elara.

—No quiero dejarte. Vuelve conmigo.

—Mi sitio está aquí ahora. Aun así, siempre estoy contigo.

Todavía arrodillada en el suelo, sonreí con lágrimas en los ojos. No me solté de la mano de Artio cuando me giré hacia Hunt.

—Quiero volver a casa.

—Entonces, está hecho.

Suspiré aliviada.

—Pero tengo dos peticiones.

—Sinceramente, debería haberlo visto venir —respondió con exasperación fingida.

Aunque mis poderes se sentían lejanos, me metí en la mente del dios de la Muerte sin problema. Solo porque podía y solo porque ver su cara de asombro y frustración merecía la pena. Hice mis peticiones en silencio, esperando que Hunt lo comprendiera.

—Me temo que la primera petición no es posible, sobrina. Hay cosas que exceden incluso a mi control. Uno de ellos murió de una manera irreparable. El segundo está en paz y ha decidido subir la montaña. Honraré la segunda petición, pero habrás de ser paciente. Tales cosas pueden tardar. Lo sabrás cuando sea el momento.

No insistí. En el fondo esperaba aquella respuesta.

—Lo entiendo. Gracias. —Me giré hacia la Dama—. A los dos.

El dios de la Muerte y la Dama de la Noche inclinaron la cabeza en señal de apreciación.

—¿Te volveré a ver? —le pregunté a Artio conforme sentía que el infierno acariciaba con mimo mi piel.

—Sí, cuando llegue el momento. Espero que dentro de mucho mucho tiempo.

—Te quiero —susurré contra su hombro.

—Y yo a ti, mi Ela.

Me obligué a levantarme, pero me permití seguir aferrándome a su mano unos segundos más.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, Susurro de la Noche.

Incliné la cabeza hacia la Dama, memorizando hasta el último detalle de su rostro.

—Estoy lista.

Hunt me sonrió una última vez.

—Agárrate fuerte, sobrina. Puede que escueza un poco. Volver no es un proceso para los débiles de corazón. Es un camino que hay que ganarse.

Su poder lo abarcó todo. Se metió hasta en la última fibra de mi ser y me arrancó un jadeo sorprendido. Todo se volvió negro y me sentí flotar. Agarré con fuerza las sombras que me conectaban con mi hogar y no me solté.

# CAPÍTULO L

## Elara

## Su nombre, el que solo ellos compartían, sabía a libertad.

Igual que cuando morí en el pasado, esperé despertar al otro lado confusa y dolorida. Un salto rápido y algo desorientador que me dejaría con más preguntas que respuestas. No alcanzaba a recordar con exactitud cómo había sido el proceso en las dos ocasiones anteriores.

En la primera vez era un bebé, así que me permití olvidarla sin remordimientos. En la segunda simplemente había amanecido en una neblina de dolor y poder.

Esta ocasión fue distinta. Tal vez fuera porque la muerte había sido real o porque la decisión de volver había sido mía. En cualquier caso, el viaje de vuelta desde An Dorchadas hasta el claro que había sido testigo de mi final fue uno que jamás olvidaría.

Una fuerza imperturbable y familiar tiraba de mi oscuridad como si de una cuerda al final de un pozo se tratase. La agarré con todas mis fuerzas y me negué a soltarla. Cada metro que avanzaba a través del tiempo y el cosmos se sentía como una agonía hilarante. Un conjunto de pequeñas muertes y resurrecciones que se sucedían en un bucle continuo.

Un halo esmeralda de magia y Verdeluna acunó mi ascenso.

La magia vibraba descontrolada en una supernova de poder e intención. Podía sentirla bailando sobre los poros de mi piel. Si liberarla y perderme en el Vacío se había sentido como un abandono salvador, aceptarla de nuevo en mi cuerpo fue como caer en un volcán en erupción. Sentí cada partícula de poder, cada átomo de Verdeluna y cada gota de sangre penetrando mi organismo. Se reunían con mi alma para fundirse de nuevo en una sola cosa. Acepté el dolor con los brazos abiertos y me abandoné a la sensación.

Había ignorado mi esencia durante demasiado tiempo. Una esencia feroz, bañada en la sangre de los dioses y compuesta por claroscuros. La oscuridad gloriosa volvió a mí brizna a briza. Acepté la materia oscura y sus partículas extrañas. Me empapé de su caos, de la ausencia de color y de su frescura.

Durante mi ascenso todas las facetas de mi corazón, aquellas que él había ayudado a recomponer, volvieron a mí como recuerdos olvidados.

Una huérfana escondida entre los escombros.

Una niña perdida abrazada a las piernecillas de un trasgo.

Una ladrona solitaria al comienzo de su historia.

Una descendiente de dioses dispuesta a enfrentar su destino.

Como piezas interpuestas de un castillo de naipes cada parte de aquello que conformaba un alma fue poniéndose en su sitio. Las partes caían por su propio peso. Algunas eran ligeras, otras pesaban como mil demonios.

Pero todas eran mías.

Y, durante todo el proceso, su presencia de sombras me esperaba al otro lado. Cuando el dolor se hizo insoportable, me obligué a recordar mi nombre en sus labios, su aroma en mi cuerpo y su sabor

en mi boca. Aquellos detalles que eran tan suyos pero que también me pertenecían.

Después de un tiempo que se hizo eterno y, aun así, insuficiente, los latidos de su corazón comenzaron a llamarme. Inspiré con fuerza y una sonrisa rompió el silencio. Noté las notas cálidas del Remolino y el aroma especiado de mi Kindred.

Al despertar, solo estaban él y la canción de nuestras sombras.

Abrí los ojos despacio, pero la oscuridad perduró. Los brazos de Callum me envolvían con infinito cuidado. Tenía su cabeza enterrada en mi cuello y sus labios repetían el mismo susurro desconsolado y empapado en lágrimas.

—Kindred. Somos Kindred, Elara.

Pestañeé varias veces. Una bóveda de sombras acotaba los rezos devastados de Callum y los guardaba solo para nosotros. A pesar del cansancio y del agotamiento, su magia palpitaba con fuerza a nuestro alrededor. Sentí que estaba volcando su oscuridad en el firmamento en un intento a la desesperada de alcanzar el Vacío conmigo.

Con dedos firmes y cubiertos en su magia conseguí posar una mano en su mejilla. El contacto con su pelo suave y el inicio de una barba cosquilleó mi piel tierna. Callum se quedó quieto, su oración sin fin murió en sus labios.

—Estoy aquí —susurré contra su cuello.

Sus manos temblorosas acunaron mi rostro mientras se separaba tan solo unos centímetros. Lo justo para que sus ojos negros, que ardían con la intensidad de mil abismos, encontraran los míos en el breve espacio que nos separaba.

Sonreí, dejando escapar una risa con alma de sollozo.

—¿Tiniebla? —preguntó él, apenas sin respirar.

Con manos todavía más temblorosas elevó mi rostro hacia el suyo. Apoyó su frente en la mía mientras sus ojos desconcertados estudiaban hasta el último centímetro de mi cara.

—Te conviene saber que he aprendido lo que significa ese apodo. No tiene usted vergüenza ninguna, Guardián de las Sombras —respondí con una sonrisa que era solo y siempre para él.

Callum abrió mucho los ojos y dejó escapar una carcajada entrecortada que se perdió en el inicio de un beso. Sus labios se fundieron con los míos eliminando el suspiro que nos separaba. Enredé mis manos en su pelo y juré que jamás me soltaría.

El beso sabía a sal, a noche y a nosotros. Fue sincero y profundo ya que había nacido entre pesadillas confesadas y noches desafiando a la Verdeluna. Sus labios prometían una eternidad sobre mi piel mientras sus manos me agarraban con tanta fuerza que supe que me marcarían para siempre.

Cada movimiento de su boca sobre la mía me recordó lo que era ser suya.

Lo que significa que él fuera mío.

—*Nuestros, Tiniebla. Siempre nuestros* —suspiró en mi mente para no despegarse de mi boca.

Callum fue el primero en romper nuestro beso. Me abrazó con fuerza al tiempo que sus labios recorrían mi rostro, mi cuello y mis manos, besó hasta el último centímetro de mi cuerpo sin parar de recordarme lo hermosa que era, lo valiente que había sido, lo mucho que me quería.

—No vuelvas a dejarme solo —gimió contra mi cuello.

A pesar de que mis heridas se habían curado por completo, sus caricias y sus palabras se posaron sobre mí como un bálsamo sanador.

—Nunca —le prometí.

—Estoy tan orgulloso de ti. Tan jodidamente orgulloso, Tiniebla. Eres un puñetero milagro. No sé qué hecho para merecerte.

Acaricié sus mejillas empapadas sin dejar de mirar sus ojos. Aquellos ojos negros y brillantes que habían sido mi salvación.

—¿Cómo es posible? —preguntó Callum, agarrándome aún más fuerte—. ¿Cómo estás aquí?

Pestañeó varias veces mientras sus manos repasaban el contorno de mi cuerpo por millonésima vez en busca de heridas o pruebas que indicaran que estaba soñando. Envolví su mente con mi presencia y acaricié las esquirlas de su alma. Sus vértices, como los míos cortaban y liberaban.

Callum volvió a dejar caer su frente contra mi cuello y suspiró.

—Te vi morir, Elara. Te sostuve entre mis brazos mientras te me escapabas —confesó con la voz rota—. Te vi morir y no pude hacer nada. No podía encontrarte, no lograba traerte de vuelta.

Se me rompió el corazón pensando en el dolor que había pasado.

—Pero lo hiciste, Callum. —Agarré su rostro entre mis manos y le obligué a mirarme—. Si estoy aquí es solo gracias a ti. Tú me diste la oportunidad de poder elegir. De no haber sido por tu trato con la Dama, jamás habría podido regresar. Me has traído de vuelta, Kindred.

Callum me observaba confuso y maravillado.

—Mi trato te trajo de vuelta en la tercera prueba.

Negué con una sonrisa.

—Nunca morí en aquella isla. Solo lo hizo mi parte Hadaës. Una parte que nunca había sido del todo real. La Dama de la Noche la puso sobre mí para ocultar mi verdadera naturaleza mestiza y que Absalon no me encontrara.

Callum abrió muchos los ojos.

—Odio a ese maldito espíritu —resopló menando la cabeza.

Ahogué otra risa emocionada. No sería la última persona en decir aquello.

—Siento decirte que creo que nosotros le caemos bien, por imposible que parezca. —Me miró sin entender ni una palabra—. Te lo explicaré todo, te lo prometo.

—Estás aquí, Elara. Eso es lo único que me importa.

En esa ocasión nuestros labios se encontraron en un beso dulce y suave. Un beso pausado que, por primera vez, ardía en nuestras bocas como un fuego constante que sabía a futuro. Callum pintó una vida juntos en aquel beso. Con cada una de sus caricias fui capaz de ver un feliz futuro a su lado.

—Dilo otra vez, por favor —supliqué contra sus labios—. Necesito escucharlo.

La sonrisa de Callum fue devastadora, sabía exactamente a qué me refería. Vi en su mirada un anhelo imposiblemente tierno pellizcado de malas intenciones.

—*Kindred* —ronroneó en mi mente a la vez que me consumía en otro beso abrasador—. *Somos Kindred, Elara. No sabes cuánto tiempo he deseado poder gritarlo sin miedo.*

Gemí en su boca mientras Callum repetía nuestro vínculo una y otra vez. Lo gritó en mi mente. Se lo gritó a la Verdeluna. Lo gritó tan fuerte y lleno de vida que sentí que lo oirían hasta los dioses olvidados. Saboreé la realidad de lo que éramos con cada sílaba repetida.

—Y algún día, cuando tú lo decidas, puedo hacer algo más que decirlo, Tiniebla —murmuró junto a mi boca.

—¡Sí! —suspiré sin dudarlo ni un segundo.

Con el pecho de Callum pegado al mío, sentí el momento exacto en el que su corazón comenzaba a latir enloquecido.

—No tenemos prisa, Elara. Puedes pensarlo. No tenemos que cerrar ahora el vínculo. O nunca, si así lo prefieres. Tú eliges. Por lo que a nosotros respecta, siempre elegirás tú. —Callum me sonrió decidido—. Aceptaré tenerte de cualquier manera que me permitas. Te he amado durante cien años sin el vínculo, Tiniebla. Te amaré en mil vidas más sin importar lo que decidas.

Besé sus labios y sus mejillas. Por primera vez en mi vida me atreví a ser feliz sin consecuencias. Mi oscuridad llevaba su aroma y mi amor solo conocía su nombre. Quererlo era una necesidad y estaba cansada de esperar.

—No quiero esperar. Yo siempre te escogeré a ti, Callum. En esta vida y en todas las que vengan. Tú y yo somos para siempre.

Callum tragó saliva. No había ningún rastro de duda en su mirada. Con piernas firmes nos incorporó a ambos. Me ayudó a ponerme de pie. Una vez estuvo seguro de que las piernas no me fallarían, hincó ambas rodillas en el suelo. A mis pies, y con la profundidad de nuestra oscuridad a su espalda, sentí que se fundía con el mar de galaxias que me había visto renacer.

—Intención, palabra y sangre —dijo, recogiendo del suelo una de las dagas que me había regalado.

El mango plateado reflejó el brillo de nuestra oscuridad. Observé con cariño los detalles forjados en el metal. Detalles de una vida preciosa que había descubierto a su lado. Una vida apacible en lo alto de una cordillera que rozaba el firmamento. Una vida cazando ocasos al atardecer y creando sombras capaces de iluminar nuestro destino.

—Mandé hacer estas dagas el día que te vi en el Remolino. En parte porque sabía que las amarías nada más verlas —admitió atrapando mi mano para depositar en ella un beso suave—. Y en parte porque, en mis sueños más ambiciosos, esperaba que

pudiéramos usarlas en una ceremonia como esta para sellar nuestro vínculo.

—Callum —suspiré entre lágrimas.

No soporté la distancia que nos separaba. Tampoco que yo fuera el único testigo de lo hermoso que era mi Kindred. Callum era toda la bondad que la vida le había arrebatado. Era familia, luz y oscuridad. Era mío.

Arrodillarme junto a él fue como compartir un trono que jamás habría soñado merecer. Me arrodillé a su lado para poder completar nuestra unión mirando a los ojos al Fae radiante y maravilloso que el universo me había regalado.

Mi poder disolvió la bóveda de sombras que resguardaba nuestras confesiones en un estallido sereno de ocasos brillantes. Aunque solo tenía ojos para él, los suspiros de sorpresa y sollozos de emoción de nuestra familia y amigos me envolvieron con ternura. Callum me sonreía sin apartar sus ojos negros de mí.

Extendí la mano en su dirección. Él la aceptó con manos firmes y delicadas, como si le estuviera dando el regalo más preciado del mundo. Con un movimiento rápido realizó cortes gemelos en nuestras palmas. Su mano envolvió la mía y, cuando nuestra sangre entró en contacto, una explosión de magia invadió mi pecho.

—Soy tuyo, Elara. He sido tuyo y seré tuyo. Ahora y siempre, en intención, palabra y sangre. Somos Kindred, parte de un mismo todo. Susurros de una misma alma.

Con cada una de sus palabras el vínculo entre nosotros se hacía más y más fuerte. Aquel latido estable que me acompañaba cuando él estaba cerca se hizo cada vez más real. Cada vez más tangible.

—*Mío, mío, mío* —rezaba mi alma.

Antes de que yo pudiera corresponderla con mi parte de la ceremonia, la presencia de Callum invadió mi mente.

—*Esta parte es solo para ti, Tiniebla* —susurró su hermosa voz profunda—. *Cuando la magia muera, cuando todo lo demás se hunda, cuando llegue el final inevitable siempre nos quedarán estas palabras.*

En la intimidad de nuestro vínculo, Callum y yo intercambiamos votos sagrados. Votos que iban más allá de lunas verdes, dioses o el destino. Votos que decidimos hacer nuestros en esa oscuridad eterna que creaba monstruos, pero también los liberaba. Unos votos que tan solo nosotros conoceríamos y que no formaban parte del destino o de ningún ritual. Aquellas promesas nos unirían más que cualquier magia pues eran el resultado de nuestra libertad.

Callum me miró expectante y yo decidí regalarle una sonrisa sin miedos.

—Soy tuya, Callum. He sido tuya y seré tuya. Ahora y siempre, en intención, palabra y sangre. Somos Kindred, parte de un mismo todo. Susurros de una misma alma.

Cuando terminé supe que aquel momento existiría para siempre.

Algo que llevaba una vida buscando, aun sin conocer su nombre, volvió de nuevo a mi pecho. Me sentí completa. Nuestras sombras salieron disparadas hacia el cielo nocturno. Con ojos brillantes los dos elevamos la cabeza hacia la Verdeluna que las recibió serena y resplandeciente. Después, nuestra oscuridad lo cubrió todo de un manto estrellado que quedó suspendido en el aire.

El vínculo que nos unía era algo vivo y hermoso.

Me lancé a sus brazos y lo besé sin reparos. Él me correspondió con determinación. Lo cierto era que, aun sabiendo el dolor que me esperaba, aquel era un viaje que habría hecho una y mil veces con tal de llegar hasta él. El poder de Callum me acarició por dentro, y supe, sin necesidad de palabras, que él sentía lo mismo.

Pasos apresurados y llantos de alegría resonaron a nuestro alrededor. De pronto ya no éramos solo nosotros. Los brazos de nuestros amigos nos envolvieron en un estallido de alivio y oscuridad reparadora. El Priorato de las Sombras se fundió en un abrazo de múltiples extremidades y risas incrédulas.

En mitad de ese abrazo contemplé feliz aquella familia inesperada que me había encontrado en mi peor momento. Una familia compuesta por sombras perdidas que habían conseguido crear juntas un hogar repleto de amor y paciencia. Una familia que me había querido sin reparos, incluso antes de que llegara.

Lía lloraba en silencio.

Nox sonreía como nunca.

Levi aullaba con los espíritus.

Y Callum los contemplaba a todos con tanto amor que sentí que me moriría.

Al separarnos, lo primero que vi fue la mirada empañada de Lía que observaba a su hermano con un cariño infinito.

—Estoy muy orgullosa de ti, Lía —le dije mientras la abrazaba.

—Sabía que lo lograrías, Elara. Al final han sido tus verdades las que han ganado a las pesadillas.

Yo solo pude abrazarla más fuerte. La mirada limpia de Selene se posó sobre nosotras desde la linde del bosque. Me sonrió orgullosa. Yo abrí la boca para decir algo, al tiempo que ella negaba sonriente. Sus ojos dijeron todo lo que nuestros labios no supieron expresar.

Otros brazos fuertes me hicieron girar en el aire.

—Como te vuelvas a morir, te mato —me riñó Levi antes de estrujarme sin reparos.

A los pocos segundos sentí los brazos de Nox cubriéndonos a ambos.

—Lo secundo, Elara —dijo el general de las Sombras.

Cuando nos separamos, los brazos de Callum sustituyeron a los de mis amigos. Sentí su presencia constante en mi espalda y encontré el valor de mirar más allá de nuestra pequeña burbuja.

Los restos de la batalla brillaban bajo nuestro poder combinado. Las raíces del Remolino atesoraban los cuerpos de los caídos. Lejos del caos que había reinado durante el enfrentamiento, el claro vibraba con un silencio libre y limpio.

La Corte de las Olas se encargaba de sanar a los heridos. Los destellos de su escarcha reparadora cubrían el claro y los cuerpos que lo habitaban. A nuestro alrededor, cientos de Fae y espíritus me observaban con gesto solemne. Uno a uno, inclinaron la cabeza a modo de reverencia. Se hizo un silencio sepulcral, partido solo por los ruidos de las armaduras al doblarse en señal de respeto.

Abrí la boca para pedir que pararan, pero me faltaban las palabras. Cuando me giré en busca de ayuda, mi familia hizo lo mismo. Uno a uno el Priorato de las Sombras se arrodilló ante mí.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Por tu sacrificio, Kindred —respondió Callum, besando mi mano antes de inclinarse frente a mí.

Entre las cabezas inclinadas, distinguí una cabellera de mechones de fuego líquido que reconocería en cualquier parte. Apreté la mano de Callum antes de abandonar sus dedos y salir corriendo en su dirección.

Los soldados y espíritus se apartaron a mi paso. Al final de mi camino, Orla aguardaba con una sonrisa triste. A pesar de todo, jamás la había visto tan sana y hermosa. La magia de las Tormentas abrazaba hasta la última parte de su cuerpo. Sus alas se erguían, orgullosas, bajo la Verdeluna y su poder brillaba con la fuerza de una Guardiana de Lyssandria.

Abrió los brazos para recibirme y ambas nos fundimos en un abrazo.

—Lo siento muchísimo, Orla —susurré contra su cuello.

Orla se separó para poder mirarme, pero sus manos apretaron las mías con fuerza. Había dolor en los ojos que compartiría siempre con su hermano. Era un dolor apacible y resignado que se atrevía a mirar hacia delante.

—Su muerte no ha sido culpa tuya, Elara. Esto no es otra carga que echarte a las espaldas. Mi hermano murió haciendo lo que creía correcto. Se sacrificó por mí, fiel a su palabra hasta las últimas consecuencias —susurró decidida—. Y Cían...

Se le quebró la voz.

La Guardiana de las Tormentas cerró los ojos sin dejar de asentir.

—Solo espero que allá donde estén consigan encontrar paz.

Orla volvió a abrazarme y antes de separarse, su voz, esta vez más fina e insegura, me susurró al oído para que solo yo pudiera escucharla.

—Prométeme que esto solo es el comienzo, Elara.

—Lo prometo —susurré.

La mano de Callum me rozó la espalda. Volví a abrazar a mi amiga antes de separarme. Al hacerlo, me fundí con la espalda de mi Kindred. Detrás de Orla una figura inmóvil hizo que se me cortara la respiración.

El cuerpo sin vida de Echo estaba envuelto en las sombras azules de Levi. A su alrededor decenas de espíritus velaban por su descanso. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver la cicatriz gemela que se mantenía abierta en su cuello.

Avancé despacio y me arrodillé junto a él. Mi mano encontró su pelaje suave y dejé fluir la magia cerrando los ojos. No paré hasta que aquella herida injusta se cerró por completo.

—*Nosotros cuidaremos de tu Eólach, criatura* —susurró la voz del *whisp* que conocía mi corazón casi tan bien como su soberana.

Envolví el cuerpo de Echo en una burbuja cálida de agua y sombras. Lo elevé con la magia de las Tormentas y me dejé guiar por el reguero de espíritus que nos acompañaban. Callum no se separó de mí mientras nos adentrábamos en el Remolino. El Priorato de Sombras nos siguió de cerca.

El Remolino se movía para hacer que nuestra procesión avanzara sin obstáculos a través de las raíces y el terreno escarpado. Entre los enormes árboles vislumbré una laguna. El poder de los espíritus me tomó el relevo y, desde la orilla del pequeño lago, vi como acunaban el descenso de Echo de vuelta a casa.

—Gracias —susurré confiando en que pudiera escucharme, por muy lejos que se encontrara. Su cuerpo desapareció bajo el agua y todo se quedó en silencio. Los espíritus lo acompañaron hasta donde yo no podía ir.

—¿Qué necesitas, Elara? —preguntó Callum sin dejar de abrazarme.

—A ti.

—Ya me tienes, Tiniebla. Me tienes desde antes de quererme —respondió, besando la parte de detrás de mi oreja—. Creo recordar que tus planes de futuro empezaban por un merecido descanso. Alguien mencionó algo sobre discutir hasta terminar comiéndote a besos. Eso tampoco suena nada mal.

—Eso sería un buen comienzo —suspiré, llenándome de su aroma.

Callum escondió una risa profunda en mi cuello.

—Volvamos a casa, Kindred —murmuró después de varios minutos en silencio.

Me giré en sus brazos. Tras el Guardián, Nox y Levi desaparecieron en un Salto Irisado. Lía los siguió de cerca, envuelta

en sus propias sombras escarlata.

Sonreí sin dejar de mirar esos ojos negros que habían sabido verme desde el principio, desde el primer encuentro que yo recordaba en ese mismo bosque. Enterré mi rostro en el hueco entre su hombro y su cuello. No me molesté en decirle que mi casa era aquel espacio suave entre sus respiraciones.

Callum me abrazó con fuerza y nos deshizo en un susurro de sombras y estrellas. Nos perdimos en la noche de regreso a la montaña que era refugio y hogar al mismo tiempo. Dos sombras errantes que se habían encontrado en un firmamento infinito, hechas con esquirlas gemelas de una misma luna separada por universos de distancia.

Una luna que brillaba verde en nuestro mundo y quizá de otros colores en los siguientes. Lo importante era que brillaba envuelta en nuestra oscuridad.

Entonces, ahora y siempre.

# EPÍLOGO

Adoraba las historias de amor.
Tal vez fuera porque anhelaba vivir una.
O porque, en lo más profundo de mi ser,
sabía que nunca la tendría.
En cualquier caso, la suya era una de mis favoritas.

# Un año más tarde

La eternidad resultaba increíblemente tediosa después de miles de años. Sin embargo, en días como aquel, la reina de los espíritus recordaba el motivo que la impulsaba a seguir adelante.

Gealach estaba sentada en una de las protuberancias que sobresalían de la base sumergida del tronco. Con un suspiro, se recostó expectante contra la corteza del sauce que habitaba en la laguna. Una laguna repleta de buenos recuerdos, aunque algunos fueran tristes.

Podría haber usado su magia, o el favor de sus espíritus, para evitar mojarse, pero Gealach añoraba el agua casi tanto como las noches en silencio lejos del ruido atronador que dictaba sus días. La Verdeluna y las diosas no la habían creado para llevar una vida encorsetada, por mucho que los demás se empeñaran en contradecirla.

Se arremangó las capas de gasa rosa del vestido vaporoso que su hermana había hecho para ella —uno de sus favoritos que reservaba solo para ocasiones especiales— e introdujo un pie descalzo en el agua fresca. Reprimió un escalofrío y apoyó la barbilla sobre la rodilla que mantenía doblada.

Después, suspiró con ojos soñadores.

Sus maestras siempre le habían dicho que vivía con la cabeza en las nubes. Soñaba demasiado despierta y se inmiscuía en exceso en los asuntos de los mortales.

Pero ¿qué otra cosa iba a hacer ella?

Su espíritu era uno rebosante de historias y aventuras. Cuando Destino hacía de las suyas, Gealach sentía todo su cuerpo cantar con anticipación. Sus batallas siempre constituían un reto que no era capaz de ignorar. Por mucho que lo odiase —y decir mucho era quedarse corta— tejer historias en su contra era el motivo de que siguiera cuerda. Aunque, por supuesto, ella negaría aquello si alguien la obligara a decirlo en voz alta.

Un puñado de voces se colaron por entre las ramas de árbol que colgaban a su alrededor escondiéndola de miradas indeseadas.

—Hoy es el día —dijo una voz que añoraba.

—Yo también puedo sentirlo, Tiniebla —murmuró con cariño la voz profunda de un Fae—. Está a punto de llegar.

Una *Changeling* hecha de sombras y sangre de dioses sonrió a su lado. Ella estaba descalza, como Gealach, y tampoco parecía importarle ni lo más mínimo que los bajos de su falda se estuvieran empapando.

—Te amo —dijo antes de darle un beso a su acompañante.

El Alto Fae la envolvió con ternura y se lo devolvió con ganas. Tanto que terminó por dejarla sin aliento. A su espalda, el grupo reducido de Fae que los acompañaba estalló en vítores y silbidos. La pareja se separó despacio.

Ella con las mejillas sonrojadas, pero con una sonrisa sincera.

Él con ojos hambrientos y ni una pizca de vergüenza.

La familia de ambos sonreía feliz mientras reían y charlaban animadamente. El Dracano y el general avanzaban mano en mano susurrando bromas que sabían a infinitos. Mientras tanto, las dos Altas Fae caminaban cogidas del brazo. La madre lo observaba todo con ojos serenos, mientras que la hija miraba a la laguna con ganas de abrazar un futuro al que, por primera vez en mucho tiempo, no le tenía miedo.

El Guardián y su Kindred avanzaron juntos de la mano mientras ella hacía flotar a su alrededor pequeños caballos hechos de agua, sombra y aire.

La reina de los espíritus se inclinó hacia delante deseosa de ser testigo de aquella parte de la historia. Aunque disfrutaba de un buen final abierto, los reencuentros eran su parte favorita. Justo después de las historias de redención, por supuesto.

Ensimismada en el grupo, atrapó con nerviosismo y expectación su labio inferior entre sus dientes. ¡No quedaba nada!

—No me puedo creer que tu pequeño proyecto convenciera a Hunt de esto. El viejo se nos está ablandando por momentos —susurró una voz perezosa unas ramas más arriba.

Gealach apretó su labio con tanta fuerza que acabó por saborear su propia sangre. ¿Había sido una ilusa al pensar que la dejaría en paz ese día? Aquel ser inaguantable la sacaba de sus casillas. Se obligó a no brindarle la satisfacción de dirigirle la mirada.

—Es su sobrina. ¿Qué esperabas? —respondió tratando de ignorar la irritante presencia del recién llegado—. Algunos de nosotros tenemos corazón.

Destino se rio con ganas. Su risa ronca acarició los trocitos de piel expuesta de la reina, que se negaba a mirarlo. Ella sintió sus ojos rojos devorando su imagen. Planeando su muerte, sin duda.

—Luna mentirosa —murmuró Destino esa vez más cerca—. Tú no tienes de eso o no te dedicarías a torturarme.

—¡Oh, cállate, Desh! Eres insufrible. Hoy no tengo tiempo ni ganas de pelear contigo —respondió ella, hastiada, mientras se giraba para procurarle un manotazo envuelto en su magia plateada. Con un poco de suerte el golpe lo mataría de una vez por todas.

Él atrapó su mano olivada con la suya tatuada. Destino, la pesadilla de su existencia, le regaló una sonrisa enmarcada por sus

mechones plateados. Su magia roja provocó que la reina estuviera a punto de perder el control.

¡Cómo anhelaba el día en el que por fin pudiera derrotar a Destino de verdad!

Gealach intentó zafarse, él no se lo permitió. Destino pasó una mano distraída por los lados rapados de su cabello. Gealach gruñó bajito. Siempre le había fastidiado que su poder y el pelo de némesis fueran exactamente del mismo color. Pero aquel era un día feliz y ni siquiera su peor enemigo y su insufrible pelo podrían estropearlo.

—Adoro cuando me insultas, Luna con dientes.

—No es ningún secreto que eres un masoquista. Ahora, por favor, sé un caballero y vete a ser insoportable a otra parte.

Como siempre, la sonrisa de Destino solo creció con sus insultos.

—¿Es que acaso no puedo disfrutar de mi derrota? Estoy de mal humor. Puede que su felicidad empalagosa me arregle —se burló señalando a la pareja con un gesto de la cabeza.

—Solo estás cabreado porque la única vida que no puedes controlar es la mía —le recordó ella—. Y ahora, vete, Desh. Esta partida la he ganado yo.

Él liberó su mano tras depositar un beso en el reverso de su palma abierta. Un beso tan liviano como un susurro. La reina se lo limpió de manera exagerada, a pesar de que el roce de sus labios quemaría durante horas sobre su piel. ¡Oh Verdeluna, cómo lo odiaba!

La sonrisa oscura de Destino se volvió peligrosa.

—Da gracias a los Creadores por ello, Luna mentirosa —ronroneó entre las sombras—. Disfrutaría demasiado torturándote.

Se esfumó en un susurro plateado antes de que ella pudiera contestar. Una vez que estuvo sola, Gealach suspiró irritada. Por culpa de Destino había estado a punto de perderse la mejor parte.

La hija de dioses se introdujo en la laguna con paso seguro, al mismo tiempo que una luz esmeralda surgía con fuerza de las profundidades del agua. La cabeza oscura de un Kelpie familiar rompió la barrera de la superficie y ella emitió un sollozo entrecortado, corriendo a su encuentro con su nombre en sus labios.

Los ojos blancos del Kelpie contenían mil universos y, en todos ellos, su lugar estaba a su lado. *Changeling* y Kelpie se reunieron en un abrazo feroz que la reina de los espíritus sintió un poco suyo.

El Guardián se acercó despacio e inclinó la cabeza. Echo posó su nariz sobre su palma extendida y permitió que los brazos del Oscuro los envolvieran a él y a su Kindred.

Gealach decidió quedarse observando. Tan solo un poquito más, se dijo a sí misma. Con una sonrisa soñadora fue testigo de cómo la hija de dioses susurraba palabras de afecto mientras acariciaba el cuello limpio y sin cicatrices del Kelpie. Su Eólach le devolvió las caricias con infinito cuidado. A su lado, el Oscuro los admiraba con ojos salvajes que prometían quemar mil mundos por ella.

Las sombras de ambos bailaron al ritmo de los ocasos que surcaban el cielo desde las profundidades de la laguna. Dos sombras luminosas capaces de lo imposible por permanecer juntas en aquella vida y en las siguientes.

Desde su escondite, la Dama de la Noche observó en silencio rodeada de la magia candente de sus antepasados. Su corazón temblaba al ser testigo de un amor tan real. Un amor tan oscuro y poderoso que ni la muerte ni las pesadillas habían sido capaces de reprimirlo. Un amor solo suyo, hecho de memorias de sombra y secretos susurrados a la luz de la Verdeluna.

Gealach los miró una última vez con una sonrisa anhelante antes de deshacerse en una estela de luz plateada.

Sí, definitivamente, las historias de amor eran sus preferidas.

FIN

# CONOCE MÁS A FONDO
# LYSSANDRIA

# *LAS CORTES Y SUS PERSONAJES*

Lyssandria está compuesto por cinco cortes que reinan en conjunto. Todas tienen un soberano o soberana Alto Fae, conocido como Guardián o Guardiana.

## ***Corte de las Tormentas***

**Capital**: Adhair.

**Características del terreno**: Sus dominios se extienden a lo largo de cordilleras escarpadas y bosques donde los árboles son conscientes y peligrosos. La naturaleza es violenta, con lagunas profundas y ríos caudalosos. La corte también gobierna el Archipiélago del mar Sileno, un conjunto de islas en la región más exterior de Lyssandria.

**Poderes**: Sus habitantes tienen acceso al poder del aire y el rayo. Son conocidos por sus creaciones, que combinan runas mágicas e ingeniería.

**Hadas**: Sílfides de las Tormentas, de aspecto humanoide, con alas transparentes y delicadas. Su magia está conectada con los vientos y las tormentas.

**Personajes**:

- **Finnian**: Guardián de las Tormentas, Alto Fae

- **Orla**: Princesa de las Tormentas, Baja Fae
- **Cían**: General de las Tormentas, Alto Fae
- **Miach**: Padre de Finnian, Alto Fae
- **Aoife**: Madre de Finnian, Alta Fae
- **Sionn**: Padre de Cían, Alto Fae
- **Roan**: Alto Fae
- **Bromir**: Sanador, Alto Fae
- **Lirión**: Consejero, Alto Fae

## ***Corte de las Sombras***

**Capital**: Sirtnale.

**Características del terreno**: Nadie fuera de la corte conoce con certeza cómo son sus tierras. Se dice que sus dominios cambian constantemente.

**Poderes**: Sus habitantes manipulan tanto las sombras como las mentes. Conocidos por su secretismo y su carácter desconfiado. Generalmente temidos entre las cortes.

**Hadas**: Venturas de las Sombras, de piel violeta. Portan dos grandes alas de plumaje negro y de dos a seis cuernos prominentes en cabeza u hombros.

**Personajes**:

- **Elara:** Campeona de las Tormentas, Hadaës
- **Callum**: Guardián de las Sombras
- **Levi**: Campeón de las Sombras, Dracano
- **Nox**: General de las Sombras, Alto Fae
- **Lía**: Hermana de Callum, Alta Fae
- **Lark**: Madre de Callum, Alta Fae
- **Desmond**: Padre de Callum, antiguo Guardián de las Sombras, Alto Fae

- **Orión**: Padre de Elara, Alto Fae
- **Lunaris**: Madre de Elara
- **Falan**: Regente de Sirtnale, Baje Fae
- **Ava**: Alta Fae

## ***Corte de las Llamas:***

**Capital**: Foc.

**Características del terreno**: Sus dominios se extienden en un mar de dunas y volcanes activos conectados a la magia de la corte. Las tormentas de arena ocultan sistemas cavernosos que ocupan todo el territorio.

**Poderes**: Sus habitantes tienen acceso a la magia del fuego. Son conocidos por cultivar la inteligencia y la sabiduría.

**Hadas**: Trasgos de las Llamas, de pequeña estatura, piel verde y carácter volátil. Su magia está vinculada con el fuego.

**Personajes**:

- **Aiden**: Guardián de las Llamas
- **Nuada**: Campeona de las Llamas, Baja Fae
- **Artio**: Trasgo de las Llamas
- **Erwin**: Hadaës
- **Cailan**: Heredero de Aiden, Alto Fae
- **Amazonas del desierto**

## ***Corte del Bosque:***

**Capital**: Frageda.

**Características del terreno**: Sus dominios comprenden selvas exuberantes y bosques salvajes. El terreno se prolonga bajo tierra en una vasta red de cavernas.

**Poderes**: Sus habitantes controlan la vegetación y el terreno. Son conocidos por su brutalidad y por la elaboración de venenos y remedios.

**Hadas**: Dríades del Bosque, de gran fuerza física. Poseen cuernos en la base del cráneo y su magia está conectada a la vegetación.

**Personajes**:

- **Umbra**: Guardiana del Bosque, Alta Fae
- **Brann**: Campeón del Bosque, Bajo Fae
- **Tej**: Asesor de Umbra, Alto Fae

## ***Corte de las Olas:***

**Capital**: Seuqadac.

**Características del terreno**: Sus dominios se asientan bajo el mar, en ciudades construidas junto a arrecifes. También mantienen puestos en la costa, dedicados a preservar y proteger a las criaturas del océano con las que tienen una conexión especial.

**Poderes**: Sus habitantes controlan el agua y poseen el don innato de la sanación. Son conocidos por su aptitud para el arte y su espíritu pacifista.

**Hadas**: Nereidas de las Olas: Hadas de piel azulada y branquias externas. Tienen la capacidad de respirar bajo el agua y su magia está conectada con los mares y los ríos.

**Personajes**:

- **Selene**: Guardiana de las Olas, Alta Fae
- **Oraz**: Campeón de las Olas, Bajo Fae
- **Echo**: Kelpie
- **Vitrio**: Bajo Fae
- **Onem**: Bajo Fae

## *RAZAS*

**Altos Fae**: Seres inmortales feéricos del linaje de las hadas. De aspecto humanoide y etéreo, con orejas puntiagudas. Sus poderes están ligados y limitados a la corte a la que pertenecen.

**Bajos Fae**: Criaturas feéricas cuya apariencia varía según su origen. Muchos poseen sangre mestiza, mezclando distintos linajes de hadas y Altos Fae; los descendientes solo pueden acceder a la magia de una de sus cortes. Políticamente, esta categoría abarca a todo ser mágico que no sea un Alto Fae y esté bajo su gobierno.

**Ninfas del Bosque de la Dama**: Hadas protectoras del enclave sagrado del Bosque de la Dama de la Noche en Lyssandria.

**Hadaës**: Mestizos entre humanos y Altos Fae.

**Dracanos**: Antiguos cambiaformas ya extintos ligados a la Corte de las Sombras.

**Humanos**: Raza mortal exterminada tras la Gran Guerra entre Fae y humanos.

## *ESPÍRITUS Y DIOSES*

**Verdeluna**: Diosa de la creación.

**Dama de la Noche** (Gealach): Diosa de los espíritus.

***Whisp***: Espíritus con forma de esfera luminosa capaces de responder preguntas.

***Derrigan***: Espíritus al servicio de la Dama de la Noche.

**Balar**: Espíritus comunes de Lyssandria.

**Destino** (Desh): Dios del caos.

**Titania**: Diosa de la vida.

**Gaia**: Diosa del conocimiento.

**Hunt**: Dios de la muerte.
**Oberón**: Dios gobernador.

## *CRIATURAS*

**Muka**: Habitantes de los fondos marinos.
**Kelpie**: Caballos marinos de la Corte de las Olas.
**Selkie**: Criaturas lacustres con tentáculos y garras.
**Addanac**: Lagartos gigantes que escupen fuego.
**Puka**: Criaturas oscuras consideradas desaparecidas.
**Sith**: Criaturas felinas grandes resistentes al fuego.
**Dearg Due**: Criaturas aladas similares a murciélagos.
**Aulladores**: Criaturas similares a lobos extremadamente veloces.
**Ents**: Árboles colosales humanoides.
**Kapui**: Pequeños reptiles de la Corte de las Llamas.
**Knorgüe***:* Gusano diminuto con un cuerpo recubierto de una sustancia urticante.
**Astram**: Criatura alada a medio camino entre un caballo y un ave.
***Sluagh***: Cuerpos Fae fallecidos controlados por magia corrupta.

## *OTROS SERES*

**Herla**: El primer humano de Lyssandria.
**Absalon**: El primer *Changeling* hijo de Titania y Herla.
***Changeling***: Hijos de hueso y sangre de un dios o diosa.
***Eólach***: Animales y criaturas capaces de establecer un vínculo con Fae de la Corte de las Olas.
**Nimue**: Bruja sirena conocida por almacenar y cantar historias.

**Airum**: Ser conocido por almacenar el conocimiento de los Archivos de la Corte de las Sombras.

## *OTRAS LOCALIZACIONES*

**Nébula**: Capital del archipiélago exterior de la Corte de las Tormentas.

**El Remolino**: Bosque fronterizo entre la Corte del Bosque y la Corte de las Tormentas.

**Río Itna**: Río que atraviesa el Remolino.

**El palacio de la Dama**: Construcción neutral entre cortes.

**Océano Avalora**

**Mar Sileno**

**Galamh**: Cordillera flotante de la Corte de las Sombras.

**Los Archivos**: Biblioteca ancestral de Lyssandria en la Corte de las Sombras.

**An Dorchadas**: Reino de los muertos.

**Elphane**: Reino de las almas.

# Agradecimientos

Escribir el segundo libro de esta bilogía ha sido una experiencia completamente distinta a la de escribir el primero. He tenido la suerte —y sí, yo lo siento como una suerte inmensa— de escribir el final de esta historia antes de que nadie, fuera del equipo y de mi familia, hubiera leído el primer libro. Eso me permitió moverme con total libertad por esta historia, por estos personajes y por este mundo, y darles el final que siempre había imaginado para ellos.

Pero también ha sido la primera vez que, como escritora, me enfrentaba a cerrar una historia ya empezada. Creo que, como muchas otras compañeras, soy especialista en empezar proyectos, en ilusionarme con primeras páginas, en acumular ideas, personajes y comienzos de saga... pero no siempre en ponerles un final. Así que enfrentarme al cierre de esta bilogía ha venido con sus propios retos. Aun así, ha sido un proceso del que he disfrutado enormemente. Un proceso en el que me he visto crecer y en el que he confirmado algo que ya sabía, pero que ahora siento con más fuerza: escribir me permite ser yo misma.

Un libro no está hecho solo de palabras. Un libro también está hecho del trabajo, del apoyo, de la paciencia, del amor y del cuidado de muchísima gente que está detrás. Así que, ahora sí, allá vamos.

En primer lugar, gracias de corazón a todo el equipo de Crossbooks por confiar en mí, por haberle dado una casa maravillosa

a esta bilogía y por haber cuidado todo este proceso con tantísimo cariño. Me he sentido acompañada, escuchada y sostenida en cada paso. Ojalá podamos volver a encontrarnos aquí muy pronto.

Gracias a Irene, por el entusiasmo, el cariño y por el sí que me cambió la vida. A Anna, por los mejores *fangirleos* y las palabras de apoyo siempre. Y a Laura, de nuevo, por cogerme de la mano durante todo este proceso, por hacerme mejor escritora, por tus comentarios, que me hacen reír y retarme a mí misma, y por haber querido a esta historia tantísimo como yo. Eres la Verdeluna que ilumina este libro.

Muchísimas gracias a Jorge por haber creado a un Callum tan absolutamente perfecto. Y gracias también a Emma por ayudar a pulir este libro y conseguir que brille más.

Gracias a mi familia. A mis padres, porque mi amor por los libros está profundamente unido a mi amor por vosotros. Sois el motivo de que hayamos crecido entre historias, gracias a la forma en la que nos enseñasteis a querer los libros, a convivir con ellos y a entender que dentro de las páginas también había hogar. Gracias también a mis hermanos, Laia, Daniel y Bruno, por estar conmigo en las buenas y en las malas, por aguantarme, por creer en esta historia desde el principio y por ser la mejor red de apoyo que podría haber tenido nunca. Os quiero muchísimo.

Y, obviamente, no puedo no darle las gracias a mi perrita *Oda*, que está roncando a mis pies mientras escribo estas palabras. Es la persona —y sí, digo persona— que más veces, junto con mi editora y conmigo misma, ha leído este libro. Escribir puede ser algo profundamente solitario, y no sé explicar la cantidad de compañía que me da tenerla cerca mientras intento encontrar las palabras adecuadas.

Gracias también al resto de mi familia: a mis tíos, a mis primas, a mis suegros, a mi cuñada y a todas las personas en mi vida que han visto cómo, poco a poco, se iba haciendo realidad un sueño por el que llevo tanto tiempo trabajando. Gracias por el apoyo, por las palabras de aliento y por estar ahí no solo para celebrar lo bueno, sino también para recogerme cuando lo he necesitado.

A mis amigas de toda la vida. No sé qué haría sin vosotras; a Celia, por ser una constante desde que tenemos cinco años, a Belén, por darle voz a Elara; y a Pilar, porque siempre siento que puedo contar contigo.

Y también a mis amigas escritoras, Mei Segura y Laura K. Roma, que sois de las cosas más bonitas e inesperadas que me ha traído este proceso. Creo de verdad que sois la prueba de que tener cerca a personas que entienden lo vulnerable que puede ser este oficio cambia por completo la experiencia.

Gracias también, de corazón, a todas las lectoras que aceptaron leer de forma anticipada *Ecos de tormenta* antes de que saliera a la venta. En el momento en el que escribo estos agradecimientos estoy comentando ese primer libro con vosotras, y no os puedo describir la emoción y lo completamente irreal que es poder hablar de mis personajes de una manera tan directa. Gracias infinitas por el cariño con el que la habéis recibido.

Gracias a todas las personas maravillosas que he conocido gracias a mi comunidad en redes, tanto en Bookstagram como en Booktok. Amigas, lectoras y profesionales que han ido apareciendo en este camino y que han hecho que todo esto sea todavía más bonito. A mis chicas del Book Club por estar siempre ahí, por las palabras de ánimo y por regalarme un lugar donde compartir este amor tan grande por los libros. Y, por supuesto, gracias especialmente a toda

mi comunidad que ha apoyado Proyecto Sombra desde que solo era eso: un proyecto. ¡Ojalá estéis orgullosas!

Gracias a mi marido, Santi. Te lo digo siempre, pero todos los libros que escribo son para ti. En este, en concreto, la dedicatoria también es tuya —espero haber sido capaz de mantener la sorpresa —. El hecho de que estos libros existan es, en gran parte, gracias a tu apoyo incondicional. La primera vez que te dejé leer algo que había escrito fue hace más de diez años. Aún no logro comprender por qué, pero tuviste claro que podía conseguirlo. Yo tardé unos ocho años en atreverme a intentarlo, así que gracias, siempre, por haber soñado con mis mundos mientras yo todavía no tenía la valentía de hacerlo. Te amo.

Por último, gracias a ti, lectora, por escoger este libro y darle una oportunidad. No existen palabras para explicar lo mucho que significa para mí que alguien se anime a leer mis historias. La bilogía *Legado* nació en uno de los momentos más oscuros de mi vida, cuando, como Elara, yo también estaba aprendiendo a mirar a mis monstruos a los ojos. Y, al igual que ella, descubrí que enfrentarlos da miedo, sí, pero merece mucho la pena. Estos libros son mi carta de amor a un género que me lo ha dado todo, y ojalá puedan ser también, para alguna de vosotras, un lugar seguro al que llamar casa.

Hoy les digo adiós a Elara y a Callum, aunque quizá adiós no sea la palabra correcta. Si algo me ha enseñado esta historia es que la suya está hecha de *para siempres*, así que tal vez esto no sea un final, sino solo un hasta la próxima.

Quizá volvamos a encontrarnos en un mundo de luna verde o en uno iluminado por tres satélites, no lo sé. De lo que sí estoy segura es de que las mejores historias nacen en la oscuridad: esa en la que

se forjan las lectoras hambrientas de vivir mil vidas y las escritoras dispuestas a soñarlas.

**Nos vemos en el próximo *para siempre*.**

**Con cariño, Alba.**

# Biografía



Alba Cargol (Madrid,1995) vive en Zaragoza junto a su marido y su perrita. Graduada en Estudios Ingleses por la Universidad de Zaragoza y con sendos másteres en Edición Literaria y en Literatura Contemporánea, escribe desde que entendió que también podía crear sus propias historias, no solo leerlas. Ambas facetas son su refugio y el lugar donde se siente más ella misma.

Compagina la escritura con distintos trabajos en el sector editorial y con la creación de contenido literario en redes sociales, donde comparte su viaje como escritora con su comunidad. Es autora de *romantasy*, con debilidad por los *slow burns* y los personajes de moralidad ambigua. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla acurrucada con un buen libro, llorando por —y enamorándose de— personajes ficticios.

*Memorias de sombra* es el desenlace de su bilogía *romantasy* *Legado* cuya primera parte es *Ecos de tormenta* (Crossbooks, 2025).

*Legado II. Memorias de sombra*
Alba Cargol

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Alba Cargol Martínez, 2026
© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibrosjuvenil.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño, Crossbooks
Ilustración de la cubierta: © Jorge García - Jota_Studio

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32163-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta